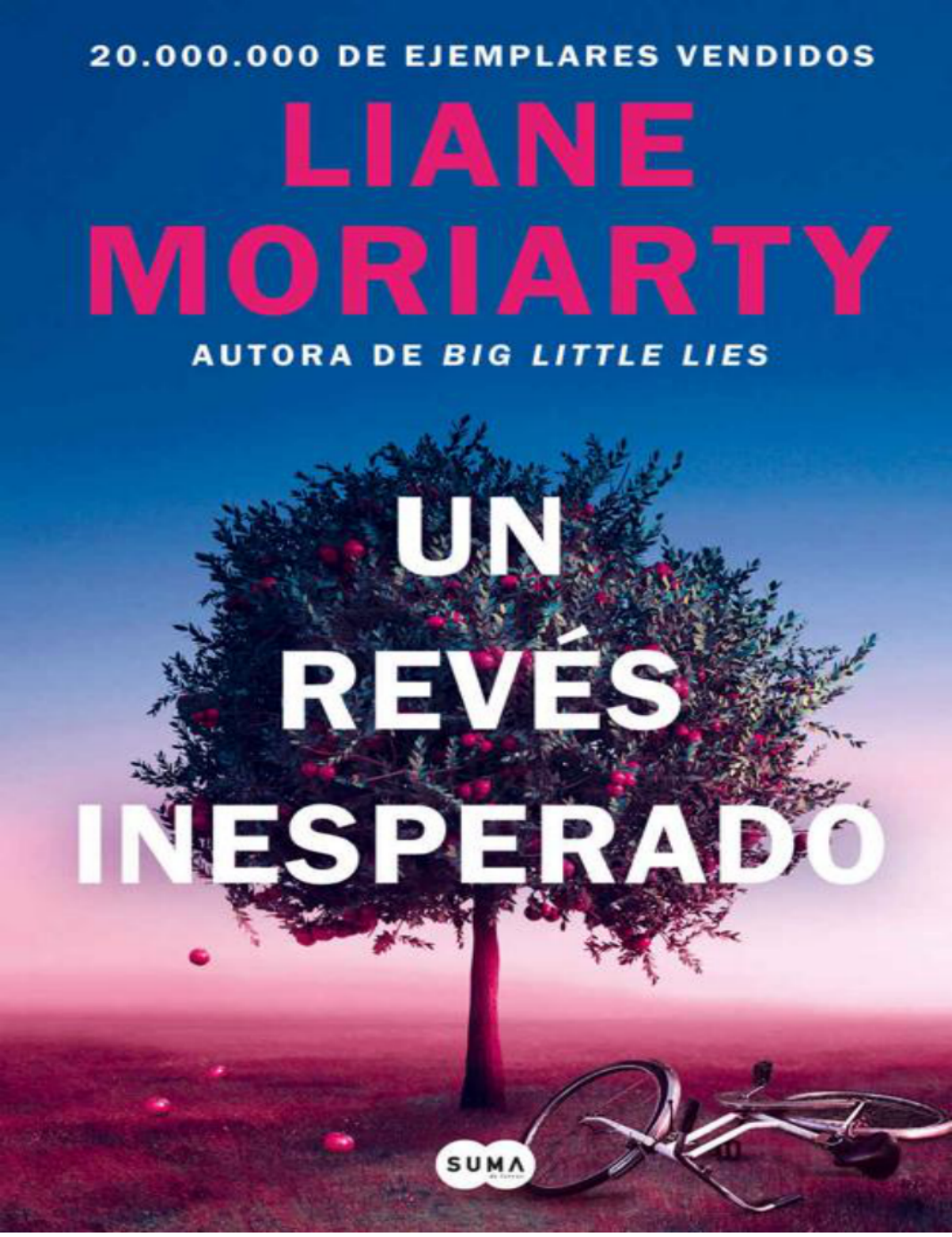
20.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS

LIANE MORIARTY

AUTORA DE *BIG LITTLE LIES*



UN REVÉS INESPERADO

SUMA

Liane Moriarty

Un revés inesperado

Traducción de Jesús de la Torre

Para mi madre, con cariño

Prólogo

La bicicleta yacía en el suelo a un lado de la carretera, bajo un roble gris, con el manillar torcido en una posición extraña, como si la hubiesen tirado con rabia.

Era un sábado por la mañana temprano, el quinto día de una ola de calor. Había más de cuarenta incendios forestales empecinadamente activos por todo el estado. Seis ciudades de la región tenían avisos de «evacuación inmediata», pero aquí, a las afueras de Sídney, el único peligro era para los enfermos de asma, a quienes se aconsejaba no salir de sus casas. La humareda que envolvía la ciudad era de un malicioso color amarillo grisáceo, tan densa como la niebla londinense.

Las calles vacías estaban en silencio, salvo por el clamor subterráneo de las cigarras. La gente dormía tras noches de calor incesante y sueños alterados, mientras los más madrugadores bostezaban y desplazaban el dedo por las pantallas de sus teléfonos.

La bicicleta abandonada tenía un aspecto nuevo y reluciente, y se anunciaba como una «bicicleta vintage para señoras»: de color verde menta, siete velocidades, un sillín de piel marrón claro y una cesta de mimbre blanco. El tipo de bicicleta que cualquiera se imaginaría montando bajo el aire fresco de un pueblo europeo de las montañas, llevando una suave boina en lugar de un casco protector y una baguette bajo el brazo.

Había cuatro manzanas verdes esparcidas entre la hierba seca bajo el árbol, como si se hubiesen caído rodando de la cesta de la bicicleta.

Una familia de moscardones negros se había posado sobre diferentes puntos de los radios plateados de las ruedas, tan inmóviles que parecían muertos.

El coche, un Holden Commodore V8, vibraba al ritmo de un rock de los ochenta mientras se acercaba desde el cruce, a una velocidad demasiado alta e inapropiada para ese barrio familiar.

Las luces de los frenos se iluminaron y el coche dio marcha atrás con un chirrido de neumáticos hasta quedar detenido junto a la bicicleta. La música se apagó. El conductor salió del coche fumando un cigarro. Era muy delgado e iba descalzo y con el torso desnudo, vestido tan solo con unos pantalones cortos azules de fútbol. Dejó

abierta la puerta del conductor y atravesó de puntillas y con una elegancia grácil y experta el asfalto ya caliente hasta llegar a la hierba, donde se agachó para observar la bicicleta. Acarició la rueda delantera pinchada como si se tratara de la pata de un animal herido. Los moscardones empezaron a emitir un zumbido, cobrando vida de repente, asustados.

El hombre miró a un lado y otro de la calle vacía, dio una calada a su cigarro con los ojos entrecerrados, se encogió de hombros y, a continuación, asió la bicicleta con una mano y se puso de pie. Fue hasta su coche y la introdujo en el maletero como si la hubiese comprado, sacando hábilmente la rueda delantera con la palanca de liberación rápida para que cupiera.

Volvió a meterse en el coche, cerró la puerta con fuerza y se alejó, golpeteando el volante al ritmo de *Highway to Hell* de AC/DC, encantado de la vida. Al parecer, el día anterior había sido San Valentín y, aunque él no creía en esa mierda capitalista, le iba a regalar la bicicleta a su mujer y a decirle: «Feliz día de San Valentín con retraso, cariño», con un irónico guiño, y de esa forma compensaría lo de hacía unos días y, probablemente, tendría suerte esa noche.

No tuvo suerte. Tuvo muy poca suerte. Veinte minutos después estaba muerto, tras perder la vida al instante en una colisión frontal. Un conductor de un semirremolque que venía de la interestatal no vio una señal de stop oculta tras un frondoso liquidámbar. Los residentes de la zona llevaban meses quejándose de esa señal. Fue un accidente que se veía venir, decían, y por fin había pasado.

Las manzanas no tardaron en pudrirse con el calor.

1

Dos hombres y dos mujeres estaban sentados en la esquina del fondo de una cafetería bajo la foto enmarcada de unos girasoles en un amanecer de la Toscana. Eran altos como jugadores de baloncesto e, inclinados hacia delante sobre la mesa redonda con tablero de mosaico, sus frentes casi se tocaban. Hablaban en voz baja y serios, como si se tratara de una conversación de espionaje internacional, lo cual resultaba incongruente en esa pequeña cafetería de barrio residencial de las afueras en una agradable mañana veraniega de sábado, con olor a pan de plátano y pera recién hecho y una suave música rock que sonaba lánguida en el equipo de música acompañando al diligente sisear y moler de la máquina de café.

—Creo que son hermanos —dijo la camarera a su jefe. La camarera era hija única y siempre mostraba interés por los hermanos—. Se parecen mucho.

—Están tardando demasiado en pedir —contestó su jefe, que procedía de una familia de ocho hijos y no veía tan interesante eso de tener hermanos. Tras la fuerte granizada de la semana anterior, había estado lloviendo durante varios días. En ese momento los incendios estaban bajo control y los clientes volvían a salir por fin de sus casas, dinero en mano, por lo que necesitaban que hubiese rotación en las mesas.

—Han dicho que no habían tenido tiempo de ver los menús.

—Pregúntales otra vez.

La camarera se acercó de nuevo a la mesa y se dio cuenta de que estaban sentados de una misma y curiosa forma, con los tobillos enganchados a las patas delanteras de sus sillas, como si quisieran evitar que se movieran.

—Perdonen.

No la oyeron. Estaban todos hablando a la vez, solapando sus voces. No cabía duda de que eran familia. Incluso sus voces se parecían: graves y roncas y hablando en voz baja. Personas con la garganta irritada y con secretos.

—En teoría, no está desaparecida. Nos envió ese mensaje.

—Es que no me creo que no conteste al teléfono. Siempre responde.

—Papá ha dicho que su bicicleta nueva no está.

—¿Qué? Eso sí que es raro.

—Entonces ¿simplemente se fue con la bici calle abajo y desapareció al ponerse el sol?

—Eso parece, aunque no se llevó su casco. Me resulta muy extraño.

—Yo creo que ha llegado el momento de que denunciemos su desaparición.

—Ya ha pasado más de una semana. Es demasiado tiempo.

—Como ya he dicho, en teoría, no...

—Claramente, está desaparecida porque no sabemos dónde se encuentra.

La camarera levantó la voz hasta un punto en que se acercaba peligrosamente a la grosería.

—¿Quieren pedir ya?

No la oyeron.

—¿Ha ido alguien ya a la casa?

—Papá me ha pedido por favor que no vaya. Dice que está «muy ocupado».

—¿Muy ocupado? ¿Y qué le tiene tan ocupado?

La camarera se movió arrastrando los pies al lado de ellos, entre las sillas y la pared, para que así alguno pudiera verla.

—¿Sabéis qué podría pasar si denunciamos su desaparición? —dijo el más atractivo de los dos hombres. Llevaba una camisa de lino de manga larga remangada hasta los codos, pantalones cortos y zapatos sin calcetines. Tenía treinta y pocos años, supuso la camarera, y lucía una perilla y el encanto poco carismático de una estrella de un programa de telerrealidad o de un agente inmobiliario—. Sospecharían de papá.

—¿Por qué iban a sospechar de papá? —preguntó el otro hombre, una versión más desaliñada, fornida y barata del primero. No llevaba perilla, pero sí necesitaba un afeitado.

—Por si él..., ya sabes. —El hermano versión cara se pasó un dedo por el cuello.

La camarera estaba inmóvil. Era la mejor conversación que había escuchado a hurtadillas desde que había empezado a servir mesas.

—Dios, Troy —contestó la versión más barata con una exhalación —. Eso no tiene gracia.

El otro hombre se encogió de hombros.

—La policía preguntará si habían discutido. Papá ha dicho que sí discutieron.

—Pero seguro que...

—Puede que papá sí haya tenido algo que ver —dijo la más joven

de los cuatro, una mujer ataviada con un vestido corto naranja salpicado de margaritas blancas encima de un bañador atado al cuello. Tenía el pelo teñido de azul (la camarera deseaba ese mismo tono) y lo llevaba recogido por detrás en un nudo enredado, húmedo y pegajoso a la altura del cuello. Tenía un fino lustre de crema solar en los brazos, como si acabara de salir de la playa en ese mismo momento, aunque estaban, al menos, a cuarenta minutos en coche de la costa—. Quizá se haya enfadado. Quizá se haya enfadado por fin.

—Basta ya, los dos —ordenó la otra mujer, que, ahora se daba cuenta la camarera, era una clienta habitual: café con leche de soja tamaño extragrande y extracaliente. Se llamaba Brooke. Brooke acabado en «e». Escribían los nombres de los clientes en las tapas de sus cafés y esa mujer había dejado claro en una ocasión, con voz tímida pero firme, como si no pudiera contenerse, que debían escribir una «e» al final de su nombre.

Era educada pero no parlanchina y, en general, se la veía un poco estresada, como si ya supiera que el día no le iba a ir como ella quería. Pagaba con un billete de cinco dólares y siempre dejaba el cambio de cincuenta centavos en el bote de las propinas. Todos los días iba vestida igual: con una camiseta polo azul marino, bermudas y zapatillas de deporte con calcetines.

Ese día iba vestida de fin de semana, con una falda y una camiseta, pero todavía tenía el aspecto de miembro de las fuerzas armadas fuera de servicio, o de profesora de educación física que no se dejaría engañar por ninguna excusa de estar sufriendo un tirón.

—Papá jamás haría daño a mamá —le dijo a su hermana—. Jamás.

—Dios mío, claro que no. ¡No lo decía en serio! —La chica del pelo azul levantó las manos en el aire y la camarera vio la piel arrugada alrededor de sus ojos y boca y se dio cuenta de que no era nada joven, simplemente vestía como si lo fuera. Era una mujer de mediana edad disfrazada. Desde cierta distancia, podría pensarse que tenía veinte años; desde cerca, serían unos cuarenta. Menudo timo.

—Mamá y papá tienen un matrimonio muy sólido —añadió Brooke con «e» y hubo algo en el tono resentido, aunque respetuoso, de su voz que hizo pensar a la camarera que, a pesar de su prudente atuendo, podía ser la más joven de los cuatro.

El hermano más atractivo la miró con incredulidad.

—¿Nos hemos criado en la misma casa?

—No sé. Dímelo tú. Porque yo nunca he visto ninguna muestra de violencia... ¡Por Dios!

—De todos modos, no es que yo esté sugiriendo nada. Lo que digo es que otras personas podrían hacerlo.

La mujer del pelo azul levantó los ojos y vio a la camarera.

—¡Perdona! ¡Todavía no hemos mirado! —Cogió de la mesa la carta plastificada.

—No pasa nada —contestó la camarera. Quería oír más.

—Es que estamos todos un poco distraídos. Nuestra madre ha desaparecido.

—Ay, no. ¿Hay motivos para... preocuparse? —La camarera no sabía bien cómo reaccionar. No parecían muy preocupados. Esa gente era... bastante mayor que ella. En ese caso, ¿no sería su madre muy mayor? ¿Una ancianita? ¿Cómo podía desaparecer una anciana? ¿Por demencia?

Brooke con «e» hizo una mueca.

—No le vayas contando eso a la gente —le dijo a su hermana.

—Perdona. «Es posible» que nuestra madre haya desaparecido —rectificó la mujer de pelo azul—. Se nos ha extraviado temporalmente.

—Tendréis que volver sobre vuestros pasos —repuso la camarera siguiendo con la broma—. ¿Dónde la visteis por última vez?

Hubo un silencio incómodo. Todos la miraron con idénticos ojos marrones claros y expresión seria. Todos tenían ese tipo de pestañas tan oscuras que parecía como si llevaran lápiz de ojos.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Eso es exactamente lo que debemos hacer. —La mujer del pelo azul asentía despacio, como si se estuviese tomando en serio aquel frívolo comentario—. Volver sobre nuestros pasos.

—Vamos a tomar todos el crujiente de manzana con nata —la interrumpió el hermano versión cara—. Y, luego, te diremos lo que pensamos.

—Buena elección. —El hermano versión barata golpeteó con el borde de su carta sobre el lateral de la mesa.

—¿Para desayunar? —preguntó Brooke con «e», pero sonrió irónicamente, como si se tratara de una broma privada relacionada con el crujiente de manzana, y todos le devolvieron la carta con la actitud aliviada de «decidido» con que todo el mundo devuelve su menú.

La camarera escribió «4 x Cruj Manz» en su libreta y enderezó la pila de cartas.

—Una cosa —dijo el hermano versión barata—. ¿Alguno la ha llamado?

—¿Cafés? —preguntó la camarera.

—Tomaremos todos café solo largo —respondió el hermano versión cara, y la camarera miró a los ojos a Brooke con «e» para darle la oportunidad de replicar: «No, yo no tomo así el café, siempre lo tomo

con leche de soja extralargo y extracaliente», pero estaba ocupada observando a su hermano—. Claro que la hemos llamado. Un millón de veces. Le he enviado mensajes. Le he escrito por correo electrónico. ¿Tú no?

—Entonces ¿cuatro solos largos? —insistió la camarera.

Nadie respondió.

—De acuerdo, cuatro solos largos.

—A mamá no. A ella. —El hermano versión barata apoyó los codos en la mesa y se apretó las sienes con la punta de los dedos—. A Savannah. ¿Alguien ha intentado ponerse en contacto con ella?

La camarera se quedó sin excusas para seguir allí escuchando.

¿Savannah era otra hermana? ¿Por qué no estaba ahí? ¿Era la apestada de la familia? ¿La hija pródiga? ¿Por eso su nombre parecía haber aterrizado entre ellos como un mal presagio? ¿Y alguno la había llamado?

La camarera se acercó a la barra, hizo sonar la campanilla con la palma de la mano y dejó el pedido con un golpe.

2

El septiembre pasado

Eran cerca de las once de un frío y ventoso martes por la noche. Las flores de cerezo de color rosa pálido se arremolinaban y rozaban el taxi mientras pasaba despacio junto a las casas de época rehabilitadas, cada una con un lujoso sedán de gama media en el camino de entrada y un ordenado trío de cubos de basura de distintos colores en el bordillo. Un falangero de cola anillada se escabulló tras una valla de piedra arenisca ante los faros del taxi. Un perro pequeño soltó un aullido y, después, se quedó en silencio. El aire olía a leña quemada, a hierba cortada y a cordero cocinado a fuego lento. La mayoría de las casas estaban a oscuras, salvo por la luz parpadeante de las cámaras de seguridad.

Joy Delaney, del número nueve, llenaba su lavavajillas mientras escuchaba el último episodio del pódcast de *El tío de las migrañas* con sus nuevos y caros auriculares inalámbricos que su hijo le había regalado por su cumpleaños.

Joy era una mujer menuda, delgada y vigorosa de pelo blanco a la altura de los hombros. Nunca podía recordar si tenía sesenta y ocho o sesenta y nueve años, y a veces incluso se abría a la posibilidad de tener sesenta y siete. (Tenía sesenta y nueve). En ese instante llevaba puestos unos vaqueros, una rebeca negra sobre una camiseta de rayas y calcetines de lana. Se suponía que tenía un aspecto «estupendo para su edad». Era lo que le solían decir las jóvenes en las tiendas. Ella siempre había querido responder: «No sabes qué edad tengo, adorable idiota, así que ¿cómo sabes que estoy tan estupenda?».

Su marido, Stan Delaney, estaba sentado en su sillón reclinable de la sala de estar con una bolsa de hielo en cada rodilla mientras veía un documental sobre los puentes más grandes del mundo y se iba comiendo un paquete de galletitas saladas con chile que iba mojando en un bote de crema de queso.

Su vieja terrier Staffordshire, Steffi (llamada así por Steffi Graf, porque de cachorrita era muy escurridiza), estaba sentada en el suelo de la cocina, al lado de Joy, mordisqueando a escondidas un trozo de periódico. En el último año, Steffi había empezado a mordisquear

obsesivamente cualquier papel que se encontrara por la casa, lo cual era, al parecer, un trastorno psicológico de los perros, posiblemente causado por el estrés, aunque nadie sabía por qué podía estar estresada Steffi.

Al menos, el hábito de Steffi con el papel era más tolerable que el del gato de su vecina Caro, Otis, que había empezado a robar ropa de las casas del callejón, incluida, para mayor humillación, la ropa interior, que Caro se sentía demasiado abochornada como para devolver, excepto si era de Joy, claro.

Joy sabía que sus enormes auriculares le hacían parecer una extraterrestre, pero no le importaba. Tras años de suplicar a sus hijos que guardaran silencio, ahora no podía soportarlo. El silencio era un bramido en medio de lo que ahora era su nido vacío. Su nido llevaba muchos años vacío, así que habría debido estar ya acostumbrada, pero el último año habían vendido su empresa y era como si todo hubiese acabado, deteniéndose con una sacudida. En su búsqueda de ruido se había vuelto adicta a los pódcast. A menudo, se iba a la cama con los auriculares todavía puestos para quedarse adormecida con el arrullo de una voz familiar y acreditada.

Ella en concreto no sufría migrañas, pero su hija menor sí y Joy escuchaba el pódcast de *El tío de las migrañas* en busca de consejos para poder transmitírselos a Brooke y también como una especie de penitencia. Durante los últimos años, había llegado casi a enfermar de remordimientos por el modo desdeñoso e impaciente con que había respondido cuando empezaron los dolores de cabeza infantiles de Brooke, que era como los llamaban.

«"Remordimiento" puede ser el argumento central de mis memorias», pensó mientras trataba de meter el rallador de queso en el lavavajillas al lado de la sartén. *Una vida de remordimientos*, por Joy Delaney.

La noche anterior había ido a la primera clase de un curso de «Así que quieres escribir tus memorias» en la escuela nocturna comunitaria. Joy no quería escribir sus memorias, pero Caro sí, así que la acompañaba. Caro era viuda y tímida y no quería asistir sola. Joy ayudaría a Caro a hacer alguna amiga (ya había echado el ojo a una que le parecía adecuada) y, después, dejaría de asistir. La profesora les había explicado que el proceso de escritura de unas memorias empieza con la elección de un argumento central y, después, se trata simplemente de buscar anécdotas que sirvan de sustento para ese argumento. «Quizá el vuestro sea "Me crie en los barrios bajos y mírame ahora"», dijo la profesora, y todas las señoras con sus pantalones sastre y sus pendientes de perlas asintieron

solemnemente y escribieron «barrios bajos» en sus cuadernos recién estrenados.

—Bueno, al menos el argumento central de tus memorias es evidente —le dijo Caro a Joy de camino a casa.

—Ah, ¿sí? —repuso Joy.

—El tenis. Tu argumento central es el tenis.

—Eso no es un argumento —protestó Joy—. Un argumento sería más bien algo como «venganza» o «éxito contra todo pronóstico» o...

—Tú podrías llamarlo «Juego, set y partido: la historia de una familia de tenistas».

—Pero eso es..., nosotros no somos estrellas del tenis —replicó Joy —. Solo dirigíamos una escuela de tenis y un club de tenis local. No somos la familia Williams. —Por alguna razón, el comentario de Caro le resultaba molesto, incluso irritante.

Caro la miró sorprendida.

—¿Qué estás diciendo? El tenis es la pasión de tu familia. La gente siempre aconseja: «¡Ve tras lo que te apasiona!». Y yo pienso: «Ojalá hubiera algo que me apasionara. Como a Joy».

Joy había cambiado de tema de conversación.

Ahora levantó los ojos del lavavajillas y recordó a Troy cuando era niño, justo ahí, en esa misma cocina, agarrando la raqueta como si fuese un arma, con la cara enrojecida por la rabia, sus preciosos ojos marrones llenos de culpabilidad y lágrimas, pero sin permitirse llorar, mientras gritaba: «¡Odio el tenis!».

—¡Menudo sacrilegio! —había exclamado Amy, porque su papel como hermana mayor era hacer de comentarista en cada discusión familiar y utilizar grandes palabras que los demás hijos no entendían, mientras Brooke, todavía pequeña y adorable, había estallado inevitablemente en lágrimas y Logan se había quedado con la cara inexpresiva y embobada.

—Tú no odias el tenis —le había contestado Joy. Era una orden. Lo que había querido decir era: «No puedes odiar el tenis, Troy». Y: «No tengo tiempo ni fuerzas para permitir que odies el tenis».

Joy sacudió ligeramente la cabeza para sacarse ese recuerdo y trató de volver a centrar su atención en el pódcast.

«... líneas en zigzag que flotan en tu campo de visión, puntos o estrellas brillantes, las personas que sufren síntomas de migrañas con aura dicen que...».

Troy no odiaba de verdad el tenis. Algunos de los recuerdos más felices de la familia eran en la pista. La mayor parte de sus recuerdos más felices. Algunos de los peores eran también en la pista, pero, vamos, que Troy todavía jugaba. Si de verdad hubiese odiado el tenis

no seguiría jugando con más de treinta años.

¿Era el tenis el argumento central de su vida?

Quizá Caro tuviese razón. Probablemente Stan y ella no se hubiesen conocido nunca de no ser por el tenis.

Ya había pasado más de medio siglo. Una fiesta de cumpleaños en una casa pequeña y llena de gente. Las cabezas moviéndose al unísono al ritmo de *Palomitas de maíz*, de Hot Butter. Una Joy de dieciocho años agarraba el grueso tallo verde de su copa que estaba llena hasta el borde de vino de Mosela caliente.

—¿Dónde está Joy? Deberías conocer a Joy. Acaba de ganar un campeonato importante.

Esas fueron las palabras que deshicieron el apretado semicírculo de personas que rodeaban al muchacho que estaba con la espalda contra la pared. Era un gigante de estatura y espaldas monstruosas, con una mata de pelo oscuro largo y rizado recogida en una coleta, un cigarro en una mano y una lata de cerveza en la otra. Los chicos atléticos aún podían fumar como chimeneas en los setenta. Tenía un hoyuelo que hizo su aparición nada más ver a Joy.

—Deberíamos ir a jugar alguna vez —dijo él. Ella nunca había oído una voz como aquella, al menos no de un chico de su propia generación. Era una voz tan grave y lenta que la gente se burlaba de él e intentaba imitarla. Decían que Stan tenía la voz de Johnny Cash. No lo hacía a propósito. Es que hablaba así. No hablaba mucho, pero todo lo que decía parecía importante.

No eran los únicos tenistas de aquella fiesta, pero sí los únicos campeones. Fue el destino, como si se tratara de un cuento de hadas inevitable. Si no se hubiesen conocido aquella noche, habrían terminado encontrándose. El del tenis era un mundo pequeño.

Aquel fin de semana jugaron su primer partido. Ella perdió 6-4, 6-4 y, después, pasó directamente a perder la virginidad con él, a pesar de que su madre le había advertido de la importancia de aplazar el tema del sexo si alguna vez le gustaba algún chico: «¿Por qué comprar una vaca cuando puedes tener la leche gratis?». (Sus hijas soltaron un chillido cuando oyeron aquella frase).

Joy le dijo a Stan que solo se acostó con él por su servicio. Tenía un saque magnífico. Todavía seguía admirándolo, a la espera de esa milésima de segundo en que el tiempo se detenía y Stan se convertía en una escultura de un jugador de tenis: espalda arqueada, pelota suspendida, raqueta detrás de la cabeza y, después..., pum.

Stan le dijo que solo se acostó con ella por su volea decidida y, después, añadió a su oído, con aquella voz grave y lenta: «No, no es verdad. Tienes que mejorar tu volea. Te acercas demasiado a la red.

Me acosté contigo porque en cuanto vi esas piernas supe que quería que me envolvieras la espalda con ellas», y Joy se quedó embelesada. Le pareció de lo más pícaro y poético, aunque no le gustó la crítica a su volea.

«... esto provoca la liberación de neurotransmisores...».

Miró el rallador. Estaba cubierto de zanahoria que no iba a desaparecer con el lavavajillas. Lo enjuagó en el fregadero.

—¿Por qué estoy haciéndote yo el trabajo? —le preguntó al lavavajillas mientras pensaba en ella misma en la época anterior al lavavajillas, de pie junto al fregadero, con los guantes de goma bajo el agua caliente y una torre de platos sucios a su lado.

Últimamente no paraba de tropezarse con su pasado. El día anterior se había despertado de la siesta con una sensación de pánico, pensando que se había olvidado de recoger a uno de sus hijos del colegio. Tardó más de un minuto en recordar que todos sus hijos eran ya adultos: los adultos tienen arrugas e hipotecas, licenciaturas y planes de viaje. Su amiga Linda, que trabajaba en una residencia de ancianos, le había contado que una oleada de desasosiego se adueñaba de la residencia cada día a la hora de recoger a los niños del colegio cuando las señoras se inquietaban, convencidas de que debían salir corriendo a recoger a unos hijos que desde hacía mucho tiempo ya eran adultos. A Joy se le habían saltado las lágrimas al oír aquello y ahora le estaba pasando a ella exactamente lo mismo.

—Es posible que mi intelecto superior esté ocultando mis síntomas de demencia —le había dicho a Stan.

—Yo no he notado nada —había respondido él.

—¿Mis síntomas de demencia? ¿O mi intelecto superior?

—Bueno, tú siempre has estado demente —había contestado Stan y, después, se había marchado, probablemente para subirse a una escalerilla de mano, pues sus hijos le habían advertido que con setenta años era demasiado mayor para subirse a una escalera, así que le gustaba buscar excusas para hacerlo tan a menudo como le era posible.

La noche anterior Joy había escuchado un pódcast muy instructivo llamado *La vida con la demencia*.

El rallador de queso se negaba a entrar con la sartén en el lavavajillas. Se quedó mirando los dos objetos. Era como un rompecabezas que ella debería ser capaz de resolver.

«... provoca un cambio en el tamaño de los vasos sanguíneos...», dijo el tío de las migrañas.

¿Qué? Iba a tener que retroceder en ese pódcast y empezar de nuevo.

Había oído que la jubilación provoca un rápido empeoramiento de la función cerebral. Quizá fuera eso lo que estaba ocurriendo. Que su lóbulo frontal se estaba atrofiando.

Habían pensado que estaban listos para la jubilación. Vender la escuela de tenis les había parecido el siguiente paso evidente de sus vidas. No podían seguir dando clases para siempre y ninguno de sus hijos tenía interés por quedarse con el negocio. De hecho, mostraban un desinterés insultante. Durante años, Stan había albergado la falsa esperanza de que Logan invertiría en la Escuela Delaney: esa anticuada idea de que el hijo mayor se convertiría en su orgulloso sucesor. «Logan era un entrenador estupendo —había mascullado—. Tenía talento. Tenía verdadero talento».

El pobre Logan se había quedado absolutamente espantado cuando Stan le sugirió tímidamente que quizá querría comprar la empresa. «No es muy ambicioso, ¿verdad?», le había comentado Stan a Joy y ella le había dado un grito porque no soportaba oír ninguna crítica sobre sus hijos, sobre todo cuando esa crítica tenía fundamento.

Así que la vendieron. A buenas personas y por un buen precio. Ella no se había esperado tener tal sensación de pérdida. No había sido consciente de lo mucho que les definía la Escuela de Tenis Delaney. ¿Quiénes eran ahora? Una pareja más de ancianos.

Menos mal que aún contaban con sus éxitos en el tenis. Su trofeo más reciente reposaba, pesado y orgulloso, sobre el aparador, listo para lucirse cuando se reunieran todos por el día del Padre. Las rodillas de Stan estaban sufriendo ahora las consecuencias, pero había supuesto un verdadero triunfo contra dos jugadores supuestamente excelentes: Stan y ella habían controlado la red, habían atacado a mitad de pista y no habían perdido la calma en ningún momento. Seguían valiendo.

Aparte de los torneos, aún jugaban en el campeonato social de los lunes que Joy había organizado años atrás, aunque últimamente se estaba convirtiendo en algo deprimente porque la gente no paraba de morirse. Seis meses antes, Dennis Christos se había muerto en la pista mientras él y su mujer, Debbie, jugaban contra Joy y Stan, lo cual había sido un trauma espantoso. Joy creía que el corazón de Dennis no había podido soportar la emoción de pensar que iba a romper el servicio de Stan. En el fondo, culpaba a Stan por hacer que Dennis creyera que tenía posibilidades. Había dejado que el partido llegara a 40-0 por puro placer. Joy estaba necesitando mucha fuerza de voluntad para no decirle: «Tú mataste a Dennis Christos, Stan».

Lo cierto era que ni Stan ni ella estaban hechos para la jubilación. Sus vacaciones soñadas de seis semanas en Europa habían sido un

desastre. Incluso en Wimbledon. Sobre todo en Wimbledon. Cuando el avión aterrizó de nuevo en Sídney, los dos habían sentido una oleada de alivio, aunque no lo confesaron a nadie, ni a sus amigos ni a sus hijos, ni siquiera el uno al otro.

A veces, intentaban hacer cosas que sus otros amigos jubilados hacían, como pasar un bonito día en la playa, por ejemplo. Joy se había destrozado el pie al pisar una concha de ostra y les habían puesto una multa de aparcamiento. Eso le recordó a aquellas ocasiones en las que se le había metido en la cabeza que Stan y ella debían llevar a sus hijos a una agradable merienda campestre y se había esforzado muchísimo en fingir que eran una encantadora familia que disfrutaba de sus meriendas en el campo, pero inevitablemente algo salía mal, siempre había alguien de mal humor o se perdían o empezaba a llover nada más llegar y el trayecto de vuelta a casa transcurría en silencio y lleno de resentimiento, salvo por los resoplidos que a intervalos regulares emitía cualquiera de los hijos que consideraba haber sido regañado de un modo injustificable.

—La verdad es que nos hemos vuelto bastante románticos desde que nos hemos jubilado —le dijo una amiga irritantemente alegre, lo cual hizo que Joy sintiera arcadas, pero la otra semana compró dos batidos de plátano en la zona de restaurantes del centro comercial como gesto divertido porque Stan y ella solían comprarlos para desayunar en las cafeterías de los pueblecitos cuando viajaban juntos en los torneos regionales durante los primeros años de su matrimonio. Se ahorraban el dinero de los hoteles durmiendo en el coche. Tenían sexo en el asiento de atrás.

Sin embargo, quedó claro que Stan ni siquiera recordaba sus batidos de plátano y, de camino a casa, él pisó el freno de forma exagerada e innecesaria cuando alguien se les cruzó por delante y el batido de Joy salió volando por los aires, por lo que ahora su coche tenía un desagradable y permanente olor a leche agria: el olor amargo del fracaso. Stan decía que él no olía nada.

Necesitaban un carácter distinto para jubilarse con elegancia y entusiasmo, como sus amigos. Necesitaban ser menos gruñones (sobre todo Stan) y contar con una mayor variedad de intereses y aficiones aparte del tenis. Necesitaban nietos.

«Nietos».

La palabra misma la inundaba de ese tipo de emociones gigantes y complicadas que quedaban reservadas para los jóvenes: deseo, furia y, lo peor de todo, maliciosa y amarga envidia.

Sabía que un nietecito sería lo único que haría falta para acabar con el bramido del silencio, para hacer que sus días volvieran a

crepitar llenos de vida, pero no se podía pedir nietos a los hijos. Qué humillante. Qué vulgar. Joy se tenía por una persona más interesante y sofisticada que eso. Era feminista. Atleta. Una empresaria de mucho éxito. Se negaba a responder a ese estereotipo.

Terminaría ocurriendo. Solo debía ser paciente. Tenía cuatro hijos. Cuatro boletos para el sorteo, aunque dos de sus cuatro hijos estaban solteros, así que quizá no contaban todavía con tantos boletos. Pero los otros dos sí tenían relaciones sólidas y largas. Logan y su novia, Indira, llevaban ya cinco años juntos. No estaban casados, pero eso no importaba. Indira era maravillosa y, la última vez que Joy la había visto, no le cupo duda de que tenía una actitud misteriosa y reservada, casi como si quisiera contarle a Joy algo que se estaba guardando: ¿quizá hasta que cumpliera las doce semanas?

Brooke y Grant estaban felizmente casados, con una hipoteca sobre una buena casa y un coche familiar. Y Grant era mayor, así que podía pasar pronto. Ojalá Brooke no hubiera abierto su propia clínica de fisioterapia. Era digno de admiración, Stan resplandecía de orgullo cada vez que alguien lo mencionaba, pero dirigir tu propio negocio es estresante y los que sufren de migrañas deben controlar el estrés. Brooke era demasiado ambiciosa. Pero seguro que querría tener pronto un bebé. Brooke siempre estaba al corriente de los criterios médicos más recientes, así que sabía que no era conveniente dejarlo para muy tarde.

En el fondo, Joy esperaba que sus hijos pudiesen encontrar una forma creativa de anunciarle sus embarazos, igual que hacían siempre los hijos de otras personas en YouTube. Por ejemplo, podían guardar en un sobre la imagen de la ecografía y, después, grabar la reacción de Joy al abrirlo: desconcierto seguido de comprensión, con las manos sobre la boca entre lágrimas y abrazos. ¡Podrían publicarlo en sus redes sociales! «¡Joy se entera de que va a ser abuela!». Podría hacerse viral. Joy se vestía mejor de lo habitual cada vez que sus hijos iban de visita, por si acaso.

(Jamás compartiría con nadie esa fantasía. Ni siquiera con la perra).

El tío de las migrañas peroraba con voz seductora en los oídos de Joy: «Hablemos del magnesio».

—Buena idea. Hablemos de eso —dijo Joy.

No había forma de que la sartén y el rallador cupieran juntos. No había solución. El rallador tendría que quedarse fuera. De todos modos, ya estaba limpio. Se incorporó delante del lavavajillas y vio que su marido estaba justo enfrente, como si se hubiese teletransportado.

—Dios... Maldita... ¿Qué narices...? —dijo ella con un chillido.

Se bajó los auriculares al cuello y se llevó la mano a su acelerado corazón.

—¡No seas tan sigiloso!

—¿Por qué están llamando a la puerta? —Stan tenía los labios naranjas por las galletas con chile. Tenía círculos húmedos en las rodillas de sus vaqueros por las bolsas de hielo derretido. Resultaba molesto solo mirarle, sobre todo porque él la miraba a su vez con expresión acusadora, como si fuera culpa de ella que estuviesen llamando a la puerta.

Steffi se sentó al lado de Stan, con las orejas levantadas y en alerta y los ojos brillantes ante la magnífica posibilidad de que la sacaran de paseo.

Joy dirigió la mirada al reloj de la pared de la cocina. Era demasiado tarde para tratarse de alguna entrega o de algún encuestador. Demasiado tarde para la visita de algún amigo o familiar, y lo cierto era que ya nadie lo hacía sin llamar antes.

Joy se quedó contemplando a su marido. Quizá fuera él quien sufría demencia. Por sus investigaciones, Joy sabía que el cónyuge debía mostrarse paciente y amable.

—Yo no he oído nada —dijo, paciente y amable. Iba a ser una estupenda cuidadora, aunque quizá lo apuntara en la lista de espera de alguna buena residencia más pronto que tarde.

—Yo he oído que llamaban —insistió Stan, moviendo la mandíbula adelante y atrás con ese gesto que indicaba fastidio.

Pero, entonces, Joy también lo oyó: pom, pom, pom.

Como si alguien golpeara la puerta con el puño. El timbre llevaba años roto y la gente solía llamar con impaciencia tras hartarse de pulsarlo, pero aquello parecía más una emergencia.

Cruzó la mirada con Stan y, sin decir nada, los dos se dirigieron hacia la puerta, sin correr, pero caminando deprisa por el largo pasillo. Rápido, rápido, rápido. Steffi trotaba junto a ellos, entre jadeos de emoción. Los calcetines de Joy se resbalaban por el suelo de madera y sintió que los tres, el hombre, la mujer y la perra, compartían una estimulante sensación de emergencia. Alguien los necesitaba. Debía de haberse producido algún tipo de crisis. Ellos solucionarían la crisis porque, aunque no había niños viviendo en casa, todavía tenían esa mentalidad: «Nosotros somos los adultos. Somos los que lo solucionan todo».

Quizá hubiese incluso algo placentero en ese andar rápido hacia la puerta porque había pasado ya bastante tiempo desde que alguno de sus hijos les había pedido dinero o consejo, o incluso que le llevaran al

aeropuerto.

Pom, pom, pom.

—¡Ya va! —gritó Stan.

Fragmentos de recuerdos cruzaron como destellos la mente de Joy: Troy llegando a casa del colegio cuando tenía ocho o nueve años, golpeando la puerta y gritando: «¡FBI! ¡Abran!». Pasó años haciendo aquello, cada vez que llegaba a una puerta. Le parecía gracioso. Amy llamando al timbre con frenesí, cuando todavía funcionaba, porque había perdido sus llaves de casa otra vez y siempre tenía prisa por entrar en el baño.

Stan se colocó delante de ella. Deslizó la cerradura con un eficaz giro de muñeca y abrió la puerta.

Una joven llorosa se precipitó hacia delante, como si hubiese tenido apoyada la frente en la puerta, y cayó directa sobre los brazos de Stan, como una hija.

3

*H*ola —dijo Stan, sorprendido. Le dio torpes palmadas en el hombro.

Durante una milésima de segundo, Joy supuso que sí era una de sus hijas, pero esa chica apenas le llegaba a Stan a la altura del pecho. Los hijos de Joy eran altos: los chicos medían un metro noventa y cinco, Amy medía uno ochenta y Brooke, uno ochenta y cinco. Los cuatro eran corpulentos, de pelo oscuro, piel olivácea, mejillas rojizas y con hoyuelos, como su padre. («Todos tus hijos parecen toreros españoles gigantes», solía decir la madre de Joy con tono de reprimenda, como si Joy los hubiese cogido de un estante del supermercado).

La chica de la puerta era menuda, con el pelo rubio, sucio y desgreñado y una piel blanca, venosa y con manchas.

—Lo siento. —La chica se retiró, tomó una bocanada de aire temblorosa, sorbió por la nariz y trató de dibujar en su boca un amago de sonrisa—. Lo siento mucho. Qué vergüenza.

Tenía un corte reciente justo por debajo de la ceja derecha. Unos rastros de sangre brillante y húmeda le corrían por la cara.

—No pasa nada, cariño. —Joy agarró con firmeza a la chica por su delgaducho brazo por si se desmayaba.

La llamaría «cariño» hasta que recordara su nombre. Stan no le iba a servir de ayuda. Notó cómo trataba de cruzar la mirada con ella: «¿Quién narices es esta?».

La chica tenía un piercing como una semilla diminuta en la nariz y un tatuaje de un sarmiento de vid verde alrededor de su pálido antebrazo. Llevaba una camiseta de manga larga hecha jirones con manchas viejas de grasa por delante y unos vaqueros azules rasgados. Sus pies descalzos estaban morados por el frío. De una manera vaga y borrosa, no resultaba completamente conocida.

Habría sido de bastante ayuda que la chica dijese su nombre, pero los jóvenes siempre suponen que se les debe recordar. Pasaba siempre. Un joven desconocido se acercaba directo hacia ellos, moviendo la mano en el aire, encantado: «¡Señor y señora Delaney! ¿Cómo están? ¡Cuánto tiempo!». Joy tenía que fingir durante toda la conversación mientras, al mismo tiempo, repasaba su base de datos mental: ¿un chico del tenis? ¿Un antiguo socio del club que ahora es adulto? ¿Un

amigo de alguno de sus hijos?

—¿Qué te ha pasado? —Stan señaló al ojo de la chica. Parecía asustado, un anciano, de repente—. ¿Hay alguien ahí afuera? —Se asomó para mirar hacia la calle por encima de ella. A Joy nunca se le habría ocurrido que pudiera haber alguien ahí.

—No hay nadie —respondió la chica—. He venido en taxi.

—No pasa nada, cariño. Lo solucionaremos —dijo Joy.

Estaba siendo todo muy confuso, pero se terminaría aclarando. Stan siempre quería que todo quedara claro al instante.

Joy supuso que la chica debía de estar al final de la veintena, la misma edad de Brooke, pero no tenía el aspecto de las amigas de Brooke, que eran mujeres jóvenes y ocupadas, con muchas cosas en las que pensar. Esta tenía el aspecto mugriento que le encantaba a Amy, así que seguramente sería una amiga suya. Lo que lo hacía más difícil, porque Amy se movía en distintos círculos muy eclécticos. ¿Alguien de ese grupo de teatro de aficionados por el que Amy había mostrado tanto entusiasmo durante, al menos, una semana? ¿Una amiga de la universidad? ¿De la primera carrera que abandonó? ¿De la segunda?

—¿Cómo te has hecho eso? —preguntó Joy.

—Mi novio y yo discutimos —respondió la chica. Se tambaleó y se apretó la base de la palma de la mano sobre el ojo ensangrentado—. Salí corriendo del apartamento a la calle y me metí en un taxi...

—¿Tu novio te ha hecho esto? —preguntó Stan—. ¿Quieres decir que te ha pegado?

—Algo así —contestó la chica.

—¿Algo así? ¿Qué significa eso? —insistió Stan. Ese hombre podía resultar, a veces, de lo más desagradable—. ¿Te ha pegado o no?

—Es complicado —respondió ella.

—No, no lo es. Si te ha pegado, deberíamos llamar a la policía —dijo Stan.

—No. —La chica se soltó de las manos de Joy—. Ni hablar. No quiero meter a la policía en esto.

—No tenemos por qué llamar a la policía, cariño, si es que no quieres —intervino Joy—. Es decisión tuya. Pero entra y siéntate.

Si la chica no quería llamar a la policía, a ella le parecía bien. No quería a la policía en su casa.

Al pasar bajo una de las luces del pasillo, Joy vio que la chica era mayor de lo que había creído al principio. ¿Quizá de unos treinta y pocos? «Piensa, piensa, piensa».

¿Podría ser la exnovia de alguno de los chicos? Hubo unos años en los que costaba seguir la cuenta de todas las jóvenes que habían pasado por la casa. Sus dos hijos habían tenido relaciones largas con

chicas rubias de piel bronceada y zapatillas blancas que se llamaban Tracey. Stan nunca sabía distinguir de qué Tracey se trataba. Las dos terminaron llorando en la mesa de la cocina de Joy, en ocasiones distintas, mientras Joy cortaba cebollas y les murmuraba palabras de consuelo. La Tracey de Logan seguía enviándoles una tarjeta de felicitación por Navidad.

Pero esta chica no parecía ninguna de esas novias. Troy iba detrás de princesas de revista y a Logan le gustaban las bibliotecarias atractivas. Y esta chica no era ninguna de las dos cosas.

—Luego, caí en la cuenta de que no llevaba dinero —continuó la chica cuando entraron en la cocina y se detuvo para inclinar la cabeza hacia atrás y mirar el techo alto como si fuese una catedral. Joy siguió su mirada mientras recorría la habitación hasta el aparador abarrotado de fotos de familia y adornos, incluida la espantosa pareja de gatos de porcelana que había pertenecido a la madre de Stan, y se detuvo ante la fuente de fruta que había sobre la mesa: lustrosas manzanas rojas y plátanos de un amarillo encendido. ¿Tenía hambre esa chica? Podía comerse todos los plátanos. Joy no sabía por qué seguía comprándolos. Era como si solo los quisiera de adorno. La mayoría terminaban reblandeciéndose y poniéndose negros y, después, se sentía avergonzada al tener que tirarlos a la basura—. No tenía absolutamente nada. Ni cartera, ni teléfono ni dinero: nada.

—Siéntate, cariño. —Joy movió hacia atrás una silla de la mesa de la cocina.

Por suerte, Stan había dejado de hacer preguntas. En silencio, bajó el botiquín de su sitio en el armario de encima de la nevera donde Joy no podía alcanzarlo sin subirse a una silla. Lo dejó sobre la mesa y abrió la tapa porque a Joy siempre le costaba soltar la rígida cerradura. A continuación, fue al fregadero y le sirvió a la chica un vaso de agua.

—Vamos a echarle un vistazo a esto. —Joy se puso las gafas—. ¿Te duele mucho?

—No, no pasa nada. Tengo un umbral del dolor alto. —La chica levantó el vaso de agua con mano temblorosa y bebió. Tenía las uñas rotas. Se las mordía. Amy también tenía esa espantosa costumbre. La piel de la chica irradiaba el frescor de la noche fría mientras Joy le limpiaba la herida con antiséptico.

—Así que te diste cuenta de que no llevabas la cartera —prosiguió Joy mientras Stan se sentaba, ponía los codos sobre la mesa, entrelazaba las manos y se frotaba la nariz con los nudillos a la vez que fruncía el ceño con fuerza.

—Sí, así que me empecé a asustar, pensando en cómo iba a pagar

el viaje, y el taxista no era de los amables, ¿sabe? Se le notaba. Tenía pinta de ser de los antipáticos, incluso agresivos. Así que nos dedicamos a dar vueltas y...

—¿A dar vueltas? —la interrumpió Stan—. ¿Pero qué dirección le habías dado al conductor cuando subiste al taxi?

Joy le fulminó con la mirada. A veces, no sabía cómo tratar a la gente.

—No le di ninguna dirección. No podía pensar. Le dije: «Vaya hacia el norte». Intentaba hacer tiempo mientras decidía adónde ir.

—¿El taxista no se dio cuenta siquiera de que estabas herida? —preguntó Joy—. ¡Debería haberte llevado directamente al hospital más cercano sin cobrarte un centavo!

—Si se dio cuenta, no quiso saber nada.

Joy negaba con la cabeza con gesto triste. La gente de hoy en día.

—En fin, que por alguna razón, no sé por qué, algo me empujó a hacerlo, me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y... ¡No me lo podía creer! ¡Había un billete de veinte dólares! ¡Menuda casualidad! ¡Yo nunca me encuentro dinero de esa manera!

El rostro de la chica se iluminó con un placer algo infantil mientras recordaba el momento en que se había encontrado el dinero.

—Alguien estaba cuidándote —dijo Joy. Cortó un trozo de gasa del rollo.

—Sí, lo sé. Así que, cuando el taxímetro se iba acercando a los veinte dólares, empecé a darle indicaciones al azar al taxista. Del tipo gire a la izquierda. La segunda a la derecha. No sé, me encontraba como delirando. Solo estaba siguiendo mi olfato. Espere. ¿Me acabo de inventar eso? Lo de seguir mi olfato. Suena gracioso, ahora que lo he dicho. ¿Cómo sigue uno a su olfato?

La chica levantó los ojos hacia Joy.

—No, está bien —contestó Joy. Se acarició la nariz—. Seguir a tu olfato.

Miró a Stan. Estaba sacando el labio inferior hacia fuera, como siempre hacía cuando desaprobaba algo. Él nunca seguía su olfato. Hay que tener un plan, niña. No darle a la pelota sin más y esperar ganar. Hay que planear cómo ganar.

—En el momento en que el taxímetro marcó veinte dólares, grité: «¡Pare!». Y me bajé del coche. Esta noche hace mucho frío en la calle. ¡No me había dado cuenta! —La chica empezó a tiritar de manera convulsiva—. Y voy descalza. —Levantó su pie sucio y se señaló los dedos—. Estaba ahí, en la cuneta. Sentía los pies como bloques de hielo. Pensé, idiota, estúpida, estúpida idiota, ¿y ahora qué? Y, entonces, comencé a sentirme mareada y miré hacia las casas y la suya

parecía la más acogedora, y tenía las luces encendidas, así que... —Se tiró de las mangas de la camiseta—. Así que aquí estoy.

Joy se detuvo, con la mirada perdida.

—Entonces..., pero... ¿estás diciendo que..., que nosotros..., que tú no...? —Intentaba pensar en una forma más elegante de decirlo, pero no podía—. ¿No nos conoces?

Ahora entendía que se había estado engañando a sí misma pensando que esa chica le resultaba familiar. Solo lo era del mismo modo que todo el mundo resulta familiar en la actualidad. Dejan que cualquier desconocido entre en sus casas.

Buscó indicios de alguna tendencia delictiva pero no vio ninguno, aunque no estaba del todo segura de cómo se podrían manifestar esas tendencias. La verdad era que el piercing de la nariz resultaba bastante bonito. (Amy había llevado un espantosísimo piercing en el labio hacía unos años, así que a Joy no le preocupaba mucho el de la nariz). El tatuaje de un sarmiento de vid verde no resultaba precisamente intimidatorio. Parecía buena chica. Un poco extravagante, quizá. Pero era dulce. Esa chica no podía ser peligrosa. Era demasiado pequeña. Tan peligrosa como un ratón.

—¿No tienes amigos ni familia a los que acudir? —preguntó Stan.

Joy le volvió a fulminar con la mirada. Lo cierto era que ella quería hacerle la misma pregunta, pero tenía que haber una forma más agradable de hacerlo.

—Nos acabamos de mudar aquí desde Gold Coast —contestó la chica—. No conozco a una sola persona en Sídney.

Imagínate, pensó Joy. Completamente sola, sin dinero, en una ciudad que no conoces y sin poder volver a casa. ¿Qué puedes hacer aparte de lanzarte a buscar la misericordia de algún desconocido? Era incapaz de imaginarse en la misma situación. Siempre había contado con la protección de la gente.

—¿Quieres...? A lo mejor quieres llamar a alguien. ¿A tu familia? —preguntó Stan.

—La verdad es que no hay nadie... disponible ahora mismo. —La chica bajó la cabeza y Joy pudo ver su pobre, indefenso y delgado cuello entre los gruesos mechones de pelo.

—Mírame, cariño. —Apretó la gasa sobre la herida—. Pon aquí el dedo. —Guio la mano de la chica hacia la gasa, la pegó con una tirita y soltó un suspiro de satisfacción—. Ya está. Solucionado.

—Gracias. —La chica miró a Joy con sus ojos de color verde claro enmarcados por las pestañas más hermosas que había visto en su vida. Parecían estar espolvoreadas con oro. Los hijos de Joy tenían todos unas pestañas oscuras de torero. La misma Joy tenía unas pestañas

muy normales.

La chica resultaba inesperadamente bonita ahora que le había limpiado la sangre. Tan bonita y tan delgada, sucia y cansada que Joy sintió un abrumador deseo de darle de comer, prepararle un baño y meterla en la cama.

—Me llamo Savannah —dijo la chica a la vez que levantaba la mano hacia Joy para estrechársela.

—Savannah. Qué nombre tan bonito —respondió Joy—. Tengo una amiga que se llama Hannah. ¡Muy parecido! Bueno, no tanto. Savannah. ¿Dónde he oído antes ese nombre? Ya sé, creo que la princesa Ana tiene una nieta que se llama Savannah. Es una niñita muy mona. ¡Un poco traviesa! No creo que sea la princesa Savannah. No creo que tenga siquiera algún título. Tampoco es que sea de tu interés. Yo siempre he tenido un interés especial por la familia real británica. Les sigo en Instagram.

Al parecer no podía parar de hablar. Le pasaba cuando estaba disgustada o impactada, y se dio cuenta de que en ese mismo instante probablemente estaba un poco disgustada e impactada, por la sangre, por la historia violenta que acababa de oír. Vio que seguía agarrando la mano pequeña y helada de la chica y le dio un rápido y consolador apretón antes de soltarla.

—Hay otra Savannah de la que intento acordarme, aparte de la de la familia real. Estoy segura de que sí... ¡Ah, ya sé! Mi hija menor, Brooke, tiene una amiga que acaba de tener una niña y estoy casi segura de que la ha llamado Savannah, o quizá sea Samantha.

Recordó que, en realidad, la niña se llamaba Poppy, que no se parecía en nada ni a Savannah ni a Samantha, así que se sintió avergonzada, pero no había necesidad de decirlo.

—Brooke no está preparada todavía para ser madre porque acaba de abrir su clínica de fisioterapia, lo cual es muy emocionante.

No era nada emocionante. En todo caso, exasperante. Pero como solía decir su abuelo: «No dejes que la verdad eche a perder una buena historia».

—Está muy ocupada con eso. Se llama Fisioterapia Delaney's. Tengo una tarjeta por algún sitio. Es muy buena. Me refiero a Brooke. Mi hija. Muy calmada y paciente. Es curioso porque nunca pensamos que...

—Joy —la interrumpió Stan—. Respira un poco.

—Nunca pensamos que tendríamos a ningún sanitario en la familia... —Joy se detuvo. Se llevó una mano al cuello y notó que seguía teniendo los auriculares ahí, como un gigantesco y llamativo collar—. Estaba escuchando un pódcast —se explicó, con torpeza. De

hecho, podía oír la voz metálica e incorpórea del locutor de su pódcast, todavía parloteando ajeno a lo que pasaba, sin ser consciente de que Joy ya no le oía.

—A mí me gustan los pódcast —dijo Savannah.

—¡No nos hemos presentado! ¡Yo soy Joy! —Joy apagó los auriculares y los dejó sobre la mesa—. Y este es el cascarrabias de mi marido, Stan.

—Gracias por curarme, Joy. —Savannah se señaló la venda de la cara—. Aunque no tengas sanitarios en tu familia, ¡creo que has hecho un trabajo súper!

«Súper». Qué palabra tan curiosa. Un toque del pasado.

—Ah, bueno, gracias —contestó Joy—. Yo nunca..., en fin. —Se obligó a dejar de hablar.

—Esta casa me ha dado una buena sensación. —Savannah miró a su alrededor—. Nada más verla. Me ha parecido cálida y segura.

—Es segura —respondió Joy. Evitó mirar a su marido—. ¿Quieres comer algo, Savannah? ¿Tienes hambre? ¡Cómete un plátano! O también tengo sobras de la cena que puedo calentar. —No dio tiempo a que la chica aceptara la oferta antes de pasar a la siguiente—. Y después dormirás aquí esta noche, claro.

Se alegró de que la asistenta, la buena de Barb, hubiese ido ese día y que juntas hubiesen pasado la aspiradora y limpiado el polvo en la antigua habitación de Amy.

—Ah —dijo Savannah. Miró incómoda a Stan y, a continuación, de nuevo a Joy—. Pues no sé. Yo solo...

Pero estaba claro que no tenía adónde ir a esas horas de la noche y bajo ningún concepto iba Joy a permitir que esa diminuta chica descalza volviera a salir al frío y la oscuridad.

4

Ahora

*E*stamos tratando de localizar a la chica que se quedó en casa de mis padres el año pasado.

La esteticista, vestida de blanco inmaculado, se arrodilló ante los enormes pies de su cliente mientras los dirigía suavemente hacia el interior de la palangana llena de agua caliente perfumada, pétalos de rosa flotando y suaves guijarros de forma ovalada fabricados para que pareciera que procedían de un arroyo de las montañas.

—Apareció en su puerta. Una noche ya tarde.

El cliente, que había reservado la Pedicura Energética Deluxe, «una experiencia de lujo para los ocupados ejecutivos», movió sus pies sobre las piedras y continuó hablando, por suerte a un volumen tolerable. Había preguntado cortésmente a la esteticista si podía realizar algunas llamadas mientras le hacía la pedicura. La mayoría de la gente simplemente empezaba a dar voces de golpe.

—Probablemente la chica no tenga nada que ver —continuó él—. Es que estamos llamando a todos los conocidos de mi madre.

El teléfono del cliente estaba en el bolsillo de su holgada camisa blanca. Llevaba puestos unos AirPods. El padre de la esteticista decía que las personas que llevaban AirPods parecían cacahuetes. (Su padre acababa de cumplir cincuenta años y resultaba entrañable que creyera que sus opiniones aún tenían validez). El cliente no parecía un cacahuete. Era muy atractivo.

—Es extraño que mi madre no se haya puesto en contacto conmigo en todo este tiempo. Normalmente me llama a los dos minutos, sin aliento y horrorizada tras ver una llamada perdida mía.

La esteticista le frotaba exfoliante de hueso de albaricoque por el talón del pie derecho con fuertes y enérgicos círculos.

—Lo sé, pero no es que haya desaparecido sin decir nada. Nos envió a todos un mensaje el día de San Valentín. —Hizo una pausa—. Te voy a decir exactamente lo que ponía. Espera un segundo.

Deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono.

—Aquí está. —Leyó en voz alta—. «¡Voy a estar desconectada un tiempo! Me voy narcisos 21 dados para acabar Checoslovaquia

danzante! ¡Pradecillo! Besos, mamá». Emoticono de corazón. Emoticono de mariposa. Emoticono de flor. Emoticono de carita sonriente. «Desconectada» va en mayúsculas.

La madre de la esteticista también usaba muchos emoticonos en sus mensajes. A las madres les encantan los emoticonos. Se preguntó qué podría significar todo eso de «Checoslovaquia danzante».

—Lo que quiere decir es que estaba escribiendo el mensaje sin las gafas —dijo el cliente a la persona del teléfono, que debía de estar preguntándose lo mismo—. Sus mensajes están siempre llenos de frases raras al azar.

La esteticista trató de masajearle el gemelo. Era como intentar masajear el granito. Seguro que era de los que salen a correr.

—Sí —dijo él—. Voy ahora para allá a hablar con mi padre para ver si puedo averiguar algo más, aunque a mí no me va a contar nada...

En ese momento, su pie se movió con un repentino espasmo y los dedos se le abrieron en un ángulo poco natural.

—¡Un calambre! —gritó. La esteticista movió la cabeza justo a tiempo.

5

El septiembre pasado

Joy cerró la puerta de su dormitorio con un suave y cuidadoso chasquido, como si Savannah pudiera oírla y así saber que la cerraba porque ella estaba ahí. Siempre habían dormido con la puerta de par en par a lo largo de toda su vida de casados: para que sus pequeños y angustiados hijos pudieran meterse directos en su cama si tenían pesadillas; para poder oír a los adolescentes chocándose por la casa, borrachos, pero afortunadamente vivos y de vuelta; para poder ir corriendo a administrar medicamentos, consejos, consuelo; para poder dar un salto cada mañana desde sus camas y entrar rápidamente en acción en sus vidas ajetreadas e importantes.

Antes, cerrar la puerta del dormitorio era señal de que a alguien le podía parecer una buena idea el sexo. Ahora era señal de que tenían una invitada.

Una invitada inesperada.

Con suerte, Savannah estaría calentita y cómoda en el antiguo dormitorio de Amy, vestida con un viejo pijama de Amy. Amy, su hija mayor, su «espíritu libre», como a Joy le gustaba llamarla, su «niña problemática», como a Stan le gustaba llamarla, iba a cumplir cuarenta el año siguiente y llevaba dos décadas sin vivir oficialmente en casa, pero aún usaba su antiguo dormitorio como una especie de almacén permanente, porque no parecía que fuera a instalarse en una casa el tiempo suficiente como para trasladar sus posesiones. Desde luego, era un comportamiento extraño para alguien de casi cuarenta años y hubo un tiempo en el que Joy y Stan habían hablado de ponerse firmes, como les habían sugerido algunos amigos, como si fuese posible usar su determinación para moldear a Amy y convertirla en una persona normal. Amy era Amy y en ese momento tenía un trabajo y un número de teléfono, llevaba las uñas limpias por lo general y el pelo (teñido de azul actualmente) no parecía invadido de piojos, y eso era lo único que Joy esperaba de ella, aunque habría sido agradable que, de vez en cuando, se lo cepillara.

—¿Se ha acostado? —preguntó Stan al salir del baño, vestido con unos bóxers y una camiseta blanca con cuello de pico por donde

asomaba el vello blanco del pecho. Seguía siendo un hombre grande, musculoso y dominante, pero a Joy siempre le parecía vulnerable cuando estaba en pijama.

—Eso creo —contestó Joy—. Parecía adormilada después del baño.

Había insistido en prepararle un baño a Savannah. Los grifos no eran fáciles de manejar. Había añadido gel de burbujas con aroma de melocotón que alguien le había regalado el día de la Madre y sacó dos de las toallas más mullidas para invitados que encontró. Había resultado de lo más placentero ver a Savannah salir del baño con las mejillas sonrosadas y bostezando y con las puntas del pelo mojadas, con la bata de Amy arrastrándole por detrás.

Joy era consciente de las redondeadas notas de alegría en su voz. Se trataba de esa satisfacción ya desaparecida y primaria que sentía al dar de comer y bañar a un hijo hambriento, cansado y sumiso, y, después, meter a ese hijo limpio y vestido con su pijama directamente en la cama.

—La bata de Amy le quedaba muy larga... —Se detuvo. ¿Qué diablos...? Se quedó boquiabierta—. Ay, por favor —exclamó—. ¿Cómo has podido?

Una montaña de todo tipo de objetos desordenados abarrotaban la superficie de la cómoda: el viejo portátil de Stan que estaba bastante segura de que no funcionaba, el iPad de ella que jamás había tocado, el ordenador de mesa, pantalla incluida, su televisor de diez años de antigüedad, una calculadora y un viejo bote con monedas de veinte centavos que probablemente tendría un valor total de diez dólares, como mucho.

—Solo estoy siendo cauteloso —alegó Stan en su defensa—. No sabemos nada de ella. Podría robárnoslo todo en plena noche y nos sentiríamos como unos auténticos imbéciles llamando a la policía por la mañana. «Ah, sí, es verdad, agente, le dimos de cenar, le preparamos un baño de espuma, la acostamos y, mire por dónde, nos hemos despertado esta mañana y todas nuestras posesiones han desaparecido».

—No me puedo creer que hayas recorrido la casa desenchufando todas nuestras posesiones. —Pasó los dedos por la maraña de polvorientos cables eléctricos que colgaban de la cómoda.

Ay, Dios, ahí estaba su preciada plastificadora que Troy le había regalado las Navidades pasadas y que fue el comienzo de la obsesión de Stan por plastificar todo lo que encontraba: instrucciones de uso del mando de la televisión (que sí resultó útil), el artículo del periódico local sobre la venta de la Escuela Delaney, motivadoras citas deportivas que había impreso de internet y que quería recordar...

Habría plastificado a Joy si hubiese tenido oportunidad.

—Espera, ¿eso es el reproductor de DVD? Stan, esa chica no se llevaría el reproductor de DVD. Nadie usa ya reproductores de DVD.

—Nosotros sí —repuso Stan.

—La gente de su edad no ve películas en DVD —señaló Joy—. Lo ven todo en *streaming*.

—Ni siquiera sabes lo que significa eso —protestó Stan.

—Sí que lo sé —contestó Joy. Entró en el baño para lavarse los dientes—. Es ver Netflix en la televisión, ¿no? ¿No es eso lo que significa *streaming*?

Stan no tenía derecho a fingir que sabía más sobre tecnología. Era un hombre que ni siquiera tenía teléfono móvil por principio y por obstinado orgullo. Le encantaba ver cómo la gente se sorprendía al saber que nunca había tenido uno y que jamás lo tendría. Creía firmemente que eso le convertía en un ser moralmente superior, lo cual sacaba de quicio a Joy porque, perdona, pero no lo era. Por su forma de hablar de su «postura» respecto a los teléfonos móviles cualquiera habría pensado que era la única persona entre todas las demás que no hacía el saludo nazi.

Antes de su jubilación, Stan le decía a la gente: «No necesito teléfono, soy profesor de tenis, no cirujano. No hay emergencias en el tenis». Sí que había emergencias en el tenis y más de una vez a lo largo de los años ella se había puesto furiosa al no poder contactar con él y tener que verse en una situación incómoda que habría quedado solucionada al instante si él hubiese tenido un móvil. Además, sus principios no impedían a Stan descolgar alegremente el teléfono fijo para llamar a Joy a su móvil cuando estaba de compras para preguntarle cuánto tiempo iba a tardar o si podía llevarle más galletas con chile, pero cuando Stan se iba, se iba, y si ella pensaba mucho en ello y en todo lo que eso implicaba podía terminar ahogada en un pozo de rabia, así que no lo pensaba.

Ese era el secreto de un matrimonio feliz: alejarse de la rabia.

Se puso su pijama más bonito en vista de que había una invitada en la casa y se metió en la cama con Stan. Sus movimientos parecían teatrales, como si la estuvieran observando. Se quedaron tumbados en silencio unos segundos, mirando al techo, con el edredón remetido bajo los codos, como niños buenos a la espera de su cuento de buenas noches. La luz del techo estaba apagada, y tenían las lámparas encendidas. Había una foto enmarcada de su boda en la mesita de noche de Joy. La mayoría de las veces ella ni la miraba, como si formara parte del mobiliario, pero, en ocasiones, sin previo aviso, sí que lo hacía y sentía el momento exacto en que les habían hecho

aquella foto: el áspero encaje del escote de su vestido, la mano de Stan insistente y colocada de forma poco apropiada por debajo de su espalda, la esperanza despreocupada de que esa felicidad desatada siempre estaría al alcance de forma instantánea, porque había conseguido al chico, el de la voz profunda y el gran servicio, y después vendrían trofeos, bebés, meriendas en el campo, restaurantes elegantes en las ocasiones especiales, quizá un perro. Todo en aquella época estaba impregnado de sexo: el tenis, los entrenamientos, la comida, las mismas nubes del cielo.

Durante años, ella se había sentido muy confundida cuando la gente decía saber el día en que habían concebido a sus bebés. ¿Cómo podían saberlo? Ella tenía la adorable y feliz creencia de que todas las parejas practicaban sexo todos los días.

Supo exactamente el día en que fue concebida su hija menor.

Entonces, sí lo entendió.

Joy esperó a que Stan cogiera su libro, encendiera la radio o apagara la luz, pero no hizo ninguna de esas cosas, así que supuso que lo que quería era charlar.

—Me alegro de haber tenido sobras del guiso de pollo para dárselas. Parecía muerta de hambre.

Savannah había comido como una refugiada en medio de la guerra. A medio comer había empezado a llorar con grandes sollozos y convulsiones pero, incluso mientras las lágrimas le corrían por la cara, continuó comiendo. Había resultado perturbador y angustioso de ver. Después, se había comido no uno... ¡sino dos plátanos!

—No era un guiso especialmente bueno. Necesitaba más... sabor, supongo. —Joy siempre se pasaba con el cocinado del pollo. Sentía pavor por la salmonela—. Todavía queda suficiente para darle un poco a Steffi para desayunar.

Joy prefería no avergonzar a Steffi ofreciéndole comida para perros, pues, al parecer, Steffi no sabía que era una perra. Charlaba largo y tendido con Joy cada mañana después del desayuno, emitiendo extraños y alargados aullidos que Joy sabía que eran sus tristes e ininteligibles intentos por hablar su idioma. En una ocasión en la que la llevaron al parque de perros local, Steffi se había quedado paralizada, sentada a sus pies con una expresión de altivez congelada en su rostro, como si fuese una dama de la alta sociedad en un McDonald's.

Stan aporreó su almohada y se la colocó detrás de la cabeza.

—Steffi preferiría un ejemplar del *Sydney Morning Herald* para desayunar.

—Me recuerda a la pequeña cerillera.

—¿Steffi?

—No, Savannah.

—Recuérdame quién es la pequeña cerillera —dijo Stan un momento después—. ¿Jugaba al tenis?

Joy soltó un bufido.

—Es un cuento infantil sobre una niña que intenta vender cerillas en medio de una noche heladora. Mi madre me lo solía leer. Creo que, al final, la niña terminaba muriendo de frío.

—Muy típico de tu madre escoger un cuento que termina con un cadáver.

—A mí me encantaba ese cuento —replicó Joy.

Stan estiró el brazo para coger sus gafas de leer y su libro. No era muy lector, pero estaba tratando de leer una novela que Amy le había regalado por Navidad porque no dejaba de preguntarle: «¿Qué te ha parecido el libro, papá?». Stan le había confesado a Joy que siempre tenía que volver a empezarlo porque no le encontraba ningún sentido.

—Es terrible pensar que su novio la haya maltratado de esa forma —dijo Joy—. Terrible. Imagina que fuese alguna de nuestras hijas.

Él no respondió y ella se reprendió a sí misma por haberle sugerido que se imaginara a sus hijas en una situación así. Cuando Stan tenía catorce años, había presenciado cómo su padre empujaba a su madre por la habitación y la golpeaba hasta dejarla inconsciente. Supuestamente, fue la primera y única vez que su padre había hecho algo así, pero debió de ser terrible para un adolescente ver aquello. Stan se negaba a hablar de su padre. Si sus hijos alguna vez preguntaban por su abuelo, él respondía: «No lo recuerdo». Al final, dejaron de preguntar.

—Nuestras hijas son atletas y se han criado con hermanos —señaló Stan—. Nunca lo tolerarían.

—No creo que funcione así —contestó Joy—. Empieza poco a poco. Vas aguantando pequeñas cosas de una relación y, luego..., esas pequeñas cosas van haciéndose más grandes.

Él no respondió y las palabras de Joy se quedaron flotando durante un largo rato por encima de la cama. «Vas aguantando pequeñas cosas... y luego esas pequeñas cosas van haciéndose más grandes».

—Como la rana que muere mientras la hierven —observó Stan.

—¿Qué? —Joy se oyó a sí misma con un tono algo chirriante.

Stan siguió con la mirada fija en su libro. Pasó una página en la dirección opuesta y, por un momento, ella creyó que no le iba a responder pero, entonces, sin apartar la vista de la página, le dijo:

—Ya conoces esa teoría: si metes a una rana en agua caliente y, poco a poco, vas elevando la temperatura, no sale de un salto porque

no se da cuenta de que va a morir hervida.

—Seguro que es una leyenda urbana. Voy a buscarlo en Google. —Joy se dispuso a coger su teléfono y sus gafas.

—Búscalo en silencio —dijo Stan—. Tengo que concentrarme. Este tipo se ha tirado tres páginas describiendo la sonrisa de alguien.

—Deja que lo lea yo —le pidió Joy—. Te haré un resumen. Te diré los puntos esenciales.

—Eso es trampa.

—No se trata de un examen —respondió Joy con un suspiro, pero a Stan sí le parecía que era un examen que le había puesto Amy para que le demostrara su amor. A lo largo de los años, Amy los había sometido a muchas pruebas para que demostraran su amor por ella.

Joy no se molestó en buscar en Google lo de la pobre rana que moría hervida. Revisó sus mensajes y pensó en enviarle uno a alguno de sus hijos, o a todos, para contarles lo de la chica perdida que había aparecido en su puerta, pero tuvo la sensación de que esa noticia iba a ser recibida con desaprobación o incluso angustia. Desde que habían vendido la escuela de tenis, a sus hijos les había dado por opinar cada vez más sobre cómo deberían vivir Joy y Stan. Soltaban sugerencias sobre viajes organizados, urbanizaciones para jubilados, cruceros, multivitaminas y sudokus. Joy soportaba esa intervención sin mencionar ni una sola vez la manifiesta falta de nietos en su vida.

Había un mensaje nuevo de Caro que le había enviado esa misma noche: «¿Has hecho tus deberes?». Se refería al curso de escritura de memorias. Tenían que hacer una «presentación» en la que debían escribir su biografía en apenas unos párrafos. No le quedaba más remedio que hacerlo, aunque no fuese a acabar el curso. No quería herir los alegres sentimientos de aquella alegre profesora.

Carecía de sentido responder a Caro en ese momento; estaría dormida. Savannah nunca habría elegido la casa de Caro como un refugio seguro porque todas las luces se apagaban sin falta cada noche a las nueve.

En lugar de ello, Joy abrió un artículo que, según predecía su teléfono, le «podría interesar»: *Cuarenta momentos adorables entre el príncipe Guillermo y el príncipe Jorge*.

Iba por el séptimo momento adorable del príncipe Guillermo con el príncipe Jorge cuando Stan dejó el libro con un fuerte suspiro y cogió su iPad, que Troy le había regalado por su cumpleaños unos meses atrás. Todos supusieron que Stan no lo usaría por principio pues, ¿no era un iPad casi como un iPhone? Al parecer, no. A Stan le encantaba el iPad tanto como su plastificadora. Leía las noticias en el iPad todos los días porque podía poner una fuente bonita y grande, cosa que no

podía hacer con un periódico. Troy estaba de lo más encantado con el éxito de su regalo. Para él era importante ganar siempre el concurso del mejor regalo.

Joy miró por encima del hombro de Stan para ver qué estaba leyendo y buscó el mismo portal de noticias en su teléfono para así leer los mismos artículos y estar preparada para dejarle clara su postura en caso de que él quisiera hacer lo mismo sobre algún asunto en particular.

«Deja esa actitud de sabelotodo machista, papá», le había dicho Amy una vez en una cena familiar.

«Es un Stan-belotodo», había añadido Joy provocando unas buenas carcajadas.

Joy detuvo el dedo sobre el móvil.

Esa combinación específica de letras resultaba tan familiar que le saltó desde la pantalla como si se tratara de su propio nombre: «Harry Haddad».

Esperó. Tardó una eternidad. Se preguntó si él lo pasaría por alto. Pero entonces, por fin, Stan se quedó inmóvil.

—¿Has visto esto? —Levantó el iPad—. ¿Sobre Harry?

—Sí —contestó Joy. Mantuvo un tono neutral. Era importante seguir fingiendo que su antiguo alumno estrella, Harry Haddad, no era para nada un asunto peliagudo, que ella no iba a tratar de cambiar de tema ni que, Dios no lo quisiera, iba a mostrar compasión o simpatía —. Lo acabo de ver.

—Lo sabía —dijo Stan—. Sabía que llegaría este día. Sabía que no estaba acabado.

—¿Sí? —Si eso era cierto, cosa que Joy dudaba, él nunca lo había mencionado, pero prefirió no decirlo—. En fin. Bueno. Esto se va a poner muy... interesante.

Esperó un momento y, después, con cuidado, dejó el teléfono boca abajo sobre la mesita junto a sus auriculares. La reluciente carcasa metálica de su teléfono, también regalo de Troy, centelleó como una bola de discoteca bajo la lámpara de la mesa de noche.

Bostezó. Empezó fingiendo y terminó siendo real. Estiró los brazos por encima de la cabeza. Stan apagó su iPad y se quitó las gafas.

—Me pregunto a qué hora se despertará Savannah —dijo ella a la vez que apagaba su lámpara y se giraba hacia un lado. Gracias a Dios que esa pobre jovencita había decidido llamar a su puerta precisamente esa noche. Sería una distracción para no pensar en el maldito Harry Haddad—. ¿Te ha parecido que sea una persona madrugadora?

Stan no dijo nada. Dejó su iPad, apagó su lámpara y se puso de

lado, llevándose con él las mantas, como siempre. Joy tiró de ellas para recuperarlas, como siempre. La espalda de él resultaba cálida y agradable contra la de ella, pero podía notar la tensión de Stan.

—No sé si será una persona madrugadora o no, Joy —dijo por fin.

Al otro lado del pasillo, su inesperada huésped estaba tumbada boca arriba en la cama individual preparada con tanto esmero, totalmente despierta, con los ojos abiertos y sin llorar mirando en la oscuridad, las manos entrelazadas como si fuese un cadáver o una niña buena, la puerta de su dormitorio abierta de par en par, como para demostrar que no tenía nada que esconder ante nadie.

6

Ahora

Barb McMahon limpiaba con gesto triste el polvo de la foto enmarcada de Joy y Stan Delaney del día de su boda mientras pensaba en la atractiva pareja que habían sido. El vestido de Joy tenía un escote alto y mangas abullonadas. Stan llevaba una camisa de cuello ancho y volantes y unos pantalones de campana morados.

Barb había estado en esa boda. Había sido una celebración llamativa. Algunos invitados creían que los novios formaban una pareja extraña: Stan el gamberro gigante y de pelo largo y Joy, la princesita rubia y diminuta, pero Barb pensaba que probablemente estaban celosos de la evidente química sexual de la pareja, tan evidente que casi resultaba indecente. Aunque en aquella época nadie usaba la expresión «química», pues estaba bastante segura de que la acuñaron los que hacían el *reality The Bachelor*.

Barb se había casado con Darrin un año después de esa boda y no recordaba mucha química, solo mucha conversación seria sobre planes para ahorrar. Cuando Darrin murió de un derrame cerebral diez años atrás, Barb empezó a limpiar para tener ingresos adicionales. Por lo general, solo limpiaba en casas de amigas, personas como Joy, de su mismo círculo y generación. A la hija de Barb le resultaba raro. «¿No hace que te sientas incómoda, mamá?». No le hacía sentir incómoda en absoluto. ¿Por qué iba a hacerlo? Barb prefería limpiar para amigas y amigas de amigas, mujeres que nunca habían tenido asistenta y se avergonzaban por el lujo que suponía, así que les gustaba trabajar contigo, charlando al mismo tiempo, y a Barb le gustaba también porque así el tiempo se pasaba volando.

Pero Joy no estaba ese día, así que el tiempo no pasaba volando.

—Se ha ido —había dicho Stan.

Tenía un aspecto espantoso sin Joy ahí para cuidar de él. Probablemente no sabía ni cocer un huevo. Llevaba el mentón cubierto de una incipiente barba blanca y dos largos arañazos, como si fuesen una vía de ferrocarril, le surcaban un lado de la cara.

—¿Se ha ido? —Joy nunca se iba. ¿Adónde iba a ir?—. ¿Cuándo se ha ido?

Fue el día de San Valentín, según Stan. Hacía ocho días.

—No mencionó que se fuese a ir —había señalado Barb.

—Lo decidió a última hora —había contestado Stan con tono seco, como si Joy tuviese la costumbre de tomar decisiones así.

Muy raro.

Barb dejó el marco de la foto con un suspiro apesadumbrado, enchufó la aspiradora y trató de recordar si tocaba pasarla por debajo de la cama. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? A Joy le gustaba asegurarse de que empujaban la cama a un lado y limpiaban bien, al menos, una vez al mes.

Se puso a cuatro patas y miró debajo de la cama. No había mucho polvo. Lo dejaría hasta que Joy estuviese de vuelta. A punto de ponerse de pie otra vez, algo llamó su atención. Un destello.

Se tumbó boca abajo y estiró el brazo tanteando con la punta de los dedos. Podía estirarse bien. Joy se lo decía cuando jugaban en la competición femenina de tenis de las tardes.

Atrajo el objeto hasta ella. Era el teléfono móvil de Joy. Lo reconoció de inmediato por la reluciente carcasa, como esos bolsos de noche Glomesh que a todas encantaban en los años setenta.

Volvió a levantarse y se sentó en la cama de Joy y Stan, algo jadeante por el esfuerzo. El teléfono estaba apagado.

¿Así que Joy se había ido sin su teléfono? Tuvo una sensación de náuseas.

Fue a la cocina, donde Stan estaba sentado en la mesa con su hijo Troy. No hablaban. Parecían dos desconocidos obligados a compartir mesa en un restaurante, aunque no había tazas de té ni comida sobre la mesa.

Troy tenía en las manos los preciados auriculares de Joy, lo que provocó en Barb una extraña sensación de escalofrío. Le parecía algo demasiado íntimo, como si tuviese en sus manos algo que formara parte de su madre: una peluca o una dentadura.

—Hola, Barb —dijo Troy con una sonrisa—. Hacía mucho que no te veía. Me gusta tu nuevo corte de pelo. ¿Cómo está…?

—Acabo de encontrar el teléfono de tu madre. —Lo levantó en el aire. La sonrisa de Troy desapareció tan rápido como si le hubiese dado una bofetada en la cara. Sus ojos volaron hasta su padre.

Stan no dijo nada. Ni una palabra. Ni siquiera parecía sorprendido. Se limitó a ponerse de pie y extender lentamente la mano para coger el teléfono.

«Tengo que decir que la reacción de Stan me pareció bastante peculiar —comentaría después Barb a la gente. A continuación, con las mejillas hundidas debido a la espantosa gravedad de su

información privilegiada, añadiría—: Incluso podría tacharse de sospechosa».

7

*T*roy acaba de llamar para decir que Barb ha encontrado el teléfono de mamá debajo de la cama.

La voz de la fisioterapeuta llegó hasta la paciente que estaba sentada leyendo una revista de salud y bienestar. Era la tercera sesión de rehabilitación de la paciente tras una cirugía por la rotura de un ligamento anterior debida a una torpe caída mientras corría. La paciente no había tocado la campanilla de la recepción cuando llegó con quince minutos de antelación, por si Brooke, que era el nombre de la fisio, una chica muy agradable, cariñosa y calmada, estaba atendiendo a otro paciente.

Quería mostrar ese gesto de atención porque sabía que Brooke acababa de abrir la clínica y todavía no tenía recepcionista.

En la primera consulta, las dos habían intimado hablando de su experiencia compartida con las debilitantes migrañas.

Brooke Delaney le dijo que había decidido hacerse fisioterapeuta tras ver a uno cuando era niña. «Me contó que podría ayudarme con mis migrañas si las provocaba alguna tensión en la parte superior del cuello —dijo—. Mi cuello no era la causa pero, aun así, me pareció que había sido una de las pocas personas del sector sanitario que me había tomado en serio. Ya sabes que la gente suele pensar que exageramos el dolor. Sobre todo, cuando eres niña».

Ah, sí, la paciente sabía muy bien lo que era eso.

Pasó la página de la revista y trató de no escuchar lo que claramente era una conversación privada.

—Así que eso explica por qué mamá no responde a nuestras llamadas. —La voz de Brooke sonaba más suelta y alta y también algo más joven que el tono tranquilizador y bien modulado que usaba cuando se dirigía a sus pacientes—. Creemos que esto podría ser más serio de lo que habíamos pensado al principio.

«Madre mía». La paciente cerró la revista. Ahora deseaba haber hecho sonar la campanilla.

—Lo sé. Desconectada quiere decir desconectada, pero es que no parece propio de ella dejarse el móvil.

Pausa.

—Claro, pero ya sabes que dijiste que mamá y tú discutisteis la

última vez que hablasteis.

Pausa.

—Sí. Sí, lo sé, papá, pero me preguntaba..., me preguntaba si había sido una discusión muy mala.

Había un temblor sísmico de emoción en la palabra «mala».

La paciente se puso de pie. Lanzó la revista de nuevo a su cesta. No debería estar escuchando esa llamada.

Todo el mundo tiene secretos. De hecho, la paciente no había salido a correr cuando se rompió el ligamento. Jamás en su vida había salido a correr. Se había caído al bajar de un taxi tras dos copas de champán y tres espresso martinis en una comida de un quincuagésimo cumpleaños. Sospechaba que Brooke Delaney sabía que no había sido corriendo y agradecía que no insistiera en el tema.

La paciente se levantó en silencio y salió de la consulta. Volvería en quince minutos. No necesitaba conocer los secretos familiares posiblemente espantosos de su encantadora fisioterapeuta.

8

El septiembre pasado

Brooke Delaney se dirigía el lunes al trabajo con el volumen de la radio del coche bajo y el protector de su ventanilla bajado. De vez en cuando, gemía para causar impresión. ¿A quién? No lo sabía. A ella misma, probablemente. Llevaba unas gafas de sol polarizadas, pero, aun así, el sol de la mañana que se filtraba por los cristales tintados de las ventanillas le molestaba de una forma que no sabía precisar, como un leve insulto de un desconocido.

Se detuvo en un paso de peatones para dejar que cruzara una niña de camino al colegio. La niña le dio las gracias con un movimiento de la mano, como si fuese adulta, y pasó a toda velocidad, agradecida. Pies planos. Brooke sintió pena por ella. «Estás bien», se dijo Brooke mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y apoyaba el pie en el acelerador. Te sientes rara, sensible, frágil y confundida, pero estás bien.

Se acarició la frente. La molestia no era más que el recuerdo del dolor, no dolor en sí.

La migraña la había atacado con un golpe brutal en el ojo derecho a primera hora del sábado. Se había preparado para recibirla. Sabía que esa cabrona se acercaba, así que había cancelado sus planes previamente. Había pasado el fin de semana sola en su dormitorio, con las persianas bajadas y un paño frío en la frente. Nadie más aparte de ella y su migraña.

Era su primera migraña desde que Grant se había ido de casa seis semanas antes. Nadie que le llevara bolsas de hielo y vasos de agua fría, nadie que fuera a ver cómo estaba, que la cuidara o que le pusiera una mano firme en la frente. Pero lo había superado sola. Una migraña no era como un parto. Aunque había leído un estudio que concluía que las mujeres que habían sufrido las dos cosas calificaban el dolor de sus migrañas como el más alto de los dos, lo cual le resultaba curiosamente alentador.

Recordó que su amiga Ines había comentado que, después de su divorcio, había montado un escritorio de IKEA ella sola mientras sonaba *I Am Woman,* pero que después, cuando acabó, lo único que

deseaba era llamar a su ex para contárselo.

Brooke sentía el mismo deseo de llamar a Grant para contarle que había superado ella sola una migraña. Qué lamentable. Sus migrañas ya no eran cosa de él. Quizá nunca lo habían sido.

«¿Estás en el posdromo, cariño?», le preguntaría su madre si la viera esa mañana, porque ahora, gracias a sus pódcast, reconocía los síntomas y manejaba la jerga con desenvoltura.

Brooke deseaba espetarle: «Mamá, no está bien que uses la jerga si nunca has tenido migraña».

Pero su madre sufriría por los remordimientos y Brooke no podía soportarlo. Sabía que su madre quería que la exculpara y ella no creía que se lo estuviese negando, pero desde luego no iba a darle a Joy lo que necesitaba.

«La cuestión es —continuaría Joy— que yo estaba muy ocupada aquel año, el año en que empezaron los dolores de cabeza, o sea, las migrañas, cuando empezaron tus migrañas, fue un año malo de verdad para nuestra familia, un año terrible, un *annus horribilis*, como diría la reina, quizá no lo esté pronunciando bien, mi viejo y gruñón profesor de Latín, el señor O'Brien, sí sabría cómo se pronuncia, se ahogó, el pobre, en Avoca Beach, al parecer no iba nadando por donde estaba marcado, le llevó la corriente, así que solo él tuvo la culpa, pero..., bueno, como decía, aquel año, aquel año tan malo, hubo muchas... y creíamos que íbamos a perder el negocio y tus dos abuelas estaban muy enfermas, y yo no tenía ni idea de lo que estabas sufriendo...». Y Brooke la haría callar, pues ya había oído todo aquello muchas veces, también lo del profesor de Latín que se ahogó.

«No te preocupes, mamá. Fue hace mucho tiempo».

Su madre tenía demasiado tiempo libre. Ese era el problema. Se estaba volviendo un poco chiflada. Se pasaba horas mirando fotos antiguas y, después, llamaba a sus hijos para contarles lo pequeños y guapos que habían sido y lo mucho que lamentaba no haber sido consciente de ello en su momento.

Lo cierto era que Brooke ni siquiera recordaba que su madre no hubiese prestado atención a sus migrañas. No recordaba esa vez «imperdonable» en la que Joy había gritado a Brooke por haber sucumbido a una migraña cuando iban con retraso.

Lo que sí recordaba era el impresionante e increíble dolor y la furia que sintió hacia su madre por no solucionárselo. No esperaba que lo hicieran su padre ni los médicos. Esperaba que lo solucionara su madre.

Brooke sabía gestionar ahora sus migrañas: con eficacia, pericia, sin resentimiento. Observaba los síntomas. Acudía rápidamente a la

medicación. Esta había sido la primera en seis meses. Brooke era la responsable de la encarcelación de un monstruo y, a veces, ese monstruo se soltaba de sus grilletes.

«El martes pasado, la estrella retirada del tenis Harry Haddad contó que estaba planeando...».

Las palabras del locutor de la radio penetraron en su conciencia. Subió el volumen.

«... su regreso al tenis profesional el año que viene. El tres veces campeón del Grand Slam se retiró tras una grave lesión en el hombro hace cuatro años. Anunció sus planes en las redes sociales el pasado martes y hoy ha publicado una fotografía suya entrenando bajo la dirección de su recién nombrada entrenadora y antigua campeona de Wimbledon, Nicole Lenoir-Jourdan. Es evidente que Haddad, que supuestamente va a publicar pronto su autobiografía, está a la espera de iniciar un último y emocionante capítulo en la historia de su increíble carrera deportiva».

—Por el amor de Dios, Harry —dijo Brooke.

Cambió de emisora como muestra de su desaprobación. Harry estaba cometiendo un error. Su hombro no volvería a ser el de antes y Nicole no era la más adecuada. Los antiguos campeones no tienen por qué ser necesariamente buenos entrenadores. Nicole Lenoir-Jourdan era una jugadora atractiva y resuelta, pero Brooke sospechaba que no tenía paciencia para ser buena entrenadora.

Golpeteó los dedos contra el volante y murmuró: «Vamos, vamos», mirando al semáforo. Su padre tampoco tenía paciencia con los semáforos, ni con los niños que tardaban demasiado tiempo en ponerse los zapatos, ni con las escenas románticas de las películas, pero tenía toda la paciencia del mundo cuando se trataba de un entrenamiento.

Brooke recordaba cómo solía observar y analizar a sus alumnos, con los ojos entrecerrados bajo la luz del sol (se negaba a ponerse gafas de sol en la pista. Había sido todo un hito histórico cuando dejó que Brooke las llevara en un vano intento por combatir las migrañas), y luego hacía una señal al alumno para que se acercara a la red con un dedo levantado mientras pensaba: «¿Qué tengo que decir o hacer para que a este chico se le meta en la cabeza?». Jamás dio la misma lección dos veces.

La madre de Brooke era buena en las clases grupales, cuando ponía a correr a los chicos y les hacía reír (ella sí llevaba unas gafas de sol enormes y glamurosas cuando entrenaba, aunque jamás cuando jugaba), pero no tenía pasión ni paciencia cuando se trataba de entrenamientos individuales. Ella era la empresaria, el cerebro tras la

Escuela Delaney, la que puso en marcha la tienda de deportes, la cafetería y los campamentos de verano.

Joy hacía el dinero y Stan las estrellas; solo que habían perdido a su estrella más rutilante: Harry Haddad.

Stan podría haberse encargado de llevar a Harry mucho más lejos, aunque algunos podrían rebatir que los tres Grand Slams eran todo lo que iba a conseguir jamás. Su padre no pensaba eso. Él creía que Harry podría haber llegado tan alto como Federer, que Harry sería el australiano que por fin acabaría con la sequía del Abierto de Australia, pero jamás sabrían qué habría pasado en el mundo paralelo en el que Harry Haddad habría permanecido con el entrenador de su infancia, Stan Delaney, «el Hombre».

El semáforo cambió y ella colocó el pie sobre el acelerador mientras pensaba en sus pobres padres y en cómo se estarían tomando la noticia. Seguro que ya lo sabían. El anuncio se había hecho el martes pasado. Si no lo habían visto en las noticias, alguien de la comunidad tenística se lo habría contado. Era raro que su madre no hubiese llamado para hablar de ello, preocupada por el padre de Brooke y por cómo se sentiría al ver que Harry volvía a la pista.

Resultaba doloroso observar a su padre viendo a Harry Haddad jugando al tenis en la televisión. Se estremecía con una tensión apenas contenida en cada punto, con los hombros levantados y en su rostro una desoladora mezcla de orgullo y dolor. Toda la familia tenía sentimientos encontrados con su alumno más célebre. A muchos jugadores de la Escuela de Tenis Delaney les había ido bien en la pista, pero Harry era el único que había llegado hasta la Tierra Prometida. El único que había besado ese mágico trofeo de plata: el Trofeo del Campeonato Masculino de Individuales de Wimbledon. Y no una, sino dos veces.

El padre de Brooke había descubierto a Harry. El chico no había cogido una raqueta en su vida, pero, un día, el padre de Harry ganó una clase privada de una hora en la Escuela de Tenis Delaney en una rifa benéfica y decidió regalarle la clase a su hijo de ocho años. El resto, como le gustaba decir a la madre de Brooke, era historia.

Ahora, Harry no solo era un icono deportivo muy querido, sino también un importante filántropo. Se había casado con una mujer atractiva y tenía tres preciosos hijos, uno de los cuales había estado muy enfermo de leucemia, lo que llevó a Harry a convertirse en un apasionado defensor de la investigación del cáncer infantil. Recaudaba millones de dólares. Estaba salvando vidas. ¿Cómo podía decirse nada malo de un hombre así? Era imposible.

Pero Brooke sí podía, porque Harry no siempre había sido un

santo. Cuando era un crío, en la época en que Brooke y sus hermanos le conocieron, era un tramposo astuto y calculador. Solía emplear la táctica del engaño: no solo para marcar puntos, sino para agitar y hacer rabiar a sus oponentes. Su padre jamás se lo había creído. Siempre había sufrido visión en túnel en lo que se refería a Harry pero, claro, casi todos los adultos sufrían ese problema de visión con respecto a Harry. Lo único que veían era su sensacional talento.

Mientras jugaba un partido contra el hermano de Brooke, Troy, siendo adolescentes, Harry no dejó de gritar descaradamente que las bolas salían fuera, cuando claramente golpeaban dentro. Troy terminó protestando. Tiró su raqueta, saltó la red y le dio un par de buenos puñetazos. Hicieron falta dos adultos para separar a Troy de Harry.

A Troy le prohibieron jugar durante seis meses, que era menos de lo que se merecía, según su padre, quien tardó mucho tiempo en perdonar a Troy por haberle avergonzado de esa forma.

Y luego, dos años después, Harry Haddad traicionó a Stan Delaney cuando le despidió como entrenador después de ganar el Abierto de Australia de Individuales Júnior. Al padre de Brooke le pilló por sorpresa. Había supuesto, y con razón, que continuaría con Harry. Lo quería como a un hijo. Quizá más que a sus propios hijos, porque Harry jamás cuestionaba un entrenamiento, nunca se rebelaba, nunca resoplaba, ponía los ojos en blanco ni arrastraba los pies cuando entraba en la pista.

Supuestamente, no había sido decisión de Harry, sino de su padre, salirse de la Escuela Delaney. Elias Haddad, el fotogénico y carismático padre de Harry, era su agente y siempre estaba en la tribuna del jugador en cada partido con una nueva y preciosa novia a su lado. Brooke y sus hermanos jamás creyeron que Harry no hubiese tenido nada que ver en la toma de decisión de dejar a su padre, a pesar de la sentida tarjeta que le había enviado y del modo serio e hipócrita con que hablaba en los aduladores perfiles de las revistas sobre la gratitud que sentía por su primer entrenador. Stan nunca se había permitido acercarse de nuevo tanto a un jugador. Era querido por sus alumnos y él se entregaba a ellos, pero mantenía el corazón a un lado. Al menos, esa era la teoría de Brooke.

Brooke entró con el coche en el concurrido aparcamiento de The Piazza, que era como se conocía ahora al centro comercial tras su reciente remodelación. Todos disfrutaban burlándose de la temática de «ciudad toscana sobre la colina», pero a Brooke no le importaba demasiado. El nuevo restaurante italiano era estupendo, la cafetería lucía algunas fotos bonitas de la Toscana, las cestas colgantes con flores artificiales parecían casi de verdad si no te fijabas mucho en

ellas y, al menos, el falso suelo de adoquines no hacía que se engancharan los tacones como pasaba con los de verdad.

«Aunque alguna que otra torcedura de tobillo sí que podría venir bien para tu negocio, ¿verdad, Brooke? (codazo, codazo, guiño, guiño)», había dicho el concejal local el día de la inauguración el mes pasado, después de cortar la cinta con un par de tijeras gigantes de juguete. El concejal era uno de esos hombres que daba a todo lo que decía una connotación ligeramente sexual.

Si su separación temporal cobraba ímpetu y terminaba convirtiéndose en un divorcio, como parecía que iba a pasar, Brooke tendría que empezar a salir con otros hombres. Tendría que aplicarse lápiz de labios y soportar ligeras connotaciones sexuales mientras tomaba un café.

Se detuvo en su plaza de aparcamiento preferida, apagó el motor y se miró la mano izquierda desnuda sobre el volante. No había marcas de sus desaparecidos anillos de boda y de compromiso. De todos modos, nunca se los ponía para trabajar y, a menudo, se había olvidado de ponérselos los fines de semana, lo que tal vez fuera significativo, pero probablemente no. Estaba buscando señales que le habían pasado desapercibidas.

La clínica de Brooke, Fisioterapia Delaney's, era una consulta de dos habitaciones que había alquilado entre la cafetería y la tienda de frutas y verduras. El anterior inquilino había sido un lector de cartas del tarot cuyos clientes todavía aparecían a veces con la esperanza de conseguir una «lectura de emergencia». La semana pasada, sin ir más lejos, un tipo con camisa de cachemir y pantalones ajustados le había dicho: «Ah, bueno, si no me puede leer las cartas sí que podrá mirarme esta rodilla mía tan latosa». Brooke le había pronosticado una cirugía en el futuro.

«¡Grrr! ¡Desde luego, no parece que sea primavera todavía!», dijo por la radio el hombre del tiempo.

Brooke se peinó las pestañas con ayuda del espejo retrovisor. Tenía los ojos rojos y húmedos. Les diría a los pacientes de ese día que tenía alergia. Nadie quería una fisio con migrañas.

Nadie quería una esposa con migraña crónica. Una hija o una hermana con migrañas. Ni siquiera una amiga con migrañas. ¡Cuántas cancelaciones! Brooke dejó que el hilo de pensamiento autocompasivo se desenredara un poco antes de cortarlo de plano.

«¿Quién está deseando que lleguen las últimas semanas de la temporada de nieve?», continuó el del tiempo.

—Yo —respondió Brooke. El esquí de primavera significaba roturas y torceduras de ligamentos de rodilla, lesiones de espalda y fracturas

de muñeca.

«Por favor, Dios, que haya lesiones. Las suficientes para que entre efectivo».

Dios respondió del mismo modo ofendido con que la madre de Brooke contestaba al teléfono cuando sus hijos dejaban que pasara demasiado tiempo desde la última llamada: «Hola, desconocido».

Olvida lo que te he pedido, pensó Brooke. Apagó la radio, se quitó el cinturón de seguridad y se quedó sentada un momento. Tenía el estómago revuelto. Normalmente sentía un poco de náuseas al día siguiente de sufrir una migraña. Vamos, se dijo, como si fuese una niña. Baja ya.

Incluso aunque fuese un día bueno, en que no padeciera posdromo, en que hubiese llegado a algún lugar donde de verdad quisiera estar, siempre experimentaba esa resistencia a salir del coche. Era un poco raro, pero tampoco tenía importancia. Una simple peculiaridad. Nadie se daba cuenta. Bueno, Grant sí, si llevaban prisa, pero nadie más se había dado cuenta. Le pasaba desde la época en que competía en el tenis. Llegaba a un torneo y se quedaba paralizada por el deseo de quedarse en la cálida y rancia crisálida del coche. Pero, al final, siempre salía. No era nada importante. No era su hermana.

Sin prisa. Tenía media hora antes de que llegara su cita.

Se abrazó al volante y vio que un hombre de vientre grande cogía una caja pesada de la puerta de la oficina de correos sin doblar las rodillas. Muy bien, amigo, forzando los músculos de la espalda.

Cuando alquiló la clínica, sabía lo de los planes de remodelación y, como consecuencia, le habían ofrecido una considerable reducción en el alquiler, pero no había previsto que los meses irían pasando con un retraso tras otro. Aquello perjudicó a todos los negocios. La cara confitería había cerrado tras cuarenta años abierta. El matrimonio de peluqueros se había separado.

Era estresante y Brooke necesitaba controlar el estrés para, así, controlar sus migrañas. Las personas que sufren migrañas no deberían abrir negocios nuevos ni separarse de sus maridos y, desde luego, no deberían hacer las dos cosas a la vez. Deberían pasar los días con cautela, como si sufrieran lesiones de médula espinal.

Brooke apenas había conseguido mantener a flote su negocio en ciernes. Hubo un tiempo en que no tuvo un solo paciente durante veintitrés días seguidos. Las palabras «necesitas más dinero, necesitas más dinero, necesitas más dinero» resonaban en sus oídos como un tinnitus.

Pero ahora habían terminado las obras de remodelación. Las excavadoras, camiones y martillos neumáticos se habían ido. El

aparcamiento estaba lleno todos los días. La cafetería que había sustituido a la confitería estaba a tope. Los peluqueros se habían reconciliado y tenían reservas con seis semanas de antelación.

—Es ahora o nunca —le había dicho su contable—. Este próximo trimestre será decisivo.

Su contable le recordaba a su padre. La agarraba de los hombros y la miraba a los ojos. «Déjalo todo en la pista, Brooke».

No podía permitir que su negocio fracasara a la vez que su matrimonio. Eso eran demasiados fracasos para una sola persona.

Lo estaba dejando todo en la pista. Lo estaba dando todo. Estaba haciéndolo lo mejor que podía. Estaba escribiendo artículos gratis para el periódico local, repartiendo publicidad por los buzones, estudiando su Google Analytics, contactando con posibles médicos a los que hacer derivaciones, contactando con cada contacto que tenía, incluso con Dios, por el amor de Dios.

—Si no funciona, esta puerta estará siempre abierta —le había dicho su antiguo jefe cuando ella le presentó su dimisión. Las clínicas nuevas fracasaban continuamente. Brooke tenía dos amigos que se habían visto obligados a enfrentarse a las pérdidas y cerrar: uno con actitud alegre, el otro destrozado.

Apoyó la mano en la puerta del coche. «Baja ya».

Abrió la puerta y sonó su teléfono. A esa hora del día tenía que ser algo relacionado con el trabajo. Los amigos y la familia no llamaban antes de las nueve.

Respondió a la vez que veía el nombre en la pantalla. «Amy». Demasiado tarde.

—Hola —le dijo a su hermana—. No puedo hablar.

Brooke había tenido una vez un novio que siempre sabía con qué miembro de su familia hablaba ella solo por el tono de su voz. «Amy», pronunciaría ahora en silencio si la estuviese oyendo. «Cuando es Amy hablas con tono ampuloso y molesto —le decía—. Como si fueses la directora de un colegio».

—¿Va todo bien? —Trató de no parecer la directora de un colegio.

El problema era que, en realidad, no se sentía en absoluto como una directora de colegio cuando hablaba con Amy. Lo que sí sentía era como si fuese la pequeña de la familia, la que siempre hacía lo que Amy quería porque Amy era la venerada y adorada jefa de la familia y todos solían hacer lo que ella ordenaba, incluso los chicos. Eso no importaba cuando eran niños, cuando a Amy era a quien mejor se le daba inventarse ideas para juegos y buscar resquicios en las normas que les ponían sus padres, pero ahora eran adultos o, al menos, Brooke lo era y no iba a recibir órdenes de alguien sin profesión, sin

permiso de conducir, sin dirección fija y con una salud mental precaria. Pero en cuanto Brooke oyó la voz de Amy pudo notar un acto reflejo involuntario, tan irresistible e inconfundible como el reflejo rotuliano, que la impulsaba a querer agradar e impresionar a su hermana mayor, y, en consecuencia, en un vano intento por mostrar resistencia y ocultar ese reflejo, terminó hablando con el tono de una directora de colegio.

—Entonces, ¿por qué respondes al teléfono si estás ocupada? —Amy parecía estar sin aliento.

—He respondido sin querer. —Brooke apoyó la espalda en la puerta del coche—. ¿Vas corriendo a coger un autobús o algo así?

—Acabo de terminar de correr.

—Bien hecho. ¿Has hecho estiramientos antes?

Conocía los isquiotibiales de su hermana tan bien como los suyos. Los cuerpos de su familia fueron los primeros con los que practicó cuando estaba estudiando. Tenía una sensación de posesión con todos sus problemas: los isquiotibiales de Amy, las rodillas de su padre, el hombro de Logan, los problemas en los gemelos de Troy y los nudos en la zona lumbar de su madre.

—Claro que sí —respondió Amy.

—Mentirosa. —Empezó a caminar hacia la cafetería con el teléfono pegado al oído. Era consciente de una irracional pero intensa sensación de competitividad porque Amy había salido a correr y Brooke no había hecho nada de ejercicio ese fin de semana por culpa de la migraña. No tenía sentido. Brooke era más joven y estaba más en forma que Amy. Pero, en cuanto supo que su hermana había salido a correr, Brooke sintió un fuerte deseo de salir también a correr: más rápido y más tiempo.

—¿Cómo estás? —preguntó Amy. Brooke oyó el graznido de una gaviota. Había salido a correr por la playa. Maldita sea. Qué típico. Brooke estaba en un aparcamiento de las afueras preocupada por la liquidez y Amy estaba corriendo por una playa, probablemente a punto de desayunar unos huevos benedictinos.

—Estoy bien —contestó Brooke—. Bueno, no mucho. He tenido migraña este fin de semana.

Una mujer salió de la cafetería con una bandeja de cartón con unos cafés. Levantó la bandeja a modo de torpe saludo y Brooke le devolvió el saludo con la mano. Dolor de cadera derecha. Los pacientes que eran aplicados con sus ejercicios mejoraban y dejaban de necesitarla.

—Lo siento —dijo Amy—. ¿Grant te ha estado cuidando?

—Estaba fuera. De acampada. En las Montañas Azules. Con unos viejos amigos de..., unos viejos amigos. —Se obligó a callarse. Al

parecer, el truco de una buena mentira era no dar demasiados detalles innecesarios.

—¡Ay, no! Deberías haber llamado. ¡Podría haberte llevado sopa! ¡El chino para llevar de mi zona hace la mejor sopa de pollo y maíz dulce que hayas probado nunca!

—No te preocupes. No he estado mal. Bueno, ¿qué pasa? —Brooke metió la llave en la puerta de cristal. La visión de su logo en la puerta le producía una complicada sensación de placer, orgullo y miedo. Eran dos monigotes de una mujer y un hombre que sostenían sobre sus cabezas el nombre de «Fisioterapia Delaney's» como si fuese un cartel. La novia de Logan, Indira, que era diseñadora gráfica, lo había creado para ella y a Brooke le encantaba. Se imaginó a alguien rascando su logo de la puerta para sustituirlo ilusionado por un nuevo logo de su propio negocio soñado.

—Lo siento —repitió Amy—. No voy a entretenerte mucho. ¿Tienes pacientes hoy?

—Sí —respondió Brooke un momento después. Jamás confesaría ante Amy sus temores por la clínica. No era así como funcionaba su relación. Ella siempre necesitaba que su hermana mayor viera el modo en que una persona adulta vive la vida y Amy siempre se mostraba gratamente impresionada, aunque había cierto desapego en su admiración, como si las decisiones perfectamente normales de Brooke (licenciarse, casarse, comprar una casa) simplemente fueran imposibles para ella.

—Ah, bueno, estupendo. Me alegro por ti. Oye, es que acabo de enterarme...

Brooke la interrumpió.

—¿Lo de los planes de regreso de Harry? Sí, también me acabo de enterar. Supongo que mamá y papá lo saben, aunque me sorprende que no me hayan dicho nada. No creo que tenga tanta movilidad...

—No, no estoy hablando de Harry. Te estoy hablando de la chica.

Brooke hizo una pausa. ¿Qué chica? ¿Alguna otra antigua alumna?

—Anoche no pude dormir pensando en eso —continuó Amy. Hablaba con ese irritante soniquete que significaba que podía estar a punto de ponerse a llorar o a gritar o de tener alguna especie de ataque—. ¿La has conocido ya? No sé, a mí me parece bastante raro, ¿a ti no? Toda esta situación es tan... fortuita. ¿No crees?

Mientras Brooke escuchaba a su hermana encendió las luces. Había un mostrador de recepción y una mesa vacía preparada y a la espera del gerente de oficina que todavía no podía permitirse contratar. Las paredes estaban pintadas de un alentador y calmante Brisa Marina. Había pasado horas decidiéndose entre Brisa Marina y Azul Océano

Profundo como si el color adecuado de la pared pudiera afectar a los resultados de los pacientes. Había puesto espejos de cuerpo entero para que los pacientes se pudieran ver a la vez que hacían sus ejercicios, aunque eso significara que ella tuviera que contemplar su propio reflejo. No le importaba cuando los pacientes estaban ahí. Pero, cuando estaba sola, no le gustaba ver su propia cara. El nuevo equipo que había alquilado estaba listo y esperando, y costándole dinero: una bicicleta estática, tres balones medicinales, mancuernas y bandas elásticas. Unas láminas enmarcadas de atletas celebrando triunfos conseguidos con esfuerzo: de rodillas, con la frente en el suelo, besando medallas de oro. Había solamente una fotografía de una tenista y era la única donde la deportista no estaba celebrando nada. Era una imagen en blanco y negro de Martina Navratilova lanzando un revés en Wimbledon, con el rostro contraído, su pelo con corte mullet flotando alrededor de la cinta de la cabeza. Habría resultado extraño que Brooke no tuviera a algún tenista, como si estuviese queriendo decir algo, y sus padres se habrían dado cuenta al visitar la clínica.

«La buena de Martina», había dicho su padre con afecto al ver la fotografía, como si él y Martina se conocieran de hacía tiempo.

—¿Y qué pasa si el novio aparece en la casa? —preguntó Amy—. ¿Y todo se descontrola?

—No te sigo —respondió Brooke. Se había distraído. Parecía haberse perdido una parte fundamental de la conversación.

—¿Y si tiene un arma?

—¿Y si tiene un arma quién?

—¡El novio maltratador!

—Amy, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

Hubo un silencio. Brooke se sentó en la mesa de recepción y encendió el ordenador.

—¿En serio? ¿No lo sabes? Estaba segura de que lo sabrías.

El ordenador se encendió con un zumbido.

—¿Sabes qué? —zanjó Brooke—. Tengo una cita pronto. —Miró las notas en la pantalla del ordenador—. Cuarenta y ocho años. Cree que puede tener codo de tenista. ¿Te acuerdas cuando Logan creía que tenía codo de tenista y papá...? —Se detuvo. A veces, cuando aparecía algún recuerdo gracioso de su infancia compartida resultaba que, al final, no era tan gracioso.

—Brooke, te estoy hablando de mamá y papá y su extraña... huésped.

Brooke sacó del cajón de arriba un portapapeles y un nuevo cuestionario para los pacientes.

—¿Alguien se está alojando en su casa? ¿En tu dormitorio? ¿Ese es el problema?

Amy regresaba a la casa familiar por temporadas, cuando el nuevo trabajo, el nuevo curso o el nuevo novio no iban bien.

—Sí que creo probable que se esté quedando en mi habitación —dijo Amy, despacio. Había un tono de resentimiento y ligeramente agresivo en su voz—. Pero no pasa nada. Yo tengo mi propia casa, Brooke. Llevo casi seis meses viviendo aquí.

—Ya lo sé —contestó Brooke. ¿Una casa compartida?

—Y tengo trabajo. La semana pasada trabajé más de cuarenta horas.

—Vaya —dijo Brooke tratando de no sonar condescendiente. Amy había conseguido trabajar toda una semana. Que le den un premio a esta chica—. Perdona. Es que estaba distraída con la clínica. —Y con mi separación «temporal».

¿Dónde estaba trabajando Amy? ¿En un supermercado? Ah, espera, ¿un cine? No. Era catadora de comida, ¿no? Eso es. Todos se habían enterado de la entrevista de trabajo. «Fue como un examen. Muy estresante», había dicho Amy. Había tenido que ordenar seis vasos de líquido conforme a su salinidad y, después, otros seis vasos por orden de dulzor. Le dieron jarritas diminutas con bolas de algodón y tuvo que identificar sus olores. Había acertado la albahaca y la menta, pero no el perejil. ¿Quién sabía que el perejil tenía aroma? Su última tarea fue escribir un párrafo en el que debía describir una manzana a alguien que jamás hubiese comido ninguna.

«No creo que yo pudiera describir una manzana», había dicho Brooke con tono distraído. Y su madre había respondido, con voz alegre: «¡Bueno, supongo que entonces no habrías conseguido el puesto, Brooke!».

Y Brooke, que había pasado por una carrera universitaria de cuatro años y otros dos de prácticas para convertirse en fisioterapeuta se sintió, de repente, una inepta por no saber describir una manzana.

—¿De verdad que no te has enterado de lo de esa chica que está en casa de mamá y papá?

—No —respondió Brooke—. ¿Quién es? —Podía notar el tono ampuloso de directora de colegio en su voz, porque, por el amor Dios, menudo drama. ¿Por qué suponía tanto problema que tuviesen una huésped? Sus padres tenían un extenso círculo de amistades. Sería alguna antigua alumna. Muchos antiguos alumnos seguían manteniendo el contacto. De niños, los Delaney tenían sentimientos encontrados con respecto a los alumnos de tenis. Eran los otros niños de sus padres, con mejores comportamientos, mejores reveses, mejores

actitudes. Pero ya eran demasiado mayores para eso. Ahora se reían, se burlaban de sus padres y de sí mismos por ello. Era muy propio de Amy que, de repente, montara un alboroto.

—Se llama Savannah —dijo Amy con voz enigmática.

—Muy bien —respondió Brooke con tono distraído—. ¿Savannah participa en el circuito?

—¡No es nadie, Brooke! Simplemente es una chica perdida que apareció en su puerta.

Brooke dejó caer las manos sobre el teclado.

—¿No la conocen?

—Es una desconocida.

Brooke giró la silla para apartarse del ordenador. El recuerdo de la migraña del fin de semana pasó por su frente.

—No entiendo.

—El martes pasado a última hora una desconocida llamó a la puerta de nuestros padres.

—¿A última hora? ¿Cómo de última? ¿Estaban mamá y papá acostados? —Pensó en sus padres despertándose, buscando sus gafas en sus mesitas de noche. Su madre con esa enorme camiseta de pijama con las mangas tan largas que le cubrían más allá de las muñecas. Su padre con sus bóxers y su limpia camiseta blanca, con su gran pecho y sus piernas correosas. Actuaba como si tuviera treinta años, pero sus rodillas artríticas reconstruidas estaban en muy mal estado.

«Seguimos ganando torneos, cariño», decía su madre a la vez que le daba palmadas en la mano cada vez que Brooke mostraba su preocupación.

Era verdad. Sus padres seguían ganando, a pesar de que, tras la última operación de rodilla de su padre, el cirujano le había dicho: «Corre solo si tu vida está en peligro».

«Entendido —contestó Stan—. Nada de correr». Levantó los pulgares delante del cirujano. Brooke vio cómo lo hacía. Tres meses después, su estúpido e increíble padre había vuelto a la pista. A prestar sus servicios como un guerrero. A correr como si su vida estuviese en peligro.

—No sé si estaban en la cama —dijo Amy—. Últimamente se acuestan tarde. Lo único que sé es que ella llamó a su puerta y ellos la dejaron entrar y, después, dejaron que pasara allí la noche.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué hicieron eso? —Brooke se levantó de la mesa.

—Pues creo que ella tenía algún tipo de herida. Mamá tuvo que curarla. Su novio se lo había hecho. Mamá no deja de referirse a ella como una «víctima de violencia doméstica» con ese tono jadeante y

alterado. —Amy hizo una pausa. Cuando volvió a hablar fue evidente que tenía la boca llena—. No me puedo creer que no te hayas enterado todavía.

Brooke tampoco se lo creía. Su madre la llamaba a menudo, siempre con la excusa más tonta. A principios de esa semana la había llamado tres veces en el mismo día: una vez para contarle algo que había escuchado en un pódcast sobre las migrañas, otra para rectificar (porque había encontrado el papel donde lo había escrito) y otra para contarle que la planta de ciclamen que Brooke le había regalado por el día de la Madre había echado flores. (Amy le había regalado el ciclamen, pero Brooke no la corrigió cuando se lo agradeció).

—¿Qué estás comiendo? —preguntó con tono enojado.

—Desayunando. Una magdalena de naranja y semillas de amapola. Muy cítrico. Y con pocas semillas de amapola.

Brooke volvió a sentarse y trató de ordenarlo todo en su mente. Sus padres eran personas inteligentes. No dejarían que una persona sospechosa o peligrosa entrara en su casa. Todavía estaban lejos de ser ancianos, no se estaban enfrentando aún a la demencia ni a la confusión, solo a lesiones de rodilla e indigestiones y, al parecer, algo de insomnio. Los dos parecían un poco desorientados y perdidos ahora que habían vendido la escuela de tenis. «Los días son muy largos —le había confesado suspirando su madre a Brooke—. Antes se hacían cortos. ¡En fin! ¿Nos vemos para tomar un café? ¡Invito yo!». Pero los días de Brooke seguían siendo cortos y no tenía tiempo para tomar un café.

—Bueno, supongo que mamá y papá saben juzgar bien a las personas —empezó a decir.

—¿Estás de broma? —la interrumpió Amy—. ¿Que saben juzgar a las personas? ¿Quieres que te enumere todos los niñatos mentirosos que les han timado? Empezando por el que ocupa el primer puesto, el cabrón de Harry Haddad, que le rompió a papá su frágil corazón.

—Vale, vale —se apresuró a contestar Brooke—. ¿Y la llevaron a la policía?

—No quiere denunciarlo —respondió Amy. Volvía a tener la boca llena—. Y no tiene otro sitio adónde ir, así que están dejando que se quede con ellos hasta que «se ubique».

—Pero ¿no puede acudir a un..., no sé, a una casa de acogida para mujeres o algo así? —Brooke cogió un bolígrafo y empezó a mordisquearlo—. Sé que suena mal, pero esa chica no es problema de ellos. Hay sitios a los que puede ir a pedir ayuda.

—Yo creo que mamá y papá solo quieren ayudarla. —Amy hablaba ahora con un tono despreocupado y filantrópico. Brooke podía notar

su hábil cambio de postura. Siempre había sido la mejor de la familia en el juego de piernas. Ahora que Amy había descargado en otra la responsabilidad, Brooke podía pasar a ser la preocupada y nerviosa y Amy la sensible que ayuda a los sintecho, un rol que le pegaba mucho más.

—¿Has dicho que apareció allí el martes por la noche? —preguntó Brooke—. ¿Esa chica lleva con ellos casi una semana?

—Sí —dijo Amy sin más.

—Voy a llamar a mamá ahora mismo. —Quizá Amy lo había malinterpretado todo.

—No te va a responder —repuso Amy—. Ha llevado a Savannah a Narelle.

—¿Narelle?

—La peluquera de mamá desde hace treinta años, Brooke. Espabila. Narelle, con sus gemelos idénticos y la alergia que ha resultado ser un cáncer, o el cáncer que ha resultado ser una alergia, no me acuerdo bien, pero que ya está recuperada. Narelle tiene opiniones de todos nosotros. Piensa que Logan e Indira deberían tener un bebé. Que tú deberías anunciarte en el periódico local. Que Troy debería tener una cita con su hermana divorciada. Ah, y piensa que yo soy bipolar. Mamá ha empezado a escuchar un pódcast que se llama *La vida con un bipolar*.

Amy hablaba ahora demasiado rápido, con esa voz rara de maniaca que a veces ponía y que hacía que Brooke se preguntara si de verdad era bipolar. Lo hacía a propósito. Le gustaba que los demás pensaran que estaba loca porque les ponía nerviosos. Era una táctica de intimidación.

—Claro, Narelle. Bueno, pues llamo a papá.

—Ha salido también. Está viendo coches. Para Savannah.

—¿Papá va a regalarle un coche a esa chica?

—No estoy segura al cien por cien —contestó Amy—. Pero ya sabes que le encanta cuando alguien necesita un coche nuevo.

—Dios —exclamó Brooke. El extremo del bolígrafo se soltó y se le metió en la boca. Lo escupió sobre su mano—. ¿Lo saben los chicos?

—No creo —respondió Amy.

—¿No has llamado a Troy?

Amy y Troy eran los más unidos de los cuatro. Brooke sabía que le habría llamado primero a él.

—Le he enviado un mensaje —contestó Amy—. Pero no me ha respondido. Ya sabes que hoy volvía en avión desde Nueva York.

Brooke no podía estar al día de la vida glamurosa e internacional de Troy.

—Supongo que sí.

—Y Logan nunca responde al teléfono. Creo que tiene alguna fobia con eso. O le entra cuando se trata de nosotros. Con sus amigos sí habla.

Brooke se sacó el bolígrafo de la boca. Sin darse cuenta había empezado a chuparlo otra vez y ahora tenía la boca llena del amargo sabor de la tinta.

Era la última a la que Amy había llamado.

—En fin, tengo que dejarte —dijo Amy de pronto, como si hubiese sido Brooke la que había interrumpido su ocupada agenda, como si estuviese a punto de irse a dirigir alguna empresa en lugar de estar sentada en una playa comiéndose una magdalena—. Llámame luego.

Esta última orden la dio con su voz de «haz lo que te digo» de hermana mayor. Lo que quería decir era: «Llámame para confirmarme que has solucionado esto».

Brooke se miró en la pared de espejos y vio que la arruga de su frente estaba más pronunciada que nunca y que sus labios estaban manchados de un turbio tono de Azul Océano Profundo.

9

Ahora

*E*ntonces, ¿has visto los arañazos?

El conductor de Uber, que era estudiante de ingeniería eléctrica, miró por el espejo retrovisor, dando por sentado que su pasajera (que se llamaba Amy; le tenía manía a ese nombre desde que había salido durante un tiempo corto con una zorra malvada que se llamaba Amy) le hablaba a él y que se refería a que había arañazos en sus asientos (en plan, lo que tú digas, Amy), pero vio que estaba hablando por teléfono y no con él. Era evidente que había empezado esa conversación sin molestarse en decir hola.

—Los arañazos en la cara de papá —precisó—. Dice que se los hizo subiendo por el seto para recuperar una pelota de tenis.

Pausa.

El conductor de Uber escuchaba distraído, con la mente en el examen del día siguiente y en la cita de Tinder de esa noche.

—Es que Troy dice que la policía va a creer que son heridas que le ha hecho ella defendiéndose.

Pues parecía que aquello se ponía interesante. Su destino era la comisaría de policía.

—Y, de repente, Brooke insiste en que deberíamos posponer la denuncia de la desaparición.

Pausa.

—Porque papá le dijo que no es necesario denunciar su desaparición. Ya conoces a Brooke. La preferida de papá.

El conductor vio que su pasajera sonreía débilmente. Tenía piernas de supermodelo con sus pantalones cortos, el pelo teñido y desaliñado, múltiples piercings en la oreja y de algún modo desprendía, al mismo tiempo, un aire playero y también urbano. Era mayor, puede que hasta de treinta y muchos, pero él le entraría.

—Sí, yo creo que no debemos hacer caso a papá y denunciar la desaparición, por si acaso. Ya ha pasado más de una semana, así que... puede que ya sea hora. Tengo una bonita foto de mamá. La he impreso. Es de cuando ella y papá estuvieron aquel día en la playa, ¿te acuerdas? Cuando intentaban ser unos jubilados felices que retozaban

bajo el sol. En fin, escucha. Evidentemente les contaremos lo de Savannah, ¿verdad? Es decir, quizá no todos los detalles.

Pausa.

—Ah, sí. Actuaré con normalidad porque soy normal.

Pausa.

—No. No me has ofendido, Logan. Yo nunca me ofendo. Te veo allí.

Colgó y le miró a los ojos por el espejo retrovisor cuando se detuvieron en un semáforo en rojo.

—Mi madre ha desaparecido —dijo alegremente.

—Qué miedo —contestó el conductor de Uber.

—Ah, estoy segura de que se encuentra bien —respondió la pasajera. Giró la cara hacia la ventanilla y habló en voz baja, casi como si fuese para sí misma—. Está perfectamente bien.

10

Joy Delaney. Sesenta y nueve años. Último contacto hace nueve días cuando envió un mensaje incoherente en el que decía que iba a estar «desconectada». No se llevó el teléfono.

La alguacil superior Christina Khoury leía sus notas mientras Ethan conducía el coche de camino al interrogatorio del marido de la mujer desaparecida. El rango de Ethan era agente de paisano Ethan Lim, pero no había nada de paisano en su ropa. La camisa que llevaba ese día parecía de seda de morera (¿sería seda de verdad?). Sus zapatos tenían el lustre de un piano de cola. Christina mantenía los suyos escondidos para que no se vieran. Les habría venido bien un cepillado.

—La asistenta encontró el teléfono debajo de la cama —dijo ella.

—Supongo que, si vas a estar desconectada, te dejas el teléfono. —Ella notó cómo el agente intentaba controlar el tono de interrogación.

A Christina la habían designado como superior de Ethan hacía pocas semanas y aún trataba de buscar el ritmo adecuado de su relación laboral. Él parecía nervioso cuando estaba con ella y ella no sabía si aceptar que fuera así, y que de ese modo el chico se mantuviera alerta, o tratar de hacer que se relajara.

A Christina no se le daba muy bien relajar a la gente. Toda su vida le habían dicho que no sonreía mucho, y odiaba hablar de banalidades. Su prometido, Nico, se encargaba ahora de todas las charlas banales de su relación, parloteando tranquilamente con taxistas habladores y con habladoras tías de la familia. A veces, a Christina le preocupaba no estar aportando lo suficiente a la pareja. «Una relación no es una factura que dividas a partes iguales», decía siempre Nico. Se equivocaba. Era precisamente eso. Tendría que vigilar ese aspecto.

Cuando había estado en el puesto de Ethan, el alguacil que le designaron había adoptado un tono paternalista que no dejaba lugar a dudas de cuál era la posición que ocupaban. «¿Te acuerdas de tu ABC?», le preguntaba con tanta frecuencia que resultaba irritante.

—No Asumir nada. No Barruntar nada. Comprobarlo todo —respondía Christina.

Pero ella no podía tener una actitud paternalista (¿existía una versión femenina de esa palabra?). «Sé tú misma —le había dicho

Nico—. Ese chico quiere aprender de ti». A Nico nunca le había costado ser ninguna otra persona aparte de Nico.

—Dos de los hijos adultos de Joy denunciaron ayer su desaparición —continuó ella—. Un agente de asuntos administrativos fue a entrevistar al marido de la mujer desaparecida y vio que tenía unos arañazos en la cara.

Ethan hizo una mueca de dolor.

—El marido está colaborando, pero no da mucha información. Sí que le confirmó al agente que él y su mujer habían discutido la última vez que hablaron. Así que... —Soltó un suspiro. Notó un picor en la garganta—. Es evidente que hay muchas señales de alarma.

No podía caer enferma ahora. Además del caso de la sospechosa desaparición, estaba ocupándose de una agresión en la calle, dos casos de violencia doméstica, un robo en una estación de servicio, un chico aspirante a pirómano, un allanamiento de morada y una prueba de su vestido de novia.

La prueba del vestido de novia iba a ser después de la jornada de ese día y, por el modo en que sus cuatro primas discutían sobre cinturas y escotes, era posible que hubiese otro caso de violencia doméstica. Aún quedaban seis meses para su boda pero, al parecer, ya iban tarde, según sus primas, que estaban especializadas en bodas. Christina había creído que controlaba bien el estrés hasta que tuvo que organizar una boda. «Una cosa pequeña e informal», dijo a sus amigas que pertenecían a grandes familias libanesas-australianas y que, por tanto, no entendían lo inverosímil que eso podía resultar.

—¿Necesitas una pastilla para la garganta? —le preguntó Ethan.

—No —contestó Christina. Se aclaró la garganta—. No, gracias.

Se quitó una diminuta hebra de la chaqueta y, con discreción, comprobó que los botones de su camisa no le dejaban huecos. La talla del sujetador no se correspondía tampoco con su personalidad ni su profesión, pero descendía de un largo linaje de mujeres bajitas, cáusticas y pechugonas, así que ese era su destino. Si la policía federal no hubiese abolido los requisitos de estatura a finales de los noventa, la pequeña Chrissie Khoury, la chica más bajita de todas las fotografías escolares durante sus años de formación, jamás habría conseguido ese trabajo.

No había ninguna hebra en el traje de Ethan, claro. Parecía hecho a medida. Al parecer, venía de una familia rica de toda la vida. Un chico de colegio privado. Christina trató de no tomarla con él por eso. Ella no procedía de una familia rica, ni de toda la vida ni de ahora, más bien de una familia donde nunca había suficiente.

Se detuvieron en un semáforo detrás de un SUV con tres bicicletas

de niño amarradas a la parte de atrás, y el número de matrícula bien visible, como debía ser. Esas calles sombreadas y arboladas con sus jardines de césped inmaculado tenían poco en común con el barrio del oeste donde ella se había criado, salvo por el murciélago muerto que colgaba del cable de alta tensión que tenían encima. Aun así, le alegraba no estar trabajando en su antiguo barrio como cuando empezó y se vio obligada a encerrar a personas que conocía. La primera persona que arrestó en su vida se sentaba con ella en clase de biología. «¡La pequeña Chrissie Khoury me está arrestando!», había gritado con ebrio deleite mientras ella le ponía las esposas.

—¿Se llevó algo? —preguntó Ethan.

—Se llevó el bolso, las llaves de casa y nada más. Nada de equipaje. Ni ropa. Ningún rastro de movimientos en sus cuentas bancarias ni en sus redes sociales.

Christina sacó la fotografía en color de Joy Delaney que le había proporcionado la familia. Parecía una señora dulce y menuda, no aparentaba sesenta y nueve años, sonriendo en una playa, con una mano sobre la cabeza para evitar que su sombrero de paja saliera volando con el viento. Una fotografía de alguien que lleva un sombrero no sirve de mucho para su identificación. Le pediría a la familia que les proporcionara otra. Al menos, dos o tres. En esta, Joy llevaba una camiseta por encima de un bañador. La camiseta era blanca con tres flores puestas en fila sobre el pecho: roja, amarilla y naranja. Las flores eran gerberas, Christina había empezado a fijarse recientemente en los nombres de las flores. El ramo de novia era lo siguiente de su lista. Para ser sinceros, prefería resolver un asesinato antes que elegir un ramo de novia.

—Parece una señora agradable —le dijo a Ethan, mientras sacudía la foto sobre su rodilla.

—¿Algún antecedente de violencia doméstica? —preguntó él.

—No.

Entraron en el camino de entrada de una casa familiar grande y bien cuidada. Un Volvo plateado en el camino de entrada. Flores rosas, moradas y blancas (que ahora sabía identificar como hortensias) brotaban de los arriates. Un gatito gris pasó corriendo por el césped delantero y atravesó una valla. El borde blanco de una carta sobresalía del buzón de hierro forjado con el número de la casa, la palabra «correo» y dos pájaros grabados, unidos por el pico, como si se besaran. Era este un barrio de mascotas y de aspersores de jardín, hipotecas canceladas y voces agradablemente moduladas.

—Pero solo porque no lo denunciaran... —dijo ella.

—No significa que no se produjera —terminó Ethan.

La escuchaba. Algo extraño tratándose de un chico de colegio privado.

—¿Te acuerdas de tu ABC? —preguntó ella, de repente, de forma impulsiva, mientras Ethan apagaba el motor del coche.

Él no vaciló.

—No Asumir nada. No Barruntar nada. Comprobarlo todo.

Christina se animó. Quizá sí que lograrían acompasar su ritmo.

Le miró con un gesto paternalista de pulgares levantados, abrió la puerta del coche, bajó, se colocó bien la chaqueta y se ajustó la camisa.

En algún lugar a lo lejos se oían los familiares acordes tintineantes de un camión de helados.

Dos horas después, la casa ya no tenía un aspecto tan inofensivo. Un precinto policial azul y blanco colgaba del buzón y llegaba hasta la valla lateral.

Christina había solicitado una orden de registro para la escena del delito y selló la casa inmediatamente después de su entrevista con el señor Stanley Delaney.

No había averiguado nada nuevo con el interrogatorio, pero sí todo lo que necesitaba saber. La prueba del vestido de novia de esa tarde iba a tener que seguir adelante sin la novia. Su teléfono no dejaba de vibrar con mensajes encolerizados de sus encolerizadas primas.

A Christina no le importaba. Estaba guardándose su rabia para la señora Joy Delaney, pues su marido era un mentiroso.

11

El septiembre pasado

Era media mañana cuando Logan Delaney recorría con su coche la calle de sus padres algo por encima del límite de velocidad, con la cabeza agachada para evitar cruzar la mirada con simpáticos vecinos que habían salido a lavar sus coches o pasear a sus perros.

Si el Volvo estaba en el camino de entrada, podría dar la vuelta en el callejón sin salida y seguir adelante, porque no estaba de humor para conversaciones a solas con sus padres. Prefería que sus hermanos estuviesen también para aguantar parte del chaparrón. Ser hijo único debía de ser un infierno.

El Volvo no estaba, así que entró. Salió del coche y se cubrió los ojos para levantar la vista hacia los canalones de la casa, obstruidos por las hojas de los liquidámbares.

Miró el buzón de estilo retro —regalo de Troy, naturalmente—, por si había alguna carta que meter en la casa.

Llevaba puestos unos pantalones de chándal manchados con pintura, una camiseta vieja y unas zapatillas de deporte. No se había afeitado, y era de ese tipo de hombre que parece un delincuente cuando no se afeita. Los mechones del pelo se elevaban cada uno por su cuenta. Su madre le habría dicho que parecía un vagabundo. Era un tío grande y robusto y sabía que debería vestir de forma más respetable porque, a veces, las mujeres se cruzaban de acera si le veían andando detrás de ellas por la noche. Siempre quería gritarles que lo sentía. «Ah, eso es exactamente lo que deberías hacer, Logan. Deberías correr detrás de ellas gritando: "No quiero hacerle daño, hermosa dama"», le dijo Amy en una ocasión y, después, se rio tanto de su propia broma que él se vio moralmente obligado a lanzarla a la piscina. La piscina de la azotea de Troy: tenía un borde infinito.

Su madre le había preguntado si podía limpiar los canalones con esa forma que tenía de pedir las cosas sin pedirlas.

—¡Santo cielo, Logan, deberías ver las hojas con este viento! ¿Qué está pasando? ¿El cambio climático? Están cayéndose a toda velocidad —le había dicho por teléfono la semana anterior.

—¿Quieres que vaya a limpiar los canalones? —le había contestado

Logan. «El cambio climático». Su madre soltaba ciertas expresiones de forma aleatoria para asegurarse de que supieran que estaba al corriente de la actualidad y que escuchaba pódcast.

—Tu padre dice que él puede hacerlo perfectamente.

—Me pasaré la semana que viene —había respondido él.

Después de que el padre de Logan celebrara su setenta cumpleaños con una rotura de ligamentos y una complicada reconstrucción de rodilla, la familia había empezado a considerar la idea de que Stan era un «anciano». Fue una enfermera la primera que utilizó esa frase. «Los ancianos pueden sentirse confundidos y tener pérdida de memoria a corto plazo después de la anestesia», había dicho mientras tomaba la tensión al padre dormido, y Logan vio que todos sus hermanos sacudían la cabeza con un estupefacto cambio de perspectiva.

«Es como ver a Thor con una bata de hospital», había susurrado Amy. Su padre no había estado enfermo jamás, a excepción de lo de sus malas rodillas, y verle tan deteriorado y resignado en esa cama había resultado penoso, a pesar de que, de repente, abrió los ojos y dijo con toda claridad a la pobre enfermera con su voz sorprendentemente profunda: «A mi memoria no le pasa nada, cariño».

Se había recuperado del todo y de nuevo estaba ganando torneos con su madre, pero la idea del «anciano» se había quedado. «Papá no debería subirse a ninguna escalera de mano. Papá tiene que ser consciente de sus limitaciones. Papá tiene que vigilar lo que come». Logan no estaba seguro de si no se estaban precipitando. Quizá les gustaba. Quizá eso hiciera que todos se sintieran por fin adultos, preocupados por un padre anciano que, en realidad, no necesitaba todavía de esa preocupación. Quizá hubiese en ello incluso cierta satisfacción: Thor era derribado por fin. Aunque a Logan no le habría sorprendido que su padre pudiera todavía vencerle en un pulso y no le cabía ninguna duda de que todavía podía ganarle en la pista. Su padre conocía sus puntos fuertes, sus puntos débiles, sus tácticas. Logan estaba indefenso ante todo ese conocimiento. Volvía a tener diez años: manos sudorosas, el corazón disparado. Dios, cuánto había deseado vencer a su padre.

Habían pasado dos años desde la última vez que habían estado juntos en la pista. «Ve a jugar un partido con tu padre», le sugería siempre su madre cuando iba a visitarlos, y Logan se inventaba una excusa. La idea subversiva de que quizá no podría jugar nunca más se había ido abriendo paso. Era como una traición y, sin embargo, ¿a quién iba a importarle? ¿Quién se iba a dar cuenta?

Su madre se daría cuenta.

Desde la operación de su padre, Logan había empezado a hacer arreglos en la casa de la familia, siempre que pensaba que podía salirse con la suya sin que su padre se enfadara. Entraba y salía sin ser visto como si fuese un ninja. Cambiaba alguna que otra bombilla. Aparecía con una motosierra y cortaba las ramas demasiado crecidas alrededor de la pista de tenis.

No sabía bien qué pensaba su padre al respecto. «No tienes por qué hacer eso, hombre —le había dicho la última vez que sorprendió a Logan cambiando una de las luces de la pista. Le dio una palmada en el hombro—. Todavía no me he muerto».

Ese día, Logan tenía resaca y su padre parecía estar en mucho mejor estado de salud que él, con las mejillas sonrosadas, la mirada clara y otro trofeo más de dobles en el aparador.

Ese mismo día, su padre le había preguntado si iba «avanzando en sus planes profesionales» y Logan, que no tenía ningún plan en su profesión aparte del de mantener su trabajo, se había sentido avergonzado como un niño. Su padre siempre parecía estar observando la vida de Logan de la misma forma que miraba el tenis. Logan podía sentir el deseo de Stan de acercarlo a la red, señalar sus puntos débiles, explicarle exactamente en qué se había equivocado y en qué debía mejorar, pero nunca criticó realmente las decisiones que Logan había tomado en su vida. Se limitaba a hacerle preguntas y poner una expresión de decepción con las respuestas.

El ruido de la puerta de su coche al cerrarse sonó con fuerza en la silenciosa calle. Podía oír el parloteo de las urracas y los sarcásticos graznidos de los cuervos desde el campo de matorrales que daba a la pista de tenis de sus padres. Le recordó a la cadencia de sus padres cuando conversaban. La constante cháchara de su madre, la ocasional respuesta inexpresiva de su padre.

Logan no entró. Fue directo por el lateral de la casa a recoger la escalera de mano del cobertizo, más allá del tubo de desagüe donde todos tenían que colocarse para practicar sus lanzamientos de pelota. Cien veces seguidas, día tras día, hasta que todos hacían lanzamientos tan rectos y precisos como el borde de una regla.

Se preguntó dónde estarían sus padres, cuánto tiempo tenía hasta que regresaran, y si su padre se enfadaría o se sentiría aliviado al ver que esa tarea en particular ya estaba hecha.

Troy quería contratar a gente que fuera a ayudar a sus padres. Un jardinero. Una limpiadora. Una asistenta.

—¿Qué? ¿Como un equipo de sirvientes? —había exclamado Amy —. ¿Mamá y papá van a hacer sonar una campanita como si fuesen los señores de la mansión?

—Yo puedo pagarlo —había contestado Troy con esa expresión tan particular que aparecía en su cara cuando hablaban de dinero: reservado, avergonzado y orgulloso. Ninguno de ellos sabía de verdad a qué se dedicaba Troy, pero era evidente que había alcanzado un nivel de riqueza imposible que supuestamente solo podías alcanzar si te esforzabas mucho en el tenis. De algún modo, Troy había seguido adelante y había encontrado otra forma para llegar a tener ese coche lujoso y esa vida de lujo y, ahora, jugaba al tenis para socializar, con banqueros y abogados, y, al parecer, sin complejos, como si fuese uno de esos chicos de colegios privados que asistían a clases privadas en la Escuela Delaney no porque tuviesen talento o amor por el deporte, sino porque era «un buen aprendizaje para la vida».

Su padre jamás había preguntado a Troy por sus planes en lo profesional.

Logan abrió el cobertizo y encontró el cubo, los guantes, la rasqueta y la escalera de mano. Todo estaba en su sitio. Su amigo Hien decía que el primer síntoma descorazonador del alzhéimer de su padre había sido cuando dejó de colocar sus herramientas en su sitio, pero el cobertizo del padre de Logan parecía tan inmaculado como un quirófano.

Incluso el cristal de la pequeña ventana del cobertizo centelleaba, dejando ver el arce japonés que había en el lateral de la pista de tenis y que empezaba a echar hojas nuevas para la primavera. En otoño, las hojas se volvían de un dorado rojizo. Logan se acordó de sí mismo de niño entre una mullida y crujiente alfombra de hojas buscando una pelota de tenis extraviada, porque las pelotas de tenis costaban dinero. Se vio a sí mismo pasando a toda velocidad junto a ese árbol la primera vez que perdió contra Troy, el mismo día en que su padre le dijo que viera cómo Harry Haddad hacía gala del servicio con efecto que Logan todavía no dominaba y quizá una parte de él ya sabía que jamás dominaría: simplemente no tenía ese instinto de saber dónde debía ir la pelota. Aquel día estaba tan alterado que tiró su raqueta de camino a la casa y a punto estuvo de darle a un pobre niño que esperaba para su clase y que hubo de dar un salto con un pequeño chillido por el susto.

Aquel fue el día en que Logan supo que su hermano menor podría ser mejor que él y también, lo que era más importante, que Harry Haddad era un prodigio y que tenía algo fundamental y maravilloso de lo que carecían todos los hijos de los Delaney.

Se alejó con determinación de sus recuerdos para volver a la inmaculada mesa de trabajo de su padre.

Troy era un estúpido si creía que podrían pagar a alguien para que

fuera a la casa a hacer pequeños arreglos de los que siempre se había encargado su padre. A Stan le parecería humillante, desorbitado y poco varonil. En una ocasión, Logan iba con su padre en el coche cuando pasaron junto a un hombre vestido con traje a un lado de la calle mirando con despreocupación su teléfono mientras un tipo de asistencia en carretera estaba de rodillas cambiando la rueda de su Mercedes. Stan se ofendió tanto al ver aquello que abrió la ventanilla y gritó: «¡Cambia tu propia rueda, mariconazo!». Después cerró la ventanilla y, con una sonrisa avergonzada, dijo: «No se lo cuentes a tu madre».

Logan no iba a dejar que otro hombre le cambiara la rueda, pero estaba segurísimo de que Troy sí lo haría y que, además, le gustaría. Charlaría amigablemente con el hombre mientras lo hacía. La última vez que estuvieron todos juntos, por el cumpleaños de Amy, alguien le preguntó a Troy qué había hecho ese día y él respondió, sin ninguna vergüenza ni bochorno: «He ido a que me hagan la pedicura». Para sorpresa de todos, resultaba que el amigo se hacía la pedicura habitualmente. «Cariño, yo podría haberte arreglado las uñas gratis y te habrías ahorrado el dinero», había dicho su madre, como si Troy necesitara ahorrar dinero, y, después, todos se volvieron locos momentánea e injustamente al imaginarse a su madre de rodillas, arreglándole las uñas a Troy, como si de verdad le hubiese pedido que lo hiciera.

Troy era el único Delaney al que le habían hecho una pedicura. Su padre preferiría que le clavaran alfileres en los ojos, Joy tenía cosquillas en los pies, Amy consideraba que la pedicura era algo elitista y Brooke decía que provocaba infecciones bacterianas.

A Troy no le importaba. Troy era dueño de sí mismo.

Nadie llamaría nunca a Troy «pasivo», aunque era el que esperaba pasivamente mientras le arreglaban las uñas de los pies como si fuese un puto emperador.

—Ni siquiera trataste de detenerme —había dicho Indira cuando llamó desde el aeropuerto.

—Yo creía que era esto lo que querías —contestó Logan. Ella le había dicho que «no podía seguir así». ¿Así, cómo? Nunca se lo había aclarado.

—Pero ¿qué quieres tú, Logan? ¡Eres tan jodidamente... pasivo! —Lloraba a la vez que hablaba, lloraba con fuerza y él estaba tan confundido que no entendía qué estaba pasando. Era ella la que estaba dejando la relación, no él.

Después, ella colgó, de modo que la palabra «pasivo» fue la última que le dijo y continuó resonando en su cabeza hasta que terminó

obsesionado con ella, analizando la palabra y sus implicaciones desde todos los ángulos. Incluso había buscado su definición en el diccionario y ahora se la sabía de memoria, y hasta la murmuraba en voz baja de vez en cuando para sí mismo: «Aceptar o permitir lo que sucede o lo que hacen los demás, sin una respuesta activa o resistencia».

¿Cuál era exactamente el problema de aceptar o permitir lo que sucede o lo que hacen los demás? ¿No era una forma zen y sensata de dirigir tu vida? Al parecer, el último novio de Indira había sido «dominante». Logan nunca había sido dominante. Nunca impidió a Indira que hiciera nada que deseara hacer: incluso marcharse, si eso era lo que quería, si eso la hacía feliz. Quería que ella fuese feliz.

Así que tal vez nadie pudiera hacer feliz a Indira. No iba a exigirle que se quedara.

—No me deseas lo suficiente —le había dicho ella en un momento dado, quizá una semana antes de marcharse, y él no podía ni hablar a causa de la opresión que sentía en el pecho así que no dijo nada, solo la miró, hasta que ella suspiró y se fue.

—No lo deseas lo suficiente, hombre —le había dicho su padre una vez cuando volvían a casa en el coche después de que Logan perdiera un partido contra el Harry Haddad de los cojones. Logan recordaba estar sentado en silencio en el asiento del pasajero, sin pronunciar una palabra, solo pensando: «Te equivocas, papá. Te equivocas».

Había algo que claramente no funcionaba en su forma de comunicar sus propios deseos, lo cual resultaba irónico, pues era profesor de comunicación.

«Lo deseaba mucho, papá».

Metió los guantes y la rasqueta en el cubo y cargó con la escalera de mano bajo el brazo. Parpadeó bajo la luz del sol al salir de la oscuridad del cobertizo.

—Buenos días —dijo una voz de mujer y a él casi se le cayó la escalera. Por un momento, creyó que era Indira, como si hubiese conseguido que se materializara solo con pensar en ella, pero, por supuesto, no era Indira.

Una desconocida estaba sentada en el borde del porche trasero de sus padres, sosteniendo entre sus manos una taza con algo caliente que ella soplaba mientras le miraba.

Tenía el pelo liso y rubio cortado en ángulos pronunciados y le caía a ambos lados de una cara delgada y maltrecha. Sus vaqueros eran tan largos que los llevaba doblados casi hasta las rodillas. Calzaba botas tipo UGG que parecían un par de números por encima del tamaño de sus pies. Le quedaban sueltas alrededor de los pies, como una niña con

zapatos de adulto. Su sudadera con capucha llevaba un logo rosa en la parte delantera.

—No quería asustarte —dijo ella. Se retiró el pelo por detrás de las orejas y dos mechones se soltaron de inmediato, de tal forma que las puntas de las orejas quedaron a la vista.

—¿Quién eres? —El susto le había vuelto tan rudo y brusco como su padre.

—Soy Savannah. —Hizo un saludo circular con la mano, como si la estuviesen presentando sentada a una mesa con sus amigos en un pub.

Él se quedó mirándola. Una diminuta joya en la nariz reflejó la luz del sol. Logan tuvo una sensación familiar e infantil de agravio que trató de reprimir al instante. Siempre había sido así: desconocidos que se pavoneaban por su patio trasero con sus raquetas y sus zapatillas de marca como si fuesen los dueños del lugar, pero había que ser educado y amable con ellos porque pagaban las facturas. En una ocasión, Brooke sorprendió a una niña husmeando en su mochila del colegio, que había dejado en el porche de atrás, y cogiendo el plátano que Brooke no se había comido en el recreo.

—¿Quién eres tú? —La chica imitó su tono, con la cabeza ladeada.

—Soy Logan —contestó. Se apoyó la escalera en la pierna—. Esta es la casa de mis padres. —Trató de no hablar con un tono infantil y a la defensiva, como si necesitara demostrar que tenía mucho más derecho a estar ahí que ella.

—Hola, Logan.

Él esperó.

—Me estoy alojando en la casa de tus padres —dijo por fin.

—¿Fuiste alumna? —preguntó Logan.

—¿Te refieres al tenis? —contestó ella. Sonrió—. No. No soy deportista.

Empleó un extraño acento refinado cuando dijo «deportista», como si estuviese diciendo: «No me gusta el caviar».

—Así que estás...

—Tus padres han salido a recoger unas gafas nuevas para tu padre —le explicó Savannah—. Bifocales. Estaban listas ayer, pero no tuvieron tiempo de ir a por ellas porque la médica se retrasó en la cita de tu madre y, después, les pilló un atasco espantoso.

De nuevo, él no sabía cómo leer entre líneas. ¿Por qué le estaba dando todos esos detalles? ¿Estaba imitando a la madre de Logan, que recargaba cada conversación con detalles accesorios? Sus hijos eran los únicos a los que se les permitía burlarse así de ella.

—Bueno, pues encantado de conocerte —repuso Logan—. Voy a seguir con esto. —Si ella no quería decir quién era, no le importaba.

Levantó la escalera—. Voy a limpiar los canalones.

—A por ello —respondió la chica con pomposidad. Inclinó la cabeza hacia atrás para disfrutar del sol en la cara.

Logan se giró para dirigirse al lateral de la casa. Se detuvo y volvió a mirarla.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Indefinidamente —contestó, sin abrir los ojos. Sonrió.

Él sintió un pellizco de sorpresa, casi de miedo.

—¿Indefinidamente?

Ella abrió los ojos y le miró, pensativa.

—Estaba de broma. Lo que quería decir es que me gustaría quedarme para siempre. Esto es muy tranquilo. —Movió el mentón hacia la pista de tenis—. Supongo que todos os habéis criado para ser campeones de tenis, ¿no?

—La verdad es que no. —Logan se aclaró la garganta.

—Habéis tenido mucha suerte de tener una pista en el patio trasero.

Él adivinó su leve y áspero matiz referido al dinero. Últimamente, solo la gente rica tenía pistas de tenis en sus patios traseros.

—En los años sesenta todas las casas de esta calle tenían una pista —dijo él, y se oyó a sí mismo repitiendo las palabras de su viejo, solo que su padre se refería a la trágica desaparición de las pistas de tenis de los patios traseros para dejar espacio a bloques de apartamentos que anunciaban el final de la época dorada del tenis australiano. Aquello significó que los hijos de la clase trabajadora como Stan ya no pasaran su infancia aporreando pelotas de tenis sino encorvados sobre diminutas pantallas.

Lo que Logan quería decir era: «No te atrevas a pensar que he sido un niño rico y privilegiado solo porque este barrio se haya gentrificado».

El padre de Logan se había criado en esa casa y no sabían mucho sobre su infancia, aparte de que no fue feliz y pasaba mucho tiempo solo, practicando su servicio en la pista de tenis que su propio padre, el abuelo de Logan, había construido antes de que la abuela de Logan «lo echara a patadas». Cada vez que ella decía eso, Logan visualizaba una imagen divertida, como si fuese una ilustración infantil, de un abuelo en una mecedora, con la boca abierta por la sorpresa, las manos en las rodillas, volando por los aires, pero suponía que en aquel momento no debió de ser tan cómico.

Antes de que Logan naciera, su abuela se mudó con su hermana mayor para cuidar de ella hasta su muerte, cosa que duró un tiempo inoportunamente largo. Al parecer, la abuela vendió entonces la casa a

los padres de Logan «a un precio muy barato». Pero resultó ser caro, porque la madre de Logan se sintió, después, permanentemente en deuda con su suegra y nunca pudo convencer al padre de Logan de que arrancaran la moqueta de flores moradas de la sala de estar porque eso habría ofendido a la abuela. Incluso mucho después de que muriera.

Cuando la escuela de tenis empezó a dar beneficios, bastante dinero gracias a las cualidades empresariales de la madre de Logan, reformaron y ampliaron la casa. La deslucida y oscura casa original de estilo Federación se convirtió en una vivienda familiar llena de luz, pero conservó la moqueta morada, un constante motivo de disputa. Joy miraba hacia otro lado cuando le pasaba la aspiradora. El resto de la casa era de estilo Arts and Crafts, el preferido de la madre de Logan. Mucha madera y cobre. («Es como vivir en la casa de un maldito leñador», había dicho una vez su padre).

—Fuimos los únicos de la calle que no sustituimos la pista de tenis por una piscina —le dijo a la chica, que veía solamente el respetable presente, no el complicado pasado.

—Entonces, ¿habrías preferido la piscina? —preguntó ella, con la cabeza ladeada.

Hubo veces en las que todos habrían preferido la piscina, sobre todo cuando era una pista de tierra batida y Troy y él tenían que dedicar horas al mantenimiento de aquella maldita cosa, regándola, moviéndola.

—Al menos, tus padres podían salir por la puerta de atrás y estar en el trabajo, ¿no? Eso debió de facilitarles la vida —dijo ella.

Eso significó que la Escuela de Tenis Delaney había absorbido sus vidas.

—Sí, aunque cuando de verdad despegó la escuela de tenis alquilaron cuatro pistas del club que hay a la vuelta de la esquina. El que tiene el letrero con la pelota de tenis sonriente.

Se interrumpió. A ella no le interesaba lo de la pelota de tenis sonriente. Parecía claro que no era una antigua alumna ni pertenecía al club. Si no tenía relación con el tenis, ¿quién narices era?

—Perdona, pero ¿de qué conoces a mis padres?

Ella frunció el ceño como si tratara de recordar la respuesta correcta.

—¿Eres amiga de Amy? —trató de adivinar Logan. Tenía que serlo.

—¡Llevo puesta su ropa! —La chica levantó una pierna para enseñar los vaqueros demasiado largos—. Es mucho más alta que yo.

—Toda la familia somos altos —respondió Logan. Sintió que debía proteger a Amy, como si esta chica se estuviese riendo de su altura. En

realidad, Amy era la más bajita de la familia.

—Excepto tu madre —replicó Savannah. Un mechón de pelo se le metió en la boca y ella se lo quitó con un soplido de fastidio—. Tu madre y yo somos exactamente de la misma altura. —Se quitó una goma de la muñeca y se recogió el pelo para hacerse una coleta con un movimiento experto—. Este pelo me está volviendo loca. Ayer me lo corté. Está demasiado suave y escurridizo. Tu madre me pidió una cita con su peluquera.

—Te queda bien —dijo Logan de forma automática. Estaba bien entrenado. «Hermanas».

—Costó un montón —señaló Savannah—. Pagó tu madre, lo que fue todo un detalle por su parte.

—Vale —repuso Logan. ¿Estaba poniendo a prueba su reacción ante esta información? A él no le importaba si su madre quería pagar el corte de pelo de una chica. Ahora veía que el tipo de corte era muy parecido al de su madre, como si su peluquera hubiese usado una plantilla.

—¿Te has pedido el día libre en el trabajo? —preguntó ella.

—No tengo un horario fijo —contestó.

—¿Traficante de drogas?

Él sonrió, tolerante.

—Doy clases en una escuela universitaria.

—¿De qué das clases?

—Comunicación empresarial. —Esperó la inevitable reacción.

Ella enarcó las cejas.

—Habría supuesto que dabas clases de..., no sé, alguna especie de oficio, como pintor de brocha gorda.

Él bajó los ojos a sus pantalones. Las manchas amarillas eran de cuando Indira y él habían repintado su cocina de un soleado color amarillo que, al final, a ninguno de los dos le gustó. Las manchas azules eran de cuando ayudó a pintar la clínica de Brooke. No recordaba de dónde eran las verdes.

Lo cierto era que se había dedicado a pintar casas durante un par de años tras dejar el tenis. Después, al enfoscado. Luego, a arreglar tejados. «¿Y si te dedicas a la construcción?», le había preguntado su padre con tono esperanzado, en un intento de aprovechar todos esos trabajos distintos para convertirlos en algo más importante. No le habría importado que Logan hubiese seguido pintando casas, pero no soportaba el hecho de que trabajara siempre para otras personas. El trabajo por cuenta propia era la forma de impresionar a su padre.

«¿Y una licenciatura, cariño?», le había preguntado su madre. Ninguno de sus padres tenía estudios universitarios. Su madre

pronunció la palabra «licenciatura» con tal respeto y humildad que le rompió el alma.

Cuando Logan tenía diecisiete años había rechazado una beca para jugar al tenis en una universidad estadounidense. A menudo, se preguntaba por qué había tomado esa decisión. ¿Fue porque su padre no veía que una beca estadounidense constituyera el camino adecuado para alcanzar el éxito en el tenis? «Si quieres hacer carrera en el mundo del tenis, concéntrate en tu tenis, no en estudiar». ¿O fue por miedo? ¿Un poco de fobia social? Había sido un adolescente difícil. Recordaba que no sentía mucho entusiasmo por irse a Estados Unidos. Hablaba demasiado despacio. Era demasiado australiano. Demasiado parecido a su padre.

Al final, sí que estudió una carrera de media jornada sobre comunicación. Dios sabría por qué lo hizo. Pero ese título le sirvió para conseguir el trabajo de profesor de comunicación empresarial y le venía muy bien. No tenía especial interés en la materia, pero le gustaba dar clases. Estaba bien. Un trabajo fijo con buen horario. Lo cierto era que pensaba que podría seguir haciéndolo toda la vida.

—¿Te gusta la profesión que elegiste? —preguntó Savannah. ¿Se estaba riendo de él? Además, ¿estaba eludiendo deliberadamente responder a su pregunta de cómo había conocido a sus padres o es que se había distraído? No le iba a dar la satisfacción de volver a preguntárselo.

—Claro —contestó—. En fin. Más vale que siga.

—¿Quieres ayuda? —Dejó la taza con un golpe sobre las baldosas de porcelana que tenía a su lado y él hizo un gesto de dolor porque esa taza era la preferida de su madre, la que ponía «No hay nada como estar en casa: ¡salvo en la de la abuela!».

—Cuidado con esa taza —dijo—. Es la preferida de mi madre.

Savannah cogió la taza con exagerada cautela, se puso de pie y la dejó sobre la mesa donde se sentaba el padre de Logan a hacer crucigramas los sábados por la mañana.

—Perdona —contestó ella—. La he sacado del lavavajillas. —Volvió a cogerla y se quedó mirándola—. «No hay nada como estar en casa de la abuela». Pero tu madre no es abuela, ¿no?

—Pertenecía a mi abuela —le aclaró Logan. Troy se la había regalado a la madre de su madre por Navidad y a ella le encantaba. Claro que le encantaba. Troy era famoso por hacer los mejores regalos. El amor que sentía ella por esa taza resultaba inexplicable porque la madre de su madre nunca había sido especialmente cariñosa. Cuando iban a visitarla lo primero que quería saber era a qué hora se marchaban.

La chica salió del porche al césped y se aproximó a él. Se colocó un poco demasiado cerca y Logan dio un paso atrás. A las personas que hacían eso, Amy las llamaba «invasoras del espacio». Los Delaney rehuían el contacto físico. Salvo su madre, a la que le gustaba dar abrazos, hacer caricias en los brazos y frotar la espalda, pero Joy siempre había sido la excepción de los Delaney.

Savannah levantó los ojos hacia él con demasiado interés. Sus pestañas eran largas y blancas, como las de algún animalito autóctono. Tenía una nariz puntiaguda y salpicada de pecas, unos labios finos agrietados y una tirita de color carne encima de una ceja. Logan era más alto y robusto que la mayoría de la gente, pero esa chica era demasiado bajita y tenía un aspecto tan frágil que le hizo sentir enorme y ridículo, como si fuese disfrazado de mascota de equipo de fútbol.

—¿Tú quieres tener hijos? —Savannah le miraba con intensidad. ¿Le pasaba algo raro a esa chica?

—Quizá algún día —respondió él. Dio otro paso atrás—. ¿Qué te ha ocurrido ahí? —Le señaló la tirita.

—Mi novio me pegó —contestó la joven, sin ninguna entonación.

Él creía que su respuesta iba a ser algo banal (de hecho, no tenía interés alguno en la respuesta, simplemente trataba de desviar la atención) y, en consecuencia, sorprendido, repuso sin pensar.

—¿Por qué? —La pregunta salió de su boca antes de poder reprimirla. «¿Por qué?». Fue como preguntar: «¿Qué has hecho para merecerlo?». Sus hermanas le habrían hecho pedazos. ¡Culpando a la víctima!—. Perdona. Ha sido una pregunta tonta.

—No importa. Pues llegó a casa del trabajo, ¿cuándo fue? El martes pasado por la noche. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros de Amy y dibujó un círculo con la punta de su bota sobre la hierba—. Lo cierto es que ese día venía de bastante buen humor.

—No tienes por qué contármelo —dijo Logan. Levantó una mano en el aire en un intento por detenerla. No quería saber los detalles, por el amor de Dios.

—No te preocupes. Me alegra contártelo —respondió ella. Él le había hecho esa pregunta estúpida, así que su castigo era aguantar la dolorosa respuesta.

—Estábamos viendo la tele, tranquilos, y entonces apareció una noticia sobre violencia doméstica, ¿vale? Yo pensé: «Ah, estupendo, vamos allá». Esas noticias...—Negó con la cabeza—. No sé por qué cuentan siempre esas cosas en la televisión. No ayuda. ¡Lo empeora! —Elevó un poco la voz.

Logan entrecerró los ojos mientras intentaba dar sentido a lo que

estaba oyendo. ¿Estaba diciendo que una noticia sobre violencia contra las mujeres fue la causante?

—Esas noticias siempre le ponían de un humor espantoso. Quizá le hacían sentir culpable, no sé. Decía: «Ah, así que siempre es culpa del hombre, ¿no? ¡Nunca es culpa de la chica! Siempre de él». —Puso voz grave y como de deportista machito para imitar a su novio. Logan casi podía verlo. Conocía a los que eran como él—. En fin, cambié de canal lo más rápido que pude. Dije algo como: «¡Ah, quiero ver *Supervivientes*!», y él no contestó nada, y entonces lo noté, estaba esperando a que yo hiciese algo mal. Pasaron los minutos y empecé a relajarme. Y pensé: «Ah, no ocurre nada». Y luego, como una idiota, como una tonta, le pregunté si había pagado la matriculación del coche. —Negó con la cabeza al pensar en su propia estupidez—. No estaba tratando de dar a entender nada. De verdad que no. —Levantó los ojos hacia Logan a través de sus pestañas claras como si estuviese intentando convencerle de su inocencia—. Solo le dije: «¿Te has acordado de pagarla?».

—A mí me parece una pregunta apropiada —comentó Logan. Nunca había sufrido violencia física en una relación, pero sabía que una pregunta podía malinterpretarse, que una sencilla petición de información podía rebotarte en la cara.

—Pues él se puso furioso —repuso Savannah—. Al parecer, yo estaba siendo pasivo-agresiva. —Se encogió de hombros y posó la punta de los dedos sobre la tirita que tenía encima del ojo—. Así que a partir de ahí fue como que todo se empezó a descontrolar, como pasa siempre, y lo siguiente que sé es que se puso a gritar, yo lloraba... Lamentable, de verdad. Bochornoso. — Apartó la mirada hacia un lado, con las manos en la cintura. Olía a perfume, laca y tabaco baratos, como las chicas a las que besaba en las vacaciones de verano tras los servicios del aparcamiento de caravanas de la Costa Central. Aquel olor desató una oleada de sensaciones que Logan esperaba que fuese nostalgia por aquella época, no deseo por esa chica. No resultaba apropiado pensar en besar a esa pobre chica tan pequeña y frágil a la que habían maltratado. Le hacía sentirse cómplice del gilipollas de su novio.

»En fin..., da igual..., eso es lo que pasó. —Savannah tiró de la cintura de los vaqueros de Amy para subírselos—. Ya es historia. Le dejé, monté en un taxi y no voy a volver nunca.

—Bien —dijo Logan. Y, entonces, una serie de pensamientos se colocaron en su sitio—. ¿Tu novio sabe que estás aquí? —preguntó. Se imaginó a su madre abriendo de golpe la puerta de la casa, como siempre hacía, encantada de tener compañía, y que apareciera algún

gamberro en busca de venganza. No esperó a que respondiera—. ¿Y de qué conocías a mis padres?

—No los conocía —contestó Savannah—. Llamé a su puerta por azar.

—¿Que hiciste qué?

—¡Logan! —Su madre abrió la puerta de cristal que daba al porche de atrás y se llevó las manos a la cara, como si no pudiera creerse que fuera él, como si no hubiese visto su coche en la puerta y no estuviese, por tanto, avisada de que se encontraba ahí. Su voz tenía ese acento ligeramente pijo que reservaba para las personas que no eran de su familia. De hecho, era más marcado de lo habitual. Casi parecía ebria de emoción—. ¿Qué haces aquí?

—Voy a limpiar los canalones, mamá —repuso Logan—. Como ya te dije.

—Ah, no tienes por qué hacerlo —dijo su madre—. Tu padre lo tiene controlado. —Se acercó a ellos y posó la mano en la espalda de Savannah mientras hablaba—. Ya veo que has conocido a Savannah. —Miró a la chica y, a continuación, de nuevo a Logan. Los ojos le centelleaban—. Está pasando con nosotros una temporada. Se quedará todo el tiempo que quiera. —Dio unas suaves palmadas en la espalda de Savannah al ritmo de sus propias palabras.

Luego dejó la mano quieta y continuó.

—¿Qué tal está Indira? —preguntó con una mirada penetrante, como si sospechara algo de la ruptura, pero ¿cómo era posible que lo supiera?

—Está bien —contestó él—. Ah, quería que te diera esto.

Sacó el diminuto y ahora un poco maltrecho regalo del bolsillo. Indira le había pedido que se lo diera a su madre unas semanas atrás, pero a él siempre se le olvidaba.

—¡Ay, Logan! —Su madre se llevó una mano al pecho. Parecía absolutamente encantada.

—No es nada...

—¿No ha querido venir? —preguntó Joy. Miró a su alrededor como si esperara que Indira apareciera por detrás de algún seto—. ¿Para ver cómo lo abro?

—Es solo un...

—La pareja de Logan es una chica muy especial —le dijo Joy a Savannah—. Muy especial. ¡Ojalá hubiese venido! —Se alisó el pelo y una vez más miró con recelo por el patio antes de arrancar el papel—. ¡Ah! —Se puso seria—. Es un... imán para la nevera.

Dio la vuelta al imán a un lado y a otro, examinándolo como si buscara un mensaje secreto. Tenía una flor amarilla. Logan no sabía

por qué Indira le había comprado eso a su madre ni por qué ella había puesto esa momentánea expresión de angustia. ¿Qué se había esperado que fuera?

—Es muy bonito —le dijo Joy a Logan. Tenía los ojos iluminados —. Indira sabe lo mucho que me gustan las gerberas amarillas y ese estúpido imán que compramos en Londres siempre se está cayendo del frigorífico. Por eso lo ha comprado. Es muy detallista. Por favor, dale las gracias. Bueno, la voy a ver el domingo, así que yo misma podré agradecérselo.

No la vas a ver el domingo, pensó Logan, pero, evidentemente, no le iba a hablar a su madre de la ruptura delante de esa desconocida. Cambió rápidamente de tema.

—Savannah estaba contándome que... ¿llamó a vuestra puerta? — Se aclaró la garganta—. ¿Al azar? Eso es... —¿Se había enterado ya Brooke de esto? Brooke era la menor de la familia, pero la más sensata y estable.

—Dijo que la casa le había dado una buena sensación —respondió Joy. Sonrió a Logan con expresión ingenua—. Dijo que le pareció segura. ¿No es maravilloso que dijera eso?

—Sí que lo es. Le estaba preguntando ahora a Savannah si su exnovio sabe dónde se está alojando. —Logan miró a su madre a los ojos. A Joy le gustaba poner cara de distraída, pero no era tonta.

—No sabe dónde está —repuso Joy—. Y no hay forma de que lo averigüe.

—No te preocupes —intervino Savannah—. No puede localizarme. Ni siquiera me llevé el teléfono cuando me fui.

—Sí, y vamos a buscar el momento de ir a su apartamento a recoger cosas de Savannah cuando él esté trabajando —añadió Joy. Hablaba como si estuviese planeando un almuerzo.

—Tú no vas a ir, mamá —dijo Logan.

—Ah, sí, probablemente yo me quedaré en el coche. Tu padre entrará con Savannah. Por si acaso. —Su madre levantó los ojos hacia él, alegres y astutos, y Logan vio cómo se iba dejando arrastrar hacia el plan de acción que su madre ya tenía preparado para él.

—Creo que papá tampoco debería ir —replicó Logan. Suspiró. No había salida. Miró a Savannah y trató de emplear un tono divertido, no malhumorado—. Yo te llevaré.

—No necesito que venga nadie conmigo —respondió Savannah—. De verdad.

—También puede ir tu hermano —propuso Joy—. Cuantos más, mejor. Es una buena idea. —Lo dijo con un cálido tono de felicitación, como si hubiese sido idea de Logan—. ¡Troy y tú podéis ayudar a

Savannah a recogerlo todo para salir de allí rápidamente y ahí se acabará el asunto!

¿Se acabaría el asunto?

—¿No está Troy en Estados Unidos? —preguntó Logan.

—Ha vuelto esta mañana —respondió su madre—. Podéis ir los tres a la casa de Savannah mañana, cuando él se reponga del desfase horario.

Troy se iba a horrorizar. Logan se alegró ligeramente al pensarlo.

—Deberíais ir alrededor de las once, creo yo. Evitar la hora punta. Tendréis tiempo antes de ir a tu clase de las dos de la tarde.

Logan quiso decir: «Quizá tenga otra cosa que hacer mañana por la mañana, mamá», pero entonces su madre le preguntaría sobre ello.

—No. Está bien. Agradezco la oferta, pero iré sola —dijo Savannah, y a Logan le dieron ganas de reírse porque no tenía ni idea de lo imposible que era resistirse una vez que su madre había tomado la decisión de que iba a ocurrir algo. «Cuando tu madre toma impulso, nadie puede con ella», decía siempre Stan refiriéndose al tenis, pero cualquier cosa que el padre de Logan dijera sobre el tenis podía aplicarse también a los demás aspectos de la vida.

—Iré sola —insistió Savannah.

—Ni hablar, cariño —dijo Joy con voz de acero.

Punto para mamá, pensó Logan.

12

Ahora

Cómo describiría el matrimonio de sus padres?

La alguacil superior Christina Khoury pasó la página de su cuaderno y se quedó mirando fijamente al hombre que tenía frente a ella: Logan Delaney. El segundo de los cuatro hijos adultos de Joy Delaney. Treinta y siete años. De postura desgarbada y tono relajado de surfista, pero con la mirada atenta de alguien que oculta sus verdaderas intenciones. Tenía aspecto de jardinero pero, al parecer, daba clases en una escuela de negocios. Ethan y ella estaban interrogándole en el vestíbulo de la escuela universitaria donde trabajaba. Decía que su siguiente clase empezaba en veinte minutos.

Estaban sentados frente a Logan, en unos sillones bajos de vinilo con una pequeña mesa redonda entre ellos. Un tablón tras la cabeza de Logan anunciaba unos cursos nocturnos: «¿Quieres crear tu propio mobiliario textil? ¿Quieres escribir tu autobiografía? ¿Quieres dominar el arte de la conversación? ¿Quieres casarte?». ¿De verdad había gente que hacía un curso para casarse? Tenía que acordarse de contárselo a Nico. O mejor no. Quizá quisiera asistir al curso. Tenía aleatorios estallidos de entusiasmo por actividades de lo más estrambóticas.

—Yo describiría su matrimonio como normal —respondió Logan—. Bueno. —Movió el hombro derecho hacia delante y, después, hacia atrás—. Llevan casados casi cincuenta años.

—¿Problemas con el hombro? —Christina fingió interés. Lo que le interesaba era averiguar qué le había sucedido a la madre de ese hombre.

—No pasa nada. —Dejó quieto el hombro e irguió más la espalda.

—Así que llevan casados casi cincuenta años. Eso es mucho tiempo.

—Lo es.

—Evidentemente, todos los matrimonios tienen sus altibajos, sus conflictos —dijo ella, y esperó.

Un segundo.

Otro.

Él levantó una ceja. Aún sin hablar. Se parecía mucho a su padre.

No se apresuraba a romper los silencios.

—¿Usted está casado, Logan?

Se miró la mano izquierda como si lo verificara.

—No. No estoy casado. Nunca lo he estado.

—¿Tiene una relación?

Sonrió con pocas ganas.

—Es complicado de decir.

—¿Considera que sus padres tienen una relación complicada?

—No —respondió—. Tienen una relación magnífica. Son campeones de dobles. Hay que tener buena comunicación para jugar bien a dobles.

—¿Y fuera de la pista?

—Han dirigido juntos un exitoso negocio durante treinta años.

—Entonces, ¿su matrimonio no ha sido...? —Bajó la mirada para consultar sus notas—. ¿Inestable en algún momento?

—Todo matrimonio es inestable en algún momento. —Se asomó como si tratara de ver lo que ella había escrito—. ¿Es que alguien le ha dicho eso?

—Creo que su hermana le dijo a la policía que las cosas habían estado... ¿Cuál fue la palabra que utilizó? Un poco «tumultuosas» últimamente.

—¿Qué hermana? —Levantó la mano para impedir que respondiera —. Sé qué hermana. —Pareció tomar una decisión repentina—. Oiga, ¿puedo preguntarle una cosa? ¿Creen que mi padre es sospechoso?

«Por supuesto que sí, amigo. Ya lo sabes».

Suponía que Logan había visto los arañazos en la cara de su padre. Stan Delaney dijo que se debían a que se había metido en un seto para recuperar una pelota de tenis. A Christina le parecían las típicas heridas de alguien que se defiende.

El registro del día anterior en casa de Joy y Stan Delaney no había dado ningún resultado de interés. La casa estaba limpia y ordenada. Especialmente limpia y ordenada. Ninguna señal que pudiera indicar remotamente una pelea, salvo por una cosa: una leve grieta que atravesaba el cristal de una fotografía enmarcada del pasillo. La foto era de un niño que sostenía en sus manos un trofeo de tenis.

«¿Qué ha pasado aquí?», había preguntado Christina a Stan Delaney, y él había contestado: «Ni idea».

Era mentira. Como también era mentira la historia de la búsqueda de la pelota de tenis en el seto. Se habían llevado el marco de la fotografía con la ligera esperanza de que pudiera contener sangre o pelo.

Stan Delaney había respondido a todas sus preguntas el día

anterior con pocos detalles. Dijo que sí, que él y su mujer habían discutido, pero se negó a contar el motivo de la discusión. Dijo que sí, que era extraño que ella no se hubiese llevado su cepillo de dientes ni nada de ropa, por lo que él sabía. Resultaba evidente que era un hombre listo. Sabía que no tenía por qué ser cortés y que no podía verse obligado a decir nada que no quisiera. Era bueno. Era increíblemente bueno. Pero Christina era mejor.

—Su madre ha desaparecido y me han dicho que eso no es propio de ella —le dijo a Logan—. Así que lo único que estamos haciendo en estos momentos es recopilar información.

—Mi padre está muy preocupado. No duerme ni come. No lo está llevando bien.

Christina golpeteó el bolígrafo contra el cuaderno.

—Si me permite decirlo, usted no parece tan preocupado por su madre, Logan.

Él enarcó las cejas. Esperó a que le hiciera otra pregunta.

—Pero fueron usted y su hermana quienes presentaron la denuncia de la desaparición.

De nuevo, esperó a otra pregunta.

—Como sabe, vamos a dar una rueda de prensa esta misma tarde. Estamos dedicando mucho tiempo y esfuerzo a la búsqueda de su madre.

Christina vio cómo recuperaba sus buenos modales.

—Gracias. Les estamos muy agradecidos. Nos preocupa que haya podido tener un accidente. O que haya podido sufrir algún tipo de... episodio o algo.

—¿Episodio? —se apresuró la alguacil a preguntar—. ¿Se refiere a algún tipo de episodio relacionado con la salud mental?

—Supongo que sí. —Se removió en su asiento.

—¿Ha mostrado síntomas de depresión?

—La verdad es que no —contestó él. Hizo una mueca y, a continuación, continuó con cautela—: Quizá un poco.

—¿Puede contarme algo más sobre eso?

—No era la misma de siempre. —Miró más allá de la cabeza de Christina—. Quizá se sentía un poco... triste.

—¿Por qué?

—Bueno... —empezó a decir y ella vio que le daba vueltas a algo y, después, descartaba la respuesta verdadera—. No estoy seguro del todo.

—Envió un mensaje a cada uno de sus hijos diciendo que se iba, pero no le dejó ninguno a su padre. ¿No le pareció raro?

Él se encogió de hombros.

—Habían discutido. Ya lo sabe.

Desde luego que lo sabía.

—Mi padre no tiene teléfono móvil, así que es evidente que no podía enviarle ningún mensaje.

—Podría haberle llamado al teléfono fijo, podría haber dejado una nota, podría haber buscado algún otro modo de comunicarse con él, ¿no? —señaló Christina. «La respuesta más sencilla es, a menudo, la correcta».

—Entiendo lo que esto puede parecerle a cualquier extraño —dijo Logan—. Pero se equivoca.

Nadie quiere creer que sus padres son capaces de asesinarse el uno al otro, por mucho que hayan podido presenciar.

Christina insistió.

—El mensaje de su madre no decía: «Por favor, informad a vuestro padre de que me he ido».

—Su mensaje no tenía ningún sentido —le recordó Logan.

Christina no dijo nada. Esperó. A veces, su trabajo solo consistía en esperar.

Logan golpeó un nudillo cerrado contra el borde de su asiento, como si llamara impaciente a una puerta cerrada.

—No pensará de verdad que mi padre, con setenta años, ha asesinado a mi madre, se ha deshecho del cadáver y nos ha enviado un mensaje incoherente desde el teléfono de ella para despistarnos. Dios mío. Es rocambolesco. Es que... no es posible.

—Según nuestros registros, su padre no ha intentado llamar al móvil de su madre ni una sola vez —dijo Christina.

En su primer caso de asesinato estuvo implicado un hombre que hizo llamadas de verdadera desesperación a más de veinte amigos y familiares, pero ni una sola a su esposa que supuestamente había desaparecido. ¿Por qué iba a llamarla? Sabía que no iba a responderle.

—Eso tendrá que preguntárselo a él —respondió Logan.

—¿Y dónde cree usted que se encuentra su madre, Logan? ¿Qué cree que está pasando aquí?

Logan continuó con su anterior línea de pensamiento, como si él mismo tratara también de averiguarlo.

—Entonces, ¿envía el mensaje falso y, después, esconde el teléfono debajo de su cama? ¿No había un sitio mejor? ¿No lo habría destruido? Si es capaz de asesinar a alguien, ¿no cree que será lo suficientemente inteligente como para destruir un teléfono?

—Quizá no podía pensar con claridad —contestó Christina.

—Yo no sé dónde está. Y se equivoca, sí que estoy preocupado, porque tiene razón en una cosa, en que es extraño y no es propio de

ella. —Logan se removió en su asiento y saludó distraído con la mano a alguien que salía de una clase—. Pero, al mismo tiempo, pienso que quizá ella necesitaba marcharse una temporada, o quizá quería demostrar algo.

—¿Por qué iba a necesitar su madre hacer algo así?

Él levantó las manos en el aire.

—¿Qué es lo que querría demostrar?

Él negó con la cabeza. Se quedó mirando un punto de la pared y soltó el aire de su boca como si se tratara de una larga y fina bocanada de humo de cigarro.

Christina dejó que apareciera en su voz un leve tono de agresividad. Tanto ofuscamiento empezaba a irritarla.

—Eso no tiene sentido. Dice que sus padres tenían una relación perfecta y ahora dice que quizá su madre haya desaparecido para demostrar algo.

—Yo no he dicho nunca que fuera una relación perfecta. Había problemas. Como en todas las relaciones. Como usted ha dicho.

—¿Puede ser más específico con respecto a esos problemas, por favor?

—La verdad es que no —respondió él con un suspiro—. ¿Hasta qué punto podría usted analizar el matrimonio de sus padres?

—Mis padres están divorciados —contestó Christina de forma tajante.

Podía ser muy específica en cuanto a los problemas. Se divorciaron por un plato. Después de que se jubilara, su padre tomó la costumbre de prepararse un bocadillo de hummus y tomate todos los días a las once de la mañana. La madre de Christina le sugería que enjuagara el plato y lo dejara en el lavavajillas. Él se negaba. De alguna forma, aquello iba en contra de sus principios. Continuaron así durante años hasta que, un día, la madre de Christina cogió el plato del fregadero, lo lanzó contra la cabeza de su padre como si fuese un disco volador y dijo: «Quiero el divorcio». Su padre estaba perplejo y herido. (No físicamente herido. Lo había esquivado). Al final, llegó a la conclusión de que la madre de Christina estaba «trastornada» y en menos de un año se volvió a casar. Mientras que la madre de Christina se aficionó al bikram yoga y a *El cuento de la criada*. «Con su mirada», decía con voz enigmática cada vez que Christina la llamaba para hablar de los preparativos de su boda. Decía que le alegraba mucho que la segunda esposa del padre de Christina asistiera a la boda, siempre y cuando «nunca estuviese en su campo de visión».

—¿Y las tareas del hogar? —le preguntó a Logan—. ¿Algún problema en ese aspecto?

—¿Las tareas del hogar? —Logan pestañeó igual que solían hacer los hombres cuando las mujeres mencionaban frívolos problemas domésticos en un contexto serio. «No era más que un plato», le decía siempre su padre a Christina. Nunca entendió lo que aquel plato representaba. Falta de respeto. Falta de consideración. Desprecio.

»Mi madre se encargaba de las tareas domésticas —dijo Logan—. Eso nunca supuso ningún problema entre ellos. Eran un matrimonio tradicional en ese aspecto. Ella es... de esa generación.

—Pero ¿no ayudaba ella a dirigir también la escuela de tenis?

Logan pareció impacientarse.

—No estoy diciendo que fuese justo.

Ella esperó.

—Lo que le estoy diciendo es que ni una sola vez los vi discutir por las tareas domésticas —insistió él. ¿Había un cierto deje de desprecio al pronunciar las palabras «tareas domésticas»? ¿Había mirado brevemente a Ethan en busca de apoyo masculino? «¿Te puedes creer lo que dice esta?». ¿O es que ella misma estaba proyectando sus prejuicios inconscientemente? Christina tampoco había visto nunca a sus padres discutir por las tareas domésticas y, sin embargo, aquel plato en el fregadero acabó con su matrimonio. «Me ignora, Christina. Se lo pido amablemente y él me ignora». Nadie era demasiado viejo ni educado para un repentino ataque de rabia.

—Entonces, ¿por qué discutieron?

Él apartó la mirada.

—Mi padre no ha sido siempre un hombre fácil. Ahora es distinto.

«Y ahora es cuando nos acercamos a algo».

—¿Alguna vez fue violento con su madre?

—Dios mío. No. Nunca. —Volvió a mirarla, aparentemente horrorizado—. Se está haciendo una idea equivocada.

Pero ella vio un atisbo de algo: una duda, un pensamiento, un recuerdo. Desapareció antes de que pudiera saber qué era.

—¿Nunca? —insistió.

—Nunca —respondió él—. Lamento si le he dado esa idea, porque no es así. Mi padre podía ser... temperamental. A eso me refería. Se cerraba en sí mismo cuando se enfadaba. Como muchos hombres de su edad. Pero adoraba a mi madre. —Murmuró algo inaudible.

—Perdón, no le he oído.

Él sonrió, incómodo.

—He dicho que «adora» a mi madre. Sigue adorando a mi madre.

En un momento, él también iba a encerrarse en sí mismo.

Christina cambió el rumbo del interrogatorio.

—¿Qué me puede contar de esa mujer que estuvo viviendo una

temporada con sus padres? Fue el año pasado, ¿no? Sus dos hermanas la han mencionado.

—Savannah —dijo él con tono enérgico—. Sí, bueno, hablando de relaciones complicadas. Eso sí que se puso complicado durante un tiempo.

—¿En qué sentido?

—En todos.

13

El septiembre pasado

Así que va a ser hasta que encuentre un sitio donde vivir —le dijo Joy a Brooke, con el teléfono inalámbrico sujeto entre la oreja y el hombro mientras limpiaba el polvo de la sala de estar con un paño verde de microfibra que había comprado en una de esas insoportables reuniones en las que había tenido que padecer varias «muestras de productos» por parte de una mujer a cuyos tres hijos habían estado entrenando Joy y Stan durante muchos años sin conseguir ningún avance, por lo que Joy se sintió obligada a comprar tres paños, uno por cada hijo.

Joy tenía como norma que, siempre que alguno de sus hijos llamara, ella limpiaba el polvo (aunque fuese Logan, cuyas llamadas duraban una media de treinta segundos).

Estaba de buen humor. La noche anterior, Stan y ella habían tenido sexo. Un sexo sorprendentemente increíble. Si todavía pudiese quedarse embarazada, la noche anterior se habría quedado. (Siempre decía que Stan solo tenía que mirarla para dejarla embarazada, lo que había provocado un muy bochornoso malentendido con Brooke cuando tenía seis años y un día acusó al pobrecito de Philip Ngu de tratar de dejarla embarazada en el recreo).

Había sido la primera vez en varios meses. Lo cierto era que Joy incluso había dudado si lo volverían a hacer más y ni siquiera le había molestado que así fuera, cosa que en sí ya resultaba molesta. Sospechaba que, en cierto modo, había tenido que ver con Savannah. Quizá fuese sencillamente por el hecho de que ahora volvían a cerrar la puerta del dormitorio, lo cual era antes la señal de que habría sexo, ¿o quizá la libido de Stan contaba ahora con la ayuda de la visión de una chica joven y guapa revoloteando por la casa?

Sinceramente, a Joy no le importaba si era así. En ciertas ocasiones había buscado excusas para pasearse por su propio jardín delantero mientras Jacob, el hijo de Caro, arreglaba el jardín con la camisa quitada. Conocía a ese chico desde que era niño, pero había crecido y ahora se parecía a un joven Robert Redford y Joy aún no estaba muerta.

Realmente había sido un sexo muy bueno para la edad que tenían, pensó Joy. Tuvo que contener las ganas de contarle a Brooke lo bien que se habían portado sus padres en el dormitorio la noche anterior, como si hubiesen ganado un partido especialmente difícil.

—¿Por qué te estás riendo, mamá? —le preguntó Brooke.

—No me río —respondió Joy—. Estoy limpiando el polvo. Me hace cosquillas en la nariz.

Brooke le había dejado dos mensajes de voz ese día. Se había enterado primero de lo de Savannah por su hermana y, después, Logan la había llamado en el momento en que salía de la casa esa mañana, así que ahora Joy se encontraba en un buen lío. Sabía que no llamar antes a Brooke había sido un error de cálculo. Brooke esperaba ser la primera en enterarse de cualquier cambio significativo en la familia. La verdad era que Joy había pospuesto la llamada porque sabía que Brooke reaccionaría con incredulidad, desaprobación y preocupación a la noticia de que había una huésped, y veía que no se había equivocado.

—Logan me ha dicho que Troy y él van a ayudar a esa chica a retirar sus cosas de su apartamento mañana. —Brooke hablaba por el manos libres mientras conducía desde el trabajo. Era de lo más molesto. Su voz no dejaba de cortarse.

—Sí. Logan ha insistido —respondió Joy—. No quería que tu padre fuese solo. Troy y él van a llevar a Savannah a su apartamento mañana para recoger sus cosas. Después, ya no tendrá nada más que ver con ese hombre malvado.

Pasó a la sala de estar con el paño en alto y empezó con la colección de pelotas de tenis. Stan tenía cuarenta y tres pelotas de tenis firmadas dentro de unas cajitas de cristal y era increíble la capa de polvo que se acumulaba sobre esos cristales en tan poco espacio de tiempo. Cuando él muriera, las pelotas firmadas serían lo primero que desaparecería. Algunas probablemente eran falsas. Joy había leído en algún sitio una vez que los fraudes con recuerdos deportivos estaban en auge.

—¿Y si aparece el novio? —preguntó Brooke.

—Serán dos contra uno —contestó Joy—. Tus hermanos se podrán encargar de ello.

—¿Y si tiene..., no sé, un cuchillo?

Joy hizo una pausa. ¡Claro que no iba a tener un cuchillo!

—¿Deberían llevar cuchillos también ellos?

—¡Dios mío, mamá! —estalló Brooke. Su exagerada reacción calmó a Joy. No iba a enviar a sus hijos a un campo de batalla. Savannah se mostraba bastante segura de que el novio no iba a estar y, en caso

contrario, Troy y Logan eran hombres muy grandes, fuertes e intimidantes. Todo el mundo lo decía. No les iba a pasar nada. No iba a permitir que llevaran cuchillos. Sinceramente, una parte de ella seguía sin fiarse de que sus hijos portaran cuchillos, como si todavía fuesen niños pequeños que podrían cortarse o hacerse daño el uno al otro. Sabía que ahora mismo había una importante contradicción en su forma de pensar.

—No va a estar —insistió Joy—. Es diseñador gráfico, al parecer. Como Indira. A lo mejor Indira lo conoce. Imagino que no es muy probable. Indira me ha regalado un imán para la nevera precioso, ¿te lo he contado?

No dejaba de decirle a todo el mundo lo mucho que le gustaba el imán para ocultar el hecho de que no soportaba mirarlo, porque se había quedado abatida cuando lo abrió. Había tenido el estúpido convencimiento de que era la foto de una ecografía y que Indira estaría escondida por el jardín observando su reacción. Qué vergüenza.

—No, mamá. No me habías dicho que Indira te había regalado un precioso imán para la nevera —respondió Brooke. Joy reconoció el tono. Ella misma le hablaba también a su madre con la misma paciencia.

—En fin, que a los chicos no les va a pasar nada —concluyó Joy.

—No me puedo creer que tengamos que vernos mezclados con este tipo de gente —añadió Brooke con preocupación.

—¿Con este tipo de gente? —repitió Joy—. A qué te refieres con lo de «este tipo de gente»?

Brooke jamás había sido una estirada. Joy no había educado así a sus hijos. A Troy le gustaba alardear como un pavo real, sacudiendo su resplandeciente tarjeta de crédito negra sobre la mesa de los restaurantes. «Yo pago», decía, pero era divertido cuando lo hacía.

—Ya sabes a qué me refiero, mamá —dijo Brooke.

—No. No sé a qué te refieres. Tú no te has criado en Downton Abbey, cariño.

—No tiene nada que ver con el dinero o la clase. A lo que me refiero es a la gente que manifiesta indicios de..., no sé, una especie de... ¿Cómo decirlo? ¿Factor delictivo?

—¡Nosotros manifestamos indicios de bastantes factores delictivos en nuestra familia! Tu propio hermano era narcotraficante.

—Troy solo vendía hierba a niños de colegios privados. Haces que parezca un capo de la droga. Él solo..., ya sabes..., vio un nicho de mercado.

—Te puedo asegurar que Savannah es una buena chica que se

encuentra en una situación difícil —dijo Joy secamente.

—Estoy segura de que es una buena chica y es espantoso lo que le ha pasado, pero sigue siendo una desconocida y no es responsabilidad tuya. ¡Ya tenéis bastantes preocupaciones! —Ahí estaba ese nuevo tono condescendiente que había empezado a aparecer en la voz de Brooke desde que Stan se había operado de la rodilla, como si estuviese abrumada por la pesada responsabilidad de tener que cuidar de sus ancianos padres. Resultaba dulce, pero también un poco molesto.

—¿De qué estás hablando? Nosotros no tenemos preocupaciones. Ni una sola. No nos pasa nada, cariño.

Joy no había sido del todo consciente de lo aburridos que habían estado Stan y ella hasta que Savannah apareció en su puerta. Savannah les dio a los dos algo interesante y nuevo de lo que hablar y era muy dulce, agradecida y guapa.

—Y Savannah ya no es ninguna desconocida. —Joy miraba la irregular firma a bolígrafo de Agassi en la pelota mientras la limpiaba —. Todo el mundo empieza siendo un desconocido al principio. Tu padre lo era cuando lo conocí. Tú eras una pequeña desconocida la primera vez que te vi. —Rememoró la carita roja y disgustada de Brooke cuando el médico la levantó en el aire como si se tratase de un animal que hubiese rescatado de una trampa. Era increíble pensar que aquel bebé indefenso y rabioso era ahora esa joven testaruda.

—Tú no dejaste que papá se mudara a tu casa nada más conocerle —dijo Brooke.

—¡No, pero a ti sí! —replicó Joy pensando que había sido ingeniosa, pero la risa de Brooke sonó falsa.

—En fin, no es que ella se haya «mudado» aquí —la tranquilizó Joy. Cogió la pelota de Navratilova—. Esto es temporal. Evidentemente. —Hablaba con el tono enérgico y profesional que utilizaba con los contables—. Será solo hasta que se reponga. No hay de que preocuparse. Te va a gustar cuando la conozcas. ¡A Logan le ha gustado! Estoy segura. ¿Sabes qué está haciendo ahora?

—¿Registrando tu joyero? —contestó Brooke—. ¿Robándoos la identidad?

A veces, se parecía mucho a su padre.

—Yo no tengo joyas que merezca la pena robar —dijo Joy—. Que coja las que quiera. No. Está preparando la cena. Pasta. —De la cocina llegaba el olor a ajo y cebolla—. ¡Es la tercera vez que cocina! ¡Siempre insiste en hacerlo! ¡Dice que le encanta cocinar! ¿Sabes lo maravilloso que es que otra persona cocine para ti? Bueno, sí que lo sabes porque Grant cocina.

Hubo un momento de silencio y, a continuación, Brooke habló con voz llorosa.

—¡Yo te he hecho la cena, mamá!

—Claro que sí —la calmó Joy—. Muchas veces. —Brooke era una cocinera de lo más capaz, como Joy, pero, también como Joy, no parecía sentir ningún placer con la cocina, dejando caer los platos con gesto serio y un exagerado suspiro.

En la familia de Joy habían sido, y seguían siendo, muy comilones. Dar de comer a su familia había sido una tarea ardua e interminable y, ahora que estaban solos Joy y Stan, tenía que obligarse a meterse en la cocina cada noche mientras pensaba: «¿Otra vez?». Pero Savannah, por el contrario, cocinaba como si se tratara de un pasatiempo agradable, no una costosa tarea, y lo hacía mientras tarareaba y limpiaba a la vez.

Brooke no respondió y Joy oyó el tráfico de fondo, la rabiosa bocina de otro vehículo, y se imaginó a su hija tras el volante, con el ceño fruncido, preocupada por esa maldita clínica nueva que ojalá no hubiese tenido la osadía de abrir, preocupada por unos padres de los que aún no hacía falta preocuparse. «Llegará un día, cariño, en que nos volvamos delicados, enfermos y difíciles y sentirás un pellizco de cariño y pavor en el estómago cada vez que te llamemos, pero aún queda bastante tiempo, no te adelantes. Aún no hemos llegado a eso».

—La cuestión es que yo odio cocinar —dijo Joy. Las palabras salieron disparadas de su boca: cargadas de traición y malicia—. No tienes ni idea de lo mucho que lo odio, y es una tarea que nunca acaba, cocinando, una noche tras otra y tras otra. Cada día, a las cinco de la tarde, como un reloj, tu padre dice: «¿Qué hay para cenar?» Y yo aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

Se quedó callada, avergonzada.

—Dios, mamá —dijo Brooke. Parecía sorprendida—. Deberíamos contratar una de esas empresas de servicio de comidas si de verdad odias tanto cocinar. ¡No tenía ni idea de que te sentías así! Todos esos años. Deberías habernos obligado a ayudarte más cuando éramos pequeños. ¡Pero no nos dejabas entrar en la cocina! Me siento fatal...

—No, no, no —la interrumpió Joy. Se sentía ridícula. Era verdad que no dejaba que los niños la ayudaran en la cocina. Eran demasiado desordenados y ruidosos y ella no tenía tiempo ni paciencia para ser ese tipo de madres que sonríen cariñosas cuando un niño con la cara llena de harina deja caer los huevos al suelo.

(Sí que sería ese tipo de abuela. Los nietos serían su segunda oportunidad de hacer las cosas bien. Ahora que tenía tiempo y huevos de sobra, estaría pendiente de sus nietos. A veces, al mirar las fotos de

sus hijos cuando eran pequeños, pensaba: «¿Me daba cuenta de lo preciosos que eran? ¿Estaba presente de verdad? ¿No he hecho más que rozar la superficie de toda mi maldita vida?).

—Soy una tonta. La verdad es que no odio cocinar. Pero me gusta que sea otro quien me sirva la comida. ¡Como si fuese la señora de una mansión! Y no supone ningún problema ahora que estamos tu padre y yo solos. ¡Es fácil! Y bueno..., ¿qué tal estás tú? ¿Qué tal tu fin de semana?

—Ha estado bien —contestó Brooke—. Tranquilo.

Un instinto repentino, algo en la voz tensa de Brooke y el recuerdo de que había dicho que quizá se pasaría a verlos el fin de semana pero que no lo hizo, y el hecho de que Joy había estado tan ocupada con Savannah que no se había acordado hasta ahora, hizo que Joy preguntara:

—¿Has tenido migrañas el fin de semana, Brooke?

—¿Y qué más ha estado haciendo Savannah todo el día? —preguntó Brooke al mismo tiempo—. Aparte de cocinar.

—Ha estado descansando —respondió Joy—. Lo necesitaba. Creo que ha pasado una temporada bastante estresante.

Durante los dos primeros días, Savannah había pasado durmiendo muchas horas, como si se estuviese recuperando de una grave enfermedad, y Joy y Stan habían estado moviéndose por la casa de puntillas, mirándose perplejos y encogiéndose de hombros. Al principio, Savannah no decía nada y se limitaba a comerse agradecida toda la comida que le ponían delante. Resultaba gratificante ver que sus mejillas recuperaban el color. A medida que fueron pasando los días se volvió más habladora y parecía mostrar mucho interés por las vidas de Joy y Stan y disfrutar de verdad mientras les oía contar sus historias y miraba las fotos de la familia. Les hizo todo tipo de preguntas sobre la escuela de tenis: ¿cómo la habían puesto en marcha? ¿Era ahora igual que al principio? ¿Les había costado mucho encontrar alumnos? ¿Seguían jugando? ¿Ninguno de sus hijos quería encargarse del negocio? Fue Stan el que respondió a todas las preguntas, el que parecía querer responderlas. Siempre era el primero en hablar. (¡No era propio de él!). Como si necesitara hacer aquello, como si el interés de la chica estuviese satisfaciendo algún tipo de necesidad terapéutica. ¿Quizá un sentimiento de conclusión? Savannah asentía mientras él hablaba y no se mostraba impaciente si Stan se pasaba diez minutos tratando de recordar si un torneo en particular había sucedido en 1981 o 1982.

—¿Y qué piensa papá de todo esto? —preguntó Brooke. Sin esperar una respuesta, añadió con repentino recelo—: ¿La ha llevado ya a la

pista? ¿Sabe jugar?

Era tan transparente. Siempre había sido la niña de papá. Era la aprobación de Stan lo que ansiaba con desesperación, como si siempre se la hubiera denegado, cuando en realidad había contado en todo momento con ella, desde el mismo instante en que la sostuvo en brazos por primera vez. Brooke era la preferida de Stan. Todos lo sabían, salvo Brooke.

—Savannah no juega —respondió Joy—. Dice que no es nada deportista. Pero a tu padre le gusta. —En realidad, resultaba sorprendente lo bien que Stan y Savannah se llevaban—. Tu padre y ella se han enganchado a una serie de televisión que les gusta a los dos. Hablan de los personajes como si fuesen personas reales.

—¿Qué serie? —preguntó Brooke con urgencia, como si eso importara.

—Ay, cielos, no sabría decirte —contestó Joy. Nunca había sido muy fan de la televisión y cuanto mayor se hacía menos paciencia tenía con ella. La parte baja de la espalda le daba problemas si estaba demasiado tiempo quieta, mientras que Stan había ido en la otra dirección y pasaba horas sentado en aquel sillón viendo basura.

—Vale —dijo Brooke.

—¿Cómo está Grant? —preguntó Joy—. ¿Y qué tal el trabajo? El otro día le di tu tarjeta a alguien. ¿A quién fue? Alguien que me contó que tenía dolor de espalda y yo le dije: «Pues debes ir a ver a mi hija» y él contestó...

—Amy ha comentado algo de que papá le va a comprar un coche. —La voz de Brooke sonaba cortante.

—¿A quién? ¿A Savannah? No le va a comprar un coche, solo hemos hablado de que necesitamos que se haga con uno en algún momento. Y tu padre le preguntó si le parecería bien un Golf nuevo, así que han ido a probarlo. Ya sabes que a tu padre le encanta probar coches, aunque no tenga intención de comprar ninguno.

—¿Y cómo va a permitirse comprar un coche? ¿Tiene trabajo?

—Creo que ya te he dicho que ella y su novio se acababan de mudar aquí desde Queensland —respondió Joy.

—¿Y por qué no vuelve a...?

—¡Joooy! ¡A cenar!

—Tengo que irme. Es Savannah avisándome de que la cena está lista. —Fue hacia la cocina con el teléfono en la oreja.

—¿Cómo ha reaccionado papá a la noticia del regreso de Harry? —preguntó Brooke.

—Ah, bueno, Savannah ha sido una buena distracción —contestó Joy bajando la voz, consciente de que Stan ya estaba en la cocina

preparando la bebida. Podía ver a Savannah atravesando la puerta con tres platos manteniendo el equilibrio sobre sus antebrazos, como si fuese una camarera. El corte de pelo le quedaba precioso.

—Será interesante ver lo que dice sobre papá en su autobiografía —observó Brooke—. ¿Crees que papá la leerá? ¿O estará demasiado enfadado?

—¿Autobiografía? —Joy se detuvo. Se dio la vuelta para no mirar hacia la cocina.

—Se supone que está escribiéndola. O probablemente estará pagando a un negro para que se la escriba.

¿Alguna vez se liberarían de ese chico?

—No lo sabía.

Debería haberlo previsto. Todas las grandes figuras del tenis terminaban escribiendo su historia. A todo el mundo le encantaba una historia de éxito. Su profesora de «Así que quieres escribir tus memorias» había dicho que los de «de mendigo a millonario» y de «superación de las adversidades» eran los argumentos centrales más populares en las memorias.

Había algo de humillante en el hecho de que Joy estuviese asistiendo al estúpido curso de escritura de memorias de Caro mientras que Harry, un niño cuyas ensangrentadas y delgaduchas rodillas había curado ella en una ocasión, escribía una autobiografía de verdad que la gente sí querría leer. Hacía que toda la vida de Joy pareciese absurda. La vida de una señora.

—¿La vas a leer? —preguntó Brooke.

—No sé —contestó Joy, despacio—. Es probable. —Oía el timbre grave de Stan hablando con Savannah en la cocina.

Se acercó al sofá, se sentó y cogió un cojín. Acarició su suave borde de borlas mientras observaba su reacción ante aquella revelación. El corazón se le había acelerado, pero no se le había desbocado. En realidad no había nada de lo que preocuparse. Al fin y al cabo, Stan y ella solo representaban un capítulo en la gloriosa carrera de Harry. Se limitaría a contar una versión más detallada de la ya machacada historia de la rifa: que Elias, el padre de Harry, había ganado una clase privada en la Escuela Delaney, que se la regaló a su hijo, la primera vez que ese niño cogía una raqueta en su vida, blablablá.

No revelaría nada más. Harry no sabía nada. Era un niño, con la mirada fija en su futuro. Sus lectores querían saber qué se sentía al ganar en Wimbledon. Querían conocer los secretos de Harry. No los de su padre. Ni los de Joy.

Vio el atractivo rostro de Elias: aquel guiño sensual y lento. Hacía que la sangre se le helara. Le veía en un torneo interestatal y pensaba:

«No te atrevas a guiñarme el ojo otra vez, Elias». Pero, por supuesto, él se lo guiñaba por encima de las cabezas de sus hijos, ajenos a lo que pasaba. Como si solo se tratara de una broma. Muy bien. Pues se negaba a preocuparse. Lo sacaría de su mente. Todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo.

«No es necesario dar tantas vueltas a las cosas», solía decir su madre. Últimamente, todo el mundo le daba demasiadas vueltas a todo.

—Te dejo ya, cariño —le dijo a Brooke con tono enérgico—. Sé que estás ocupada. —Podía oler la cena que la esperaba. Volvió a colocar el cojín en el extremo del sofá—. Te veremos el domingo, por el día del Padre. Podrás conocer a Savannah entonces.

—¿Seguirá todavía ahí? —Había cierta angustia real en la voz de Brooke—. ¿El día del Padre?

Joy bajó la voz y agachó la cabeza de nuevo sobre el teléfono.

—Cariño —dijo. En la familia de Joy había una creencia que a Brooke le gustaba perpetuar, y era la de que, aunque Brooke fuera la menor y la que sufría un problema de salud debilitante, era la más resistente de los hijos de los Delaney, la menos sensible, la que tenía bien organizadas su vida personal y profesional, y que Amy, la mayor, la que debería haber sido por tanto la más responsable, era la excéntrica y frágil que siempre se sentía herida. Pero Joy sabía que no era del todo así.

Sabía exactamente qué había detrás de las fachadas que sus hijos mostraban al mundo. Sí, Amy tenía sus problemas de salud mental, pero en el fondo era dura como una piedra; Logan fingía que no le importaba nada, pero le importaba todo; Troy se mostraba tan superior porque se sentía muy inferior; y a Brooke le gustaba presentarse como la más adulta de todos pero, a veces, Joy tenía la fugaz impresión de que en su rostro aparecía la expresión de una niña asustada. Era en esas ocasiones cuando Joy deseaba abrazar a su hija de más de un metro ochenta de altura y decirle: «Mi pequeña».

—Savannah no va a encontrar un sitio donde vivir antes del fin de semana —le dijo a Brooke.

—No. Claro que no. —La voz de Brooke sonaba desganada y distante—. No pasa nada, mamá. En realidad, esto que haces es un gesto bondadoso y me alegra que estés teniendo un descanso de la cocina. Nos vemos el domingo. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Joy, pero Brooke ya había colgado.

Joy entró en la cocina, donde Stan ya había servido tres copas de vino en fila sobre la isla: blanco para Savannah, tinto para Stan y

blanco con soda para Joy.

Savannah colocó una gran ensalada en el centro de la mesa y los cucharones grandes y buenos de plata. Alguien le había regalado a Joy esos cucharones de servir años atrás y ella jamás los había usado, como si ninguna ocasión hubiese sido nunca lo suficientemente buena, ni siquiera en Navidad. Pero Savannah utilizaba automáticamente todas las cosas más bonitas de la cocina de Joy a diario: los manteles individuales buenos, las copas buenas, los cubiertos buenos, y, por tanto, cada cena parecía festiva y encantadora. Tenía mano para colocar la mesa. La madre de Joy también la había tenido, pero Joy no la había heredado. Esa noche, Savannah había cogido incluso una ramita de flores de cerezo y la había colocado en un jarrón diminuto que había encontrado al fondo de un armario.

—¿Música? —Joy levantó en el aire su teléfono, con la cabeza ladeada. Hacer esa pregunta le hacía sentir como si tuviera treinta y tantos años y viviera en una casa compartida como Amy. (Jamás en su vida había vivido en una casa compartida). Logan la había ayudado a instalarse Spotify hacía mucho tiempo, pero, al igual que los cucharones de la ensalada, Joy no había encontrado la ocasión oportuna para usarlo hasta que llegó Savannah.

—Sí, por favor. —Savannah se movió con destreza por detrás de ella para coger los molinillos de sal y pimienta del aparador.

—Esta pasta tiene un aspecto delicioso, Savannah —dijo Stan. Él jamás había dicho «Esto tiene un aspecto delicioso, Joy», sobre algo que ella hubiese preparado, aunque en ocasiones podía resoplar un «Buena pinta» mientras cogía el tenedor. La formalidad de Stan era como la vajilla y la cubertería buenas. Añadía un toque agradable a la velada.

Guiñó un ojo a Joy, un simple guiño cariñoso y marital sin mayor trasfondo, y ella pensó en las manos de él sobre ella la noche anterior, su voz baja en su oído, y, mientras las primeras notas de *Sweet Caroline* de Neil Diamond invadían la cocina, Joy dejó que cualquier pensamiento sobre la autobiografía de Harry y su preocupación por Brooke se desvanecieran a medida que una profunda sensación de alegría se extendía por todo su cuerpo, tan maravillosa como un paracetamol de efecto rápido.

14

Ahora

*H*a matado usted a su mujer, señor Delaney?

—¿Eh? —El viejo y enorme hombre de hombros encorvados, con manchas rojas bajo los ojos, levantó su cabeza calva, aparentemente desconcertado ante la pregunta—. ¿A qué viene eso?

El periodista con cara de niño vestido con elegante traje y corbata le acercó un grueso micrófono a la boca.

—¿Ha tenido algo que ver en la desaparición de su mujer, señor Delaney?

El anciano estaba en el jardín delantero de su casa de barrio residencial de las afueras, hombro con hombro con sus cuatro hijos, rodeado de un semicírculo de periodistas y operadores de cámara. Todos los periodistas eran jóvenes, vestían con ropa informal pero elegante de tonos llamativos, sin estampados, con colores lisos, hombros fuertes, rostros lampiños y teñidos con maquillaje. Los operadores de cámara eran mayores, todos hombres, con rostros comunes e impasibles y ropa para ir el fin de semana a comprar a la ferretería: vaqueros y polos.

—¿Señor Delaney?

—Eso es una difamación. ¡Apártate, parásito! —Fue una de las hijas del viejo la que habló. Dio un manotazo al micrófono. Un rápido y suave revés. Al parecer, era tenista. Todos lo eran.

Uno de los hermanos dio un paso al frente, con un brazo protector delante del rostro de su padre.

Pero los otros dos hermanos ni dijeron ni hicieron nada. Más bien, parecían alejarse de su padre dando diminutos pasos y eso se vio en internet.

Estaba decidido. «Dos de sus hijos creían que él lo había hecho».

15

Aumenta la preocupación por la mujer de Sídney a la que no se ha visto desde hace diez días. La policía ha hecho hoy un llamamiento solicitando información sobre el paradero de la profesora de tenis jubilada Joy Delaney.

Han sido los hijos de la mujer, de sesenta y nueve años, quienes han denunciado su desaparición y la policía ha sido incapaz de localizarla. Varios miembros de la familia afirman que recibieron un mensaje en sus móviles el día de San Valentín que califican como «impropio de ella». Se cree que pudo marcharse en una bicicleta verde con una cesta de mimbre blanca.

En la búsqueda por los campos de matorrales y los carriles para bicicletas de la zona han participado más de cien voluntarios de la comunidad local y no han encontrado rastro alguno de ella. La policía solicita la comparecencia de cualquier persona en el área que cuente con un sistema de videovigilancia o cámara en su vehículo.

Han incautado un Volvo plateado como parte de la investigación que será examinado por la policía científica en los próximos días.

Los investigadores quieren hablar con una antigua huésped de la familia, Savannah Pagonis, que puede aportar información importante. La policía ha hecho hincapié en que no considera a la señorita Pagonis sospechosa ni implicada en la desaparición. «Cualquier información, por pequeña o aparentemente insignificante que parezca, podría resultar fundamental en este momento», ha declarado la alguacil superior Christina Khoury.

El marido de la desaparecida, Stanley Delaney, está ayudando a la policía en su investigación.

—Ayudando a la policía en su investigación —murmuró Teresa Geer mientras recortaba con cuidado el artículo del diario con sus grandes tijeras de cocina, como era su costumbre, a pesar de que sus hijos se burlaban de ella. Resultaba extraño que hábitos rutinarios como recortar artículos de periódicos de repente se hubieran quedado anticuados.

No tenía claro si iba a enseñar este recorte a su hija cuando volviera a casa tras su cita. Era evidente que Claire ya estaría enterada de que la madre de su exmarido había desaparecido.

Para ella sería un asunto preocupante y confuso. No había nada peor que tener que sentir lástima por personas que te han hecho daño.

No deseas que a tus enemigos les toque la lotería, pero tampoco que les ocurra ninguna tragedia. En ese caso, te sacarán ventaja.

Malditos Delaney. Teresa le había tenido cariño a la familia Delaney, pero todo aquello había cambiado en un instante cinco años atrás. Jamás olvidaría el rostro compungido de su hija cuando le contó lo que Troy había hecho.

No solo le había roto el corazón, sino que Troy era el culpable absoluto de que Claire estuviese ahora casada con un americano. Un americano agradable, pero un americano que vivía en América.

Cuando Troy y Claire estaban casados llevaban una de esas vidas híbridas en las que continuamente estaban viajando entre Estados Unidos y Australia, como si Nueva York y Sídney estuviesen a apenas un viaje en autobús. Así fue como Claire se hizo amiga en Nueva York de una chica de Texas que se llamaba Sarah y que terminó invitándola a su boda un año después de que Troy y Claire se separaran, y fue allí donde Claire conoció al hermano divorciado de Sarah, Geoff, que no tenía nada de malo, a excepción de su domicilio. Austin era una ciudad muy divertida y agradable. ¡Pero también Sídney! Su nuevo yerno se limitó a sonreír cuando ella lo mencionó. No se mostró tan interesado en ella como lo había estado Troy. Troy casi había coqueteado con ella. Teresa había disfrutado de su coqueteo. Pero ahora le molestaba recordarlo. Los había engañado a todos. Geoff no era Troy. Odiaba volar. No quería tener una vida híbrida. Quería una vida en la que Claire fuera a ver a su familia australiana quizá una vez al año. Claire estaba ahora de vuelta en Sídney y se había instalado en la habitación de invitados, lo cual era maravilloso, pero, en cuanto volviese a subir a ese avión, era posible que Teresa no volviera a ver a su única hija hasta dentro de varios meses.

Así que gracias por nada, Troy Delaney.

Dirigió la punta de las tijeras hacia el titular del artículo del periódico: «aumenta la preocupación por la mujer desaparecida».

La maldita madre de Troy tenía que decidir desaparecer precisamente ahora.

Le habían gustado los padres de Troy. Eran una pareja normal y con los pies en la tierra, como Hans y ella. Se había imaginado a los cuatro siendo abuelos juntos. Ella se habría dado cuenta si hubiese habido alguna grieta en el matrimonio que pudiera conducir a... alguna catástrofe. Pero eso fue hace cinco años y quizá todos los matrimonios tengan grietas ocultas que pueden acabar convirtiéndose en un abismo.

Dejó las tijeras y arrugó el artículo que con tanto cuidado había recortado hasta formar una bola con él. No iba a decirle una palabra a

Claire sobre su antigua suegra a menos que ella lo mencionase antes y, después, le diría que sí, que era terrible, pero que debía esforzarse todo lo que pudiera por que no le afectara. Los Delaney ya no tenían nada que ver con ellos.

Ojalá fuese verdad.

Maldito ese Troy Delaney.

16

El septiembre pasado

Troy Delaney veía deslizarse las calles de su infancia desde el asiento del pasajero del coche de Logan: jardines frondosos, setos con los bordes recortados, muros de ladrillo cubiertos de hiedra. Un cartero en una motocicleta metía una carta en un adornado buzón verde, una urraca bajaba en picado y golpeaba con fuerza el casco de un ciclista, un paseador de perros corría tras tres perritos de diseño, una joven madre empujaba un cochecito de gemelos. No había nada de malo en todo ello. No había nada de lo que quejarse (salvo lo de la urraca; odiaba a las urracas). Todo era de lo más agradable. Solo que ese permanente ambiente agradable le hacía sentir como si le estuviesen ahogando cariñosamente con un edredón.

Cerró los ojos y trató de recordar la cacofonía de ruidos de las calles de Nueva York, estrechas como desfiladeros, donde había estado veinticuatro horas antes, pero era como si los barrios residenciales de las afueras de Sídney anularan la existencia de Nueva York. Ahora no podía haber nada más que aquello: esa realidad mullida e insípida, su hermano mayor al volante, una diminuta y engreída sonrisa en su cara sin afeitar, porque Logan sabía que Troy no quería estar ahí.

—Me encanta el pañuelo, chaval —había dicho, como era de esperar, cuando vio a Troy, que se lo había puesto con la única intención de fastidiarle—. Te da un aspecto de lo más intimidante.

—Cachemir auténtico —había respondido Troy.

—Es todo un detalle por vuestra parte, chicos —dijo una voz de mujer desde el asiento de atrás.

—No hay problema. —Troy se giró y sonrió a la chica que estaba sentada tranquilamente detrás de ellos, en esa porquería de coche de su hermano.

Savannah. La estrafalaria y pequeña obra de caridad de sus padres. Iba sentada con la espalda erguida y el pelo recogido en una coleta de colegiala que mostraba unas orejas diminutas y ligeramente salidas, como las de un elfo. Su cara pálida estaba sin maquillar. Tenía ese tipo de cuerpo delgado y huesudo y el rostro curtido que expresaba adicción y vida en las calles. Mostraba un corte ya casi cicatrizado por

encima de un ojo con un moretón ligeramente púrpura, y Troy trató de sentir la compasión que evidentemente merecía, pero su corazón era duro y receloso como el de una exnovia.

Los padres de Troy no tenían ni idea de que el hecho de ser una persona maltratada no te convierte automáticamente en alguien bueno. Savannah podía ser una ladrona, una psicópata o una mera oportunista que había visto su casa grande y sus tiernos rostros inocentes de ancianos y había pensado: «Dinero».

Logan y él eran «el factor fuerza» en caso de que apareciera el novio. Troy miró disimuladamente a su hermano mayor, que no era asiduo del gimnasio pero que todavía lucía un aspecto irritantemente musculado, aunque se le había concentrado alrededor de la barriga. Se preguntó qué pesas levantaría Logan en el press de banca si alguna vez le convencieran de que trabajara el press de banca.

¿Qué harían si al final aparecía ese tipo? Cuando Troy atravesaba su fase de «joven furioso» habría aprovechado la oportunidad para darle un puñetazo a alguien en el costado, defender a una mujer maltratada, soltar toda esa rabiosa energía, pero ya no iba por ahí con los dientes tan apretados como sus puños en busca de alguien a quien culpar. Aquel estúpido crío furioso ya no existía. Ahora, la idea de verse implicado en un altercado físico le parecía grotesca.

Apretó el puño y se miró los nudillos. ¿Todavía sabía cómo dar un puñetazo a alguien? ¿Y si todo salía mal y terminaban denunciándole por agresión? Se imaginó a un policía de veinte años poniéndole las esposas y llevándoselo con la mano firme sobre su nuca. Perder el control de su vida sería insoportable.

Si le arrestaban ya no podría hacer sus viajes entre Sídney y Nueva York. Sabía lo afortunado que era por no tener antecedentes criminales que le causaran dificultades en las fronteras, que con tanta tranquilidad y regularidad atravesaba. Y fue gracias a su madre que le dejaran marchar con una amonestación cuando le pillaron con cannabis durante su «época empresarial». Ella había llegado como el ejército de caballería tras recibir la llamada de la novia de Troy en aquella época, y lanzó toda la ofensiva encantadora propia de Joy Delaney que consiguió desarmar al mayor de los dos agentes de la policía.

Troy acababa de hacer apenas diez minutos antes una provechosa venta al delegado de clase de un instituto «elitista», lo cual quería decir que llevaba mucho dinero encima, pero solo una pequeña cantidad de droga: lo suficientemente pequeña como para argumentar que era para consumo personal. Troy estaba seguro de que el agente más joven estaba deseando denunciarle, que él representaba algo que

ese tipo no podía soportar. «La suerte no va a durarte toda la vida, chaval», le había dicho a Troy con los ojos llenos de odio.

—No me hables. Ni me mires siquiera —le había dicho su madre, toda furiosa de camino a casa.

Su madre fue también la que casi como por arte de magia convenció al padre de Harry Haddad de que no llamara a la policía cuando Troy le dio un puñetazo en la cara por jugar sucio.

—Si llego a estar allí hubiese llamado a la policía yo mismo —había dicho el padre de Troy.

—Tu padre no habría hecho eso jamás —le había tranquilizado Joy en privado—. Solo está enfadado.

Pero su padre había pronunciado aquellas palabras y jamás las retiró.

Al parecer, Harry Haddad iba a publicar una autobiografía el próximo año. Troy se preguntaba si incluiría la historia de cuando el hijo de su primer entrenador saltó la red y casi le rompió la nariz por jugar sucio. Seguramente no. No encajaba en su fama de integridad. De todos modos, Troy no pensaba leer el libro de ese cabrón. Odiaba a Harry por haber dejado a su padre más incluso de lo que le odiaba por jugar sucio.

Troy se removió en su asiento y dio una patada a un viejo envoltorio de Subway que se le había enganchado a la punta del zapato en el suelo del coche de Logan y, sin ningún motivo, se sorprendió pensando en lo que había ocurrido en Nueva York, aunque no había dado permiso a su cerebro para que pensara en ello. De hecho, se había prohibido expresamente a sí mismo volver a pensar en ello durante las siguientes veinticuatro horas.

Su exmujer se había reunido con él para tomar una copa y le había planteado un dilema tan lacerante que creyó que le había provocado una úlcera de estómago instantánea. ¿La gente seguía sufriendo úlcera de estómago? Parecía que ya nadie hablaba de eso. La palabra «úlcera» parecía adecuada para la sensación que había experimentado en ese momento: como un quiste diminuto que hubiese estallado y le hubiese inundado el estómago de ácido corrosivo.

—No se trata de saldar cuentas —había dicho Claire con una sonrisa temblorosa después de haber dado un sorbo a su carísimo y recargado cóctel. Había llegado en avión desde Austin solo para hablar con él.

Logan se incorporó a la autovía y se detuvo en el semáforo. Un murciélago muerto colgaba de un cable del tendido eléctrico. Siempre que Troy salía de casa de sus padres se encontraba con ese semáforo en rojo y pensó: «Siempre me encuentro con este semáforo en rojo».

Miró hacia arriba y pensó: «¿No está siempre ahí ese murciélago muerto?». Estaba atrapado en un bucle permanente de pensamientos absurdos.

Más adelante, un autobús se había detenido para dejar bajar a un puñado de personas. Troy vio que una anciana se tambaleaba en dirección a la parada de autobús con gesto de desesperación y el brazo levantado. Le recordó a su abuela que ya hacía tiempo que había muerto, que bebía demasiado y que era muy mala con su madre, pero que él adoraba. Tenía una cicatriz de cuando su marido, el abuelo al que Troy nunca conoció, la empujó contra el otro extremo de la habitación. «Eché a ese cabrón de mi casa —les contó a sus nietos—. Le dije: "No quiero volver a verte la cara". Y nunca la volví a ver».

El último pasajero salió del autobús. La anciana aligeró el paso.

Troy extendió la mano por delante de Logan y apretó el puño contra el claxon para llamar la atención del conductor. Demasiado tarde. Las puertas se cerraron con un golpe. El autobús se puso en marcha. Joder.

Logan le miró de reojo.

—Montará en el siguiente.

Troy dio otra patada al envoltorio de Subway.

—¡Uf! Por Dios todopoderoso. Se me ha quedado pegado al zapato. Dios, ese falso queso amarillo me lo va a manchar.

—De todos modos, parece que vas a tener que comprarte unos nuevos —dijo Logan.

—¡Son unos mocasines de Armani nuevos de ante! —protestó Troy.

Logan sonrió con satisfacción.

Troy se agachó y cogió el envoltorio de Subway, hizo una bola con él y lo metió en el hueco lateral de la puerta del coche, que estaba lleno de monedas, unas gafas de sol de una gasolinera a las que les faltaba un cristal, y un CD sin tapa.

—¿Cuándo fue la última vez que limpiaste tu coche? ¿En los años noventa?

—Troy preferiría que no le vieran en mi coche. —Logan miró a Savannah por el espejo retrovisor. Un momento, ¿acababa él de guiñarle un ojo? No podía estar coqueteando porque tenía una relación duradera con Indira. Indira estaba muy por encima de Logan, en opinión de Troy. Era un misterio lo que esas mujeres veían en él.

El único talento que tenía Logan era el de saber reconocer a las buenas. A veces, Logan veía algo en una mujer que Troy no apreciaba de primeras. Antes de cumplir los veinte años, los dos estaban saliendo con dos chicas que se llamaban Tracey y Troy terminó encaprichándose en secreto y de manera bochornosa de la Tracey de

Logan. ¡Era la mejor de las Tracey! Lo peor era que Troy había conocido antes a la Tracey de Logan, así que podría haberse adelantado, pero no vio su atractivo hasta que Logan lo hizo.

—Tú tienes un buen coche, Troy —dijo Savannah—. ¿De qué tipo es?

Habían cogido el coche de Logan porque tenía un maletero más grande para meter las cosas de Savannah. Troy estaba encantado de no tener que aparcar su coche en la puerta del apartamento de Savannah, que suponía que estaría en alguna zona cutre de segunda donde se lo rayarían en cinco minutos.

—Es un McLaren 600LT. —Troy trató de decirlo con tono neutral y no hizo caso del falso silbido de asombro de Logan.

—¿Cuánto cuesta un coche así? —preguntó Savannah—. ¿Es de mala educación preguntarlo?

—¿Estás de broma? —contestó Logan—. Él siempre busca una excusa para mencionar su patrimonio en cualquier conversación.

—Vete a la mierda —espetó Troy porque, de hecho, lo último de lo que quería hablar delante de esa posible estafadora era de su patrimonio—. ¿Qué haces tú, Savannah? —Se giró para mirarla de nuevo—. ¿A qué te dedicas? ¿Es de mala educación preguntarlo?

Savannah giró la cabeza y habló mirando a la ventanilla del coche.

—Un poco de esto y un poco de lo otro. —El piercing de su nariz lanzó un destello—. Sobre todo, venta. Hostelería.

Así que había trabajado de cajera y de camarera.

Ella apartó los ojos de la ventanilla y le miró directamente con el mentón levantado.

—Nos acabábamos de mudar a Sídney, así que todavía no he encontrado trabajo. Evidentemente, lo haré cuando esto... —Se señaló la frente—. No tengo intención de vivir a costa de vuestros padres toda la vida, si es eso lo que estás pensando.

—No me refería a eso —contestó Troy, avergonzado y sin saber qué decir y enfadado por sentirse así. Volvió a girarse para mirar al frente y se removió en su asiento tratando de estirar las piernas. Pensó en el lujoso espacio para las piernas en su vuelo de Emirates desde el JFK, con la imponente auxiliar de vuelo inclinándose para rellenarle la copa de vino acompañada de un seductor perfume (Baccarat Rouge 540: sabía que era ese, pero lo había comprobado para asegurarse) y ahora, ahí estaba, en un coche que olía a beicon.

Cambió de postura en el asiento. Y una vez más. Notó que Logan se estaba dando cuenta y tomó la decisión de no moverse durante el siguiente minuto. Contó en voz baja. «Un elefante, dos elefantes, tres elefantes». Llegó hasta treinta segundos y, entonces, tuvo que

moverse. Tenía once años, el hijo de los Delaney incapaz de quedarse sentado y quieto.

«¡¡Quédate quieto, Troy Delaney!!», solían gritar sus profesores y, a veces, si le gustaba el profesor, intentaba permanecer quieto, lo intentaba con todas sus fuerzas, de verdad, pero su cuerpo se movía solo, como si fuese una marioneta manejada por un ser malicioso que tirara de las cuerdas para sacudir sus miembros.

Se hartó de intentarlo y dejó que sus piernas se sacudieran y sus dedos golpetearan sus muslos.

—¿Y tú qué haces, Troy? —preguntó Savannah—. ¿A qué te dedicas?

—A la compraventa —respondió Troy.

—¿La compraventa de qué?

Sabía que ella perdería el interés en un momento. Como todos.

—De cualquier cosa que se mueva.

—No sé qué significa eso —repuso Savannah con humildad.

—Nadie lo sabe —dijo Logan.

Troy no le miró.

—Significa cualquier cosa con volatilidad: tipos de interés, valores, moneda, mercancías... Ese es mi pan de cada día.

—Entonces, corres riesgos —repuso Savannah, y él la miró de nuevo por el espejo retrovisor y vio que tenía la cabeza inclinada, como si se estuviese observando las uñas.

—Riesgos calculados —aclaró Troy. Su familia creía que se pasaba el día jugando al veintiuno.

Logan murmuró algo.

—¿Qué? —Troy le miró.

Logan levantó un hombro.

—No he dicho nada.

¿Cómo podía tener esa sonrisa de engreído mientras conducía un coche lleno de envoltorios de Subway?

—¿Tienes... pareja? —preguntó Savannah.

—Es hetero —dijo Logan—. Solo que le gusta parecer amanerado.

—¿Es verdad? —preguntó Savannah a Troy. Levantó la cabeza, interesada—. ¿Te gusta parecer amanerado?

—Eso parece —respondió Troy.

No le importaba que la gente creyera que era gay. Casi le gustaba. Eso hacía que todos se mantuvieran en alerta. No lo hacía a propósito. O puede que sí. Para diferenciarse de Logan, que era un «hombre con todas las letras». Logan pensaba que solo había una forma de ser hombre: actuar como su padre.

El silencio inundó el coche mientras conducían por la autovía, con

cada semáforo poniéndose inevitablemente en rojo a medida que se aproximaban, lo cual hacía que Troy estuviese a punto de volverse loco. Logan canturreaba en voz baja, con el codo casi por fuera de la ventanilla del coche y la cabeza apoyada en el reposacabezas, como si fuese un holgazán adolescente que va camino de la playa con sus amigos. Probablemente aún iba a la playa con sus amigos. Probablemente hacían barbacoas y jugaban al críquet en la playa. Logan seguía estando en contacto con todo su círculo de amigos del instituto, cosa por la que Troy sentía tanto desprecio (qué provinciano, que típico de Sídney) como envidia.

A Troy le gustaba la idea de tener viejas amistades, pero no la realidad. Cuando sus antiguas amistades trataban de ponerse en contacto con él, siempre se echaba a temblar. Era como si fuesen a intentar arrebatarle algo, desprenderle de la capa exterior y mostrar ante todos al niño tosco y nada sofisticado que era antes. Casi se sorprendía siempre de que sus viejos amigos aún existieran.

Logan seguía canturreando. Ese chico necesitaba un corte de pelo, un afeitado y, probablemente, una ducha, por el amor de Dios.

Era la misma melodía aburrida de dos notas que Logan siempre canturreaba en los largos trayectos en coche de camino a los torneos cuando eran niños, la tonada que malévolamente se iba abriendo paso hacia el interior de la conciencia de Troy hasta que no le quedaba más remedio que recurrir a la violencia porque, a ver, venga ya, ¿cuántas veces iba a tener que pedirle que se callara?

—No. —Tocó el hombro de Logan—. No, por favor.

Logan dejó de canturrear al instante. Miró a Troy, encendió la radio y cambió de carril sin necesidad.

Troy cerró los ojos para no tener que ver cómo se ponía en rojo el siguiente semáforo y se le ocurrió que quizá el canturreo de Logan era un tic nervioso y, al igual que un pensamiento aleatorio sobre la infancia puede ofrecer, de repente, una nueva y sorprendente lucidez adulta, llegó en ese instante a una conclusión: «Logan canturreaba cuando estaba nervioso». Lo hacía cuando iban de camino a los torneos porque estaba nervioso y Troy no soportaba su sonido porque él mismo también sufría los nervios previos al partido.

Así que Logan estaba nervioso ahora.

No era temer que su propia seguridad estuviese en peligro lo que le preocupaba, sino la posibilidad de que se viesen envueltos en un altercado. Logan tenía una marcada alergia al conflicto. Era capaz de coger su cubierto y ponerse a comer antes que decirle a una camarera: «Esto no es lo que he pedido». Incluso aunque fuese un plato vegetariano. Cuando veía las trampas más evidentes en el circuito

jamás cuestionaba a los árbitros. Ese era el mayor defecto de su hermano y, para Troy, el más desconcertante.

Por supuesto, la alergia de Logan a las situaciones conflictivas no era aplicable a Troy. Los dos solían pelearse a muerte. Troy deslizó su dedo por la borrosa línea blanca de su antebrazo. Dieciséis puntos. En una pelea, Logan y él habían atravesado una ventana que daba al jardín delantero, como si se tratase de una escena de *Jungla de cristal*. Logan tenía una cicatriz parecida en el muslo. Era uno de los recuerdos preferidos de la infancia de Troy: los dos mirándose el uno al otro, sorprendidos y asustados, con brazos y piernas ensangrentados, trozos de cristal reluciendo entre su pelo y su pobre madre gritando a pleno pulmón.

Ahora Logan competía con Troy no compitiendo, lo cual era una puta genialidad. No se podía ganar si solo jugaba uno de los dos.

Savannah habló desde el asiento de atrás.

—Cuando he dicho que no voy a vivir a costa de vuestros padres, espero no haber parecido... desagradecida.

Troy abrió los ojos.

—En absoluto.

Pronunció juntas las dos palabras convirtiéndolas en una sola, «enabsoluto», un hábito lingüístico que aprendió de adolescente después de oír cómo alguien lo usaba en la radio y decidir que le parecía sofisticado. Todavía le producía placer. Como una preferencia de moda.

Vio el puerto y se animó al ver los bloques de apartamentos, las torres de oficinas, los rascacielos, el puente de la bahía: civilización, aunque solo fuese civilización de Sídney, no civilización de la de verdad.

Savannah continuó hablando.

—Igual que os estoy agradecida a los dos por hacer esto, y a vuestros padres. Vuestros padres son chachis. —«Chachis». Qué extraño que eligiera esa palabra. ¿De los años noventa?—. Es que son únicos. Increíbles. En serio.

«Increíbles». Troy miró a Logan. Habían oído muchas veces ese tipo de cosas cuando eran pequeños: «Vuestros padres son guais. Vuestros padres no son como los otros padres con aburridos trabajos de oficina. Ojalá nuestros padres fueran como los vuestros».

—No te preocupes —respondió Troy—. No es ningún problema *enabsoluto*. —Se giró para mirarla con su sonrisa más deslumbrante. Ella respondió con otra sonrisa. Una chica le había dicho una vez a Troy que tenía una sonrisa «arrolladora». En el fondo, le encantaba ese cumplido. «Arrolladora».

—Giramos aquí a la izquierda, ¿verdad? —preguntó Logan.

Troy sacudió la cabeza. No se había molestado en preguntar la ubicación del apartamento de Savannah, pero había dado por sentado que irían por el puente hacia algún lugar del extrarradio del que jamás había oído hablar, más allá del quinto pino, justo debajo de una ruta de avión o de dos. Pero vio que estaban atravesando un barrio de moda cerca del puerto donde él mismo había vivido a los veintitantos años. Había ido de copas después del trabajo a ese pub de la esquina. Había llevado a varias citas a ese pequeño restaurante tailandés de ahí. Era una zona de tipos con sudaderas de capucha que trabajaban en empresas tecnológicas, de jóvenes ejecutivas con tacones altos y licenciados en Derecho con trajes nuevos. La gente allí era demasiado joven y feliz, demasiado atractiva y adinerada como para maltratar a sus novias.

—Sigue recto en la rotonda —le indicó Savannah—. Es el bloque alto de apartamentos que está ahí. Ese. Hay un montón de aparcamientos para visitantes.

Troy levantó el cuello.

—Debes de tener buenas vistas. —Se dio cuenta de que sentía ahora más simpatía por ella, como si alguien que viviera en ese barrio no se mereciera «de verdad» un novio violento. El cuello se le ruborizó por la vergüenza.

—Nuestro apartamento no da al puerto —dijo Savannah—. Es de un dormitorio solo. Bajaron el alquiler porque tiene una cocina y un baño cutres. Es el único apartamento sin reformar de todo el edificio. —Era como si estuviese justificando cómo podían permitirse vivir ahí, como si le hubiese visto el cuello y le hubiese leído el pensamiento.

Logan aparcó y Troy y él salieron del coche, estirando sus cuerpos, aliviados, como hacían los hombres de su estatura cuando salían de los coches y los aviones.

Logan sacó del maletero un par de cajas de cartón de supermercado que su madre les había dado para transportar las pertenencias de Savannah, mientras que Troy se metía las manos en los bolsillos y clavaba los talones en la acera. Miró a su alrededor en busca de algún tipo malvado, pero el lugar estaba desierto. Todos estarían en el trabajo. No era un barrio de familias jóvenes.

—Eh..., ¿va a bajar ella? —preguntó Troy a Logan un momento después.

Logan se encogió de hombros. Agachó la cabeza para mirar.

—Se ha quedado ahí sentada.

—¿Deberíamos dejarla un momento? —dijo Troy.

Logan volvió a encogerse de hombros. Era algo así como su gesto

por defecto.

Esperaron.

—¿Qué tal está Indira? —preguntó Troy.

—Está bien —respondió Logan, inexpresivo.

—¿Seguís viviendo...?

—Sí —le interrumpió Logan. Así que seguían apretados en esa miserable casa adosada de un dormitorio que Logan había comprado hacía décadas. La madre de Troy había mencionado que Indira quería mudarse unos años atrás, pero era evidente que no lo habían hecho.

—¿Qué tal por Nueva York? —preguntó Logan, sin mucho interés.

—Estupendamente —contestó Troy.

Por lo que Troy sabía, Logan no había estado nunca en Nueva York. Imagina lo que es no haber estado nunca en Nueva York y actuar como si eso no te importe. ¿Tenía siquiera pasaporte? La idea de no tener un pasaporte válido hacía que Troy hiperventilara, pero Logan parecía vivir su vida en los confines de un radio diminuto que abarcaba su lugar de trabajo, la casa de sus padres y las casas de sus amigos del instituto que estaban casados y con hijos. La emocionante aventura de ese día al apartamento de Savannah podría ser lo más lejos que había ido Logan desde hacía años.

Y no era porque no hubiese tenido oportunidades: a Logan le ofrecieron una beca de tenis en la Universidad de Chicago, dos años antes de que a Troy le ofrecieran otra en Stanford, pero la había rechazado. Dijo: «No gracias. Estoy bien así», sin aparente remordimiento.

De hecho, a los cuatro hijos de los Delaney les habían ofrecido becas de tenis en prestigiosas universidades de Estados Unidos. Troy fue el único que tuvo cabeza para aceptar la oferta, el único que fue capaz de ver la oportunidad que podía suponer para un chico de colegio público de Sídney. Eso seguía poniéndole furioso. Su hermano y sus hermanas podrían haber cambiado el rumbo de sus vidas. Pensaron que era una decisión sobre el tenis.

No habían entendido que el tenis era simplemente la llave que les abría las puertas de un mundo más grande y resplandeciente. El tenis no solo fue el acceso de Troy a Stanford, sino el arranque de su carrera. A su familia le encantaba esa historia. Una vez incluso oyó cómo Logan la contaba: que Troy estaba en Nueva York haciendo unas prácticas de verano, compitiendo contra un grupo de jóvenes licenciados increíblemente buenos para conseguir una ansiada plaza permanente, cuando, un día, un tipo de pelo canoso entró en el despacho y dijo, con tono tranquilo y amenazante: «¿Quién de vosotros es el que juega al tenis?». Troy levantó la mano y el tipo dijo:

«Te recojo después del trabajo. Ropa blanca, por favor». Troy tuvo que ir corriendo al Macy's de Times Square (no era Times Square, sino Herald Square, pero ya se había hartado de corregir a su familia. Su madre decía que Times Square sonaba mejor) en un descanso de quince minutos para el almuerzo para comprar las primeras prendas blancas que pudo encontrar, sin tiempo para probárselas. Un reluciente coche negro los llevó hasta un ostentoso club de tenis donde jugaron dobles contra dos tipos (uno mayor y otro joven) a los que vencieron con contundencia: 6-0, 6-0. Resultó que el siniestro tipo del pelo canoso era un pez gordo y que odiaba al otro tipo mayor, por algún motivo que no le contó. Ese día hubo muchas sonrisas fingidas.

Adivinad quién consiguió el puesto permanente.

Sí, a su familia le encantaba esa historia. Les encantaba cualquier historia en la que un Delaney ganara un partido o cualquier otra cosa. Pero era casi como si necesitara que cada uno de sus hermanos dijera: «Debería haber aceptado la beca igual que tú, Troy, así habría tenido una vida como la tuya», cuando, en realidad, los tres parecían ver a Troy y las decisiones que había tomado en su vida no con envidia, sino como con una especie de superioridad divertida y distante, como si el dinero y el éxito fuesen resplandecientes juguetes infantiles, cómicos y absurdos.

Sin duda las migrañas de Brooke le hicieron vivir un infierno cuando era adolescente, así que no tuvo más remedio que dejar del todo el tenis y quedarse a estudiar en Sídney. Amy era Amy. No podía soportar el estrés del tenis de competición. Él no había entendido a su hermana mayor hasta que ella se lo explicó: «Piensa en tus peores nervios previos a un partido. Solo que no se trata de ningún partido. Es solo que es martes por la mañana. Eso es lo que se siente siendo yo». ¡Pero Logan sí debería haber aceptado lo de Chicago! Era más brillante que Troy en los estudios y tenía una derecha increíble. ¿Alguna vez había hecho algo con ese cerebro o esa derecha?

Troy trató de imaginarse a su hermano dando clases. ¿Quién asistía a esas clases exactamente? ¿Y exactamente qué enseñaba en «comunicación empresarial»? ¿Cómo redactar una carta de trabajo? ¿Cómo iba Logan a saberlo? ¿Alguna vez en su vida había enviado alguna? Ahora la gente enviaba correos electrónicos. Se imaginó a Logan con una corbata barata de los grandes almacenes Kmart, alguna que probablemente le habría regalado su madre por Navidad, de pie ante una pizarra anticuada y escribiendo con una tiza: «A quien corresponda». «Atentamente». «Estimado/a señor/ señora». Y, después, encogiéndose de hombros cada vez que algún alumno hiciese una pregunta.

Para ser justos, probablemente sería un buen profesor. Había sido el mejor de los cuatro como entrenador y el único a quien de verdad parecía que le gustaba. Tenía en su rostro la misma mirada fija y concentrada que su padre cuando veía jugar a un crío. A cualquiera. Incluso a los inútiles. Logan tendría probablemente catorce años cuando Troy le oyó decir: «Apartas la vista de la pelota en el último segundo», a un niño pequeño al que Troy habría descrito como un chico sin coordinación entre la mano y la vista.

Pero eso era el tenis. Logan no podía mostrar pasión por pasar sus días dando clases de comunicación empresarial para ayudar a pequeños aspirantes a ejecutivos a acceder a un mundo en el que el mismo Logan no tenía interés alguno por entrar. Eso estaba... mal. Logan estaba llevando una vida equivocada y no le importaba y, joder, ¿por qué a Troy sí le importaba algo que a él no?

Cuando era niño, lo único que deseaba hacer era vencer a su hermano mayor, en todo, en lo que fuera. Era el objetivo de toda su existencia. Ganar su primer partido contra Logan fue como un subidón de cocaína, solo que, igual que la cocaína, también le hizo sentir mal. Siempre recordaba, con resentimiento y desconcierto, cómo las náuseas habían teñido su victoria, cómo había tenido que darse una ducha para tranquilizarse y pensar que no le pasaba nada, pero después perdió los nervios con otra alumna de la escuela de tenis que había entrado por la puerta de atrás de su casa. (Odiaba con todas sus fuerzas que los chicos creyeran que su cocina pertenecía a las instalaciones del club).

Fue casi como si se hubiese sentido culpable por haber vencido a su hermano, como si el hecho de ser dos años mayor le diera a Logan el derecho vitalicio de ganar a Troy.

Ahora su padre parecía igual de impresionado (o igual de poco impresionado) por las carreras profesionales que sus dos hijos habían elegido. Brooke era la única que realmente había impresionado a su padre, porque era su preferida y estaba «poniendo en marcha su propio negocio». No parecía que Stan fuera consciente de que Troy también llevaba varios años siendo su propio jefe.

Eso era lo que pasaba siempre que Troy veía a su familia. Sufría un retroceso. Sus emociones parecían salir disparadas. Deseaba vencer a Logan cuando Logan ni siquiera estaba jugando. Sentía celos por la atención que su padre mostraba hacia su hermana pequeña y su pequeña consulta de fisioterapia. Joder, cualquiera diría que él era Amy. Era humillante.

—Has ido a Nueva York por trabajo, ¿no? —preguntó Logan.

—Y por placer —contestó Troy.

No tenía sentido hablar del trabajo. Cada vez que Troy intentaba explicar cómo se ganaba la vida, su familia ponía la misma expresión de concentración atenta pero vacía, como si estuviesen tratando de sintonizar un programa de radio fuera de onda y entre las interferencias solo escucharan una de cada veinte palabras. Su madre, bendita fuera, incluso se había suscrito a un pódcast, *Charlas con operadores de activos financieros*, y tomaba notas mientras lo escuchaba valientemente, pero hasta la fecha seguía sin enterarse.

—Y... ¿has jugado últimamente? —Troy lanzó a Logan una mirada inquisitiva. Llevaban años sin jugar juntos.

Logan soltó un resoplido de exasperación, como si Troy le hubiese hecho la misma pregunta muchas veces con anterioridad, cosa que estaba seguro de no haber hecho.

—No. Hace ya tiempo.

—¿Por qué no? —insistió Troy con verdadero interés—. ¿Ni siquiera con mamá y papá?

—No tengo tiempo. —Logan se toqueteó la muñeca izquierda, como si señalara un reloj invisible.

—No tienes tiempo —repitió Troy—. Menuda gilipollez. Tienes tiempo de sobra.

Logan se encogió de hombros. A continuación, como si no pudiera evitarlo, respondió de repente:

—No entiendo cómo juegas solo por socializar.

Pronunció la palabra «socializar» como si oliese mal.

—Me gusta —dijo Troy con sinceridad. Tenía amigos con los que jugaba con relativa frecuencia tanto en Sídney como en Nueva York. Todos eran antiguos jugadores de competición, igual que él. Troy ganaba un setenta por ciento de las veces—. Me mantiene en forma. Ya no es tan importante.

—¿Te refieres a que no te importa si pierdes o ganas?

—Evidentemente, juego para ganar —contestó Troy—. Pero no es una cuestión de vida o muerte.

Se quedaron mirándose. Eran exactamente de la misma altura, aunque Troy prefería pensar que era unos milímetros más alto que su hermano mayor. Probablemente fuese por el pelo. Usaba espuma.

—A mí no me importa echar un partido, pero, en el momento en que empezamos a marcar puntos, empieza a preocuparme si gano o pierdo, y entonces... —Hizo una pausa—. No lo soporto.

Miró con recelo a Troy, como si estuviese esperando a que replicara a semejante revelación echándole algo en cara.

Troy tardó un momento en responder.

—Pero todavía sigues los partidos de tenis, ¿no?

—Claro —respondió Logan.

—Yo no los veo. Ni siquiera las finales —confesó Troy—. Si aparecen en la televisión, la apago. No soporto verlo.

Había todavía un par de tipos que jugaban en torneos satélite y a los que Logan y él conocían. Jugadores a los que habían ganado. Logan le miró con un gesto que era mitad sonrisa, mitad mueca para expresar que entendía a qué se refería. Troy comprendía por qué Logan no podía jugar. Logan comprendía por qué Troy no podía verlo en la televisión.

El tenis era un mundo complicado. Para todos ellos.

—¿Y las chicas? —preguntó Troy con repentina curiosidad. Debería conocer la respuesta, pero Logan estaba más implicado en la vida familiar que él.

—Brooke juega con papá con bastante frecuencia —respondió Logan—. De Amy no sé. La última vez que oí que se había marcado un tanto fue en esa ocasión en que estafó a aquel jugador de vóley playa.

Los dos sonrieron con idéntica mofa. «Vóley playa». De vez en cuando, Amy salía con algún fracasado que no creía que fuera posible que una mujer venciera a un hombre en ninguna práctica deportiva, aunque el tenis no fuese su deporte. Normalmente, ella se aprovechaba del sexismo de esos hombres con alguna apuesta de dinero.

Se quedaron un momento compartiendo un silencio de inusitada cordialidad y fraternidad y Troy dudó si contarle a Logan lo que en ese preciso momento inundaba en realidad su mente. Algo de nulas consecuencias y, sin embargo, de una importancia increíble, dependiendo del modo en que decidiera mover el prisma de su perspectiva.

«He visto a Claire en Nueva York», podría empezar diciendo. Logan le miraría sorprendido. Le gustaba Claire y a Claire le gustaba él. Le escucharía, con interés y sin juzgar. Logan no se dignaría a juzgarle.

Pero no. Troy no estaba preparado todavía para hablar de eso y, de todos modos, Savannah saldría en cualquier momento del coche y los interrumpiría.

Se metió las manos en los bolsillos. ¿Esa chica iba a quedarse ahí sentada toda la vida?

Logan empezó con su canturreo monocorde y Troy sintió que la mente se liberaba: «A la mierda con esto».

Rodeó el coche hasta el lado donde estaba sentada Savannah, abrió la puerta de atrás y se inclinó para mirarla. Ni siquiera se había desabrochado el cinturón de seguridad. Estaba sentada con las manos apretadas sobre el centro de su vientre, como si acabara de clavarse

un cuchillo en ese momento.

La impaciencia de Troy se disipó.

—Savannah —dijo con suavidad.

Ella levantó los ojos hacia él conteniendo las lágrimas. Parpadeó con sus pestañas rubias. Las lágrimas brotaron.

Troy no soportaba ver a una mujer llorar.

—Estás a salvo —la tranquilizó. Se agachó junto al coche para quedar a su altura—. Nos tienes a nosotros.

—Lo sé —contestó.

Se limpió las mejillas y movió entre los dedos la antigua y deslustrada llave maestra de plata que le colgaba de una cadena barata prendida al cuello.

—Me gusta tu colgante —comentó él. Había aprendido a hacer esto a raíz de las crisis de Amy: dirigir su atención hacia otra cosa.

—Gracias. —Soltó la llave.

—¿La vid simboliza algo? —Señaló al tatuaje que ella llevaba en el antebrazo. Unos zarcillos verdes se enrollaban por su brazo delgaducho y lleno de venas moradas. Troy no tenía problemas con los tatuajes (Amy llevaba unos cuantos), pero este, aunque en sí era inofensivo, parecía una profanación en ese brazo de niña—. ¿O simplemente te gustaba cómo quedaba?

—Son las habichuelas mágicas de Jack —contestó ella.

—Ah. —Troy trató de recordar el cuento infantil. ¿Jack sube por la planta y roba el oro del gigante?—. Entonces, ¿tiene que ver con conseguir tus sueños? —No parecía ser de las que leen libros de autoayuda y forman tableros de imágenes con los objetivos que pretenden conseguir.

—Simboliza la huida —repuso ella.

—Vale. Pues, a propósito de eso, vamos a entrar en esa casa y salir de ella lo más rápido que podamos. —Se dispuso a ofrecerle la mano, pero, entonces, se lo pensó mejor. Demasiado dominante. Dejó caer la mano a un lado, dio un paso atrás y movió la mano con un gesto cortés y exagerado como diciendo: «Por aquí, señora». Había que darle espacio. No meterle prisa. Intentar comprenderla.

Ella se desabrochó el cinturón, se giró y salió del coche, mirándole con una sonrisa temblorosa mientras se metía los pulgares por las presillas de los vaqueros y se los subía por la cintura.

—Perdona —dijo—. Sé que no tienes todo el día.

—Sí que lo tengo —contestó Troy—. No te preocupes. —Esperaba que el novio sí estuviese ahí y le diera una excusa para agarrarle de la camisa y empujarlo contra una pared como hacen los policías en las películas.

—Antes de subir, quizá deberíamos ver si está su coche. —Savannah se tocó suavemente la nariz y sorbió.

—Buena idea —respondió Troy. Logan no dijo nada. Troy se balanceó ligeramente sobre los talones. De repente, e inesperadamente, estaba exultante.

Siguieron a Savannah hasta el aparcamiento cubierto. Ella se detuvo y aflojó los hombros.

—No hay problema. No está. —Señaló al espacio vacío del otro extremo.

—Bien, eso es bueno —repuso Logan—. Estupendo.

Troy sintió que se desinflaba. Todo aquello había vuelto a convertirse en un recado aburrido que tendría que soportar. Miró su reloj. Lo cierto era que no tenía todo el día.

«Hay algo en ti que no va bien —le había dicho su madre mientras le llevaba a casa desde el colegio después de otra expulsión—. Hay algo en ti que no va nada bien».

«Lo sé», había pensado él en aquel momento, encantado.

Los tres subieron por el ascensor hasta la tercera planta. Troy miró las paredes de espejos y vio cien reflejos de sí mismo y de Logan, cada vez más pequeños, pero siempre más altos que Savannah.

Ella los condujo por un pasillo enmoquetado con el familiar olor a ambientador de limón que suele haber en ese tipo de bloques de apartamentos bien cuidados y de nivel intermedio y abrió una puerta con la llave.

—Entrad, por favor —dijo ella con timidez, como si se tratara de una visita de cortesía.

Lo primero que vio Troy fue varios cuadros sin enmarcar apoyados contra las paredes. Arte de verdad. Obras abstractas con violentos trazos de pintura, tan gruesos y con tanta textura que todavía parecían húmedos. No se había esperado ver algo así.

—Es pintor. —Savannah siguió los ojos de Troy—. Pintor aficionado.

No había muchos muebles: un maltrecho sofá de cuero de dos plazas delante de una televisión apoyada en la pared. Una mesita de centro de cristal hortera en la que había envases de comida para llevar medio vacíos, palillos chinos hincados en vertical en el arroz frito, un periódico abierto lleno de manchas de salsa de soja, una botella de Corona a medio beber con un trozo de lima flotando en la cerveza que aún quedaba dentro. Había una pila de cajas de mudanza sin abrir en un rincón de la habitación. Era un hombre que desembalaba sus cuadros antes de instalar la televisión. Un hombre que cortaba con cuidado un trozo de lima para meterlo en su cerveza, pero dejaba su

cena a domicilio a medio comer sobre la mesa de centro. Un hombre que pegaba a su novia.

Savannah negó con la cabeza al ver la comida en la mesita e hizo un movimiento en su dirección como si pensara limpiarla, pero se detuvo.

—Estas dos cajas son obviamente las tuyas —dijo Logan. Señaló con la cabeza dos cajas de la pila, rotuladas con las palabras «savannah - ropa» y «savannah - libros de recetas».

—Sí —respondió Savannah—. Sí, gracias. Muy amable.

«Muy amable». Las cadencias y coloquialismos de su forma de hablar iban y venían: en un momento tenía veinte años y al siguiente, ochenta.

—Vamos a sacarlo todo al pasillo —propuso Logan.

Troy y él sacaron las cajas. Troy cogió la caja de libros, lo que hizo que se tambaleara.

—¿Estás bien? —preguntó Logan, con expresión seria.

Volvieron a entrar y vieron a Savannah agachada en el suelo de la diminuta cocina, con todos los armarios abiertos, llenando una caja con cacerolas, sartenes y una licuadora.

—Me gusta cocinar —le dijo a Troy, como si se justificara.

—Eso me han dicho —respondió Troy—. Mis padres podrían vivir contigo de forma permanente.

—¿Qué más? —preguntó Logan.

—En el dormitorio —respondió Savannah. Levantó la vista hacia ellos—. El arcón que está a los pies de la cama. Era de mi abuela. —Puso una mueca de dolor—. Pesa un poco.

Entraron en el dormitorio; olía a rancio, la cama era una maraña de sábanas, mantas y almohadas, y había ropa tirada por el suelo.

—Debe de ser esto —dijo Logan. Levantó con destreza un extremo del mueble de caoba que estaba a los pies de la cama.

—¿Qué coño es esto? —Un hombre con el pecho descubierto se irguió entre el embrollo de sábanas.

Troy sintió que el corazón le daba un vuelco. Agarró lo primero que encontró en la estantería y lo levantó como si fuese un arma.

—¡No te muevas, cabrón!

Logan dejó caer el arcón de golpe.

—Quédate quieto, tío —le ordenó, con el semblante calmado y controlado de un policía rural y la voz grave y lenta como la de su padre. La gente decía a menudo que Troy y Logan tenían la voz de su padre, pero esta era la primera vez que Troy se daba cuenta de lo mucho que se parecía Logan a su padre en la voz e incluso en su aspecto.

El hombre se movió rápidamente hacia atrás en la cama hasta quedar con la espalda contra la pared y las manos agarradas a las sábanas. Era escuálido y de piel lechosa, con mucho vello negro en el pecho, y llevaba puestos unos bóxers de cuadros descoloridos con el elástico roto. Troy sintió un asco tan visceral que le hizo estremecerse.

—Tengo unos cien dólares en efectivo —dijo el hombre. Fue a coger una cartera de su mesita de noche y la levantó en el aire—. Es todo. —Tenía acento irlandés. La primera novia de Troy había comentado una vez que no había nada más sensual que un hombre con acento irlandés y Troy, desde entonces, se sentía personalmente ofendido por la existencia de Irlanda.

—No queremos tu dinero —repuso Troy con indignación.

—¿Qué...? —Savannah apareció en la puerta.

—¿Savannah? —El hombre cogió unas gafas de la mesita y se las puso. Ahora se parecía al puñetero Harry Potter. ¿Cómo se atrevía a parecerse al puñetero Harry Potter? Harry Potter jamás pegaría a una mujer.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó a Savannah, como si Logan y Troy no estuviesen delante—. Casi me vuelvo loco.

—¿Por qué no has ido a trabajar? —preguntó Savannah. Sus ojos se movían por la habitación. Parecía aterrada y ese terror prendió una llama de furia incandescente en el pecho de Troy.

—Me encuentro fatal —contestó Harry Potter. Se puso la mano en el estómago y una expresión de náuseas le atravesó la cara—. El agridulce estaba en mal estado.

—No he visto tu coche —dijo Savannah.

—Se averió en la autopista. Bajo la lluvia. Todo se ha ido a la mierda. —Retorció la cara con remordimiento—. Lo siento mucho, Savannah, amor mío. Por lo de aquella noche. Fue imperdonable, lo sé, pero estaba fuera de mí. Estaba molesto por... Pero no tengo excusa, sé que no tengo excusa... —De repente, pareció recordar la presencia de Logan y Troy—. ¿Quiénes son estos?

—Son amigos —respondió Savannah con frialdad—. Me están ayudando a recoger mis cosas.

—¿Queda mucho más? —le preguntó Logan.

—¿Amigos de dónde? —preguntó Harry Potter.

—No importa de dónde seamos —dijo Troy—. Solo vamos a recoger sus cosas y marcharnos de aquí.

Savannah cogió una maleta de un rincón de la habitación, la arrastró al armario empotrado sin puertas y empezó a llenarla de ropa, metiéndola con sus perchas aún puestas.

—Pero ¿adónde vas? —preguntó Harry Potter—. ¿Dónde te estás

alojando? —Hizo un movimiento como si pretendiera levantarse de la cama.

—Quédate donde estás —le ordenó Logan.

El tipo parecía aterrado.

—¿Savannah?

—No hables con ella. No digas una puta palabra más. —Troy se acercó a la cama y se inclinó sobre ese pequeño cabrón con el poder y la fuerza de su cuerpo de metro noventa y cinco sano y en forma. Sintió que las fosas nasales le picaban al notar un ligero olor a vómito y sudor—. No te debe ninguna explicación.

Troy estaba duchado y limpio y llevaba una camisa de novecientos dólares y un reloj Louis Moinet y quizá habría tomado malas decisiones en su vida y ahora mismo podría estar enfrentándose a un problema ético de proporciones monumentales por culpa de esas malas decisiones, pero jamás había pegado a una mujer y jamás lo haría, no había heredado un solo gen malvado de su malvado abuelo y le gustaban el miedo y la confusión que veía en la cara de Harry Potter. Harry Potter merecía sentir miedo y confusión porque estaba legal, moral y espiritualmente en el lado equivocado.

Pocas veces le ocurría que sabía que estaba en el lado bueno y el otro tipo en el equivocado; Troy era Spider-Man, Hulk, el Capitán América. Era el puto Batman.

Nunca se había sentido mejor.

17

Ahora

Así que manda a sus hijos a que recojan las cosas de esa chica. No la conoce de nada, ¡pero deja que se mude a su casa!

Era media tarde y el atestado salón de peluquería bullía con el rugido de varios secadores de pelo. La veterana estilista Narelle Longford apenas escuchaba el parloteo sobre Joy Delaney de su clienta de los reflejos de las tres de la tarde. Casi todas sus clientas habían cotorreado sobre Joy Delaney durante la última semana. Joy era muy conocida en la comunidad.

—Tiene que haber alguna relación, ¿no crees? Entre esa desconocida y la desaparición de Joy.

—No sé. —Narelle quitó el turbante de toalla de la cabeza de la mujer. Isabel Norris era famosa por lo difícil que se mostraba con su color.

—Espera. ¿No peinabas normalmente a Joy? —Isabel giró la cabeza para mirarla—. ¡Probablemente sepas más que yo! ¿Ha hablado la policía contigo?

—No. —Narelle encendió el secador—. ¿Liso con un poco de volumen?

—¿Te habló de que estuviera planeando marcharse?

—No —contestó Narelle.

—He oído que Joy y Stan tenían problemas. Que apenas se hablaban.

—Yo no sé nada de eso —dijo Narelle, que sí lo sabía todo.

—¿Alguna vez te habló de esa chica?

—¿De Savannah?

—Espera, ¿la conociste?

Miró a los ojos de Isabel a través del espejo.

—Sí. Le corté el pelo.

—¿Sí? —Isabel pareció animarse—. Me han dicho que era un poco…, ya sabes… —Articuló la palabra solo con los labios—. «Putilla».

—Parecía simpática —dijo Narelle.

—Todo tiene que estar relacionado de alguna forma —insistió

Isabel—. Demasiada coincidencia. Una joven desconocida se muda a su casa y, después, esa mujer desaparece. No me sorprendería que lo siguiente que oigamos es que da la casualidad de que Stan tiene una relación con esa chica ahora que se ha quitado a Joy de en medio... Ay, me estás quemando un poco la oreja.

—Perdona —dijo Narelle sin una gota de arrepentimiento.

Era la confidente y confesora de Joy, tan comprometida con la discreción como un sacerdote o un abogado, pero, si Joy faltaba a su siguiente cita, Narelle iría a la policía y les soltaría treinta años de secretos. Les hablaría de las traiciones. Las que le había contado indirectamente o las que había narrado con todo detalle. Le proporcionaría a la policía todo lo que necesitaran para condenar a su marido. Les diría: «Este es un posible móvil y este es otro», porque cualquier matrimonio de tantos años tiene múltiples motivos para un asesinato. Cualquier agente de policía y peluquera lo sabe.

18

El septiembre pasado

Era casi medianoche y Amy Delaney, la hija mayor de Stan y Joy Delaney, catadora a tiempo parcial, persona normal a ratos y no tanto también a ratos, estaba sentada con las piernas cruzadas en su cama sin hacer, desnuda, con el pelo recogido en una coleta alta de alegre animadora, mirando un poema que acababa de escribir en su diario. Su dormitorio estaba en la planta superior de una casa adosada del centro que compartía con otras tres personas. La luz de neón roja y azul del cartel que había sobre el campo de minigolf que estaba al lado parpadeaba sobre la página mientras leía:

Una chica desconocida

Hay
una chica desconocida
en la casa donde me crie durmiendo en mi antigua
cama
vestida con mi antigua
ropa
haciendo lasaña para mi
antigua
madre.
Y mi madre tuvo que colgar
en medio de mi llamada
(aún me quedaban cosas que decir)
porque la chica desconocida
la llamó
con dos sílabas
como si tuviese derecho.
Mi madre se llama Joy
y cuando respondió
a la chica desconocida
su voz estaba llena de
júbilo.[1]

Amy dibujó lánguidamente gruesos rectángulos sobre varias palabras de su poema como si fuese un censor en tiempos de guerra, arrancó la página, la arrugó y se la comió.

No recordaba de manera específica haber comido papel antes, pero debía de haberlo hecho, porque el sabor y la textura le resultaban familiares. Masticó con cuidado y tragó. De tener que calificarlo en el trabajo habría dicho: «Pastoso, insulso, difícil de tragar, con regusto químico».

Al parecer, Steffi, la perra de sus padres, había desarrollado una obsesión con el papel. Tenía un nombre. Su madre se lo había contado todo al respecto.

Desde que se había jubilado, la madre de Amy rebosaba información. Escuchaba pódcast, leía artículos en BuzzFeed y buscaba cosas en Google. Después, llamaba a sus hijos y les contaba toda la información nueva que había aprendido. Había sido interesante ver cómo cambiaba la personalidad de su madre tras la jubilación. Siempre había sido la persona más ocupada que Amy había conocido nunca, impaciente y distraída, y ahora se había vuelto inusualmente reflexiva, dispuesta a enfrascarse en largas y divagantes conversaciones sobre temas que antes habría considerado frívolos.

—Mamá necesita hacer algún tipo de curso para ocupar la mente —había comentado Brooke con altanería.

—Ya está haciendo un curso. Está aprendiendo a escribir unas memorias —había señalado Amy—. Solo que dice que nunca va a escribirlas.

—Gracias a Dios —había contestado Brooke.

—Yo las leería —había replicado Amy.

Amy siempre había sentido interés por quiénes eran sus padres antes de convertirse en sus padres: Joy Becker antes de convertirse en mamá y Stan Delaney antes de convertirse en papá. Los dos padres de Amy eran hijos únicos con madres guapas y complicadas: madres que jamás deberían haber sido madres. La madre de su padre tenía una cicatriz que le recorría su arrugada mejilla derecha después de que el abuelo de Amy la empujara al otro extremo de la habitación. Supuestamente, esa había sido la primera y única vez que el abuelo de Amy había hecho daño a su esposa y la abuela de Amy «le echó de casa de inmediato» y «ahí acabó todo», pero Amy pensaba que la historia no había terminado ahí. Le había regalado a su padre un libro sobre un hombre que por fin se decide a hablar sobre su difícil infancia a su hija mayor con la esperanza de que su padre pudiera hablar de su difícil infancia a su hija mayor (ella), pero hasta ahora él «no había entendido nada».

—No sé por qué pensaste que, de repente, papá iba a empezar a leer novelas —había dicho Brooke, encantada de que el plan de Amy no hubiese funcionado, porque creía que su padre le pertenecía a ella —. ¿Creías que iba a meterse en un club de lectura cuando se jubilara?

Entonces, las dos habían empezado a reírse imaginándose a su enorme y taciturno padre en un club de lectura, charlando sobre el desarrollo de los personajes mientras tomaba un chardonnay.

—Ahora ve la televisión —había señalado Amy—. Antes no veía la televisión.

—Lo sé —había contestado Brooke—. El otro día me contó una larga y complicada historia sobre una familia en la que el hijo menor había muerto en un accidente de tráfico. Resultó que me estaba contando la trama entera de una película. Yo creía que era real.

De eso hacía ya meses. Brooke estaba demasiado ocupada últimamente para hablar porque había abierto su propia clínica de fisioterapia, lo cual era un paso importante y, conociendo a Brooke, sería un verdadero éxito y Amy se sentía orgullosa de su hermanita, aunque también perpleja. Porque ¿por qué hacerte eso a ti misma? ¿Es que Brooke no había visto nunca que el negocio de la familia Delaney había controlado sus vidas? El papeleo, el estrés, la necesidad de que los cuatro hijos «echaran una mano».

Una vez, cuando Amy era adolescente y estaba estudiando para un examen de historia, un examen que estaba destinada a suspender porque era la primera vez que se dignaba a abrir el libro, una niña había entrado en la casa y le había exigido imperiosamente a Amy que le preparara un bocadillo, como si ella fuese su sirvienta, y Amy casi se había levantado ya a prepararle el bocadillo cuando cayó en la cuenta y le dijo a la chica que se largara.

Nunca pudieron huir de aquello. Cuando eran niños, había una familia a la que conocían que había preparado a sus tres hijos y se habían ido de viaje por Australia durante un año en una caravana. Amy estuvo un tiempo obsesionada con aquella familia. Le parecía que era como un sueño. «Nunca va a jugar bien», había dicho su padre. Hablaba del hijo mediano de esa familia, el único al que se le daba bien el tenis y, por tanto, el único que existía. Pero su padre se equivocó. El niño volvió, siguió jugando, no le fue tan mal. En un momento determinado estuvo entre los doscientos mejores. «Deberíamos irnos de viaje por Australia», le había dicho Amy a su madre, y esta había estallado en carcajadas, como si le hubiese contado un chiste ingenioso.

Ahora, Brooke estaba haciendo exactamente lo mismo que sus padres: llenarse los bolsillos de piedras antes de emprender su vida. Se

suponía que Brooke debía evitar el estrés debido a sus migrañas, no buscarlo, pero siempre había sido una mártir. Amy recordaba a Brooke de pequeña, con sus coletas altas y sus gafas de sol reflectantes.

—Le duele la cabeza —le decía Amy a su madre mientras la vigilaba.

—¿Qué? No le duele. No ha dicho una palabra.

Pero Amy estaba segura. Había algo en el modo de caminar de Brooke cuando tenía dolor de cabeza, como si la cabeza corriera el peligro de caérsele rodando y ella tuviera que mantenerla en equilibrio sobre su cuello, y Amy sentía deseos de gritar que esa pobre niña iba por ahí con el peso de las expectativas de todos sobre sus hombros, como si ya supiera que terminaría siendo la última esperanza desesperada de los Delaney. Los padres de Amy sabían interpretar las jugadas de sus hijos con total precisión, podían predecir cada golpe, explotar sus puntos débiles, pero, en otros aspectos, no tenían ni idea, cegados por su amor por el mejor deporte jamás inventado.

Quizá habían sido las migrañas las que hicieron que Brooke fuera tan seria.

Amy habría deseado poder librarla de ellas. Recordaba a Brooke cuando era bebé, con su pelo oscuro y rizado recogido en un copete, con solo dos dientes de ardillita. Nunca gateó, arrastraba el culo. Era divertidísimo observarla. Había que verla ahora: tan seria, tan casada, con su calzado tan cómodo, su tirante del sujetador tan beis, que cualquiera habría pensado que tenía cincuenta años, no veintinueve. ¿Alguna vez había pasado Brooke toda una noche bailando? ¿Había tenido un ligue de una noche? Brooke diría que esos no eran ejemplos de una vida bien vivida, y quizá tenía razón, pero Amy culpaba a esas crueles migrañas por hacer que su hermana pareciera mayor de lo que era.

Amy lanzó su diario al suelo y se tumbó bajo la corriente de aire frío que entraba por su ventana abierta. Sus tres compañeros de piso habían salido. Ella se había mudado ahí hacía seis meses y pensaba que con tres compañeros rara vez tendría la casa para ella sola pero, de hecho, parecía que a menudo era la única que estaba en casa. Era un alquiler barato por la luz de neón del cartel que iluminaba su habitación como si fuese una discoteca.

Durante el último año se había mantenido a flote con una serie de trabajos a tiempo parcial que había ido encajando. Había asumido por fin que lo del trabajo habitual de jornada completa no era para ella. No era cuestión de lograr dar con un futuro profesional adecuado. El

trabajo adecuado no existía. El trabajo a tiempo completo le provocaba una especie de terror claustrofóbico que iba creciendo en su pecho hasta que llegaba el día del humillante derramamiento emocional que terminaba con su despido o su renuncia y con la expresión de angustia de sus padres cuando les contaba que, al final, el nuevo trabajo no había resultado tan maravilloso.

Ahora, su trabajo más regular era de tres turnos a la semana de tres horas como catadora o «evaluadora sensorial», si alguna vez quería causar mayor impresión, cosa que nunca hacía. Se incorporó a un grupo de universitarios, madres jóvenes y jubilados que probaban y hablaban de comida con tremenda seriedad. No se ponía lápiz de labios, perfume ni laca. No bebía café ni masticaba chicle antes. Se sentaba ante un portátil, se conectaba, giraba su silla y esperaba a que el personal de cocina, vestido de negro, sacara bandejas de comida con etiquetas. No había malo ni bueno, ni ganador ni perdedor. Era muy importante pero, a la vez, no tenía consecuencias de ningún tipo. Nadie se molestaba, salvo alguna que otra muestra de exasperación con la mirada si alguien se extendía demasiado con sus apasionados comentarios sobre la citronela ante el jefe del jurado. Hubo también aquella vez en la que un ejecutivo se fue furioso porque a ninguno de los catadores le gustó la salsa boloñesa que había tardado un año en desarrollar, pero aquello había sido emocionante.

Entre sus turnos como catadora hacía trabajos de estudios de mercado y test de productos. Ese día, por ejemplo, había pasado una hora como miembro de un grupo de sondeo que hablaba sobre papel higiénico. Pagaban en efectivo, los sándwiches eran estupendos: eso le ahorraba el almuerzo. Todos eran de lo más amables y educados cuando trabajabas en un grupo de sondeo. No le importaba que fuese impostado; resultaba reconfortante. Entraba en un despacho lujoso de la ciudad como si formara parte de la Sídney corporativa y, después, volvía a salir y se iba a la playa.

Esa tarde había rellenado un largo cuestionario con sus opiniones sobre un desodorante y, a cambio, había recibido un vale para unos grandes almacenes que había utilizado para comprarse dos sujetadores con descuento especial.

Era como si se estuviese librando de algo, como si viviera de su ingenio robando carteras en la Inglaterra de Dickens.

También tenía la teoría de que ese tipo de trabajos le venía bien a su salud mental porque la obligaba a tomar diferentes decisiones («¿Prefieres espray o roll-on, con o sin perfume?») y cuando estaba enferma le resultaba imposible tomar decisiones. Podía estar en medio de una frutería mirando un estante, paralizada por la indecisión.

Todavía no había encontrado un terapeuta que respaldara del todo esa teoría.

Cumpliría cuarenta años el próximo abril.

No sabía bien cómo había pasado. Recordaba cuando su madre cumplió los cuarenta y le parecía que era la prehistoria. Amy había supuesto que habría coches voladores para cuando ella cumpliera esa edad.

Cuarenta años eran demasiados como para estar cenando poesía mala, para estar viviendo en una casa compartida con chicos de veintitantos, para no tener ahorros, muebles ni novio. Brooke y ella deberían intercambiar sus vidas, solo que, si Amy estuviese casada con un hombre tan enamorado de su propio y supuesto intelecto e ingenio como Grant Willis, tendría que responder con un «sí» a la omnipresente pregunta de: «¿Alguna vez has experimentado pensamientos suicidas?».

Se recordó a sí misma que debía hacerse con un novio pronto para no despertarse sola el día de su cuarenta cumpleaños.

Esa desconocida, esa tal Savannah, ¿seguiría viviendo en el antiguo dormitorio de Amy cuando llegara su cuarenta cumpleaños?

Oyó la ansiosa huida de las patas de una zarigüeya que corría por el tejado sobre su cabeza. El corazón se le aceleró dentro del pecho y sus pensamientos se dispararon con la misma rapidez e insensatez que cien zarigüeyas asustadas.

Es tu reacción de lucha o huida, le decía cada terapeuta nuevo con voz amable y condescendiente, como si se tratara de un concepto novedoso para ella. A menudo, malgastaban unos preciosos y caros minutos de la sesión explicándole que los hombres de las cavernas necesitaban la reacción de lucha o huida por el tigre dientes de sable, y que ya no había tigres dientes de sable, pero que nosotros seguíamos respondiendo como si todavía los hubiese (¡siempre se mostraban tan entusiasmados por lo del tigre!) y Amy dejaba escapar la imaginación, pensando en cómo podría darse la ocasión en el mundo moderno en que de verdad alguien debiera enfrentarse a un tigre, como ir de safari, por ejemplo, o que alguno se escapara de un zoo, o en cómo un violador podría representar al tigre y entonces había que salir corriendo por un callejón, y que ella era rápida, que corría rápido, más que la mayoría, y podría huir de cualquier violador o tigre, pero que jamás podría huir de sus putos pensamientos, sus locos y absurdos pensamientos y, entonces, se acababa el tiempo, el precio de la sesión era de chorrocientos cincuenta y seis dólares, gracias, y nuestra próxima cita disponible es dentro de tres años, ¿la reservamos?

Hizo la técnica de respiración de cuatro-siete-ocho.

Toma aire durante cuatro. Mantén durante siete. Expulsa durante ocho.

Dentro durante cuatro. Mantén durante siete. Expulsa durante ocho.

El ritmo cardiaco bajó desde el pánico puro y duro a un nivel aceptable de alerta, como si ya no huyese del tigre, pero sí hubiese subido a un árbol y lo estuviese viendo dar vueltas y rugir en el suelo. Llevaba un tiempo sin subir a ningún árbol, pero antes se le daba bien.

Dio un fuerte bostezo. «¡No te quedes dormida subida a un árbol, Amy!».

Al día siguiente era el día del Padre. Tenía que dormir. Tenía que levantarse temprano para preparar brownies de chocolate. Si se quedaba despierta toda la noche, lo cual era una posibilidad real, tendría ojeras oscuras y su madre se daría cuenta y se preocuparía, o quizá no, porque estaría muy ocupada, pendiente y preocupada por Savannah, que tenía problemas de verdad, como la falta de techo y novios maltratadores.

Consideró sus opciones para obligarse a dormir.

Somnífero.

Baño caliente.

Leche caliente.

Meditación guiada.

Orgasmo.

Libro muy aburrido.

Uno de sus compañeros de piso leía enormes biografías de tapa dura de hombres importantes y eran tan aburridas que a Amy le daban ganas de llorar.

Su padre decía que jugaba al tenis en su imaginación cuando no podía dormir. «¿Eso no te despierta?», le preguntaba Amy. Su madre le aconsejaba que se pusiera a planchar.

A Amy no se le ocurría nada menos sosegado que un partido de tenis imaginario y jamás planchaba. «Eso salta a la vista», decía su madre.

Amy se dio la vuelta y ajustó la almohada.

Quizá le encantara esa chica que trataba de robarle los padres. Esa Savannah de la sabana donde rugía el tigre dientes de sable.

Cuando le preguntó a Troy por Savannah, le dijo que «bien», que era la palabra que usaba cuando un camarero le preguntaba: «¿Qué tal la comida?», y Troy pensaba que no estaba muy allá, pero que tampoco era tan mala como para denunciarlo ante el chef Gordon Ramsay.

Logan dijo que no tenía ninguna opinión sobre Savannah. Todavía

podía oír cómo se encogía de hombros.

Brooke también iba a ver al día siguiente a Savannah por primera vez, pero, la última ocasión en que Amy habló con ella, le dijo que había telefoneado a su madre, que no estaba preocupada, que Amy tampoco debía preocuparse y que sus padres estaban haciendo algo bueno por una víctima de violencia doméstica y que todos deberían sentirse orgullosos.

A Amy nunca le había pegado un novio, aunque sí hubo un par que se la follaron cuando ella estaba demasiado inconsciente como para dar su consentimiento, pero eso fue antes de que el consentimiento se pusiera de moda. Ese tipo de incidentes solían considerarse «divertidos». Incluso «graciosísimos». Cuanto peor te sentías, más fuerte te reías. La risa era necesaria porque con ella recuperabas el control. No recordabas nada, así que creabas un recuerdo que esperabas que fuese real. A veces, ella salía varios días con un chico, convencida por un tiempo de que le amaba, solo con tal de mantener el hilo del relato adecuado. En fin. No había necesidad de volver a aquello. Su mente estaba llena de catacumbas que era importante mantener cerradas a cal y canto, como la chimenea de la sala de estar de sus padres que habían sellado. La chimenea de ladrillo con la que su abuela se había golpeado la cara había desaparecido hacía ya mucho tiempo.

Pensó en su abuelo, el padre de su padre, del que nadie hablaba por lo que había hecho. Le habría gustado, al menos, tener una foto de él. «¿Para qué ibas a querer ver su foto?», preguntaban sus hermanos menores, disgustados con ella porque su abuela hacía un crujiente de manzana magnífico y les dejaba billetes de cinco dólares en sus pegajosas manitas, como si les estuviera dando una propina.

Sencillamente, le despertaba interés. ¿Se habría arrepentido por lo que había hecho? ¿Alguna vez se lo hizo a otra mujer? Suponía que su interés en su abuelo maltratador y muerto era síntoma de una atracción patológica hacia los hombres malos.

«Duérmete, Amy, duérmete».

Oyó una puerta que se cerraba abajo, así que eso significaba que alguno de sus compañeros había llegado a casa, lo cual era bueno, no había necesidad de imaginarse a ladrones con pasamontañas negros paseándose por la casa y frustrándose al no poder encontrar nada que robar aparte de unas biografías de cuarenta dólares.

«Toma aire durante cuatro».

«Mantén durante siete».

«Expulsa durante ocho».

Se suponía que en el ejército usaban la técnica de respiración de

cuatro-siete-ocho y se dormían en menos de un minuto.

«Empecemos con el sueño», había dicho su último terapeuta. Se llamaba Roger y ella no estaba muy segura de sus aptitudes. Probablemente había leído en internet lo de la técnica de la respiración. Le gustaba que hubiera algo poco fiable en él. Se sentía más cómoda en su consulta ligeramente lúgubre que en las de suave iluminación y lujosas alfombras de los psiquiatras y psicólogos más caros que le hacían sentir como si juzgaran su pelo y su ropa.

Lo cierto era que no esperaba que Roger la «curara». Pero así, cuando la gente le decía de manera inevitable: «Creo que necesitas buscar ayuda, Amy, ayuda "profesional"», ella podía responder: «Claro, en ello estoy».

Pasaba de un terapeuta a otro como con sus novios. Los dejaba cuando la ofendían, la enfadaban o la aburrían.

Los novios le decían que era una cabeza hueca, una pirada, una teatrera, una psicópata. Los terapeutas decían que sufría un TDAH o un TOC, depresión o ansiedad, o probablemente las dos, un trastorno nervioso, un trastorno del estado de ánimo, un trastorno de la personalidad, quizá incluso un trastorno afectivo bipolar. La palabra «trastorno» era muy popular.

Hubo un tipo que declaró que no le pasaba nada malo, que solo necesitaba aliviar el estrés, y después, a la semana siguiente, le envió un mensaje para invitarla a tomar una copa, cosa que, según decía, no sería problema puesto que ya no la estaba tratando. El hecho de que dijera que sí a ese depravado carente de ética demostró probablemente que, en realidad, sí que le pasaba algo malo.

«El diagnóstico médico no es mi campo —le dijo con inquietud Roger, el nuevo, cuando Amy le preguntó con moderado interés por qué diagnóstico se inclinaba—. Soy psicoterapeuta. Trabajo con la profesión médica y contigo. —A continuación, sonrió y se inclinó hacia ella, con actitud confidencial, como si fuese a compartir un secreto, ya sin inquietud—. ¿Sabes? A veces, las etiquetas son una distracción. Tú no eres una etiqueta. Eres Amy».

Cursi, pero adorable. Realmente era como si él estuviese sentado hombro con hombro con ella, en el mismo equipo, en lugar de estar limitándose a observarla con la mirada fría y profesional de algunos de sus compañeros de profesión.

Le gustó. Al menos, por ahora.

Solo alguna vez tomaba las pastillas que los buenos psiquiatras recetaban y solo alguna vez tomaba las otras que los malos novios le ofrecían.

De vez en cuando, sacaba el esperanzador y obligatorio «plan de

salud mental» que su médico de cabecera y ella habían diseñado y hacía lo posible por continuar con las «estrategias» y «técnicas» que le hacían parecer casi normal al resto del mundo: Poesía. Diario. Ejercicio. Conciencia plena. Naturaleza. Meditación. Respiración. Bayas. Vitaminas. Superalimentos. Probióticos. Gratitud. Baños. Conversación. Dormir.

A veces funcionaban y otras no.

«Es que tus sentimientos son demasiado grandes —le dijo la madre de su padre cuando era niña y lloraba tanto que sus padres perdían los estribos—. Ya te acostumbrarás a ellos. Mis sentimientos también eran demasiado grandes. Tómate una limonada, cariño».

Por lo visto, su abuela no se acostumbró a sus sentimientos sino que más bien los aplanó a base de alcohol, pero el alcohol y la limonada lo único que consiguieron fue aumentar aún más el tamaño de los sentimientos de Amy.

«Bueno, es que Amy es nerviosa —oyó una vez que decía su otra abuela, la madre de su madre—. Como la tía Edna. No hay por qué ponerse así, Joy. No pasa nada. Dios, pero estas personas nerviosas sí que le ponen a una de los nervios. ¿Le pedimos que se vaya a llorar a otro sitio?».

La tía Edna pasó los últimos días de su triste y nerviosa vida atada a una silla, pero no había por qué ponerse así.

«A ti no te vamos a atar a ninguna silla, cariño —le decía la madre de Amy—. De todos modos, lo cierto es que creo que te pareces más a la tía Mary y ella no terminó atada a una silla».

La tía Mary murió al pasar por delante de un tranvía en la ciudad, pero desde luego no se puso delante de aquel tranvía a propósito, por mucho que algunos lo sugirieran. La verdad, según la madre de Amy, era que la tía Mary se distrajo mientras trataba de recuperar el sombrero panamá de una niña cuando un cambio brusco del viento del sur se lo arrancó de la cabeza una tarde de verano, una semana antes de Navidad, lo cual, según la madre de Amy, era exactamente el tipo de temeridades que Amy haría, y, si lo hiciera, Joy jamás se lo perdonaría. Mira a ambos lados. Sobre todo, cuando se aproxima la Navidad. Convierte eso en uno de tus curiosos rituales. Mira a ambos lados.

Amy ya no tenía ningún curioso ritual. O, al menos, ninguno que los demás pudieran notar. En cualquier caso, todos tenían sus rituales y sus supersticiones, sus extraños hábitos. Troy tenía que darse tres toques en la nariz antes de hacer un servicio. Logan tenía que ponerse sus calcetines rojos de la suerte cada vez que competía, incluso cuando los pies le habían crecido demasiado como para llevarlos. A

Brooke todavía le costaba salir del coche siempre que llegaba a cualquier sitio. Brooke pensaba que nadie lo sabía. Amy lo sabía.

—No te pasa nada malo, cariño —le dijo su padre—. Está todo en tu cabeza.

«Todo en tu cabeza». Su padre era adorable y un ignorante.

Se quedó tumbada, inmóvil, y respiró mientras charlaba con los espíritus de la tía Edna y la tía Mary. Nunca había conocido a ninguna de sus locas tías abuelas pero pensaba que se habrían llevado bien.

—Tengo como un mal presentimiento con el hecho de que esa chica esté viviendo con mis padres.

—Yo también —respondió la tía Edna.

—Yo también —dijo la tía Mary.

—Deshazte de ella —propuso la tía Edna, que era muy mandona.

El mal presentimiento se intensificó, se le aferró al estómago y se lo retorció. La alarma de un coche se disparó en la calle. Oyó que llamaban a la puerta de su dormitorio.

Amy agarró las sábanas y las levantó para cubrir su desnudez.

—¿Quién es? —gritó.

—¡Perdona! —dijo una voz de hombre áspera y grave—. Soy yo. —Hizo una pausa—. Simon. —Se aclaró la garganta—. Simon Barrington. —Como si en esa casa vivieran varios Simons.

Ella miró al techo. Se había imaginado que esto podía pasar y se había dicho a sí misma que de ninguna manera debía permitir que pasara.

—¿Estás despierta? —preguntó él detrás de la puerta.

—No —respondió Amy—. No estoy despierta, Simon Barrington. —«Solo estoy aquí, parloteando con los espíritus de mis locas tías muertas, Simon Barrington».

No iba a decir nada más. Era un error acostarse con los compañeros de casa. Sobre todo, cuando ellos todavía tienen veintitantos años y tú estás a punto de dejar la treintena. La que durante mucho tiempo fue novia de Simon le había dejado hacía poco mientras desayunaban el *yum cha* en un cantonés. Había estado saliendo con ella desde el instituto y se suponía que se iban a casar al año siguiente. Él no lo vio venir y le encantaba el *yum cha,* cosa que su novia sabía, lo cual añadía un componente más a la tragedia.

Ahora estaba desolado y borracho, había llegado a casa y se había acordado de su compañera de casa soltera que estaba en la planta de arriba, como quien se acuerda de las sobras de comida que hay en el frigorífico, y había pensado: «Ajá». Era un chico bastante agradable, dulce y educado y escrupuloso con la higiene de la casa, pero leía esas aburridas biografías hasta el final y era un antiguo jugador de rugby,

con cuerpo hipertrofiado de jugador de rugby (a ella le gustaban los hombres altos, esbeltos e inescrutables; no había nada de inescrutable en Simon Barrington) y tenía un trabajo aburrido que ella nunca conseguía recordar, algo relacionado con las telecomunicaciones, las propiedades o posiblemente fuera contable, y era más joven que ella, y más bajito que ella, y los hombres siempre decían que no les importaba lo de la altura, pero sí les importaba, vaya que si les importaba, y esa furia reprimida siempre terminaba saliendo a la superficie.

Así que sería una vez y no sería buen sexo y, después, habría una incomodidad entre ellos durante los siguientes meses de su contrato de alquiler y, luego, ella tendría que buscarse otro sitio donde vivir, y ese le gustaba, le gustaba la luz de neón de la pista de minigolf, le gustaba la zarigüeya con su trastorno de pánico.

—¡Lo siento! —gritó Simon a través de la puerta—. ¡Lo siento mucho! Me voy.

Ella esperó.

Silencio. ¿Se había ido? Debía dejar que se fuera.

Se levantó de la cama, se puso una camiseta y abrió la puerta. Él se dirigía hacia las escaleras.

—¿Simon? —dijo—. ¿Simon Barrington?

Se giró. Llevaba la camiseta por fuera de los vaqueros, las gafas torcidas, los ojos enrojecidos y necesitaba un afeitado.

Amy levantó un dedo. Le hizo una señal para que se acercara.

Trastorno del control de los impulsos. Ese era otro.

19

Ahora

Sonó un teléfono. El zumbido de una impresora. El repiqueteo de un teclado. Un hombre se rio y dijo: «¿Estás de coña?». Una mujer estornudó y dijo: «¡Salud!». Podría haber sido la diáfana oficina de una empresa en una mañana laborable cualquiera, con su moqueta gris de nailon y sus paredes beis, salvo que las personas que trabajaban ahí se ocupaban a diario de lo peor de la humanidad. No era de extrañar que los más veteranos hablaran con similar tono crispado e impaciente, lo que hacía preguntar suspirando a sus parejas: «¿Por qué eres siempre tan desconfiada?».

Christina estaba sentada en su mesa, bebiéndose un café doble con leche entera de la cafetería de al lado de la comisaría, pensando en Nico esa mañana, cuando preguntó suspirando: «¿Por qué eres siempre tan desconfiada, Christina?», después de que ella quisiera saber por qué el fotógrafo de bodas que era amigo de un amigo les pedía el pago por adelantado.

Joy Delaney llevaba trece días sin dar señales tras una discusión con su marido. Se trataba de una mujer cuyos hijos no podían recordar que hubiese pasado fuera una sola noche sin su marido.

«¿Por qué eres tan desconfiada, Christina?».

«Porque hay gente normal y agradable que miente, roba, engaña y asesina, Nico».

Habían pagado al fotógrafo por adelantado.

Se bebió lo que quedaba de café, abrió el expediente que tenía delante y leyó una copia impresa de los documentos de Word que Joy tenía en su ordenador de escritorio:

Así que quieres escribir tus memorias

La de escribir tus memorias es una experiencia enriquecedora. Piensa en este ejercicio como un calentamiento para hacer que esos jugos de creatividad empiecen a fluir.

Empecemos por la «presentación». Cuéntanos, a continuación, la historia de tu vida en pocos párrafos.

Mi nombre de nacimiento es Joy Margaret Becker. ¡Sin ninguna relación con el famoso tenista Boris Becker, por si os lo estáis preguntando! (Aunque sí juego al tenis). Mi madre se llamaba Pearl y era una «belleza», lo cual es el motivo por el que nunca se recuperó del impacto de que mi padre nos abandonara cuando yo tenía cuatro años. Dijo que iba a ver a un amigo. ¡Pero olvidó mencionar que el amigo vivía a más de dos mil kilómetros, en el norte de Australia!

Mi padre murió en una «pelea a puñetazos» tres años después de que nos abandonara. Tenía mal genio. Yo también tengo mal genio, o eso me comentan. ¡Pero nunca me he peleado a puñetazos! Siempre me dijeron que mi padre me adoraba, pero menuda forma tuvo de demostrármelo.

Mi madre volvió a la casa de sus padres, mis abuelos, que fueron para mí más como unos padres y fueron quienes me criaron. Yo estaba especialmente unida a mi abuelo, que era el hombre más hablador que he conocido jamás. Hablaba hasta por los codos. Todavía pienso en cosas que me gustaría contarle a mi abuelo. Mi madre era una persona bastante criticona e infeliz. No era culpa suya. Nació en la época equivocada. Yo creo que si hubiese nacido ahora podría haber sido la directora ejecutiva de una gran empresa. O podría haber sido una chica del tiempo. Desde luego, era bastante guapa y siempre mostraba mucho interés por el tiempo.

A mi abuelo le encantaba el tenis y, un día, cuando yo era muy pequeña, cogí su enorme raqueta de tenis de madera de cabeza cuadrada. Debía de ser muy pesada para una niña de tres años. Por mera diversión, mi abuelo me lanzó una pelota y yo se la devolví con un golpe directo. Dijo que casi se cayó de la silla. Di a diez pelotas seguidas antes de fallar. Mi abuela decía que fueron solo cinco. Mi madre decía que no se creía ni una palabra de aquello. ¡Quién sabe! Lo que sí sé es que lo único que yo quería hacer de niña era jugar al tenis. Me encantaba darle a la pelota. Tiros fuertes y directos desde la línea de fondo. Esos eran mis preferidos. (Ahora hay demasiados tiros con efecto. Es por esas nuevas raquetas tan sofisticadas). Me encantaba el sonido. Clop. Clop. Clop. Como los cascos de un caballo. El olor de las pelotas de tenis nuevas es uno de mis preferidos. Nunca he tomado drogas (aparte del paracetamol, que me gusta bastante) pero, a veces, siento como si el tenis fuese mi droga. Cuando el partido acaba es como despertar de un bonito sueño.

Empecé a participar en torneos a los diez años. Cuando cumplí once, jugué contra una niña de trece años que lloró cuando le gané. No sentí ninguna pena por ella. Eso lo recuerdo muy bien. Mi premio por ganar aquel torneo fue un paraguas (transparente y con un borde rojo). Fue el mismo día que oí cómo un hombre le decía a mi abuelo que yo tenía el potencial de una campeona del mundo. Eso se me quedó grabado en la mente. Mi abuelo y yo teníamos un plan. Primero, ganaría los campeonatos júnior locales; después, los estatales; luego los individuales femeninos de Australia; luego iría al extranjero (¡jamás había montado en avión!) y ganaría los títulos de Francia y Estados Unidos y, por

último, Wimbledon.

Cuando tenía doce años, mi abuelo tuvo que hacer un nuevo estante para todos mis trofeos.

Era bastante joven cuando me casé con un joven tenista alto (¡muy alto!), moreno y atractivo llamado Stan Delaney. Planeamos nuestras carreras tenísticas. Recorríamos todo el país jugando en torneos mientras todavía nos estábamos buscando la vida. Fue duro pero divertido. Yo asistía a un curso de secretariado después del colegio. Mi madre quería que yo tuviese un respaldo por si «lo del tenis no salía bien». Su esperanza era que yo me casara con un «empresario». Pensaba que el tenis era un cuento de hadas y quizá tuviese razón, porque mi marido sufrió una lesión muy grave cuando solo tenía veintidós años. Se rompió el tendón de Aquiles jugando el tercer set de los cuartos de final del torneo de la costa masculino. Habría ganado el partido de no ser por esa lesión. ¡Así que ese fue su talón de Aquiles! (solo que fue el tendón). Salimos del circuito y, unos años después, abrimos la Escuela de Tenis Delaney, que se convirtió en una de las escuelas de tenis más conocidas del estado, si no del país, modestia aparte. (Le dije a mi madre que, al final, yo misma terminé convirtiéndome en «empresaria» pero ella pensaba que se lo decía en broma).

Tuvimos cuatro hijos, dos chicos y dos chicas. ¡Empate! Los cuatro fueron muy buenos jugadores de tenis. No tenemos nietos todavía.

Hace poco vendimos la escuela de tenis y ahora tenemos tiempo de tachar de la lista todas las cosas que nos han quedado pendientes. ¡Excepto que no existe tal lista! En fin.

—¿Christina?

Levantó los ojos y vio a Ethan, ese día vestido con una camisa turquesa, en la entrada de su cubículo, derrochando salud y optimismo. «Estos jóvenes son como los putos conejos de Energizer», le había dicho con un suspiro a Christina otro de los policías, y eso que él era quince años mayor que ella, pero Christina sabía a qué se refería.

—El historial de búsquedas en internet de Joy Delaney el día de su desaparición —dijo Ethan a la vez que le pasaba un papel. Había destacado con un marcador amarillo las líneas importantes.

Joy había buscado en Google las siguientes preguntas:

«¿Cómo saber cuándo ha llegado el momento de divorciarse?».
«Divorciarse después de los sesenta».
«¿Cómo afecta el divorcio a los hijos adultos?».
«¿Funciona la terapia de parejas?».
«¿El whisky se estropea?».

—Se acabó eso de que tenían un matrimonio feliz —dijo Christina.

—Lo sé —contestó Ethan con tristeza y dejó caer por un momento la cabeza, como si mostrase sus respetos por una pérdida, pero la levantó de inmediato de nuevo y habló con tono más animado—: También tengo los registros de sus llamadas. Una hora antes de enviar ese mensaje...

—Si es que envió ella ese mensaje —le interrumpió Christina.

—Una hora antes de que ese mensaje fuera enviado —rectificó Ethan—, hubo una conversación telefónica de cuarenta minutos con el doctor Henry Edgeworth. Es un cirujano plástico de cuarenta y nueve años, casado y con dos hijos. Ahora mismo se encuentra en el extranjero y no devuelve las llamadas.

—¿Un cirujano plástico? —Christina frunció el ceño—. ¿Cómo puede encajar esto?

No encajaba.

—¿Haciendo una reserva para una cirugía plástica para poder cambiar su identidad? —sugirió Ethan.

—Sí. Porque terminó mezclada con la mafia —respondió Christina.

—¿Quieres que busque alguna posible conexión con el crimen organizado? —preguntó Ethan con tono entusiasta.

Ella levantó la vista para ver si estaba de broma. No supo qué pensar.

—Tenemos que buscar todas las conexiones posibles —contestó, sin alterarse.

Ethan asintió. Bajó la mirada a sus notas.

—Hubo aquella enorme granizada dos días después de San Valentín.

—¿Y crees que un granizo le golpeó la cabeza y ahora sufre amnesia?

Él la miró. Ahora era Ethan el que no sabía si ella estaba de broma.

—¿Cómo va lo de esa huésped que tenían?

—Me estoy acercando.

—Bien —contestó Christina—. Porque estoy viendo que todos los caminos conducen a ella.

20

El día del Padre

La mañana del día del Padre, Joy se levantó tarde y descansada. Estaba despatarrada y boca abajo en medio de la cama, como una niña. Se había formado un pequeño círculo de saliva sobre la sábana. Stan no estaba. La luz de la primavera se filtraba por la ventana y le calentaba las piernas, que llevaba desnudas por debajo de la camiseta. Podía oler el jazmín del jardín y el beicon de la cocina. Savannah debía de estar preparando el desayuno.

Se estaba acostumbrando demasiado a que le cocinaran y limpiaran la casa. Así debía de ser como viven los famosos. No era de extrañar que se mostraran tan carismáticos y alegres en los programas de entrevistas. Joy misma empezaba a sentirse más carismática y alegre cada día que pasaba.

De hecho, parecía como si Savannah los tratara a Stan y a ella como si fuesen los invitados de un programa de entrevistas y ella la presentadora, fascinada por los entresijos de sus vidas de famosos. Quería saberlo todo de ellos: su tenis, su escuela de tenis, el club, los hijos. Hacía preguntas que Joy estaba segura de que sus hijos jamás se habían molestado en hacer: «¿Cuándo supisteis que estabais hechos el uno para el otro?».

—Nada más verla —respondió Stan. Estaba sentado cuando dijo aquello. Joy estaba de pie, y él la agarró de la cintura y tiró de ella de tal modo que terminó aterrizando en su regazo.

Joy contemplaba su matrimonio a través de los ojos jóvenes y curiosos de Savannah: sólido y valioso, como un objeto de anticuario, pulido por la edad y la sabiduría. Probablemente, Savannah codiciaba una relación como la de ellos. Una relación que tuviera como resultado unos hijos, una bonita casa, un negocio de éxito y estantes llenos de marcos de fotos de fiestas de cumpleaños, comidas de Pascua y mañanas de Navidad.

Joy se metió bajo la ducha, levantó la cabeza hacia el chorro de agua y pensó en los momentos bochornosos que jamás salieron en las fotografías:

su propia cara deformada por la rabia, y la saliva saliendo

disparada de su boca retorcida,

la parte posterior de la cabeza de Stan cuando se alejaba,

sentada en un coche en el arcén de la carretera, cuatro hijos en silencio y asustados en el asiento de atrás, mientras el corazón le latía con fuerza acompasado con el tic-tic del intermitente.

Se estremeció y se le metió champú en un ojo. Por supuesto, no le iban a contar esos secretos desagradables a Savannah. La sinceridad tenía un límite, por muy mal que se encontraran sus ancianos lóbulos frontales.

El champú le escocía muchísimo. Parpadeó con fuerza y se masajeó con el caro acondicionador para dar volumen que su peluquera, Narelle, le había dicho que usara cada tres días. El régimen de cuidado del cabello que Narelle le había recomendado era complejo, pero Joy recibía muchos cumplidos por su pelo y quería a Narelle como a una hermana, o de la forma en que deberían quererse las hermanas. Sus propias hijas se querían mucho pero, por lo general, una de ellas terminaba ofendiéndose, indignándose o desconcertada por culpa de la otra.

La etiqueta del precio del champú seguía pegada a la parte posterior del bote. «¿De qué está hecho? ¿De polvo de oro?», preguntaba Stan. Joy lo quitó con la uña, lo arrugó entre los dedos, lo dejó caer y lo empujó con la punta del pie hacia el desagüe.

Sí, desde luego no había necesidad de que Savannah supiera cuántas veces Joy y Stan se habían enamorado y desenamorado a lo largo de los últimos cincuenta años, que en ocasiones Joy había odiado tanto a Stan que se le revolvía el estómago, que cuando los tres mayores eran muy pequeños habían hablado seriamente, con toda naturalidad, casi con agrado, de separarse, que Joy había creído que por fin lo iban a hacer, que Brooke fue una sorpresa que concibieron durante una reconciliación igual de sorpresiva, que había sido como si de verdad se tratara de una relación nueva, que el hecho de haber estado tan cerca de perderse el uno al otro había provocado que naciera algo más profundo y rico, pero que luego, una vez más, se habían despistado y todo ese amor y felicidad había ido desapareciendo lenta e imperceptiblemente, como si tuviesen una diminuta fuga.

Amy le dijo una vez a Joy que no tenía ni idea de lo sola que se sentía siendo soltera. Joy deseó responderle que podía sentirse igual de sola estando casada, que en muchas ocasiones se había despertado un día tras otro aplastada por la soledad y, aun así, había tenido que preparar el desayuno para cuatro hijos.

No le dijo eso a Amy. Lo que le dijo fue: «Sí, cariño, tienes razón.

Debe de ser muy duro».

No podía contar la verdad de su matrimonio a sus hijos adultos. No lo querían saber, aunque creyeran que sí.

Hubo un año, aquel año malo de verdad, en el que tanto su madre como la de Stan enfermaron y, después, las dos murieron con tres meses de diferencia. Como hijos únicos que eran, Joy y Stan tuvieron que sufrir la pérdida solos. Fue entonces cuando Joy planeó marcharse en secreto. Su idea había sido esperar hasta que Brooke terminara el instituto, momento en que se liberaría de sus obligaciones como madre. Había sentido placer mientras planeaba todo aquello, incluso imaginando el dolor, como una fantasía sadomasoquista.

Pero entonces Brooke terminó el instituto y volvían a estar bien. Quizá mejor incluso de lo que habían estado nunca. Volvieron a jugar dobles y a ganar un torneo tras otro. Aquellas victorias parecían impregnarlo todo: su vida sexual, el negocio... Joy se concentró en sacar el máximo de dinero de la escuela de tenis. Abrió la cafetería, la tienda de deportes, empezó los campamentos de vacaciones. Eso fue lo que sucedió. Tuvo una larga racha en la que pensó que no podía perder, hasta que lo hizo.

Y, ahora, ahí estaban. No habría sabido decir muy bien si Savannah les había pillado en una época de subida o de bajada, o si por fin habían encontrado un equilibrio que duraría hasta que la muerte los separara. A veces, era como si la relación menguara y ascendiera a lo largo de un mismo día, o incluso de una conversación. Podía sentir cariño seguido de resentimiento en un espacio de diez minutos.

Fue a enjuagarse el caro acondicionador y, entonces, recordó que Narelle le había dicho que se lo dejara, al menos, durante tres minutos. Decidió pasar los tres minutos haciendo elevaciones de puntillas con los ojos cerrados, que era lo que Brooke le había dicho que hiciera todos los días para mejorar la «movilidad de los tobillos». No era tan obediente con su hija como con su peluquera y quería poder contarle a Brooke sin faltar a la verdad que había estado haciendo sus ejercicios. Subió y bajó sobre una pierna, con los ojos cerrados, las manos extendidas por si necesitaba agarrarse (era probable que Brooke no aprobara que estuviera haciendo esos ejercicios en la ducha). Si entraba Stan y la veía balanceándose desnuda, se reiría sin parar.

¿Iría bien el día? Se sentía curiosamente nerviosa al pensarlo.

Por supuesto, los chicos ya habían conocido a Savannah cuando la ayudaron a recoger sus cosas y todo había ido bien, aunque resultó que el exnovio estaba allí, pero no les había supuesto ningún problema y habían vuelto con todos sus miembros intactos.

Quizá Savannah y las chicas se hicieran amigas. Probablemente Brooke no. Estaba demasiado ocupada con la clínica y podía mostrarse un poco distante. Por el contrario, Amy coleccionaba amistades nuevas de todas las edades allá donde iba. Una noche se hizo tan amiga de una conductora de Uber que terminó aparcando el coche para irse con Amy y sus otras amigas a divertirse. ¡Y fue gracias a esa simpática chica de Uber que Amy había encontrado la casa compartida en la que vivía!

Quizá Savannah podría mudarse a la casa de Amy si quedara otra habitación libre.

Aunque, sinceramente, Joy no tenía prisa por que se fuera de su casa.

Joy dejó de balancearse, se enjuagó el acondicionador y se aplicó una última ráfaga de agua helada, que supuestamente hacía que sus células madre produjeran tejido adiposo marrón en lugar de blanco y, al parecer, el tejido adiposo marrón era bueno.

Le preguntaría ese día a Brooke por el tejido adiposo marrón y probablemente Brooke se reiría de ella y le diría que lo había entendido todo al revés. Joy intentaba siempre que le era posible que Brooke se sintiera inteligente y capacitada como sanitaria. Brooke sí que era inteligente y estaba capacitada como sanitaria, solo que necesitaba desesperadamente la aprobación de los demás y trataba de ocultar con la misma desesperación ese deseo tan patente en su carita ceñuda. Ojalá se pusiera un poco de lápiz de labios.

Joy se secó rápidamente. Cielo santo, sí que estaba nerviosa.

¿Le preocupaba que sus hijos notaran el desajuste entre el talante jovial y cariñoso que ella y Stan mostraban ante Savannah y cómo eran en realidad? ¿El carácter que habían visto desde niños? Pero, en fin, sí que estaban felizmente casados, la mayor parte del tiempo, y sí que eran personas joviales y cariñosas o, por lo menos, Joy lo era.

Sus cuatro hijos creían fervientemente en versiones distintas de sus infancias que, a menudo, no se correspondían con los recuerdos de Joy o incluso con los de sus otros hermanos. A veces, uno de ellos contaba una anécdota de un incidente que Joy estaba segura de que jamás había sucedido o, al menos, no como ellos lo contaban, porque ella tenía datos biográficos a su disposición: «¡Pero si en aquella época ni siquiera vivíamos en la casa de Fairmont Street!», «¡Pero si tu abuela no estaba viva cuando cumpliste los trece años!». Y, en ocasiones, discutían por cuál de ellos era el malo o la víctima, el mártir o el héroe. «No fue a ti a quien le picó la abeja cuando ayudábamos a la abuela después de que se desmayara en la fiesta de Troy. ¡Fue a mí!». Y Joy pensaba que había sido en la fiesta de Logan, no de Troy, y que

no fue ninguna abeja, sino una avispa, y que no picó a nadie, solo que Amy creía que sí, y ninguno había ayudado, y la abuela no se desmayó, se emborrachó hasta perder el conocimiento.

Sus hijos se negaban a que les corrigiera. Eso era lo que recordaban y, por tanto, así era como había sucedido. Y cuando sus recuerdos no coincidían con los de los demás, se aferraban a sus versiones de los hechos con la misma tozudez que su condenado padre.

Aunque, a veces, uno de ellos se quedaba con la mirada perdida y podías ver que algo se colocaba en su sitio, que volvía a examinar un suceso de la infancia con ojos de adulto y decía: «Un momento, puede que la abuela estuviera borracha ese día».

Joy se puso la bata para ir a la cocina. Durante los primeros días que Savannah se estuvo quedando en su casa, Joy se había asegurado de estar completamente vestida antes de salir de su dormitorio cada mañana, pero resultaba curioso lo rápido que había empezado a relajarse estando con ella. La mayoría de los huéspedes, por muy agradables que fueran, provocaban una sensación de que algo estaba fuera de su sitio, de modo que solo te relajabas del todo cuando se iban, pero Savannah había encajado en su casa a la perfección.

Joy se dio cuenta de que Savannah nunca cerraba la puerta de su dormitorio por la noche. Ni siquiera un poco. Se acostaba con la puerta abierta de par en par, de modo que si Joy iba a acostarse después que Savannah era como pasar junto al dormitorio de una niña pequeña que estuviese durmiendo. «¡Buenas noches!», decía, si Savannah tenía encendida la lámpara de la mesita de noche. «¡Buenas noches, Joy!», respondía Savannah con voz alegre. «¡Que duermas bien!».

Joy llegó a la clara conclusión de que probablemente esa pobre chica había aprendido el arte de hacerse un hueco desde que era niña. No había hablado mucho sobre su infancia, pero sí le había contado a Joy que se había criado en centros de acogida. Dijo que algunas de las casas de acogida fueron estupendas. ¡Fantásticas! Pero que otras no lo fueron tanto. La habían cambiado muchas veces porque había familias que aceptaban hacerse cargo de ella pero, luego, no funcionaba o cambiaban de opinión. Ella decía que, siendo sincera, fueron esas las épocas que no resultaron tan estupendas. Savannah no sabía nada de sus padres biológicos, aunque recordaba vagamente algunas visitas supervisadas a su madre biológica, pero que habían cesado cuando ella era muy pequeña y que ahora desconocía por completo el paradero de esa mujer, ni le despertaba gran interés.

Joy se peinó el pelo mojado. Se lo secaría después del desayuno. Estaba hambrienta. Se miró en el espejo. ¿Savannah cocinaba para

Stan y ella con el fin de gustarles? Lo peor era que con eso sí que lograba gustarles.

¿Era eso otro pelo en el mentón? Por el amor de Dios. ¿Dónde estaban las pinzas? Se puso las gafas, se inclinó sobre el espejo y se lo quitó con un pequeño y violento tirón que hizo que se le saltaran las lágrimas.

Sería terrible que Savannah estuviera cocinando para ellos con el fin de comprar su cariño. Ellos no eran padres de acogida de Savannah. Era una mujer adulta. Pero, aun así, Joy necesitaba estar al tanto de su pasado.

Se ajustó el cinturón de la bata. Un día como ese debía de ser difícil para Savannah. Tendría que ver a los hijos de Joy celebrando el día de su padre con regalos y bromas, cuando ella nunca había tenido un padre. Joy tampoco había tenido nunca un padre, pero se había criado en su hogar, con una madre que la quería (aunque de una forma un tanto peculiar y no especialmente cariñosa). Y lo más importante de todo era que Joy había tenido unos abuelos cariñosos que habían ocupado de sobra el espacio que había dejado la desaparición de su padre. La pobre Savannah había crecido sin ningún tipo de estabilidad.

Joy entró en la cocina y vio que Savannah estaba rompiendo un huevo sobre la sartén con una mano.

—¡Buenos días, Estabilidad! —exclamó Joy con emoción. Se sonrojó—. ¡Quiero decir, Hannah, o sea, Savannah! —Cielo santo.

Stan, que estaba sentado en la mesa comiendo huevos con beicon mientras hacía un crucigrama, la miró por encima de sus gafas de lectura.

—¿Te está dando un derrame cerebral?

—¡Buenos días, Joy! —Savannah cogió otro huevo del cartón entre los dedos—. ¿Quieres hoy uno o dos huevos?

—Ah, pues solo uno estará bien. ¡Pero sabes que no tienes por qué prepararnos el desayuno todos los días! ¡Sobre todo, porque luego haces el almuerzo! —Joy se acercó insegura a los fogones. Ya no le parecía que fuera su cocina. Nunca la había respetado a ella como respetaba a Savannah.

La estancia olía a algo que se estaba haciendo en el horno. Pudo ver que había algo enfriándose en una bandeja para tartas debajo de un papel de aluminio.

Lanzó a Stan una mirada asesina.

—No me está dando ningún derrame. Si me estuviese dando, deberías pedirme que levantara el brazo derecho.

—Levanta el brazo derecho —dijo Stan.

—Pero si me encanta cocinar —contestó Savannah con tono serio —. Es un privilegio cocinar en una cocina como esta. Por favor, déjame cocinar. —Sus ojos, con esas pestañas blancas de conejita, se clavaron en los de Joy. A veces, Joy sentía una especie de inquietud cuando la miraba a los ojos. Tenía que apartar la mirada.

—Ah, bueno, claro que puedes cocinar. ¡Me encanta que cocines! ¡Gracias!

—Tienes un ojo rojo —le dijo Stan a Joy—. ¿Eso es síntoma de derrame cerebral?

—Se me ha metido champú en el ojo —respondió Joy, malhumorada—. Feliz día del Padre.

—Gracias —contestó Stan. Se terminó el último bocado, dejó el cuchillo y el tenedor y se limpió cuidadosamente los labios con la servilleta de tela que Savannah le había puesto al lado, como si fuese el rey de la maldita Inglaterra—. El mejor desayuno del día del Padre que he tomado en mi vida.

—Vaya, eso sí que es un elogio. —Un elogio que probablemente tus hijos adultos no tengan por qué oír. Joy tuvo un destello de un recuerdo de Brooke poniéndose de puntillas junto a la cocina, con la lengua asomando por un lado de la boca, mientras trataba de dar la vuelta a una tortilla que le estaba preparando a Stan por el día del Padre.

—¿Qué es esto? —Joy levantó el extremo del aluminio. El olor era intenso, dulce y familiar.

—Brownies de chocolate —respondió Savannah. Y fue absurdo y exagerado el modo en que Joy sintió una sacudida en el estómago, como si Savannah hubiese dicho: «¡Serpiente!» o «¡Fuego!» en lugar de «brownies».

—Qué bien —dijo. Evitó mirar a Stan—. Qué bien.

Se distrajo abriendo la puerta de la nevera demasiado rápido, haciendo que aquel maldito imán saliera disparado hacia el suelo, llevándose con él una nota del ayuntamiento sobre el reciclaje que Stan había plastificado afanosamente para así poder conservarla siempre (en lugar de reciclarla). Cogió el imán justo antes de que cayera al suelo. El imán era un recuerdo del London Eye y tenía una foto de Joy y Stan, agarrados del brazo sobre la noria, fingiendo ser unos sonrientes jubilados que están disfrutando del viaje de sus vidas (cuando, en realidad, Stan no dejaba de quejarse por el precio de las entradas).

Cuando compraron el imán, Stan dijo que era demasiado pesado para ser un imán para el frigorífico. «No va a servir», había dicho con desdén y con tono exasperante, porque Joy estaba deseando llevárselo

a Sídney para ponerlo en su nevera como prueba fotográfica del tipo de vacaciones que, en realidad, no habían tenido, y funcionó, porque había oído cómo Savannah le preguntaba a Stan por él y Stan le había hablado de las mágicas vistas de Londres. Había usado de verdad esa palabra: «mágicas».

Las vistas habían sido mágicas. ¿Qué tenía eso de malo? ¿Por qué no reescribir el recuerdo y tratarlo como un día perfecto? ¿Qué tenía de bueno tanta precisión en lo referente a los recuerdos? ¿Qué tendría que decir sobre aquello su queridísima y dulce profesora de escritura de las memorias?

Volvió a colocar el imán y la nota del ayuntamiento y pensó que, en realidad, debería tirar el imán del London Eye y usar el precioso imán de la flor de Indira, pero sentía un rencor ilógico contra ese imán por no ser la foto de ecografía que se había esperado. Lo había escondido en un cajón para así no sufrir cada vez que lo viera. Pensaba decirle a Indira que el imán era demasiado bonito para ponerlo en el frigorífico y que lo tenía sobre su tocador. Joy era una mentirosa buenísima cuando estaban en juego los sentimientos. Indira nunca iría a comprobar si era verdad.

Abrió una vez más el frigorífico y se quedó mirando su contenido sin reconocerlo. Nada le resultaba familiar porque Savannah había ido a la compra la tarde anterior y había comprado todo para ese día. Joy se había sentido un poco mal y había sido un verdadero alivio que Savannah se ofreciera, aunque dijo que no se sentía cómoda llevándose la tarjeta de crédito de Joy, pero Joy sabía que podía fiarse de ella y, para asegurarse, ya había echado un rápido vistazo a su saldo por internet y Savannah no se había comprado ningún billete para Francia.

Cerró el frigorífico y se giró para mirar a Savannah.

—Lo cierto es que es posible que tengamos abundancia de brownies de chocolate hoy, porque Amy siempre trae para Stan. Son sus preferidos... y son algo así como la especialidad de Amy.

—¡Ay, no! —A Savannah se le descompuso el rostro—. ¿Su especialidad? —Levantó el aluminio y examinó sus brownies. Eran pequeños e impecables rectángulos. Los de Amy estaban siempre deformados y llenos de grumos y para ser sinceros un poco demasiado dulces para el gusto de Joy, aunque siempre se unía al coro de aprobación de la familia—. No pasa nada. Los congelaré —dijo Savannah con decisión—. ¡No hay ningún problema! Los guardaremos para otro día.

—Quizá sea lo mejor. Me siento fatal después de tanto trabajo —convino Joy—. Pero...

—Ni hablar —intervino Stan.

Las dos se giraron para mirarle.

—Nunca hay demasiados brownies —insistió.

«Desde luego que sí», pensó Joy.

—Haremos una degustación, para ver cuáles son los mejores —propuso él con una sonrisa. Estaba de un humor excelente—. ¿No es esa la profesión de Amy? ¿La de catar comida? ¡Haremos un concurso!

—Estás de broma —repuso Joy.

Stan respondió encogiendo un hombro, lo cual hizo que a Joy le recordara a Logan.

—¿Por qué no?

—Porque estamos hablando de Amy.

—No quiero causar ningún problema. —Savannah se secó las manos en el delantal limpio.

Ah, qué madura era. Mucho más que la hija de Joy, que era mayor que Savannah y que se había criado con todos los privilegios.

—No vas a causar ningún problema —dijo Stan.

—Bueno... —intervino Joy.

—Amy tiene treinta y ocho años, no ocho —protestó Stan.

—Tiene treinta y nueve —le corrigió Joy.

Stan no le hizo caso.

—Dos personas han preparado brownies de chocolate. No es ninguna crisis.

Joy vaciló. Quizá sí que fuese una estupidez esconder los brownies recién hechos de Savannah. Amy lo entendería. Puede que incluso se riera de Joy por haberse preocupado.

—No podemos ser indulgentes con los cambios de humor de Amy —continuó Stan. Hablaba con ligereza, pero Joy había pasado cincuenta años prediciendo sus estados de ánimo. Conocía sus pautas. Podía ver sus dientes apretados por la forma de su mandíbula. Stan había decidido que quería dejar algo claro con aquello, como si todavía fuese un padre joven y esa fuese una decisión que había tomado sobre cómo criar a sus hijos y, como el hombre, el padre y el cabeza de familia, lo que él dijera iba a misa, como si todavía tuviesen una posibilidad de moldear la conducta de sus hijos igual que habían moldeado su forma de jugar al tenis y la hora adecuada para irse a la cama, cuando, de hecho, hacía tiempo que Joy se había dado cuenta de que las personalidades de sus hijos estaban ya bastante establecidas desde que nacieron.

Stan siempre se había enfrentado con vehemencia a los problemas de salud mental de Amy. Creía que podía hacer que se comportara como «una persona normal» solo con su propia fuerza de voluntad.

«Solo quiero que sea feliz», decía, como si Joy no deseara lo mismo. «A Brooke no le decimos que deje de tener dolores de cabeza», le había dicho ella en una ocasión, pero él no lo entendía.

Recordó que Stan solía reprender a Amy diciéndole «¡Termina ya!» cuando de pequeña tardaba demasiado rato en llegar a la conclusión de alguna historia inconexa y sin sentido, o «¡Más despacio!» cuando se emocionaba con tanto delirio que las palabras se le agolpaban. Amy se ponía seria, el ánimo se le estrellaba contra el suelo y, de repente, dejaba de hablar, como si hubiesen cerrado un grifo.

«Hablaba como una loca, no entendía lo que decía», se justificaba después Stan, a la defensiva y con sentimiento de culpa. Joy tampoco había entendido lo que decía, pero no le importaba, no trataba de sacarle el sentido. Se limitaba a disfrutar viendo el rostro animado de Amy mientras contaba sus disparates y le gustaba verla feliz, para variar.

Pero ahora a Amy le iba bien. Llevaba tiempo sin «problemas». Estaba en «una buena situación», como decía la gente. A Joy le gustaba el sonido del nombre de ese nuevo terapeuta. Roger. Joy había ido al colegio con un chico simpático que se llamaba Roger.

En cualquier caso, lo cierto era que Joy nunca podía predecir con decisión qué podría molestar a Amy. Joy se había visto a menudo preocupada por algún asunto que pensaba que podría sacar de quicio a Amy y se había equivocado por completo. El truco con Amy era seguirle la corriente. Dejar que hablara como loca y a toda velocidad cuando estaba feliz. Dejar que estuviese triste cuando estaba triste, y contener las ganas de enumerarle todas las razones por las que no debería estar triste.

—No te preocupes, Savannah —dijo Joy—. ¡Cuantos más brownies, mejor!

El peligro de enfadar a Stan pesaba más que el de molestar a Amy. El peligro de enfadar a Stan había pesado siempre mucho más que el de hacer enfadar a cualquiera de sus hijos.

Casi siempre.

Una sensación caliente y amarga apareció en su pecho como si fuese ardor de estómago o un infarto. A su edad, cualquiera de las dos cosas podía ocurrir, pero no le hizo caso y se sentó en la mesa a esperar a que le pusieran delante su desayuno. Apartó con determinación la mirada de los gatos de porcelana de su suegra. A veces, parecía como si la mirasen, igual que antiguamente la había mirado su suegra, con verdadera malicia.

Colocó suavemente la mano sobre el brazo de Stan.

—Quizá podrías cambiarte y ponerte esa camisa azul, cariño. La

que te regaló Amy por Navidad.

—Me está demasiado ajustada por la espalda —protestó él.

—Lo sé. Pero póntela de todos modos.

21

Ahora

*U*n brownie de chocolate? —preguntó la hija mayor de Joy Delaney con tan angustiosa y ferviente esperanza mientras levantaba el plato que Christina y Ethan cogieron uno cada uno—. Acaban de salir del horno —añadió Amy.

Christina y Ethan estaban sentados juntos en el sofá de la sala de estar de la casa adosada del centro de la ciudad donde vivía Amy y que, al parecer, compartía con tres compañeros. Amy estaba sentada frente a ellos, en el borde de un sillón tan maltrecho que parecía como si alguien lo hubiese atacado con un cuchillo. Tenía el aspecto de la típica casa compartida. La habitación en la que se encontraban estaba llena de muebles que no pegaban entre sí y había un ligero olor a cannabis y ajo. Amy le sacaba una cabeza tanto a Christina como a Ethan y llevaba unos pantalones harem que parecían de un pijama y una camiseta blanca con las palabras «Así es mi vida». Se había recogido su pelo teñido de azul para la rueda de prensa, pero esta mañana lo tenía mojado, como si acabara de salir de la ducha.

Nadie habría pensado que se había criado en esa bonita casa familiar con los parterres de flores y los duendes de jardín, salvo por esa meticulosidad con la que les había recibido, insistiendo en prepararles unas tazas de té y sacando unos brownies con platitos y servilletas.

Christina dio un bocado al pastelito, que era dulce y almendrado, y sintió una descarga de azúcar al instante. Era muy susceptible a las subidas de azúcar. También a las bajadas. Nico solía aprovecharse de ello. Cuando se declaró, le regaló un anillo de diamantes y un paquete de chocolatinas Caramello Koala.

La mesita de centro estaba demasiado apartada como para llegar hasta las tazas de té que Amy les había preparado.

—¡Ay, perdón! —exclamó Amy al darse cuenta, y se puso de rodillas para tratar de acercarles la mesita. El té salpicó sobre la mesa.

Amy maldijo en voz baja y parecía a punto de llorar.

—No se preocupe, yo lo hago —se ofreció Ethan para tranquilizarla y se levantó para acercar la mesa con un movimiento suave.

—¡Gracias! —Amy jugueteó con la tela de sus pantalones—. Esta habitación no está muy preparada para recibir visitas. En fin. Gracias por venir. Ha sido muy amable por su parte. No sé si puedo aportar más información de la que ya les he dado. Es decir, la verdad es que no estoy muy preocupada. Estoy segura de que mi madre se encuentra bien. Nos dijo que iba a estar desconectada. Cuando vuelva a casa se va a enfadar con nosotros por haberles hecho perder el tiempo de esta manera. Se va a sentir abochornada. Yo misma me siento un poco abochornada, si les soy sincera.

Sus palabras expresaban una cosa, pero su lenguaje corporal otra muy distinta.

—Siento curiosidad. —Christina le hizo la misma pregunta que le había hecho al hermano de Amy—: Si está tan segura de que su madre se encuentra bien, entonces, ¿por qué denunciar su desaparición?

—Pues supongo que es por si acaso no se encuentra bien. —Amy miraba en todas direcciones. Entrelazó las manos como si estuviese tratando de impedir que se escaparan. Christina buscó con mirada experta algún síntoma de que hubiese tomado drogas, pero no encontró ninguna señal física aparte de su inquietud y sus ojeras, que fácilmente podían atribuirse a su preocupación por su madre.

—Espérate lo mejor, pero prepárate para lo peor —dijo Amy—. Pensaba que buscarían en hospitales, publicarían algún aviso, ese tipo de cosas.

—Estamos haciendo todo eso —contestó Christina—. Evidentemente, usted estaba en la rueda de prensa.

—¡Sí, claro que estaba! ¡Ha sido una rueda de prensa estupenda, gracias! Ha sido de lo más... ¡profesional! —Miró por la habitación deseando encontrar inspiración—. Pero..., eh..., supongo que a lo que me refería era a que no me esperaba que consideraran la casa de mis padres como el escenario de un crimen.

Christina no dijo nada. Esperó.

—Esos arañazos en la cara de mi padre son por el seto que hay detrás de nuestra casa. ¡Puedo enseñarles ese seto! No son por las uñas de mi madre.

Sí que lo son, pensó Christina. Apostaría un millón de dólares.

Amy se estremeció con una convulsión tan fuerte al pensar en las uñas de su madre que, por un momento, creyó que estaba sufriendo un ataque de verdad.

Ethan miró con incomodidad a Christina mientras Amy cerraba los ojos, respiraba profundamente y hacía una mueca como de levantador de pesas, como si estuviese físicamente tomando el control de su estado mental.

Abrió los ojos y, cuando volvió a hablar, su voz sonó tranquila.

—La cuestión es que ustedes no conocen a mi padre. Para ustedes es un desconocido. Solo ven a un hombre viejo y gruñón. Reprime sus emociones. Es lo que hacen los hombres de su edad. Probablemente por eso les pueda parecer culpable.

Lo cierto era que Stan Delaney no se estaba comportando como una persona culpable. Las personas culpables daban explicaciones de más. Hablaban demasiado y con detalles innecesarios. Se mostraban demasiado corteses y se esforzaban demasiado por mirarte a los ojos durante demasiado tiempo. Stan respondía a sus preguntas de forma escueta e impaciente, como si tuviese que irse a otro sitio.

—O sea, yo no he encontrado nada en la casa. ¿Y ustedes? —continuó Amy—. No han encontrado ninguna... prueba de verdad.

Hubo un diminuto estremecimiento en la palabra «prueba», como si le quemara la lengua.

Christina ignoró la pregunta. Lanzó en cambio una nueva información como quien lanza un sedal.

—Amy, ¿sabía usted que su padre había lavado el coche y lo había limpiado a conciencia el día siguiente a la desaparición de su madre? —preguntó—. Lo llevó a un lavadero de coches donde nunca había ido y pagó el servicio más caro que ofrecían. Su limpieza prémium. Normalmente, solo la gente con coches de lujo elige esta opción. Le costó cuatrocientos dólares.

—¿Cuatrocientos dólares? —Amy se quedó pálida—. ¿Está diciendo que mi padre se gastó cuatrocientos dólares en que le lavaran el coche? ¿Está segura?

—¿Diría usted que esta conducta no es propia de él? —preguntó Christina alegremente.

No necesitaba oír la respuesta.

Desde un punto de vista forense, Christina no había podido sacar nada del coche. Los que lo lavaron habían hecho un trabajo excelente. En el servicio de lavado nadie recordaba nada fuera de lo común en el vehículo. Confirmaron con orgullo que habían utilizado productos de limpieza oxidantes que podrían haber acabado con cualquier resto de manchas de sangre.

Pero un hombre que lleva su coche a lavar al día siguiente de que su mujer desaparezca tiene algo que ocultar.

—¿Conoce al doctor Henry Edgeworth? —preguntó a Amy.

—¿Al doctor qué? —respondió Amy.

—Edgeworth. Henry Edgeworth. Su madre tuvo una larga conversación telefónica con él el día de su desaparición.

—¿En serio? —preguntó Amy. La cara se le iluminó—.

¡Deberíamos llamarle!

Fue como si de verdad creyera que no se les había ocurrido esa idea.

—Hemos intentado ponernos en contacto con él —dijo Christina—. Pero está fuera del país. En una conferencia.

—Espere. ¿Cree que mi madre podría estar con él?

—No hemos encontrado ningún rastro de que su madre haya salido del país —respondió Christina—. También sabemos que no se llevó el pasaporte.

—A menos que viajara con un pasaporte falso —apuntó Amy.

Christina no supo si lo decía en serio.

—¿Le parece eso probable? —intervino Ethan—. ¿Que su madre pudiera tener un pasaporte falso?

—No —confesó Amy—. Pero supongo que es posible que pudiera tener una vida secreta de la que yo no supiera nada, ¿no? Es decir, los padres siempre nos pueden sorprender, ¿no cree?

—¿Es posible que su madre tuviera una aventura? —preguntó Christina.

Amy se quedó boquiabierta.

—Desde luego que no.

—Acaba de decir que era posible que tuviese una vida secreta. —Christina se terminó el brownie y se lamió los dedos.

Amy se rascó una picadura de insecto en el brazo con tanta fuerza que le salió sangre. Se apretó el dedo contra la mancha de sangre y repuso:

—Sí que he dicho eso, ¿no? ¿De verdad cree que es posible? ¿Que esté teniendo una aventura con ese médico? Supongo que cosas más raras han pasado, ¿verdad? Probablemente usted verá muchas cosas raras en su trabajo. Es solo que mis padres, mis padres... —Se apartó el dedo del brazo y volvió a mirarlos, con expresión transparente y seria—. Mis padres eran los únicos padres que se agarraban de la mano en los eventos escolares. ¡Siempre se están besando en público! Trabajaban juntos, jugaban a dobles juntos. Su matrimonio no es perfecto, no estoy diciendo eso, pero es un buen matrimonio. De eso estoy segura. Su matrimonio es mi referente.

Había algo casi infantil en la visión que tenía del matrimonio de sus padres. Christina pensó en la búsqueda de Google de su madre: «¿Cómo afecta el divorcio a los hijos adultos?». No le extrañaba que Joy Delaney estuviese preocupada.

—Cuando fueron a denunciar la desaparición de su madre, usted mencionó que las cosas habían estado «un poco tumultuosas» últimamente entre sus padres —le recordó Christina.

—¿Sí? —respondió Amy dudando y, según le pareció a Christina, con arrepentimiento—. Bueno, ya sabe que mis padres discutieron antes de que ella se marchara. Mi padre no nos lo ha ocultado. Nos lo dijo inmediatamente.

—De acuerdo. Pero ¿a qué se refería usted cuando dijo que las cosas habían estado un poco tumultuosas últimamente?

Hubo una pausa. Amy se movió inquieta.

—Solo que habían estado un poco irritables.

—Entonces, nada de agarrarse de la mano —dijo Christina con frialdad, y vio que Amy volvía a encogerse, como si le hubiese ofendido.

—Últimamente, no mucho —confesó Amy, y evitó mirarla a los ojos.

—Bueno, evidentemente vamos a seguir intentando ponernos en contacto con ese doctor Edgeworth. También estamos tratando de localizar a la mujer que estuvo viviendo con sus padres el año pasado —dijo Christina—. Parece una mujer misteriosa.

—Savannah —respondió Amy, enérgica—. Tenía su número, pero está desconectado.

—Estoy tratando de entender qué pasó con ella.

—¿A qué se refiere? —preguntó Amy de forma evasiva.

—Su hermano dijo que provocó algún drama en la familia.

—Ah, ¿sí? ¿Solo dijo eso? —Miró a Christina con recelo.

—¿Había algo más que decir?

—No. No sé. —Se enrolló un largo mechón de pelo azul en el dedo mientras pensaba bien sus palabras—. Pero no creo que sea relevante. Para usted. Es decir, para... esto.

Desde luego que era relevante. Christina sabía reconocer el sabor de lo que era relevante, tan dulce como el azúcar.

Esperó. Ethan se aclaró la garganta, en silencio.

—¿Recuerda cuándo la conoció? —preguntó Christina.

—Fue el día del Padre del año pasado —contestó Amy—. Yo preparé brownies de chocolate. —Hizo una pausa—. Y ella también.

22

El día del Padre

Brooke Delaney aparcó en la puerta de la casa de sus padres y se quedó sentada con las manos en el volante, dándose ánimos para moverse, abrir la puerta del coche, salir, entrar en la casa y que le presentaran a esa chica, esa tal Savannah, con la que trataría de mostrarse amable y cordial. No quería entablar conversación con una desconocida el día del Padre, sobre todo en ese día del Padre en particular, su primer evento familiar desde la separación.

Había pensado ponerse lápiz de labios, solo por agradar a su madre. A Brooke no le gustaba ponerse nada de maquillaje. Siempre le había parecido raro todo el concepto. ¿Por qué pintarse la cara como una payasa?

Encontró el lápiz de labios que había estado dando vueltas en la guantera de su coche desde que su madre la obligó a llevárselo hacía, al menos, dos años. Se lo puso, apretó los labios frotándolos entre ellos y se miró. Sí. Una payasa.

Se sentía hueca, vacía, desinflada, y no solo eso. Tenía una aguda y punzante sensación en el centro de su pecho, como una inflamación del cartílago costal, como si hubiese estado haciendo demasiadas flexiones pliométricas, solo que no había estado haciendo flexiones pliométricas. Había estado mirando las redes sociales.

Ahí era donde había visto una foto de su marido, sentado junto a una mujer a la que no reconocía.

No podía decir que hubiese nada significativo en esa mujer. ¿Y qué si lo había? Es una separación, Brooke.

En ese instante, sentía la palabra «separación» tan violenta e irreversible como una amputación.

Pero había algo en la inclinación de la cabeza de su marido. El ángulo.

La mujer tenía una mata de pelo que le caía sobre los hombros y llevaba mucho maquillaje. Pero mucho. Grant siempre había dicho que no quería una chica que dedicara demasiado tiempo a «acicalarse». Quería una chica que fuese de acampada, que hiciera senderismo, y que no necesitara secarse el pelo con el secador todas

las mañanas. Brooke «reunía muchos requisitos», afirmó él en su segunda cita.

Tres meses después de que Grant y ella empezaran a salir, subieron a la cima del Kilimanjaro. La anterior novia de Grant jamás podría haber realizado ese ascenso porque no era «aficionada a las actividades al aire libre» y tenía una rodilla mala. El dolor desaparecía cuando se quitaba peso de la pierna. Problemas de cartílago, seguramente. Brooke no sabía por qué seguía diagnosticando la rodilla de la exnovia de su marido. Quizá porque la rodilla de Lana había estado muy presente en la primera época de su relación. A Brooke le encantaba oír que era mucho más atlética, simpática y mejor en la cama que Lana. Era una Delaney. Le gustaba ganar. ¿Era posible que esa vena competitiva hubiese impulsado los diez años de su relación? Pero ¿cómo se las había arreglado Grant para consagrarse como el premio?

¿La siguiente mujer en la vida de Grant oiría hablar de las inoportunas migrañas de Brooke del mismo modo que Brooke lo había oído todo sobre la inoportuna rodilla de Lana?

Las respuestas de Grant a las migrañas de Brooke habían sido ejemplares. La había ayudado a meterse en la cama en una habitación a oscuras. Le había llevado la medicación y sopa casera. Ella no podía ofenderse cuando él bromeaba entre sus amigos, con el brazo cariñosamente apoyado sobre su hombro, diciendo: «Nos ha salido un poco defectuosa». No resultaba desagradable. Era ingenioso. ¡Era divertido! Era la señal para decir lo mucho que Grant la ayudaba cuando tenía una migraña. Ella jamás había fallado a esa señal.

Se lo imaginaba charlando con esa mujer de brillantes labios rojos y largas pestañas postizas. Se mostraría abierto y sincero. Causaría una excelente primera impresión. «Me he separado hace poco», diría. Nada de mentiras. Sería respetuoso al hablar de Brooke. Explicaría que, aunque apoyaba las aspiraciones profesionales de Brooke, para él era importante mantener un sano equilibrio entre vida y trabajo. «Es que creo que en la vida hay más cosas aparte del trabajo», aseguraría, y la chica con el pelo suelto estaría de acuerdo en que en la vida había muchas más cosas aparte del trabajo, y sus ojos se encontrarían justo el tiempo suficiente.

—Parece arriesgado —comentó Grant la primera vez que Brooke le habló de que quería abrir una consulta propia, pero no intentó detenerla. Nunca salió con un «Te lo dije», cuando ella se vio apurada por el dinero. Cuando Brooke le informó de que ya no podría ir a montar con él los sábados por la mañana porque se había ofrecido a estar en el centro deportivo local por si había alguna lesión, con la

esperanza de que hubiera alguna lesión, que podría atraerle pacientes y darse a conocer, él nunca se quejó. Simplemente pareció ligeramente aburrido.

Brooke ya no reunía tantos requisitos.

No hubo terapia, ni lágrimas ni gritos. Fue una separación amistosa y adulta. «Deberíamos sentirnos orgullosos de eso», había dicho Grant. Resultaba extraño que él siempre la hiciera sentir como si fueran una pareja ganadora, incluso cuando se estaban separando.

—¿Quieres que deje la clínica? —le había preguntado ella.

—Por supuesto que no —había respondido él—. Solo creo que es posible que nuestros caminos se hayan alejado y que necesitamos estar un tiempo separados para pensar.

¿Para pensar en qué? Ella no tenía tiempo para pensar.

Cuando su familia le preguntara ese día por Grant, había pensado decirles que estaba en casa enfermo con un resfriado. No iba a anunciar la separación el día del Padre, no con una desconocida sentada en la mesa. Iba a ser un impacto tanto para la familia como para los amigos. Grant y ella no habían sido una pareja que discutiera nunca en público, ni que se enfadaran siquiera el uno con el otro. Eran cariñosos sin pasarse. (Había algo sospechoso en las personas que eran demasiado acarameladas). Socializaban y hacían ejercicio juntos. Tenían amigos en común y cenas agradables. Pensó que probablemente la gente habría descrito su matrimonio como «sólido».

No era propio de ella sorprender a los demás con noticias sobre su vida personal. Eso se quedaba para Amy. Brooke prefería pasar desapercibida. Se dio cuenta de que se sentía avergonzada, como si al separarse de su marido hubiese hecho algo de cierto mal gusto y sórdido, lo cual era absurdo. No estaban en la Inglaterra de la época de la Regencia. Era el siglo XXI. Su propio hermano se había divorciado. Su amiga Ines se había divorciado.

Se desabrochó el cinturón de seguridad.

«¿Dónde está Grant?». «Está en casa. Está muy resfriado».

Era la que peor mentía de la familia. Antes pensaba que se debía al hecho de ser la menor y que, por tanto, todos podían adivinar sus débiles intentos de engaño gracias a su mayor conocimiento de cómo funcionaba el mundo.

Todavía se sorprendía buscando miradas recelosas entre sus hermanos mayores y tratando de ver los matices de la conversación, como si aún pudieran estar ocultándole secretos sobre el sexo o Santa Claus, la muerte y la abuela. (Sus hermanos habían convencido a Brooke en una ocasión de que era adoptada porque era la única zurda de la familia. Brooke se lo creyó. ¡Durante varios meses! «¿No te has

mirado en el espejo, tonta? —dijo Joy cuando Brooke le preguntó por fin entre lágrimas si por favor podría conocer a sus verdaderos padres —. ¡Sois todos idénticos!»).

Si superaba las preguntas sobre Grant, la siguiente que le haría su familia sería sobre la clínica, y también tendría que mentir sobre eso. En los últimos días había tenido cuatro clientes que no se habían presentado y tres cancelaciones de última hora. Era increíble. Como un ataque conjunto. ¿Qué le pasaba a la gente? Había redactado muy bien su política de cancelación en su página web, pero le resultaba difícil cobrar a pacientes a los que ni siquiera había visto nunca por una primera consulta. Si se lo contaba a sus padres, iban a reaccionar con exagerada compasión. Le recordarían a aquellas señoras que reservaban clases de tenis privadas y, después, cancelaban cinco minutos antes. Era egoísta por su parte no dar a sus padres la oportunidad de rememorar los primeros tiempos de la Escuela Delaney, pero Brooke no podía soportar oír sus útiles consejos, ver sus ceños fruncidos mientras le proponían distintas estrategias. El peso adicional de las esperanzas que tenían puestas en su éxito era demasiado.

Abrió un poco la puerta del coche, puso un pie en el suelo, aspiró el perfumado aire de la primavera y se preguntó si debería enviar un mensaje a Grant para recordarle su medicación para la alergia al polen. ¿Era así como había que comportarse durante una separación «amistosa»?

El coche de Logan estaba ya aparcado en el camino de entrada. Los demás llegarían en cualquier momento. Los Delaney eran increíblemente puntuales, incluso Amy, que podía llegar con resaca o depresión o con cualquier otra incapacitación, pero puntual. Un buen jugador de tenis tenía que ser puntual. No dejar a los otros competidores esperando sentados.

Mientras miraba, Logan salió a la puerta de la casa. Sonrió, levantó una mano y se acercó al coche. Ese día parecía un poco mayor. Sus patillas grises resplandecían bajo la luz del sol cuando se agachó para mirarla.

—¿Ya te han mandado a hacer algún recado? —preguntó ella.

—Mamá quiere que compre dos botellas de agua mineral. —Logan le abrió del todo la puerta del coche y se apartó—. ¿Necesitas que te ayude a meter algo?

—No necesitamos agua mineral —contestó Brooke. Cogió del asiento del pasajero la ensalada que había preparado y que nadie se comería, además del regalo por el día del Padre: una pelota de masaje en miniatura de la que su padre diría que era lo que siempre había

deseado, pero que probablemente su madre le regalaría a su vez a Brooke algún día—. Podemos beber agua del grifo.

—Mamá dice que ha notado que ahora la gente siempre espera que le den agua con gas —replicó Logan mientras ella salía con la fuente de la ensalada bajo el brazo y el regalo manteniendo el equilibrio encima del film plástico.

—No va a venir nadie. Solo seremos nosotros.

—Solo nosotros. —Logan hizo una pausa—. Y Savannah. Nuestra nueva amiga. —Volvió a mirar hacia el coche—. ¿Dónde está Grant?

«Tiene un resfriado fuerte. Está malo con un resfriado. Está muy mal con un catarro muy fuerte».

—Nos hemos separado temporalmente. —Necesitaba reforzar sus músculos de la mentira.

Logan se quedó pálido.

—Ah, vaya. Lo siento. —Dio un paso adelante como si fuese a abrazarla, pero no eran aficionados a los abrazos en la familia, así que no supo cómo terminar el movimiento—. Es una noticia terrible. Menuda sorpresa. —Se pasó la mano por la mandíbula—. ¿Estás bien?

—Bueno —Brooke movió la fuente de la ensalada para apoyarla en la cadera—, no es que se haya muerto.

—Aun así, es una sorpresa. —Parecía afectado de verdad—. No me lo esperaba.

—Yo tampoco. —Un eufemismo.

—Mamá le quiere —dijo Logan. Brooke podía ver que él estaba tratando de no emplear un tono acusatorio, pero era como si ella hubiese roto una de las pertenencias preferidas de su madre y no deseaba que su hermana se sintiera mal por ello, pero él sí se sentía mal por su madre.

Era verdad que Joy y su único yerno parecían tener una conexión especial y que Grant se empeñaba en ser especialmente encantador con ella, y que a Joy le parecía bien, pero Brooke siempre se había preguntado hasta qué punto se creía de verdad su madre el bombardeo de cariño de Grant. Su madre, al contrario que Brooke, era una buena actriz. Había pasado muchos años tratando con los padres de los alumnos de tenis, haciéndoles creer que sus hijos eran excepcionales.

Brooke apoyó la ensalada y el regalo en el capó del coche para poder rascarse la nariz con fuerza.

—No es más que una separación temporal. Quizá volvamos a estar juntos, así que todavía no se lo voy a contar a nadie. No quiero preocupar a mamá ni a papá sin necesidad.

—Buena idea. —Logan se metió las manos en los bolsillos de sus

vaqueros y se balanceó adelante y atrás sobre sus talones, mordiéndose el interior de la mejilla, como solía hacer antes de un partido.

—¿Qué tal está Indira? —preguntó Brooke.

—Sí, esa es la cuestión —respondió Logan con voz nerviosa.

—¿A qué te refieres con que «esa es la cuestión»?

Le miró con los ojos entrecerrados. Y, entonces, cayó en la cuenta. Todos deberían habérselo esperado. Cinco años era bastante. Suficiente tiempo como para que la familia olvidara el historial de monogamia seriada de Logan, suficiente para que la chica entrara a formar parte de la familia, y sus novias siempre eran encantadoras.

Por eso le había afectado tanto lo de ella con Grant. No quería que su madre tuviera que enfrentarse a dos rupturas a la vez. Todos sus hijos iban a quedarse solteros. Todos los posibles nietos desaparecerían del panorama de una vez. Sería para ella como recibir un golpe de seis puntos, como diría su padre. Odiaba el críquet, pero le gustaba ese tipo de jerga deportiva.

—Ay, Logan —dijo ella—. Por el amor de Dios.

—Bueno, tú no puedes hablar —contestó Logan.

—Claro que puedo. He estado diez años con Grant. Nos casamos.

—Exacto —repuso él—. Eso lo empeora. Te comprometiste de verdad.

—Y tú no. ¿Es eso lo que quería Indira? ¿Estaba esperando a que le propusieras matrimonio?

—No creo —respondió Logan—. Una vez le pregunté si quería que se lo propusiera y ella se limitó a reírse.

—Se supone que no hay que proponer si se quiere proponer matrimonio. Deberías habérselo propuesto sin más.

—Es feminista.

—¿Y qué? ¿Quería tener hijos?

—No lo sé. No creo.

—¿No creo? —Brooke levantó los brazos en el aire—. Apuesto a que quería algo que no le estabas dando.

Logan le brindó uno de sus irritantes encogimientos del hombro derecho.

Nunca se podía discutir del todo con Logan porque a él no le importaba. Cuanto más te enfadabas, más calmado se mostraba. Su filosofía de despreocupación probablemente encantaba a sus parejas durante los primeros cinco años y después, un día, se volvían locas.

Los ojos de Brooke se inundaron de estúpidas lágrimas.

—Me hizo todo ese diseño gráfico tan bonito y no permitió que le pagara un centavo. —Debería haber insistido en pagarle.

—Ella estaba encantada de hacerlo —replicó Logan. Encogimiento de hombro. Otra vez.

—Esa no es la cuestión, Logan. —Se sorprendió al verse, de repente, dándole un empujón, bastante fuerte, en el centro del pecho con la parte inferior de la palma de la mano, como si volviese a ser una niña pequeña. Él no se movió. La fuerza de su core era estupenda, pese a que nunca hacía ejercicio. Quizá se lo esperaba, aunque ella no.

—¿Esa es toda la fuerza que tienes? —preguntó él. Parecía que eso le había animado.

—Estoy triste —respondió ella—. Estoy muy triste por Indira.

—Bueno, sí. Yo también estoy triste por Indira y triste por Grant. La vida sigue. Vivimos para jugar otro día.

Eso era lo que su padre les decía cuando perdían. A nadie le parecía especialmente motivador.

Logan levantó las llaves para irse y, entonces, se detuvo al recordar algo.

—Adivina qué postre ha preparado Savannah hoy.

—¿Qué?

—Brownies de chocolate.

—Ay, por favor —dijo Brooke. Ahora usaba una de las expresiones preferidas de su madre.

—No tiene gracia —repuso Logan—. Mamá me acaba de regañar: «Logan, no tiene gracia». —Miró por encima de su hombro—. Aquí llega Troy. Verás como aparca detrás de mí.

Como había predicho, Troy aparcó su precioso y brillante McLaren con un hábil giro del volante con una sola mano justo detrás del coche de Logan. Vio a sus hermanos y les brindó esa radiante sonrisa con la que podía conseguir lo que quisiera: mujeres, reembolsos, disculpas.

Brooke le devolvió la sonrisa sin poder contenerse mientras Troy salía de su coche con la reluciente seguridad de una estrella de cine que llega al estreno de su propia película. Llevaba una botella de vino y un pequeño regalo perfectamente envuelto.

—Me encanta el coche nuevo —dijo ella. No envidiaba mucho la vida de Troy, salvo por los coches de lujo, que sustituía con la misma regularidad que a las novias de lujo. Lanzó a su desaliñado y viejo Ford Focus una mirada de resentimiento. Tenía un problema persistente con el aire acondicionado y hacía poco había empezado a emitir un gemido de profundo dolor cada vez que giraba el volante, pero no había forma humana de que pudiera justificar la compra de un coche nuevo en ese momento.

Troy saludó a Logan con un movimiento del mentón y colocó suavemente la palma de la mano por detrás de la cabeza de Brooke.

—¿Cómo estás, pequeña Brooke? Tienes un aspecto estupendo. ¿Te has pintado los labios? A mamá le va a encantar. Parece que hay una manchita ahí. —Señaló hacia el labio de ella.

Brooke maldijo, se lamió el dedo y se lo limpió.

—¿Cómo va el negocio de la fisioterapia? —preguntó Troy.

Ella movió la mano con un gesto de «así-así».

—¿Por qué tienes tú tan buen aspecto? —preguntó ella—. Estás reluciente. Es irritante.

—Es la vida de los ricos, Brooke —contestó—. Un poco de microdermabrasión. Otro poco de tenis para mantenerme activo. Deberías probarlo. Un deporte estupendo. —Miró las llaves de Logan —. ¿Vas a algún sitio?

—Mamá me ha encargado que compre agua mineral —respondió Logan—. Probablemente para ti, ahora que lo pienso.

—Genial. ¿Puede ser Voss? —preguntó Troy—. Es mi agua con gas preferida.

Logan ni siquiera se molestó en poner los ojos en blanco.

—De todos modos, ahora no puedo salir. Me has bloqueado la salida. Ve tú a por tu agua con gas preferida.

—¿Cómo le va al nuevo miembro de la familia? —Troy miró hacia la casa—. ¿La has conocido ya, Brooke? ¿A Savannah? —pronunció su nombre como si se tratara de una exótica palabra extranjera.

—Adivina qué postre ha preparado hoy. —Brooke le robó el momento a Logan. Muy pocas veces tenía oportunidad de ser malvada con sus hermanos. Normalmente eran Amy y Troy sentados en un rincón y haciendo comentarios mordaces y rebuscadas referencias a la cultura pop.

Troy se pensó la respuesta. Su expresión cambió.

—No será brownies de chocolate.

—Mira por dónde —dijo Logan. Todos contemplaron cómo un coche desconocido giraba despacio por el callejón con Amy en el asiento delantero hablando animadamente con el conductor del coche, un joven que se reía a carcajadas y que no tenía la mirada fija precisamente en la carretera.

—¿Tiene un novio nuevo? —preguntó Brooke.

—Es un Uber. —Logan señaló el letrero de la ventana trasera.

—Pero podría ser un nuevo novio. ¿No conoció al último cuando le atendía en el JB Hi-Fi? —preguntó Troy—. ¿El que arregló el ordenador de mamá? Me gustaba. Aportaba valor.

El coche se detuvo, el conductor salió y se apresuró a rodear el vehículo para abrir la puerta a Amy como si fuese un chófer, y Amy salió, con el pelo revuelto y ojos luminosos, vestida como si acabara

de regresar de un festival de música de mala muerte, pero espectacular. Iba cargada de cosas: un regalo con forma extraña y mal envuelto, un ramo de girasoles, una bandeja de horno con una ondeante hoja de aluminio y un globo de helio con las palabras «Feliz día del Padre» que se agitaba sobre su cabeza.

—¡Hola! —gritó a sus hermanos mientras se despedía del conductor de Uber con un abrazo. A sus hermanos no los abrazaba, solo a los conductores de Uber. Probablemente ese hombre había compartido con ella algo profundamente personal que nunca le había contado a nadie. La gente sentía que Amy les ofrecía la posibilidad de la redención.

—¿Os parece que viene con resaca? —murmuró Logan—. Será peor si viene con resaca.

—Ve a ayudarla con los brownies —dijo Troy a Brooke dándole un empujón con el codo.

—Me voy —dijo Logan—. No quiero estar aquí cuando se entere. —Extendió la mano hacia Troy—. Dame tus llaves.

—Yo te llevo —contestó Troy—. Me da miedo. Tiene esa mirada frágil.

—No te atrevas a preguntarle si ha dejado la medicación —le dijo Logan a Troy.

—Llevo años sin preguntárselo —respondió Troy, ofendido—. Ya nadie le pregunta eso. —Hizo una mueca—. ¿Crees que la ha dejado?

—No os vayáis —les pidió Brooke. Ya no le hacía tanta gracia, ahora que podía ver que Amy sí que traía su bandeja de preciados brownies de chocolate. La situación se había vuelto algo estresante y malvada y Brooke se sentía personalmente responsable.

Se balanceaba adelante y atrás como un péndulo en lo concerniente a Amy. Cuando eran niños, ella y sus hermanos habían creído que Amy era una reina del melodrama, que sentía las mismas cosas que los demás, pero decidía darles más importancia. Se reían de ella. A veces, se enfadaban con ella porque les interrumpía y les robaba la atención de su madre. ¿Cómo se podía estar seguro de lo que de verdad ocurría dentro de su cabeza? Brooke se deprimía, se angustiaba, pero aun así conseguía levantarse de la cama cada día. Era decisión suya, ¿no? No había necesidad de que Amy se sometiera a sus sentimientos con tanto afán. Pero, luego, a un amigo de la universidad le diagnosticaron depresión y a Brooke se lo describió como una especie de parálisis, como si los músculos se le hubiesen atrofiado, y Brooke tuvo un recuerdo repentino de Amy comiendo cereales a cámara lenta, balanceándose como un alga bajo el agua, y se dio cuenta de que le estaba brindando más compasión y comprensión a

ese amigo de la que le había dedicado nunca a su propia hermana. Últimamente, se estaba esforzando mucho por ver a Amy de una forma objetiva y compasiva, pero le costaba, porque seguía siendo su hermana mayor, su mandona y carismática hermana que solía llamar a Brooke su «campesina».

—¿Qué hacéis todos ahí fuera? —Su madre abrió la puerta de la casa y gritó desde el porche. Llevaba un vestido elegante con una rebeca, como si fuese la anfitriona de una fiesta en el jardín, y mostraba la actitud agitada y apurada de «tenemos invitados especiales»—. ¡Entrad todos! Olvídate del agua mineral, Logan. Savannah dice que no la necesitamos.

—Ah, bueno, si Savannah dice que no la necesitamos... —dijo Troy.

—¡Daos prisa! —les ordenó Joy con impaciencia—. ¡Vuestro padre está preguntando dónde estáis todos! ¿Grant viene por su cuenta, Brooke? Espero que esté de camino. Creo que Savannah está lista para servir la comida.

—¿Qué es lo que no necesitamos? —gorjeó Amy.

—Brownies de chocolate —respondió Troy.

La sonrisa de Amy desapareció.

—¿Perdona?

Una ya familiar constelación de puntos parpadeantes apareció en la visión periférica de Brooke.

23

*B*ueno, pues ha sido un día del Padre muy especial —dijo Joy—. Muy especial.

Estaba sentada a la cabecera de su mesa de comedor primorosamente preparada, como una mujer de una revista o de un programa de televisión. Savannah había recogido unas fresias amarillas del jardín y las había puesto en un jarro con agua. Quedaban perfectas.

Joy sentía la cabeza un poco atolondrada. Pensó que quizá había bebido más vino del que estaba acostumbrada a tomar en la comida. Savannah no había dejado de rellenar las copas de todos, como una camarera. De hecho, había pasado la mayor parte de la comida de pie, por mucho que los demás le dijeran que se sentara o se ofrecieran a ayudarla. Al final, todos se rindieron y dejaron que Savannah les sirviera una comida increíblemente deliciosa: pollo al horno con limón y romero, patatas asadas y ensalada con nueces y queso de cabra. (La ensalada de la pobre Brooke parecía completamente marchita en comparación). Resultaba bastante sorprendente que tal nivel de calidad hubiese salido de la cocina de Joy. ¿Qué debía de estar pensando su horno?

Savannah les había servido la comida con eficacia, sin ese torbellino febril de «ay, casi me olvido de los panecillos» y ese ir y venir permanente que Joy no podía evitar cada vez que daba una comida. Y la glotona familia de Joy lo había engullido todo y había aceptado cuando se les ofreció repetir.

Ahora todos tenían una taza de té o café delante, junto a sus copas de vino, y había dos bandejas de brownies de chocolate sobre la mesa. Cada uno de los comensales había tenido cuidado de coger de forma equitativa un pastelito de cada bandeja competidora.

Incluso Steffi se había visto servida por Savannah como si fuese uno de los corgis de la reina. Ahora estaba tumbada en un rincón de la habitación, enrollada sobre un viejo cojín que Savannah le había puesto, con la cabeza apoyada en sus patas, lamiéndose de vez en cuando los labios y sacudiendo la cola con el feliz recuerdo de los restos que Savannah le había convencido para que comiera en lugar de papel.

Stan estaba sentado en una extraña postura de lado en el otro extremo de la mesa, enfrente de Joy, tratando de evitar el balanceante globo de Feliz día del Padre que Amy le había atado en el respaldo de la silla. De vez en cuando, le rozaba la cara y él lo espantaba como si fuese una mosca, que era el tipo de cosas que normalmente le hacían perder los nervios, pero seguía estando de un sorprendente buen humor: desenfadado y parlanchín. O era el regreso de su vida sexual o el cambio en su dieta desde que Savannah se había hecho cargo de la cocina. Si Savannah no hubiese aparecido, es probable que hubiese pasado su día del Padre obsesionado en silencio con el regreso de Harry Haddad.

Los hijos de Joy, por otra parte, no estaban en su mejor momento. Joy sentía ganas de decirle a Savannah: «¡Normalmente son mucho más agradables!».

Había estado deseando que llegara el momento en que Savannah viera a todos sus hijos juntos, como le habría sucedido con cualquier amiga nueva que quisiera que conociera a sus hijos. Pero ese día nadie tenía mucho que decir, aunque se habían mostrado educados y elogiosos con la comida, menos mal. Estaban todos sentados en una postura similar, con los hombros hacia delante, las espaldas encorvadas, sobre todo comparados con Savannah, que estaba erguida, como una niña bien educada. Su postura era preciosa.

Joy observaba a sus hijos.

Amy estaba enfurruñada por los brownies, aunque fingía que no, y necesitaba un cepillado de pelo.

Logan parecía haber entrado en una especie de estado de disociación, con la mirada perdida en la distancia. Si se comportaba así con demasiada frecuencia, Indira podría impacientarse y dejarle. Joy habría deseado que Indira estuviese ahí. Era como una ráfaga de aire fresco y habría sido cortés con Savannah.

Troy, normalmente el alma de la fiesta y el que hacía que Amy se animara, parecía preocupado y no tan guapo.

Mientras que Brooke estaba completamente pálida y lucía un tono de lápiz de labios mal aplicado que no le pegaba en absoluto. A Joy le preocupaba que se avecinase una migraña y, además, ¿dónde diablos estaba Grant? Brooke había dicho que tenía también un resfriado, pero le parecía demasiada coincidencia que tanto Indira como Grant estuviesen enfermos y, por lo que Joy podía recordar, ese hombre jamás había tenido siquiera la nariz taponada. Tomaba esos asquerosos batidos verdes.

Brooke era malísima mintiendo. ¿Se habría ido Grant con otra mujer? Joy siempre había albergado un temor secreto que nunca

había contado (salvo a su peluquera, Narelle) de que Grant pudiera estar teniendo una aventura. No era especialmente atractivo, pero sí muy encantador y hablador y Brooke se empeñaba en llevar el pelo muy corto. Narelle estaba de acuerdo en que un corte más largo suavizaría los rasgos afilados de Brooke.

—¿Por qué es hoy un día tan especial, mamá? —preguntó Brooke.

Era especial porque Joy no había tenido que hacer una sola cosa aparte de poner su tarjeta de crédito y estar presente, pero, claro, no iba a decirle eso a sus hijos.

—No sé —respondió Joy. Cogió un trozo de brownie de Amy, lo puso en su plato y, a continuación, cogió otro trozo de brownie de Savannah de igual tamaño. Lamentablemente, el de Savannah estaba mejor—. Es solo que me parece especial.

—Quizá sea por la cantidad de brownies de chocolate —dijo Troy.

Su padre se rio y Troy pareció encantado consigo mismo.

—Troy. —Joy se llevó un dedo a los labios como gesto de advertencia y lanzó una mirada a Amy.

—Mamá, por favor. No me ha molestado que Savannah haya hecho brownies —dijo Amy—. Por el amor de Dios. —Echó la cabeza hacia atrás, acabó con las últimas gotas de su (segunda) copa de vino tinto y se limpió la boca con la mano como una niña pequeña que se hubiera bebido un vaso de leche. Miró alrededor de la mesa. Empezaba a hablar con voz suave y a arrastrar las palabras—. ¿Es eso lo que pensáis todos? ¿Que estoy molesta por lo de los brownies?

—Tajante y absolutamente no. —Troy irguió la espalda y pareció adoptar una expresión de seriedad burlona—. ¿Por qué íbamos a creer que estarías molesta por los pastelitos?

—¡Pero de verdad que no estoy molesta! —exclamó Amy, con cara de estar muy molesta—. Y, por cierto, Savannah, tus brownies están deliciosos. Su dulzura es... ¡perfecta! —Se besó la punta de los dedos —. Si tuviéramos que calificar este brownie de chocolate en mi trabajo sería lo que llamamos un producto estrella.

—Amy se dedica a catar comida —le explicó Joy, con la esperanza de poder cambiar de conversación. Le maravillaba que Amy hubiese conseguido engañar a nadie para que le pagaran por comer. Los días de «pasta en el trabajo» Amy no desayunaba ni comía—. Así que sabe de lo que habla.

—Yo creo que tus brownies están muy buenos —le dijo Savannah a Amy. Cogió un trozo diminuto. Comía como un ratón. La primera noche, cuando devoró aquel plato enorme de sobras del guiso y dos plátanos, había sido una anomalía—. Mucho más esponjosos que los míos. Los míos los he dejado demasiado tiempo en el horno.

—Gracias, Savannah. Pero, a pesar de lo que mi familia quiera hacerte creer, mi autoestima no se basa en mi capacidad para hacer brownies de chocolate —contestó Amy—. Es como si todos creyerais que tengo la madurez de una niña de cuatro años.

—Lo cierto es que eras muy madura a los cuatro años —repuso Joy —. Cuando empezaste preescolar, tu profesora dijo que eras «una niña extraordinaria».

—Espera, creía que esa había sido yo —protestó Brooke—. ¿No era yo la niña extraordinaria?

Joy se quedó pensando. Ay, Dios.

—Bueno, sí, puede que fueras tú —confesó—. Pero Amy también era extraordinaria. Todos erais extraordinarios.

Troy se rio entre dientes mientras se balanceaba adelante y atrás sobre las patas traseras de su silla, costumbre que todos habían tratado de que dejara desde que era niño. Ahora era un hombre. Si quería romperse el cuello, a Joy le parecía bien. ¡No iba a ser ella quien le cuidara!

—¡Deja de balancearte en la silla, Troy, por el amor de Dios! —estalló, porque al final sí que iba a terminar cuidándolo, por muy mayor que fuera, y sería un enfermo espantoso.

Troy se detuvo.

—Lo siento, mamá.

—¿No me expulsaron de preescolar? —preguntó Amy—. ¿Porque no paraba de llorar? ¿Y los demás niños se volvían locos de tanto oírme?

Eso también era verdad. «Ansiedad por separación» fue la primera etiqueta que Joy oyó que le aplicaban a su hija, la primera de muchas que había oído a lo largo de los años, pero Joy no había tenido ninguna sensación de premonición cuando oyó aquella primera. Había sentido un absurdo orgullo: ¡mi hija no soporta estar separada de mí! Eso es porque me quiere mucho. Amy se enganchaba a ella como un koala, con la cara apretada contra su clavícula.

—Me encantaba tenerte en casa conmigo —dijo Joy. Y, a continuación, a Savannah—: Cuando Amy tenía solo tres años trotaba por la pista de tenis recogiendo pelotas mientras yo daba clases, desesperada por ser también una alumna.

—Debió de ser una preciosidad —respondió Savannah alentándola a seguir. Siempre mostraba mucho interés por la familia de Joy. Era encantadora.

—¿Recuerdas la primera vez que cogió una raqueta? —preguntó Stan a Joy—. Era más grande que ella.

—Era mejor que otros niños que le doblaban la edad —contestó

Joy.

—Los cuatro eran mejores que otros niños que les doblaban la edad —repuso Stan.

—Vaya —dijo Savannah—. Mucho talento en una sola familia.

Nadie se movió ni pronunció una palabra como respuesta, pero Joy sintió un cambio en el ambiente de la habitación: como un bajón o un suspiro. Parecía que sus hijos fuesen todos muñecos hinchables y, poco a poco, estuviesen perdiendo aire. ¿Qué les pasaba?

—Bueno, yo no sé nada de tenis, pero supongo que todos vosotros... participabais en..., no sé, torneos o cosas así —añadió Savannah mientras usaba sus dedos para coger otra miga del brownie de Amy y se la ponía en la punta de la lengua.

—Todos estuvieron entre los cinco mejores tenistas del país en algún momento —dijo Stan.

—Eso es increíble.

—En la categoría juvenil —se apresuró Brooke a corregir a su padre—. En los cinco mejores de los juveniles.

—Aun así —insistió Savannah.

—Pero ninguno de nosotros fue más allá —apuntó Amy—. Nunca llegamos hasta ahí.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Joy—. ¡A todos os fue increíblemente bien! —Le sorprendía y decepcionaba ver que una intensa oleada de fastidio la inundaba, llevándose consigo la maravillosa sensación de bienestar que había tenido desde que se había despertado por la mañana. Podía notar su mal humor como una sensación física: un frenesí de exasperación que le iba subiendo la temperatura de la cara.

Amy levantó una ceja con expresión de condescendencia.

—Quiero decir exactamente eso, mamá, que nunca llegamos ahí, que todos estuvimos lo suficientemente cerca como para que pensarais que iba a ocurrir y, después, uno a uno, nos estrellamos estrepitosamente.

En teoría, eso era cierto. De hecho, era tristemente acertado, pero no había necesidad de decirlo con ese tono tan duro y amargo. Joy y Stan nunca habían mostrado su decepción ante sus hijos, solo su orgullo. Era algo que ni siquiera se habían dicho el uno al otro.

Joy recordaba su viaje a Wimbledon del año anterior. Su primera vez. El sueño que siempre habían tenido. Estaban entusiasmados ante la expectativa. Era el momento álgido de su gran viaje: no ver el palacio de Buckingham, ni la torre de Londres ni montar en el carísimo London Eye. El punto álgido del viaje era Wimbledon. Después de tantos años, por fin tenían tiempo y dinero y estaban ahí.

Sus hijos y amigos les habían enviado mensajes: «¡Mandadnos fotos!».

Ella había visto el momento en que Stan lo sintió: cuando fue consciente de que no deberían haber ido, no de esa manera, no como aficionados corrientes, como gente normal, porque Stan nunca había creído de verdad que fueran gente normal en lo concerniente al tenis. Si no podía jugar en Wimbledon, debería estar ahí como entrenador de uno de sus hijos, y si no de uno de sus hijos, de uno de sus alumnos, y si no era de ninguna de las dos formas, debería estar viéndolo desde el sillón de su casa, con sus galletas saladas con chile, su crema de queso y su perra.

«No me siento muy bien —había susurrado, con la cara pálida. Era la semifinal masculina. Las entradas les habían costado seis mil dólares cada una. Ella pensó: un infarto. Como el pobre Dennis Christos. Él añadió—: Quédate tú».

Pero, por supuesto, Joy no dejó que se fuera para que sufriera un infarto estando solo.

Ella también había soñado con jugar en Wimbledon y con ver a uno de sus hijos o de sus alumnos jugar en Wimbledon, y había soñado, con mucha más sensatez y realismo, que un día sería espectadora en Wimbledon, pero sus sueños no tenían el mismo carácter intenso que los de Stan, porque ella era mujer y las mujeres saben que los hijos, los maridos y los padres enfermos pueden estropearte los sueños, que en cualquier momento pueden sacarte de la cama, frustrar tu carrera, hacer que te levantes de tu valioso asiento de Wimbledon en un partido que más tarde sería calificado como «épico». Joy creyó que iba a tener que llamar a una ambulancia o llevarle a un hospital. Estaba pensando en el seguro del viaje, en cómo contárselo a sus hijos y en cómo llevar su cadáver de vuelta a casa.

Pero no era un infarto. Stan dijo que era algo que habían comido. Ella no le creyó.

Joy vio el partido por televisión y envió mensajes falsos diciendo lo maravilloso que era Wimbledon, «como un sueño», «no podían creer que estuvieran allí», mientras Stan yacía acurrucado a su lado en su cama enorme, con los ojos cerrados, la frente arrugada, tanto como si fuese Brooke con una migraña, y Joy pensó si debía hacer lo mismo que había hecho en una ocasión con Brooke, apretarle la mano sobre la frente, con fuerza, como Brooke quería, «Más fuerte, mamá, más fuerte», solo que nunca era lo suficientemente fuerte como para que desapareciera.

«Lo siento mucho», dijo Stan cuando se levantó al día siguiente sin poder mirarla a los ojos.

«No tienes que decir que lo sientes», contestó ella, porque no lo

sentía. Si empezaban a disculparse, ¿por dónde empezarían y por dónde acabarían? Bajaron al bufé del desayuno del hotel, callados en el ascensor, y nunca más volvieron a hablar de ello.

—¡Siempre estuvimos muy orgullosos de vosotros! —decía ahora Joy a sus hijos—. Teníais un talento increíble y todos hicisteis lo que pudisteis... ¡y no pedíamos más!

Troy soltó un bufido y Joy le fulminó con la mirada.

—Cada uno de mis hijos era lo bastante bueno como para jugar en la pista central de Wimbledon... —dijo Stan a Savannah.

—Solo que está claro que no lo éramos —le interrumpió Amy.

—¡Sí que lo erais! —Stan golpeó la mesa con el puño, tan fuerte que sonaron los cubiertos. El globo de Feliz día del Padre empezó a girar con frenesí.

Joy miró a sus hijos: Brooke tenía el codo sobre la mesa y la frente apoyada en la mano, Logan había levantado los ojos al techo, Troy sonreía con su expresión inane y Amy se había cogido un mechón de pelo azul de la cara y se lo estaba chupando, un hábito infantil que hacía que a Joy le dieran ganas de gritar.

¿Era porque ninguno de ellos había venido hoy con pareja y parecía como si hubiesen sido transportados en el tiempo a la mesa de comedor de cuando eran niños? ¿O por el repentino y explosivo sonido del puño de Stan sobre la mesa? No tenía ningún derecho. Ya eran adultos. ¿No se daba cuenta ese estúpido de que ya no tenía poder para mandar a ninguno de ellos a su habitación? Podían levantarse e irse cuando quisieran. Podían irse a otro estado o al extranjero. Podían decidir no ir más a verlos, no tener hijos nunca.

Los hijos tenían ahora todo el poder.

Y qué poco apropiado comportarse así delante de Savannah. El puño de Stan sobre la mesa podría recordarle a anteriores casas de acogida con padres maltratadores. Nadie sabía lo que esa niña debía de haber sufrido.

Stan se inclinó sobre la mesa, sus hombros enormes y musculosos bajo la camisa que Amy le había regalado, una talla menor.

—Esta era una maravillosa tenista. —Stan apuntó a Amy con la mirada puesta en Savannah—. Un juego de fondo impecable. La pelota salía de su raqueta con un silbido. Era un placer verla jugar.

Ah, eso era verdad. Había sido un placer ver jugar a Amy. Joy y Stan intercambiaban sonrisas mientras su hija se deslizaba por la pista adelante y atrás con su coleta, cuando tendría unos ocho o nueve años, cuando tenía una «personalidad curiosa», no «una posible enfermedad mental». (Joy nunca perdonó al médico de cabecera que había escrito aquel volante médico).

—La llamábamos la Reina de las Remontadas —dijo Stan con tono reflexivo—. ¿Te acuerdas?

Miró desde el otro lado de la mesa hacia Joy.

—Sí que me acuerdo —respondió Joy con recelo, porque eso fue mucho después y no era un recuerdo tan bonito. Sospechaba que a medida que Amy se hacía mayor había empezado a perder puntos o juegos deliberadamente para superar el bache y volver a ganar. A Amy le encantaba fingir ser la más débil. Era una estrategia peligrosa y absurda contra las jugadoras que eran mejores. Las mejores agarraban la oportunidad entre los dientes y echaban a correr con ella. Amy había perdido partidos que debería haber ganado porque había preparado su remontada demasiado tarde.

—Una vez perdió nueve juegos seguidos y, aun así, consiguió ganar el partido —recordaba Stan—. Increíble.

—¿Pero? —preguntó Amy despreocupadamente.

—¿Alguien más quiere otro té o café? —preguntó Joy.

—Pero luego cumplió los catorce o quince años y empezó a estrangularse —contestó Stan—. Así de sencillo.

Había sido desagradable presenciarlo. Amy se gritaba a sí misma. No era a su oponente a quien se enfrentaba, sino a ella misma, a la voz dentro de su cabeza. «¡Amy! ¡Estúpida, idiota!». A veces, Joy pensaba que eso resumía toda la vida de Amy: una constante lucha de poder contra un enemigo cruel e invisible.

—¿A estrangularse? —preguntó Savannah.

Amy se puso las dos manos alrededor del cuello, sacó la lengua y ladeó la cabeza.

—Es una expresión deportiva —le explicó Stan a Savannah—. Básicamente quiere decir que tu estado emocional te impide usar todo tu potencial.

—Stan —dijo Joy. Era como si se estuviese desnudando en público. O desnudando a su familia. Era algo demasiado personal. Eran conversaciones que habían mantenido sobre sus hijos en la intimidad de su dormitorio. Amy sí que se estrangulaba. Si le tocaba hacer el saque, casi podía asegurarse que haría doble falta.

—Joy —respondió Stan.

Nadie podía pararle. Era como estar delante de un camión que viene a toda velocidad hacia ti.

—Amy perdía el partido en su mente antes siquiera de salir a la pista y su madre y yo no sabíamos cómo...

—Arreglarme —terminó Amy.

—No —repuso Stan—. Arreglarte no. Ayudarte.

—Sigue, papá —dijo Amy. Se había recogido el pelo en un moño

desordenado; puso los codos en la mesa y juntó las manos. Joy sabía que no era más que un mecanismo de defensa, pero la sonrisa burlona y altiva de Amy hizo que Joy se acordara de la madre de Stan. Joy odiaba cuando la maldita madre de Stan hacía una aparición estelar delante de sus queridos hijos—. Oigamos por qué fracasaron los demás.

—Nadie fracasó. —Joy sintió un tirón en el estómago—. Y estoy segura de que a Savannah no le interesa nada de esto.

—Ah, no, sí que es interesante —respondió Savannah, animada, como si no notara la tensión que había en la habitación. Fue la primera vez que Joy se sintió ligeramente molesta con ella.

Stan sacudió la cabeza hacia Logan.

—Este era un atleta. Dios, menudo atleta. Ahora no lo aparenta, claro.

—Vaya. Gracias, papá. —Logan levantó su copa de vino con un fingido brindis.

—Tenía uno de los derechazos más potentes que he visto nunca. Extraordinario.

—Potente, sí, pero ¿atinado? —preguntó Troy mirando de reojo a su hermano mayor y Logan le hizo una peineta, como si los dos fuesen unos niños.

—Logan estaba muy en forma. —Stan no hizo caso a Troy. Había tomado carrerilla. Llevaba años sin tener la oportunidad de hablar con alguien que no tuviese conocimiento previo y sí un evidente interés por el tenis de sus hijos. —Podía pasarse horas jugando y parecer como si acabara de salir a la pista. Recuerdo un partido en el que Logan jugaba contra un chico que se suponía que iba a ser la próxima estrella. —Los ojos de Stan brillaban con el recuerdo de aquel lejano día de enero—. Logan machacó a aquel chico. Cada juego fue iguales, ventaja, iguales, ventaja, iguales, ventaja. Cada serie una maratón. Estamos hablando de series de diez o quince golpes. Una hora bastó y ese otro chico, la supuesta estrella, estaba acabado. —Stan deslizó las palmas a ambos lados—. Y mientras, este... —Señaló con el pulgar a Logan—. Fresco como una rosa. Apenas una gota de sudor.

Joy no había estado en aquel partido, pero debía de haber oído la historia cientos de veces y, siempre que Stan la contaba con tanto placer, su cabeza se movía a un lado y a otro inconscientemente como la de un espectador de un partido de tenis mientras él coreaba lo de: «iguales, ventaja, iguales, ventaja».

—Pero... —Logan cogió dos brownies, uno de cada bandeja—. Ahora llega mi turno del «pero».

—Logan nunca estuvo realmente comprometido con el deporte.

Simplemente no lo deseaba lo suficiente. Nunca tuvo ese deseo ardiente, era como que podía tenerlo o dejarlo, era demasiado...

—¿Pasivo? —apuntó Logan, con una extraña expresión en su rostro —. ¿Es esa la palabra que buscas, papá?

—Iba a decir que eras demasiado buena persona —repuso Stan—. A veces, me pregunté incluso si te gustaba ganar. Odiabas ver cómo perdía el otro chico.

—Me gustaba ganar —murmuró Logan. Se masajeó con fuerza la nuca—. Joder, papá, ¿cuánto tiempo de mi infancia pasé en la pista si dices que no me comprometí con el tenis? ¿Cuánto más tenía que pasar?

—Sí, pero, como he dicho, no tenías ese deseo. —Stan dejó de mirar a Logan y dirigió su atención a Troy—. En cambio Troy sí que tenía ese deseo, porque lo único que le importaba era venceros a ti y a Amy. Los hermanos menores siempre terminan siendo mejores jugadores. Mirad a Venus y Serena. Pero la cuestión es que Troy... — Stan negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. Troy era un poni de feria.

—Todavía lo es —dijo Logan.

Troy relinchó. Brooke se rio entre dientes. Savannah sonrió, insegura.

—Solo buscaba el espectáculo —continuó Stan—. Daba golpes que ni Federer puede dar. Golpes para llamar la atención, y a veces, cuando daba esos golpes, yo le decía...

—«Con el espectáculo no se gana el partido» —le interrumpió Troy. Cogió su copa—. ¿Alguien me puede pasar el vino?

—Exacto. —Stan se movió nervioso cuando el globo del día del Padre le rozó la cara—. Con el espectáculo no se gana el partido. Hay que tener fundamento. —Apartó el globo con suavidad, como si fuese un niño pequeño que tratara de asomarse por encima de su hombro.

Si Joy y Stan hubiesen estado manteniendo esa conversación a solas, ella le habría dicho que no tenía nada que ver con el maldito fundamento. Se trataba de concentración. Troy mantenía la atención solo durante un rato y, después, desaparecía. Ese era el defecto de su hijo. Después de un set y medio, Joy veía cómo miraba distraído hacia el cielo o se fijaba en alguna joven atractiva de las gradas. Daba esos golpes de alardeo para mantener el interés.

—He aquí un hombre sin fundamento. —Troy agitó las manos teatralmente.

—Y, luego, hubo aquel altercado con Harry —dijo Stan.

«Cierra el pico —pensó Joy—. Cierra el pico, cierra el pico, cierra el pico, estúpido».

—¿Todavía no me toca a mí? —se apresuró a preguntar Brooke.

—La verdad es que después de aquello no volviste. —Stan continuó dirigiéndose a Troy.

—Conseguí una beca de tenis en Stanford —le explicó Troy a Savannah—. Pero no significó nada para mis padres.

—¡Desde luego que significó! —exclamó Joy. «Lo que significó fue que te marchaste al otro lado del mundo y regresaste convertido en una persona completamente distinta». Después de Estados Unidos, fue como si lo hubieran cubierto de goma laca. Podías golpetear el dedo contra esa dura superficie brillante y alegre.

—Troy no sabía controlar su genio —dijo Stan—. Heredó su mal carácter de su madre. —Se rio, como si pudiera convertir uno de los sucesos más angustiantes de la historia de su familia en una anécdota divertida que se puede contar a las nuevas amistades—. Era de los que tiraban la raqueta al suelo. Tuvimos que atarle la raqueta a la muñeca.

—Tuvimos, no —aclaró Joy—. Lo hiciste tú. Yo pensaba que eso le afectaría a su sujeción.

—Pero no fue así, ¿no? Su sujeción no era el problema.

—Sé que es tu día, papá —intervino Amy—. Pero ¿podríamos cambiar de conversación?

—No te preocupes, Amy —le dijo Troy mientras Brooke le pasaba el vino en silencio—. No me importa.

—En fin. Yo creía que teníamos controlado su mal genio. Él tenía trece años cuando ocurrió —le siguió contando Stan a Savannah—. Le expulsaron durante seis meses. Lo cual estuvo bien.

Tenía catorce años, pensó Joy. Había cumplido los catorce el día antes.

—Jugaba contra un alumno de nuestra escuela. Harry Haddad. —Stan hizo una pausa para que Savannah pudiera tener tiempo de reconocerlo, pero Savannah se limitó a mirarle con cara de póquer.

—Un famoso tenista australiano. ¿Un antiguo número uno? ¿Que ganó dos veces en Wimbledon? ¿Y el Abierto de Estados Unidos hace unos años? —Stan no podía entender que no reconociera su nombre.

—¡Ah! ¡Sí! Por supuesto. He oído hablar de él —contestó Savannah, claramente fingiendo. Joy pensó en lo refrescante que resultaba tener a alguien en casa con tan poco interés por el tenis que ni siquiera había oído hablar de Harry Haddad.

—Era un antiguo alumno mío —le aclaró Stan. Miró a Joy y rectificó—: Un antiguo alumno nuestro. Ha salido en las noticias porque ahora está preparando su regreso. En fin, volvamos a la historia. Troy estaba jugando contra él y no le iba muy bien...

—Papá —insistió Amy—. Por favor. No hablemos de Harry

Haddad. No es bueno para mi salud mental. Y creo que tampoco para la tuya.

—Otra cosa que hay que mencionar es que Harry Haddad era un llorón y un tramposo. —Troy miraba fijamente su copa de vino.

—Yo nunca vi eso —contestó Stan con voz calmada, pero con cierto tono: un tono todavía lo suficientemente afilado como para hacer sangrar a sus hijos.

Seguía sin entenderlo aun después de tantos años. Nunca vio que traicionaba a Troy cada vez que decía eso.

—Eso no significa que no sucediera —repuso Troy manteniendo la calma.

—¿Cómo se puede hacer trampas? —preguntó Savannah—. ¿No hay un... árbitro?

—No hay jueces de silla en las categorías inferiores —contestó Brooke—. Los jugadores son los que dicen si la bola ha dado fuera. A algunos niños les cuesta ser... éticos.

—También a algunos adultos —añadió Joy. Había visto a bastantes jugadores en el club que habían mostrado una actitud cuestionable—. A veces, los jueces también pueden ser parciales.

Pensó en la primera vez que jugó en el campeonato de hierba sub-13 en White City. Su abuelo estaba ocupado aquel día y fue su madre quien la llevó. Su madre, muerta de aburrimiento, hojeaba una revista *Vogue* mientras Joy jugaba. Joy no entendía por qué la juez de silla no dejaba de pitar sus golpes fuera de campo y los de su oponente dentro. Más tarde, supo que la juez de silla era la madre de su oponente. «Bueno, pero tú eres más guapa», dijo su madre de camino a casa, como si eso tuviera algo que ver. (Sí que sirvió un poco).

—Mira su talento, Troy. Mira adónde llegó. No necesitaba hacer trampas. —Stan seguía enganchado al tema de Harry. Podría seguir enganchado toda la vida al tema de Harry. Agarró el cordón del globo y lo soltó de la silla con un tirón, de forma que se elevó flotando hasta el techo.

—Ay —gimió Amy con tristeza viendo cómo se elevaba.

—Me alegra ver que le sigues siendo tan leal, papá —dijo Troy—. Teniendo en cuenta lo leal que él te fue a ti.

Brooke tomó aire entre los dientes, como si se hubiese dado un golpe en un dedo del pie.

Stan se tiró de la tela de su camisa demasiado estrecha con tanta fuerza que a Joy le recordó al increíble Hulk arrancándose la ropa cuando se ponía de mal genio. A Troy le encantaba aquella serie. Quizá por su propio mal genio.

—Dejarme fue decisión del padre de Harry. —Stan hablaba con

calma. No iba a convertirse en Hulk—. Dejarnos.

Dirigió su atención a Savannah.

—El padre de Harry decidió cambiar de entrenador. —Se encogió de hombros. Con fingida indiferencia—. Son cosas que pasan. Los padres de los tenistas son una raza aparte. Consiguen un poco de éxito y empiezan a buscar algo más grande y mejor. Así es la vida en el mundo de los entrenadores.

Quizá no había sido un gesto fingido. Su indiferencia parecía casi creíble. ¿De verdad pensaba así ahora? ¿Lo había superado?

—Pero supongo que todavía debes de sentirte orgulloso por haberle descubierto —dijo Savannah.

—Sí que nos sentimos orgullosos —contestó Stan—. Claro que sí.

Miró con inseguridad alrededor de la mesa.

—¿Por dónde iba? —Fijó la mirada en Brooke y el gesto se le suavizó—. La pequeña.

—La pequeña que es cinco centímetros más alta que yo —comentó Amy, con la mirada todavía puesta en el globo.

—Brooke era la más lista de nuestros hijos —dijo Stan.

—Gracias, papá. —Troy se tocó la frente con la punta del dedo.

—En la pista —aclaró Stan—. Era la más lista y la más estratega en la pista. Tenía que serlo porque jugaba contra vosotros y todos erais más grandes y rápidos que ella. Brooke estudiaba los puntos débiles de su oponente a una edad en la que la mayoría de los niños solo piensan en pasar la pelota por encima de la red.

Era cierto que Brooke era lista en la pista, pero Joy nunca había disfrutado de verdad viéndola jugar como disfrutaba con los demás, porque la misma Brooke parecía no pasarlo bien mientras jugaba. El permanente ceño fruncido hizo su primera aparición cuando Brooke tenía unos ocho años. Antes incluso de los dolores de cabeza.

—Pero Brooke sufre migrañas —dijo Stan—. Fue terrible. Una pena terrible.

Negó con la cabeza con tal remordimiento y tristeza que cualquiera habría pensado que estaba hablando de la muerte temprana de Brooke, no de su temprana retirada.

Joy recordaba el día en que Stan y Brooke llegaron a casa de un torneo con varias horas de antelación.

—¿Qué hacéis aquí? —había preguntado Joy. Salía corriendo por la puerta para sustituir a uno de los entrenadores que estaba de baja por enfermedad. En aquella época ella siempre iba con prisas.

—Lo ha dejado —contestó Stan—. Se ha acabado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Joy mientras Brooke pasaba por su lado e iba directa a su habitación sin pronunciar palabra, pero la

mirada que lanzó a Joy parecía acusadora y, cuando miró a Stan, vio en sus ojos la misma expresión: «Has fallado». Porque el cuidado médico de sus hijos era responsabilidad de ella y no podía arreglar los dolores de cabeza de Brooke.

—El médico al que la llevas no tiene ni puta idea —había dicho Stan, y lo que Joy debería haber hecho era pedirle a Stan que diera la clase por ella e ir a consolar a Brooke, pero estaba tan enfadada con Stan por haberla insultado, por haberla culpado, que ni siquiera se le ocurrió. Simplemente se marchó dando un portazo al salir.

—Si hubiésemos recibido la atención médica adecuada las cosas habrían sido distintas —dijo Stan ahora, y Joy sintió que aquella antigua frustración volvía a surgir dentro de ella como si fuese ayer.

Savannah levantó en el aire la bandeja de brownies de Amy.

—¿Alguien...?

—¡La llevé de un médico a otro! —exclamó Joy.

—Nadie te culpa a ti, mamá —trató de calmarla Brooke a la vez que la perra empezó a gemir.

—Pues desde luego parece que...

—Indira me ha dejado —dijo Logan, y la habitación quedó en silencio al instante.

24

Logan permaneció sentado con la espalda erguida y gesto estoico tras su anuncio, los brazos sobre los reposabrazos como si estuviese atado a la silla eléctrica. Incluso la perra parecía sorprendida y miraba fijamente a la pared como dejando claro que esa situación tan desagradable no tenía nada que ver con ella.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —preguntó Stan, perplejo.

—Me ha parecido un momento tan bueno como cualquier otro para contarlo —contestó Logan.

—Ay, Logan. —Amy volvió a bajar la mirada del globo—. La queremos.

Cuando Logan había llegado y había dicho que Indira estaba en casa, enferma, Joy había tenido un pensamiento delirante y lleno de esperanza: que quizá se sintiera enferma porque estaba embarazada.

Aquella mirada enigmática en el rostro de Indira la última vez que Joy la había visto no había sido la señal de un anuncio secreto y especial que estaba esperando a hacer tras guardar las doce semanas de seguridad. Se estaba preparando para marcharse. El imán de la flor que Joy había esperado que fuese una fotografía de la ecografía había sido un regalo de despedida.

—Yo también la quería —dijo Logan.

—¿Y lo sabía ella? —preguntó Amy.

—Debería habérselo dicho con un anillo. —Troy negaba con la cabeza con fingida exasperación.

—Mira quién fue a hablar —respondió Logan.

—Yo he estado casado.

—No has estado casado mucho tiempo.

Brooke abrió la boca como para decir algo y, a continuación, cerró los ojos un momento.

—¿Te está dando una migraña, Brooke? —preguntó Joy. Volvía a sentir un tirón por debajo del estómago. Contuvo un gemido—. Si es así, no deberías volver a casa conduciendo. Nunca debes conducir cuando estés sufriendo una migraña.

—Yo la llevaré a casa —se ofreció Savannah.

—¡No tengo una migraña! —exclamó Brooke—. Ya hemos hablado bastante de migrañas por hoy.

Joy no la creyó. La verdad era que no tenía buen aspecto.

—Si la tienes, quizá deberías quedarte aquí. Grant no va a servirte de mucha ayuda si está enfermo.

—Grantyyotambiénhemosroto. —Brooke hablaba tan rápido que Joy tardó un momento en separar las palabras.

—¿Cómo dices?

Brooke soltó un suspiro y, a continuación, sus hombros se hundieron.

—Es un alivio contarlo. —Miró a su padre—. Siento estropearte el día del Padre. —Miró a Logan—. Aunque ha empezado Logan.

—No pasa nada, cariño —contestó Stan con profunda tristeza. Dio una palmadita en el hombro a Brooke antes de recostarse en la silla—. Son cosas que pasan.

—¿Quieres decir que os vais a divorciar? —preguntó Joy.

—Es solo una separación temporal, pero... —Brooke entrecerró los ojos, como si de repente mirase a una luz brillante—. Eso parece.

Joy debería haberse dado cuenta de que aquello era más que una migraña. La pobrecita parecía agotada, pálida y demacrada, con manchas oscuras por debajo de los ojos y el pelo demasiado lacio.

Troy rodeó a su hermana con el brazo.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó.

—Llevamos seis semanas separados.

—¿Seis semanas? —Joy no quería emplear un tono de reprimenda, pero ¿cómo podía llevar Brooke seis semanas separada y no haber dicho una palabra a sus padres? —¿Es por toda la presión que has tenido con esa maldita clínica?

Ahora estaba desviando sin querer su odio hacia la clínica. Lo estaba haciendo todo mal. Aquello se estaba convirtiendo en uno de esos momentos cruciales en sus vidas y habría deseado dar marcha atrás y volver a empezar para decir las palabras correctas. Se tocó la frente con los dedos. Estaba sudando. ¿Se había intoxicado con la comida? ¡El pollo asado de Savannah estaba maravillosamente tierno! ¿Era ese el precio que había que pagar por comer pollo tierno? ¡Era un precio demasiado alto!

—Debería haberte ayudado más con la clínica —le dijo a Brooke. ¡Debería haberlo hecho! Probablemente Grant se había sentido abandonado—. Debería haber insistido.

—Ay, mamá —dijo Brooke sin energías.

—No me puedo creer que no me lo hayas contado —protestó Amy.

—¿Podemos hacer que esto no gire en torno a ti, Amy? —preguntó Brooke.

El rostro de Amy se contrajo.

—A lo que me refería es a que podría haberte ayudado.

—Vale, bueno, pues gracias. Estoy bien. —Brooke se masajeaba la frente con movimientos circulares de la punta de los dedos—. Lo siento. Es que no estaba preparada para hablar de ello. Creía que quizá podríamos... solucionarlo. Nadie tiene por qué enfadarse.

Savannah había doblado su servilleta formando un cuadrado perfecto, ocultando sus brownies casi sin comer. ¿Qué debía estar pensando de todos ellos? Le daba vergüenza recordar que le había preocupado que Savannah sintiera envidia por la familia tan cariñosa y estable de Joy.

—¡Bueno! —exclamó Joy mirando a Savannah—. Espero que esto no esté resultando demasiado incómodo para ti. ¡Todos estos anuncios tan espantosos el día del Padre!

—Lo siento, papá —dijo Logan con remordimiento—. No quería arruinarte el día del Padre.

—Yo tampoco —añadió Brooke—. Lo siento, papá.

—Nadie tiene por qué disculparse —repuso Stan. Miró al globo que flotaba sobre su cabeza, agarró el extremo del cordel y lo bajó. Sujetaba el globo como un niño en un carrito al que llevan de paseo por una feria.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Joy.

—Sujetar mi globo —respondió.

—¿Queréis que os deje un poco de intimidad? —preguntó Savannah—. Puedo ir a mi habitación... —Rectificó con un repentino sobresalto y miró a Amy—. No es mi habitación.

—No necesitamos intimidad —respondió Stan—. No ocurre nada. Son cosas que pasan. No es culpa de nadie.

—Por supuesto que no es culpa de nadie —dijo Joy sin convicción, aunque le habría gustado verificar de quién era la culpa en cada una de esas rupturas.

—¿Alguien necesita...? —empezó a preguntar Savannah.

—Estamos bien —la interrumpió Stan.

Por un momento, hubo un silencio. Stan siguió agarrado a su globo como un tonto. Joy no sabía si era furia o náuseas lo que empezaba a notar en su vientre. ¿Estaba a punto de vomitar o de gritar? ¿De desmayarse o de llorar? Todas esas opciones parecían posibles.

—En vista de que se están lanzando pelotas desde todas las direcciones, voy a lanzar yo otra más —dijo Troy.

—Maravilloso —repuso Joy con los dientes apretados—. Hazlo, Troy. Lánzanos otra. Lánzamela directamente a mí, cariño.

—Vale, muy bien, mamá —contestó Troy. Lo cierto era que parecía nervioso. No podía tratarse de otra ruptura. No se habría molestado en

contarlo. Iniciaba y terminaba relaciones a todas horas—. Había pensado mantenerlo en secreto, pero ¿qué más da? Me vendrá bien vuestro consejo. —Apartó su copa a un lado y salpicó vino tinto sobre el mantel blanco. ¿Estaba borracho? ¿Estaba borracha la misma Joy? La verdad era que se sentía bastante rara.

—¿Os acordáis de Claire? —preguntó él.

—Por el amor de Dios, Troy, sí. Claro que nos acordamos de Claire —respondió Joy.

Claire era la exmujer de Troy, un antiguo miembro muy querido de la familia, igual que Indira y, en menor medida, Grant. Era como si hubiera una muerte cada vez que sus hijos rompían con alguien y, a lo largo de los años, habían sido muchísimas muertes.

(Escribiría eso en sus memorias: «Cuando echo la mirada atrás a la última década, es como mirar un campo de batalla cubierto de cadáveres de todos los hombres y mujeres encantadores y jóvenes que han fracasado en sus relaciones con mis insoportables y desagradecidos hijos». ¿Qué le parecería eso a la inocente profesorcita? Había insistido en que trataran de ser originales).

—Pues vi a Claire cuando estuve en Estados Unidos...

—¿Vais a volver juntos? —El rostro de Amy estaba lleno de absurda esperanza.

—Claro que no van a volver juntos —repuso Joy para ocultar su propia y absurda esperanza. Por supuesto que no. ¿No se había ido Claire a Texas o a algún sitio así, uno de esos sitios que le hacen pensar a una en vaqueros, y se había casado con un cardiólogo americano? ¿Un amigo de un amigo de cuando Troy y Claire habían vivido juntos en Estados Unidos?

—No, está felizmente casada y se ha instalado de forma permanente en Estados Unidos —contestó Troy—. Está dispuesta a tener un hijo.

—Vaya, pues no me sorprende. Ya estaba dispuesta a tener un hijo contigo hace años —dijo Joy con resentimiento. Claire y Troy estaban en pleno proceso de someterse a fecundación *in vitro* cuando su matrimonio se rompió. Al parecer, Troy le había sido infiel y, en aquel entonces, Joy se había enfadado tanto con él que no había sido capaz de mirarle a los ojos durante, al menos, seis meses. Sintió un fuerte escalofrío. Ahí dentro hacía demasiado calor o demasiado frío.

—Bueno, pues ella y su marido llevan ya bastante tiempo intentándolo y, al parecer, no han tenido suerte —continuó Troy.

—Ay, no —dijo Brooke—. Dime que no quiere usar...

—Sí —contestó Troy. Miró a su hermana, que parecía haber adivinado algo que Joy ni siquiera era capaz de imaginar—. Sí que

quiere.

—¿Usar el qué? —preguntó Stan.

—Durante todo este tiempo hemos mantenido nuestros embriones congelados. Desde que estábamos con la fecundación *in vitro*. Claire ha estado pagando los gastos de almacenamiento. En fin, ahora quiere saber qué me parecería que ella... probara suerte con alguno de ellos.

Joy se sentía como si estuviese andando a trompicones y a oscuras buscando el interruptor de la luz.

—¿Quieres decir que Claire quiere tener a tu hijo? Pero no entiendo. ¿Por qué no se somete a la fecundación *in vitro* con su nuevo marido y se hacen unos... embriones nuevos? —Se trastabilló con la palabra «embriones». Cuando ella se quedaba embarazada solo había bebés o nada.

—Ya tenía pocas reservas en los ovarios cuando se estaba haciendo la fecundación *in vitro* con Troy —explicó Brooke, que recordaba los historiales médicos de todos—. Probablemente ya no tenga más óvulos.

—Pero, entonces, serías tú el padre de ese niño —dijo Joy a la vez que veía a Troy como un bebé: el más guapo y travieso de todos sus hijos. Lloraba tanto cada vez que se despertaba que cualquiera habría pensado que se estaba muriendo y Joy tenía que acudir corriendo, engañada, cada vez y, en el momento en que lo cogía en brazos, el llanto cesaba como si hubiese pulsado un botón y él la miraba con esa sonrisa suya que derretía a todo el mundo, con sus lágrimas de cocodrilo todavía húmedas en sus mejillas rosadas y gordas.

—Quiere que su marido adopte oficialmente al niño nada más nacer —explicó Troy y Joy notó cómo se trastabillaba con la palabra «marido», del mismo modo que a ella le había pasado con «embrión».

—Pero ¿estarías implicado, si quisieras? —preguntó Amy.

Troy se encogió de hombros.

—Ella dice que es decisión mía, pero ¿qué sentido tiene aparecer cada pocos meses para llevar al niño a un McDonald's como cualquier triste padre divorciado? Lo mejor es que piense que el cardiólogo es su padre, ¿no creéis?

Joy estaba en una barca que se mecía en medio de un mar tormentoso.

Miró a Stan a los ojos. Parecía perplejo. Estaba segura de que no terminaba de entenderlo. Todas estas nuevas posibilidades y dilemas que provocaban la tecnología moderna, la ciencia moderna y el pensamiento moderno quedaban fuera de su alcance.

—¿A ti te gusta esa idea? —preguntó Logan.

—No, no me gusta en absoluto —respondió Troy. Y ahí estaba: un

destello de angustia—. Sinceramente, detesto la idea.

—En ese caso, chaval, no te sientas obligado...

—Pero podría ser la única oportunidad de Claire de tener un hijo biológico. —Troy levantó las manos con un desesperado gesto de rendición—. Su única oportunidad. En toda su vida. ¿Cómo voy a impedírselo cuando esos embriones están ahí? Sería una crueldad. —Su voz se apagó y empezó a mover la copa formando círculos sobre la mancha de vino tinto del mantel, como si quisiera borrarla, cosa que no podía hacer. Esa mancha se quedaría ahí para siempre.

Troy continuó en voz baja y llena de remordimiento:

—Sobre todo, después de lo que le hice.

«Ay, por el amor de Dios».

Así era exactamente como Joy se sentía cuando Troy se metía en líos siendo niño y se quedaba sentado delante de ella y de Stan, con la cabeza agachada, las manos caídas entre las rodillas, tan triste, arrepentido y perplejo, como si lo que había hecho no hubiese sido culpa suya, en realidad, pero una vez más tuviese que atenerse a las consecuencias.

—Creo que tengo que decirle que sí, ¿no? —Levantó los ojos desde la mesa para mirar a Joy—. ¿No, mamá?

Joy suspiró. Se puso de nuevo una mano sobre su ardiente mejilla y se estremeció. Estaba congelada.

—¿No crees, mamá? —insistió Troy—. ¿Que tengo que decir que sí?

Necesitaba una respuesta. Él siempre la miraba a ella, no a su padre, cuando buscaba respuestas para los dilemas morales en los que se encontraba.

«He robado este CD, mamá, y ahora me siento mal. ¿Debería devolverlo a la tienda y contarles la verdad? Pero lo he arañado un poco».

—Ay, Troy.

Joy pensó en los padres de Claire. Stan y ella los habían visto tan solo unas cuantas veces, pero les habían gustado. Personas agradables y sencillas. Habían jugado dobles contra ellos. La madre, Teresa, tenía un buen revés a dos manos. Joy pasó mucha vergüenza cuando su hijo rompió el corazón de la hija de Teresa de aquella manera. La había llamado para decirle que lo sentía mucho, que se avergonzaba de Troy, y Teresa había respondido de forma amable y elegante. Si la situación hubiese sido al revés, Joy también se habría mostrado educada, pero fría y cortante. Ahora, esa buena mujer tendría al nieto de Joy y a Joy no le permitirían verlo, cogerlo en brazos, conocerlo. ¿Y si ese bebé tenía la sonrisa de Troy? ¿Y el bonito pelo rojo de

Claire? ¡A Joy le habría encantado especialmente tener un nieto pelirrojo!

—Sí —le contestó a Troy—. Tienes razón. Tienes que decir que sí. Es lo correcto.

—Pues yo no sé —empezó a decir Stan, incómodo.

—Es lo correcto —repitió Joy siseando entre dientes.

Stan cerró la boca.

Sí, era lo correcto, pero también un error.

¿Y si ese niño, ese precioso niño pelirrojo al que ya quería, pero al que quizá nunca conocería, resultaba ser el único nieto de Joy?

—Quizá deberíais marcharos todos a casa ya —dijo ella de repente.

Todos se quedaron mirándola.

—No me encuentro muy bien. Es como si estuviese incubando algo.

De repente, reconoció la mezcla de los síntomas que había estado sufriendo durante los últimos días. Qué vieja tonta había sido. Tenía una infección de orina, igual que la que había tenido en su luna de miel, debido a la reciente e inusual actividad sexual.

Ahora estaba furiosa con Stan, que estaba ahí sentado como un monolito silencioso y estúpido, en el otro extremo de la mesa, con su globo. ¡Sin aportar nada, salvo una infección de orina! ¡A su edad! Cogió su vaso y tomó un largo trago de agua, aunque ese barco hacía tiempo que había zarpado. Necesitaba antibióticos y era domingo, así que no podía ir a ver a su encantadora médica de cabecera, Susan. Tendría que acudir a un centro de salud y tendría que hablarle a un niño recién salido de la facultad de medicina sobre su vida sexual.

—Maldita sea —le dijo a Stan.

—¿Eh? —respondió Stan—. ¿A mí por qué me miras? ¿Qué he hecho?

—¡Pues, para empezar, mataste a Dennis Christos! —exclamó ella y fue muy extraño porque ni siquiera estaba pensando en el pobre Dennis, y menos con todo lo que estaba pasando, pero esa acusación llevaba esperando desde los últimos seis meses, preparada en su subconsciente a la espera del momento perfecto.

—¡Dennis Christos murió de un ataque al corazón! —respondió Stan al instante, sin ningún tono de confusión, prueba concluyente de su culpa.

—¡Le hiciste creer que iba a romper tu servicio y su pobre corazón no lo pudo soportar!

—No pudo creer de verdad que iba a romper mi servicio —se mofó Stan.

—¡Dejaste que el juego llegara a cero cuarenta! —exclamó ella.

—Vaya, pues lo siento —respondió Stan sin sentirlo lo más

mínimo.

—¡No te disculpes conmigo! ¡Discúlpate con la pobrecita de Debbie Christos!

—No admitas nunca tu responsabilidad, papá —dijo Troy—. Es mi consejo.

—Apuesto a que es verdad —añadió Logan.

—Dennis Christos hizo una vez un comentario muy poco apropiado sobre mí —intervino Amy—. Por si esto hace que te sientas mejor, mamá. Muy poco apropiado.

—¿Le damos a papá nuestros regalos antes de irnos? —preguntó Brooke, con inquietud.

—¿Qué he hecho mal? —Las palabras salieron como una explosión de Joy sin su permiso.

Todos la miraron completamente perplejos.

—Tú no has hecho nada malo, mamá —contestó Amy con voz tierna.

—Entonces, ¿por qué ni uno solo de vosotros puede mantener una relación larga? ¿Es que vuestro padre y yo no hemos sido un buen ejemplo para vosotros? ¿De buen matrimonio?

Todos sus hijos dejaron caer la cabeza, como si hubiese pedido voluntarios para una desagradable tarea.

—Vuestro padre y yo no hemos sido perfectos. Pero, en fin, no hemos sido tan malos, ¿no? ¿Nos estáis castigando por algo? ¿Por qué? ¿Por obligaros a jugar al tenis? ¡No os hemos obligado a jugar al tenis! ¡Jamás! ¡Os encantaba el tenis! ¡Todos teníais mucho talento!

—No os estamos castigando —contestó Troy—. Eso es una locura, mamá.

—Solo es mala suerte —añadió Brooke—. Ha coincidido así. —Lanzó a Logan una mirada fría—. No me lo podía creer cuando me enteré de que Logan e Indira habían roto también.

—Mamá, conseguirás ser abuela —afirmó Amy—. Es decir, es evidente que yo no voy a tener hijos, pero alguien los tendrá. —Miró a sus hermanos—. ¡Alguno de ellos los tendrá! No como lo que va a hacer Troy, que obviamente es raro y triste. Pero llegarás a tener un nieto de verdad. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes prometerme eso, Amy? ¡No veo que tus hermanos se estén apresurando a darte la razón! ¿Y qué quieres decir con lo de que es evidente que tú no vas a tener hijos? ¿Por qué no? Además, ¿por qué hablas de nietos? ¿He hablado yo de nietos? ¿Alguna vez? ¡Ni una sola! —Todo el cuerpo de Joy ardía y temblaba por lo injusto que resultaba aquello—. ¡Ni una sola vez! ¿Lo he hecho? ¿Eh, lo he hecho?

Si no le iban a recompensar por su paciencia, al menos sí debían reconocérsela.

—Nunca, mamá —contestó Brooke, y su voz sonó muy triste, como si pudiera echarse a llorar, y también asustada, como si Joy estuviese borracha, loca o enferma.

—Como tampoco has dicho nunca lo mucho que deseabas que ganáramos —añadió Troy, en voz baja.

Joy se puso de pie. Las piernas le temblaban. La única persona que la miraba a los ojos era su maldito marido.

Podía ver qué era lo que él deseaba hacer en ese instante. Podía ver cómo le iba invadiendo: una quietud mortal, o un silencio, como si todo se estuviese cerrando. Había pasado veinte años sin hacerlo, pero Joy todavía podía reconocer las señales. Antes siempre sabía cuándo iba a pasar. Lo veía antes que sus hijos y, si actuaba con rapidez, podía interceptarlo, podía evitar la crisis. Era la misma sensación que salir corriendo para coger algo antes de que se rompiera en pedazos, solo que no se te permitía correr. Quizá era así como se sentían los que se dedicaban a desactivar bombas.

Pero ella ya no se dedicaba a desactivar bombas. Era demasiado vieja para eso y, además, no podía creer cómo lo había soportado.

—No... te... atrevas. —Le señalaba con un dedo tembloroso—. Ni lo pienses siquiera.

Se balanceó sobre sus pies. El dolor de la pena y la humillación no solo se extendió por su estómago, sino que subió por todo su costado izquierdo.

Fue Savannah la primera que fue hacia ella y la sostuvo con unas manos sorprendentemente fuertes.

—Que se vayan todos —le dijo Joy—. Que se vayan todos a sus casas.

25

Ahora

Habían pasado ya quince días desde que su familia no veía a Joy Delaney.

—Mi madre se puso muy enferma el día del Padre —dijo Brooke Delaney—. Se desmayó. Resultó que tenía una infección del riñón. Tuvimos que llamar a una ambulancia.

—Debió de ser un buen susto para todos —contestó Christina.

Christina y su ayudante Ethan estaban interrogando a la hija pequeña de Joy Delaney en su clínica de fisioterapia, rodeada de aparatos para los ejercicios. Había solo dos sillas. Ethan había aceptado el ofrecimiento de Brooke de sentarse en el balón de equilibrio, cosa que hizo con enorme aplomo, a la vez que tomaba notas diligentemente. Christina se habría caído.

Habían visto a Brooke en la rueda de prensa, pero tardaron unos días en concertar el interrogatorio. Christina no estaba segura de si Brooke la estaba retrasando deliberadamente. Ahora mismo parecía dispuesta a colaborar o, al menos, a dar esa impresión.

—Pues sí, nos dio un susto —respondió Brooke—. Al principio, no sabíamos qué estaba pasando. Mi madre se estaba comportando de una forma extraña. Creíamos que era porque estaba enfadada, no enferma.

—¿Por qué estaba enfadada?

—Yo me sentí especialmente mal —reflexionó Brooke—. Porque soy la que tiene formación médica. Tenía fiebre. Debería haberme dado cuenta.

—¿Estaba enfadada por algo? —insistió Christina.

—Por cosas de la familia —respondió Brooke—. Mi hermano y yo habíamos roto con nuestras parejas. Ah, y mi padre decidió que era un buen día para hacer un análisis global del fracaso en nuestras carreras tenísticas. —Sonrió levemente.

—¿Y qué impresión le dio Savannah? —preguntó Christina. Se había quemado la lengua al dar un sorbo a una taza de té demasiado caliente que Brooke le había preparado.

—Me pareció una chica dulce y callada, sin más. Nos había

preparado toda esa comida pero, después, fue como si nos la estuviese sirviendo, en casa de nuestros padres. Resultaba raro e incómodo. Era como si fuese Cenicienta, apenas comió, y era raro cómo mis padres se habían... enamorado de ella. Dependían de ella. Era como si su aparición hubiese resuelto un problema que no éramos conscientes de que había que resolver.

—¿Qué problema era ese?

Brooke se quedó pensando la respuesta.

—Supongo que, quizá, el problema de la cocina. O el de la jubilación. Mis padres no son de esas personas que soñaban con jubilarse. Les encantaba trabajar.

—¿Su madre ha mostrado recientemente síntomas de depresión?

—Para nada —contestó Brooke. Parpadeó—. Últimamente, las cosas no iban muy bien, pero mi madre no es de ese tipo de personas que se deprimen.

—¿Y su padre? ¿Es de ese tipo de personas que se deprimen?

—Puede ponerse cascarrabias —respondió Brooke con cuidado—. Pero nunca violento. Si es eso lo que quiere decir.

—Yo no quiero decir nada. Solo recopilo información del estado emocional de sus padres.

—Ojalá hubiera visto usted cómo enseñaba mi padre a los niños —dijo Brooke—. Aun cuando fuera un niño sin talento. Sobre todo, si era un niño sin talento. Era dulce y paciente, apasionado por el tenis. Siempre estaba deseando que todos adoraran el tenis tanto como él.

Aquello no le proporcionaba ninguna información a Christina. Las personas dulces pueden gritar. Las personas que son pacientes y amables en ciertas circunstancias pueden ser crueles y violentas en otras.

—Pero ya no se dedica a entrenar, ¿no? Sus padres se han jubilado y usted ha dicho que les encantaba trabajar. Así que entiendo que no han estado disfrutando de su jubilación.

—Les ha costado un poco —contestó Brooke—. Intentaron irse de viaje, pero no sabían cómo estar de vacaciones. La verdad es que en nuestra familia no salíamos de vacaciones.

—¿Nunca se han ido de vacaciones?

—Bueno, sí. Todos los veranos nos íbamos una semana a un campo de caravanas de la Costa Central —confesó Brooke—. Que era más o menos divertido. —Frunció el ceño—. O no. —Suspiró—. Pero nunca había tiempo para muchas vacaciones porque todos jugábamos al tenis de competición. O estábamos viajando a algún torneo o entrenando para alguno, y mis padres estaban tratando de dirigir una escuela de entrenamiento al mismo tiempo.

—¿Fue una infancia feliz? —preguntó Christina. Aún no terminaba de entender a esa familia. En la superficie, parecían cariñosos y alegres, pero podía notar una disfunción que bullía inquietante bajo su apariencia deportiva y relajada.

—No sé —respondió. Cogió un bolígrafo, lo mordió y, a continuación, pareció darse cuenta, se lo sacó de la boca, lo dejó de nuevo sobre la mesa, delante de ella, y lo apartó—. O sea, sí que fue feliz. Muy ajetreada. Dominada por el tenis. El tenis te roba la infancia. No hay tiempo para otra cosa.

—¿Lamentó usted que le robaran su infancia?

—En absoluto. Me encantaba el tenis. A todos nos encantaba el tenis.

—¿Sigue jugando? —Christina miró la fotografía enmarcada de una tenista en la pared.

Las fosas nasales de Brooke se dilataron.

—No en competiciones. Juego con mi padre de vez en cuando. Por diversión.

—Entonces, cuando era niña, ¿sus padres le presionaban mucho para que ganara?

—Nos presionábamos a nosotros mismos. Todos queríamos ganar. —Siguió la mirada de Christina hacia la fotografía de la tenista, que se estiraba para dar un revés como si su vida dependiera de ello—. Es duro desear tanto algo y darlo todo para, después, no lograrlo. Existe esa idea de que lo único que hay que hacer es creer en uno mismo, pero lo cierto es que no todos podemos ser Martina.

—¿Martina? —Christina miró sus notas. ¿Era la hermana mayor?

—Navratilova —respondió Ethan. Señaló hacia la fotografía.

—Ah, claro —dijo Christina. El único tenista que conocía era ese que se enfadaba en los ochenta. McEnroe. Tenía un tío que solía hablar con acento estadounidense para imitar sus pataletas: «No puede *hablaw* en *sewio*».

—Cuando dice que las cosas no iban muy bien últimamente, ¿es porque tuvo alguna repercusión la comida del día del Padre? —preguntó Ethan a Brooke.

Una pregunta astuta. Christina observó el lenguaje corporal de Brooke mientras respondía. Se le levantaron los hombros y estiró el cuello como una tortuga para bajarlos.

—No tuvo ninguna repercusión —respondió con resolución—. Fue solo que ese día se dijeron en voz alta algunas cosas que nunca se habían dicho, eso es todo. Luego, mi madre estuvo enferma en el hospital y todos nos centramos en eso.

¿Era eso cierto? ¿O fue en ese momento cuando todo empezó a

crisparse?

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué dice que últimamente las cosas «no iban muy bien»? —preguntó Christina.

Brooke se quedó inmóvil.

—No sé —respondió sin pestañear.

Ahí estaba la mentira. Justo ahí. Christina podía señalarla igual que un médico sabe señalar una fractura en una radiografía.

Lo sabía muy bien.

Christina esperó.

—¿Está segura? —insistió con suavidad—. ¿Está segura de que no lo sabe?

Dos manchas de color rosa aparecieron en las mejillas de Brooke.

—Sí, estoy segura.

—Volvamos a la huésped que vivió en casa de sus padres. ¿Estuvo sola con su padre mientras su madre estaba en el hospital?

—Sí —contestó Brooke—. Fueron solo dos noches.

—Bien —dijo Christina. Eso era tiempo suficiente. Esperó. Brooke no se inmutó.

—Luego, su madre volvió a casa del hospital y Savannah continuó allí.

—Sí —respondió Brooke—. Estábamos muy agradecidos porque hacía todas las comidas.

—Creo que fue más o menos en esa época cuando su hermano Logan descubrió algo desagradable sobre Savannah.

Esa vez, Brooke sí que se inmutó claramente. ¿No se esperaba que tuviese esa información? Y de ser así, ¿por qué no?

Brooke se recuperó rápidamente, aunque tuvo que esforzarse mucho por seguir mirándola a los ojos.

—¿Se lo ha contado Logan?

—Sí —contestó Christina. Logan lo había mencionado de pasada, justo antes de tener que salir corriendo para dar una clase—. ¿Puede contarme algo más?

—Bueno —dijo Brooke con cautela, como si caminase de puntillas entre cristales rotos—. Logan estaba un día en casa cuando descubrió algo sobre Savannah que nos puso a todos un poco... —Miró hacia otro lado mientras trataba de encontrar la palabra adecuada.

Ethan se tambaleó sobre su balón.

—Nerviosos —concluyó Brooke.

26

El octubre pasado

Era hacia la mitad del día, en mitad de la semana, en la mitad de su vida. Logan había dado una clase a primera hora de la mañana y ahora estaba de vuelta en casa, en su sofá de cuero verde, en su casa medio vacía, en un día claro y soleado inundado de cantos de pájaros, podadoras y sopladores de hojas y el sonido de su vecina de al lado aprendiendo a tocar el chelo. Había dejado una nota preventiva: «¡Gracias por tu paciencia mientras aprendo a tocar el chelo!».

Logan pasaba de un canal de televisión a otro, bebía una cerveza caliente y comía los restos de una pizza fría para almorzar, mientras trataba de impedir que sus ojos dejaran continuamente de mirar la televisión para volver a todos los espacios vacíos que había dejado Indira en el apartamento.

Había un espacio vacío delante de él, donde Indira habría debido estar ahora mismo, con las manos sobre las caderas: «¿Te das cuenta de que ahí afuera luce el sol?».

Indira consideraba que era ilegal ver la televisión cuando hacía sol. Era porque ella y su familia habían emigrado desde el Reino Unido cuando tenía doce años y todavía apreciaba la luz australiana de una forma que Logan, que se había criado con el sol en los ojos, jamás podría. Él veía la luz del sol como un peligro, un obstáculo que había que superar en la pista, como el viento. Ella lo veía como un milagro de cada día.

Había dejado también espacios vacíos en el sentido literal, como ese rectángulo descolorido de la pared donde ella tenía colgado un cuadro abstracto espantoso que había comprado a un pintor de los mercadillos de Hobart, y la alfombra aplastada junto a la puerta de la calle donde antes había un inútil perchero retro, solo que, al parecer, no debía de ser tan inútil, pues Logan no dejaba de ir a dejar cosas en él, como su sudadera, y seguía sin estar ahí, con su ausencia sorprendentemente constante, como las bolas de pelusa sucia y gris que seguían flotando desconsoladas por el espacio del lavadero donde antes estaba el cesto de bambú de Indira para la ropa sucia.

Se había dejado atrás su lavadora. Le lanzaba una mirada asesina

cada vez que él trataba de utilizarla. Era una lavadora pequeña de carga frontal y difícil de manejar con demasiadas opciones de lavado. Indira se había ocupado de la colada. Le encantaba hacer la colada. A veces, le quitaba los calcetines solo para lavarlos.

Al menos, al frigorífico le seguía gustando. Lo tenía desde hacía años. Ahí estaba, solemne e impasible, murmurando su suave zumbido con cada una de las rupturas en sus relaciones mientras los envases de yogur y las cestitas de fresas desaparecían para ser sustituidas, de nuevo, por cajas de pizza y múltiples paquetes de seis cervezas.

El viejo y leal frigorífico.

Cielo santo, se estaba convirtiendo en su madre: personificando a sus electrodomésticos.

Se quedó mirando el rectángulo vacío de la pared, como si fuese una ventana tapiada y él buscara en vano unas vistas que ya no estaban, una explicación que no iba a llegar.

—Es bonito —solía decir ella sobre el espantoso cuadro—. Me hace sentir viva.

—Es espantoso —decía él, y oía el eco de las burlas de sus padres, o pensaba que eso era lo que había oído. Quizá Indira oía otra cosa. Los padres de ella tenían un matrimonio infeliz. Quizá Indira había oído el eco de algo completamente distinto. Él pensaba que estaba siendo gracioso y coqueto, pero quizá ella pensaba que estaba siendo desagradable. Quizá odiaba hacer la colada. Quizá habían estado viviendo el uno junto al otro en realidades completamente distintas.

Sí que era un cuadro espantoso, pero lo echaba de menos, igual que echaba de menos las preguntas de ella, su perfume, su insistencia en que comiera plátanos (por el potasio, estaba obsesionada con el potasio), sus zapatillas de deporte junto a la puerta, sus estornudos agudos, el inmenso placer que sentía al cazar los Pokémon que, al parecer, merodeaban invisibles por el apartamento (¿Seguían ahí? ¿Esperando a que ella los cazara con su teléfono?), sus besos de mariposa en su nuca los domingos por la mañana, sus... Dios mío.

«Basta».

Cogió el teléfono y llamó a su amigo Hien, porque Logan no era un puto pasivo. Estaba realizando un inventario diario de sus actos nada pasivos. Era el único de su círculo de viejos amigos del colegio que cogía el teléfono y todas sus esposas eran conscientes de ello y les decían a sus maridos: «Qué afortunados sois por tener a Logan».

—¿Te lo has pensado ya? —le preguntó Hien nada más contestar.

—¿Eh? —Logan no había pensado nada—. ¿Pensar qué?

Pero entonces recordó que Hien creía que su hijo de seis años era el próximo Nadal y quería que Logan le entrenara, sin importarle que

no hubiese ejercido de entrenador desde que echaba una mano en la Escuela Delaney siendo adolescente. Logan había preferido entrenar antes que cualquiera de los demás trabajos que tenía que hacer, pero ahora no necesitaba hacerlo.

—Ya te lo dije, yo no entreno —respondió Logan—. Te pasé una lista de nombres.

—Ven a verle jugar —insistió Hien—. Solo una vez. Yo iba a todos tus partidos.

—No es verdad.

—Fui a uno. Eras bueno.

—No me digas, Sherlock —dijo Logan—. Me clasifiqué en el puesto...

—Sí, lo que tú digas, chaval. No me importa en qué puesto quedaste, tu época ya pasó, pero mi hijo es el futuro y podría ser tu futuro. Ya verás. Venid Indira y tú a comer y, luego, vamos a las pistas municipales a ver qué opinas.

—Hien.

—Quiero que le entrenes tú. No otro. Ni siquiera tu padre. Te estoy haciendo un favor. Piénsatelo. Tengo que irme.

Logan lanzó el teléfono sobre el sofá y soltó una pequeña carcajada. Incluso el duro de Hien se había convertido en el típico padre del tenis, cegado por el amor a su hijo.

La mujer de Hien e Indira eran buenas amigas. Pero Indira no debía de haberles contado todavía lo de la ruptura.

Sus amigos iban a reaccionar del mismo modo que su familia el día del Padre. Indira gustaba a la gente más que él. Logan había sido siempre consciente de ello y esta era la primera vez que le importaba. Se sentía injustamente difamado. Incluso el maldito Troy le había mirado como si fuese un tonto por dejarla ir.

Recordó las palabras de su madre justo antes de su dramático desmayo: «¿Es que vuestro padre y yo no hemos sido un buen ejemplo para vosotros? ¿De buen matrimonio?».

Nunca había considerado el matrimonio de sus padres como algo que pudiese calificarse. En su mente, no existía con relación a ninguna otra cosa. Simplemente era así. Suponía que tenía la creencia inconsciente e infantil de que sus padres no eran, en realidad, dos individuos, sino una sola unidad. Al fin y al cabo, habían estado juntos durante medio siglo, habían trabajado juntos, habían jugado al tenis juntos. Rara vez los vio separados. ¿Habían sido un buen ejemplo de buen matrimonio? Por primera vez se planteaba de verdad esa pregunta.

Le gustaba la forma en que sus padres se burlaban el uno del otro.

Era como verlos jugar un partido, y cuando él y sus hermanos eran pequeños no entendían las reglas, pero habían sabido que se trataba de un juego divertido. Evidentemente, él prefería no saber nada sobre su vida sexual, pero le gustaba ver como siempre se tocaban, se abrazaban y se besaban: más que los padres de otros. Su padre era muy grande y su madre muy pequeña, él la podía levantar por las axilas y dejarla en otro sitio siempre que quería, e, incluso de niño, Logan sabía que a su madre le gustaba cuando se lo hacía, aun cuando fingiera resistirse, lo cual formaba parte del juego.

Logan nunca había intentado hacer eso con Indira. Tenía muchísimas cosquillas. Probablemente le habría dado un cabezazo si hubiese intentado levantarla. Indira también creía que era demasiado pesada para que él la levantara. Tenía problemas con su cuerpo. A él le encantaba su cuerpo, pero tenía que ser tremendamente cuidadoso con lo que decía. Indira prefería fingir que no tenía cuerpo. Al principio, él le decía algún cumplido y ella le respondía: «Estás mintiendo, solo lo dices por decir, cómo puedes decir eso, sé que no lo dices en serio, mis piernas son horrorosas, mis brazos dan asco». De repente, él se veía en una situación en la que tenía que defender el cuerpo de ella ante un cruel atacante y no sabía durante cuánto tiempo ni con cuánta fuerza se suponía que tenía que defenderla cuando ella era la atacante, así que al final se rindió. Dejó de decir nada. Cada relación tiene sus propias reglas quijotescas. Solo había que cumplirlas. Solo sus manos podían hablar, y él intentaba que sus manos expresaran todo lo que no le estaba permitido decir en voz alta. La de ellos era una relación llena de caricias, no solo en el dormitorio: se agarraban de la mano por la calle, se tumbaban juntos en ese sofá cuando veían la televisión. Él había creído que todas esas caricias significaban que todo lo que había que decir se estaba diciendo.

Si lo hubiese pensado, y ahora lo pensaba, quizá se habría dado cuenta de que de niño no le habían gustado ciertos aspectos del matrimonio de sus padres. No le había gustado ver que su madre hacía muecas a espaldas de su padre y murmuraba cosas desagradables, en voz tan baja que solo sus hijos podían oírlas: «Le dije que iba a pasar, pero ¿me escuchó? No, no me escuchó».

No le gustaba que su padre tuviera la última palabra en las discusiones no dando gritos, sino marchándose.

«Odiaba cuando mi padre se iba».

Sintió una oleada de recuerdos, como si hubiese olido un aroma de su infancia del que hacía tiempo que se había olvidado. Tenía en el estómago una sensación de que algo desaparecía, como si cayera en un sueño. Llevaba años sin pensar en ello. Quizá nunca hubiese

pensado en ello de verdad. En algún momento, su padre dejó de hacerlo y el recuerdo había desaparecido, como desaparecía la ropa vieja y olvidabas que había existido hasta que una vieja foto te la recordaba: me encantaba esa camiseta.

Un día, su padre volvió y nunca más volvió a irse, y los años se fueron amontonando uno tras otro sobre esos recuerdos en particular, ocultándolos. Su madre ya no hacía muecas ni comentarios desagradables a sus espaldas y su padre ya no se marchaba.

Sonó su teléfono y se sobresaltó. Lo cogió, vio que era Indira. Se quedó mirando su nombre mientras pensaba si pulsar con el pulgar en «Rechazar».

Indira estaba decidida a que «siguieran siendo amigos». Empleaba ahora una forma nueva de hablar con él, sin rastro alguno de emoción. Sonaba como una simpática representante del servicio al cliente. Era casi un clon perfecto de su Indira, solo que faltaba en ella algo esencial y hermoso.

Quitó el volumen de la televisión y respondió.

—Hola, Logan —dijo con su simpática voz de teleoperadora—. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien, Indira. ¿Qué tal tú? —No imitó su tono de voz, pero casi.

Ella hizo una pausa y, después, habló con un tono ligeramente menos cordial pero más normal.

—Se me ha ocurrido llamar para preguntar si había salido tu madre del hospital.

Podría haber enviado un mensaje: «¿Cómo está tu madre?». Con eso habría bastado. O podría haber desaparecido de su vida igual que otras exnovias, pero seguía manteniendo el contacto, seguía poniéndose al corriente diligentemente de las novedades de la familia. Él quería decirle que no era necesario. Si no iba a tener su cálido cuerpo a su lado en la cama, no quería su fría y simpática voz en su oído.

—Ha vuelto a casa —respondió—. Solo la han tenido allí dos noches.

—Ah, bien. Eso es bueno. ¿Y esa chica sigue viviendo con ellos?

—Sí —contestó Logan—. Sigue ahí. Les hace la comida. A mamá le encanta. Es... —Es extraño. Es agradable. Es reconfortante. Es un poco aterrador. No sabía qué decir ni pensar con respecto a Savannah. Parecía hacer felices a sus padres. ¿Cómo iba a quejarse de eso? Miró el espacio vacío por encima de la televisión—. ¿Cómo estás tú?

Indira estaba en Perth, donde se habían mudado sus padres hacía un año. Ella no se llevaba bien con sus padres. Pero estaba dispuesta a

vivir con ellos al otro lado del país. Hasta ahí llegaba su deseo de no continuar su relación con Logan.

—Esta mañana mis padres se han estado gritando durante diez minutos por un vaso de agua —dijo ella, olvidándose de emplear la voz de su clon—. Ni siquiera parecen ser conscientes de que se gritan. Es como su modo predeterminado.

—Lo siento —respondió él. «¿Por qué me has dejado?».

—En fin, esta tarde voy a ver una casa que promete. —De vuelta a la voz de su simpática clon.

—Nosotros nunca nos gritamos —señaló Logan, y contuvo la respiración porque hablar de su relación era ir en contra de sus normas de compromiso tácitas. «Vuelve a casa. Por favor, vuelve a colgar tu espantoso cuadro en la pared».

Hubo una larga pausa.

—Nunca discutimos de verdad —continuó Logan—. ¿Verdad? —«¿Por qué te has ido? ¿Puedes volver a casa, por favor?».

—Ahora no tiene sentido hablar de eso —respondió Indira—. Tengo que...

Logan se apresuró a seguir hablando:

—El día del Padre, justo antes de que mi madre se desmayara, estaba muy enfadada porque tú y yo hubiésemos cortado y porque Brooke y Grant hubiesen cortado...

—Brooke está mejor sin él —dijo Indira, que la tenía tomada con Grant de un modo que Logan nunca llegó a comprender del todo.

Logan continuó atacando.

—Y, bueno, preguntó si ella y mi padre no habían sido un buen ejemplo para nosotros. De buen matrimonio.

—Tus padres tienen una relación estupenda —dijo Indira—. Son adorables juntos. Llamaré hoy a tu madre. —Él no oía dolor en su voz. A ella le encantaban los padres de Logan. Probablemente había hablado más con ellos en los últimos cinco años que Logan. Hablar con los padres de Logan era como una tarea doméstica que había dejado en sus manos porque se le daba muy bien, igual que ella había dejado en las manos de él la limpieza del baño, porque dejaba impolutas las mamparas de la ducha.

—Sí que tienen una relación estupenda. Aunque, es curioso, cuando has llamado estaba pensando en que antiguamente mi padre... —No encontraba la palabra correcta para lo que su padre hacía y, de todos modos, no estaba seguro de querer hablar de ello.

—¿Tu padre qué? —preguntó Indira, como si quisiera saberlo, y, si esta iba a ser una forma de hacer que siguiera al teléfono y oír su voz normal, él lo aceptaba.

—Hacía una cosa cuando éramos pequeños..., quizá tres o cuatro veces al año. No muy a menudo. No era demasiado importante. —Solo que sí que parecía importante—. Estoy seguro de que te lo he contado —dijo.

—Nunca me lo has contado —contestó Indira. Su voz sonaba un poco más fuerte en su oído, como si se hubiese erguido, y él también lo hizo.

—Ah. Bueno. Si mi padre se enfadaba mucho por algo, simplemente... se iba.

—Quieres decir que evitaba el conflicto —dijo Indira. Había ciertas sílabas en las que él notó un rastro de su antiguo acento inglés. Como en el «con» de conflicto.

—Supongo que era eso lo que hacía —respondió Logan—. No parecía que estuviese evitando el conflicto, parecía más bien un castigo. Porque nunca sabías cuánto tiempo iba a pasar hasta que volviera.

—Pero... No termino de entenderlo. ¿Adónde iba?

—Nunca lo supimos. —¿Qué pasaría si se lo preguntara ahora? ¿Adónde ibas, papá? ¿Qué era todo aquello?

—Entonces, no es que saliera de la habitación. ¿Se iba de casa?

—Sí. En una ocasión, Troy y yo estábamos peleando en el asiento de atrás del coche cuando íbamos a un torneo y mi padre detuvo el coche en una autopista de seis carriles, salió, se marchó y no volvimos a verlo hasta la noche siguiente.

—¡La noche siguiente! —exclamó Indira.

Sí que le parecía raro ahora que lo decía en voz alta.

Logan recordó que todos se habían quedado sentados en el coche, mirando cómo su padre se alejaba: con paso tranquilo, como si llegara con tiempo suficiente para una cita importante. El aire del coche se volvió caliente, cargado e irrespirable, y el único sonido era el del zumbido del tráfico que pasaba y el monótono tic, tic, tic del intermitente que su padre había dejado encendido cuando había detenido el coche.

Ese fue el día en que Brooke tuvo su primera migraña o, al menos, la primera que recordaba Logan, el día en que su madre dijo, como si nada, después de veinte minutos, «No va a volver» y salió del coche, lo rodeó hasta el asiento del conductor y los llevó al torneo, donde Logan perdió 6-2, 6-1 contra aquel trol de niño de la Costa Central sin técnica alguna. No recordaba cómo les fue a los demás en sus partidos.

Su padre debió de hacer autoestop, pensaba ahora Logan por primera vez. Estaba claro que eso fue lo que hizo. Entonces, no había Uber para poder llamar. Ni móviles. Tampoco es que su padre tuviera

ahora teléfono móvil.

Debió de sacar el dedo pulgar, parar un coche y pasar la noche en un hotel barato. Sin más misterio. A todos les había parecido tremendamente misterioso cuando eran niños, como si se hubiese esfumado.

Pensó en llamar en ese instante a su padre y preguntarle: «¿Y qué? ¿Te quedaste en un Travelodge? Bien hecho, grandullón. Menuda hazaña, papá».

—Cuando más tiempo pasó fuera fueron cinco noches —dijo Logan. Había contado las noches. Fue después de que Troy saltara la red y diera una paliza a Harry Haddad, así que toda la familia estaba enfadada con Troy.

—¡Cinco noches! ¡Pero tu madre debió de volverse loca! —exclamó Indira—. ¿No llamó a la policía?

—No creo que lo hiciera —respondió Logan. No sabía si había llamado alguna vez a la policía o no. Suponía que no—. Porque él siempre volvía. Ella sabía que volvería.

Recordaba a Brooke llorando delante de sus espaguetis a la boloñesa mientras su madre la tranquilizaba, como si no fuese más grave que haberse quedado sin queso parmesano. «Papá va a volver, tonta, ¡deja de armar tanto jaleo! Solo necesita aclararse las ideas».

No había ningún comentario desagradable de su madre sobre su padre cuando él se iba, solo palabras de tranquilidad sobre que él regresaría, que no había por qué preocuparse, que estaría de vuelta «en cualquier momento» y que se olvidarían de todo. Solo había que ser pacientes.

—¿Nunca le preguntaste adónde iba? —preguntó Indira.

—No se nos permitía preguntar. Tenías que fingir que no había pasado nada. Era como... la norma.

—No me puedo creer que tu madre soportara eso —dijo Indira. Hizo una pausa—. Seguro que Amy sí preguntó adónde iba tu padre.

Logan tuvo un repentino destello de un recuerdo angustiante: Amy corriendo por el pasillo y lanzándose contra su padre cuando volvió en una ocasión, golpeándole el pecho con sus pequeños puños mientras gritaba: «¿Adónde has ido, papá estúpido y malo? ¿Adónde has ido?», y su madre echando a correr detrás de ella y apartándola de Stan, que permanecía tan inmóvil e inexpresivo como un árbol.

¿Fue aquella la vez que su padre se dio la vuelta y se volvió a marchar? ¿O eso fue en otra ocasión?

—Lo hizo en la fiesta de mi noveno cumpleaños —dijo Logan—. Antes de que cantáramos el «Cumpleaños feliz».

—Qué horror. Es un verdadero horror. ¡Stan! El encantador Stan.

Yo creía que no era más que un viejo oso grande.

—Bueno. No es lo peor que puede llegar a hacer un hombre y aquel día no pasó fuera tanto tiempo. Estuvo de vuelta para llevarme a la cama.

Aquella vez su padre le compró una chocolatina Crunchie. Recordaba el brillo dorado del envoltorio cuando su padre se lo metió bajo las mantas a su lado. Eso fue lo más cerca que estuvo nunca de una disculpa. Y el sabor del chocolate prohibido en la cama, sin compartirlo con ningún hermano, y después de haberse lavado los dientes. Era consciente objetivamente de que su padre se había comportado mal aquel día, incluso de manera cruel, pero ese recuerdo de la chocolatina Crunchie seguía teniendo un brillo dorado en su memoria, como una prueba del amor de su padre.

—En algún momento dejó de hacerlo —continuó Logan—. No recuerdo exactamente cuándo. Supongo que durante mi adolescencia. Y todos terminamos olvidándolo sin más.

—Aun así, debió de influir bastante en vuestra formación —dijo Indira—. En la tuya.

—No —contestó Logan.

De repente, se sintió tremendamente molesto. Los padres de Indira eran psicólogos y él odiaba cuando ella trataba de aplicar esa especie de psicología simplista de causa y efecto con él, porque ella era diseñadora gráfica, así que ¿qué sabía ella? Y, desde luego, sus padres no eran buenos psicólogos, porque, de ser así, cualquiera diría que podrían haberse analizado a sí mismos y haberse diagnosticado como personas terribles y quizá habrían notado que su preciosa hija odiaba su precioso cuerpo.

—No influyó. Solo era un hábito extraño que tenía mi padre y logró superarlo. No influyó en mi personalidad. ¿Alguna vez te he hecho lo mismo? ¿Alguna vez desaparecí?

Indira no respondió.

—Indira. Sabes que no lo he hecho. Nunca. —Algo se estaba formando dentro de él.

—Nunca te fuiste físicamente —respondió Indira, despacio—. Pero, siempre que teníamos alguna especie de desacuerdo, está claro que tú... desconectabas.

—Yo desconectaba. ¿Qué narices quiere decir eso?

Ahora podía oír el eco de su madre, salvo que su madre diría: «¿Qué diablos significa eso?».

No esperó a que respondiera. ¿Qué importaba ya? Era Indira la que se había ido, la que había «desconectado» sin dar una explicación.

—Tengo que irme —dijo él.

—Sí —contestó ella con voz serena—. Esperaba que lo hicieras.

Y, ahora, ¿qué narices quería decir eso? No esperó a averiguarlo. Colgó y soltó el teléfono con un golpe sobre el reposabrazos del sofá. Se quedó un momento sentado, con el corazón latiéndole con fuerza. Recordó momentos en su relación con Indira en los que había sentido realmente el deseo de hacer exactamente lo mismo que había hecho su padre, levantarse y salir de la habitación, dar una vuelta a la manzana con el coche para tranquilizarse por algún desacuerdo, alguna acusación, algún asunto que parecía haberla molestado, y ni una sola vez lo hizo.

Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para obligarse a quedarse allí y, la mitad de las veces, había sido Indira la que, de repente, había lanzado las manos al aire y se había ido, dando un portazo al salir, y ahora actuaba como si eso fuese la prueba de algún defecto de su personalidad. Él no había gritado como su madre. No se había marchado como su padre. Y, desde luego, no había hecho nada imperdonable como su abuelo, cuyos actos violentos sobrevolaban a la familia como un velo bochornoso. De niño, Logan había encontrado una diminuta foto en blanco y negro de un hombre con sombrero de fieltro y tirantes en el fondo de un cajón y, cuando su padre le sorprendió mirándola, se la quitó de las manos como si fuese porno. No fue necesario que Stan dijera que el hombre del sombrero era su padre. Logan había sentido la vergüenza encendida de su padre y la compartía, la aceptaba como parte de su herencia, como su altura o su pelo.

Cada vez que había algún conflicto en sus relaciones cuidaba mucho de no repetir los errores del pasado. Ponía todo su cuerpo en tensión y esperaba a que esos sentimientos potencialmente catastróficos pasaran, como finalmente ocurría. Pero no había reconocimiento, elogio ni aprobación para lo que tanto le había costado.

«No importa cuánto te esfuerces, jamás serás lo suficientemente bueno».

Eso ocurría con el tenis. Ocurría con todo. Siempre sería mediocre. Justo en medio de la curva de todas las escalas. Suficientemente bueno como para conseguir a una chica como Indira, no lo suficiente como para retenerla.

Su ritmo cardiaco se redujo. Se acabó. Lo veía con toda claridad. Se acabaron las relaciones. El alivio y el absoluto acierto de su decisión le recordaban a cuando había tomado la determinación de dejar el tenis de competición. Se acabó lo de esforzarse tanto. Se acabaron los fracasos. La felicidad absoluta de pensar: «Nunca más volveré a

perder».

Sería un hombre soltero. Su frigorífico no volvería a ver nunca otro envase de yogur. No tendría cuadros en las paredes, ni perchero, ni cojines en la cama.

Estaría bien. Estaría mejor que bien.

Volvió a sonar su teléfono.

Lo cogió y vio que por toda la pantalla había una telaraña de grietas, como si hubiese recibido el disparo de una bala diminuta. Si era Indira llamando de nuevo, no contestaría, pero vio que era su jefe de departamento, así que respondió con su tono profesional.

—Logan, colega —dijo Don Travis. Hablaba con voz grave y lenta, como el padre de Logan, pero tenía el carácter relajado típico de Queensland, y la única palabra que jamás podría aplicarse a ninguno de los padres de Logan era la de «relajado»—. Oye, quería saber si tienes problemas con alguna..., eh..., exnovia en este momento.

—¿Exnovia? —Logan movió la cabeza hacia atrás tan rápido que se hizo daño en el cuello—. ¿A qué te refieres? ¿Por qué?

Miró frenético a su alrededor. ¿Le habían puesto micrófonos? ¿Cómo era posible que Don supiera lo de Indira? Logan mantenía su vida personal completamente al margen del trabajo. No había fiestas ni copas con los compañeros. Había una fiesta anual por Navidad a la que Logan nunca había asistido.

—Hemos recibido por teléfono una queja anónima sobre ti.

—¿Qué tipo de queja? —Logan tenía buena fama entre sus alumnos. Nunca se habían quejado de él. Recibía cartas de agradecimiento.

—Bueno, pues da a entender que hubo abusos sexuales, aunque lo cierto es que no queda claro a qué se refiere.

—¿Qué coj...? —Logan se puso de pie.

—Lo sé, Logan, lo sé. Tu historial es impecable. Por eso me preguntaba si habrías pasado por alguna ruptura recientemente.

—Acabo de romper con alguien —respondió Logan—. Pero ella nunca... Ni en un millón de años.

—¿Estás seguro, colega? Porque, a veces, a la gente se le va la cabeza después de una ruptura.

—Estoy cien por cien seguro. —Habría apostado su vida.

—Bueno, le explicamos cuál es el protocolo y lo que tiene que hacer si desea presentar una queja formal, pero colgó —dijo Don—. Fue hace ya una semana y, como no dio su nombre ni tan siquiera la clase a la que asistía, no vamos a avanzar con este asunto. Solo quería avisarte de que puede que haya alguien por ahí que desee llevar a cabo alguna especie de *vendetta*. —Se aclaró la garganta—. No te

avergüences. Yo tuve una ex que me causó muchísimos problemas en una ocasión, así que sé lo que es. O puede que haya sido una loca cualquiera. Suele pasar.

Logan le dio las gracias y colgó.

Pensó en las exnovias anteriores a Indira.

No. No. No.

Llegó hasta Tracey, cuando Troy también salía con una Tracey. La Tracey de Troy podría haber hecho algo así, pero no la de Logan.

Logan escogía novias buenas. Siempre le invitaban a sus bodas. (¿Algún día recibiría una alegre invitación para la boda de Indira? La idea de ver a Indira casándose con otro era como imaginarse la muerte de un ser querido).

Debía de haber sido una «loca cualquiera», como había sugerido Don. Pero, aun así, le resultaba inquietante. Todo ese día estaba siendo muy inquietante.

Cogió su cerveza y el mando de la televisión, le subió el volumen y fue pasando canales: un episodio de *Friends*, un episodio de *Seinfeld*, un programa de antigüedades británico. A esa hora del día todo eran reposiciones.

Se detuvo al ver a una mujer guapa con pelo castaño y rizado que hablaba con una entrevistadora.

La cámara se acercaba a su cara mientras decía, con tono de súplica: «No sé por qué ponen esos programas en televisión, no ayudan. ¡Lo empeoran!».

Debía de haberlo visto antes. No la reconocía, pero había algo que le resultaba familiar en la forma en que su voz se deslizaba sobre la palabra «empeoran».

Continuó: «¡Esas historias siempre le ponen de muy mal humor! Creo que le hacían sentir culpable. Decía: "Siempre es culpa del hombre, nunca es culpa de la chica"».

Logan estaba en el patio de atrás de sus padres y Savannah le estaba contando la historia de cuando su novio la maltrató. Estaba casi seguro de que algunas de esas palabras eran idénticas a las que había utilizado Savannah: «Siempre es culpa del hombre, nunca es culpa de la chica».

Dejó la cerveza y elevó el volumen.

La chica continuó: «Así que cambié de canal rápidamente y dije: "Ah, quiero ver *The Bachelor*"».

No era exactamente la misma historia. ¿No había dicho Savannah que cambió de canal para ver otro programa? ¿No era *Supervivientes*?

Debía de ser una extraña coincidencia.

«Empecé a tranquilizarme», dijo la chica del pelo rizado. La cámara

se acercó a sus ojos, que estaban inundados de lágrimas. «Y entonces pensé, ah, no pasa nada, y luego, como una tonta estúpida, le pregunté si había pagado la matriculación del coche».

Le había preguntado si había pagado la matriculación del coche. Eso fue lo que dijo también Savannah. Estaba completamente seguro de que era eso lo que había dicho. Tenía que ser más que una coincidencia ¿no? ¿Que dos episodios de violencia doméstica se precipitaran por una pregunta sobre la matriculación del coche?

«No estaba acusándole de nada. Al parecer, estaba siendo pasivo-agresiva. Y entonces, a partir de ahí, todo se descontroló. Me rompió la mandíbula. Tres costillas. Estuve en el hospital más tiempo del que él pasó en la cárcel».

Una antigua foto de una mujer apareció en la pantalla. Hizo que Logan pusiera una mueca de dolor y mirara hacia otro lado. La cara de la chica estaba irreconocible: como una fruta hinchada y ennegrecida.

¿Savannah había utilizado la dolorosa historia de otra persona?

Algo le había pasado a Savannah. Su herida era real, aunque no grave, y apenas podía compararse a las heridas atroces que esa pobre mujer había sufrido.

Volvió a mirar a la televisión. Otra mujer con una bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello estaba sentada tras una mesa, hablando con desesperante pericia sobre la plaga de violencia doméstica que había presenciado personalmente.

Logan recordó al exnovio de Savannah, sentado en la cama, cogiendo sus gafas. Algo le había resultado raro. Ese tipo parecía confundido. Pero Logan se reprendió a sí mismo con dureza. Su reacción era malvada y errónea. ¿Cómo se atrevía a dudar de la historia de malos tratos de una mujer, solo porque el hombre no cumplía con «el perfil»?

Logan cogió su teléfono, buscó entre sus contactos y pensó en a quién llamar. No quería molestar a Brooke en el trabajo y ella ya tenía bastantes preocupaciones por ahora con su separación. Podía llamar a Troy, pero la primera reacción sería aplacar el problema con dinero. ¿Ofrecería dinero a Savannah para que se marchara? Quizá no fuese mala idea. Solo que, al parecer, estaba haciendo muy felices a sus padres.

Llamaría a Amy. Se dio cuenta de que siempre llamaba a Amy porque, a pesar de todo, ella seguía siendo la que lo controlaba todo. Era su reina loca, a la que todavía juraban todos lealtad eterna.

—¿En qué andas? —respondió Amy, con su voz de hermana mayor.

—Pensando en Savannah —contestó Logan.

—Ah, yo también —dijo Amy con tono alegre—. No me gusta

nada.

27

Ahora

*E*l marido tenía la costumbre de marcharse y desaparecer cuando la vida familiar le agobiaba —dijo Christina a su jefe.

Estaba en su despacho, poniéndole al día de la investigación de Joy Delaney.

—Un tipo listo —respondió el jefe, el inspector Vince Oates. Tenía cuatro hijos menores de cinco años. Bebía Red Bull como si fuera agua.

—Parte de la familia cree que es una revancha —continuó Christina—. Que ahora le toca a la mujer marcharse.

—¿Qué piensas tú?

—Lleva ya dieciséis días desaparecida. El tiempo más largo de ausencia del marido fueron cinco noches y ocurrió hace más de veinte años.

—Lo último que necesitamos este año es otro caso de homicidio sin cadáver —dijo Vince, taciturno. Tamborileó su lata vacía de Red Bull.

—Lo sé. —Acababan de fracasar en un caso importante. Demasiados medios de comunicación. Ningún resultado. Desalentador para todos los que habían participado—. Estoy deseando que aparezca un cuerpo. —Hizo una pausa—. Es decir, es evidente que no quiero que haya un cadáver.

—Si está muerta, sí.

—Si está muerta, sí —confirmó Christina.

Si fuese una mujer a la que le gustara jugar, apostaría cien contra uno a que Joy Delaney estaba muerta.

28

El octubre pasado

En cuanto Amy colgó el teléfono tras hablar con Logan bajó vestida tan solo con una camiseta y se tropezó de lleno con Simon Barrington, que debería estar en el trabajo a esas horas. Se suponía que la casa era para ella sola durante las horas laborales. Sus jóvenes compañeros tenían todos trabajos de personas jóvenes y sensatas, que era como a ella le gustaba.

—¡Perdona! —Simon se pegó a la pared con gran efectismo y apartó los ojos, como si no se hubiesen acostado el fin de semana anterior. Ese es el problema de acostarse con gente con la que compartes casa. Lo sacan todo de quicio, y con todo lo que estaba ocurriendo en ese momento en su familia, quería que las cosas siguieran su curso habitual.

—Nos acostamos el fin de semana pasado —le recordó ella para que se tranquilizara. El sexo había sido enérgico y sano, tan dulce y delicioso como un crujiente de manzana. No creía haberse acostado nunca con un hombre tan limpio. Aun estando desaliñado y borracho, olía a jabón y ropa limpia.

Aquello no pareció tranquilizarle en absoluto. Se sonrojó. Se sonrojó de verdad. Qué mono.

—Sí. Lo siento —respondió. Hizo una pausa—. Es decir, no es que lo sienta de verdad. —Se aclaró la garganta—. ¿Debería sentirlo?

Amy soltó un suspiro.

—¿Por qué no estás en el trabajo ahora, Simon Barrington?

—Lo he dejado —contestó—. Voy a hacer cambios importantes en mi vida.

—Entonces, ¿ya no vas a ser contable?

Eso pareció pillarle desprevenido.

—Ah, no. Voy a seguir siendo contable. Solo que no en ese despacho. Voy a tomarme unos meses libres. Para aclararme las ideas. Quizá me vaya de viaje.

Una sombra de mueca atravesó su cara.

—¿Te gusta viajar? —preguntó ella.

—No mucho —respondió Simon—. En fin. —Tomó aire con fuerza

y juntó las manos con un adorable gesto ñoño—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a sacar mis vaqueros de la secadora y, después, voy a ver a mis padres. Hay una mujer rara que está viviendo con ellos ahora. Mi hermano cree que pretende algo.

—¿Qué? ¿Crees que es una estafadora?

—Bueno, hasta ahora lo único que ha hecho ha sido preparar comidas realmente buenas para ellos —confesó Amy.

—Pero estás tratando de averiguar qué pretende —dijo Simon.

—Exacto. Mis padres son tremendamente inocentes.

—Todos los padres son inocentes —repuso Simon—. Mis padres estuvieron a punto de caer en esa última estafa de Hacienda. ¿Te lo puedes creer?

—Ay, no —respondió Amy, que también había estado a punto de caer. Por suerte, había llamado a Troy cuando iba camino del banco para sacar dinero para pagar los supuestos impuestos que debía. «Es una estafa, idiota», le había gritado él desde Estados Unidos.

—Puedo llevarte a casa de tus padres, si quieres —se ofreció Simon —. Tú no conduces, ¿no?

Lo dijo con más interés que con intención de criticar. Algunas personas no entendían que no tuviera permiso de conducir. Era como la negativa de su padre a tener teléfono móvil. La gente se lo tomaba como algo personal.

—Nunca me he puesto detrás del volante de un coche —respondió Amy—. Estoy muy segura de que en una vida anterior morí en un accidente de tráfico. Posiblemente relacionado con un puente.

Lo pensaba de verdad. Tenía recuerdos fragmentados del accidente. Agua. Cristales. Gritos. Podría haber formado parte de una película.

—¿Conducías tú?

—¿Qué?

—En tu vida anterior —precisó Simon—. ¿Ibas al volante?

—Ah. Eso creo.

—Entonces, sí que has estado detrás del volante de un coche — contestó Simon—. Solo que no en esta vida.

—Es verdad —respondió Amy—. Eres muy... riguroso, ¿verdad?

Lo cierto era que lo había sido, aun estando borracho.

—Presto mucha atención a los detalles —repuso Simon—. Soy meticuloso.

—Lo eres —contestó Amy, imperturbable—. Tu atención por el detalle es escrupulosa.

Él la miró a los ojos el tiempo suficiente para demostrarle que lo había entendido y, después, dijo:

—Podría darte mi opinión rigurosa sobre esa posible estafadora.

—¿Tu opinión rigurosa de contable? —preguntó Amy.

—Eso es. No tengo nada más que hacer ahora mismo y uno de mis objetivos para las próximas semanas es mejorar mi capacidad para ser espontáneo.

—¿Por qué? —preguntó Amy, interesada. Siempre le habían aconsejado que contuviera su espontaneidad.

—¿Sabes que se suponía que tenía que casarme este mes de abril? Cuando mi prometida me estaba explicando por qué había decidido poner fin a la relación tenía una lista de..., ya sabes, cosas mías que a ella no le funcionan. Y una de ellas era mi falta de espontaneidad.

—¿Había escrito una lista de cosas que no le funcionaban? —se asombró Amy.

—Le gustaba hacer listas —respondió Simon—. Era una cosa que teníamos en común.

—Suena encantador.

—Hablas como mi hermana —dijo Simon.

Amy le miró. Desprendía buena salud, como si acabara de salir de una vigorizante ducha fría después de hacer ejercicio. Su camiseta estaba impoluta y limpia.

—¿Te planchas los vaqueros? —preguntó ella. Era muy exótico.

—Claro —respondió.

—Bien.

—¿Te parece bien que me planche los vaqueros?

—No, eso no me parece nada bien. A lo que me refiero con lo de bien es a que puedes venir conmigo a conocer a la estafadora. La posible estafadora. También puede ser una buena chica que ha tenido mala suerte. Nos corresponde a nosotros decidirlo.

—Mantendré la mente abierta. —Parecía encantado.

—Voy a ponerme mis vaqueros sin planchar —dijo ella.

—No hay problema. —Hizo un gesto cortés con la mano para dejarla pasar por las escaleras.

Amy le sacaba una cabeza, así que, ahora que estaba un escalón por debajo de él, sus ojos quedaban a la misma altura. Él tenía unas tupidas cejas de hombre mayor y una mirada de contribuyente honesto y bueno.

—Antes de eso —dijo Amy. Se acercó un centímetro.

—Antes de eso —repitió Simon, con la voz algo entrecortada.

Era como la satisfacción de encender una cerilla a la primera. Vio el destello y el brillo de complicidad en sus ojos.

—Podríamos trabajar en lo de tu espontaneidad —continuó ella.

—Podríamos.

—Pero muy rápido —añadió Amy.

Y eso hicieron.

Una hora después, Amy estaba ante la puerta de la casa de sus padres y llamó al timbre que no funcionaba, solo por si lo habían arreglado, y después, sin esperar, pues sabía que nunca lo arreglarían, llamó con fuerza con los nudillos.

Miró a su limpio y delicioso compañero, que estaba a su lado con su camiseta blanca haciendo juego con sus dientes blancos, con su pelo rapado, sus anchos hombros y sus gafas, como un misionero que va de casa en casa o el amigo empollón de una película de vampiros para adolescentes. Su madre le haría a Simon un montón de preguntas inquisitivas y Simon las respondería de forma cortés y exhaustiva, y su madre recordaría esa exhaustividad durante años después de que Amy se hubiera olvidado de la existencia misma de Simon Barrington.

Era una distracción para el objetivo principal de la visita, recopilar sutilmente todos los datos biográficos de Savannah que les fuera posible, especialmente los relacionados con el presunto maltrato.

«¿Has traído a tu compañero de piso? ¿Por qué?». Podía oír ese tono cuidadoso y paciente que a veces empleaban sus hermanos, como si se tratara de un artefacto explosivo que pudiera detonar en cualquier momento.

—¿Es aquí donde te criaste? —preguntó Simon mirando a su alrededor.

—Sí —respondió ella.

—¿Una infancia feliz? —preguntó él. Miraba los grandes tiestos de flores, las impolutas baldosas de terracota y las figuras de piedra de los cuidados arriates del jardín—. Parece el escenario de una infancia feliz. —Tocó con la punta de su zapatilla la base de la estatua que había junto a la puerta. Era una niña sin ojos, con una gorra y una cesta vacía en las manos.

—¿Qué le ha pasado en los ojos?

—Los cuervos se los arrancaron —contestó Amy.

—Parece un pequeño demonio —comentó Simon.

—Lo sé. ¡Siempre lo he pensado! —Quizá ella y el contable fuesen almas gemelas.

La puerta se abrió ligeramente.

Una voz grave y áspera les habló.

—¿Desean algo?

Durante un segundo, Amy dudó si se había equivocado de casa. Todo era posible. Pero, después, la puerta se abrió cuanto permitía la cadena de seguridad, y ahí estaba Savannah, vestida no con ropa vieja

de Amy, sino con una camisa de cachemir de manga larga remetida en unos pantalones capri negros que Amy estaba bastante segura de que pertenecían a su madre. Era peor ver a Savannah con la ropa usada de su madre que con la de ella.

—Ah, hola, Amy —dijo—. ¿Cómo estás? Tu madre está durmiendo ahora.

Cuando Joy se desmayó el día del Padre, había sido Savannah la que la había agarrado y, con cuidado, tumbado en el suelo. La cabeza de Joy había terminado apoyada sobre el regazo de Savannah y nadie pudo decir: «Quítate de ahí, chica desconocida, esa es mi madre y su cabeza debería estar apoyada en mi regazo».

—No pasa nada. —Amy había hablado con su madre varias veces por teléfono desde que salió del hospital y sabía que solía echarse la siesta—. No la voy a despertar. ¿Qué hace mi padre? —Esperó a que Savannah se apresurara a soltar la cadena de la puerta.

—Se ha quedado dormido delante de la televisión —respondió Savannah, y sacó el labio inferior para expresar un «Oh, ¿no te parece adorable?»—. Creo que se dio un buen susto cuando tu madre estuvo en el hospital la semana pasada, así que ahora tienen que recuperarse un poco.

—Ah —dijo Amy. Su padre era un dormilón de toda la vida. Siempre se quedaba dormido delante de la televisión. Se despertaría en cualquier momento.

—Bueno, aun así, voy a entrar y...

—Ahora no es un buen momento —respondió Savannah.

¿Ahora no es un buen momento? ¿De verdad acababa de decir eso?

Amy sentía muchas emociones a lo largo de un día cualquiera: deseo por hombres inapropiados, nostalgia por días pasados que, en realidad, nunca ocurrieron, grandes oleadas de felicidad y tristeza, ataques de pánico de alto voltaje y de baja ansiedad, pero la rabia era una emoción con la que no estaba familiarizada, así que tardó un momento en identificar la sensación que le recorría las venas.

¿De verdad esa chica le estaba impidiendo el paso a su propia casa de la infancia?

—Hola. —Simon se asomó por delante de Amy—. Soy el novio de Amy. Siento molestar, pero ¿puedo pasar al baño? Seré muy silencioso si es que todos están durmiendo.

No pensaría de verdad que era su novio solo porque se habían acostado un par de veces, ¿no? Le lanzó una mirada asesina. Él le guiñó un ojo.

Hubo una pequeña pausa. Por supuesto, Savannah sabía que Amy estaba soltera. Lo sabía todo sobre la familia de Amy aunque ellos no

supieran prácticamente nada de ella. Savannah se golpeteó el labio inferior con un dedo, casi como si imitara a Joy, que hacía el mismo gesto para expresar escepticismo.

Si Savannah negaba esa válida y corriente petición al «novio» de Amy, echaría abajo la puerta.

—Pasad. —Savannah quitó la cadena con una sacudida del dedo hacia arriba, abrió la puerta y se apartó, «como si viviera ahí», cosa que en teoría era verdad, pero por un tiempo. Se suponía.

No había nada propio de una huésped en su forma de actuar.

Steffi, la perra traicionera, estaba sentada a los pies de Savannah como si fuese su querida mascota, e inclinó cortésmente la cabeza hacia Amy como si la viera por vez primera.

Una vez más, Amy se dio cuenta de que la casa parecía sensible, pero agradablemente, distinta, igual que el día del Padre. Era como si la hubiese adornado un inteligente agente inmobiliario para la visita de unos posibles compradores. Había flores en el aparador dentro de un jarrón que Amy no había visto antes. Todas las fotos de la familia que estaban en la pared seguían ahí, pero o las habían enderezado o les habían quitado el polvo o les habían sacado brillo, de modo que todas esas fotos de su infancia, de repente, llamaban la atención.

Simon extendió la mano a Savannah.

—Hola. Soy Simon Barrington —dijo con voz alta y ostentosa, nada propio en él—. Encantado de conocerte.

Ella le estrechó la mano.

—Hola, yo soy Savannah.

—¿Savannah...? —Seguía agarrándole la mano, esperando a oír su apellido, como el tío bochornoso de alguien.

—El baño está por aquí —dijo Savannah.

—Yo le enseñaré dónde está el baño —intervino Amy, consciente de que había sonado como si tuviese trece años. Y, a continuación, añadió—: Pero, por cierto, ¿cuál es tu apellido, Savannah?

Porque ¿cómo iban a investigarla en secreto si ni siquiera conocían su apellido? ¿Lo sabían acaso sus padres? Puede que ni se lo hubiesen preguntado, que ni se hubiesen molestado en buscarlo en Google, limitándose a creerse alegremente cada palabra que ella dijera.

—Es Pagonis —respondió Savannah—. Savannah Pagonis.

El corte por encima del ojo se había curado del todo, llevaba apenas un toque de maquillaje y había en ella una especie de espesa y decidida confianza, como si llevara puesta su propia ropa en su propia casa y Amy y Simon fueran inoportunas visitas a las que enseguida despacharía. La ropa de la madre de Amy no le quedaba mal. Le sentaba perfectamente. Era una versión más joven de Joy. Podría ser

hija de Joy. Probablemente Joy había soñado con una hijita guapa y femenina como esta. Amy y Brooke habían hablado de ello a lo largo de los años: que, a veces, su madre les hacía sentir enormes, como grandes y desgarbados orangutanes.

—Ah, qué poco común. ¿Cómo se deletrea, Savannah? —preguntó Simon. Era como ver a un contable actuar en una producción de aficionados de barrio. Era terrible, pero resultaba adorable verlo tan entregado.

—P-a-g-o-n-i-s —respondió Savannah, con las cejas arqueadas.

—Ajá —dijo Simon—. Deja que adivine. ¿Es griego?

—Eso parece —contestó Savannah, cortante.

—Savannah Pagonis —repitió Simon—. Apuesto a que la gente nunca lo escribe bien. Espero que tu segundo nombre sea algo sencillo. ¿Como Anne? ¿O Marie?

Amy lo miró, admirada. Su forma de hablar seguía siendo forzada, teatral, pero la estrategia no se podía criticar.

—Lo has adivinado. Es Marie —respondió Savannah—. ¿Quieres que te lo deletree también?

¿De verdad lo había adivinado tan rápido? ¿O es que Savannah le estaba siguiendo la corriente para que se callara?

—Es el nombre de mi madre —repuso Simon—. Marie es muy popular como segundo nombre. —Abrió la boca para hacer otra pregunta y Amy le agarró del brazo. Lo siguiente que le preguntaría sería su fecha de nacimiento y el número de identificación fiscal. Si Savannah tenía planes malvados, Amy no quería que se viese empujada a acelerarlos.

—El baño es por aquí —le indicó.

—Espera, ¿esta eres tú? —preguntó Simon con su voz normal. Se había detenido delante de una foto de Amy donde levantaba triunfante un diminuto trofeo con las dos manos, con la raqueta apoyada en el muslo y una gran sonrisa de ganadora de Wimbledon, aunque solo fuera en los regionales sub-9.

—Sí, soy yo —respondió Amy.

—Qué preciosa eras —dijo Simon. Se quedó ahí, examinando la foto—. ¡No sabía que jugabas al tenis!

—Sí.

—Yo juego un poco como entretenimiento —comentó Simon—. Deberíamos jugar alguna vez. Probablemente me ganarías.

—Desde luego que te ganaría —respondió Amy. Señaló hacia el pasillo—. Segunda puerta a la izquierda.

Simon la miró inexpresivo, olvidando su ardid para entrar en la casa.

—¿Baño? —le recordó Amy.

—Ah, ¡sí! ¡Gracias, Amy! —Recuperó su tono alto y exagerado.

Cuando se marchó, Amy y Savannah se miraron. Era una sensación muy extraña. Amy estaba en la casa donde se había criado, con fotos a cada lado que lo probaban y, sin embargo, seguía sintiendo como si Savannah fuese la anfitriona. Parecía que le costaba encontrar el equilibrio entre dos hechos irrefutables: Savannah debería estarle agradecida a Amy porque su familia le había dado cobijo en un momento de necesidad. Amy debería estarle agradecida a Savannah porque estaba cuidando de sus padres y haciendo esa labor mejor de lo que ninguno de los hijos Delaney lo haría o podría.

—Voy a asomarme a ver si mi madre sigue dormida —dijo Amy.

Una expresión extraña atravesó el rostro de Savannah.

—Claro. Yo vuelvo a la cocina. Estoy en medio de la preparación de una minestrone. Pega un grito si Joy necesita algo.

«Pega un grito si Joy necesita algo».

«Porque yo soy la que puede proporcionarle a tu madre todo lo que necesita».

Lo de «pega un grito» era una expresión propia de Joy. Esa chica era una mini-Joy.

La enamorada perra se fue dando pasitos junto a los pies de Savannah.

Amy giró la cabeza al otro lado deliberadamente cuando pasó por su antiguo dormitorio donde ahora dormía Savannah. «¡Egoísta! ¡Infantil! ¡Nadie más de esta familia sigue considerando que ningún dormitorio de la casa siga siendo “su dormitorio”!». Oyó la cadena del váter cuando Simon terminó con su fingida visita al baño.

Abrió la puerta del dormitorio de sus padres. Olía como siempre: una reconfortante mezcla del perfume de su madre, el desodorante de su padre y el anticuado abrillantador de muebles que seguían usando la buena de Barb y la madre de Amy cuando limpiaban juntas.

Su madre estaba tumbada de lado, de espaldas a la puerta, con el edredón subido hasta por encima de los hombros. Su pelo, que tantos cumplidos despertaba, estaba despeinado sobre la almohada. Amy fue de puntillas hasta los pies de la cama. Su madre estaba dormida, con respiración estable y una mano cerrada junto a sus labios, como si se estuviese besando los nudillos. Había contado a sus hijos que hacía eso porque de niña se chupaba el pulgar y todavía le consolaba tener el dedo prohibido cerca de la boca.

Las arrugas del rostro de Joy parecían grietas. La respiración de Amy se aceleró cuando la invadió aquel antiguo y conocido terror. Todos los niños tenían miedo de que sus padres murieran. Solo que

Amy había estado en una ocasión tan obsesionada con su miedo que empezó a hiperventilar y tuvo que respirar dentro de una bolsa de papel, y la niñera tuvo que llamar a Joy y Stan para que volvieran rápido a casa porque la niña estaba «rara».

Se preguntó qué habría pasado si su madre hubiese muerto de verdad cuando Amy era niña. ¿Podía ser la realidad de la pena peor que lo que se había imaginado, cuando lo había imaginado de una forma tan intensa? ¿Cómo se enfrentaría ahora a la inevitable muerte de sus padres, como inevitablemente ocurre con los padres, y debes comportarte de una forma adulta y madura? ¿Cómo se enfrentaba la gente a una tragedia tan común y predecible?

—¿Amy?

Su madre abrió los ojos y se sentó. Se puso las gafas tras cogerlas de la mesita de noche, se alisó el pelo y sonrió.

—¿Amy? Me has pillado durmiendo la siesta.

—Está bien que duermas la siesta, mamá. —Amy tomaba aire y lo expulsaba despacio. Su madre no iba a morir en varias décadas—. Has estado en el hospital. Debes descansar.

Joy movió la mano en el aire con desdén.

—Esta mañana me he tomado el último antibiótico. Ya estoy bien. Solo que me canso en mitad del día. Ven aquí. —Dio una palmada en el lateral de la cama—. Dame un abrazo.

Amy se acercó y se sentó a su lado y su madre la abrazó con fuerza.

—Hoy estás especialmente guapa, cariño. Al principio, no me gustaba mucho el pelo azul, pero ahora creo que hace que tus ojos resalten.

—Gracias, mamá, aunque supongo que me resaltarían más si fuesen azules. Deberías teñirte tú de azul.

—Narelle es la que se encarga de mi pelo y no creo que le guste mucho el azul. —Su madre contuvo un bostezo—. ¿Y a qué has venido? ¿Dónde está Savannah? ¿Dónde está tu padre?

Savannah antes que su padre.

—Savannah está preparándote una sopa y papá está dormido delante de la televisión.

—Se le ha metido en la cabeza la idea de que nunca duerme —dijo su madre—. Solo «cierra los ojos brevemente». ¿Me pasas mi cepillo, por favor?

Amy se levantó y le pasó el pesado cepillo de plata labrada que siempre estaba en el tocador de su madre desde que Amy era niña. Su madre lo había recibido como premio tras ganar un torneo del distrito siendo adolescente, cuando los «conjuntos de cepillos y peines» eran premios habituales para las competidoras femeninas, mientras que a

los hombres les daban pitilleras. Amy seguía deseando ese cepillo. Parecía algo que podría usar una princesa.

—Ya fuiste al hospital. No hacía falta que vinieras otra vez. —Su madre se cepilló el pelo con movimientos rápidos hasta que volvió a convertirlo en su suave bob blanco, de tal forma que la frágil anciana desapareció para ser sustituida por la esbelta persona mayor que era la madre de Amy, vestida con un jersey de manga larga color cereza. Apartó el edredón y dejó al aire sus vulnerables piernecitas en sus pantalones de chándal—. ¿Has visto a Brooke? ¿Cómo crees que lleva su separación? No supe qué pensar cuando vino a verme. ¿Crees que Grant la ha dejado por otra mujer?

—No —contestó Amy—. Pero creo que se buscará una nueva a la velocidad del rayo.

—¿Recuerdas cuando Brooke era niña? —preguntó su madre—. ¿Y cada año se enamoraba de un chico nuevo de su clase?

—Sí. Era muy mona. —Brooke escribía cartas de amor a esos niños. Ahora costaba imaginarlo.

—He estado pensando en aquello —dijo Joy—. Por alguna razón. Antes era muy apasionada y, luego, fue como si al crecer... se hubiese aplanado. Esas malditas migrañas. —Frunció el ceño y se llevó una mano a un lado de la boca para susurrar—: Yo creo que Grant también la ha aplanado.

Amy se puso una mano al lado de su boca y susurró:

—Yo también, mamá.

—Quizá consigamos hacer que se recupere —volvió a susurrar Joy.

—Quizá —respondió Amy, también susurrando.

Joy hizo girar los ojos y volvió a hablar a un volumen normal.

—Bueno, gracias por venir. Sé que estás ocupada, pero no debes preocuparte por mí, porque tengo a Savannah.

—Sí que la tienes —respondió Amy, desinflándose.

—¡Lo hace todo! Yo no necesito mover un dedo. Mañana la voy a llevar de compras como agradecimiento.

—De compras. —Amy se estremeció al pensarlo—. Es un detalle por tu parte.

—¡No es ningún detalle! Es lo menos que puedo hacer por ella. ¿Sabes? No recuerdo cuándo fue la última vez que preparé una comida.

Lo decía como si fuese algo de lo que había que maravillarse.

Amy no recordaba tampoco la última vez que había preparado una comida, a menos que contara lo de calentar unas sobras de Uber Eats en el microondas. Brooke había dicho que su madre estaba obsesionada con el hecho de que ya no tenía que cocinar.

«Es como si hubiese llevado en secreto ese odio por la cocina durante todos estos años —había dicho Brooke—. Cuando Savannah se vaya tendremos que hacer algo para que la ayuden. —Hizo una pausa—. Si es que alguna vez Savannah se va».

—¿Cuánto tiempo más crees que va a quedarse Savannah? —preguntó Amy a su madre.

—Ay, cielos, ni siquiera nos lo hemos planteado. La necesito —respondió su madre—. Por ejemplo, ¿quién habría preparado las comidas a tu padre cuando yo estaba en el hospital?

Como si eso, las necesidades alimenticias de su padre, fuese lo más importante de su estancia en el hospital.

—Bueno, supongo que lo habríamos hecho nosotros. O podría haber pedido comida a domicilio o incluso habérsela preparado él mismo.

—Muy graciosa —respondió Joy—. En fin, estoy segura de que querrá irse pronto. No quiero aprovecharme de ella. Hace ahora tantas cosas que creo que deberíamos pagarle algún tipo de honorarios.

—¿Como si fuese una interna? —preguntó Amy.

—Imagina —contestó su madre como si soñara.

—La cuestión es que, si fuerais a contratar de verdad a una interna, pediríais referencias, así que creo que...

—¡Bueno, está claro que nunca voy a tener una interna de verdad! —exclamó Joy.

—Solo digo que, en realidad, no sabemos mucho sobre Savannah —dijo Amy bajando la voz y mirando hacia la puerta.

—Lo cierto es que yo sí sé muchas cosas de ella —repuso Joy—. Hemos tenido largas conversaciones mientras me recuperaba. ¿Sabes? Hay una cosa que me parece muy interesante. ¡Muy fascinante! —El rostro de Joy se iluminó—. Savannah tiene una cosa que se llama memoria autobiográfica altamente superior. —Enfatizó cada palabra alzando uno a uno cuatro dedos mientras las pronunciaba—. Puede recordar días enteros de su vida con un nivel de detalle que a ti y a mí, la gente corriente, nos resultaría imposible.

—¿En serio? —preguntó Amy con tono escéptico. Se erizó por el modo en que había terminado entrando en la categoría de «gente corriente». Ella misma consideraba que podía recordar momentos de su vida de una forma bastante detallada, muchas gracias—. ¿Y hasta le han diagnosticado una cosa así?

—Bueno, no sé. No sé si eso se diagnostica. No sé si es una enfermedad como tal, aunque sí que ha dicho que es tanto una bendición como una maldición, porque, pese a que es agradable recordar las cosas buenas, dice que también recuerda las malas y,

como ya sabemos, no ha tenido una vida normal y feliz, la pobrecita.

—Ajá.

Cogió el cepillo que su madre había dejado sobre la cama delante de ella y lo posó con cuidado sobre el tocador. A continuación, fue a cerrar sigilosamente la puerta y volvió a sentarse.

—¿Qué pasa? —Su madre se irguió y se colocó una almohada en la espalda—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ocurrido algo? —El pánico inundó su cara—. Maldita sea, creía que ese terapeuta nuevo te estaba ayudando. ¡Creía que ahora estabas bien!

—Estoy bien, mamá —dijo Amy, con tono de irritación. ¿Por qué siempre su madre suponía que debía haber algún tipo de crisis en la vida de Amy? Se fijó en ese «maldita sea» que acompañaba al pánico de su madre. Su madre nunca gritaría: «¡Deja de ser tan ridícula, Amy, recomponte!», como había hecho cuando Amy era niña. Ahora conocía todas las cosas modernas que había que decir para dar apoyo en el campo de la salud mental, pero Amy sabía que una parte inconsciente de ella todavía se preguntaba si Amy no debería dejar de ser tan ridícula y recomponerse. Amy era como un electrodoméstico de la casa defectuoso que nunca sería sustituido, pero que todos sabían que podría estropearse en el momento más inoportuno.

—Entonces ¿qué es?

—Logan me ha llamado hoy. Ha visto la reposición de un documental en la televisión, era sobre violencia doméstica, y la chica que salía contaba casi exactamente la misma historia que Savannah le contó sobre su novio. Me ha dicho que prácticamente eran las mismas palabras.

Su madre frunció el ceño, confundida.

—¿Y qué quieres decir? Yo no...

—Pues que parece demasiada coincidencia —respondió Amy.

—Pero sigo sin entender. ¿Estás diciendo que esa chica de la televisión conoce a Savannah?

—¿Qué? ¡No! Lo que digo es que quizá Savannah vio ese programa y pensó que le parecía una buena historia y, si de verdad tiene esa «memoria superior», supongo que esa es la razón por la que lo recuerda tan bien.

—No fue ninguna «historia», Amy —contestó Joy, con voz fría, furiosa, completamente contraria a la anciana adormilada y desamparada de unos momentos antes, sino más bien como la madre de cuando Amy era joven y que «estaba hasta aquí arriba de todos» y que «estaba al límite de su paciencia»—. Yo misma le curé esa herida.

—No digo que la herida no fuera real, pero puede que la causa de la herida...

—Estás acusando a una mujer de mentir sobre violencia doméstica. —Los ojos de la madre de Amy estaban encendidos—. Eso es intolerable. ¡Eres feminista! ¿No has oído hablar del movimiento del «yo sí te creo»?

Dios mío, estaba siendo a la vez tan espabilada como ingenua.

—Mamá, es que parece demasiada coincidencia...

—Esa pobre chica está en mi cocina ahora mismo preparándome mi sopa favorita —dijo Joy—. ¿Sabes cuánto esfuerzo requiere la minestrone? ¿Cuánto hay que cortar? ¡Es tremendamente laboriosa! Deja que te diga una cosa, Amy: yo sí la creo.

Estaba dispuesta a manifestarse por las calles con una pancarta en alto. De alguna forma, sus posturas se habían intercambiado. Amy era la cínica de mediana edad, su madre la ferviente adolescente idealista.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció su padre, con una taza de algo humeante.

—Hola, cariño —le dijo a Amy—. ¿El joven que está sentado en la cocina viene contigo?

29

Ahora

—¿Alguna vez conociste a la madre? —le preguntó Liz Barrington a su hermano menor cuando se sentó en la mesa de su cocina para hacerle la declaración de la renta.

Simon no levantó la vista del montón de recibos.

—A la madre desaparecida —aclaró Liz.

Él frunció el ceño mientras miraba un recibo descolorido.

—No puedo leer esto.

—La madre desaparecida de tu compañera de piso —insistió Liz—. La madre desaparecida de Amy.

Para empezar, había sido gracias a Liz que Amy se había mudado a la casa que Simon compartía. Liz había sido la conductora de Uber de Amy. (Ahora ya no era conductora de Uber porque tenía su propio y mucho más gratificante servicio a domicilio de bronceado instantáneo por espray: Broncéate en casa con Liz).

La noche que Liz recogió a Amy empezaron a charlar y Amy la convenció de que aparcara el coche y la acompañara para tomar una copa con sus amigas, lo cual le había parecido bien, pero las amigas de Amy eran de lo más heterogéneas. Una de ellas era como de sesenta años, literal, y si Liz quisiera hablar con gente de sesenta años iría a visitar a su madre, muchas gracias.

Esa noche, Amy mencionó que necesitaba un sitio nuevo donde vivir y Liz le contó que el compañero de casa de su hermano se acababa de ir. Así que, de ese modo, su hermano y su pasajera de Uber habían terminado viviendo juntos.

—Se llama Joy. Sí la he conocido —respondió Simon—. También conocí al padre.

Liz estaba emocionada.

—¿Y qué piensas tú? ¿Crees que él es culpable? Parece que todos piensan que el padre lo hizo.

—No lo sé —contestó Simon.

—¿Has llegado a conocer bien a Amy? —preguntó Liz—. Debe de estar mal. Imagínate si mamá desapareciera y todos acusaran a papá. O sea, es que ni me lo imagino. —Se quedó pensando un momento—.

Podría imaginarme completamente lo contrario. A mamá se le daría muy bien borrar las pruebas, ¿verdad? Siempre borra su historial de búsquedas, lo cual resulta bastante sospechoso.

Simon no dijo nada.

—¿La conoces muy bien? ¿A Amy?

—La conozco bastante bien —respondió él. Entrecerró los ojos ante el nuevo recibo—. ¿De verdad crees que una extensión de pestañas desgrava impuestos?

Liz se encogió de hombros.

—Necesito pestañas para trabajar.

—No las necesitas.

—Bueno, estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

Él cogió otro recibo.

—Entonces, ¿has estado... en plan... saliendo con ella?

Simon inclinó de nuevo la cabeza sobre sus recibos.

—Dios mío, Simon —dijo ella. Sintió una oleada de amor por el despistado de su hermanito. Primero, la zorra de su prometida le rompía el corazón, después esa compañera de casa tan rara y mayor le clavaba las zarpas. Había que tener cuidado con esas asaltacunas que se visten como si tuvieran veinte años. Los chicos no se fijan en el bótox. Aunque Liz estaba bastante segura de que Amy no se había puesto bótox, porque era demasiado hippy y new age, pero no cabía duda de que vestía y actuaba como si fuera más joven de lo que expresaban sus arrugas.

—¿Qué edad tendrá Amy? ¿Quince años más que tú?

—Doce más que yo —respondió él—. Doce años, tres meses y veinticuatro días.

30

El octubre pasado

Voy a probar el crujiente de manzana —dijo Joy a la camarera en la cafetería David Jones, donde estaba sentada frente a Savannah, rodeadas ambas de un despliegue triunfante de rígidas y brillantes bolsas de tienda con asas de cuerda a sus pies.

—¿Con helado o con nata? —preguntó la camarera.

—Con los dos —respondió Joy con firmeza.

Era una tradición familiar probar el crujiente de manzana siempre que apareciera en el menú, con la vana esperanza de que algún día pudieran encontrar un crujiente de manzana tan bueno como el que preparaba la madre de Stan. Era su plato estrella, como los brownies de chocolate de Amy. Todos, a excepción de Joy, se emocionaban cuando comían crujiente de manzana y decían: «No es tan bueno como el de la abuela», mientras Joy pensaba: «Típico de esa bruja no compartir nunca su receta secreta». Algún día averiguaría alguien el ingrediente que faltaba y, entonces, sí que estaría muerta del todo.

—¿Puede traerme también a mí el crujiente de manzana, por favor? —preguntó Savannah con esa voz graciosa, casi infantil y educada que tenía—. También con helado y nata.

—Lo mismo que su madre, entonces. —La camarera cerró su libreta. Era la segunda vez ese día que las habían tomado por madre e hija mientras estaban de compras, probándose ropa en probadores adyacentes. «¿Quiere ver qué opina su hija?», le había dicho una dependienta a Joy mientras se probaba un vestido de manga larga vaporoso, de estampado floral y con unos colores que, en condiciones normales, jamás llevaría.

Savannah había convencido a Joy de que se comprara el vestido.

—Estás muy guapa —había dicho con los ojos entrecerrados—. Y tiene una rebaja del veinte por ciento. Parece que está bien hecho. —Se puso de rodillas en el suelo junto a Joy y dobló el bajo del vestido para que lo viera—. Mira la costura del forro. Es de muy buena calidad.

«Es de muy buena calidad».

Esa frase se había clavado en la conciencia de Joy. No parecía

propia de una chica de la edad de Savannah. Como si lo dijera la madre de *La casa de la pradera*. Y, sin embargo, fue uno de esos momentos en los que Joy pensó que estaba viendo a la verdadera Savannah, como si su interés por el vestido le hubiese hecho olvidarse por un momento de sí misma y se hubiese levantado un velo. Savannah estaba tan dispuesta a servir, como la conserje de un hotel, siempre cortés y mostrando un cálido interés en tus planes, que Joy tenía que recordarse a veces que no debía regodearse en ese interés, como si fuese la egoísta huésped de un hotel. Conseguir que Savannah hablara de sí misma requería esfuerzo, pero se iba abriendo paso poco a poco. Había notado que ayudaba si era a última hora de la noche y estaban las dos solas, sobre todo si Joy proponía tomar una agradable copa de brandy. Fue entonces cuando Savannah le había hablado de su «memoria autobiográfica altamente superior».

Habían estado hablando del curso de escritura de memorias de Joy y de que había épocas de su vida que estaban algo borrosas.

—Ojalá mis recuerdos también estuviesen un poco borrosos —había dicho Savannah con la mirada fija en su copa—. Lo recuerdo todo. Los detalles no se difuminan nunca.

Ahora, Joy estaba apartando los cubiertos de la mesa de la cafetería para inclinarse hacia delante, con el mentón apoyado en las manos, y poder examinar bien a Savannah. No cabía duda de que tenía mejor aspecto que cuando había llegado a su puerta. Joy deseaba poder decir que era porque había hecho un muy buen trabajo cuidando de ella cuando, en realidad, había sido al revés: Savannah había hecho un muy buen trabajo cuidando de Joy.

—¿Estás cansada? —preguntó Savannah.

—En absoluto —respondió Joy, aunque sí lo estaba un poco—. Gracias por convencerme de que comprara ese vestido.

Savannah sonrió.

—Apuesto a que a Stan le va a encantar.

—Le va a encantar la rebaja.

—Es un buen vestido —comentó Savannah.

La madre de Joy habría apreciado que Savannah se arrodillara para ver el forro del vestido. Hacía ese tipo de cosas: comprobar la costura, tirar de los bajos. Sorber por la nariz con gesto desdeñoso si no era de su agrado.

A Joy le encantaba pasar un largo día de compras con su madre. Fue difícil cuando los niños eran pequeños y el tenis lo absorbía todo pero, una vez al año, su madre y ella pasaban un día como este. Resultaba de lo más gratificante y placentero ir de tienda en tienda, en busca de gangas, buscando complementos para un conjunto, ver que el

azul de esa blusa nueva le iba perfectamente al azul de esa falda y, después, sentarse un rato en una cafetería como aquella para descansar los doloridos pies y hablar de cualquier otra cosa que necesitaran.

Las dos hijas de Joy odiaban ir de compras. Amy empezaba a murmurar sobre la mercantilización, las luces brillantes y «la sensación de ser como una rata atrapada en un laberinto» o alguna tontería así, mientras que Brooke iba directa al objetivo, taconeando impaciente con la mano posada sobre las lumbares de Joy para que se diera prisa: «Vamos, vamos, mamá, una compra rápida vale por dos».

Ahora Brooke solo compraba por internet («Deberías probarlo, mamá. ¡Un par de clics y ya está!») y, al parecer, Amy buscaba su ropa gorroneando en los cestos de las organizaciones benéficas, así que Joy se había hartado de proponer excursiones para ir de compras.

Pero cuando Joy había sugerido a Savannah regalarle un día en un lujoso centro comercial para agradecerle todo lo que había hecho mientras había estado en el hospital, el rostro de Savannah se había iluminado pese a que se apresuró a responder: «Ah, no es necesario».

«Será un placer para mí», había contestado Joy con sinceridad, porque ese día había sido como volver a descubrir una parte de sí misma que había olvidado, la que quizá solo existía cuando estaba con su madre, que no mostraba interés alguno por el tenis de Joy ni, siendo sinceros, tampoco por los hijos de Joy, pero sí que tenía opiniones apasionadas sobre los colores adecuados y los escotes que mejor le iban a Joy. Joy había supuesto que, al menos, sus hijas mostrarían cierto interés por la moda, pero a las dos les parecía algo frívolo y sin importancia, casi despreciable, como jugar a las muñecas, que tampoco les había gustado. Joy había pasado horas jugando a las muñecas de niña.

—Sé exactamente qué collar le va bien a tu vestido suelto —le dijo Joy a Savannah—. Uno largo con un colgante pesado y grueso. —Señaló su clavícula—. Aunque he notado que casi siempre llevas ese collar con la llave. ¿Tiene algún valor sentimental?

El joven rostro de Savannah adquirió por un momento una expresión rígida y cansada, como si tuviera treinta años más.

—Una amiga me lo regaló por mi veintiún cumpleaños. —Levantó la llave de su cuello y se la golpeteó contra el mentón—. Dijo que simbolizaba «las puertas que se abrían a un futuro mejor». —Sonrió a Joy con expresión cínica—. Todavía estoy esperando a que esas puertas se abran.

—¡Estoy segura de que hay montones de puertas a punto de abrirse para ti! —exclamó Joy. Reconoció el tono elevado que empleaba en

vano cuando Amy «se ponía mal».

—Bueno, me abristeis vuestra puerta. —El gesto de Savannah se suavizó—. ¡Eso es un comienzo! Quizá pueda comprarme un colgante verde. —Se inclinó hacia las bolsas con las compras, sacó el borde de un vestido y señaló la tela—. Que vaya bien con el color verde de esos cuadritos. ¿Qué te parece?

—Perfecto —contestó Joy, y sus ojos se inundaron de unas lágrimas inesperadas mientras sentía una punzada fina, afilada y curiosamente placentera de nostalgia por su madre, que habría disfrutado tanto de ese día y a la que le habría resultado mucho más fácil establecer un vínculo con una nieta como aquella. Su madre había muerto hacía más de veinte años, y el dolor que había sentido Joy en aquel momento había sido complicado y extraño. La suya no había sido una madre especialmente buena y había sido una abuela aún peor: siempre le parecía que sus nietos hacían mucho ruido, eran muy grandes y eran demasiados. «¿Por qué quieres más?», le había dicho a Joy cuando le contó que estaba embarazada de Brooke.

Cuando murió, solo tres meses después del fallecimiento de la madre de Stan, Joy empezó a girar en la dirección opuesta cuando se enfrentó a su dolor, que fue únicamente de ella, porque no tenía hermanos y sus hijos habían preferido a su otra abuela por el dinero que les regalaba en secreto y ese maldito crujiente de manzana.

Resultaba perfectamente posible evitar el dolor con cuatro hijos que jugaban al tenis de competición, casi cien alumnos de tenis más que requerían de tu atención y un marido que estaba sufriendo la pérdida de su propia madre y se estaba enfrentando a su maldita crisis de la mediana edad, y cuando tu relación con tu madre siempre había sido una mezcla de decepción y amor, así que Joy dio vueltas y vueltas hasta que un día la pena la invadió, en el lavadero, mientras sacaba de la lavadora una blusa echada a perder, una blusa que su madre le había dicho que solo debía lavar a mano y en agua fría.

Fue como si el subconsciente de Joy acabara de entender algo que por lógica ya sabía: que era verdad que nunca más volvería a ver a su madre. Su madre nunca más la llamaría a una hora inoportuna para pedirle algún disparate. Nunca más le diría a Joy que odiaba el mes de febrero. O que odiaba el mes de agosto. O que odiaba el mes de noviembre. (Solo le gustaba abril). Pearl Becker nunca encontraría la felicidad que continuamente se le había escapado y su relación seguiría siendo para siempre un rompecabezas sin resolver. Aquel día, Joy se había dejado caer al suelo con la espalda apoyada en la lavadora, el bulto empapado de su blusa echada a perder mojándole la falda, y lloró intensa y escandalosamente, y luego sintió la vergüenza

de haber gritado a una niña del tenis que inesperadamente había abierto la puerta del lavadero y la había sorprendido allí. (Le extrañó no haber recibido una queja de la madre de aquella niña).

Pero la tristeza que sentía ahora parecía natural, sana y fácil de entender, como si por fin, después de tantos años, estuviese sintiendo la pena que las hijas normales sienten por sus madres: la misma que le gustaría que sus hijas sintieran por ella algún día, no metiendo fríamente la ropa de su madre en una gran bolsa de basura negra, como había hecho Joy al día siguiente del funeral de su madre, sin derramar una sola lágrima y sin tan siquiera un pensamiento de ternura, pero tampoco llorando en el suelo del lavadero semanas después con ese extraño paroxismo de dolor que tanto habría avergonzado a su madre. («¡Levántate! —habría gritado Pearl tirando del codo de Joy—. ¡Podría verte alguien!»).

—Gracias. —Joy se inclinó hacia atrás cuando la camarera trajo los crujientes de manzana. Y le dijo a Savannah—: Sé a qué tienda ir a por ese collar. Iremos directamente cuando acabemos aquí.

—Bueno, solo si..., está bien —respondió Savannah que, de repente, parecía incómoda—. Ya te has gastado bastante en mí. Puede que tus hijos no lo aprueben.

—Cariño, debería pagarte un salario —dijo Joy—. ¡Eres una chef a jornada completa! ¡Una asistenta! Esto es lo menos que puedo hacer.

—Bueno, pero no olvides que no pago alquiler —repuso Savannah.

—Soy yo la que tiene aquí la ganga —replicó Joy con vehemencia. Pensó en lo que Brooke le había dicho por teléfono esa mañana: «Mamá, si de verdad quieres contratar a esa chica como asistenta o como lo quieras llamar, tendrás que hacerlo como es debido».

Por supuesto, Joy no podía contratar a Savannah como chef ni como asistenta a jornada completa. No conocía a nadie con asistenta interna. Eso quedaba para las estrellas de cine y los americanos. Posiblemente para la gente de los barrios periféricos del este. No para gente corriente como ella y Stan. Sin embargo, la pasada noche se le había ocurrido que quizá podría dejar que Savannah se quedara como inquilina o algo así. ¿Por qué no? Savannah podría buscarse un trabajo y pagar un alquiler simbólico, o no pagar nada si seguía encargándose de cocinar.

Pero Stan no estaba en absoluto a favor. La noche anterior, cuando estaban en la cama, con la puerta cerrada, dijo que ya habían pasado más de seis semanas y que probablemente ya era hora de que Savannah pensara en buscarse una casa para ella.

—¿Pero a qué viene tanta prisa? —había preguntado Joy, perpleja. Creía que él disfrutaba tanto como ella de la compañía de Savannah,

pero, desde que había regresado del hospital, Stan se había vuelto más reservado delante de Savannah. Las conversaciones habían cesado. Buscaba excusas para no estar con ellas en las comidas. Parecía que Savannah y él ya no veían juntos esa serie de televisión. Era una pena.

—¿Ha pasado algo mientras yo estaba en el hospital? —le había preguntado Joy.

—¿Como qué? —dijo Stan, con la mandíbula apretada.

—No sé. Es que no pareces tan contento con Savannah como lo estabas al principio.

—Ya lleva aquí suficiente tiempo —respondió Stan—. Es lo único que digo.

Había sido raro.

Un momento después, ella volvió a hablar:

—¿Has estado hablando con los chicos? —Sus hijos estaban siendo muy «críos» con Savannah. No podía creer que Amy hubiese acusado a Savannah de haberse inventado la historia de su novio basándose en un documental que supuestamente había visto Logan con una historia parecida, como si no pudiera haber similitudes en las vivencias de las personas.

Stan no había contestado y ella se negaba a darle la satisfacción de repetir la pregunta inocentemente y como una tonta, con la voz un poco más alta, como habría hecho cuando tenía veinte años, o gritándole «¡Respóndeme!» como debería haber hecho cuando tenía cuarenta.

Estaba segura de estar en lo cierto: los chicos habían hablado con él y eso explicaba su repentina frialdad hacia Savannah. Sus opiniones le influían más de lo que él estaba dispuesto a admitir. Podía discutir con vehemencia con alguno de ellos sobre un asunto en particular y, luego, apenas un mes o así después, soltar el mismo argumento que había dicho uno de los chicos como si fuese suyo y negar categóricamente haber dicho o pensado nunca lo contrario.

Era normal que Stan dijera que Savannah ya llevaba ahí bastante tiempo. No era él quien iba a volver a la cocina a las cinco de la tarde todos los días, mirando con desesperación y aburrimiento el contenido del frigorífico, abriendo y cerrando el cajón de las verduras, una y otra vez, esperando que le llegara la inspiración.

Ese odio hacia la cocina debía simbolizar algo más, porque ¿a qué venía alterarse ahora tanto por eso, después de tantos años? En otra época, Joy se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, daba una clase tras otra, hacía la colada, se encargaba de la perra, de la contabilidad, de los deberes, de su madre, de su suegra y, después, preparaba la cena para una familia de seis personas (como mínimo,

pues siempre había más gente en la mesa) y lo había hecho sin ningún tipo de resentimiento consciente ni queja.

Ahora que solo estaban ella y Stan en casa, cocinar debería ser como coser y cantar. Tenía el día entero a su disposición para planear y preparar, para leer atentamente libros de cocina si quería, igual que leía Savannah sus queridos libros de recetas (¡tantos para tratarse de una chica tan joven!), con tanta concentración y placer, con la boca ligeramente abierta, como si estuviese leyendo una novela romántica. Joy tenía tiempo de irse a recorrer los supermercados de productos artesanales en busca de ingredientes poco comunes, pero solo de pensarlo le daban ganas de llorar de aburrimiento. ¿Qué le pasaba? Pensó en la sorprendente y estimulante sugerencia de Brooke de que probaran con algún servicio de comida a domicilio o, si quería una asistenta..., ¡contratar a una! Según sus hijos, todo podía arreglarse por internet. Siempre estaban buscando respuestas en sus teléfono, no podían pasar más de cinco minutos sin buscar algo. «Yo lo busco, mamá. Ya lo tengo. Ya lo he reservado. Ya lo he pedido». Daban unos cuantos toques con sus pulgares y ya estaba. No había necesidad de sus líos de anciana.

—Quería darte las gracias por haber cuidado de Stan mientras yo estaba en el hospital —le decía ahora Joy a Savannah—. Espero que no haya estado muy gruñón. A veces lo es.

—No ha sido ningún problema —respondió Savannah. Joy podía ver su expresión. ¿Se había puesto gruñón con ella? ¿O solo raro? Él podía ponerse raro a veces y los jóvenes no tenían paciencia con las rarezas. Querían explicaciones claras para todo, incluido saber exactamente por qué la gente se comportaba como lo hacía. No habían aprendido que, en ocasiones, no había respuestas.

—Mis hijas habrían dicho que no era necesario que nadie cuidara de él —dijo Joy—. Pero Stan es de otra generación. No ayuda nada en la cocina. —Hizo una pausa, pensativa—. Se le da bien abrir botes.

Se preguntó cómo iba a abrir Debbie Christos los botes sin Dennis. Debbie tenía las muñecas delicadas. Joy debería decirle que llamara a Stan cada vez que necesitara abrir un bote. Cuando fuera.

—¿Qué tal el crujiente de manzana? —preguntó Savannah, pues conocía la cruzada de la familia por replicar el crujiente de manzana de la abuela.

—Está bueno —contestó Joy—. Pero le sigue faltando algo. —Lamió su cuchara—. Lo cierto es que ni se le parece, si te soy sincera. No sé por qué sabía hacer un crujiente tan bueno. No sabía hacer ningún otro postre. Era una vieja borracha y desagradable.

Pero, por alguna razón, su crujiente de manzana sabía a amor. Era

un misterio.

—Puede que el ingrediente secreto fuera algún tipo de alcohol —propuso Savannah—. ¿Whisky?

Joy le apuntó con su cuchara.

—Eso tendría sentido. Muy lista.

—Voy a probarlo este fin de semana —dijo Savannah, y Joy pudo ver lo encantada que estaba porque la había llamado lista—. Voy a resolver el misterio del crujiente de manzana de la familia Delaney.

Joy vio que Savannah rozaba la cuchara con la punta de la lengua y la volvía a dejar. En realidad, no comía. Lo único que hacía era cocinar. Estaba demasiado delgada. Joy quería decirle que estaba demasiado delgada, pero había aprendido que hay que tener cuidado con lo que se dice. Amy y Brooke le habían oído una vez decir a Joy: «Mis hijas tienen los pies enormes», y siempre se lo habían restregado. ¡Su intención no era mala cuando lo dijo! Tenían los pies enormes de verdad.

—No comes mucho, ¿no? —le preguntó a Savannah. Desde luego, eso no era ninguna ofensa—. Para ser alguien que le gusta tanto cocinar, quiero decir.

—De niña siempre tenía mucho apetito. —Savannah hundió la cuchara en su crujiente de manzana y lo removió. ¿Pensaba que Joy no sabía que no comía de verdad?—. Siempre tenía hambre.

Miró a Joy con una expresión inalterable, casi agresiva, y Joy reculó. Quizá la había ofendido por su físico sin querer. Había muchas reglas nuevas en la vida de ahora y no se había puesto al día con todas ellas. Sus hijos, que habían llegado al mundo como unos completos bárbaros y habían aprendido todos sus buenos modales de ella, le gritaban a veces: «¡Mamá, no puedes decir eso!». Ella siempre se reía, como si le importara un pimiento, pero lo cierto era que estas transgresiones involuntarias la molestaban y abochornaban.

—¿Cuánto tiempo habías estado saliendo con ese chico? —preguntó a Savannah—. El que te... —Se tocó la ceja en el punto donde antes tenía Savannah la herida.

—Como un año. —La expresión de Savannah era impasible. Sacó una cucharada de espuma de su cappuccino.

—¿Te había pegado antes?

No es que estuviese comprobando la veracidad de su historia. Para nada. Solo hacía preguntas, para intentar entenderla.

Savannah dejó la cuchara antes de hablar.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Sobre tu... matrimonio?

Joy tuvo de nuevo la extraña sensación de que esa era la verdadera Savannah, relajada por un momento, siendo ella misma, quitándose la

máscara.

—Adelante —respondió con despreocupación.

—¿Ha habido alguna... infidelidad?

—¡Ah! —exclamó Joy. Se limpió la boca con la servilleta y se apoyó en el respaldo.

—Es una pregunta muy personal, lo sé —dijo Savannah.

Sí que era una pregunta personal, pero Joy acababa de hacerle a Savannah preguntas personales sobre su relación, así que ¿por qué no iba a hacérselas ella?

—No —respondió, y no tuvo problema alguno en espantar esa borrosa y bochornosa imagen de los labios de otro hombre acercándose hacia los de ella.

—Que tú sepas —dijo Savannah.

Joy parpadeó.

—No he querido con eso dar a entender nada —aclaró Savannah.

—Claro que no —contestó Joy—. Tienes razón: que yo sepa.

—Tuviste suerte por conocer a tu alma gemela siendo tan joven —dijo Savannah, pensativa.

—Alma gemela —repitió Joy—. No sé yo. Solo era un chico. No es perfecto. Yo no soy perfecta. Cuando eres joven te pones muy nerviosa por cosas que crees que nunca podrás perdonar, como, no sé...

—¿Cumpleaños? —Savannah levantó un poco de crujiente de manzana y lo frotó entre los dedos—. ¿Como olvidarse de un cumpleaños?

—Sí, ese tipo de cosas —respondió Joy, aunque nunca le habían importado tanto los cumpleaños ni los aniversarios. Sintió ganas de decirle: «Ay, cariño, no tienes ni idea».

Recordó aquel día en que todos iban en el coche hacia el Abierto de Northumberland en la Costa Central y los niños no paraban de pelearse en el asiento de atrás. Pudo notar que Stan se iba quedando inusualmente callado en el asiento del conductor y sintió que el estómago se le revolvía ante la expectativa. Se giró y mandó callar a los niños, con fuerza, retorciendo en silencio su cara para intentar obligarlos a que se callaran. Fue durante el fragor de la batalla entre Logan y Troy, cuando parecía como si cada discusión entre ellos fuese un asunto de vida o muerte.

Y, entonces, Stan puso el intermitente. Su luz de giro. Así era como llamaban por entonces al intermitente. Era curioso cómo iban desapareciendo algunas palabras, cómo se volvían pintorescas y ridículas, como modas u opiniones a las que antes se daba importancia. Puso el intermitente, detuvo el coche, se desabrochó el cinturón de seguridad, salió, cerró la puerta y Joy pensó: «Debes de

estar de broma, Stan. Estamos en una autopista». Pero no bromeaba. Se perdió los partidos de ese día. Los niños perdieron sus partidos. Un comportamiento extraño.

«¡Los maridos siempre pueden ser peor!». Eso era lo que ella siempre se decía. Conocía maridos que pegaban, empujaban o gritaban terribles insultos. Si Janet Higbee perdía un juego por doble falta su marido le pellizcaba la nariz y le decía: «¡Pato estúpido!». Janet siempre se reía, pero no era divertido. Cualquiera podía ver que le hacía daño y la humillaba y la pobre Janet era pesada pero no merecía que le pellizcara la nariz solo porque había lanzado la pelota demasiado baja.

Joy recordó a otra socia del club de hacía años, una chica guapa que se llamaba Polly Perkins y que era un absoluto demonio en la pista, a la que no asustaba acercarse a la red, tan agresiva como cualquier hombre, pero tenía que apuntar cada céntimo que se gastaba en un cuadernito para dárselo a su marido, un respetado profesor de universidad. En una ocasión, Polly le habló a Joy de una terrible discusión que su marido y ella tuvieron la noche anterior porque él no «le daba permiso» para comprar una plancha nueva. Polly decía que la plancha antigua siempre dejaba manchas de óxido en la ropa. Le enseñó a Joy las manchas marrones de su falda de tenis blanca. Seis meses después, Polly dejó a su marido y volvió a Nueva Zelanda y Joy se acordaba a menudo de ella mientras planchaba y esperaba que hubiese encontrado la felicidad y una plancha nueva que no dejara manchas de óxido.

Un marido podía irse, como Stan, pero también podía no regresar, como el padre de Joy. Stan siempre regresaba.

Para ser sinceros, la mayor parte del tiempo Stan era más paciente y menos propenso a enfadarse que Joy. Cuando los niños eran pequeños su ánimo estaba fijo en un permanente nivel bajo de irritabilidad en ebullición.

¿Es que no era consciente de que ella también soñaba con huir de su vida cada vez que se enfadaba? Solía fantasear con hacer lo que había hecho su padre tantos años atrás: salir por la puerta para «ir a ver a un amigo» y no volver jamás. A veces, eludía su responsabilidad imaginando que unos secuestradores entraban en la casa, la metían en su furgoneta y se la llevaban para pasar una larga estancia de descanso en una agradable, fresca y tranquila mazmorra.

Pero salir por la puerta no fue nunca una opción real. Era demasiado necesaria. Solo ella conocía los horarios de los niños, dónde estaba todo, el nombre del veterinario, el nombre del médico, el nombre del profesor.

Pero Stan podía irse sin pensárselo un momento. A veces, simplemente se iba de la habitación sin más. La gente normal hacía eso. Otras veces, daba una vuelta a la manzana y quizá la gente normal hacía eso también. Otras, se iba con el coche y volvía una hora después. Dos horas después. Tres. Cuatro. Cuanto más tiempo, menos normal era. La vez que más tiempo estuvo fuera fueron cinco días.

—Esto es lo que debes hacer —dijo la madre de Joy cuando por fin ella le contó lo del extraño y bochornoso hábito de su marido—. Asegúrate de ponerte lápiz de labios y tu vestido más bonito cuando vuelva. No llores. No grites. No le hagas una sola pregunta sobre dónde ha estado. Mantén la cabeza alta y actúa como si ni siquiera te hubieses dado cuenta de que se ha ido.

Ella había seguido las órdenes de su madre al pie de la letra. Si le hubiese dado esas instrucciones a sus hijas, se habrían puesto a dar gritos.

Solo incumplió la orden de su madre una vez. Fue una noche, ya tarde, y Stan y ella estaban en la cama, con la puerta cerrada, los dos aún jadeando después del sexo.

—¿Por qué haces eso? —había susurrado ella sobre su pecho—. Lo de desaparecer. Lo de irte.

Al principio, creía que él no le iba a responder pero, después, por fin habló.

—No puedo hablar de ello —contestó—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella. Y no pasaba nada. Pero sí que pasaba. Había diminutas semillas de amargo resentimiento en el centro de su corazón, como las diminutas semillas amargas que pueda haber incluso en el centro de la manzana más dulce.

Nunca más volvieron a hablar de ello. Cuando ella dijo «no pasa nada» aceptó el trato. Él siempre volvía y solo ocurría una o dos veces al año y, a medida que su pelo se fue llenando de canas, empezó a ralear y finalmente desapareció, y su cartílago se fue desmigajando, lo fue haciendo cada vez menos, hasta que un día Joy se dio cuenta de que era algo del pasado, igual que el pelo negro, largo y rizado de Stan, igual que el síndrome premenstrual de ella.

—En una relación hay que transigir —le dijo a Savannah—. Vas dando pasos sin saber. —Se detuvo porque vio que Savannah observaba a una mujer y a una niña con leotardos y tutú rosa claro que estaban sentadas en la mesa de al lado. La niña tenía el pelo recogido con uno de esos moños tremendamente tirantes de ballet.

—Qué guapa —le dijo a Savannah.

—Yo hacía ballet clásico. —Savannah seguía con la mirada fija en la niña.

—¿Sí? —preguntó Joy, interesada. A pesar de que Savannah había dicho que tenía «memoria autobiográfica altamente superior» no le había contado tantos de esos recuerdos que guardaba en su memoria con un grado de detalle tan superior, seguramente porque no debían de ser recuerdos muy buenos. Resultaba agradable oír un nuevo detalle concreto. Y resultaba coherente. Savannah siempre tenía esa postura tan bonita con la espalda recta y una especie de elegancia en sus movimientos.

—A mi madre le habría encantado que yo hiciera ballet. ¿Alguna de las familias que te acogió te llevó a ballet?

Savannah la miró sin fijar la vista.

—¿Eh?

—El ballet —insistió Joy—. ¿Cómo empezaste?

No parecía el típico pasatiempo para una niña que va de una casa de acogida a otra, especialmente el ballet «clásico».

—Ah, solo fui a unas cuantas clases introductorias —contestó—. Eso es todo. —Miró a la niña y frunció el labio—. No debería comer pastelitos si quiere ser bailarina. ¡Demasiado azúcar! —Escupió sus palabras a través de sus labios apretados. De nuevo, parecía otra persona. Joy se preguntó si estaba imitando inconscientemente a alguna figura autoritaria de su vida anterior.

Savannah apartó su crujiente de manzana con desprecio, como si alguien le hubiese estado obligando a que se lo comiera.

—Ya no puedo más.

—Sí. Yo tampoco —dijo Joy. Dio un sorbo a su té y volvió a mirar a la pequeña bailarina, que movía sus piernas enfundadas en los leotardos mientras masticaba alegremente su pastelito.

Joy se sintió, de repente, desolada porque sabía que Savannah la había mentido sobre lo del ballet y no entendía por qué, pero, si le estaba mintiendo sobre eso, quizá sus hijos tenían razón con respecto a Savannah, y Joy no quería que sus hijos tuviesen razón con respecto a Savannah.

—¿Joy? —dijo una voz familiar, y Joy cambió rápidamente su expresión a la de cálida simpatía por su amiga viuda, Debbie Christos, que había entrado en la cafetería, lo cual resultaba desconcertante, porque Joy había estado pensando unos momentos antes en sus delicadas muñecas y también en besar a su marido muerto.

31

Ahora

*L*a verdad es que yo conocí a esa chica con la que quiere hablar la policía —dijo Debbie Christos a su amiga Sulin Ho—. Me tropecé con Joy en la cafetería de David Jones el año pasado. Habían salido de compras. Recuerdo que pensé que parecían madre e hija.

—Yo he oído hablar de ella, claro —contestó Sulin—. Pero nunca la conocí.

Sulin llevaba en el coche a Debbie para su partido de tenis del lunes por la noche, como había estado haciendo durante el último mes.

Perder al marido, como tantos acontecimientos importantes de la vida, había resultado ser una interesante prueba de amistad. Debbie había perdido amigas, como la que le había dicho imperiosamente que «no se regodeara en su pena» cuando no quiso ir al teatro, y había intensificado su amistad con otras, como Sulin, que no era viuda, pero parecía intuir cómo se sentía Debbie seis meses después de perder a Dennis: tan herida y sensible que el mismo aire le hacía daño en la piel.

Sulin no había dicho: «Avísame si hay algo que pueda hacer por ti, Debbie».

Había dicho: «Te recojo a las siete».

Cuando el hijo de Debbie leyó el panegírico en el funeral de Dennis, dijo: «Mi padre murió haciendo lo que le gustaba, justo después de ganar el partido de tenis de los lunes por la noche».

Debbie deseó que le hubiera dejado revisar su discurso. Dennis ganó el punto, no el juego y, desde luego, tampoco el partido. Estaban jugando contra Joy y Stan y nadie vencía a los Delaney. Unas veinte personas que escucharon aquel panegírico debieron de pensar: «Ni en tus mejores sueños, Dennis».

—¿Cómo era la chica? —preguntó Sulin.

—No sé —confesó Debbie—. No me fijé mucho en ella. Ojalá lo hubiese hecho. He estado tirando de memoria, tratando de recordar cosas que Joy dijo o hizo, si parecía triste o deprimida... ¡Pero parecía estar bien! Al menos, conmigo estuvo bien.

—¿Dónde estará Joy? —preguntó Sulin de repente, a la vez que se detenían en un semáforo. Se giró para mirar a Debbie—. No es propio de ella, ¿verdad?

—No —contestó Debbie—. No es propio de ella. Para nada. Eso es lo que me preocupa.

Ya habían pasado diecisiete días.

Tanto Debbie como Sulin habían participado en una búsqueda que habían organizado el día anterior por los matorrales que había junto al carril bici que rodeaba la Reserva de St. Helens. El carril bici era el área de ciclismo más cercana a la casa de los Delaney y Joy tenía una bicicleta nueva que le había regalado su hijo Troy por Navidad, y supuestamente a ella le encantaba, aunque ni una sola persona la había visto nunca con ella.

Los cuatro hijos de los Delaney habían participado en la búsqueda. Stan Delaney no. Debbie no sabía qué pensar al respecto, aunque mucha otra gente sí sabía bien qué pensar.

—Hay una cosa a la que le he estado dando vueltas —dijo Sulin ahora, con la mirada fija en la calle que tenía delante—. Fue el octubre pasado.

Parecía preocupada, como si estuviese confesando algo.

—Volvía a casa con el coche desde el club de lectura, sobre las nueve de la noche, cuando vi a un hombre sentado en la cuneta de Beaumont Road. Pensé que sería algún adolescente borracho, pero entonces los faros le iluminaron la cara y me dije: «Es Stan Delaney».

—¿Sentado en la cuneta! —Debbie estaba escandalizada. Stan Delaney no era de los que se sientan en una cuneta. Era demasiado alto.

—¡Lo sé! Así que detuve el coche y me contó que había salido a andar, que había tropezado y que se había vuelto a hacer daño en la rodilla. Me pareció raro, porque llevaba unos vaqueros. Desde luego, no iba vestido para hacer ejercicio. Parecía más bien como si se hubiese ido de casa.

—Cielo santo —dijo Debbie.

—Sí, y otra cosa más —añadió Sulin, con cuidado—. Creo... Quizá me equivoque, pero estoy bastante segura de que estaba llorando.

—¿Llorando? —preguntó Debbie. Estaba intentando entender—. ¿Por la rodilla? Los hombres se vuelven más lloricas a medida que se hacen viejos.

—Algo le pasaba —continuó Sulin—. Sé que es así, porque le ayudé a meterse en el coche y le llevé de vuelta a casa y sus cuatro hijos estaban allí. No me dio la sensación de que fuera ninguna celebración, eso es seguro. Era más como si acabaran de recibir una

mala noticia. Había pasado algo... ¡Esa tensión! Ya sabes, a veces lo percibes. Se podía cortar con un cuchillo.

—¿Esa chica seguía viviendo con ellos? ¿Savannah? —preguntó Debbie.

—No la vi —contestó Sulin—. Creo que para entonces ya se había ido. Por cierto, no se lo he contado a nadie más. —Apartó los ojos de la carretera y lanzó a Debbie una mirada de angustia—. No sé si debería.

—Yo tampoco sé si deberías contarlo —respondió Debbie.

Pensó en los cotilleos y rumores que circulaban por el club de tenis. El matrimonio de Joy y Stan había pasado a ser de dominio público. Todo el mundo tenía una opinión que dar. Algunos decían que jamás habían visto una pareja más feliz, tanto dentro como fuera de la pista. La gente se maravillaba por la forma silenciosa en que los Delaney se comunicaban cuando jugaban dobles, cambiando de lugar sin decirse nada. Era como si tuviesen una conexión telepática. Nunca se les oía los gritos angustiados de otras parejas de casados: «¡Tuya!». «¡No, tuya!». «¡Te he dicho que era mía!». Cuando ganaban, cosa que ocurría invariablemente, maldita sea, Stan levantaba en el aire a Joy como si fuese una niña, le daba una vuelta y la besaba con fuerza en los labios.

Otros estaban deseando contar que todo era fachada. Había gente que hablaba de síntomas sutiles que habían presenciado a lo largo de los años de dificultades en el matrimonio, violencia, infelicidad, infidelidad y problemas económicos. A finales del año pasado, Joy había empezado a acudir sola a los partidos de los lunes por la noche. Se suponía que era por la última lesión de rodilla de Stan, pero aun así... Y, después, la misma Joy había dejado de ir poco antes de la Navidad, más o menos. Era como una desagradable invasión de la intimidad oír cómo la gente hablaba del matrimonio de los Delaney. Como si la gente hurgara por el dormitorio de Joy y Stan y, de hecho, todos sabían que Barb McMahon había encontrado el teléfono de Joy debajo de la cama de matrimonio. Eso hacía que Debbie sintiera una especie de rabia y sabía que tenía algo que ver con todas las opiniones que ahora vertía todo el mundo sobre su vida y sus decisiones. Cuando Dennis estaba vivo, ella formaba parte de una unidad sólida, respetable e inexpugnable. Pero, en el momento en que él murió, Debbie quedó libre de ataduras. Una señora mayor que vivía sola. Era vulnerable, dijo su hijo. Debía sentirse muy sola, dijo su hija. Todo aquello lo decían desde el amor pero, a veces, ella sentía deseos de gritar.

Gracias a Dios tenía a Sulin, que todavía la trataba como una

persona.

—Esta noche vamos a jugar fuerte —dijo Sulin—. Por Joy. Para distraernos.

—Sí —contestó Debbie. Vio en el horizonte el viejo y simpático cartel de Delaney con la pelota de tenis sonriente. La gente seguía refiriéndose a las pistas y al club con el nombre de «Delaney», aunque Joy y Stan habían vendido la escuela de tenis hacía más de un año. No es que los Delaney hubiesen sido los propietarios de las pistas. Las habían alquilado al ayuntamiento, pero era verdad que Joy y Stan habían sido los que habían liderado las presiones al ayuntamiento para que las construyeran.

Debbie y Dennis habían estado presentes en la primera reunión con el ayuntamiento. Joy fue la que más habló. Los cuatro fueron los socios fundadores del club de tenis. Eran muy jóvenes y no eran conscientes de su juventud ni de su belleza.

Durante muchos años, Stan fue el presidente y Dennis el tesorero y Joy y Debbie preparaban sándwiches. Ahora, esto parecía escandaloso. Joy debería haber sido la presidenta y Debbie la tesorera (¡era contable!), pero, en aquella época, no se les había ocurrido.

La muerte de Dennis había hecho que aquellos primeros años de su matrimonio aparecieran en su mente con más frescura. ¿Fue por las diapositivas que su hija había preparado para el funeral? Había una fotografía de los cuatro en una fiesta del club, donde habían acabado bastante borrachos por el ponche hawaiano casero de Joy. Había resultado raro estar sentada en la fría iglesia, con setenta y cuatro años y vestida con medias, viéndose en la pantalla con su minifalda naranja. Podía saborear casi con precisión el dulce y empalagoso ponche y sentir la tela de aquella minifalda sobre sus muslos. Era como si todo aquello siguiese allí, esa época de sus vidas, en algún lugar metafísico, accesible a través de algún arte de magia distinto al recuerdo.

Joy sonreía de reojo a Dennis sobre su copa de ponche en aquella foto, mientras que Dennis, con un enorme bigote retorcido, le devolvía la mirada de una forma sugerente, y Debbie y Stan sonreían a la cámara, confiadamente. Debbie había olvidado el bombón que era Joy. (¿No era esa la palabra que Dennis había usado en una ocasión para referirse a Joy? ¿El bombón Delaney?).

La hija de Debbie no se había dado cuenta de que había elegido una fotografía para el funeral de su padre en la que se le veía flirteando con otra mujer. (Había sentido más curiosidad por los refrigerios de los años setenta: queso y cebollitas encurtidas sobre palillos de dientes clavados en naranjas, de tal forma que parecían

erizos. «Dios mío, mamá, ¿qué son esas cosas?»).

¿Había sido Debbie la única en aquel funeral que al ver esa fotografía se había preguntado si alguna vez habría ocurrido algo entre Dennis y Joy?

Era muy posible.

Dennis no era ningún ángel. La misma Debbie había sido un poco salvaje. Los dos habían tenido «escarceos» durante los primeros años de su matrimonio, antes de que nacieran los niños. Nada importante. Ella no habría usado la expresión «aventura amorosa». Solo un poco de diversión. Sin lastimar ningún sentimiento o, al menos, no mucho. Incluso habían estado una vez en una fiesta de las llaves. «¿De dónde sacábamos las fuerzas?», se preguntaban después de cumplir los cincuenta. Jamás se lo habían contado a sus hijos. Los jóvenes de ahora eran curiosamente puritanos con respecto al sexo, a pesar de poner morritos y presumir de traseros en internet.

«¿Qué habrá pasado con lo de tomar el sol en topless?», había preguntado Dennis con tristeza en una de sus últimas excursiones a la playa. Debbie, tratando de ayudarle, había señalado a un grupo de chicas en bikinis con tanga. «Bah, parecen tontas», había dicho Dennis. Era de los que les gustaban las tetas. Joy llevaba una camiseta escotada en esa foto. Dennis no estaba admirando los bonitos ojos de Joy, eso desde luego.

Debbie no se enfadaría con Joy si se hubiese acostado con Dennis. No le enviaría una tarjeta de agradecimiento, pero tampoco se lo iba a echar en cara.

Todo aquello había sido hacía mucho tiempo. Desde luego, no tenía nada que ver con la desaparición de Joy.

¿A menos que indicara que Joy era una infiel empedernida?

¿Se habría fugado con algún amante?

¿Quién se iba a molestar a su edad? Quizá Joy sí. Siempre había tenido mucha energía.

Sulin aparcó el coche y la espalda de Debbie vibró al salir ella del vehículo, como para recordarle que ya no tenía treinta años, por muy frescos que fueran sus recuerdos.

—Prepárate —dijo Sulin mientras cerraba el coche—. Se acerca Mark Higbee.

Mark Higbee participaba en la competición de los lunes por la noche con gran solemnidad, rebotando la pelota unas cuatrocientas veces cada vez que hacía un servicio y deteniéndose a limpiarse la frente con una toalla entre un juego y otro como si estuviera en el Abierto de Australia. También tenía ese espantoso hábito de pellizcarle la nariz a su pobre mujer, cosa que hacía que Debbie

sintiera deseos de darle un puñetazo en la suya.

—Ah, ese hombre es un estúpido —comentó Sulin en voz baja y Debbie le lanzó una mirada de sorpresa, porque normalmente Sulin nunca decía nada malo de nadie.

Él se acercó, alto, delgado, con su barba gris y un bolso gigante para las raquetas colgado de su hombro.

—¡Saludos, señoras! —dijo con una divertida sonrisa. Veía a las mujeres como adorables seres inferiores—. ¿Habéis oído lo último sobre Joy? —Tenía la cara henchida por el placer de traer un delicioso e impactante cotilleo.

—No —respondió Sulin con frialdad.

—Sí sabéis que ha desaparecido —dijo Mark.

—¡Por el amor de Dios, claro que lo sabemos! —exclamó Sulin—. Las dos estuvimos ayer ayudando en la búsqueda.

—Es evidente que Stan es su, entre comillas, principal sospechoso —dijo Mark sin hacer caso al tono de ella. Se acarició la barba con el índice y el pulgar, como si imitara a un profesor que estuviese sumido en sus pensamientos—. Pero sin cadáver... están bien fastidiados.

—¿Sin cadáver? —preguntó Debbie—. ¿No te referirás al cadáver de Joy?

—Por supuesto que sí —respondió Mark, como si nunca hubiese escuchado algo más estúpido—. ¿A qué otro cadáver me iba a referir, Debbie?

Debbie pensó en las preciosas y bronceadas piernas de Joy. Esa mujer nunca paraba quieta. Le había llevado una lasaña cuando Dennis murió, en una bandeja de horno, y un instante después le confesó que no la había hecho ella, que la había comprado en una tienda italiana y que había tratado de cambiarla a la bandeja para que pareciera casera. Se sentía tan culpable que había hecho reír a Debbie.

—Hay que enfrentarse a la realidad —dijo Mark con tono condescendiente—. Hay pocas posibilidades de que esté viva. Stan tenía arañazos en la cara. ¿Qué pensáis que son?

—Pudo ocurrir de muchas formas —respondió Sulin, pero la voz le temblaba ante esa idea.

—Puede que la policía diga que están investigando la desaparición de una persona, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que lo que investigan es un asesinato —insistió Mark.

—Les envió un mensaje a todos sus hijos diciendo que se iba —señaló Debbie.

—No es precisamente difícil enviar un mensaje desde el móvil de otra persona. El teléfono seguía en la casa —contestó Mark—. Barb McMahon lo encontró escondido debajo de la cama.

—Stan no sabe enviar mensajes —repuso Debbie—. Si es eso lo que estás tratando de insinuar.

—Eso dice él.

—Stan es amigo nuestro —protestó Debbie—. No deberías soltar esas cosas.

—He oído que tuvo una aventura —prosiguió Mark. Sus ojos centelleaban. Debbie nunca había visto a ese hombre más contento—. Tuvieron a una atractiva veinteañera viviendo en su casa el año pasado, una, entre comillas, amiga de la familia, y supongo que cuando Joy estuvo en el hospital la tentación debió de ser demasiado para Stan. Ya sabéis... ¡cuando el gato no está, los ratones bailan!

—Basta ya —espetó Debbie—. No sigas. No me creo ni una palabra.

Pero costaba ahora no unir eso a lo que Sulin había contado de Stan, sentado en la cuneta el año pasado, llorando.

Mark levantó las manos en el aire.

—¡No mates al mensajero, Debbie! No se lo digáis a nadie, pero yo tengo una teoría de dónde ha enterrado el cadáver.

—No nos interesa tu teoría, Mark —repuso Sulin.

—Debajo de su pista —continuó Mark—. Le pusieron un revestimiento nuevo. Un sitio perfecto para esconder un cadáver. Yo le dije a la policía: tíos, tenéis que levantar esa pista de tenis. Probablemente lo harán. Yo os lo he dicho antes.

—Pero... un momento. La pista la revistieron en enero... —empezó Debbie.

Mark no la dejó terminar.

—No solo eso... Yo vi a Stan, cubierto de polvo, con los ojos enrojecidos, comprando batido de chocolate en la tienda de Hastings Street, dos días después de que Joy desapareciera. Le dije: «Stan, ¿qué te ha pasado?». No me hizo caso. Literalmente, no me hizo caso, como si yo no existiera. También le he contado eso a la policía.

—¿Crees que enterró el cuerpo y, después, fue a comprarse un batido de chocolate? —preguntó Sulin.

—Eso es exactamente lo que creo. ¡Enterrar un cadáver puede dar mucha sed!

—No tiene gracia —dijo Debbie.

—No la tiene, Debbie. Es una verdadera tragedia —contestó Mark, encantado—. También le he dicho a la policía que deberían investigar a ese hijo suyo, el que va por ahí con esos coches pretenciosos y que supuestamente saca su dinero de «ventas por internet». Antes traficaba con drogas. Lo sé con seguridad porque se las vendía a mi hijo.

—¿Troy? —preguntó Debbie. Troy había estado saliendo con su

hija. Sabía que Troy había salido con las hijas de mucha gente pero, aun así, tenía debilidad por él—. Eso fue cuando era adolescente, Mark. Creo que hemos dejado todo eso atrás.

—Le he dicho a la policía que investigaran la posibilidad de que estuviese blanqueando dinero, quizá alguna organización criminal de guante blanco. Quién sabe cómo se gana el dinero.

—Espera. Entonces, ¿estás diciendo que crees que Troy ha tenido algo que ver con la desaparición de su madre? —preguntó Sulin.

—¡Todo es posible, señoras! —Mark se movió la bolsa de las raquetas sobre el hombro y se marchó— ¡Os veo en la pista!

—Vete a la mierda, Mark Higbee —dijo Sulin, y Debbie estuvo bastante segura de que esta era la primera vez que esa palabra en particular salía de los labios de su amiga.

32

*C*rees que el marido tuvo una aventura? —preguntó Ethan. Christina y él habían salido del coche e iban recorriendo el infinito camino de grava que llevaba a la entrada de una casa majestuosa para tomar declaración por el caso del hijo pirómano, pero, como normalmente les pasaba aquellos días, iban hablando de la investigación de Joy Delaney.

—¿Con esa tal Savannah? Es una posibilidad —respondió Christina —. Hay muchas cosas que esa familia no nos está contando.

—¿Por proteger a su padre?

—Supongo que sí —dijo ella—. O a sí mismos.

Hizo en su mente una rueda de identificación con los cuatro hijos Delaney como posibles sospechosos.

Amy Delaney: asustadiza como cualquier delincuente de pacotilla.

Logan Delaney: calmado como cualquier delincuente experimentado.

Troy Delaney: tranquilo como cualquier vendedor escurridizo (solo que Christina no sabía qué vendía y le parecía que quizá él tampoco lo supiera).

Brooke Delaney: circunspecta como una espía.

¿Cualquiera de ellos o más de uno podrían ser responsables de la desaparición de su madre? ¿O era más probable que uno de ellos hubiese ayudado al padre y fuera su cómplice?

—Si mi padre tuviera una aventura con una chica joven y luego mi madre desapareciera, le empujaría a las ruedas de un autobús —musitó Ethan mientras entraban en un pórtico arqueado con columnas digno de un príncipe o de un pobre niño pirómano incomprendido, y llamó al timbre.

—Yo también —respondió Christina. Se mordió la uña estropeada que se suponía que iba a dejar tranquila hasta el día de su boda.

Entonces, ¿por qué los Delaney estaban siendo tan reservados?

—¿Es que su madre los decepcionó de algún modo? —preguntó ella.

—Puede pasar —respondió Ethan, y ella se estaba preguntando si le hablaba en general o sobre alguien específico cuando la madre del niño pirómano abrió la puerta, con la culpa de su hijo reflejándose en

su rostro tan exquisitamente restaurado.

33

El octubre pasado

Troy no conseguía concentrarse ni mostrar interés. El mercado estaba tranquilo, pero no tanto. Tenía la mente en otra parte. Había hecho solo una operación en las últimas dos horas. Eso era señal de que debía dejarlo por hoy, según sus propias reglas, y la regla número uno era que debía seguir sus propias reglas.

Apartó la mirada de las pantallas hacia los ventanales donde una solitaria gaviota daba vueltas por un cielo azul claro y despejado. El ondeante puerto aparecía ante él como una pista de aterrizaje. Una vez, había aterrizado un 747 en el aeropuerto de Salzburgo. Fue en un simulador de vuelo. Un regalo de su exmujer por su treinta cumpleaños. El instructor le dijo que tenía magníficas dotes. Troy confiaba ahora en poder aterrizar un avión si el piloto tenía problemas y la (preciosa y asustada) azafata salía corriendo de la cabina de mando suplicando si podía acercarse algún pasajero con experiencia en vuelo.

Podría haber sido piloto de una compañía aérea. Podría haber ganado en Wimbledon. Podría haber sido un papá de los que llevan a los niños a los entrenamientos de fútbol, casado y asentado en los barrios residenciales de las afueras, que podría haber convertido a su madre en abuela, como ella se merecía, en lugar de donar su hijo a otro hombre, convertir al otro hombre en el papá futbolero, de pie en la línea de banda, animando al hijo de Troy, al que se le daría de puta madre el fútbol, porque a los Delaney se les daban bien todos los deportes, no solo el tenis.

Troy dejaría que su hijo practicara cualquier deporte que quisiera. Pero no a este hijo en particular, porque este no sería su hijo.

Era absurdo ponerse sentimental. Si de verdad quería tener un hijo podía tenerlo. Sin problema. Era Claire la que no podía. Troy disponía de una alta concentración de espermatozoides y una motilidad magnífica. «Esto es de lo más típico», había dicho Claire cuando leyó el análisis de sus espermas, en la época en que todavía le quería. Troy se sintió aliviado. No había dormido la noche anterior a recibir los resultados, aterrado por que la prueba revelara algún defecto oculto.

Su padre dejaba embarazada a su madre solo con mirarla. Claro que sí.

Pasarle los embriones era una muestra de generosidad, bondad y altruismo, solo que él no podía fingir ser altruista porque, si hubiese sido Claire la que le engañara, él habría buscado venganza. Habría dicho: «Que se descongelen esos cabrones, que se los regalen a la ciencia, que los tiren a la basura».

Estaba pagando un precio demasiado alto por un episodio sexual no especialmente satisfactorio con una chica cuyo nombre no conseguía recordar, aunque sí recordaba su trabajo y su perfume: ejecutiva de ventas de una farmacéutica y White Linen. Nunca le había gustado ese aroma, pero ahora lo detestaba. Recordaba haber ido después a casa en un taxi, mirando por la ventanilla las calles de la ciudad empapadas por la lluvia, abriendo la ventanilla del taxi en un intento inútil por hacer que el hedor de aquel perfume y su remordimiento desaparecieran.

Nada de remordimientos. Esa era otra de sus reglas en el trabajo. No desperdiciar el tiempo pensando en lo que podría haber sido.

No le había dado todavía su respuesta a Claire. Había estado albergando la esperanza de que hubiese un indulto en el último momento: una razón para decirle que no. Ahora mismo era la hora de cenar en Texas. Se la imaginaba sentada en la mesa con su marido. «¿Alguna novedad, cariño?».

Debían de estar odiando que su futuro soñado dependiera de él.

El cardiólogo de Texas jamás le rompería el corazón a Claire. Al fin y al cabo, ese tío era un especialista del corazón. Probablemente, trataría el corazón de Claire con toda la experta ternura y cariño que ella merecía. Troy esperaba que sí tratara con ternura el corazón de ella, aunque deseaba que no lo hiciera.

Ojalá no le hubiese hecho daño. No entendía por qué lo había hecho, solo que durante toda su vida había estado a merced de un poderoso deseo: el deseo de hacer que todo estallara por los aires.

¿Y si coloco la punta del dedo sobre ese adorno delicado que mi madre ha dicho que no toque, y no solo lo toco, sino que lo empujo? ¿Y si, en mitad de una aburrida clase de geografía, me levanto y me voy sin decir una palabra? ¿Y si salto de ese puente que tiene el cartel de no saltar? ¿Me tomo esa pastilla? ¿Intento eso que parece imposible? ¿Y si ligo con una chica en un bar de la ciudad mientras mi mujer se está sometiendo a la fecundación *in vitro* para tener un hijo que supuestamente deseamos los dos? Era como si una fuerza invisible se apoderara de él: «Hazlo, hazlo, hazlo».

La chica no significó nada. No era más que una chica que estaba

sentada a su lado en un bar, con dientes gigantes y una risa estridente. Claire era más lista, más divertida y más guapa, sus dientes tenían el tamaño perfecto y su risa era preciosa.

Sus actos carecían de explicación. Eran una serie variopinta de cagadas.

—Buscabas una excusa para cortar —había dicho Claire, con la cara pálida. Y era verdad, buscaba una excusa para acabar con la relación, aunque no era consciente de desear acabar. Pero entonces ¿por qué lo había hecho? Es más: ¿por qué se lo había confesado nada más llegar a casa, antes siquiera de quitarse la camisa? ¿Mientras Claire levantaba la vista de su libro, tumbada en la cama y sonriendo, y las células de sus posibles hijos se multiplicaban y dividían en una clínica de Sídney? Se llamaba autosabotaje, según Amy, que era la única de la familia que casi se mostró comprensiva, porque ella misma también tenía la misma tendencia, aunque incluso ella tardó mucho tiempo en perdonarle por haberle roto el corazón a su querida cuñada.

«¡Basta!». Troy dio un golpe en la mesa con los dos puños con tanta fuerza que sus tres enormes monitores temblaron. Él no hacía aquello. Lo hecho, hecho estaba. Se acercó a las ventanas de su despacho de casa y apoyó la frente contra el cristal. Todo el mundo que iba a su apartamento comentaba las increíbles vistas, excepto su hermano. Logan había entrado en esa habitación, había soltado una carcajada, había agarrado a Troy por la nuca y había dicho: «Joder, chaval». Quizá fuera esa su forma de decir que era increíble, pero ¿por qué no se limitaba a decir que era increíble? ¿Por qué le resultaba gracioso? Reconócele lo de las vistas, por el amor de Dios. Incluso su padre había dicho: «Unas vistas cojonudas». Aunque Stan había añadido: «Espero que te lo puedas permitir». A veces, le daban ganas de enseñarle a su padre el estado de sus cuentas, como un niño de preescolar que le enseñara un dibujo hecho con los dedos: «Mira lo que he hecho, papi. Me he hecho rico sin el tenis, papi». Solo que no era tan rico como el cabrón de Harry Haddad. Troy tenía siempre presente el patrimonio de ese gilipollas.

Volvió a su mesa, abrió su correo electrónico, buscó el nombre de Claire y escribió el mensaje, rápido. «Querida Claire, lo he estado pensando, está bien, adelante, vamos a hacerlo, firmaré todos los documentos que necesites. Te quiero, Troy».

Pulsó «Enviar». Se miró las manos, todavía apoyadas en el teclado. ¿Qué había hecho? Esas palabras estaban ahora en la pantalla de un ordenador de Texas. Había en ello algo futurista y fuera de lugar. Un mensaje de esa importancia debería tardar meses en cruzar el océano. Pero todo lo relacionado con este dilema moral había sido antes

absurda y tremendamente futurista. Unos microscópicos bebés congelados a la espera de cobrar vida.

Ella podía estar leyéndolo ahora mismo. Trató de imaginarse la cara de su exmujer. ¿Qué pensaría de ese «Te quiero»?

Nunca habría aceptado si no la quisiera todavía.

La idea le golpeó como un puñetazo en la nariz. No se trataba solo de redención, sino de amor. ¿El correo que acababa de enviar era el primer acto de amor incondicional de toda su vida? ¿El más generoso? ¿Para compensar el más egoísta?

Sonó el portero automático de su apartamento. Fue en medio del aturdimiento hasta el monitor de seguridad.

—¿Sí? —dijo con brusquedad.

Apareció un rostro en la pantalla. Al instante, dio un paso atrás, perplejo.

Era Savannah. ¿Qué quería? Debía haberles pasado algo a sus padres. ¿Había vuelto su madre al hospital? ¿Su padre se había vuelto a lesionar la rodilla?

—Eh, hola, Troy. Soy... Savannah. —Se acercó aún más a la cámara —. La... amiga de tu madre. —Su voz chisporroteaba en el altavoz.

«La amiga de tu madre». Qué forma tan extraña de expresarlo. Esperó.

Pulsó el botón y habló:

—¿Mis padres están bien?

—Están bien. ¿Puedo entrar?

Él echó un vistazo al apartamento. Tenía una abrumadora e irracional sensación de resistencia ante la idea de que Savannah estuviese ahí, con sus ojos de conejo mirándolo todo, analizando y juzgando. No tenía ni idea de si ese análisis sería positivo o negativo. Lo único que sabía era que ella mostraría demasiado interés en todo lo que viera.

Pero no podía negarse, no cuando ella había estado cuidando de sus padres, haciéndoles la comida, e incluso la colada, según parecía. Había preparado aquella magnífica comida del día del Padre: la mejor que había comido nunca Troy en la casa de sus padres. Había sido ella la que había agarrado a la madre de Troy, evitando que cayera al suelo cuando se había desmayado. Había dicho: «Llamad a una ambulancia», mientras toda la familia de Troy estaba inmóvil, con la mente aún tratando de entender qué pasaba. En lugar de que Savannah se sintiera en deuda con ellos, la familia se sentía cada vez más en deuda con ella y eso hacía que todos se sintieran desconcertados. Amy, Logan y Brooke le habían dejado hacía poco mensajes a Troy diciéndole que les llamara urgentemente por «el tema

de Savannah» y él no les había llamado todavía.

Pero, ahora, Savannah estaba ahí. En su casa. ¿Por qué no en la de su hermano o sus hermanas? Deseó decirle: «Te has equivocado de casa. Yo estoy ocupado. Tengo otras cosas en las que pensar».

—Sube. Es el último piso. —Apretó el botón.

Miró a su alrededor mientras trataba de ver su casa con los ojos de ella. Se suponía que el apartamento de Troy tenía que ser minimalista pero glamuroso, lujoso pero comedido, pero posiblemente resultara... ¿pretencioso?

Durante un momento de terror, el temblor sísmico de la duda agitó todas sus convicciones. El corazón se le aceleró. Dios mío. Tranquilízate. Se estaba convirtiendo en su hermana. Lo siguiente sería ir a terapia.

Abrió la puerta de su apartamento, armado con su sonrisa más arrolladora.

—Hola —dijo Savannah al salir del ascensor—. ¡Vaya! ¿Toda la planta es tuya?

—No toda. —Su sonrisa arrolladora flaqueó. Había dos apartamentos en la última planta del edificio, aunque el suyo daba al norte, por lo que era el mejor. ¿Le estaba haciendo sentir mal por su apartamento de multimillonario que daba al norte y con vistas al puerto y una piscina infinita en la azotea?—. Entra —añadió—. Qué sorpresa tan agradable.

—¿Lo es? —preguntó ella. Parecía distinta. Tenía un aspecto entre elegante y bohemio: de profesora de yoga con dinero.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo Troy. Sintió una inesperada oleada de atracción. Llevaba un largo colgante con una piedra de color verdoso. En cierto modo, quedaba bien con ese vulgar collar con la llave que siempre llevaba. Tenía el pelo recogido a media altura y ya no le recordaba tanto al peinado de su madre: no tan voluminoso.

—Tu madre me ha comprado todo esto. —Savannah se señaló todo el atuendo—. Tu madre ha sido muy buena conmigo.

—Tú has sido buena con ella —respondió Troy, receloso, porque ella parecía estar dando a entender algo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Té o café?

—No, creo que voy a ir directa al grano —contestó Savannah.

—Muy bien —dijo Troy. Era como si se tratara de una reunión de trabajo previamente acordada. Le señaló el sofá de cuero blanco hecho a medida. Amy se las había arreglado para mancharlo de chocolate la última vez que había estado ahí—. Siéntate.

Se sentó en el borde mismo del sofá, con los pies juntos y la espalda recta. Se colocó bien el colgante entre los pechos.

—Unas vistas magníficas. —Movió el brazo con un rápido y elegante arco, como si se quitase de encima un obligado cumplido formal. Ni siquiera lanzó una mirada a las vistas.

—¿Qué puedo hacer por ti, Savannah? —Él se sentó en el sillón Eames que estaba frente a ella y sonrió. Ella no respondió con otra sonrisa, lo cual resultaba desconcertante. Normalmente, la gente respondía con una sonrisa cuando Troy sonreía.

Si tuviese que adivinar, habría dicho que había ido para pedirle que invirtiera en algún pequeño y cutre negocio con pocas esperanzas de resultar rentable, como un centro de manicura o una cafetería vegana. Aunque era una buena cocinera, así que quizá sí podía ser rentable con una cafetería vegana.

—Mientras tu madre estaba en el hospital y tu padre y yo estábamos solos, él...

Se detuvo, bajó los ojos, toqueteó el colgante verde, dándole vueltas a un lado y a otro, como si estuviese pensando comprarlo.

—¿Él qué?

Ella soltó el colgante y le miró de nuevo a los ojos.

Troy sintió que el corazón se le paraba.

—No.

Ella seguía mirándole, con paciencia, con insistencia, con ternura, como un médico que tratara de hacerte entender que el cáncer es incurable.

—Lo siento, pero sí.

—Él no pudo de verdad...

—Me hizo una petición específica que yo rechacé.

—Debiste de malinterpretarlo —dijo Troy.

—No había ninguna duda —insistió Savannah—. Si quieres, puedo repetírtelo palabra por palabra.

Troy sintió revulsión y levantó la mano a la vez que trataba de contener las náuseas.

—Yo me enfadé mucho —dijo Savannah—. Porque tus padres parecen tan... felizmente casados y yo quiero de verdad a tu madre. Creo que es estupenda. En serio. Creía que tu padre también lo era. —Suspiró e hizo una mueca—. He estado dándole mil vueltas, tratando de decidir qué hacer. —Miró al techo—. Por una parte, creo que ella se merece saber la verdad...

—No —dijo Troy—. Yo no lo creo.

Era insufrible. No soportaba imaginarse el dolor de su madre, su sorpresa, su pena. Se sentiría muy avergonzada.

¿Cómo se atrevía su padre a hacer eso? Su padre, que había pasado toda la vida de Troy sentado en su silla de juez, juzgando cada acto de

Troy.

«No entiendo cómo se puede perder el control de esa forma —había dicho Stan después de que Troy saltara la red y atacara a Harry por sus clamorosas trampas, impulsado por una rabia incandescente. Fue como si Troy se lo hubiese hecho encima en público—. Es que no lo entiendo». Troy había visto esa misma indignación cada vez que había infringido alguna norma en su vida, solo que ya no había incredulidad, solo resignación, como si ya fuera algo que cabía esperar, como si de nuevo Troy hubiese demostrado ser exactamente tan repugnante como su padre sabía que era.

—Eres tonto —había dicho su padre cuando Troy engañó a Claire —. Ella era demasiado buena para ti.

—Lo sé —había contestado Troy. «Por eso lo he hecho, papá. Antes siquiera de ser consciente».

Sentía la traición de su padre como si fuese propia, como si él hubiese sido el que había intentado algo con Savannah. ¿No había sentido Troy apenas un momento antes un leve atisbo de deseo por esa chica? Podría haber actuado movido por el mismo deseo por el que habría actuado su padre, mientras su joven huésped, lo bastante joven como para ser su hija o incluso su nieta, pasaba por su lado en la casa familiar de Troy. ¿Creía su padre que Savannah iba a sentirse obligada? ¿Que él tenía algún poder sobre ella porque no tenía otro sitio al que ir? ¿Porque ya la había maltratado otro hombre? ¿Se había olvidado de que era Stan Delaney, el profesor de tenis jubilado que llevaba pantuflas de viejo, y no Harvey Weinstein en albornoz? Dios mío. «Mamá es demasiado buena para ti, papá».

O quizá había pensado: «¿Qué tiene de malo intentarlo? ¿Merece la pena?». ¿Quizá porque últimamente no disfrutaba mucho de eso? Joder, ahora estaba pensando en sus padres teniendo sexo, y en su padre teniendo sexo con Savannah, y resultaba bastante posible que la propia vida sexual de Troy terminara irremediablemente afectada por culpa de ese momento.

¿O simplemente formaba parte de un patrón de comportamiento continuado? ¿Su padre ya había sido infiel antes? En el fondo, Troy siempre había contemplado la posibilidad de que la razón de las desapariciones de su padre tantos años atrás fuese otra mujer o incluso otra familia.

—Pero siempre era muy aleatorio —había replicado Amy, aquella única vez que lo hablaron, cuando los dos estuvieron en el mismo nivel de ebriedad como para sacar a colación el antiguo hábito de su padre—. Muy arbitrario.

—Exacto —había contestado Troy—. Nos parecía arbitrario porque

él necesitaba una excusa para ir a ver a su novia. Tratábamos de andar con pies de plomo para no molestarle cuando él ya había decidido previamente que alguna estupidez sin importancia estaba a punto de hacerle enfadar.

—Eso sería demasiado cruel —había dicho Amy.

—Es que era cruel —había respondido Troy, y le sorprendió y avergonzó ver cómo se le quebraba la voz—. Lo que hacía era cruel.

Pero todo eso había ocurrido mucho tiempo atrás, cuando todo era distinto: sus ropas, sus peinados, sus cuerpos, sus personalidades. Si veía alguna antigua grabación de sí mismo le costaba creer que antes hablara con una voz tan aguda y arrastrando las palabras de una forma tan burda. Sus padres ya no eran esas personas. Ahora eran más pequeños, más débiles, menos impactantes, ya no estaban a cargo de nada, ni siquiera de la escuela de tenis. En una ocasión, él llegaba tarde a una cita con ellos para cenar y, cuando llegó, sus ojos pasaron por delante de una pareja de ancianos del rincón y él siguió buscando a sus padres, a su enorme e intimidante padre, a su enérgica y diminuta madre y, entonces, vio a la pareja de ancianos que le hacían señas y que se convertían en sus padres, como esa ilusión óptica en la que ves a la vieja bruja o a la chica guapa y, una vez que conoces el truco, puedes ver a las dos: se convertía en una decisión.

Podía elegir ver a un viejo verde y nauseabundo tirándole los trastos a una joven o a un lamentable anciano que trata de recuperar su juventud perdida. Podía elegir entre ver al padre que había decidido creer a Harry Haddad antes que a él o ver al padre que aparecía por arte de magia, enorme y peludo en sus bóxers, para acabar con el monstruo en el momento en que Troy gritaba «¡Papá!» desde su cama.

Pero luego dejó de tener pesadillas y fue su madre la que siempre acudía en su ayuda después de que su padre perdiera la fe en él por culpa del cabrón de Harry Haddad. Fue su madre la que engatusó a directores de colegio y a agentes de policía. Fue ella la que le ayudó a retomar el camino que le había llevado directamente a esta envidiable vida que disfrutaba ahora.

Tenía que asegurarse de que su madre jamás se enterara de lo que había hecho su padre. Tenía que salvarla, igual que su madre siempre le había salvado a él, y de esta forma otorgaría a su padre el perdón que él nunca le había otorgado a Troy.

—No debes contárselo a mi madre —insistió Troy.

—Como te he dicho, todavía estoy tratando de decidirme —repuso Savannah colocando las manos sobre sus rodillas.

Y ahora lo entendía. ¿Por qué había acudido a él y no a ninguno de

sus hermanos? ¿Y por qué se comportaba como si se tratara de alguna transacción comercial?

Había venido para hacer un trato.

34

Quién puede explicar la diferencia entre la escucha activa y la pasiva? —preguntó Logan en su clase del miércoles por la tarde.

Escucha «pasiva»: de nuevo esa palabra. ¿Era así como escuchaba a Indira? ¿Pasivamente?

Una variada mezcla de alumnos estaba sentada en el semicírculo de mesas que le rodeaba. Adolescentes recién salidos del colegio, mujeres que trataban de acceder de nuevo a un mundo laboral irreconocible tras varios años dedicadas a criar a sus hijos, hombres mayores que habían pasado toda la vida trabajando en industrias que ya no existían.

—La escucha activa es la forma como yo escucho a mi marido —dijo Rani, la alumna ejemplar—. La escucha pasiva es la forma como él me escucha.

Rani era solo unos años más joven que la madre de Logan y estaba formándose para volver a trabajar después de que ella y su marido perdieran todo su dinero por culpa de un encantador asesor financiero que les había estafado y que ahora estaba en la cárcel.

—Creíamos que ese hombre era lo más —había dicho Rani en su presentación al comienzo del semestre—. Hipotecamos nuestra casa para invertir en él. Fue como si nos lanzara un hechizo.

El comportamiento animado de Rani hacía que Logan se acordara de su madre y ahora se preguntaba si algún día Joy describiría a Savannah como alguien que les había parecido «lo más». Su madre había quedado hechizada por ella o, al menos, por su forma de cocinar, pero Joy era astuta en lo concerniente al dinero. Bajo ningún concepto hipotecaría la casa por Savannah. ¿O sí? ¿A cambio de un pollo asado?

Mientras la clase de Logan hacía una lluvia de ideas para generar técnicas de escucha activa (afirmaciones verbales como «Sí, entiendo» y otras no verbales como asentir con la cabeza), él pensó en lo que Amy había dicho sobre que su madre se había puesto furiosa al enterarse de las dudas de Logan respecto a la historia de Savannah. Logan estaba algo furioso con Amy. Contárselo a su madre no era parte del plan.

—Ibas a proponer a Savannah salir a tomar una copa —le recordó

Logan.

—Lo sé, pero es que me pone los pelos de punta —contestó Amy—. ¡Ni siquiera quería dejarme entrar! Era como si ella fuera su cuidadora. —Logan había olvidado que nunca se podía confiar en que Amy se ciñera a un plan—. Siendo justos, prepara una minestrone magnífica —había dicho Amy—. Simon y yo nos tomamos dos cuencos cada uno.

Al parecer, Simon era el compañero de casa de Amy y, por alguna razón inexplicable, había ido también a la casa de sus padres. Simon iba a ayudar a Amy a hacer una «investigación en profundidad» sobre Savannah.

—Un examen completo de su pasado —le dijo Amy a Logan—. Como haría el FBI.

—Muy bien —contestó Logan.

—Porque es contable.

—¿Y eso de qué sirve? —preguntó Logan.

—Es muy meticuloso —respondió ella y, después, se rio entre dientes de forma sugerente y Logan colgó y llamó a Brooke, que le dijo que no malgastara más tiempo con Amy y que ella misma había empezado a preparar un «dosier» sobre Savannah semanas antes y que pronto le contaría cualquier información importante. Pronunció la palabra «dosier» con enorme satisfacción.

Troy no había devuelto ninguna de las llamadas de nadie y, por lo que sabían todos, podría estar fuera del país, así que no era de ayuda. Mientras tanto, su madre había llevado a Savannah de compras la semana anterior y le había comprado todo un armario nuevo, lo cual molestaba a Amy y Brooke, no porque quisieran ir de compras con su madre, pues no se les ocurría peor plan, sino porque, entre los incesantes cocinados de Savannah y sus diminutos pies, esa chica tenía la clara intención de transformarse en «la hija soñada» de su madre.

—Vamos a practicar un poco de escucha activa y pasiva —propuso Logan a su clase. No pidió voluntarios. Eligió a Brian, un trabajador irlandés del sector de la automoción que había perdido su trabajo de treinta años cuando Holden cerró sus puertas, y a Jun, una alegre y jovial peluquera que quería el trabajo de su jefa porque su jefa era «una verdadera z-o-r-r-a».

—Cuéntale a Jun una historia —dijo Logan—. De lo que sea. Y, Jun, quiero que seas una oyente pasiva.

Brian se lanzó a contar una historia sobre una multa de aparcamiento extremadamente injusta que a Jun le parecía imposible escuchar pasivamente, porque a ella la habían multado exactamente en el mismo cruce cerca de la facultad (también a Logan). El acento

irlandés de Brian se iba intensificando cada vez más a medida que se iba excitando y enfadando y Logan se acordó del mismo acento irlandés del novio de Savannah, sentado en la cama, buscando sus gafas, con expresión de horror.

Se detuvo en seco y se golpeó la palma de la mano con el rotulador de la pizarra.

La fuente de la verdad. O, al menos, de otra versión de la verdad.

Iría a hablar con ese cabroncete irlandés.

Esa misma tarde, Logan estaba en el edificio de apartamentos donde Savannah había vivido con su novio. Recordaba el número del apartamento porque su cumpleaños era el día 24, por lo que siempre le había tenido cariño a ese número.

—¿Sí? —preguntó una voz con acento irlandés.

—Hola.

Logan entró en pánico. ¡No lo había pensado detenidamente! Pero ese hombre dijo al instante y con tono impaciente:

—Sube. Segunda planta.

Se oyó el zumbido de apertura de la puerta y, en medio de su alivio, Logan empujó la puerta de cristal con tanta fuerza que dio un golpe contra la pared.

Cuando llegó al apartamento vio que habían dejado la puerta sujeta con una zapatilla vieja y destrozada.

Logan abrió la puerta, vacilante.

—¿Hola?

Nada. Podía oír música que salía de algún lugar del interior. Norah Jones. Era como si ese tipo estuviese haciendo todo lo posible por parecer inofensivo.

Savannah había mencionado su nombre, pero Logan no conseguía recordarlo. Algo insulso y de una sola sílaba.

Miró el cuadro abstracto que estaba apoyado contra la pared. Era espantoso. A Indira le habría encantado. Recordó que, cuando Troy y él habían estado ahí, Savannah había dicho que el novio era pintor. Miró la firma. ¿Podía poner David? ¿Era ese el nombre de ese tipo? ¿Dave? Dave.

—¿Dave? —gritó.

Una voz respondió por encima de la música:

—¡Sí! ¡Gracias! Déjalo por ahí.

Entró en el comedor. Era como entrar en una zona de obras. Una lona enorme y con manchas de pintura protegía la moqueta. Las cajas de mudanza sin desembalar estaban apiladas en un rincón y la mesita

estaba volcada y apoyada contra la pared. Dave (suponía que se llamaba Dave) estaba delante de un caballete gigante. Estaba apretando un tubo de pintura sobre un trozo de cartón que usaba como paleta. Llevaba puesto un mono azul de mecánico. Tenía una gota de pintura en las gafas, otra en la oreja. El lienzo en el que estaba trabajando mostraba remolinos de un inquietante color amarillo parecido al de la cocina de Logan. La atmósfera del apartamento era alegre y de trabajo. Se trataba de un hombre que estaba ensimismado con algo que le encantaba hacer y Logan descubrió que sentía envidia. Antes, él se ensimismaba con el tenis, luego, solo con el sexo y la televisión. Ahora únicamente le quedaba la televisión.

Indira quería pintar. Así, quizá. Logan no estaba seguro. Se lo había contado como un año antes, como si le estuviese confesando algo muy personal e íntimo. «Hazlo», le había dicho Logan. Ella le contestó que necesitaba un sitio donde pintar y que quizá podían pensar en mudarse a una casa más grande donde ella pudiera tener un estudio. «Hazlo aquí mismo», le había contestado Logan a la vez que empujaba la mesa de centro contra la pared. No era escucha pasiva. Era escucha activa. ¡Era escucha muy activa! Era una mesa que pesaba mucho. La mujer quiere pintar, el hombre le hace espacio para que pinte. Pero ella había contestado con tono triste: «No, así no va a funcionar». Y, luego, dejó de hablar de ello.

Si de verdad hubiera querido pintar, lo habría hecho. No había más que mirar a ese tío. Ese apartamento era la mitad de pequeño.

—Sí, hola, gracias. ¿Es que... necesitas algo? —preguntó Dave. Volvió a poner el tapón en el tubo de pintura.

—Soy Logan. —Su mente seguía en Indira.

Logan se había mostrado completamente comprensivo con su deseo de pintar. Solo que no quería vender la casa. «Por si no salía bien». No, claro que no. Esa no era la razón. Él estaba comprometido con su relación. Pero a veces uno pierde cuando se supone que va a ganar. La casa estaba a su nombre. Si no salía bien, no había por qué cambiar nada. La chica se iba y Logan se quedaba. Y, ya ves, eso fue lo que pasó: la chica se había ido. Otra vez. Su estrategia era sensata.

—Sí, gracias, Logan —respondió Dave con cierta impaciencia—. Entonces ¿la pizza está...? —Miró por detrás de Logan.

—Ah —dijo Logan con tono de disculpa—. No traigo ninguna pizza. Soy..., emm..., esperaba que pudieras hablar conmigo sobre tu novia. Tu exnovia, Savannah. Solo un momento. —Recordó su estrategia: pedir ayuda, ponerse a su merced—. Necesito tu ayuda.

Dave dio un paso atrás.

—Joder. —Dejó el tubo de pintura—. No serás uno de esos tíos

enfadados que vinieron aquel día con ella. —Logan tuvo el mal presentimiento de que el pobre hombre estaba examinando urgentemente la habitación en busca de un arma con la que defenderse. Era aún más joven y pequeño de lo que Logan recordaba.

Logan levantó las manos en el aire.

—Vengo en son de paz. —¿Qué narices estaba diciendo? Trató de agachar y suavizar los hombros para parecer más pequeño y menos intimidante—. Solo quiero hablar. Savannah está viviendo con mis padres.

—¿Con tus padres? —Dave había cogido un pincel y lo tenía apretado en el puño como si fuera a clavárselo a Logan por el extremo puntiagudo—. ¿Está viviendo con tus padres? ¿No contigo? ¿Y está bien?

—Está bien —respondió Logan. Pensó en Savannah moviéndose por la cocina de su madre con el corte de pelo de su madre—. Está perfectamente.

—¿Y de qué conoce a tu familia? —preguntó Dave.

—No la conoce.

—No lo entiendo.

—Apareció en su puerta una noche, sangrando. Dijo que tú le habías pegado.

—¿Pegado? —Dave se quedó boquiabierto. Tenía una expresión estúpida por la sorpresa—. ¿De verdad dijo eso? ¿Que yo le pegué?

—Por eso vinimos aquí mi hermano y yo, para ayudarla a recoger sus cosas. Pero luego, el otro día, vi una cosa en la televisión. Era una chica que estaba contando la misma historia que Savannah me había contado a mí. Sobre ti. Casi palabra por palabra. Me hizo pensar que quizá se lo había inventado y, en fin, no pasa nada si se lo ha inventado.

Sí que pasaba algo si se lo había inventado, pero quería dejar claro que era un hombre de buen trato y comprensivo. Lo único que quería era información.

—Está viviendo con mis padres y mi madre la adora, y supongo que solo queremos saber. Solo... —De repente, se vio superado por lo extraño de toda esa situación. Había entrado en el apartamento de un desconocido, igual que Savannah había entrado en la vida de sus padres. Se suponía que la gente no debía comportarse así—. Solo queremos saber si debemos preocuparnos. Es que no... No terminamos de entenderla.

El chico dejó caer los hombros.

—De acuerdo —dijo—. Está bien. —Se quitó las gafas y limpió la pintura de la lente con un viejo trapo que sacó del bolsillo—. Bueno,

en primer lugar, yo no le pegué. Nunca he pegado a nadie. —Levantó los ojos hacia Logan—. Ni hombre ni mujer.

—Vale —respondió Logan—. Te creo.

—¿Es por eso por lo que parecía que los dos queríais matarme aquel día? —Dave volvió a ponerse las gafas y miró detenidamente a Logan—. ¿Porque creíais que yo...?

—No queríamos matarte —respondió Logan, incómodo.

—Tu hermano sí. Fue una pesadilla. Como si hubieseis asaltado mi casa.

—Te estabas disculpando con ella. No dejabas de decirle a Savannah que lo sentías —recordó Logan. Parecía estar buscando alguna circunstancia atenuante—. Te disculpabas por algo que habías hecho, algo bastante feo.

—¡No por pegarle! —exclamó Dave—. Me estaba disculpando por haberme olvidado de su cumpleaños. Se suponía que tenía que reunirme con ella en un restaurante por su cumpleaños y no aparecí. Ella estaba vestida para la ocasión, en aquel restaurante de lujo, esperando y esperando, y mi teléfono se había quedado sin batería.

—Vaya —dijo Logan.

—Lo sé —respondió Dave. Negó con la cabeza con gesto de arrepentimiento—. Todavía no puedo creer que lo hiciera.

—Entonces, esa historia que me contó...

—Probablemente sí que repitió algo que había visto en la televisión. Suele hacer esas cosas. Como los monólogos de las películas. Anécdotas que la gente le ha contado. O que le he contado yo. Es como un loro. Es su especialidad.

—Vale —dijo Logan. Su especialidad: fingir que eres víctima de violencia doméstica.

—Supuestamente tiene eso que se llama síndrome de memoria superior o algo así. Dice que puede recordar cada día de toda su vida. Nunca he sabido si era verdad o si también era algo que había visto en televisión. —Pareció inquietarse—. Podía ser un poco... relajada con la verdad.

—Es una mentirosa —zanjó Logan—. Eso es lo que estás diciendo.

Sonó el portero automático del apartamento y los dos se sobresaltaron.

—Es mi pizza —señaló Dave—. Creí que tú eras mi pizza.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Te importa si le digo que suba? —preguntó Dave con recelo, como si le estuviese reteniendo como rehén.

Logan dio un paso atrás y volvió a levantar las manos, sintiéndose estúpido.

—No voy a quitarte mucho más tiempo.

Dave abrió al repartidor de pizzas y, después, los dos se quedaron mirándose, incómodos, esperando.

—¿Qué tipo de pizza? —preguntó Logan.

—Mi preferida del restaurante de aquí —respondió Dave—. Se llama Estríper Picante. Tiras de pollo con salsa de chile dulce. ¿Tienes hambre? No me la voy a comer entera.

—Me muero de hambre —respondió Logan con sinceridad—. Pero no te preocupes. No voy a...

—¿Estríper Picante de tamaño familiar para Dave? —gritó una voz grave desde la puerta, y Logan y Dave sonrieron sin querer con gusto, lo cual aligeró la atmósfera, y así fue como Logan terminó sentado en el suelo del apartamento del exnovio de Savannah, bebiendo cerveza, comiéndose una pizza estupenda y disfrutando sin haberlo esperado.

—Mi novia quiere pintar este tipo de..., lo que sea..., cuadros. —Logan señaló hacia el caballete—. Mi exnovia. —Miró por la habitación—. Yo le dije que podía pintar en la sala de estar, como haces tú. Ella dijo que necesitaba un estudio.

Quería que Dave dijera: «Menuda mimada».

—Sí, bueno. Yo lo hago aquí porque Savannah se ha ido —respondió Dave—. Si no, necesitaría mi propio espacio. Es el lado bueno de que se haya ido. De repente, tenía mi propio estudio. Tu novia no habría podido pintar contigo encima.

—Yo no habría estado encima —contestó Logan.

—Le habría dado vergüenza pintar delante de ti. —Dave mordió un trozo de pollo de su pizza y habló con la boca llena—: Sobre todo, si está empezando. Es lo malo de la pintura. Es demasiado visible.

—Ah. Nunca lo dijo. Podría haberme ido. Dejarla tranquila.

—Claro —repuso Dave—. Pero probablemente se le había metido en la cabeza que un estudio era la respuesta para poder superar su miedo. Quiere pintar, pero le da miedo hacerlo.

—¿Por qué iba a tener miedo de pintar?

—Por si no es buena —respondió Dave—. Por si no puede sacar lo que tiene dentro de la cabeza y del corazón y plasmarlo en el lienzo. Quizá tenga miedo de tener miedo. De quedarse tan paralizada por el miedo que termine no haciendo nada, solo quedarse ahí con su pincel, sintiéndose una impostora.

Logan soltó su trozo de pizza, desarmado de repente. Había creído que se trataba de un capricho pasajero, y lo cierto era que Indira había ido mostrando una mayor y extraña reticencia cada vez que sacaba el tema, como si en realidad no le importara tanto. Lo había dicho y, luego, en un instante, había dado un paso atrás. Nunca había insistido.

¿Era posible que esa reticencia se debiera al miedo?

Él debería haber entendido que quizá ella tuviese fervientes sentimientos encontrados con respecto al arte, igual que él tenía fervientes sentimientos encontrados con respecto al tenis. La pintura no era un pasatiempo para Indira, como tampoco podía serlo el tenis para él. Cuando entraba en alguna galería de arte sentía lo mismo que Logan cuando veía algún Grand Slam: dolor y placer, como un amor no correspondido.

Qué estúpido había sido. Podrían haberse permitido una casa más grande. ¿Por qué insistió él en que se quedaran donde estaban? Porque nunca quería cambiar nada: trabajo, domicilio, banco, gimnasio. Dios . Habría sido muy sencillo mudarse a una casa de dos dormitorios con una segunda habitación que ella habría podido usar como estudio. Podría haber cerrado la puerta, enfrentarse a su miedo. Probablemente era buena. Probablemente mejor que ese chico. Probablemente era estupenda.

—¿Y te ha roto el corazón? —preguntó Dave.

—No —contestó Logan—. Simplemente pasó lo que tenía que pasar. —Cambió de nuevo la conversación al motivo de su visita—. ¿Cuánto tiempo estuviste con Savannah?

—Estábamos empezando —respondió—. Unos tres meses.

—Os fuisteis a vivir juntos muy rápido —comentó Logan.

—Quizá demasiado rápido —admitió Dave—. En una de nuestras primeras citas le dije que estaba pensando en mudarme a Sídney y ella dijo que estaba planeando hacer lo mismo, pero que era mucho más caro que Adelaida...

—Espera. A nosotros nos ha contado que los dos habéis venido de Gold Coast.

—Adelaida —repitió Dave.

—¿Y por qué habrá dicho lo de Gold Coast?

¿Venir desde Gold Coast sonaba más trágico y dramático que si vinieran de Adelaida? Quizá sí.

Dave se encogió de hombros.

—Hacía esas cosas. Es una costumbre que tiene. Miente sin ningún motivo, en cosas sin importancia, en las que es fácil pillarla, como..., no sé, lo que ha comido. Yo le decía: «Pero, Savannah, sé que eso no es verdad», y ella contestaba: «¿Qué más da? No tiene importancia. ¿A quién le importa lo que he comido?». Y yo pensaba que sí, que no tenía importancia, que no me importaba, pero me dejaba un poco desconcertado.

—Apuesto a que sí —dijo Logan.

Dave se sirvió otra porción de pizza.

—¿Sabes? Investigué un poco. La verdad es que Savannah concuerda con la definición de mentirosa patológica, que es una persona que miente, aunque no saque ningún provecho de la mentira. Eso es exactamente lo que hace. Mentir porque sí.

Logan trató de pensar como su madre y mostrar compasión.

—Supongo que quizá tenga que ver con el hecho de haberse criado en casas de acogida. —Se inclinaba por esa idea—. Puede que se acostumbrara a decir lo que creyera que la gente quería oír y...

—Ya, pero no, tío —le interrumpió Dave—. Ella no se crio en casas de acogida.

Logan se echó hacia atrás.

—¿No? —Su compasión se desvaneció.

—No. Su padre murió cuando ella era una bebé. No creo que haya tenido nunca mucho dinero, pero, desde luego, nunca ha estado en casas de acogida. Ha vivido en la misma casa desde que tenía siete años. Hacía ballet. Dice que su madre todavía conserva a la vista todos sus trofeos, como un santuario de su carrera de bailarina. Sé que eso sí es verdad. He visto fotos de sus actuaciones.

Logan se sentía mareado. Tanta mentira innecesaria. ¿Le había robado la información de su infancia en casas de acogida a algún pobre concursante de un concurso de talentos que describiera su «travesía»? Nada de eso era necesario para despertar la simpatía de la madre de Logan. Podría haberse limitado a contar que era una chica normal y corriente de Adelaida a la que su novio había dejado plantada en su cumpleaños y, aun así, la madre de Logan habría permitido que se quedara a pasar la noche, aunque quizá el padre de Logan no la habría dejado quedarse una segunda noche.

—¿Y esa noche en que te olvidaste de su cumpleaños es cuando te dejó? —Otro pensamiento cruzó por la mente de Logan—. Entonces ¿cómo se hizo la herida? Estaba sangrando cuando llegó a casa de mis padres.

—Estuve trabajando hasta tarde. Soy nuevo en el trabajo y quería causar buena impresión. —Se llevó la botella a la boca y dio un trago largo. Se estaba relajando ahora que casi se había terminado la cerveza, se le iba soltando la lengua—. Los dos conseguimos trabajo enseguida cuando nos mudamos, así que estábamos ocupados. Yo trabajaba a jornada completa como diseñador gráfico y Savannah tenía horarios irregulares en sus dos trabajos. Los dos estábamos agotados.

¿Savannah tenía dos trabajos? ¿Qué había pasado con esos dos trabajos? Lo último que Logan había oído era que Savannah había dicho que «ahora mismo no había mucho por ahí».

—Estaba convencido de que la cena de su cumpleaños era una semana después. Así que llegué a casa, tenía el teléfono sin batería y no encontraba el maldito cargador. Nos acabábamos de mudar. Todavía teníamos las cajas sin desembalar. Me estaba entrando hambre porque ella se encargaba de preparar todas las comidas. —Dave miró con pena su trozo de pizza—. Es una gran cocinera.

—Lo sé —contestó Logan, aunque le parecía mal confesar que había disfrutado de la comida de Savannah mientras estaba ahí, investigándola.

—Y luego llegó por fin a casa. Yo pensé: «¡Bien! ¡Cena!». Pero entonces vi que estaba arreglada y dije: «Ay, joder, no era hoy, ¿verdad?». Por supuesto, se trataba de la primera vez que celebrábamos juntos su cumpleaños, así que era una verdadera cagada.

Estaba claro que todavía se sentía mal por ello.

—Es extraño porque, al principio, no parecía tan enfadada. Estaba molesta, pero no furiosa. Dijo que no importaba, que iríamos en otra ocasión. ¡Preparó pasta! Estábamos viendo la tele y tomando una copa de vino. Todo iba bien y, de repente, de buenas a primeras, fue como si se le fuera la cabeza. Se levantó del sofá y dijo: «No soporto más esto». Caminaba de un lado a otro con su vino en la mano y fue como si estuviese sufriendo algún tipo de episodio, y todavía teníamos las cajas y las mierdas por todos sitios. Entonces, se tropezó con la funda de mi guitarra. Me había pedido que la quitara de en medio y no lo había hecho. —Miró a Logan—. Oficialmente soy la escoria de esta historia.

Logan tomó aire con los dientes apretados en señal de solidaridad, lo cual era un buen ejemplo de afirmación no verbal mientras practicaba escucha activa.

—La copa de vino se rompió cuando ella se cayó, y se cortó. —Se puso una mano sobre el ojo mientras recordaba—. Por un momento, pensé que había perdido el ojo. Con toda aquella sangre. Yo estaba tratando de ayudarla, pero ella no me dejó que le echara un vistazo. Seguía dando vueltas, murmurando cosas. Lo siguiente fue que... se largó. Descalza. Era una noche fría. Sin dinero ni teléfono. Se largó.

—¿Dónde pensaste que podía haber ido?

—No tenía ni idea. Le dije: «¿Adónde vas?». Y ella contestó: «Vuelvo allí».

—¿Volver adónde?

—Eso pregunté yo: «¿Vuelves adónde?». Supuse que se refería a que volvía a Adelaida. Le dije: «¡No puedes tomar un vuelo a estas horas de la noche!».

Logan se quedó mirándole, buscando algún fallo en su historia que sus hermanas podrían encontrar.

—Debiste quedarte preocupado.

—No sabía si debía llamar a la policía. No dormí. Pero entonces, al día siguiente, fui a trabajar. Era un trabajo nuevo, tenía que ir, y ella me había dejado un mensaje raro entre susurros en mi buzón de voz, como si llamara desde una biblioteca. Dijo que estaba quedándose en casa de unos viejos amigos. Yo pensé: «¿Qué amigos?». Creía que no conocía a nadie aquí. Decía que me «deseaba lo mejor». Con eso entendí que habíamos acabado.

Logan hizo una mueca de dolor.

—Te deseaba lo mejor.

—Lo sé —dijo Dave—. Así hablaba ella a veces. Como una señora mayor. O como si estuviese interpretando un papel. Creo que nunca llegué a conocerla siquiera. Y ¿sabes? Desde entonces, he hablado de ello con varias personas y creo que es una de esas relaciones cortas de las que te acuerdas y piensas: ¿qué fue todo eso? Porque era divertida y dulce, pero también rara. Creo que me libré de una buena.

—Puede que sí —convino Logan. ¿Esa buena de la que se había librado iba ahora a por sus padres?

—No creo que sea peligrosa. Solo es una persona rara de verdad. Aquella noche, su comportamiento fue extraño. Y repentino. Recuerdo que pensé si de verdad tenía algo que ver con haberme olvidado de su cumpleaños. Si algo que salió en la televisión la habría molestado. Pero no podía ser. La verdad es que no la estábamos viendo. Solo era una noticia cualquiera sobre algo del tenis.

—¿Tenis? —preguntó Logan bruscamente. Estaba a punto de dar un trago a su cerveza y la botella le golpeó contra los dientes—. ¿Qué noticia sobre tenis?

—Savannah no tenía interés ninguno en los deportes, así que no podía ser eso.

—Pero has dicho que dijeron algo en la televisión sobre tenis. ¿Qué era?

Dave negó tercamente con la cabeza, tratando de dejar claro que Logan no le estaba entendiendo.

—No era nada —contestó—. Solo algo de ese tenista que va a volver a jugar. ¿Cómo se llama? —Frunció el ceño y chasqueó los dedos—. Harry Haddad.

35

Ahora

*E*s que creo que si le contamos a la policía todo lo de Savannah les va a distraer de la búsqueda de mamá —dijo la clienta que estaba en la recepción del Bufete de Abogados Penalistas Marshall y Smith—. Van a pensar que papá tiene un posible... —Bajó la voz—. Un posible móvil.

La recepcionista, que llevaba en Marshall y Smith más de una década, estaba acostumbrada a oír conversaciones como esta de carácter personal y, a veces, obsceno. Era una ventaja de ese empleo.

La clienta, una mujer que llevaba el pelo muy corto, pero que era una persona visiblemente «larga» (parecía tener el doble de longitud que una mujer corriente, como si estuviese a punto de salir a un campo dando grandes zancadas y ganar una medalla de oro por salto de altura), había venido para una primera cita con el socio principal, Chris Marshall. Hablaba por teléfono en voz baja, pero la recepcionista tenía un oído estupendo, lo cual no era culpa suya.

—Si lo averiguan por sí mismos, vale. Es decir, igual que lo averiguamos nosotros. Estoy segura de que son más eficaces como investigadores que nosotros. Pero no veo por qué tenemos que dárselo en bandeja. No es relevante. Lo único que se consigue con eso es hacer que papá quede mal.

Hubo una larga pausa y, después, de repente, dijo:

—Bueno, eso es cosa tuya, Troy. Yo no puedo impedírtelo. Pero que sepas que le estoy buscando un abogado a papá. Por si acaso.

Otra pausa.

—Sí, estoy de su parte.

Otra pausa.

—No, no he dicho que estoy de su parte pase lo que pase. —Su voz estaba inundada de emoción contenida—. Solo estoy tratando de hacer lo correcto. ¡Mira, vete por ahí!

Dejó caer el teléfono en su regazo y miró hacia delante. La recepcionista bajó los ojos a su teclado. Resultaba incómodo presenciar cómo otra persona perdía el control.

—¿Brooke Delaney? —Chris Marshall apareció en la puerta de su

despacho con una amplia sonrisa.

—Soy yo. —La mujer se levantó de un salto, respiró por la nariz y levantó el mentón, como si estuviese a punto de establecer un récord de salto, y entró en el despacho dando largas zancadas.

36

El octubre pasado

*H*acer una búsqueda inversa de imagen —sugirió internet cuando Brooke preguntó cómo se podía hacer una búsqueda de antecedentes de una persona sospechosa que está viviendo en casa de tus padres—. ¡Es fácil!».

«No si no tienes una foto de ella», le respondió Brooke a internet. Entrelazó las manos y las levantó por encima de su cabeza.

Estaba sentada delante del ordenador en el estudio de su casa, solo que parecía como si estuviese sentada en el estudio de Grant, delante del ordenador de Grant y en la casa de Grant. En teoría, habían compartido el estudio, pero Brooke había trabajado siempre con su portátil en la mesa del comedor, como si la carrera de Grant fuese la única que importara. Sí que había parecido la más importante, aunque ella no sabía por qué el trabajo de Grant como geólogo en un departamento de «geociencia» debía ser más importante que el de ella como fisioterapeuta.

¿Por qué estaba pensando eso? Grant no había dado a entender ni una sola vez que su trabajo fuese más importante que el de ella. Además, él tenía una mala postura, por lo que necesitaba el sillón con mejor apoyo lumbar. Fue decisión de ella, nada más. De hecho, había insistido.

Su matrimonio había sido de moderna colaboración igualitaria: no como el matrimonio desequilibrado y anticuado de sus padres. Había sido una sorpresa oír a su madre decir que odiaba cocinar. No le extrañaba que Joy pensara que Grant era tan maravilloso. Grant era un cocinero estupendo. Nunca habían tenido una sola discusión sobre quién hacía qué tarea del hogar. Simplemente, no suponía un problema para ellos. Todo estaba repartido de manera justa.

Brooke no se parecía en nada a su madre. En nada.

Se ajustó la silla para acomodarse. Era una buena silla. Probablemente las lumbares de Grant la echarían de menos.

Subió el volumen de Taylor Swift para inspirarse. Le encantaba Taylor Swift. Grant decía que era imposible que le encantara Taylor Swift porque no tenía trece años, pero sí que le encantaba. Sentía una

especie de alivio por no tener que sentarse a escuchar el último álbum de un grupo de rock alternativo que había descubierto Grant. Debías escuchar todo el disco en el orden correcto porque esa era la intención del artista. A Brooke le encantaba escuchar su canción favorita de forma repetida.

Brooke había buscado a Savannah en Google unas semanas antes, en cuanto supo su nombre completo. Al principio, su madre dijo que no lo sabía. «¡No se lo he preguntado! ¿Por qué se lo iba a preguntar?». Claro que sí. ¿Por qué ibas a preguntarle el nombre completo a una persona que se ha mudado a tu casa? Y luego, su madre le dijo que se llamaba Savannah Polanski, «como ese espantoso director de cine», y no había encontrado nada como Savannah Polanski, salvo un obituario, y luego, días después: «Ay, lo entendí mal. No es Polanski, es Pagonis». Brooke había vuelto a buscar en Google y seguía sin aparecer nada, aparte de una reseña de tres estrellas de un restaurante de sushi de Byron Bay.

Ahora, miraba fijamente a la pantalla del ordenador con expresión de frustración. Estaba acostumbrada a que internet le ofreciera todas las respuestas que necesitaba.

Un momento, Brooke sí que tenía una foto de Savannah.

Su madre le había enviado una foto de ellas cuando salieron de compras: un selfi de las dos en el que aparecían radiantes y felices con sus nuevos vestidos, todavía con las etiquetas colgando, en un probador. La foto estaba enfocada, así que debía de haber sido Savannah la que la hizo, sujetando bien el teléfono. Al parecer, ¡habían pasado seis horas en el centro comercial! Habían pasado tanto tiempo que tendrían que haber pagado un coste adicional por el aparcamiento si Savannah no hubiera llegado a descubrir un truco extraordinario con la validación del recibo. ¡Lo cual les ahorró siete dólares! ¡Tomaron crujiente de manzana! ¡No estuvo nada mal!

Brooke se había sentido irritada por la foto y por la excursión para ir de compras.

Ahora, localizó la foto en su teléfono, recortó la cara de Savannah e hizo su primera búsqueda inversa de imagen.

Internet dijo: «Esa no es Savannah Pagonis, es Savannah Smith».

Dos años antes, «Savannah Smith» había sido fotografiada en el lanzamiento de un libro de recetas de un chef famoso en una librería. No había duda de que era Savannah, aunque su estilo había cambiado muchísimo. Entonces, tenía el pelo más largo y rizado y llevaba un llamativo lápiz de labios rojo y pendientes grandes.

Pero ¿qué significaba eso para Brooke? ¿Que Savannah tenía antes un apellido y un pelo distinto? ¿Un matrimonio anterior? No era tan

extraño que Savannah hubiese ido al lanzamiento de un libro de recetas.

Brooke soltó un suspiro. No debería sentirse decepcionada. No quería descubrir que sus padres vivían con una estafadora en serie, ¿no? O quizá sí. Quizá esperaba tener una excusa para ir hasta allí y gritarle a Savannah: «¡Deja de ser tan buena con mis padres!».

Miró la hora. Siempre se le olvidaba que su amiga Ines aparecería pronto. Se había empezado a extender hacía poco la noticia de su separación (no gracias a ella, pues no se lo había contado a nadie más que a su familia) y la gente había empezado a enviar mensajes de condolencias a Brooke, como si Grant hubiese muerto. El mensaje de Ines era breve: «Acabo de enterarme. Voy esta noche».

Brooke le respondió: «¡Quizá tenga planes!».

Ines le escribió: «No tienes».

En fin. Era verdad. Su único plan había sido investigar a Savannah y escribir un artículo, «Diez consejos para el dolor de espalda», con la esperanza de hacerse un hueco en una página web sobre salud femenina. Estaba tratando de «hacerse un perfil». También necesitaba hacer una nueva publicación «atrayente» en Instagram.

Siguió buscando en Google a «Savannah Smith», rastreando a montones de otras Savannahs Smith de todo el mundo, hasta que se detuvo en una imagen granulosa en blanco y negro de un artículo de periódico fechado quince años atrás. El titular decía: ¡savannah, de once años, se adentra en un brillante futuro en el ballet!

Era un artículo muy corto, de un solo párrafo, de un periódico local de Adelaida sobre cómo Savannah Smith había conseguido el primer puesto en «la competición de ballet más importante de la región» y que era «una gran emoción para la callada, tímida y talentosa niña» porque era «su sueño poder ser bailarina profesional algún día».

La fotografía en la pantalla de Brooke mostraba a una niña con un tutú, de puntillas, con los brazos sobre la cabeza con esa pose clásica de bailarina. Una niña muy delgada, casi esquelética, de mirada intensa y seria, con el pelo recogido en un moño tan tirante que parecía hacerle daño. Le sobresalían sus orejas de elfo. No tenía las orejas propias de una bailarina de ballet.

Años antes habían publicado artículos de periódico igual de exagerados sobre las carreras tenísticas de Brooke y sus tres hermanos. Siempre ocurría. Unos niños llenos de talento se convertían en adultos corrientes: mariposas que pasaban a ser polillas.

Al parecer, su padre había empezado a plastificar cuidadosamente cada uno de sus antiguos recortes de prensa para la posteridad, lo que despertaba en Brooke una gran melancolía. Qué gran pérdida de

tiempo.

Había algo en la foto que removía irritantemente la memoria de Brooke. La niña le recordaba a alguien o algo del pasado. Algo relacionado con una migraña, su visión borrosa, el olor a hierba recién cortada, alguien que gritaba.

Sonó el timbre y se sobresaltó, a la vez que salía de repente de su ensoñación.

Ines llegó con una botella de champán y una bolsa reciclada rebosante de comida colgada del hombro.

—¡Pesa demasiado! —exclamó Brooke mientras se apresuraba a quitársela y llevaba a Ines a la cocina, inundada de repente por el cariño hacia su vieja amiga. No se había olvidado de sus amigas, pero sí que tenía una extraña sensación, como si acabara de acordarse en ese instante de ellas.

—Me encanta tu mono —dijo Ines señalando el mono vaquero azul de Brooke que acababa de sacar del fondo de un cajón por puro antojo —. Muy retro.

—Es cómodo —respondió Brooke—. Grant decía que me hacía parecer la vigilante de un zoo.

Abrieron el champán y Brooke le contó todo lo de Savannah.

—Ha estado preparándoles todas las comidas.

—Menuda escoria. —Ines le pasó su espumeante copa de champán.

Brooke se rio tontamente y, entonces, se detuvo de repente, porque se dio cuenta de que el sonido y la sensación de esa risa voluptuosa le parecía tan familiar como desconocida, como si fuera algo que creía tener guardado para toda la vida junto a sus viejos libros y el uniforme del colegio. Eso había ido ocurriendo cada vez con más frecuencia a medida que pasaban las semanas y la presencia de Grant se volvía más tenue. Brooke estaba descubriendo antiguas costumbres, ropa antigua, música antigua y, ahora, su antigua risa. Claro que se reía antes, porque Grant era gracioso. Muy gracioso. Estaba orgulloso de su ingenio. Para él era importante que le reconocieran como «el gracioso» de su relación.

—Me alegro muchísimo de verte —dijo Ines de repente.

—Lo sé, he estado tan ocupada con la clínica...

—Me refiero a que me alegro de verte sin Grant —la interrumpió Ines.

—¿Qué quieres decir? A ti te gustaba Grant, ¿no? ¡Grant gustaba a todo el mundo! —Brooke miró la botella de champán—. Espera, ¿este champán es para celebrar?

—No me disgustaba —respondió Ines—. Es de esas personas que piensas que te deben gustar... —Hizo una pausa—. Solo que siempre

parecía que tú estuvieses concentrada.

—¿Concentrada?

—Como que tenías que estar muy pendiente de él.

—¿No consiste en eso ser una buena pareja? ¿Estar pendiente de la otra persona?

—Claro. Pero parecía que era solo de una parte. Nunca vi que él se concentrara en ti. Era como si él fuese el director ejecutivo y tú su leal ayudante.

—No —repuso Brooke. Era una mujer fuerte, lista, formada, a la que no suponía ningún problema ocuparse de ruedas pinchadas, arañas, bombillas, mecánicos que querían cobrarle de más o intimidantes agentes inmobiliarios. Se sentía tremendamente ofendida —. No es verdad. No es verdad para nada.

—Estoy segura de que no —contestó Ines con voz tranquila—. ¿Qué sabré yo?

Bebieron su champán en silencio.

—Lo siento —añadió Ines—. Ha sido una estupidez decir eso. Mira, te voy a enseñar lo que he comprado. —Subió la bolsa de la compra a la encimera—. He traído comida de la que levanta el ánimo. Salmón. Plátanos. Creo recordar que siempre estabas comiendo plátanos en el colegio.

—Me encantaban los plátanos —respondió Brooke—. Pero, luego, un médico me dijo que dejara de comerlos por si estaban provocándome las migrañas, así que los dejé.

Cogió el racimo de plátanos de color amarillo brillante de las manos de Ines.

—Plátanos dulces —dijo distraída mientras un recuerdo de la infancia aparecía en su mente, una imagen que poco a poco iba volviéndose más clara como una foto que se está revelando.

Estaba vestida con su uniforme de invierno del colegio, dejaba la mochila en el porche de atrás y corría a rescatar una pelota de tenis de la boca de un labrador negro y tremendamente travieso. Cuando volvió a por la mochila, una niña que no conocía estaba en el porche, cosa que tampoco era de extrañar. Siempre había niños desconocidos en el patio de atrás, robándole la atención de sus padres, solo que esta estaba rebuscando en su mochila y le estaba cogiendo un plátano: un plátano dulce sin manchas que Brooke no había tenido tiempo de comerse en el colegio, pero que todavía tenía intención de comer, y en sus ojos aparecieron unas luces destellantes que todavía no sabía interpretar, pero cada vez que le hablaba a su madre de ellas estaba demasiado ocupada como para escucharla, demasiado ocupada con los demás niños, como esta. ¿Y cómo se atrevía esa niña desconocida y

estúpida a registrar su mochila y robarle su plátano? Brooke se sintió llena de rabia, violada, mareada.

Le había gritado: «¡Eh! ¡Tú! ¡Deja eso! ¡Es mi mochila! ¡Es mi plátano!».

Brooke nunca gritaba. Era más de las que se ponían taciturnas. Casi había resultado emocionante saber que tenía la capacidad de gritar tan fuerte y con una furia justificada. La niña levantó la vista. Tenía el pelo recogido hacia atrás tan tirante que los ojos parecían como los de un gato. Orejas de elfo. Cara de resentimiento. Dejó el plátano. Salió corriendo.

Por eso había reconocido Brooke la cara de esa niña en el artículo. Había conocido a Savannah de niña. No había sido casualidad que apareciera en la casa de sus padres: ya había estado allí antes.

37

Ahora

Así que los plátanos le hicieron recordar —dijo Ines Lang a su madre mientras esperaban en el mostrador de ropa de caballero para comprarle a su padre una corbata nueva por su cumpleaños—. Fue justo después de que ella y Grant... Madre mía, hablando del rey de Roma. —Ines no podía creérselo—. No te gires. —Bajó la mirada al suelo, pero ya era demasiado tarde. Él se dirigía hacia ellas, abriéndose paso entre los percheros de ropa.

—¡Ines! Me ha parecido que eras tú. —El exmarido de Brooke, Grant Willis, era un tipo de aspecto normal, con entradas y orejas grandes, pero actuaba como si fuese un *sex symbol*, y casi conseguía parecer tan atractivo como él mismo consideraba que era. Las mujeres valoraban mucho la confianza en uno mismo. Los hombres no eran tan generosos con sus puntuaciones.

—Hola, Grant —contestó Ines. No de forma grosera, pero sí fría—. Mamá, este es el exmarido de Brooke.

—Para el carro. Todavía no estamos divorciados —repuso Grant.

—Pero lo estaréis —dijo Ines. Y a su madre—: Lo estarán.

—Ahora mismo no estamos centrándonos en eso —argumentó Grant—. Con lo de la desaparición de la madre de Brooke. —Por un momento, pareció inseguro—. Le tengo mucho cariño a Joy. Estábamos muy unidos.

—¿No estás viviendo ahora en Melbourne, Grant? —preguntó Ines. Brooke le había contado que había aceptado una comisión de servicios interestatal a primeros de año. Ines y Brooke estuvieron de acuerdo en que se trataba de una buena noticia. Era preferible que los exmaridos se fueran a otro estado, si no a otro país o planeta. Así que ¿qué hacía merodeando por Sídney?

—He venido por trabajo —respondió Grant. Se acercó un paso más hacia ella—. Brooke no responde a mis llamadas.

—Tiene muchas cosas en las que pensar.

—¡Lo sé! Es que... yo creía que la policía ya se habría puesto en contacto conmigo.

—¿Por qué iban a ponerse en contacto contigo?

—Formé parte de esa familia durante mucho tiempo.

—Sí..., pero ha llovido desde entonces.

—¡No tanto! —exclamó Grant—. Tengo información.

—Venga, por favor. —Ines dejó toda su cortesía a un lado en un arranque de irritación—. Si de verdad tienes información, Grant, podría servir de ayuda a la policía para encontrar a Joy. ¡Llámales tú!

—Probablemente debería hacerlo. Es que siento como si tuviera la responsabilidad de asegurarme de que todos le han contado a la policía que una vez Joy... —Se lamió los labios—. Tuvo una indiscreción.

Ines miró los ojos sorprendidos de su madre.

—¿Una indiscreción?

—Eso es. Fue hace muchos años, pero es evidente que, si Stan lo ha descubierto de alguna forma, bueno, podría considerarse un móvil.

«Considerarse un móvil». Ese hombre era geólogo, no abogado.

—Estoy segura de que la familia le ha pasado a la policía toda la información necesaria —empezó a decir Ines.

—Brooke es la única de esa familia que conoce este incidente en particular y siempre ha sido la preferida de su padre. Supongo que no se lo va a contar a la policía.

—Muy bien —respondió Ines. Sentía repugnancia. ¿Cómo se atrevía?

—O sea, Brooke apoya a su padre, y lo entiendo. Pero yo estoy de parte de Joy y, si Stan le ha hecho algo, voy a ayudar a que lo metan entre rejas.

38

El octubre pasado

Resulta que tu posible estafadora es una estafadora de verdad —dijo Simon Barrington a Amy mientras ella se sentaba en la mesa del comedor a evaluar el grado de sabor a queso de una nueva galleta salada con sabor a queso.

Simon cogió una galleta a la vez que se sentaba frente a ella.

—Sabe a queso —dijo.

—¿Demasiado? —preguntó Amy.

—Yo diría que en la cantidad perfecta.

Amy cayó entonces en lo que él había dicho:

—¿Savannah es una estafadora? ¿De verdad?

Notó que, aunque el corazón se le aceleraba por encima del límite de velocidad, lo hacía de una manera controlada, sin salirse de su carril. Roger, su terapeuta, utilizaba muchas metáforas automovilísticas.

Simon abrió una carpeta de cartón.

—He hecho una búsqueda en ASIC.

—¡Muy listo! —Amy trató de recordar qué quería decir ASIC.

—La Comisión Australiana de Valores e Inversiones. Aparece en la lista de directores inhabilitados. Hace tres años era directora de un negocio que vendía objetos coleccionables de tenis falsos.

—¿Cómo? Objetos coleccionables de tenis falsos —dijo Amy—. Eso parece...

—Una gran coincidencia —se mostró de acuerdo Simon con seriedad.

Se miraron a los ojos. Amy pensó en la valiosa colección de pelotas de tenis de su padre. Siempre se había preguntado si de verdad esos tenistas las habían firmado en persona.

—¿Crees que fue en busca de mis padres de forma deliberada? —preguntó Amy.

—Sí. Creo que deberíamos ir allí. —Levantó en el aire la carpeta y la movió—. Enfrentarnos a Savannah con esto. A ver qué dice.

—Bueno. Te estoy muy agradecida, pero...

Amy titubeó. Sería la segunda vez que él iba a la casa de sus

padres. Estaba comportándose como un novio: un novio joven y dulce que merecía una novia igual de joven y dulce. Amy le iba a romper el corazón, que ya tenía roto.

—Vale —dijo ella, porque solo mirar a sus ojos marrones y limpios hacía que su alma quedase igual de limpia y que el ritmo cardiaco se le calmara, como con medio lorazepam acompañado de media copa de vino.

39

Ahora

*H*ace tres años, esta tal Savannah Pagonis, que en algún momento se hizo llamar Savannah Smith y quizá tuviera unos cuantos alias más, vendía objetos coleccionables de tenis falsos por internet —le contó Ethan a Christina.

—Muy bien —dijo ella. Apoyó la espalda en la silla mientras se golpeteaba los dientes con el bolígrafo—. Objetos coleccionables de tenis. Está claro que no escogió la casa al azar, como dijo que hizo.

—¿Estaba tratando de estafarlos? —especuló Ethan—. ¿Algo relacionado con la escuela de tenis?

—Puede ser —respondió Christina—. Y quizá lo consiguiera. Porque cada vez que oigo el nombre de «Savannah» en la boca de cualquiera de esa familia, me da la sensación de que hubiese provocado algún tipo de impacto emocional.

—¿Cómo si estuviesen enfadados con ella? —preguntó Ethan.

Christina pensó la respuesta.

—No —dijo por fin—. Más bien parece que se sienten tristes y posiblemente... culpables.

40

El octubre pasado

Joy estaba junto al dormitorio de Savannah y empujó tímidamente la puerta a medio abrir.

Cuando Amy era niña y esa era su habitación, Joy no había dudado en olfatear un poco cuando Amy estaba a salvo en el colegio, en busca de pistas que resolvieran el misterio de su hija. Nunca encontró gran cosa: un paquete de tabaco normal, un cigarro «de la risa», una botella de crema de menta que Amy había robado de casa de su abuela. (Ninguna de esas cosas llegaba a la altura de lo que había encontrado bajo la cama de Troy).

Joy se había sentido más angustiada por las confusas y dispersas anotaciones en el diario que resultaban tan difíciles de descifrar, pues Amy tenía la costumbre de garabatear encima de las palabras más importantes: «Estoy muy preocupada por garabato garabato y garabato. Ojalá nunca garabato con garabato».

Pero Savannah era su huésped y Joy no tenía ningún derecho como madre que justificara sus actos. Las únicas justificaciones que tenía eran la estrambótica acusación de Logan sobre el documental que había visto el otro día en televisión y las leves señales de alarma que oía en su propia cabeza.

Savannah no estaba en casa ahora. Poco rato antes había anunciado que iba a «salir».

—¿Adónde vas? —le había preguntado Joy—. ¿Necesitas que te lleve? —Al parecer, Savannah iba a cenar con «un amigo» y no necesitaba que la llevara en coche. Iría andando a la estación y tomaría el tren a la ciudad.

Joy había conseguido contenerse y no preguntar: ¿a qué hora llegarás a casa?

Savannah le había sugerido que ella y Stan se comieran las sobras del pastel de carne de la noche anterior e incluso había preparado una ensalada de guisantes, hinojo y queso feta antes de irse, con los cubiertos de servir buenos apoyados convenientemente sobre el film transparente tirante como un tambor que la cubría, como si Joy y Stan fuesen sus hijos, incapaces de encontrar los cubiertos adecuados en su

propia casa. Resultaba de lo más encantador.

Era extraño que no estuviese en casa. Para tratarse de una persona tan pequeña y silenciosa, la ausencia de Savannah resultaba curiosamente perceptible. Sentía un zumbido en los oídos, como si hubiese salido de ver una película intensa o de una fiesta ruidosa.

A decir verdad, no se creía que Savannah hubiese salido con un amigo. Ni siquiera podía imaginarla teniendo un amigo. ¿Qué tipo de amigo? Ese era el problema. Le tenía mucho cariño a Savannah, pero no la entendía. Lo cierto era que no la conocía. Lo único que tenía era diminutas piezas de rompecabezas de una personalidad que no encajaban entre sí: amor por la cocina y rechazo hacia la comida, ballet clásico y casas de acogida, modales de abuelita y un tatuaje de una vid.

Joy no estaba enfadada ni asustada, pero sí quería obtener información antes de que sus hijos se la presentaran orgullosos, cosa que sospechaba que estaban deseando hacer. Brooke había dado demasiada importancia al hecho de que, al principio, Joy dijera que el apellido de Savannah era Polanski en lugar de Pagonis, algo que podría ocurrirle a cualquiera. Había reaccionado como si Joy fuese una anciana chocha. Joy le había recordado que ella creía que los carpinteros hacían carpetas hasta que cumplió los dieciséis y Brooke había replicado: «Pues era una suposición de lo más lógica, mamá», y Joy le había contestado: «Entonces, Jesús hacía carpetas, ¿no, Brooke?».

Lo increíble era que las dos se habían echado a reír en ese momento. Sentaba bien oír a Brooke reírse. Tenía una risa preciosa. Grant era ingenioso, bastante listo, pero no parecía que hiciera reír a Brooke de esa forma.

Tenía un edredón ligero doblado bajo el brazo, como excusa, por si, de repente, y por una increíble casualidad, Savannah aparecía y la sorprendía espiando. «Las noches son ahora más calurosas», diría. También era por si la sorprendía Stan. No quería que supiera que tenía algún tipo preocupación con respecto a Savannah. Él ya parecía haberse puesto en contra de la chica.

Cuando entró en la habitación, sonó el teléfono de la casa y ahogó un grito, como si se tratara de una explosión. Por el amor de Dios.

—¿Puedes responder tú? —gritó, y el teléfono dejó de sonar y oyó la voz grave y gruñona de Stan. Bien. Así estaría entretenido. Sería para él o algún teleoperador, no para Joy. Todo el mundo la llamaba a su móvil, porque ella sí era progresista.

La habitación de Savannah estaba como los chorros del oro, en claro contraste con las secuelas ciclónicas de la presencia de Amy,

tanto cuando vivía ahí de niña como cuando se mudaba de forma intermitente ya de adulta. La cama de Savannah estaba hecha con las sábanas perfectamente dobladas, las mantas bien estiradas como en el ejército y los alféizares y los rodapiés resplandecían de un modo que ni Joy ni la buena de Barb habían logrado jamás.

El antiguo pupitre de Amy estaba vacío, salvo por un diario de tapa dura y tamaño folio que estaba justo en el centro de la mesa, con un bolígrafo a su lado. Bueno, si era un diario, Joy no iba a leerlo, claro. Por supuesto que no. Ese tipo de invasión de la intimidad tan repugnante solo era adecuado si se trataba de los hijos. De todos modos, ¿no había dado a entender Savannah que su problema era que recordaba demasiado su pasado? No necesitaría tomar nota de sus días si los tenía permanentemente grabados en la memoria.

Joy miró hacia atrás, se acercó al escritorio. No iba a mirar. No tenía sentido mirar. No era un diario. Si Savannah tenía algo que esconder, no iba a dejarlo ahí, a la vista de todos.

¿A quién quería engañar? Por supuesto que iba a mirar.

Abrió el cuaderno. Las páginas estaban llenas de letras diminutas y rígidas. Posó la punta de los dedos sobre la página. La superficie era irregular. La madre de Joy escribía así, apretando el bolígrafo con tanta fuerza que dejaba huella sobre la página, como si estuviese tratando de grabar sus palabras para siempre.

Entrecerró los ojos. Necesitaba sus gafas de leer. Cielo santo. Salir de la habitación para ir a por las gafas hacía que todo pareciera demasiado calculado. ¿Quizá si pudiera traerlas rápidamente? Salió a toda velocidad de la habitación, corrió por el pasillo. Podía oír a Stan en el teléfono. Había elevado la voz. Esperaba que no estuviese reprendiendo a algún pobre teleoperador que solo trataba de ganarse la vida.

Cogió las gafas de la mesa de la cocina, volvió corriendo por el pasillo. Ahora sí que estaba gritando Stan. Se puso nerviosa. ¿Debería ir a intentar solucionarlo?

Pero bajó el volumen de su voz con un tono más conciliador. Así era Stan. Incluso podía ser que el teleoperador estuviese consiguiendo hacer una venta ahora.

Volvió a la habitación de Savannah, se puso las gafas y cogió el cuaderno. Muy bien. Leyó:

Domingo
Cuarto de manzana
Cinco pasas sultanas
1 x Tostada. Sin corteza. Sin mantequilla.

Pasta boloñesa. Once cucharadas.

Media naranja

Seguía un día tras otro. Listados detallados de porciones diminutas de comida. Pasó a la última página y vio el comienzo de lo que había escrito ese día. Lo único que decía era: «Ocho cucharadas de pudin de yogur de chía». Savannah había hecho el pudin de yogur de chía la noche anterior. Estaba delicioso. Joy debió de tomar al menos cien cucharadas.

Cerró el cuaderno y lo colocó con cuidado exactamente en la misma posición en la que lo había encontrado.

Todo ese tiempo Savannah había estado creando comidas preciosas para, después, volver a su habitación y apuntar cada bocado con absoluto y lúgubre detalle. El placer que había proporcionado a Joy y Stan con sus platos. Era casi humillante cuánto placer había sentido Joy, sobre todo en contraste con esta transcripción disciplinada.

Se sentó sobre la cama de Savannah perfectamente hecha y presionó las palmas de las manos sobre las sábanas bien estiradas. «Ay, cariño. ¿Qué está pasando en esa cabecita tuya?».

No era ninguna sorpresa. Desde luego que no. Había visto cómo Savannah daba vueltas a la misma cucharada de comida por el plato, para después soltarla y volverla a coger. ¿Sufría algún trastorno alimenticio en estado avanzado? ¿O no era más que una extraña costumbre compulsiva de registrar todo lo que comía para sentir que tenía el control sobre su vida?

El primer instinto de Joy fue ponerle solución: conseguir que Savannah fuese a ver a algún profesional. Como si fuese el remedio milagroso. Se había sentido exactamente igual cuando Amy estaba creciendo. Esperaban y esperaban, a veces meses, hasta conseguir la próxima cita disponible para ver a la siguiente persona. Todos aquellos diagnósticos distintos que les ofrecieron con distintos grados de confianza. Recordó a aquel simpático psicólogo de aspecto cansado que, cuando Joy dijo: «¡Siempre están cambiando de opinión!», contestó: «Lo nuestro no son ciencias exactas, Joy. No es como si tuviera un dolor de cabeza». Joy había pensado, resentida: «Bueno, ¡tampoco es que nadie cure bien los malditos dolores de cabeza!».

—¿Dónde estás? —gritó Stan. Podía oír sus pesados pasos moviéndose por la casa.

—¡En la habitación de Savannah! —respondió.

—Querrás decir la habitación de Amy —repuso él, furioso, en la puerta.

—Amy no vive aquí —dijo Joy. Levantó los ojos hacia él. Tenía la

cara pálida y los ojos rojos. Irradiaba furia.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Quién llamaba?

—Era Troy. Para avisarme amablemente de que acaba de pagar a Savannah una desorbitada cantidad de dinero para que no te diga que yo la he acosado.

—¿La has acosado? —Joy le miró perpleja, tratando de entender. Su primer pensamiento irracional y confuso fue que la había acosado para que siguiera sus entrenamientos de tenis, como hacía antes con los niños.

—Acosado sexualmente —aclaró Stan—. El idiota de tu hijo se lo ha creído. Se lo ha creído de verdad.

Joy se puso de pie. Cruzó los brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, yo no la he acosado sexualmente, si es eso lo que estás preguntando, ¡maldita sea!

—Por supuesto que no —contestó Joy suspirando.

Ninguno de los dos había sido perfecto. Hubo fiestas. Eran los setenta. No se entregaron al movimiento del amor libre, ni mucho menos, pero hubo flirteos. Ella estaba razonablemente segura de que Brooke la descubrió en una ocasión besando a Dennis Christos en la cena de Navidad de la Escuela Delaney en la cocina del club, después de demasiadas copas de ponche. Dennis no tenía un buen servicio, pero sí que sabía besar. Joy se lo confesó a Stan años después y, desde luego, no se mostró entusiasmado, pero no le dio gran importancia, aunque el pobre Dennis sí empezó a preocuparse por la velocidad de los servicios de Stan.

Stan podía haber tenido alguna aventura. Era lógico pensar que pudiera habérselo planteado en aquel año tan malo, cuando pensaban de verdad que iban a separarse. Las mujeres le encontraban atractivo. Joy nunca se lo había preguntado porque no quería oír la respuesta. Sabía que era posible que a ella le besara otro hombre sin que significara nada, salvo que le había echado demasiada ginebra al ponche y que Dennis era tremendamente ligón, aunque, aun así, Joy nunca dudó de su amor por Debbie.

Hubo traiciones peores.

Pero bajo ningún concepto se habría comportado Stan de forma inapropiada con Savannah. Siempre había sido extremadamente consciente del decoro de su comportamiento en lo relativo a los niños y las chicas jóvenes. Joy había visto cómo interactuaba con Savannah. Él la veía como a una hija o una alumna.

—¿Malinterpretó Savannah algo que dijeras? —le preguntó Joy. Podría haber pasado cuando ella no estaba para suavizar las cosas y

explicarle a Savannah lo que el despistado de su marido quería decir en realidad—. ¿Intentaste gastarle alguna broma? Porque hoy en día hay que tener mucho cuidado...

—Por Dios, yo no intenté gastarle ninguna broma —respondió Stan —. Para que lo sepas, mientras estabas en el hospital, ella sí que emitió ciertas señales...

—¿Qué? —Joy soltó una carcajada—. Cariño, ella no hizo eso, jamás lo haría. La malinterpretaste.

—No lo creo. —Stan apretó los labios igual que hacía cuando Joy preparaba el guiso de atún, cuyo mero olor supuestamente le daba asco, así que solo lo preparaba los días que no estaba contenta con él —. No creo que malinterpretara nada. No ahora que ella ha hecho esto. No ahora que ha aceptado el dinero de Troy.

Joy miró por la ordenada habitación, el cuaderno sobre la mesa de Amy con sus diminutas anotaciones sobre comida. No tenía ni idea de quién era esa persona. El corazón se le aceleró. Le había abierto su casa a una desconocida.

—Cuéntamelo. —Se aclaró la garganta—. Cuéntame qué pasó.

—Fue sutil —dijo Stan—. Tan sutil que, al principio, pensé que me lo estaba imaginando. Solo..., ya sabes..., miradas y una mano en mi brazo, y hubo un día que entró en la cocina directa desde la ducha tapada solo con una toalla, y me hablaba y yo no sabía adónde mirar, y pensé, en fin, que las niñas solían moverse por aquí en toalla...

—¡Son tus hijas!

—Bueno, no sabía —respondió Stan, a la defensiva—. Salí de la habitación lo más rápido que pude. Me sentía muy... incómodo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Joy.

—Pensé que te reirías de mí —contestó Stan, y Joy sintió en el estómago un nudo de amor y culpa porque tenía razón, se habría reído. Le habría parecido inconcebible. Le seguía pareciendo inconcebible. ¿Hasta dónde habría llegado Savannah si Stan hubiese respondido?

—Por eso querías que se fuera —dijo Joy.

—Sentía repugnancia.

—Ay, Stan —susurró Joy. Se acercó, le rodeó con los brazos y apoyó la cara en su pecho.

Él se quedó inmóvil un momento y, a continuación, la rodeó con los suyos.

—No puedo creer lo que ha hecho Troy —continuó Stan—. Le ha dado dinero antes incluso de preguntarme si era verdad. Él pensaba que se lo iba a agradecer. Le he dicho: «Chaval, has sido un auténtico imbécil».

Joy dio un paso atrás y se soltó de sus brazos. Él nunca le concedía a Troy el beneficio de la duda. «Un auténtico imbécil». Decirle eso a su propio hijo que solo estaba tratando de ayudar.

—Stan —dijo—, es evidente que él pensaba que te estaba protegiendo. Y protegiéndome a mí.

Troy creía que les estaba haciendo un regalo. Joy pensó en la cara de ilusión de Troy cada vez que veía a un miembro de la familia abrir uno de sus amables regalos.

—¿Cuánto dinero le ha dado? —preguntó Joy. Volvió a sentarse en la cama de Savannah.

—Ha dicho que no mucho —respondió Stan—. No podía ser demasiado. No era como si estuviese ocultando un asesinato.

—¿Le ha dado un cheque? ¿Lo puede cancelar?

—No creo que tenga chequera. Ya nadie da cheques. —Stan se sentó a su lado en el lateral de la cama—. Creo que se lo ha transferido directamente a alguna cuenta. El colmo de la estupidez. ¿Sabes lo que me ha dicho Troy cuando por fin le he convencido de que le ha estafado? Ha dicho que no le importaba. Que se lo puede permitir.

—Solo quiere impresionarte —dijo Joy con un suspiro.

—Sí, bueno, pues no me ha impresionado. Ha sido una estupidez. Y una falta de respeto. A mí y a ti. A nuestro matrimonio. Por haber pensado que yo..., en nuestra propia casa...

Su voz tembló y el corazón de ella volvió a relajarse. Siempre pasaba lo mismo con Troy y Stan. Ella se sentía en medio, con su compasión volando de un lado al otro, como una pelota.

Le puso la mano en la pierna y se quedaron un rato sentados en silencio.

—Entonces..., ¿qué pasa ahora? ¿Dónde está Savannah? —preguntó Joy.

—No sé dónde está Savannah —respondió Stan—. Pero le he dicho a Troy que llame a sus hermanos y que vengan ahora para acá, para que hablemos de los siguientes pasos.

«Hablar de los siguientes pasos». Estaba henchido con la arrogancia de un hombre agraviado. Un hombre rara vez agraviado.

—Tenemos que asegurarnos de que nadie más le va a dar un dinero que se ha ganado con tanto esfuerzo —continuó Stan—. Evidentemente, tendremos que avisar a la policía.

—Ay, no sé si eso es necesario.

—Tienes que comprobar nuestras cuentas. Probablemente haya tenido bastantes oportunidades cuando no estabas en la habitación de ir a registrar tu bolso y tomar nota de todas las tarjetas de crédito.

Joy decidió no mencionar que no solo había tenido Savannah bastantes oportunidades de hacer exactamente eso, sino que le había dejado literalmente su tarjeta a Savannah en múltiples ocasiones.

—Todas sus cosas están aquí. —Joy miró por la ordenada habitación—. No creo que las vaya a dejar sin más. —Cogió la almohada de Savannah y la abrazó—. Creo que es posible que tenga algún tipo de trastorno alimenticio.

—¿Trastorno alimenticio? —Stan pronunció «trastorno alimenticio» como si fuese alguna nueva moda—. ¿A quién le importa si tiene un trastorno alimenticio? ¡Acaba de sobornar a nuestro hijo!

—Ah, bueno —contestó Joy tratando de imaginar qué narices le iban a decir. No estaba tan enfadada como perpleja. Era como si tuviese que haber otra explicación.

—¿Ah, bueno? Joy, ¿de verdad acabas de decir «ah, bueno»?

—Es evidente que tiene problemas —dijo Joy—. Ten compasión. —Sentía que Stan y ella estaban recuperando sus antiguos roles de padres ante los actos de Savannah. Cuanto más se enfadaba Stan con sus hijos, más probable era que Joy los defendiera, y cuanto peor era la falta, más calmada la respuesta de Joy. Era más propensa a gritar por la ropa sucia tirada por el suelo en lugar de en la cesta que por una llamada de teléfono con tono serio de parte del director del colegio. Si no había presenciado el delito en primera persona, quería pruebas o, al menos, conocer antes la versión del niño. Stan siempre se mostraba demasiado dispuesto a pronunciar un veredicto de condena antes de que conocieran todas las pruebas. Tenía que hablar con Savannah. Tenía que hablar con Troy. Creía la versión de Stan, pero una parte de ella seguía pensando que debía de haber alguna especie de terrible confusión que solo ella podía aclarar.

—Joy, por el amor de Dios, ¿entiendes las consecuencias que puede tener esto? ¿Si se hace pública este tipo de acusación? ¿A estas alturas y con esta edad?

—Bueno, estoy segura de que ella no tenía intención de hacerlo público —respondió Joy, inquieta—. Y por supuesto que todo esto es terrible, pero...

—Pero ¿qué?

—No te atrevas a decirme que soy una auténtica imbécil. —Joy se quitó de encima la almohada y se puso de pie. Sus ojos se posaron en el arcón de Savannah. A los chicos les había costado meterlo en la casa el día que la acompañaron a recoger sus cosas.

Levantó la pesada tapa con bisagras. No había mucho dentro: un montón de diarios de tapa dura como el que descansaba sobre la mesa de Amy y un puñado de álbumes de fotos antiguos y estropeados. A

decir verdad, ya no se hacían álbumes como esos. Ahora la gente compraba libros impresos con encuadernación profesional.

Joy cogió el primer álbum de anilla y lo hojeó. Era claramente el álbum de una niña. Las fotos estaban torcidas y algunas tan desenfocadas que solo una niña habría considerado que merecía la pena conservarlas. Los bordes de las fotos se estaban despegando. Miró una página con fotografías de dos niños sentados bajo un árbol de Navidad. Podría haber sido una escena de sus propios álbumes: los pijamas de verano pasados de moda, el pelo despeinado, el papel de envolver roto.

—Stan —dijo en voz baja.

—¿Qué?

Joy volvió a sentarse a su lado sobre la cama y dejó el álbum abierto sobre su regazo.

—¿Qué? —repitió él.

—Mira quién es —respondió ella.

—Es ella —dijo Stan—. Savannah. Claro. Cuando era niña.

—Sí, pero mira quién es el niño. —Joy deslizó el dedo sobre el niño que estaba sentado junto a Savannah: los ojos grandes, las mejillas rechonchas y el mechón de pelo.

Stan se puso en tensión.

—No es..., no puede ser. ¿Cómo podría ser?

—Sí que es —dijo Joy—. Es Harry Haddad.

—Pero ¿por qué está Savannah con Harry?

—Es la hermana de Harry.

—No recuerdo que tuviera una hermana.

—Solo me visteis una vez —dijo una voz, y cuando levantaron los ojos encontraron a Savannah en la puerta del dormitorio.

41

*D*urante apenas un momento, el hombre y la mujer parecieron encogerse de miedo, con sus arrugados rostros inexpresivos por la impresión mientras levantaban los ojos hacia Savannah desde su cama, donde estaban sentados juntos, en el dormitorio de ella, solo que estaba claro que ya no eran su cama ni su dormitorio. Ya no era su habitación. Ya no era su casa. ¿Qué esperaba? ¿Que podía derribar con un martillo esa vida tan placentera y, aun así, encontrarla intacta por arte de magia? Siempre supo que iba a ser temporal. Todo iba a ser temporal.

Después de que Troy transfiriera el dinero (ella habría aceptado la mitad) había considerado la idea de no volver, de abandonar sus posesiones, pero había sentido un loco deseo de pasar allí una última noche, ser la Savannah que Joy veía, experimentar por última vez su tremenda gratitud cuando le colocaba un plato delante. La comida nunca había sido para Savannah simplemente comida y, desde luego, tampoco lo era para Joy.

Joy fue la primera en recuperarse de la sorpresa e irguió la espalda.

—Eres la hermana pequeña de Harry —dijo—. Me había olvidado de que tenía una hermana.

Joy la miraba con ojos recelosos y escrutadores, como si tratara de verla de verdad, y Savannah sintió que su personaje se le escapaba y que estaba al borde del precipicio de aquel terrible e infinito vacío.

No era nada.
Sin sentimientos.
Sin pensamientos.
Sin nombre.
El maniquí de plástico de una chica.

Pero justo antes de desaparecer en el vacío, antes de disiparse como el hielo seco, apareció un nuevo y oportuno personaje.

Contaba con miles de horas de televisión a su disposición a las que recurrir. Cientos de personajes. Guiones. Expresiones faciales y gestos útiles. Una docena de formas de reír. Una docena de formas de llorar.

—Oh, no te sientas mal por eso —repuso—. Todo el mundo se

olvida siempre de que tiene una hermana.

Era una nueva Savannah. Con apellido sin especificar. Una chica tranquila, sarcástica y mordaz. Podría ser la heroína o la malvada. Podría ser la que evitara la catástrofe o la que robara el banco. El espectador no sabía exactamente qué tenía planeado.

—¡Sabía que te conocía de algo! —comentó Joy, casi para sí misma —. ¡Aquella primera noche! —Bajó la mirada al álbum de fotos que Stan tenía en el regazo y la volvió a levantar—. Solo vimos a la madre un puñado de veces. —Rectificó—: Es decir... a tu madre.

Los ojos de Joy se clavaban en su rostro.

—Tus padres se divorciaron, ¿verdad? Tú te fuiste con ella. Harry se quedó con su padre.

«También era mi padre».

Por un momento, fue Savannah Haddad, con una madre, un padre y un hermano, pero, en el momento en que su hermano levantó por primera vez una raqueta de tenis, todo cambió. La familia Haddad quedó partida en dos, como si la hubiese cortado una espada.

—Supongo que no llamaste a nuestra puerta aquella noche porque «la casa te dio una buena sensación» —señaló Joy, con media sonrisa perpleja.

—Era mi cumpleaños —contestó Savannah.

—¿Sí? —Joy se llevó una mano al corazón, como dando a entender que habría pedido una tarta de haberlo sabido, y Savannah pensó en el aparador lleno de marcos con fotos de celebraciones de cumpleaños, como si cada cumpleaños fuese digno de celebrarse.

Vio a una chica elegante y estúpidamente vestida para una cena de cumpleaños en un lujoso restaurante de Sídney, esperando a un novio que nunca apareció, que no respondió a sus llamadas. Esa chica sabía que su novio se había olvidado, sin más. Se había despistado. Amaba a sus cuadros más que a ella, igual que su hermano había querido a su tenis más que a ella y su madre amó a su colección de amargos resentimientos más que a ella, y nada conseguiría satisfacer nunca su hambre. Siempre tendría hambre. Siempre.

Cuando volvió al apartamento aquel día, se quitó su ropa buena y se puso la más vieja, la más sucia que encontró, y preparó pasta para Dave, y no pasaba nada, le perdonó. Dijo: «Debería habértelo recordado esta mañana», aunque se lo había recordado la noche anterior.

Se bebió su vino y, como no había comido en todo el día ante la perspectiva de la cena especial en el restaurante, se le subió directamente a la cabeza y sintió que salía flotando de su cuerpo, como le solía pasar, y pensó: «¿Quién es esa chica que está sentada

con ese chico?».

Entonces, apareció la noticia en la televisión y la pasta se le quedó atragantada mientras el rostro de su hermano inundaba la pantalla.

Harry Haddad anunciaba su regreso el día del cumpleaños de Savannah.

Tres años antes él estaba por todas partes. No podía encender la televisión sin ver su cara. Se metía en el coche, encendía la radio y escuchaba su voz. En una ocasión vio unas imágenes suyas firmando pelotas de tenis para un admirador y pensó: «Yo le di esa firma». Fue ella la que reparó en cómo unir las dos haches de Harry Haddad con un extravagante bucle cuando eran niños. Prácticamente, era la firma de ella. Tenía derecho a usarla. Había puesto en marcha una empresa que vendía pelotas, camisetas y gorras de tenis firmadas por Harry Haddad, y le había ido bastante bien hasta que «el equipo de representación» de Harry terminó enterándose de su existencia y todo se fue al traste.

Desde su retirada, su hermano había empezado a desaparecer de la conciencia colectiva y de la de ella. Salvo cuando lo buscaba, cosa que había aprendido a no hacer. Él no existía, pero, si volvía a jugar a nivel profesional, estaría de nuevo en todas partes: en su teléfono, en su televisión, en la pantalla de su ordenador. Se daría de bruces contra su pasado una y otra vez, como si se golpeara la cabeza contra un muro, como si diera patadas contra una puerta cerrada con llave.

«Tú eres la fracasada, él es el éxito, tu padre se llevó al bueno, tu madre al desastre, nosotras somos las pobres, ellos son los ricos, nosotras estamos clavadas al suelo, ellos vuelan alto».

Había sido una estúpida al pensar que podría ser una chica normal, que podría ir a un restaurante lujoso de Sídney por su cumpleaños con su novio irlandés y pintor.

El dolor había aparecido en su estómago y se fue irradiando. Lo único que deseaba era huir del dolor y, entonces, tropezó con aquella maldita funda de guitarra y se golpeó la cabeza y se hizo mucho daño y tenía sangre en el ojo, sentía el dolor por todas partes y los recuerdos se negaban a permanecer encerrados, sanos y salvos, iban inundando todo su cuerpo y su cerebro como si fuesen veneno y lo único en lo que podía pensar era en que tenía que salir de ese apartamento, alejarse de esas cajas y del chico y se le ocurrió que debía volver adonde todo empezó, como si pudiese viajar en el tiempo e impedir que Harry asistiera a aquella primera clase o, si no eso, al menos darle sentido o, si no eso, hacer que esa familia pagara por lo que habían provocado.

Cuando llegó abajo, había un taxi que estaba dejando a una feliz y

tambaleante pareja de borrachos en el edificio de apartamentos y ella subió en él y le pidió al taxista que la llevara a la Escuela de Tenis Delaney, que sabía que estaba en la misma calle donde su hermano asistía a sus clases privadas. En cuanto vio el cartel con la pelota de tenis sonriente, pudo dirigir al taxista hasta la casa sin vacilar.

La parte de que se encontró dinero en el bolsillo de los vaqueros era casi real. Era una tarjeta de crédito. Aunque no le perteneciera. Era un recuerdo de un incidente anterior. No estaba segura de si funcionaría, pero la colocó sobre el aparato del taxista y las palabras «Operación aprobada» aparecieron como por arte de magia.

—Había pensado en lanzar un ladrillo contra vuestra ventana —le dijo a Joy. Se le había ocurrido que algún tipo de vandalismo de poca gravedad podría resultar útil. Catártico. Le había funcionado en el pasado—. Pero no encontré ningún ladrillo. Ni siquiera una piedra.

—¿Qué? —preguntó Joy.

—Bueno, era un plan improvisado.

Joy parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Tienes que irte —dijo Stan. Se puso de pie. Seguía siendo un hombre grande e intimidante—. Tienes que irte de nuestra casa.

—No lo hice —continuó Savannah—. Solo lo pensé, pero estaba pasando mucho frío ahí afuera, en la calle, y estaba sangrando y me sentía muy mareada, así que en ese momento pensé: qué narices, y llamé a vuestra puerta y sentí que estaba a punto de desmayarme y, después... En fin, después los dos fuisteis muy buenos conmigo. Buenísimos. Resultaba extraño.

Fueron muy amables, cariñosos y hospitalarios. La trataron como si fuera una hija que regresaba a casa. Le dieron de comer, la bañaron y la acostaron, y, porque la trataron como a una chica que necesitaba ayuda, se convirtió en una chica que necesitaba ayuda, y la historia de otra chica de un documental sobre violencia doméstica se deslizó en su memoria y se convirtió en realidad.

—Pero ¿por qué? —dijo Joy—. ¿Por qué querías lanzar un ladrillo contra nuestra ventana? ¿Qué te hemos hecho nosotros? No lo entiendo.

Había ganado un poco de peso desde que Savannah había empezado a darle de comer. También Stan. Sintió placer al ver sus caras alisarse mientras les iba aumentando la ingesta de calorías. Era como la bruja malvada de *Hansel y Gretel*, engordándolos antes de comérselos.

—Es que odiaba esta casa —respondió Savannah—. Os odiaba a todos.

Joy ahogó un grito de sorpresa y dolor al oír aquello, como si se

hubiese quemado.

—No tenemos por qué escuchar esto —dijo Stan.

—Calla, Stan, sí que tenemos que oírlo —repuso Joy con vehemencia.

Era muy pequeña, pero podía apaciguar al instante a aquel hombre gigante con sus rápidos y bruscos comentarios. Savannah veía en ella una inspiración. Ya sabía que conservaría algunas de sus expresiones para usarlas en un futuro: «¿Qué diablos?», «¡Ay, por favor!», «¡Cielo santo!».

—Explícamelo —le dijo Joy—. Empieza por el principio.

Savannah respiró hondo. ¿Era posible desenredar la multitud de recuerdos que habían conducido hasta ese momento en particular en ese dormitorio?

—Fui yo la que compró el boleto de la rifa —dijo. Ese era el principio de todo, si conseguía deshacer todo el camino hasta donde empezó.

—¿El boleto de la rifa? —Joy frunció el ceño—. ¿Te refieres al de la clase privada gratis? ¿El que ganó el padre de Harry, tu padre?

—Se lo regalé por el día del Padre —explicó Savannah—. Lo compré en un centro comercial con mi propio dinero. Mi hermano dijo que era un regalo muy tonto. Lo normal habría sido que mi padre me regalara a mí la clase de tenis, no a mi hermano. Imagínate. Quizá Harry nunca habría cogido una raqueta en sus manos si yo no hubiese comprado aquel boleto.

—¿Nos culpas a nosotros del divorcio de tus padres? —preguntó Joy—. ¿Es eso lo que intentas decir?

—Ya hemos oído bastante. Tienes que irte —dijo Stan—. Has mentido a Troy. Sobre mí.

La gente acusaba a otros de mentir con demasiada alegría: como si por señalar una mentira ganaras el partido, como si una fuera a hacerse añicos por la vergüenza, como si ellos mismos nunca mintieran, como si la gente no mintiera a todas horas, a sí misma y a los demás.

—¿He mentido? —preguntó Savannah con malicia. Siempre era posible sembrar la duda. La mayoría de los hombres sufrían la culpa de su género. Solo había que acercar una diminuta llama a la leña. Había visto el terror que aparecía en la cara de él cuando ella se movía por la casa tapada tan solo con una toalla. Se sentía en peligro nada más mirarla.

—¡Para ya! —gritó Stan. La mentira de una mujer podía causar terror, pero también el grito de un hombre. Hizo que le dieran ganas de agacharse y taparse las orejas con las manos.

Ella insistió:

—¿Recuerdas lo que me dijiste?

Él jamás le habría dicho una sola palabra inapropiada, había sido amable en todo momento, casi tan paternal como maternal había sido Joy, pero la actitud paternal de Stan era una fachada endeble que Savannah podía derribar fácilmente, no con un ladrillo sino con una mentira, y ese era el motivo por el que ella tenía que hacer precisamente lo que estaba haciendo, demostrar que no era real. Con qué facilidad había logrado que él pasara del cariño al odio. El amor nunca era real, por muy auténtico que pareciera.

—¿Recuerdas lo que me pediste que hiciera?

(No él, sino otro hombre; no a ella, sino a otra chica. Había una espantosa verdad de otra chica en el centro de su espantosa mentira).

Él se cernió sobre ella, lleno de rabia.

—¡Déjalo ya, déjalo ya, déjalo ya!

42

Ahora

*D*éjalo ya, déjalo ya, déjalo ya!

¿Dejar el qué? Caro Azinovic estaba cien por cien segura de que esas fueron las palabras que un hombre (parecía la voz de Stan Delaney) gritaba una y otra vez una fría noche de la primavera pasada. Caro estaba sacando su cubo amarillo de «cristal y plástico» a la acera y había oído los gritos por encima del traqueteo y el chirrido del cubo y se detuvo en seco, algo sorprendida.

No sabía qué había provocado que, de repente, se acordara ahora de aquella noche, tantos meses después, mientras llevaba un jarrón con tulipanes marchitos desde el comedor a la cocina.

¿Debería contarle a la policía lo de aquella noche? Cuando la policía la interrogó, les había contado que sus vecinos eran una pareja de personas normales y agradables felizmente casadas. Aquello era completamente cierto y completamente incierto. No existían las parejas de personas normales y agradables felizmente casadas. Pero, evidentemente, los agentes de policía eran demasiado jóvenes para entenderlo.

No era normal oír ningún ruido que viniera de la casa de los Delaney. Por supuesto, años atrás, cuando todos esos niños gigantes vivían en la casa, la casa de los Delaney era la más ruidosa de la calle. En una ocasión, Caro había llamado a Joy porque había oído una especie de gritos endemoniados, como si estuviesen matando a alguien, pero resultó que simplemente estaban con un juego de mesa que se les había ido de las manos. Eran personas muy competitivas. Cuando los Delaney iban a su casa a bañarse en la piscina, los niños de Caro terminaban volviendo al interior para ver la televisión. «Dan miedo», le había dicho su hija.

Caro examinó las cabezas antaño de fuerte color amarillo de sus tulipanes, desplomados por el borde del jarrón, como si les hubiese superado la desesperación.

Cuando aquella noche había mirado hacia la casa de los Delaney, había estado segura de ver las figuras familiares de Logan y Brooke bajo la luz del porche en la puerta de entrada de sus padres. Entró

corriendo a su casa antes de que la vieran y se sintieran avergonzados de que sus padres estuviesen discutiendo lo suficientemente fuerte como para que toda la calle los oyera.

Había supuesto que no era más que una discusión. Caro sabía que la jubilación podía ser estresante. Sin rutinas. Los dos solos metidos en casa, metidos en sus envejecidos cuerpos. Una discusión por una toalla mojada dejada sobre la cama podía durar varios días y, después, solía ocurrir que la discusión no era por la toalla mojada, sino por algo ofensivo que habían dicho hacía treinta años y por los sentimientos hacia la familia política.

Los artículos de los periódicos estaban llenos de insinuaciones. «No había antecedentes de violencia doméstica». Hasta entonces. Eso era lo que insinuaban.

¿Había necesitado Joy a una amiga y Caro no había estado a su lado como Joy sí había estado al lado de Caro?

Jacob, el hijo de Caro, que había venido a cortar el césped, estaba charlando en ese mismo instante con una joven periodista del periódico local que estaba apostada en la puerta de la casa de los Delaney.

—Veré qué puedo averiguar —le había prometido su hijo a Caro.

Caro apostaba a que, si Joy hubiese sido joven y guapa, la calle estaría abarrotada de reporteros.

Joy sí había sido muy joven y guapa cuando Caro se mudó a la acera de enfrente de los Delaney muchos años atrás. Recordaba la primera vez que se había fijado en sus vecinos. Estaba abriendo cajas en su habitación delantera cuando oyó un ruido, apartó las cortinas y vio a una familia arremolinada en la calle. (Los Delaney siempre trataron aquella calle sin salida como si fuese de su propiedad). Un hombre enorme que, por supuesto, resultó ser Stan, hablaba con una mujer joven que llevaba unos shorts muy cortos y el pelo, largo, recogido en una coleta. Un bebé rechoncho brincaba y reía en su regazo mientras que tres niños mayores jugaban como si estuviesen en las Olimpiadas. Lo cierto era que Caro había creído que Joy era la niñera adolescente hasta que Stan la besó. Caro recordaba todavía la forma en que él le tiró de la coleta para que echara la cabeza hacia atrás y besarla. A Caro le había parecido increíblemente erótico que un hombre besara a su mujer así ahí mismo, en mitad de la calle, pero quizá había malinterpretado las señales de una relación con malos tratos. Caro había disfrutado mucho en secreto de *Cincuentas sombras de Grey*, pero su hija le había explicado que ese libro era sobre una relación violenta y Caro se había sentido como una tonta porque su hija, a la que le había costado aprender a leer, ahora tenía una

licenciatura en Literatura Inglesa y tenía razón y Caro estaba equivocada y no debería haber disfrutado con ese libro. Qué vergüenza.

El pasado podía parecer muy distinto dependiendo de la posición desde donde lo miraras. El bebé rechoncho que brincaba en el regazo de Joy resultó ser Brooke, que ahora estaba tratando a Caro por su ciática.

—¡Para ya! —le espetó Caro al gato que se agarraba a su pierna. Otis se alejó, profundamente ofendido. No le cabía duda de que volvería a aparecer en un rato con alguna prenda de vestir en la boca. Al parecer, los gatos robaban la ropa para llamar la atención. Caro recordaba cómo se habían reído Joy y ella cuando Caro le devolvió el sujetador de encaje que Otis le había robado del tendedero.

«Es un sujetador muy sexy, Joy», había dicho Caro, y Joy había respondido: «Bueno, ya sabes, yo soy una mujer muy sexy, Caro».

¿Cómo iba a vivir Caro en ese lugar sin tener a Joy enfrente? ¿Cómo iba a terminar su curso de escritura de sus memorias? ¿Cómo iba a poder encargarse de la verbena anual del barrio?

—Han encontrado un cadáver —dijo Jacob a sus espaldas.

El jarrón de tulipanes se le resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo de la cocina.

43

*N*os han informado del hallazgo de un cadáver entre unos matorrales al norte de Sídney —dijo la radio.

Sulin Ho pisó los frenos de su coche. Otro que iba detrás de ella tocó la bocina con furia.

—La policía considera la muerte como sospechosa después de que un senderista hiciera el espantoso descubrimiento a última hora de ayer.

Sulin levantó la mano como disculpa hacia la persona que tenía detrás, se hizo a un lado y encendió las luces de emergencia.

—Han acordonado el lugar de los hechos y la policía científica está recopilando pruebas. No hay más información disponible en estos momentos.

»Es una noticia muy triste —decía el locutor en el tono excesivamente tedioso que usaba para dar a entender que ahora hablaba en serio y que había que escucharle—. Evidentemente, a todos nos surge la pregunta y la preocupación de si se trata de esa pobre abuela desaparecida, y nadie sabe si es así, pero, en cualquier caso, se trata de una noticia muy triste para alguna pobre familia.

—¡No es una abuela, estúpido! —gritó Sulin a la radio y, a continuación, rompió a llorar porque, si era el cuerpo de Joy, jamás llegaría a serlo.

44

El octubre pasado

Logan fue el primero en llegar a la «reunión familiar» que había convocado su padre para hablar de Savannah. Vio por el retrovisor el coche de Brooke aparcando detrás de él.

—Tenemos que estar coordinados —había dicho Stan por teléfono, cuando llamó justo en el momento en que Logan salía del apartamento de Dave, lleno de una pizza deliciosa y de información. Su padre parecía alterado pero también había entrado claramente en modo gestión de crisis. El Hombre de la Casa iba a solucionar aquello. (¿Cómo se ganaba uno la autoridad de Hombre de la Casa? ¿Llegaba automáticamente con la paternidad?).

Logan esperó a que Brooke saliera del coche, cosa que hizo con una rapidez poco normal en ella.

—Savannah no vino aquí por casualidad —dijo ella tras cerrar la puerta del coche con un golpe.

—Lo sé —contestó Logan—. Acabo de estar en el apartamento de su exnovio. Está relacionada con el mundo del tenis.

—¿Has ido? ¿Has hablado con el novio? ¿Qué has averiguado? — No esperó a que le respondiera. Hablaba con rapidez y con la voz entrecortada. Parecía Amy—. Todo esto es muy extraño. Cuando me llamó papá acababa literalmente de acordarme de una cosa. Estaba mirando unos plátanos que Ines... Pero, en fin, ¿y Troy? ¡Llegó a creer que papá se había insinuado a Savannah! Es más joven que yo.

Fueron hacia la puerta de la casa de sus padres. Logan oyó a Caro que, desde el otro lado de la calle, estaba sacando los cubos.

—Probablemente ha hecho que parezca creíble —dijo Logan. No iba a molestarse en echarle la bronca a Troy por haberse creído la historia de Savannah.

Brooke llamó a la puerta mientras Logan se giraba para mirar.

—¿Crees que debería ir a ofrecerle ayuda a Caro con su...?

«¡Déjalo ya, déjalo ya, déjalo ya!».

Los dos se sobresaltaron. Era la voz de su padre, alzada por una especie de furia aterrada que Logan no creía haber oído antes.

Brooke fue la primera en sacar la llave de su bolso. Abrió la puerta

con rápida eficacia y gritó:

—¡Mamá! ¡Papá!

—¡Aquí dentro! —contestó Joy desde el antiguo dormitorio de Amy.

Cuando Logan y Brooke entraron en la habitación, los gritos hacían cesado y nadie decía nada.

El padre de Logan y Savannah estaban uno frente al otro, su madre en medio de los dos: su clásica posición para poner fin a una discusión entre dos hermanos. Tenía una mano sobre el pecho de Stan, la otra sobre el hombro de Savannah. El padre de Logan tenía la respiración acelerada y furiosa, como si acabara de perder una larga serie de golpes, mientras que su madre tenía esa mirada de impaciencia reprimida que se le ponía cuando los niños se peleaban y ella no tenía tiempo para perder los nervios porque tenía otras cosas que hacer.

Solo Savannah parecía serena. Tenía los labios retorcidos con una leve sonrisa divertida. Se alejó de Joy y se pasó las manos por los brazos para alisarse las mangas.

—Mira quién ha venido —dijo—. ¿Venís todos a cenar? Creo que alcanzará para todos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Brooke.

—Sí, ¿qué está pasando? —Era Troy, que había entrado por la puerta de la calle que habían dejado abierta. Parecía un invitado a un cóctel, no la víctima de una estafa. Quizá Logan sí que le echaría la bronca, después de todo.

—Es la hermana de Harry Haddad —contestó Stan.

Hubo una pausa mientras todos asimilaban la información.

—No sabía que tuviera una hermana —dijo Logan, perplejo.

—Espera, ¿tenía una hermana? —preguntó Brooke.

—Es mentira —se mofó Troy—. No es más que otra mentira.

—Estamos bastante seguros de que es verdad, pero tienes razón, cuesta saberlo después de tantas mentiras. —El padre de Logan se dejó caer sobre la antigua cama de Amy.

—Quizá deberíamos ir todos a la sala de estar a sentarnos —propuso Joy—. Para hablar.

—Puedo calentar un poco de... —dijo Savannah.

—¡Basta! —gritó Joy. La madre de Logan era un cartucho de dinamita con una mecha muy larga, pero, de repente, ¡pum!—. No puedes hacer unas acusaciones tan terribles y luego, de pronto, cocinar para nosotros. ¿Qué te pasa? ¡Estás mintiendo! ¡Sabes que estás mintiendo! Y nos odias con todas tus fuerzas. ¿Por qué insistes en darnos de comer? ¡No entiendo por qué lo haces! —Lanzó los brazos al aire. Dio un golpe en el suelo con el pie. Sus hijos dieron un

paso atrás al instante—. ¿Por qué? ¡Ni siquiera nos acordamos de ti!

—Yo me acuerdo de todos vosotros —dijo Savannah. Dejó caer el mentón y jugueteó con el pesado colgante verde que llevaba en el cuello—. Solo vine a esta casa una vez. Mi madre y yo íbamos a recoger a Harry de su clase. Normalmente, lo hacía mi padre. El tenis era cosa suya. —Logan tenía la sensación de que Savannah estaba repitiendo inconscientemente las palabras de otra persona de su pasado: el tenis era cosa suya—. Pero mi padre no podía arrancar su coche. Así que mi madre y yo recogimos a Harry. Mi madre se quedó en el coche. No quería tener nada que ver con el tenis de Harry. El tenis le parecía aburrido.

Logan vio que sus padres se encogían ante esa fortuita denigración del mejor deporte del mundo.

—Recuerdo todo lo que pasó ese día —continuó Savannah. Levantó la cabeza—. Tú me gritaste también ese día, Joy. Igual que hoy.

La madre de Logan dio un paso atrás.

—¿Qué? ¿Por qué te iba a gritar yo?

—Llevabas una falda vaquera y una camisa de cachemir de mangas abullonadas y cortas y tenías unos pendientes como de plumas que combinaban con el rojo de la camisa. Estabas muy guapa.

Logan vio cómo la expresión de su madre cambiaba.

—¿Quieres decir que eras la niña que trató de entrar en la casa por el lavadero?

—¿Eras la niña que me abrió la mochila? —la interrumpió Brooke.

—Sí. —Savannah miró a Brooke—. Tú también me gritaste. Ese mismo día.

—Bueno, estabas robándome mi plátano —contestó Brooke a la defensiva.

—Estaba muerta de hambre —dijo Savannah.

—Aun así, eso no te daba derecho a...

—No lo entiendes —insistió Savannah—. Estaba literalmente muerta de hambre.

Su tono de rabia los dejó a todos inmóviles. Pareció abrirse un espacio alrededor de ella.

—¿Qué quieres decir? —titubeó Joy.

—Pues eso.

—Pero no lo entiendo —dijo Joy—. No podías estar muriéndote de hambre. Sé muy bien que tu hermano comía bien. Tenía que hacerlo para poder jugar a ese nivel.

—Mi hermano vivía con mi padre. Yo vivía con mi madre. Harry comía entrecot con patatas todos los días. Si él iba a jugar en Wimbledon, yo iba a entrar en el Royal Ballet. Eso era lo que decía mi

madre. Mi hermano tenía que estar fuerte. Yo tenía que ser etérea.

El labio se le levantó al pronunciar «etérea».

—Pero... ¿y tu padre? —preguntó Joy—. ¿No le contaste que estabas... hambrienta?

—Lo intenté —respondió Savannah—. Traté de decírselo también a mi hermano. Pero mi madre les dijo que me lo había inventado. Que era una exagerada. Yo solo iba a casa de mi padre una noche a la semana. Tenía que ser entre semana porque los fines de semana Harry tenía sus compromisos del tenis.

Dijo lo de «compromisos del tenis» igual que cualquiera pronunciaría el nombre del ex de su nueva pareja.

—Yo me cebaba esa única noche de la semana que pasaba en casa de mi padre. Ahí fue donde perfeccioné mi habilidad para darme atracones de comida. —Puso una especie de sonrisa macabra—. En fin.

—Ay, Savannah. —Joy se pasó los dedos por las mejillas. Toda esa rabia explosiva parecía haber desaparecido igual de rápido que había llegado. Parecía triste, agotada y vieja y Logan recordó la sensación de incredulidad, como si estuviese presenciando un desastre natural, cuando su madre se desmayó el día del Padre. Se acercó a ella. Esta vez estaría preparado—. Lo único que recuerdo es que tu madre y tú vivíais en el sur de Australia —dijo.

—Nos mudamos allí un año después de que Harry empezara las clases con vosotros —respondió Savannah. Una parlanchina invitada que viene a cenar y hace un rápido resumen de su vida—. No vi más a mi padre ni a mi hermano. Fue como si se olvidaran de mi existencia. Mi padre enviaba dinero. Yo no era más que una fastidiosa factura que había que pagar. Como la electricidad.

—Lo siento mucho. —Las manos de Joy temblaban con desesperación.

—Ah, no tiene importancia —dijo Savannah, como si Joy se hubiese disculpado por haberse puesto delante de ella en una cola—. Es decir, sí que pasamos unos años muy malos en Adelaida... —Se detuvo. Ya no era la invitada parlanchina.

Tomó aire, movió los hombros, los bajó y los echó hacia atrás, como si estuviese esperando a que empezara la música.

—Pero, luego, dejé el ballet —continuó—. La mejor del barrio, una de las mejores del estado, pero nunca fui una bailarina extraordinaria, como en cambio Harry sí era un tenista extraordinario. Cuando mi madre fue consciente por fin de que yo jamás sería tan buena en el ballet como Harry en el tenis, perdió el interés. Se acabó lo de la privación de comida. ¡Viva!

Logan y Brooke intercambiaron una mirada. Él pudo ver su propia duda reflejada en el rostro de ella. ¿Había algo de real en esta estrambótica historia?

Logan sabía que Savannah había tomado prestada de un documental la historia que le había contado. Sabía que había mentido a Troy sobre su padre. Así que ¿no era posible que también hubiese copiado de otro sitio la historia de la niña hambrienta? ¿Acaso importaba ya? Todos esos datos se le terminaban escurriendo de las manos. Tratar de entender a Savannah era como tratar de ver el verdadero reflejo en medio de un laberinto de espejos de una feria. Las cadencias de su voz, sus gestos, su postura: Logan veía ahora cómo ella se fundía y se convertía constantemente en diferentes tipos de personas. En un momento era una agradable señora de mediana edad y, al siguiente, una adolescente ruda y mal hablada.

Logan trató de tomar el control de la situación con la información que había recopilado, los datos que sabía que eran verdad.

—Savannah, he ido a ver a tu novio, Dave. Esa historia que contaste sobre que te pegó. Nunca ocurrió.

Savannah levantó el mentón.

—Eso lo dirá él, ¿no?

—Nos mentiste —insistió Logan. Necesitaba que ella confirmara la verdad de esto para poder guardar el equilibrio y seguir avanzando—. Sé que es mentira.

—No. No lo sabes —respondió Savannah con tono cordial.

«No, chaval, ha sido fuera», decía el hermano de Savannah con voz inocente y convincente, muy calmada, cuando se cuestionaba alguno de sus golpes. Harry Haddad tenía un talento innato para moverse en la pista y también para mentir. Sus flagrantes mentiras habían enfadado a Troy hasta volverlo loco, mientras que a Logan lo desconcertaba y trastornaba. Él veía que la pelota había entrado, pero Harry decía que había ido fuera. Eso hacía que todo se pusiera en duda: verdad o mentira, las leyes de la física.

Estaba claro que lo de mentir le venía de familia.

Stan miró a Logan a los ojos y levantó las manos con gesto de desesperación. Logan no creía haber visto nunca a su padre más indefenso, ni siquiera cuando había estado en el hospital por lo de su rodilla.

—Tú también estabas aquel día, Logan. —Savannah le miró con frialdad y Logan sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Yo no te había visto nunca —dijo Logan. Estaba cien por cien seguro de ello.

—Me lanzaste tu raqueta —insistió ella—. Como si fuera un perro

callejero.

—Yo no hice eso. ¿Por qué iba a hacerlo?

Troy era el que siempre tiraba las raquetas. Otra mentira más.

—Yo nunca...

Se detuvo. Se vio a sí mismo saliendo de la pista la primera vez que perdió contra Troy, el mismo día que su padre le dijo que observara el servicio de Harry, el día que entendió que si podía perder contra su hermano pequeño y que si había más jugadores en el mundo como Harry, probablemente no tendría mucho sentido continuar, aunque lo hizo durante otros cinco años.

—Un momento. No te la lancé a ti —dijo titubeante. Había perdido su oportunidad. Siempre se había sentido mal por aquella niña que tuvo que apartarse para que no le diera la raqueta.

—Así que te acuerdas de mí —repuso Savannah con voz dulce.

Tenía la capacidad de su hermano de jugar a la ofensiva, empujando a su oponente cada vez más hacia atrás.

Dirigió su atención hacia Troy.

—¿Y tú, Troy? ¿Te acuerdas de mí?

—No me importa si te conocí —dijo Troy, tajante.

—Alguien dejó abierta la puerta corredera de atrás —continuó Savannah, recordando.

Debió de ser Logan. Siempre le regañaban por no cerrar bien aquella puerta corredera porque se atascaba.

—Entré por vuestra puerta trasera y fui a la cocina —dijo Savannah—. Pensé que quizá... podría tomar un vaso de leche. Lo que fuera. Tenía mucha hambre. Llevaba veinticuatro horas sin comer. Solo tenía nueve años. Me sentía enferma y mareada. Lo único en lo que podía pensar era en comida. Estaba obsesionada con la comida, y había por todas partes, gente comiendo, por todos sitios, a mi alrededor, caminando por la calle comiendo helados, sentados en las paradas de autobús comiendo pasteles, metiéndose comida en la boca, pero yo no tenía dinero. No podía conseguir comida.

La madre de Logan se tapó la boca con la mano.

—Cielo santo, Savannah.

«Por favor, que le haya robado esta historia a alguien», pensó Logan, porque en su familia no eran malas personas. Habrían dado de comer a una niña hambrienta. Ayudaban a niños hambrientos del otro lado del mundo. «Pensad en los pobres niños hambrientos de África», les decía su madre si no les gustaba la verdura y, entonces, Amy empezaba a llorar sin consuelo por los pobres niños hambrientos de África, incapaz de comer, y el padre de Logan soltaba un suspiro y extendía la mano para pinchar el brócoli de ella con el tenedor.

—Me echaste de la cocina como si fuera una pordiosera —dijo Savannah a Troy—. Acababas de salir de la ducha. Estabas mojado y tenías una toalla de baño azul alrededor de la cintura. Me llamaste buitre. —El labio se le volvió a levantar al pronunciar «buitre».

—Si dije eso, no me equivocaba, porque es exactamente lo que eres, un buitre —dijo Troy. Nunca había jugado a la defensiva. Cuando le atacaban, él respondía atacando también, con el doble de fuerza—. Me acabas de robar un montón de dinero.

—Yo no te he robado nada. Me has dado ese dinero por propia voluntad.

—¡Por un engaño!

—¿Y qué hice yo? —dijo el padre de Logan—. ¿Cuál fue mi papel?

—Nada —respondió Savannah—. Ni me miraste. Solo veías a Harry. Yo ni siquiera existía para ti porque no jugaba al tenis.

—Entonces ¿todo esto es por venganza? —dijo Troy—. ¿Porque nuestro padre convirtió a tu hermano en una estrella del tenis? ¿Porque ninguno de nosotros te dio comida? ¿Y por qué no..., no sé..., nos lo pediste?

—Sí que lo pidió —dijo Amy desde la puerta—. Entró en el comedor y me pidió que le hiciera un sándwich.

En ese momento, hizo algo muy extraño, algo que solo Amy podría hacer o que solo a ella se le ocurriría.

Se acercó directamente a Savannah y la rodeó con sus brazos.

—Lo siento —dijo—. Siento mucho que todos fuéramos tan desagradables contigo aquel día. Siento que no ayudáramos a aquella niña hambrienta. Deberíamos haberlo hecho.

Savannah se quedó rígida un momento, con los brazos a los lados, y, a continuación, apoyó la frente contra el pecho de Amy, como una niña que estuviese siendo consolada por su madre.

—Fue un día bastante malo —dijo con la voz amortiguada.

—Cielo santo, es espantoso. Es realmente espantoso. —Joy apretaba los dedos formando un triángulo sobre la nariz. Brooke se giró, con la mano en la frente. Troy miró al techo y su padre al suelo. Un joven desconocido con una camiseta muy blanca se aclaró la garganta junto a la puerta. Cruzó la mirada con Logan y le extendió la mano.

—Simon Barrington —dijo en voz baja—. El nuevo novio de Amy.

—No lo es —dijo Amy por encima de la cabeza de Savannah, pero Logan vio el rastro de una sonrisa.

Su padre se puso de pie, con los brazos caídos pesadamente a los lados.

—Quiero que se vaya de mi casa. —Señaló con el mentón hacia

Savannah—. Ahora.

—Papá —dijo Amy—. Fuimos terribles con ella.

Savannah se apartó de Amy.

—No pasa nada.

—No me importa si no te hicimos un maldito sándwich un día muy malo de tu terrible infancia —insistió Stan. Le puso un dedo sobre la cara—. Mucha gente tiene una infancia mala. Y sale adelante.

—Papá. ¡No hables así! —exclamó Amy—. ¡Basta ya!

Stan no le hizo caso.

—Si tan celosa estás del éxito de tu hermano, ve a estafarle a él, ve a contar mentiras sobre él, tírale piedras a su ventana. ¡Nosotros no ganamos dinero con él! Tu familia no hizo nada por nosotros. Tu padre nos dejó tirados en el momento en que Harry...

—Pero no fue decisión de mi padre que Harry dejara la Escuela Delaney —le interrumpió Savannah. Logan vio la expresión de su madre, pálida por el miedo.

Sintió una sacudida en el estómago.

Savannah se irguió, como si estuviese debajo de un foco, con los talones juntos, las puntas de los pies abiertas.

—Fue decisión de tu mujer.

45

Ahora

Adivina qué es lo que por fin he encontrado —dijo Christina. Se dio un golpe con el teléfono en el muslo con gesto de triunfo.

Ethan y ella iban en el coche hacia el camino de matorrales donde habían encontrado el cadáver. Un trayecto de diez minutos como mucho desde donde vivían Joy y Stan Delaney. Todas las piezas iban encajando.

—¿Qué? —preguntó Ethan.

—El móvil del delito.

46

El octubre pasado

Stan no ahogó un grito ni maldijo ante la revelación de Savannah. No pidió ninguna aclaración ni prueba ni la llamó mentirosa. Pareció saber al instante que en esa ocasión Savannah decía la verdad. Quizá siempre lo había sospechado, aunque ni una sola vez había preguntado a Joy ni la había acusado.

—Perdona —dijo al joven enamorado de Amy, que seguía en la puerta del antiguo dormitorio de ella, viendo cómo se desarrollaba todo ese drama y que obedientemente se apartó a un lado para dejar que Stan hiciera su silenciosa y majestuosa salida.

Oyeron cómo se cerraba la puerta de la calle.

Resultó extraño lo familiar que aquello le pareció a Joy después de todas esas décadas. La rueda del tiempo giró suavemente hacia atrás y sus hijos seguían siendo sus hijos, seguían esperando que ella les explicara los actos de su padre, para que parecieran normales y aceptables. Podía sentir todas aquellas viejas frases apareciendo de manera automática en sus labios. «No os preocupéis. Volverá. Ya sabéis cómo es. Cuando vuestro padre se enfada necesita salir para aclararse las ideas. No hay por qué disgustarse. ¡Vamos a tomar un helado!».

—¿Es verdad, mamá? —Logan fue el primero en hablar—. ¿Les dijiste que se marcharan?

—Ah —dijo Joy, distraída. Estaba pensando en Stan. Estaba muy bien que hiciera eso cuando tenía treinta, cuarenta o incluso cincuenta años, pero era demasiado mayor para irse de una forma tan melodramática en medio de la noche, ahora que tenía setenta años. Debía tomar su medicación—. Sí, bueno, lo cierto es que esa parte es verdad. No os preocupéis, lo superará. Pero ¿alguno de vosotros ha aparcado en el camino de entrada? Vuestro padre no va a poder sacar su coche. —Era una noche fría. No iba lo suficientemente abrigado. Llevaba unos vaqueros y unas pantuflas.

—¿Por qué le hiciste eso a papá? —le preguntó Brooke a Joy. Tenía la mirada encendida por la traición a su querido padre—. Papá fue quien descubrió a Harry. Debería haber sido su entrenador. ¿Cómo le

arrebataste eso?

—¿Quién os habría entrenado a vosotros? ¿Si tu padre andaba de viaje con Harry por el circuito internacional?

—Tú nos habrías entrenado —respondió Brooke, insegura.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Si sus hijos fueran padres en algún momento, se harían al menos una idea de los tumbos que Joy había tenido que dar bajo el peso de sus obligaciones durante aquellos años tan difíciles.

—Pero era el sueño de papá —insistió Brooke—. Le arrebataste su sueño.

—¿Y los vuestros? —Joy levantó las manos para señalar a sus cuatro hijos.

—Eso no importaba. De todos modos, nunca lo íbamos a conseguir —respondió Brooke.

—¡Pero entonces no lo sabíais! —gritó Joy—. Eso es lo que siempre olvidáis. Todos lo deseabais. Os gusta fingir que lo hacíais por nosotros, pero, maldita sea, no era así. —La furia le subía por el pecho. Conocía a sus hijos mejor de lo que ellos mismos se conocían y veía sus infancias con mucha más claridad que ellos—. Todos lo deseabais. Sé que es así. Los sacrificios que todos hacíais.

Su voz se quebró. Recordaba las dolorosas ampollas en la mano derecha de Amy («¡Es como si hiciese trabajos manuales!», decía la madre de Joy, con repulsión); la triste y complicada resignación en el rostro de Logan cuando le dijo a Hien que tendría que perderse la fiesta por su dieciocho cumpleaños porque tenía que ir a competir en un torneo en Alice Springs; Troy a los doce años, con la mejilla apoyada en el salvamantel de la mesa del comedor donde se había quedado dormido mientras esperaba el postre; Brooke, diminuta y tan decidida en la pista vestida con su pijama y sus zapatillas, practicando un poco antes de desayunar.

El dolor, el agotamiento, los continuos viajes; las fiestas, bailes y celebraciones escolares que todos se habían perdido. ¿Y si sus hijos hubiesen soportado todo aquello para, después, tener que ver a su padre junto a otro jugador mientras ganaba los títulos del Grand Slam con los que todos habían soñado?

Habría sido insoportable.

En aquel entonces había que elegir entre la felicidad de sus hijos y el sueño de su marido, y ella era madre, así que, en realidad, no había elección. Eligió a sus hijos.

Recordar el día que lo había hecho era como recordar el día en que había cometido un crimen, un pequeño crimen sin arma, con la rapidez y sencillez con que se apaga la llama de una vela entre el

índice y el pulgar: un estremecimiento de dolor que desaparece al instante.

Cogió el teléfono cuando no había nadie en casa y llamó al padre de Harry, Elias Haddad. Elias lo estaba apostando todo al tenis de su hijo. Había dejado su trabajo para poder ser su agente. Estaba viviendo de sus ahorros.

La madre y la hermana de Harry no estaban en el pensamiento de Joy en aquel entonces. Para ella, nunca existieron.

—Elias, tengo que decirte algo en la más estricta confidencialidad, algo que mi marido nunca te diría —había empezado, y habló rápido, sin dejarle replicar, con los ojos puestos en una divertida foto que estaba colocada en su mesa, con sus hijos varones, nariz contra nariz, divertida porque se fulminaban con la mirada el uno al otro como dos boxeadores.

Siempre se había llevado bien con Elias. Era hablador y encantador, a la europea. Le había podido convencer de que no llamara a la policía cuando Troy atacó a Harry. Le dijo que no serviría de nada y que quitaría tiempo de entrenamiento a Harry. Se deshizo en disculpas en nombre de Troy. Fingió que había sido por una cuestión de celos y pareció que él se quedaba conforme.

—Si Harry y tú os queréis tomar en serio su carrera tenística, y sé que es así, tenéis que dejar la Escuela Delaney —dijo entonces.

—¿Dejaros? —respondió él. Su tono de sorpresa y alarma la detuvo en seco, pero ella insistió.

—Sí, marchaos. Mudaos a Melbourne. Te voy a dar el nombre de una integrante de Tennis Australia. Llámala en cuanto cuelgues. Ha visto jugar a Harry. Le van a convocar. Le llevarán como invitado al Abierto, le van a nominar. Será uno de los elegidos. Es todo cuestión de política, Elias.

Stan y ella siempre habían dicho a los niños que no había «elegidos», que no había favoritos en el circuito, que no importaba dónde vivieras, a quién conocías o a quiénes conocían tus padres, que lo único que importaba era cómo jugaras. Pero había política en el tenis. Había política en todo.

—Y, lo que es más importante, va a recibir el tipo de preparación que necesita, la que nosotros no podemos darle. Nos encantaría seguir con él, por supuesto, y, por favor, no se lo menciones a Stan porque me temo que mi marido no puede ser objetivo en esto. Él quiere lo mejor para Harry, pero también quiere lo mejor para sí mismo, que es seguir con Harry. Pero lo cierto es que la Escuela Delaney está siendo un lastre para él, Elias, y yo no me puedo quedar sentada viendo cómo le sucede eso a tu hijo. Es hora de dar el siguiente paso.

Ella sabía que Elias sería automáticamente consciente de a quién cautivar y cómo, igual que su hijo era capaz de elaborar brillantes estrategias en la pista. Era posible incluso que Elias hubiese tomado por sí solo la decisión de sacar a Harry de Delaney si ella no se lo hubiese sugerido.

Elias hizo todo lo que Joy le indicó y lo hizo a la perfección. Jamás le dijo una palabra a Stan sobre la traición de Joy. Le guiñaba un ojo a Joy cada vez que la veía, como si estuviesen viviendo una aventura amorosa. Eso hacía que ella se sintiera como si se hubiese acostado con él.

Más tarde, supo que Elias era un mujeriego que solía hacer malabares con varias mujeres guapas a la vez, por lo que mantener un secreto le resultaba fácil.

Durante mucho tiempo, ella había supuesto que Stan descubriría la verdad y había estado preparada para ese momento, preparada para defenderse, pero él nunca lo supo y, un tiempo después, Joy dejó que su culpa (no remordimiento, pues nunca se arrepintió) se fuera diluyendo suavemente como el diminuto bucle de humo negro de una vela apagada.

Le había preocupado que las memorias de Harry pudieran revelar su secreto. Nunca se le había ocurrido que su huésped, que había fingido de manera tan convincente no reconocer siquiera el nombre de Harry, sería la que lo contara.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó a Savannah.

—Me lo contó mi madre —respondió Savannah—. Mi padre estuvo unos seis meses sin enviar el dinero para la manutención. Decía que le estaba costando mucho el traslado a Melbourne y mi madre le preguntó: «¿Por qué lo has hecho?». Y él contestó: «Joy Delaney me advirtió que era lo mejor». Lo recuerdo palabra por palabra. Mi madre tuvo que buscarse un segundo trabajo para poder pagar mis clases de ballet.

—«Joy Delaney me advirtió que era lo mejor» —repitió Amy—. Vaya, mamá. Eso es... —Negaba con la cabeza—. Vaya.

Después de tantos años, no era Stan, sino su hija la que la miraba con ojos acusadores. Deseó gritarle: «¡Pero lo hice por vosotros!». Trató de hablar con lógica, pero no podía contener la emoción en su voz.

—¡No iba a permitir que vierais cómo vuestro padre llevaba a otro niño a lo más alto!

—Mejor a otro niño que a ninguno —dijo Logan—. Harry habría ganado más títulos de Grand Slam a estas alturas si hubiese seguido con papá. Nunca ganó un Abierto de Francia.

—Harry nunca tuvo paciencia para la tierra batida —contestó Joy con tono quejumbroso.

—Papá le habría dado esa paciencia. Nunca ha sido todo lo constante que debería —insistió Logan—. Necesitaba a papá.

—Tú le necesitabas. Todos le necesitabais.

—No —respondió Logan—. Yo no.

Por Dios santo, no podía conseguir que lo entendiera. Logan contemplaba aquello desde la perspectiva de un hombre de treinta y siete años que había dejado atrás su carrera en el tenis, no desde la de un chico de diecisiete que todavía veía el tenis en su futuro.

—Muy bien, pues yo sí le necesitaba —repuso Joy—. Tenía cuatro hijos, todos ellos jugando en el tenis de competición, y una empresa que había que dirigir. No podía hacerlo sola. Tenéis que recordar cómo fue.

Pero, por sus expresiones, pudo ver que tenían la suerte de no ser conscientes de lo que había sido.

Pensó en una noche en la que Troy había estado jugando en Homebush, en un torneo que iba con tanto retraso que él no salió a la pista hasta la medianoche. Stan estaba con Troy, Joy estaba en casa con sus otros hijos. Logan estaba enfermo con una fiebre preocupante. Joy no durmió aquella noche. Preparó treinta pastelitos para el cumpleaños de Brooke del día siguiente a la vez que se ocupaba de Logan, lavó montones de ropa, se encargó de la contabilidad y escribió el trabajo de historia de Troy sobre la Gran Muralla de China. Sacó un siete sobre diez por aquel trabajo (todavía seguía furiosa por ello, porque merecía un nueve). Cuando pensaba en aquella larga noche, era como recordar un partido increíblemente difícil en el que había conseguido imponerse. Solo que no hubo ningún trofeo ni ovación. El único reconocimiento que una conseguía por sobrevivir a una noche así venía de las otras madres. Solo ellas comprendían lo épico de esos logros tan triviales.

¿De qué había servido todo aquello?

Y, sin embargo, ¿cómo habría podido hacerlo de otra forma?

En lo que concernía al tenis al nivel que jugaban sus hijos, o estabas dentro o te quedabas fuera y ellos querían estar dentro. Habría sido más fácil si todos hubiesen tenido algo menos de talento, si hubiesen estado un poco menos motivados, si hubiesen llegado al primer puesto en el distrito, pero no hubiesen llegado más lejos.

—En fin, permitid que os recuerde que todos odiabais a Harry Haddad —dijo Joy—. Con todas vuestras fuerzas. —Miró a Savannah, que había cerrado la tapa del arcón de madera que contenía todos sus secretos y ahora estaba sentada encima de ella, como si estuviese

esperando a que pasara un autobús—. Lo siento, Savannah, pero realmente odiaban a tu hermano.

—Ah, no te preocupes. Yo también le odiaba —respondió—. Durante años, cada vez que aparecía su cara en la televisión, yo gritaba.

—¿Gritabas de verdad? —preguntó Amy con interés.

—Gritaba de verdad.

—Yo no odiaba a Harry —intervino Logan—. Le envidiaba, pero nunca le odié. Me habría gustado ver que papá seguía siendo su entrenador.

—Eso es lo que crees ahora, Logan —contestó Joy, impaciente—. Pero cuando eras adolescente pensabas otra cosa muy distinta.

—Yo sí le odiaba —aseguró Troy. Se apoyó contra la pared, con la cabeza peligrosamente cerca del borde afilado de la imagen enmarcada de una sirena triste que siempre había estado colgada en la habitación de Amy y que a Joy le parecía deprimente pero que a Amy le encantaba. Troy miró con rabia y odio a Savannah—. Yo creo que hiciste lo que debías, mamá, porque es evidente que a estas personas tan encantadoras no les cuesta nada engañar, mentir, estafar...

—Bueno, ya es suficiente —dijo Joy.

—¿Qué? ¿Es que tenemos que portarnos bien con ella?

Troy tenía firmes pero fluidas convicciones con respecto a la justicia y la moral. Su imperio del tráfico de drogas cuando era adolescente era perfectamente aceptable, pero que Savannah le estafara su dinero no; hacer trampas en el tenis era un pecado imperdonable, pero, luego, él no había dudado en engañar a su encantadora esposa.

—Oye, si te vas a enfadar tanto por eso, te devolveré el dinero —le dijo Savannah a Troy—. Yo solo necesitaba un poco de efectivo para empezar de nuevo. —Hablaba como si se refiriera a un préstamo que no había devuelto a un hermano. ¿Era esa su forma de admitir que había mentido a Troy cuando hizo esas espantosas acusaciones sobre Stan? ¿Y si Troy se hubiese negado a pagar? ¿Qué habría hecho ella?

¿Había entendido Savannah la importancia del secreto de Joy que acababa de revelar? ¿Le habría dado Joy el dinero si hubiese tratado de sobornarla? Posiblemente.

Joy giró la cabeza. No podía identificar a la Savannah astuta chantajista con la Savannah que la había cuidado con tanta ternura cuando volvió a casa desde el hospital.

—Quédatelo —contestó Troy con agresividad—. Solo queremos que salgas de nuestras vidas.

—Esa era mi intención —respondió Savannah. Se puso de pie y

cogió su bolso, el nuevo que Joy le había regalado con la correa larga —. Me refiero a salir de vuestras vidas. Esto solo iba a ser algo temporal.

Hablaba como si estuviese intentando no llorar y Joy sabía perfectamente que podía ser falsa sensiblería o que estuviese imitando la emoción de otra persona en su propio beneficio, pero, aun así, seguía sintiendo pena por ella.

«Solo iba a ser algo temporal». ¿Era esa la forma en que esta niña había vivido toda su vida? La niña que había aparecido entre ellos muerta de hambre y a la que todos habían gritado e ignorado, se habían negado a ayudarla. Joy recordaba que había cerrado de golpe la puerta del lavadero con el pie. En su recuerdo no podía verle la cara, solo el contorno de una niña, con las facciones borrosas, pero podía recordar sin duda la rabia con la que había cerrado la puerta en la cara a esa niña.

No habían sido conscientes de que tenía hambre. ¿Cómo lo iban a saber? Pero Joy se vanagloriaba de ser observadora. Quería dar marcha atrás en el tiempo y hacer todo lo que habría hecho el tipo de persona que pensaba que era: darle de comer, escucharla, salvarla de su espantosa infancia.

—Bueno —dijo Joy—. No tienes por qué irte tan rápido...

—Mamá —intervino Brooke—. Yo creo que probablemente sí tenga que irse tan rápido.

—Sí —convino Savannah. Miró a los hijos de Joy—. Ha sido genial, chicos.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Amy.

—No te preocupes —dijo Troy con brusquedad—. Tiene dinero.

—Estaré bien —respondió Savannah—. Volveré algún día a recoger mis cosas. —Miró a Joy con una sonrisa radiante y ahora era la invitada a una cena que se disponía a marcharse—. Muchas gracias por tu hospitalidad.

—Ha sido un placer —contestó Joy de forma automática, pero sincera, porque, hasta esa misma noche, sí que había sido un placer. Un verdadero placer.

Durante un momento insoportable, todos se quedaron inmóviles, como si fuesen los actores de una terrible producción teatral y alguien se hubiese olvidado del guion. A Joy no le hubiese sorprendido oír que alguien del público tosía.

—Lo siento mucho —dijo Savannah, de repente, con los ojos brillantes llenos de lágrimas a punto de derramarse. Joy jamás podría saber si eran reales o fingidas, si de verdad lo lamentaba o no, porque, de pronto, Savannah se dio una palmada en el bolso con decisión, se

irguió y salió de la habitación y de la casa, haciendo mutis por el foro, igual que Stan. Desapareció en la oscuridad de la noche igual que había llegado.

47

Ahora

*E*sa fue la última vez que vi a Savannah —dijo Troy Delaney. —¿Le devolvió el dinero? —preguntó Christina.

El estado de ánimo de la alguacil superior Christina Khoury era lo que su madre habría descrito como «quisquilloso».

No tenía ningún cadáver, como había creído el día de antes. Había recibido la llamada casi de inmediato: «No es el tuyo. Restos óseos».

Esa mujer había muerto, al menos, treinta años antes, cuando Christina era niña y todavía trataba de decidir si quería ser policía o bióloga marina cuando fuese mayor. ¿Y por qué no se había decidido por la biología marina? Podría estar en ese mismo instante flotando por ahí mientras miraba una estrella de mar.

Además, una socia del club de tenis de Joy Delaney, una tal Fiona Reid, acababa de llamar con la maravillosa noticia de que había visto a Joy, el día anterior por la tarde, saliendo del tren de la estación central, con un aspecto de lo más saludable, aunque, por desgracia, no pareció oír su nombre cuando Fiona la llamó.

Porque no era ella, idiota, pensó Christina.

Mientras tanto, una vidente acababa de hacer pública la noticia de que tenía la sensación de que Joy estaba viva, en algún lugar cerca del agua, o posiblemente en el desierto.

Christina seguía contando con su móvil del delito. La peluquera de Joy Delaney, Narelle Longford, se había puesto en contacto con la policía nada más enterarse del hallazgo del cadáver del día anterior, y había revelado toda la información que su clienta le había contado, incluida la historia de un secreto guardado durante décadas y que hacía un año había revelado su joven huésped, que, en realidad, no era para nada una desconocida cualquiera.

Los hijos de Stan no le habían contado con precisión nada de esto a Christina. Sabían que dejaría en mal lugar a su padre y habían decidido no contar nada hasta entonces.

Christina observaba al segundo hijo de Joy Delaney, un hombre atractivo con el lustre del dinero y el éxito, adorado sin duda por su madre, pero un hombre que había caído con absurda facilidad en el

chantaje de una joven.

Ethan y ella estaban hablando con él en su lujoso apartamento. Las increíbles y preciosas vistas desde los enormes ventanales resultaban un fastidio, como también molestaba el alto volumen de la música. Se descubrió a sí misma con ganas de decir: «¿Puede bajar eso un poco?».

—Sí que me devolvió el dinero —dijo Troy—. Me envió un cheque por correo. Lo rompí. Nunca lo ingresé. —Se movió un poco en su silla, que a Christina le pareció delgaducha y barata, como un sillón de despacho de los años cincuenta, pero que aparentemente debía causar sensación, dada la reacción de Ethan, que le había preguntado a Troy si era una no-sé-qué auténtica y efectivamente era una no-sé-qué auténtica. ¿Por qué se molestaba en preguntar? Troy era del tipo de hombres que se enorgullecía de pagar de más por todo. Incluso por un chantaje—. Sospecho que lo habrían devuelto, pero no lo sé con seguridad.

—¿Por qué no lo ingresó? —preguntó Christina.

—Después de que se marchara empecé a sentirme mal por ella —respondió Troy. Se golpeteaba los dientes con una uña perfectamente arreglada—. Era evidente que había tenido una infancia difícil y todos habíamos sido crueles con ella cuando vino de niña a nuestra casa, crueles sin querer, pero crueles en cualquier caso, y, cuanto más pensaba en ella, más me daba cuenta de lo mucho que teníamos en común.

—¿Qué tenían en común?

—Tanto su padre como el mío habían preferido a Harry —respondió. Sonrió con ironía, como si quisiera dar la impresión de que ya no importaba, pero no podía ocultarlo. Ese dolor infantil todavía era visible—. Ella dijo algo de lo doloroso que le resultaba cada vez que Harry salía en televisión y yo siento exactamente lo mismo: siempre cambio de canal cada vez que veo la cara engreída de ese tipo.

—Solo por dejarlo claro: ¿alguien en su familia está en contacto con Harry Haddad? —preguntó Christina.

—No que yo sepa —contestó Troy, con clara expresión de desagrado.

—¿Y esa tal Savannah está distanciada de su hermano? ¿Por lo que usted sabe?

—Por lo que yo sé. Me atrevería a pensar que si ella tuviese algo que ver con su hermano acudiría a él por dinero.

Eso no tenía por qué ser necesariamente así. Christina escribió: «Interrogar a Harry Haddad».

Probablemente, no les contaría nada, y los famosos tardaban en

devolver las llamadas, pero era otra casilla que había que marcar.

—Así que Savannah se fue... ¿y sus padres no volvieron a saber de ella?

—Como un mes después de que se marchara, apareció una pareja joven con una furgoneta y dijeron que Savannah les había enviado para recoger sus cosas. Mi madre dijo que eran «tipo hippys». Dijo que apenas pronunciaron palabra y que parecían sentir miedo de mi madre, así que Dios sabrá qué historia les había contado Savannah.

—¿Y eso fue todo? ¿No hubo más contacto por parte de ella?

—Por lo que yo sé, no —contestó Troy. Movía las rodillas sin parar. Se apretó las manos contra los muslos para detenerlas, como si fuesen de otra persona.

—Supongo que debió de haber alguna consecuencia después de conocer lo que su madre había hecho. Es de suponer que su padre se sintió... —Hizo una pausa, con la esperanza de que él pudiera terminar la frase. No dijo nada, así que ella le brindó algunas opciones —: ¿Enfadado? ¿Herido?

Troy no escogió ninguna.

—Es posible —dijo, con cautela.

—Cuando se enteró, ¿qué hizo? —preguntó Christina—. ¿Perdió los nervios? ¿Gritó? ¿Maldijo?

—Mi padre nunca grita cuando está enfadado de verdad. Se fue. Simplemente salió por la puerta. Ese es su..., emm..., su mecanismo de defensa, supongo.

—¿Adónde fue?

—Bueno, esta vez no fue muy lejos. Estuvo paseando. A unos diez minutos de la casa. Se cayó. Un socavón. Se torció la rótula. Se rompió el menisco. Por suerte, una persona conocida que pasaba con su coche lo llevó a casa. Ya tenía problemas con las rodillas, por lo que... fue bastante malo.

—¿No más tenis? —preguntó Ethan.

—Le dijeron que nada de tenis durante, al menos, seis meses. — Troy se puso inconscientemente la mano sobre la rodilla—. Aunque siempre desafía cualquier pronóstico.

—Eso debió de ser un fastidio para él —comentó Christina.

—El tenis es su vida —respondió Troy con emoción.

—Entonces, también se acabó el tenis para su madre —dijo Christina, pensando en las muchas veces que la gente le había hablado de lo maravilloso que era el matrimonio de los Delaney porque jugaban dobles.

—Bueno, lo cierto es que mi madre empezó a jugar en competiciones individuales —respondió Troy.

—Sin su padre.

—Mi madre era una de las mejores jugadoras de individuales cuando era adolescente —dijo Troy, sin pensar. Parecía no estar siendo consciente del simbolismo—. Participó en sus primeros nacionales de Australia cuando tenía tan solo catorce años, venció a Margaret…

—Entendido, entendido —le interrumpió Christina antes de tener que oír todo el currículum de esa mujer—. Así que su madre salía a jugar al tenis mientras su padre se quedaba en casa sin hacer nada, sin poder practicar el deporte que tanto le gusta, sintiéndose traicionado por su esposa: yo diría que no era precisamente un hogar feliz.

—Supongo que no —respondió Troy—. No sé, yo estaba ocupado con mi propia vida. —Levantó los ojos al techo un momento y, después, volvió a mirar a Christina—. Pensaba que todo había vuelto a la normalidad, aunque debo admitir que…

Se detuvo y ella vio que tragaba saliva: un gesto involuntario y convulsivo.

—El día de Navidad, sí que pensé…, casi me sorprendió pensar que esto…

Volvió a interrumpirse y Christina apretó los dientes. Hasta entonces, había estado respondiendo a sus preguntas con una actitud cómoda y sofisticada, como un hombre de éxito al que estuviesen haciendo una entrevista para una revista, pero ahora esa fachada había desaparecido. Sintió ganas de agarrarle de su elegante camisa de lino y gritarle: «¡Dímelo! ¡Tu padre lo hizo! ¡Todos sabemos que lo hizo él!».

Troy juntó las manos como si rezara.

—Por primera vez en mi vida pensé…

La miró con expresión de súplica, como si necesitara que lo exculpara.

—¿Qué pensó? —Christina empleó en su voz un tono de autoridad.

—Que mis padres podrían odiarse de verdad. —Volvió la mirada hacia sus impresionantes vistas del puerto—. Era mutuo, por cierto. El odio era mutuo.

48

*L*e he contado a la policía lo que pasó el día de Navidad.

—¿A qué te refieres? El día de Navidad no pasó nada.

—Venga ya, Brooke.

—No pasó nada relevante.

Jacob Azinovic podía oír voces, altas y claras, mientras rodeaba la casa de los Delaney por el lateral con su guiso de cordero cocinado a fuego lento.

—Necesito que le lleves esto a Stan Delaney de mi parte —le había dicho su madre cuando fue a comprobar el misterioso pitido que hacía el coche de ella, aunque se mantuvo sospechosamente silencioso cuando Jacob lo condujo.

—¿Por qué tengo que llevarlo yo? —protestó Jacob. Esa era la verdadera razón por la que le había llamado su madre: para cruzar la calle y llevar el guiso.

—Jacob —dijo Caro—, es posible que ese hombre haya asesinado a su mujer.

—Entonces, ¿por qué cocinas para él?

—Inocente hasta que se demuestre lo contrario —contestó Caro—. Stan ha sido muy bueno conmigo desde que murió tu padre. Joy esperaría que le llevara alguna comida.

—No si Stan la ha matado —repuso Jacob, pero los ojos de su madre se habían inundado de lágrimas, así que soltó un suspiro, cogió la bandeja del horno y salió por la puerta.

—Lo he recocido —gritó su madre cuando él se iba—. Por si acaso.

Nadie respondió cuando llamó a la puerta de la casa de los Delaney, pero pudo ver que el camino de entrada estaba lleno de coches, así que dio la vuelta por el lateral de la casa.

Los cuatro hijos Delaney estaban allí, sentados en una mesa del porche de atrás, hablando animadamente y en voz alta. Jacob tuvo la familiar sensación de temor reverencial que siempre sentía cuando los veía juntos de niños. Había una especie de violencia glamurosa entre los hermanos Delaney. En cualquier momento, podría desatarse una batalla monumental.

—Todos saben ya lo de Savannah —dijo Troy. Parecía que acabara de pasarse los dedos por su exuberante pelo moreno y rizado. Troy

había sido el primer chico al que Jacob había amado en su vida. Su primera experiencia de flirteo con un chico hetero—. Ya saben por qué discutían papá y mamá. Saben que papá tenía un móvil.

Jacob se aclaró la garganta para avisar de su presencia y movió el guiso en el aire. Le estaba quemando los brazos.

—No uses la palabra «móvil» —dijo Brooke—. ¡No es un móvil! ¿Les has hablado de Savannah? Yo creía que habíamos acordado que no mencionaríamos la conexión con Harry Haddad.

—Yo no acordé nada, pero no he sido yo. Ha sido la peluquera de mamá —le explicó Troy—. Están tratando de ponerse en contacto con Harry.

—No veo qué puede contarles Harry —dijo Logan. Se frotó los ojos con los nudillos—. Savannah no tiene relación con él.

—¿Creísteis que era mamá? —preguntó Amy. Hablaba con una especie de voz somnolienta—. Cuando os enterasteis de lo del cadáver en las noticias.

Ay, Dios, era muy incómodo estar escuchando esa conversación. Pero nadie notaba aún la presencia de Jacob.

—Hola, chicos —dijo, con la voz quebrada. No con la suficiente fuerza. Había olvidado que había que elevar el volumen cuando los Delaney estaban juntos.

—No, yo no creí que fuera ella —contestó Logan—. Ni por un segundo. Ella está bien.

—Ya ha pasado demasiado tiempo —dijo Troy—. Lleva demasiado tiempo desaparecida. Tenemos que olvidarnos ya de esa teoría de que «mamá está queriendo demostrar algo».

—Lo único que podemos hacer es apoyar a papá —añadió Brooke.

—No si ha asesinado a nuestra madre —repuso Troy.

—¡Chis! —exclamó Brooke. Señaló hacia la puerta de atrás de la casa. Supuestamente, Stan estaba dentro—. No digáis esas cosas. La gente podría deducir que tenéis sospechas o dudas o lo que sea que tengáis. Están analizando nuestro lenguaje corporal por internet. Cuando dimos la rueda de prensa, Amy y tú os apartasteis de papá. Dio mala impresión.

—No me aparté de papá —repuso Amy—. Me dio un mareo. Pensé que iba a desmayarme.

—Si tanto te preocupa la imagen, quizá deberías haberle dicho a papá que se uniera al equipo de búsqueda —le dijo Troy a Brooke.

—A papá le parecía una pérdida de tiempo —contestó ella—. Aseguró que no había posibilidad alguna de que mamá hubiese entrado con la bicicleta en la reserva natural porque ella había escrito al ayuntamiento para decir que no era el lugar adecuado para un

carril de bicicletas y nunca les perdonó que no le hicieran caso.

—Mamá se ofende mucho cuando el ayuntamiento no escucha sus recomendaciones —comentó Amy.

—¿Te importa algo mamá? —Troy se giró de repente hacia Brooke, y Jacob se estremeció al ver la rabia en su rostro—. ¿Te preocupa siquiera?

—Claro que le importa —dijo Amy—. No seas tan malo con ella.

—Estoy desesperada por mamá —contestó Brooke con los dientes apretados a su hermano. No parecía intimidada en absoluto por la furia de Troy.

—Pues parece que estás más preocupada por buscarle a papá un puto abogado.

—Por si acaso —señaló Logan a Troy—. Papá ni siquiera quiere un abogado.

—¿Por si acaso qué? —gritó Troy—. ¿Por si es culpable de asesinato?

Jacob estaba inmóvil, con las manos sudorosas bajo la bandeja del horno.

—También es mi madre —espetó Brooke. Dio un golpe en la mesa con el puño tan fuerte que se sacudió y Logan tuvo que sujetarla por el borde para que no se cayera—. ¡Tú te pasas media vida en Estados Unidos y ni siquiera la llamas durante semanas!

—¡La llamo siempre!

—¡No la llamas!

—Bueno, la verdad es que ninguno de nosotros la ha llamado últimamente —murmuró Amy a la vez que Logan soltaba un fuerte suspiro y decía:

—Así no vamos a solucionar nada.

Troy se levantó, de repente. Se sorprendió al ver a Jacob en el césped como un bobo.

—Hola, Jacob.

—Lo siento —respondió estúpidamente—. No quería interrumpir. Mi madre me ha pedido que le traiga a tu padre este guiso. —Lo levantó en el aire como prueba y la tapa de cristal se tambaleó de forma preocupante. «Mi madre lo ha recocido por si acaso vuestro padre es un asesino».

—Vaya. —Troy salió del porche y le cogió la bandeja—. Es todo un detalle por parte de tu madre. Dale las gracias.

—Voy a avisar a papá —dijo Amy—. Estamos esperándole para limpiar. Está dentro... pintando el baño.

—Como haría cualquiera —añadió Troy. Sostenía la bandeja con facilidad bajo un brazo, como si fuese un balón de fútbol—. Cuando

ha desaparecido su esposa. Un momento estupendo para hacer arreglos.

—Dios mío, Troy —susurró Logan.

—No molestéis a vuestro padre. Os lo dejo a vosotros. —Jacob empezó a retirarse rápidamente—. Espero..., espero que tengáis pronto buenas noticias. —Levantó en el aire dos dedos cruzados. Como un tonto.

Los cuatro hermanos Delaney le miraron serios. No parecían estar esperando ninguna buena noticia próximamente. Parecían estar esperando a que empezara un funeral.

Mientras volvía a casa de su madre, se preguntó qué pudo haber pasado en Navidad que resultara relevante o no para la policía.

Él había venido a ver a su madre por Navidad. No había oído ni visto nada malo desde el otro lado de la calle.

Sus pensamientos viajaron hasta otro día de Navidad muy anterior, cuando él tenía diez u once años y, sin saber cómo, terminó en la casa de los Delaney, arbitrando un partido de dobles a última hora de la tarde entre los cuatro hermanos, que habían recibido por Navidad varios equipos de tenis que querían probar.

—¡No dejes que mis terribles hijos se aprovechen de ti, Jacob! —había gritado Joy, pero a Jacob le encantaba arbitrar los partidos de los Delaney. Conocía las reglas porque su padre era un forofo de los deportes y, por tanto, Jacob también lo era. Se sentía tan poderoso como Dios ahí arriba, en la silla del juez, con visión de pájaro, capaz de ver cualquier error. Empleaba una voz grave y seria, imitando a los jueces de silla de la televisión, y los Delaney ni siquiera se burlaban de él. Agradecían el esfuerzo.

Logan y Brooke jugaban contra Troy y Amy y, en aquella época, estaban igualados, aunque no deberían, pues Brooke, aunque tenía un talento evidente, no era más que una niña pequeña y Amy era adolescente, una jugadora increíble, pero Amy tenía el obstáculo de Troy, que cometía errores estúpidos entre destellos de brillantez, y se enfrentaban a Logan, que a los catorce años tenía la potencia y la velocidad de un hombre y hacía que la pista pareciera pequeña.

El partido se alargó hasta que llegó el padre de Jacob para recogerle, porque la cena ya estaba en la mesa, pero entonces su padre, como le solía pasar, se quedó absorto viendo el partido.

Joy y Stan sacaron sillas plegables. Las dos abuelas salieron tambaleándose con sus tacones altos y llevando en las manos unos gin-tonics y tabaco. Stan le dio una cerveza al padre de Jacob. El cielo se tiñó de rosa. Los cuatro chicos jugaban como si les fuera la vida en ello.

Jacob no podía recordar quién había ganado. Solo recordaba su pasión y su talento. Todavía le gustaba ver la mezcla de pasión y talento en cualquier tipo de empeño, ya fuera un deporte o un espectáculo musical. Los adultos guardaban un respetuoso silencio durante cada serie y, después, aplaudían como si estuviesen viendo un Grand Slam. Los chicos Delaney se nutrían con sus aplausos. Lanzaban los puños al aire. Soltaban rugidos de placer. Se dejaban caer sobre sus rodillas. Era como si Jacob estuviese formando parte de algo grande e importante.

—Una familia extraordinaria —se maravillaba el padre de Jacob cuando cruzaban la calle para sentarse ante su cena fría y una madre bastante enfadada—. Tu arbitraje ha sido de primera, Jacob.

Jacob pensó que a un hombre que disfrutaba tanto viendo a los hijos de otro competir en un partido de tenis en su patio trasero probablemente le habría gustado, al menos, tener un hijo deportista, en lugar de dos chicos intelectuales y tan faltos de coordinación.

El hecho de que Jacob tardara treinta y cuatro años en pensar esto decía algo de su padre.

«Tu arbitraje ha sido de primera, Jacob».

Justo cuando pensaba que tenía controlada esta pena, le golpeaba de lleno, como si acabara de recibir la noticia. Se llevó a la boca el dorso de una mano que todavía le olía al guiso de cordero y una pequeña mariposa blanca revoloteó tan cerca de él que sintió que las alas le rozaban la mejilla.

Su madre pensaba que cada mariposa que pasaba volando era su padre que le venía a saludar, lo cual le venía muy bien, porque había muchas mariposas en ese barrio tan arbolado.

«Hola, papá», pensó Jacob. No creía que la mariposa fuera su padre, pero, aun así, por si acaso. Vio cómo la mariposa subía por encima de la puerta de la casa de su madre. Planeó por debajo del alero, justo al lado del soporte metálico donde normalmente colgaba la cámara de seguridad. Se había roto con un granizo de la tormenta de hacía dos semanas.

«Sí, ya sé, papá. Gracias por recordármelo. La arreglaré. Voy a coger...».

Y, en ese momento, se detuvo en seco. Se giró, miró de nuevo la casa de los Delaney y se preguntó qué errores podría haber presenciado esa cámara desde ahí arriba, con su vista de pájaro.

49

El día de Navidad

Es el Santa Claus más espeluznante que he visto nunca —le dijo Troy a Amy.

Estaban sentados juntos, bebiendo champán en un sofá de tres plazas de piel marrón oscuro en la sala de estar de sus padres, viendo cómo un Santa Claus diminuto giraba la cadera al compás de *Santa Claus Rock* sobre la mesa de centro.

—Me está mirando con lascivia —contestó Amy.

—No lo apaguéis —dijo Logan mientras colocaba una escalera de mano bajo un aplique para cambiarle el globo—. He sugerido que a Santa Claus le vendría bien un descanso y mamá me ha llamado Grinch.

Era la primera vez que estaban todos juntos desde el dramático enfrentamiento con Savannah del octubre anterior, y también la primera vez en varios años que los Delaney habían celebrado la Navidad solamente con el núcleo de la familia: sin familia política, ni parejas ni amigos o primos.

Ningún desconocido que resultara no ser ningún desconocido.

De hecho, pensó Amy mientras daba un trago a su segunda copa de champán con el estómago vacío, un estómago tremendamente vacío, era posible que esta fuese la primera Navidad de los Delaney donde solo estaban los seis, porque de niños siempre habían estado las dos abuelas en la comida de Navidad, lanzando cumplidos pasivo-agresivos de un lado a otro de la mesa.

Parecía no tener sentido hacer celebraciones sin otras personas, como si el único objetivo hubiese sido siempre representar las fiestas para un público. ¿Por qué molestarse ahora? Ninguno era religioso y no había niños que se atiborraran de dulces y que se mostraran encantadoramente emocionados por la llegada de Santa Claus.

Pero parecía que la madre de Amy tenía la loca misión de hacer de esta Navidad la más navideña en la historia de la familia Delaney. Había decorado la ya abarrotada casa con una extraordinaria cantidad de adornos navideños recién comprados. Había colgado largas tiras de espumillón reluciente de manera indiscriminada por todas las

ventanas. Había una serie de idénticos adornos de muñecos de nieve sonrientes y peligrosamente colocados sobre la colección de pelotas de tenis firmadas. Había un nacimiento encajado en medio de los trofeos de tenis, de forma que Amy podía ver la cara sorprendida del niño Jesús reflejada en un trofeo del Torneo de Dobles Sénior Mixto de Bundaberg. Había bolas colgando de los picaportes, un jabón con forma de reno en el baño. A Steffi la habían obligado a llevar tintineantes cascabeles dorados atados a su collar, lo cual le resultaba claramente humillante. Ahora mismo estaba sentada bajo la mesita de centro, con la cabeza entre las patas, masticando taciturna un trozo de envoltorio navideño con la etiqueta aún visible. Decía: «Para: ¡Troy! De: Mamá y papá. ¡Con cariño!».

Joy llevaba puesto un vestido rojo nuevo y unos destellantes pendientes de árbol de Navidad y daba vueltas por la cocina preparando un almuerzo de increíble elaboración y que claramente superaba sus habilidades. Nadie tenía permiso para ayudarla en nada. Habían recibido la orden de no llevar nada aparte de su propia presencia y alcohol. Eran «personas que ya estaban bastante ocupadas con sus vidas». «Yo no soy una persona ocupada con mi vida», había protestado Amy, pero ni siquiera se le permitió que preparara brownies de chocolate.

Cuando llegaron, tres horas antes, se les había dicho que se quedaran en la sala de estar, donde todos tenían que sentarse y estar tranquilos. Resultaba de lo más estresante.

—¿Por qué no has venido hoy con tu joven amante? —Troy quitó del pelo de Amy un trozo de espumillón rojo. Él mismo tenía una bonita mancha de brillantina dorada en el pómulo, pero Amy no se lo dijo. Le parecía que le quedaba bien. Parecía una estrella de rock.

—No es más que un amigo —respondió Amy.

—Seguro que sí.

Los padres de Simon vivían en el campo, en una granja con ganado, un sitio horrible donde vivir, y Simon había ido a pasar con ellos las vacaciones de Navidad. Había invitado a Amy a ir con él, pero conocer a su familia en Navidad le habría dado la clara impresión de que era una novia normal y casi sintió un ataque de pánico solo con imaginarse todo aquel espacio infinito.

—Yo tengo la sensación de que falta alguien. —Troy miró a su alrededor, descontento, agarrando su copa de champán por el tallo—. No me parece que sea Navidad a pesar de todo este... horror. —Señaló los adornos.

—Lo sé —respondió Amy—. Yo estaba pensando lo mismo. No dejo de buscar a esa persona que falta.

—Creo que es Indira la que falta —dijo Troy—. La echo de menos.

—Yo también —contestó Amy. Indira era una estupenda invitada en Navidad, porque de niña no la había celebrado y, por tanto, no tenía reglas ni expectativas ni bagaje emocional respecto a esa fiesta. Siempre se emborrachaba un poco y cantaba villancicos maravillosamente. Ninguno de los Delaney sabía sostener una nota, así que se quedaban embelesados. Además, ella habría encontrado el modo de convencer a Joy para que la dejara entrar en la cocina para ayudarla.

—¿Has oído eso? —preguntó Troy a Logan desde el otro extremo de la habitación—. ¡Echamos de menos a tu novia!

Logan no le hizo caso y siguió desatornillando el viejo globo del aplique.

—¡Dile a Indira que vuelva! —gritó Amy—. ¡Te lo ordeno, campesino!

Uno de los juegos preferidos de todos cuando eran niños implicaba que los hermanos de Amy aceptaban ser sus «campesinos». Bueno, era uno de los juegos preferidos de ella. Todos tenían que hacer lo que ella les ordenara y recoger sus cosas. Amy no terminaba de creerse que siempre consiguiera salirse con la suya. Todavía recordaba aquella sensación deliciosa y enfermiza de poder cuando veía cómo Brooke le hacía obedientemente la cama.

Logan no se molestó siquiera en responder. Su poder había desaparecido hacía mucho tiempo.

Troy bajó la voz.

—No echo especialmente de menos a Grant.

—Yo echo de menos sus patatas asadas —repuso Amy.

—Joder, qué orgulloso estaba de ellas.

—Era para estarlo —respondió Amy—. Oye, ¿has notado que Brooke es...?

—Os oigo a los dos —dijo Brooke desde el suelo al lado del sofá, donde se había tumbado boca arriba sobre la moqueta con flores púrpuras para hacer un raro estiramiento en forma de pretzel. Brooke se había puesto un vestido sin mangas para agradar a su madre, que había dicho: «¡Ay! Qué bonito, aunque creía que hoy te pondrías el verde». Al menos, Amy había hecho el esfuerzo de acertar con el color poniéndose una minifalda vintage verde y una camiseta roja. «¡Cielo santo, pareces la novia de un mafioso!», había exclamado su madre. Los chicos llevaban la misma ropa de siempre, y su madre les había dicho a los dos que estaban guapísimos.

—Campesina que escucha a escondidas. —Amy dio una patada a su hermana.

—Te has olvidado de la revolución. —Brooke estiró un isquiotibial y, después, el otro—. Ya no somos tus campesinos.

Volvía a ser la Brooke de siempre. Eso era lo que Amy iba a decir. «¿Has notado que Brooke es la Brooke de siempre?». Volvía a hacer posturas aleatorias de yoga y estiramientos en el suelo. Resoplaba cuando se reía. Hablaba de cosas vulgares como el programa *The Bachelor*. La verdad era que parecía más alta. Quizá había estado encorvándose inconscientemente por Grant. «¡Niñas, nunca os encorvéis por un chico!», solía gritarles su madre, cosa que ella no tenía ni que plantearse.

Brooke se incorporó, con el vestido arrugado alrededor de las rodillas.

—Arrastra el culo —le ordenó Amy—. Ponte guapa. Como eras antes.

—Sigue siendo guapa —dijo Troy.

Brooke trató de arrastrarse de culo por la moqueta, pero no podía.

—Me van a salir rozaduras con la moqueta —dijo. Apoyó las manos sobre la espantosa moqueta—. Cuando papá muera, ¿cuánto creéis que tardará mamá en arrancar esto?

—Todavía estará caliente su cuerpo —contestó Troy.

Amy se estremeció.

—Eso es terrible.

—Mamá debería llamar a alguien para que la quiten —dijo Troy—. Imagina lo bien que quedaría esta habitación con un bonito suelo de madera.

—Papá siempre dice que le parece bien que se quite —intervino Logan—. Yo le he dicho que me encargo pero, luego, siempre cambia de opinión en el último momento.

—Es porque la abuela estaba muy orgullosa de ella —dijo Amy— Antes a esta habitación la llamaban la habitación buena. Pasó muchas horas trabajando para ahorrar y poder comprar esta moqueta después de que el padre de papá se fuera y a ella le parecía que este color era muy elegante.

—La abuela eligió este color —se maravilló Brooke—. Imaginaos cómo tuvo que ser esa elección.

Abrió las piernas a ambos lados en forma de uve y dejó caer la frente sobre la espantosa moqueta.

—Ay —se estremeció Amy—. No hagas eso.

—Los tres tenéis que estirar más —dijo Brooke sin levantar la cabeza—. ¿Os he contado que estoy en un equipo de baloncesto?

—¿En serio? —preguntó Logan desde la escalera.

—Me apetecía probar con un deporte nuevo —repuso Brooke desde

la moqueta.

Amy y sus hermanos intercambiaron miradas. No había ningún otro deporte aparte del tenis.

—Siempre me he preguntado cómo me iría en un deporte de equipos —dijo Troy—. El tenis es muy solitario.

—Porque se te da muy bien trabajar en equipo —comentó Logan.

—Se me da bien el baloncesto —señaló Brooke.

—Claro que sí —respondió Amy.

Se oyó un siniestro estrépito y un golpe en la cocina.

—¿Creéis que deberíamos probar de nuevo a ayudar a mamá? —Brooke se estiró aún más abajo, con la voz amortiguada por la moqueta—. Tengo bastante hambre.

—Sí, la verdad es que yo me siento un poco débil. —Troy se llevó el dorso de la mano a la frente.

—La última vez que he ido a la cocina me ha gritado. —Logan bajó de un salto de la escalera—. ¿Creéis que se dará cuenta si pedimos una pizza?

—Yo he abierto el horno para ver cómo iba el pavo y me ha dado un golpe en la espalda. —Brooke se incorporó con la cara enrojecida —. Literalmente me ha pegado. —Apuntó a Troy—. Tienes purpurina en la cara.

—Déjatela. Te queda bien —dijo Amy.

—¿Qué hace papá? —interrumpió Brooke.

—Está en su despacho —respondió Amy—. Viendo reposiciones de partidos de Harry. —Había estado en la puerta mirándolo, con la cabeza agachada, sus enormes hombros caídos, murmurando y tomando notas, Dios sabría con qué propósito.

—Es evidente que está encantado de pasar la Navidad con su querida familia —comentó Troy.

—Es por el regreso de Harry. Está obsesionado —observó Amy.

—Parece que ha alcanzado un nuevo grado de obsesión —repuso Logan—. Ahora que sabe lo que hizo mamá.

—Sí. Nunca le va a perdonar haberle quitado a su chico mimado —dijo Troy como si nada. Volvió a llenarse la copa de champán y la levantó hacia la luz.

—No se hablan —añadió Brooke—. Ni siquiera se miran.

—Es muy triste —comentó Amy y creía haber empleado un tono distraído, el que cualquiera usaría si sus padres no se hablaran el día de Navidad, pero vio que sus hermanos se ponían rígidos y en tensión. Intercambiaron miradas. Lanzándose advertencias en silencio. Así había sido desde el año de los pensamientos suicidas. Tenía entonces catorce años. Todo el mundo tenía pensamientos suicidas a los catorce

años. Por desgracia, Amy había escrito largas y sentidas cartas de despedida a cada miembro de su familia, que habían terminado encontrando, habían sido objeto de burla y nunca habían olvidado. Brooke decía que todavía tenía la suya «archivada», lo cual resultaba humillante (Amy había escrito mal la palabra «melancolía»). Así de paradójica era la naturaleza de la relación de los hermanos: podían burlarse de ella por la sensiblería y los errores gramaticales de sus cartas de suicidio a la vez que les aterraba que escribiera otras nuevas.

—No debes alterarte por eso —dijo Brooke con cautela, como si Amy estuviese balanceándose en el borde de un puente.

—¡No me voy a suicidar, solo me parece triste! —espetó Amy.

Brooke levantó las manos en el aire.

—Vale.

—¡No tengo diez años! ¡Si se divorcian, que se divorcien! —Apenas podía soportar pensarlo. Sus padres viviendo en casas separadas, probando nuevos cortes de pelo y nuevos pasatiempos. ¿Nuevas relaciones? En realidad, se sentía igual que lo habría hecho si se hubiesen divorciado cuando tenía diez años.

—Desde luego, son demasiado viejos para divorciarse —dijo Brooke—. ¿Qué sentido tendría?

—No son tan viejos —contestó Logan—. Esas cosas pasan.

—Debería haberles dado un cheque regalo para terapia de parejas por Navidad —dijo Troy, pensativo.

Le había regalado una bicicleta a su madre. Estaba claro que era una bicicleta, a pesar de que cada centímetro estaba cuidadosamente envuelto en papel dorado. «¡Una bicicleta!», había gritado su madre con las dos manos en el corazón cuando él la metió. «¿Cómo sabías que quería una bicicleta?».

Era un misterio cómo Troy sabía siempre qué deseaba cada uno.

—Tengo que comer —exclamó Amy—. Brooke, ve a decirle a mamá que tenemos que comer algo ahora porque te va a dar una migraña.

—Dile tú que tienes que comer porque te está dando un ataque de pánico —repuso Brooke.

—Dile que Logan tiene hambre —apuntó Troy—. No querrá que Logan pase hambre.

—Le dije que tenía hambre hace una hora —contestó Logan.

Steffi salió de debajo de la mesa y apoyó la cabeza en el regazo de Amy.

—¿Qué has sabido de Claire? —preguntó Amy a Troy mientras acariciaba las suaves orejas de Steffi. La exmujer de Troy había estado de vuelta en Australia para tratar de quedarse embarazada con los

embriones congelados y, hasta ahora, se había sometido a una ronda sin suerte.

—Está tomándose un descanso y volverá a probar el año que viene —respondió Troy—. Le quedan cuatro más.

—¿Tienes esperanzas de que se quede embarazada? —preguntó Amy—. ¿O de que no?

—Lo deseo por ella. No por mí. No quiero que ese tío críe a mi hijo biológico. No quiero eso bajo ningún concepto. —Hizo una pausa—. ¿Te he contado que le he conocido?

—¿Al cardiólogo? —preguntó Brooke—. ¿Cómo es?

Todos miraban a Troy, esperando su respuesta, apoyándole incondicionalmente a pesar de criticarle, a pesar de sus errores del pasado, de repente y misteriosamente, mostrándose todo lo cercanos que pueden ser unos hermanos. Amy recordaba aquel terrible día en que su padre salió del coche en medio de la autopista. En un momento habían estado todos peleándose, odiándose entre sí todo lo que se puede llegar a odiar a un hermano y después, de repente, el coche quedó en silencio y Troy agarraba la mano de Brooke y se miraban entre sí, esperando la reacción de su madre, unidos en su miedo.

—Es un gilipollas engreído —contestó Troy.

—Así son los cirujanos —sentenció Brooke.

—No es el adecuado para ella —señaló Troy—. Llama a Claire «mi bebé». Ella está intentando tener un bebé y él la llama bebé.

—Bueno, es una forma habitual de... —empezó a decir Brooke.

La alarma de incendios de la cocina empezó a sonar. Un acre olor invadió la casa y su padre entró en la sala de estar cojeando exageradamente, irradiando mal humor. Uno de los muñecos de nieve sonrientes se cayó del estante a la moqueta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Stan. Los miraba a todos como si fuesen niños.

—¡No pasa nada! —gritó Joy desde la cocina—. ¡Todo va bien! ¡Tranquilos! ¡Quedaos todos donde estáis!

Joy lanzó un trapo de cocina al detector de humos del techo para tratar de parar los pitidos. Ojalá Logan no hubiese instalado esa maldita cosa. Era demasiado sensible. Demasiado crítico con su forma de cocinar.

—No hay ningún incendio de verdad —le dijo al detector de humos. Cogió el trapo de cocina y volvió a lanzarlo. No acertó. Le aterrizó en la cara. Lo retorció formando una bola y lo volvió a lanzar —. ¡Solo es un poco de humo, cosa estúpida! No exageres más.

Había estado haciendo nueces con mantequilla y azúcar moreno como las que había preparado Savannah el día del Padre (¡le había dicho a Joy que la ensalada era pan comido!) y luego se había distraído tratando de quitarle los grumos a la salsa y, de pronto, las nueces se habían convertido en trozos negros y humeantes de desecho nuclear. ¡Sin previo aviso ni punto intermedio!

La comida seguía retrasándose cada vez más. Sus hijos no dejaban de interrumpir para preguntarle si podían ayudar, y ella no quería su ayuda porque, entonces, todos se meterían en medio y empezarían a hacer fastidiosas sugerencias y a darle órdenes: «No te molestes en hacer las nueces, mamá, ¿no es hora de poner las patatas?».

Era como si estuviese atrapada en una de esas pesadillas recurrentes que todavía tenía y en las que trataba de llevar a tiempo a uno de sus hijos a un partido, pero el coche se movía a cámara lenta. Se despertaba con el pie apretando con desesperación un acelerador imaginario.

Tiró la cacerola directamente a la basura. Se había estropeado para siempre. Todo se había estropeado para siempre. ¿Qué narices estaba tratando de demostrar con ese almuerzo tan elaborado y todos esos acompañamientos tan complicados y sofisticados? A nadie de su familia le gustaba siquiera el pavo. Ni las nueces. Se había hecho una imagen en la cabeza de un día de Navidad de color rojo, dorado y verde rutilante que, de alguna forma y por arte de magia, haría que volvieran a ser una familia.

—¿Vamos a comer hoy?

Stan estaba en la cocina, fulminándola con la mirada. Era la primera vez que le hablaba directamente desde hacía semanas, y eso era lo que había elegido decirle.

—Vaya, qué agradable —contestó ella—. No un «¿Puedo ayudarte en algo?», sino un «¿Vamos a comer hoy?».

—Todos te han estado ofreciendo su ayuda, pero tú te has negado a aceptarla —repuso Stan.

—No todos me han ofrecido su ayuda. Tú no me has ofrecido tu ayuda —respondió ella.

—Estaré encantado de hacer lo que sea si finalmente conseguimos comer en la mesa. Estoy a tu disposición.

«Estoy a tu disposición».

Era como ver a su maldita madre volviendo a la vida. Se solía sentar en esa cocina soltando una larga bocanada de humo de cigarro con mirada maliciosa y divertida mientras Joy cocinaba, sintiéndose estúpida y banal y hablando demasiado.

Joy no tenía pensado hacerlo.

Cogió el primer gato burlón de porcelana de la madre de Stan y lo lanzó con la potencia de su primer servicio contra la pared, decapitándolo con un corte limpio. Cogió el segundo e hizo lo mismo. Dio contra el borde del armario de la cocina y soltó una granizada de resplandeciente porcelana pintada a mano por toda la mesa.

Hubo un silencio.

—¿Te sientes mejor? —Stan arrastraba las palabras con el cruel desprecio de su madre—. ¿O quieres que te pase otro adorno?

La alarma de incendios volvió a dispararse de nuevo con su agudo, nítido e insistente aviso de peligro en el techo.

50

Ahora

Y, entonces, mi padre salió de la cocina aporreando el suelo con los pies. Bueno, aporreando el suelo y cojeando por su rodilla mala. Y volvió a meterse en su despacho con un portazo. Resultó que mi madre había destrozado dos adornos que eran de la madre de mi padre.

—Madre mía. ¿Tenían un valor sentimental para tu padre? —preguntó Roger Strout.

—Has dado en el blanco, Roger —respondió Amy.

A veces, tenía la impresión de que ella se burlaba un poco de él. Roger Strout era un antiguo ejecutivo de ventas de coches que había aceptado una indemnización por despido dos años antes, se había sacado un título de terapeuta y ahora trabajaba ofreciendo sesiones de psicoterapia seis días a la semana. A su exmujer le parecía un horror porque ¿quién en su sano juicio iba a aceptar la ayuda precisamente de Roger? No era de extrañar que hubiese una crisis de salud mental en el país. De hecho, muchas personas que no estaban en su sano juicio aceptaban la ayuda de Roger, precisamente de él, porque sí, porque había una crisis de salud mental en el país y personas de todos los ámbitos de la sociedad necesitaban ayuda con desesperación. Reservaba sus sesiones con tres meses de antelación. Era muy consciente de las limitaciones de su formación y experiencia y siempre tenía cuidado de no describir nunca a sus clientes como pacientes, porque no se trataba de una relación médico-paciente: era una colaboración.

Ahora mismo, Roger y Amy estaban sentados uno frente al otro, en idénticos sillones enormes tapizados en tela con el botón metálico en los reposabrazos que todos los clientes tocaban con sus dedos cuando estaban a punto de contarle algo importante.

El pelo teñido de azul de Amy estaba recogido en la coleta más apretada y bien peinada que había visto jamás, como si se tratara de un aspecto de su vida que ella sí podía seguir controlando.

En su última cita, había contado que su madre le había enviado un inesperado mensaje en el que decía que iba a estar «desconectada».

Amy se había pasado la sesión hablando de lo mucho que le gustaría desconectar también, quizá mudarse a un pueblo pequeño en el campo donde todos supieran su nombre, solo que, en realidad, odiaba el campo. No había aparecido en la siguiente cita y, entonces, la semana pasada, Roger se había llevado un susto de muerte cuando vio a Amy y a sus hermanos en las noticias de la noche de la cadena local suplicando información sobre su desaparecida madre.

—Y, luego, mi padre se negó a sentarse con nosotros en la comida de Navidad, que mi madre sirvió por fin a eso de las cuatro de la tarde, cuando ya estábamos todos muertos de hambre y bastante borrachos y, en fin..., fue un día de Navidad muy disfuncional. Pero, ya sabes, son cosas que pasan en muchas familias, ¿no?

—La Navidad puede ser estresante —respondió Roger, que había empezado el día de Navidad con una pelea a gritos a primera hora de la mañana con su exmujer por la hora de devolución de sus dos hijos. De lo más festivo.

—Ninguno de nosotros tenía precisamente muchas ganas de otro evento familiar y habíamos estado ocupados y distraídos durante el mes de enero. No digo que no estuviéramos en contacto con nuestros padres. Es decir, ¿con qué frecuencia ves tú a tus padres, Roger?

Roger hizo un sonido evasivo. Amy prefería no someterse a las reglas de la terapia y, en lugar de ello, fingía que eran viejos amigos que se veían para charlar y ponerse al día. Ella trataba de pillarle lanzándole repentinas preguntas personales que normalmente él conseguía esquivar. (La respuesta era que cenaba con sus padres todos los domingos sin falta).

—Pero eres hijo único —observó ella.

Él no recordaba haberle dado esa información.

—Bueno, como somos cuatro, todos pensamos que alguno habría pasado por la casa. Brooke y Logan siempre están yendo, solo que, al parecer, no lo hicieron durante unas cuantas semanas, cosa que podrían haber mencionado.

Dijo esto con el desdén alegre e infantil con el que suelen hablar unos hermanos de otros. Roger tenía una cliente que era una profesora de universidad extremadamente bienhablada, salvo cuando hablaba de su hermana mayor, momento en el que se transformaba en una niña pecosa y con trenzas: «Mi hermana consigue todo lo que quiere, Roger».

—Normalmente, mi madre es la que organiza los encuentros familiares, o viene a visitarnos o propone tomar un café, así que tardamos un poco en darnos cuenta de que no estaba poniéndose en contacto —continuó Amy—. Además, no es que mis padres estén

incapacitados. Son muy activos. Son más activos que yo. —Amy se tiraba de la tela de su pantalón—. Mi madre ni siquiera tiene setenta años todavía. Siempre la están describiendo en los periódicos como una «anciana». ¡No es una anciana! Deberían probar a devolverle un saque cuando está de mal humor.

Esbozó una sonrisa trémula al pensar en el saque de su madre.

—Mis hermanos y yo averiguamos que, cuando recibimos el mensaje de nuestra madre, ya había pasado una semana entera desde que alguno de nosotros se había puesto en contacto con ella, lo cual está mal. Porque sí que es un poquito anciana.

Se masajeaba las mejillas con la punta de los dedos.

—Me duele la mandíbula. La he tenido apretada desde que presentamos la denuncia de la desaparición. —Abrió y cerró la boca unas cuantas veces—. No dejo de pensar en mi sueño del conejo. —Le miró expectante.

—¿Tu sueño del conejo? —preguntó Roger. Había que estar muy alerta con Amy.

—Ya sabes. Mi sueño recurrente del conejo.

—Ah, sí. Ya me acuerdo —contestó Roger—. En el que te olvidas de dar de comer al conejo.

—Me olvido de que tengo un conejo y, en el sueño, de repente, me acuerdo... «¡Ay, Dios mío, tengo un conejo!», y salgo a la madriguera del patio de atrás y sé que el conejo va a estar muerto. —Se estremeció como si se tratara de un recuerdo real de un espantoso error.

Bajó la voz y le miró a los ojos.

—A veces, no es un conejo, sino un cachorro, lo cual es peor, aunque no sé por qué. Es muy injusto para los conejos.

Se llevó una mano a la clavícula a la vez que empezaba a respirar con más fuerza.

—Tus padres no necesitan que les des de comer, Amy —dijo Roger —. No son conejitos ni cachorros ni niños. Son personas adultas. Tu madre tenía derecho a desconectar.

«Suponiendo que de verdad enviara ella el mensaje». Roger había leído los periódicos. Sabía que habían encontrado el teléfono de su madre en la casa, lo cual quería decir que cualquier otro podría haber enviado el mensaje.

Roger se preguntó si sus limitaciones estaban a punto de ponerse a prueba, pues parecía posible, si no bastante probable, que el padre de Amy hubiese matado a su madre. Incluso para una persona con la salud mental más sólida podría suponer un trauma.

—Por cierto, te gustará saber que he roto con mi compañero de

casa —dijo ella, de repente—. No es que estuviésemos saliendo de verdad. Solo era sexo. —Le lanzó una mirada como si esperara sorprenderle.

—¿Por qué crees que me va a gustar saberlo? —preguntó Roger.

—Es demasiado bueno para mí —contestó ella—. Ha sido un buen apoyo con lo de la desaparición de mi madre. Me parecía que empezaba a estar en deuda con él y que nunca iba a poder devolvérsela. Como una hipoteca. Jamás podría tener una hipoteca.

—Bueno, ya sabes que las relaciones consisten en...

—Al principio, no me preocupé. Por lo de mi madre. Cuando no tuvimos noticias de ella. ¡Estaba encantada! Pensé, bien hecho, ahora te toca a ti.

Roger tardó un momento en contestar. No lo entendía.

—¿A qué te refieres con lo de «Ahora te toca a ti»?

—Era lo que antes hacía mi padre. Cuando yo era niña, siempre pensaba: ¿por qué no se marcha ella?

Roger tomó nota: «Padre: ¿se marchaba?».

Pero no dijo nada. Podía notar cómo las palabras se agolpaban en la mente de ella.

—Yo me enfadaba cada vez que mi padre se iba. —Se masajeó la mandíbula—. Pero me enfadaba aún más con mi madre por tolerarlo.

Roger esperó.

—Pero..., no sé. ¿Y si mi padre sí que ha hecho... lo que la gente dice? —Le miró con expresión implorante—. ¿Y si fue un accidente? Porque lo de mi abuelo..., lo que le hizo a mi abuela..., ¡podría ser genético! Porque eso que había hecho mi madre había sido horrible. Harry había sido para mi padre una de esas oportunidades irrepetibles. ¡Solo se te presenta una oportunidad así! Yo siempre había sabido lo que le había dolido a mi padre que Harry se fuera, sabía que él nunca lo había superado, podía verlo cada vez que aparecía el nombre de Harry y, entonces, ¡descubrimos que, en realidad, había sido mi madre! ¡Siempre había sido mi madre!

Roger escribió: «¿Abuelo? ¿Harry? ¿Una oportunidad única?

No podía agarrarse a un hilo de la conversación para darle sentido.

—Pero si mi padre lo ha hecho... No podría perdonárselo. ¿Y si me pide perdón? ¿Cómo se lo podría perdonar? ¡Pero es mi padre! ¿Cómo voy a abandonarle? ¿Y si me pide que actúe como testigo? ¿En el juicio?

Estaba rodando por una empinada y resbaladiza cuesta abajo de posibles catástrofes.

—¿De quién voy a ser testigo? ¿Cómo voy a elegir un bando? ¿Voy a la cárcel a visitarle? ¿Cómo se puede ir a visitar a la cárcel al asesino

de tu madre? ¡No se puede!

Dejó de hablar. Lo único que él podía oír era el pánico entrecortado y desesperado. Ella le miró a los ojos con un terror mudo. Ver a alguien sufriendo un ataque de pánico era como mirar a los ojos de alguien que está atrapado tras un cristal, ahogándose delante de ti.

—Respira conmigo. —Roger dejó a un lado su cuaderno y cogió una figura de madera tallada de un elefante que estaba junto a la caja de pañuelos—. Concéntrate en esto. Siente la curva de su tronco. Concéntrate en la suavidad, en la aspereza. —Vio cómo las manos de ella recorrían la superficie en relieve del elefante.

—Tigre —susurró Amy y, por un momento, él no la entendió. Pensó: es un elefante, no un tigre. ¿Tenía algo que ver con el sueño del conejo? Pero entonces recordó que, en su primera sesión, ella había bromeado con que cada terapeuta al que había visto quería hablar del tigre cuando le describían la reacción de lucha o huida.

El tigre dientes de sable. Amy estaba tratando de decirle que estaba ahí. Saltando sobre su cuello.

51

*N*o hay antecedentes penales —dijo Christina—. Ni pruebas de violencia ni amenazas. Ningún seguro de vida.

—Pero sigue habiendo beneficio económico —apuntó Ethan—. Habían cobrado todo lo de la venta de la escuela de tenis. Él estaría en mejor situación económica que si se divorciaban.

—No hablo de los Delaney. A lo que me refiero es a que podrías haber dicho todo lo anterior sobre este encanto. —Clavó un dedo sobre el periódico de la mesa.

El cadáver encontrado entre los matorrales había sido identificado como Polly Perkins. Polly era una mujer que había vivido en un barrio cercano al de Joy Delaney. Treinta años antes, el marido de Polly le dijo a todo el mundo que su mujer le había dejado y que había vuelto a Nueva Zelanda. Había dejado una nota «fría y cruel». Las mujeres del barrio habían sentido pena por él. Le habían llevado guisos y tarta de zanahoria.

Lo cierto era que el profesor Andrew Perkins había golpeado a su primera mujer, Polly, en la cabeza con la nueva plancha de vapor Sunbeam, después de que él le hubiese prohibido expresamente que la comprara porque estaba sometido a un «importante estrés económico» en aquel entonces. En su confesión completa y sincera admitió con tristeza que «en realidad, no tenía intención de darle tan fuerte». Había enterrado el cuerpo de su esposa en el campo, a poca distancia en coche de su casa. De no haber sido por los movimientos de tierra provocados por la tormenta, Polly continuaría allí. Polly se había distanciado de una familia disfuncional y desperdigada pero su mejor amiga de Nueva Zelanda había denunciado su desaparición. Con el paso de los años, esa mujer había tratado valientemente de hacer que la policía australiana se interesara por su amiga desaparecida, pero sirvió de poco. Los registros mostraban solamente una visita de unos agentes de la policía a la casa de los Perkins, tres años después de que Polly «se fuera». Los dos agentes habían disfrutado de un trozo de tarta de zanahoria que había hecho la amable vecina que se había convertido en la segunda esposa de Andrew Perkins.

La segunda esposa había usado el arma homicida para planchar las camisas de su marido durante más de veinte años antes de que este le

diera permiso para comprar una nueva.

Esa semana, ella le había hablado a la policía de un patrón de conducta ininterrumpido que implicaba violencia económica, verbal y física y que la había convertido en una prisionera dentro de su casa.

—Este hombre ha disfrutado de treinta años de libertad tras asesinar a su mujer. Fácilmente podría haberse ido a la tumba sin que se hiciera justicia. —Christina apretó el dedo contra la cara homicida y bien alimentada del marido—. Puede que todavía no tengamos el cuerpo de Joy Delaney, pero...

Sonó su teléfono. Probablemente era lo mejor. Había hablado con demasiada emoción en su voz. Era el agente Pete Novak, el coordinador de la búsqueda.

—Hemos encontrado una prenda de ropa en la reserva detrás de la casa de los Delaney que seguro que quieres ver: naranja, roja y amarilla. Gerberas.

—¿Es la de...?

—Sí —respondió Pete—. Está cubierta de sangre.

52

Gracias por venir hoy, señor Delaney —dijo Christina.

Ethan notó que se comportaba con actitud profesional: nada agresiva. Parecía estar hablando con la autoridad amable e imparcial de un especialista médico que ha pedido a un paciente que vuelva para una cita importante de seguimiento.

—Ya conoce al agente Lim, claro.

Señaló a Ethan. Stan miró a Ethan y asintió a la vez que cruzaba los brazos sobre su fornido pecho.

—Sí.

La mujer de Stan Delaney llevaba diecinueve días desaparecida. Los arañazos de la cara ya se le habían curado por completo. Ethan notó que se había afeitado para el interrogatorio y que se había puesto una camisa formal. Sin corbata. La camisa estaba planchada. Parecía un respetable miembro de la comunidad. No tenía representante legal. Resultaba difícil imaginar que este hombre tuviese nada que ver con una camiseta empapada en sangre.

Estaban en la sala del REIPS de la comisaría. REIPS eran las siglas de Registro Electrónico de Interrogatorios a Personas Sospechosas y eso quería decir que todo ese interrogatorio estaba siendo grabado tanto en audio como en vídeo. Ethan estaba sentado en un rincón, observando y controlando el equipo de grabación.

«¿De verdad quieres ser policía? —le había preguntado su hermano la primera vez que habló de ingresar en la policía—. ¿Dirigiendo el tráfico?».

El hermano de Ethan era actuario. Estaba sentado en una oficina municipal ahora mismo resolviendo ecuaciones matemáticas mientras Ethan ayudaba a resolver un posible asesinato, y su hermano pensaba que él había elegido mejor profesión.

Christina hizo algo rápido y complicado con su pelo para estirárselo más por detrás.

—Señor Delaney, me gustaría repasar de nuevo la cronología.

—De acuerdo —asintió Stan. Irguió la espalda, descruzó los brazos y apoyó los puños cerrados sobre las piernas. «Pues venga», parecía decir—. ¿Qué quiere saber?

«Stan Delaney es magnífico en la pista —les había dicho a Christina

y a Ethan uno de los socios del club, un hombre que estaba deseando contarles que creía que Stan había enterrado el cuerpo de su mujer bajo su pista de tenis—. Es despiadado. Calculador. Feroz. Pone una expresión en su cara que hace que la sangre se te hiele».

Christina bajó la mirada a sus notas como para comprobarlas, aunque Ethan estaba seguro de que se sabía la cronología de memoria.

—Usted se despertó esa mañana del día de San Valentín y no vio a su mujer.

Ethan se había sentido intimidado por la alguacil superior Christina Khoury cuando empezó a trabajar con ella. Creía que le consideraba un idiota. Tenía una forma de mirarle como si le estuviese midiendo y le encontrase insuficiente. Pero él ya se había acostumbrado a esa mirada. Le dedicaba la misma mirada a su café cada mañana y a ella le encantaba el café.

(La tía de Ethan decía que su hermano y él se sentían intimidados por las mujeres porque sufrían un terror inconsciente a desagradarlas debido al hecho de que su madre se había ido cuando eran pequeños. Ethan y su hermano estaban de acuerdo en que eso era una absoluta estupidez. No se lo decían a su tía a la cara, por supuesto).

—Dormíamos en habitaciones separadas —respondió Stan a la pregunta de Christina sin apartar la mirada.

—¿Eso era una novedad? —preguntó Christina.

—Una novedad relativa, sí.

Ella consultó sus notas.

—¿Y usted salió a comprar leche a primera hora de la mañana?

—Sí —respondió Stan—. Nos habíamos quedado sin leche. También compré el periódico.

—Bien. ¿Y volvió a casa pero no vio a la señora Delaney?

—No de inmediato. Estuve leyendo... una cosa en mi despacho.

Eso era nuevo. ¿Leyendo qué?

Ethan se inclinó hacia delante. Christina hizo lo mismo.

—¿Qué estuvo leyendo?

—Cosas de papeleo.

—¿Qué tipo de papeleo?

Stan se encogió de hombros.

—Nada importante.

Ethan notó que mentía y supo que Christina también se había dado cuenta. Vio cómo ella esperaba. Estaba inmóvil. Él se preguntó si el corazón de ella se aceleraba como el suyo. Stan no dijo nada. Quizá el de él era el corazón que latía más rápido en esa pequeña habitación.

—Bien —dijo Christina un momento después—. Entonces, estuvo leyendo esos «papeles» y, después, oyó la puerta de la calle.

—Sí —respondió Stan—. No sé adónde había ido. Pero la oí entrar. Y, después, fui a hablar con ella, a la cocina. Estaba bebiéndose un vaso de agua. Parecía... nerviosa por algo.

—Y fue entonces cuando discutieron.

—Exacto.

—¿Por qué?

Él volvió a cruzarse de brazos. A la defensiva.

—Fue una discusión normal entre un marido y una mujer.

—Teniendo en cuenta que su mujer se fue de casa y lleva ya casi tres semanas desaparecida, yo diría que fue algo más que una discusión normal entre un marido y una mujer, señor Delaney.

Por primera vez, Ethan notó agresividad en su voz: un indicio de algo mayor y más amenazante, como un rápido destello de la aleta de un tiburón.

Pero Stan ni siquiera pestañeó.

—Así que esa mañana, tras su discusión «normal», usted salió de casa y no regresó... ¿hasta qué hora?

—Sobre las diez de la noche. Como ya le he dicho. Muchas veces.

—¿Y adónde fue ese día?

—Estuve por ahí con el coche. Como ya le he dicho. Muchas veces.

—Por ahí con el coche.

—Estaba enfadado.

—¿Por qué?

Ethan podía notar que la frustración de Stan se elevaba como agua hirviendo, que era exactamente lo que Christina quería. Estaba aumentando poco a poco la temperatura.

—Estaba enfadado porque había discutido con mi mujer.

—Pero no recuerda por qué discutieron.

Volvió a descruzar los brazos y se inclinó hacia ella. Era un hombre grande.

—No, eso no es verdad. Yo nunca he dicho eso. Sí que recuerdo por qué discutimos, pero es algo personal. Mi matrimonio es privado. No es asunto suyo. No es relevante para su investigación.

Hacía falta ser un cierto tipo de hombre para decirle a una inspectora de la policía: «No es asunto suyo».

—Si está preocupado por su mujer, quizá podría dejar que decidamos nosotros qué es relevante —respondió ella.

Stan se encogió de hombros igual que hacía su hijo. No dijo nada.

—Así que usted volvió y ella no estaba.

—Sí.

—Pero no llamó a nadie. No llamó a uno solo de sus hijos. No llamó a ningún amigo. No la llamó a ella.

Él levantó ligeramente el mentón.

—Habíamos discutido. Como ya le he dicho. Sabía que ella estaba enfadada conmigo. Supuse que se habría ido a casa de alguien y que volvería al día siguiente.

—Pero no volvió.

—No, no volvió —repitió Stan.

—¿Hubo alguna infidelidad en su matrimonio? —preguntó ella.

Las fosas nasales de él se abrieron y cerraron.

—No.

Christina pasó una página de su cuaderno. Puro teatro.

—Tengo entendido que su hija menor sorprendió a su mujer con otro hombre en una fiesta.

—Eso fue hace mucho tiempo. Joy había bebido mucho ponche y besó a Dennis Christos. Apenas se puede decir que fuera una historia de amor. El pobre ya está muerto, de todos modos. Según mi mujer, yo le maté. —Stan frunció el ceño al darse cuenta de lo que había dicho—. No le maté literalmente. Tuvo un ataque al corazón. —Sorbió por la nariz—. Tampoco debió haber besado a mi mujer, por cierto, pero, como ya he dicho, eso fue hace mucho tiempo.

El resentimiento puede durar toda la vida, pensó Ethan.

Stan señaló con el mentón la libreta de Christina.

—¿Mi hija le ha contado eso? ¿Lo de que Joy besó a Dennis en la fiesta?

—Su antiguo yerno, Grant Willis.

Stan dejó de fruncir el ceño.

—Vale. Eso tiene más sentido.

—¿Se refiere a que su hija quiere protegerle?

No respondió.

—Supongo que todos sus hijos quieren protegerle.

—No necesito protección —respondió Stan—. Porque no he hecho nada malo.

—La joven que estuvo viviendo con ustedes el año pasado, creo que era la hermana pequeña de un antiguo alumno —dijo Christina—. La hermana de su alumno más famoso.

El rostro de él se endureció.

—No hubo ninguna aventura, si es eso lo que está pensando. Sé que eso es lo que la gente ha estado diciendo. Es ridículo.

—Hace poco hemos sabido que, mientras Savannah vivía con ustedes, reveló cierta información. Una información que, según tengo entendido, les impactó.

Stan se apretó el labio inferior entre el índice y el pulgar.

—¿Quién le ha dicho eso?

Christina no respondió. Ethan vio cómo él trataba de averiguar cuál de sus hijos había dado un posible móvil de asesinato.

—Su mujer le traicionó, ¿verdad? Le dijo al padre de Harry Haddad que lo mejor era que se fuera con otro entrenador.

—Yo no utilizaría la palabra «traición» —contestó él.

—¿No? Tengo entendido que esa es exactamente la palabra que usted utilizó. —Mantuvieron la mirada fija el uno en el otro. Daba una perversa sensación de intimidad, como si estuviesen a punto de besarse.

Los ojos de Stan Delaney, marrones y con pestañas oscuras, eran jóvenes y recelosos en el rostro de un hombre mayor. ¿Había sido la rabia violenta de un hombre joven la responsable de los impensables actos de ese hombre viejo?

—¿A qué se refiere? —preguntó con voz trémula. Se estaba rompiendo. Por fin.

—Usted le dijo a su mujer que nunca se había sentido tan traicionado.

—¿Quién le ha dicho eso? —La mandíbula de Stan se movía adelante y atrás, como si estuviese apretando los dientes. Ethan ya no veía al hombre joven, solo al viejo. Un hombre viejo que se preguntaba cuál de sus hijos le creía capaz de asesinar.

—Me dicen que su esposa quizá no había sido fiel. Me dicen que le traicionó profesionalmente. —Christina entraba ahora a matar—. Usted perdió los nervios. Es comprensible. Harry Haddad podría y debería haber sido su mayor éxito profesional. Su mujer le arrebató esa oportunidad y lo mantuvo en secreto.

Acercó la fotografía de la camiseta ensangrentada por encima de la mesa.

—Señor Delaney, hemos encontrado esta camiseta enterrada entre los matorrales que hay detrás de su casa —dijo—. ¿La ha visto antes?

El color desapareció de su cara.

—Enterrada —repitió Stan Delaney—. ¿Cree que yo he enterrado la camiseta de Joy?

—¿Lo hizo?

—No.

—¿Reconoce la camiseta?

—Es la camiseta de mi mujer. Seguro que eso ya lo sabe —respondió Stan. Apartó la fotografía de él, con desdén, como si no significara nada para él—. Está manchada con la sangre de mi mujer. Probablemente eso también lo sabe.

El tono de Christina era ahora casi jocoso.

—Señor Delaney, esto no pinta muy bien para usted. Creo que le

vendría bien centrarse en su última conversación con su mujer.

Stan suspiró. Inclinó la cabeza hacia atrás, metió los pulgares en los bolsillos de su pantalón y se quedó mirando al techo.

—Yo creo que lo que me vendría bien es cerrar la boca y buscarme un abogado.

53

El día de San Valentín

Eran las siete de la mañana y Joy no veía motivos para levantarse de la cama. No había nada urgente que hacer. Iba a ser un día más, igual que el de ayer y el de antes de ayer. La humareda que había al otro lado de su ventana era tan gris y oscura como un cielo de pleno invierno, salvo por ese sol rojo intenso de verano que quemaba como una colilla de cigarro.

Joy no había sufrido nunca asma, pero recientemente había descubierto que daba pequeñas y superficiales bocanadas de aire, como si fuese una dama. ¿Era por el humo o por el estado de su matrimonio?

Hacía meses que Savannah se había marchado y no le parecía que nada se estuviese aliviando ni ablandando. Al contrario: la rabia se iba endureciendo y solidificando.

Stan y ella ya habían pasado antes por épocas malas. La diferencia era que ahora no había distracciones: ni trabajo ni hijos. Cuando eran más jóvenes no había tiempo para obsesionarse ni darle vueltas a la cabeza con que el otro había hecho algo malo. Estaban demasiado cansados para seguir afilando los bordes de sus sentimientos heridos.

Ahora estaban atrapados en esa casa grande, vacía y silenciosa y no había modo de escapar del conflicto invisible pero tangible que había entre los dos. Joy sentía que podía distinguir su contorno en el aire.

Enero había sido un mes especialmente malo por el Abierto de Australia. El regreso de Harry Haddad había sido un verdadero desastre tras una «derrota sorprendente» (algunos incluso habían llegado a hablar de «derrota bochornosa») en la primera ronda contra un canadiense de diecinueve años que no era cabeza de serie. ¡Diez dobles faltas y más de ochenta errores no forzados! Harry y su nueva entrenadora, Nicole Lenoir-Jourdan, se separaban. Joy no había visto el partido, pero había pasado por la sala de estar y había visto a Stan agarrado a los lados de su silla, chisporroteando con tanta furia y angustia que parecía la personificación de un cable eléctrico. Si le hubiera tocado, habría saltado por los aires.

Ahora, si uno de ellos entraba en la habitación y veía ahí al otro,

volvía a salir. Hablaban solo cuando era necesario. No habían dormido en la misma habitación desde que Savannah se había ido.

Stan dormía en un colchón en el suelo en la antigua habitación de Logan. El dormitorio de Amy habría sido más cómodo, pero quizá no quería acostarse donde había dormido Savannah, así que bien por él, le dejaba las cosas claras. Joy estaba segura de que le iba a doler la espalda. Esperaba que le doliera. ¿Significaba eso que el amor se había acabado por fin? Parecía posible que no quedara ya ni una gota. Estaba tan seca y vacía como su césped tan necesitado de lluvia.

Oyó el sonido del agua corriendo en alguna parte de la casa. Había dejado de cocinar después de Navidad, para ver si Stan se ofrecía a preparar algo, a poner una tostada o a pedir comida a domicilio, pero no había pronunciado ni una palabra.

Se alimentaban en silencio como si fueran compañeros de piso, entrando y saliendo de la cocina, limpiando las encimeras, enjuagando los platos, dejando las mínimas pruebas posibles de su presencia, como si fuese esta una de las reglas de la competición. Stan parecía estar sirviéndose de las latas de espaguetis y alubias cocidas de la despensa. Joy se alimentaba, sobre todo, de tostadas; a veces, hervía un huevo.

Se sentía frágil y temblorosa, agotada y constantemente al borde de las lágrimas. Le recordaba a las semanas posteriores a cuando acababa de tener un bebé o había perdido a algún ser querido.

Joy no sabía a qué dedicaba su tiempo Stan. Parecía estar haciendo algo en su despacho. Cuando ella pasaba, veía algún destello de él con el ceño fruncido sobre sus gafas mientras pasaba con gesto solemne las páginas de algún documento. ¿Los papeles del divorcio? Además, ¿por qué lo llamaba «su» despacho? Cuando los niños eran pequeños siempre lo llamaban «el despacho de papá», aunque fuera Joy la que se encargaba de llevar el negocio.

Pero todos tenían que fingir que, como Stan era el hombre, lo que fuera que él hacía era automáticamente más importante y merecía mayor prioridad que cualquier colaboración de la señora bajita.

«Pues vete a la mierda, Stan».

Lo de los insultos en su cabeza era un nuevo y satisfactorio avance. Cuando tenía treinta años, Joy había supuesto que, para cuando llegara esta época de su vida, nada tendría tanta importancia, sus emociones estarían amortiguadas y reblandecidas, tanto como la piel de la cara de una anciana. La violencia de sus pensamientos la sorprendía y la despertaba. Suponía que esas palabras no irían desde su cerebro hasta su lengua, pero nunca se sabía.

Se imaginaba a sus hijos oyéndola hablar de esa forma. Así

aprenderían.

Estaba haciendo un experimento. Había dejado de llamar a sus hijos. Estaba harta del modo impaciente y apresurado con que respondían a sus llamadas. Estaba harta de ser la que organizaba cada encuentro familiar. Habían pasado ya siete días desde que había hablado por última vez con alguno de sus hijos. Había dado por supuesto que sus hijos más cumplidores, Logan y/o Brooke, ya habrían dado señales, pero no.

Hipótesis: a mis hijos les da igual.

Conclusión: a mis hijos les da igual.

Sus amigas estaban también calladas y ocupadas con sus propias vidas. Caro tenía a Petra, su hija, que había venido de Copenhague con sus hijos. Se oían risas infantiles en el jardín de Caro que se filtraban por la ventana de Joy. Caro no debería permitir que esos niños jugaran fuera con ese aire tan lleno de humo. Otras dos amigas acababan de estrenarse como abuelas: un nieto y una nieta. Joy les había enviado tarjetas de «¡Felicidades por tu nieto/ nieta!». Guardaba un montón de ellas en un cajón y, cada vez, elegía con tristeza el género adecuado cuando se enteraba de la feliz noticia.

Trató de pensar en qué hacer ese día. Sus ojos recorrieron una espantosa mancha marrón del techo de su dormitorio. Nunca la había visto. Parecía sangre, pero sabía que no era más que agua de lluvia de alguna tormenta de hacía tiempo. Llevaba muchísimo tiempo sin llover.

Tenía que levantarse. No se movió. Sus manos se apretaban a la sábana de abajo. «Vamos, Joy». Tenía dos uñas rotas y todo el rato se le enganchaban de forma muy molesta con la sábana. No encontraba las tijeras de las uñas, aunque sabía que había comprado unas nuevas apenas dos semanas antes. Las uñas se le rompían ahora con mucha facilidad. Como los huesos de las personas ancianas. Como su corazón de anciana. Ella no era una anciana. Ni siquiera tenía setenta años. Antes de Navidad, había vencido a una buena jugadora de cincuenta años, 6-4, 6-2. Pero ese año no había vuelto al club. No parecía tener energías.

No tenía deseos de suicidarse, para nada, pero por primera vez en su vida se sorprendía pensando que quizá ya se había hartado. Que no merecía la pena seguir intentándolo. Quería estar con sus abuelos. Quería a su madre.

Se imaginó sus caras iluminándose cuando atravesara las puertas de llegada del más allá. Sería agradable volver a verlos. Correría a abrazarlos. Tendría que llevar puesto algo bonito por su madre.

Ese día era San Valentín. Un día para celebrar el amor. Stan y ella

nunca habían prestado mucha atención al día de San Valentín. Era una fiesta americana, pero parecía que cada año se le daba más importancia: rosas rojas, bombones y ositos de peluche. Hombres vestidos de traje llevando ramos de flores. Joy no quería rosas rojas, pero sí le habría gustado un marido que siguiera compartiendo su cama.

Se puso boca abajo y apretó la cara contra la almohada. Si empezaba a llorar, quizá no pararía nunca.

—Levántate —dijo contra la almohada—. Levántate ya.

Pensó en su madre relatando una mañana cuando Joy era una bebé. La guapa y sensata Pearl Becker se despertó una mañana y no podía levantarse de la cama. Apenas podía levantar la cabeza de la almohada. «Era como si tuviese bloques de hormigón atados a mi cuerpo», le dijo a Joy. Cuando oyó al lechero en la puerta de la casa (¡Qué tiempos tan buenos eran aquellos!) le gritó para que buscara ayuda y, así, llegó el médico para examinarla. Un médico que hacía visitas a domicilio: qué tiempos tan buenos eran aquellos, sin duda. El médico dijo que probablemente tendría alguna especie de «deficiencia de vitaminas» y que tenía que «levantarse y ser fuerte por su bebé».

Por supuesto, no eran unos tiempos tan buenos porque ahora, gracias a los conocimientos que hay en la actualidad, cualquiera que no sea experto le habría diagnosticado a su madre una depresión, aunque Pearl se negaba a aceptarlo. «Ah, no, fue algo físico, Joy. ¡Yo no tenía motivos para estar triste! —decía—. ¡Te tenía a ti! ¡Una bebé preciosa! Lo habrías sido más si no hubieses tenido esa cabeza grande y redonda, calva como una bola blanca, pero eras una cosita muy dulce». Su madre era experta en clavar diminutas cuchillas disimuladas con agradables cumplidos, de forma que no notabas la sangre hasta después.

«¡Y tenía un marido guapo!». Eso fue antes de que el marido guapo se fuera a «ver a un amigo» para no volver jamás.

Joy sentía las piernas quizá tan pesadas como su madre las había sentido aquella mañana tan lejana, pero el corazón le latía a toda velocidad. ¿Era una señal de depresión mezclada con ansiedad? ¿Era eso lo que sufría Amy? Un dolor atenuado le atravesaba la frente. Ella nunca tenía dolores de cabeza. El universo debía de haber tomado la decisión de que ya era hora de que experimentara lo que sus dos hijas sufrían.

¿Por qué tenían que sufrir sus dos hijas esas enfermedades invisibles que nadie parecía entender?

«Yo le sugeriría que actuara con mano más firme», dijo el médico de cabecera con un divertido movimiento de un dedo delante de Amy.

Y después: «¿Puede que esta sea un poquito hipocondriaca? ¿La retoña de la familia? ¿Que le guste llamar la atención?». Había guiñado un ojo a Joy por encima de la cara pálida y afligida por el dolor de Brooke. Los ojos de otra hija que suplicaban a Joy un alivio que no le podía dar.

Era fácil cuando llevaba a los niños para que los viera. Sus enfermedades eran masculinas, visibles y curables: toses, narices congestionadas, salpullidos y huesos rotos.

El médico de cabecera no sabía nada de salud mental ni migrañas. Ni siquiera los especialistas parecían saber mucho más y eran aún más caros y condescendientes. Pero ¿por qué se mostraba Joy tan cortés ante su ignorancia? ¿Tan dócil y agradecida? «Gracias, doctor. Estoy segura de que tiene razón, doctor». Y, luego, volvía al coche con una hija triste a su lado y las niñas malinterpretaban su frustración por su propia impotencia como rabia hacia ellas, y se culpaban a sí mismas lo mismo que se culpaba ella.

Aquel médico ya estaba muerto. También, por lo menos, uno de los especialistas, por lo que ella sabía.

Una rabia inútil dirigida a unos hombres muertos desde hacía mucho tiempo la impulsó a salir de la cama y meterse en la ducha. Mientras se duchaba, la rabia se fue acumulando y avivando. En la ducha solo estaba ahora su champú y su gel. No había rastro de ningún marido. Stan estaba usando el otro baño.

Quizá había llegado el momento de aceptar por fin la derrota en ese matrimonio: reunirse en la red, estrecharse las manos, darse una respetuosa palmada el uno al otro en el hombro, saludar al público y marcharse.

Se frotó la cabeza con fuerza. Clavaba las uñas en el cuero cabelludo.

Pensó en todas las perogrulladas que Stan y ella les habían enseñado a sus hijos y sus alumnos.

«Todavía puedes atacar después de un punto de partido».

«Si quieres superar una mala racha vuelve a analizar tu juego».

Era una luchadora. Era una ganadora. Era Joy Delaney. No se iba a dar por vencida con ese matrimonio. Ese día pasaría a la acción con decisión y agresividad.

Un crujiente de manzana, eso iba a hacer. A veces, Stan se podía poner obtuso, pero entendería el simbolismo de Joy preparando el plato estrella de su madre. Probaría con la sugerencia de Savannah. Había una botella de whisky en el fondo de la despensa.

Se tomó dos comprimidos de paracetamol para el dolor de cabeza. Se cepilló los dientes el doble de tiempo de lo que solía. Se secó el

pelo con el secador y el cepillo grande y redondo que Narelle le dijo que debía utilizar, pero que ella evitaba porque hacía que le doliera la muñeca. Se puso un vestido que le favorecía, uno que Stan había descrito generosamente como «muy bonito». Lápiz de labios.

Salió al dormitorio sintiéndose especialmente cohibida. La casa estaba en silencio. ¿Estaba él allí?

—¿Stan? —gritó. La voz se le quebró. Seguro que él le respondería —. ¿Stan?

No hubo respuesta. Fue a la habitación delantera y retiró la cortina. El coche no estaba. Había salido temprano. Se preguntó adónde. En fin. Era una estupidez molestarse porque él no le hubiese dicho que iba a salir, porque así era como vivían ahora, pero, aun así, sentía un nuevo dolor en el corazón, tierno y blando como una fruta estropeada.

Fue a la cocina, encendió el hervidor para hacerse una taza de té y abrió la nevera para sacar las manzanas para el crujiente.

Había comprado cinco manzanas Granny Smith verdes y gordas cuando fue a hacer la compra el jueves, pero ahora solo quedaba una, dando vueltas tristemente en el cajón de las verduras.

Stan se las había arreglado para comerse cuatro manzanas en dos días.

Pensó en volver a meterse en la cama y abortar la misión.

No. Levantó el ánimo. Se acercaría a la tienda que había junto a la estación del tren a comprar más. Siempre abrían temprano.

Solo que Stan se había llevado el coche y tardaría una eternidad en ir andando hasta allí.

Soltó un leve gruñido de frustración.

Steffi, que estaba tumbada en su lugar preferido y fresco junto a la puerta de atrás, levantó la cabeza, inquisitiva, golpeando la cola contra el suelo.

—Lo estoy intentando, Steffi —dijo Joy—. Pero es que él se ha comido todas las manzanas y se ha llevado el coche.

Tuvo un momento de inspiración. ¡Se pondría unos pantalones cortos y cogería su bicicleta nueva para ir a la tienda! Hasta ahora solo había dado una pequeña vuelta por el callejón. Le encantaba la idea de tener una bicicleta, pero lo cierto era que el tráfico le ponía nerviosa. ¡Se enfrentaría a sus temores! Enfrentarte a tus temores es de lo más estimulante. O eso dice todo el mundo.

Media hora después, estaba en la tienda con piernas temblorosas, soltando el dinero por cuatro manzanas Granny Smith carísimas. Como siempre, fue simpática con el hombre de la tienda, a pesar de que él la miraba con el ceño fruncido, como siempre (¿por qué la

odiaba tanto?). Metió las manzanas en la cesta y emprendió el camino de vuelta a casa. Tenía que darle fuerte a los pedales para subir la cuesta. En todos los años que llevaba viviendo allí nunca se había dado cuenta de que esa calle tenía una inclinación similar a la del monte Everest.

Alguien tocó el claxon y ella se sobresaltó. La bicicleta viró bruscamente y la rueda delantera golpeó con fuerza contra la cuneta. Enderezó el manillar, se recompuso, bajó la mirada y vio que la rueda delantera estaba completamente desinflada.

—Por el amor de Dios, ¿y ahora qué?

Lanzó la bicicleta al suelo, con fuerza, como una niña. Se quedó quieta, con las manos en la cintura, respirando con fuerza y mirando la bicicleta y las manzanas. Dio una patada a una de las manzanas como si fuese una pelota. Rodó lánguidamente durante una corta distancia. No iba a hacer crujiente de manzana ese día. Ni nunca más.

Así que se acabó.

Se puede elegir el golpe adecuado, se puede tener un buen giro de muñeca y una buena técnica, se puede hacer todo bien y, aun así, fallar. Ningún jugador, por muy bueno que sea, consigue dar el cien por cien en sus golpes.

Algunos días se pierde. También habían machacado a los niños con eso. Se puede ser un número uno del mundo, puedes ganar y ganar y ganar, pero es inevitable: al final, pierdes.

Recorrió andando el resto del camino hasta casa, agarrando el casco por la correa. El coche estaba en la entrada. Volvería a por la bicicleta cuando se hubiese calmado. Dentro, la casa estaba en silencio, pero podía sentir la presencia escondida y malhumorada de su marido. Joy tenía la camiseta pegada a su cuerpo sudado y su humor tan irritable y enfadado como el del espantoso gato ladrón de Caro. Fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió hasta el fondo.

—Quizá deberías leer esto.

La voz de Stan, de repente muy grave y alta detrás de ella, la sobresaltó. El cristal chocó con fuerza contra sus dientes. Se giró para mirarle. Él lanzó sobre la mesa una especie de documento encuadernado.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Las memorias de Harry Haddad —respondió Stan—. Es una copia preliminar. Creo que es así como se llama. Nos la ha enviado para que la leamos. Yo estoy en ello. Aparecemos los dos.

—De acuerdo —repuso ella.

Estuvo a punto de decir: «Me da igual», como una adolescente. Se

había olvidado por completo de esas malditas memorias. Ya no importaba. El pequeño y desagradable secreto ya se había revelado.

—Confiesa que hacía trampas al jugar cuando era niño —continuó Stan. Golpeteó un dedo contra el documento. Ella leyó el título: «Punto para Harry».

—¿Lo confiesa? —Dejó el vaso y, despacio, se dejó caer en una silla junto a la mesa, a la vez que acercaba hacia ella la historia de Harry. Si Harry estaba admitiendo públicamente que había hecho trampas, debió de haber unas cuantas faltas mal puntuadas.

—Sí —dijo Stan—. No me sorprende...

—¿Perdona? —Levantó los ojos hacia él. No podía creer que dijese eso—. ¿A qué te refieres con lo de que no te sorprende? No creíste a Troy. Le acusaste de estar mintiendo.

—No es verdad —contestó Stan—. Nunca dije que mintiera. Le dije que era una triste realidad de ese deporte. Le dije que a veces tendría que enfrentarse a chicos que hacían eso y que no debía concentrarse en su oponente sino en su propio juego.

—¡Tonterías! —Tenía ganas de agarrar a Stan de la nuca y obligarle a mirar en la dirección correcta donde pudiera ver su pasado con claridad—. ¡Te pusiste de parte de Harry! ¡No apoyaste a tu propio hijo!

—¡Mi hijo atacó a otro jugador! Por supuesto que no le apoyé. ¿Estás loca?

—No te atrevas a llamarme loca. —Estaba llena de rabia: contra su marido, contra todos esos médicos del pasado que no ayudaron a sus hijas, contra el maleducado hombre de la tienda. Ahora mismo su pelo no tenía buen aspecto, estaba aplastado y sudado, y las piernas le seguían temblando después de aquella subida al puto monte Everest tras su fallida misión de ir a comprar manzanas para preparar el crujiente de manzana de la cruel madre de su horrible marido—. ¡Troy perdió los estribos porque no le apoyaste!

—A Troy se le dieron todas las oportunidades. A todos se les dieron todas las oportunidades. No tienen ni idea de lo afortunados que eran.

Joy sentía la crítica hacia sus hijos como un golpe físico.

—¡Jugaban con todas sus fuerzas!

Él no escuchaba. Seguía con la mente puesta en Harry. Su mente siempre había estado puesta en Harry: el talento de Harry, el potencial de Harry. Harry, Harry, Harry.

—¿Quieres saber por qué hacía trampas ese pobre crío? —bramó. Cogió el documento y lo agitó con fuerza delante de ella—. Porque su padre le dijo que su hermana tenía cáncer.

Aquellas palabras la sobresaltaron, como un cambio de dirección

tan repentino que podría romper un tendón de Aquiles. Ella pensaba que ya sabía todo lo que Stan tuviese que decir en esa discusión.

—¿Le dijo que Savannah tenía cáncer? —preguntó con voz imperceptible.

—De tal padre, tal hija. —Sonrió con triste satisfacción, como si hubiera previsto exactamente ese resultado tan estrambótico, y empujó el manuscrito por encima de la mesa hacia ella—. Le dijo a Harry que tenía que ganar dinero para que su hermana pudiera recibir una especie de medicina que le salvara la vida. Ese estúpido niño creía que jugaba para salvarle la vida a su hermana. No me extraña que hiciera trampas. Si hubiese seguido conmigo, yo lo habría averiguado y le habría puesto fin, ¡pero nunca tuve esa oportunidad porque tú tomaste la decisión unilateral de apartarlo!

Tenía las manos extendidas como garras, como si quisiera estrangularla.

Joy no podía pensar ahora en Harry. Se concentró en la información que ella tenía en aquella época.

—¡Tus hijos necesitaban tu apoyo! —le gritó—. ¡Yo necesitaba tu apoyo!

—¡No tenías derecho! ¡Mi profesión era entrenar! —Stan estaba por encima de ella, pero Joy no se sentía asustada, estaba eufórica, porque la grieta en el caparazón de su matrimonio por fin se había abierto, como un coco. Quería sacarlo todo. Quería decir por fin todo lo que nunca había dicho.

—¿Y mi profesión? —Se golpeó el pecho con el puño—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Con mi carrera? ¿Con mi sacrificio?

—¿Tu sacrificio? —La incredulidad en la voz de Stan era como una humillación pública. Como si ella no tuviese nada que sacrificar. No valía nada: ni una sonrisa del hombre de la tienda, ni una llamada de teléfono de sus hijos.

—Dejé mi tenis por ti —dijo ella. Por fin lo había dicho en voz alta. Todos esos años había estado ahí, jamás en la punta de la lengua ni en el fondo de su cabeza, sino en el centro de su pecho, bajo la clavícula, entre sus pechos, justo donde seguía golpeándose con el puño una y otra vez.

«¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa conmigo?».

Ella nunca había querido su gratitud, solo su reconocimiento. Solo una vez. Porque, de lo contrario, ¿qué sentido había tenido toda su vida? ¿Todas las chuletas de cordero que había asado? ¿Todos esos espaguetis a la boloñesa? Dios, cómo despreciaba los espaguetis a la boloñesa. Una noche tras otra y tras otra, un plato tras otro y tras otro. La colada, la plancha, fregar, barrer, conducir. En aquel

entonces, nunca se había quejado, pero ahora le escocía cada momento, cada maldita chuleta de cordero.

—Yo nunca te pedí que dejaras nada, Joy —dijo él en voz baja.

Pero esa era la cuestión. No tuvo que pedírselo.

—Si querías, deberías haberlo hecho —añadió. La rabia había desaparecido de su voz. Joy podía ver esa quietud sepulcral tan familiar que le iba inundando. Stan se estaba alejando de la situación: primero, mentalmente y, después, físicamente.

Sabía qué pasaría a continuación, lo que siempre pasaba a continuación. En un rato, se quedaría sola en esa casa grande y solitaria con sus pensamientos y sus remordimientos.

—Si de verdad lo hubieses querido, nada te habría retenido —insistió Stan.

Ella no podía hablar. ¿No se daba cuenta de que lo único que pudo retenerla fue su amor por él?

Entonces, Stan soltó su maldita sentencia definitiva:

—Nunca ibas a estar entre las diez mejores, Joy. Si yo hubiese creído que podrías lograrlo, jamás habría permitido que lo dejaras.

El aire salió de los pulmones de Joy como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Él nunca habría permitido que lo dejara. Como si su sacrificio hubiese sido una decisión calculada de su marido.

Si hubiera sido ella la que se hubiese lesionado, a él jamás se le habría ocurrido abandonar su carrera.

Estaba equivocado y no había forma humana de poder volver atrás en el tiempo para demostrarlo, ni a él ni a sí misma.

A cambio, Joy reaccionó de forma instintiva.

—Tú no eras lo suficientemente bueno para entrenar a Harry. Él estaba mejor sin ti. ¡Tú le habrías estancado! ¡Harry necesitaba un entrenador mejor que tú!

No era verdad. Ella creía que Stan era el mejor entrenador del país, quizá del mundo. Sabía lo que podría haber llegado a ser sin las ataduras de una familia, pero ¿no era consciente de lo que ella podría haber sido? ¿De lo lejos que habría podido llegar?

Stan volvió a dejar las memorias de Harry en la mesa. Se dio una palmada en el bolsillo de los vaqueros y sacó las llaves del coche.

Ella buscó en su interior los pedazos de veneno más rutilantes que pudo encontrar.

—Fui yo la que hizo que Delaney tuviera éxito. Todo el mundo lo sabe. Si no llega a ser por mí, no tendrías nada, no serías más que un acabado, un inútil... ¡Nada!

Las palabras rebotaban contra su cuerpo. Stan se giró para

marcharse y ella no podía soportarlo. No era justo que se marchara. Nunca había sido justo. Nunca había estado bien. Y, sin embargo, ella lo había soportado, una y otra vez, y sus hijos lo habían soportado, y era un comportamiento intolerable, inexcusable y ya no iba a seguir tolerándolo, ya no iba a seguir excusándolo. Esta vez, él se iba a quedar.

Corrió tras él y, mientras lo hacía, una parte de ella era consciente de la vergüenza, la indignidad y lo inapropiado de sus actos. Flotó hasta la claraboya y se vio a sí misma: una ancianita sudorosa que salía corriendo de su bonita cocina hacia el pasillo en dirección a la puerta de su casa, detrás de su marido, lanzando gritos incoherentes, junto a una perrita vieja que ladraba confundida, mientras trataba de averiguar dónde estaba el peligro, pues no había extraños en la casa, así que ¿qué había que temer?

Joy alcanzó la espalda de la camisa de cuadros azules y blancos de su marido, la camisa que ella había planchado, para tirar de él hacia atrás, para obligarle a que se quedara. Steffi corría como loca y jadeante, dando vueltas alrededor de ellos. Él se tambaleó hacia delante, a punto de caerse. Se agarró con una mano a la pared, haciendo que el marco de la foto de Brooke con su trofeo de regional sub-8 se balanceara, se cayera al suelo y se rompiera. La mano extendida de Joy que trataba de agarrar la camisa de Stan le arañó la cara, haciendo que sangrara al instante con sus rabiosas uñas rotas.

Él la agarró, clavándole dolorosamente los dedos en los hombros.

Ella se quedó inmóvil al ver que su rostro ya no era el suyo. Era una máscara desconocida llena de una espantosa rabia.

El corazón se le detuvo. El mundo se detuvo.

Por primera vez en sus sesenta y nueve años sentía el miedo: el que cada mujer sabe que está siempre esperándola, la posibilidad que acecha y se escabulle en las sombras de su mente, aunque se haya pasado toda la vida teniendo el cálido amor y la protección de hombres buenos.

54

Ahora

*V*amos a verlo una vez más —dijo Christina.

Ethan pulsó el «play» y se sentaron, uno junto al otro en la mesa de él, embelesados por la entrecortada pero clara grabación en color de la cámara de seguridad que les habían proporcionado los vecinos que vivían dos casas más allá en la misma calle sin salida que los Delaney. La cámara se había roto por las bolas de granizo de la gran tormenta que había habido dos días después de que Joy desapareciera y el hijo de Caro Azinovic, que había instalado la cámara para su madre viuda, la había estado arreglando. Fue él quien había llevado a la policía ese vídeo incriminatorio que mostraba una perspectiva ojo de pez de la fachada de la casa de su madre. Casualmente, recogía una parte del camino de entrada de los Delaney.

Christina y Ethan vieron cómo Stan Delaney salía por la puerta de su casa, dos minutos después de la medianoche, al día siguiente de la desaparición de su mujer, llevando con esfuerzo hasta su coche un objeto flexible y difícil de transportar envuelto en una manta.

Abría el capó del coche, metía el objeto, se inclinaba sobre él para colocarlo bien, levantaba las dos manos para cerrar la puerta del capó y, después, se quedaba inmóvil, exactamente durante tres minutos y cuarenta y siete segundos, con las dos manos apoyadas en el coche, la cabeza agachada, como si rezara con solemnidad y reverencia, antes de que por fin levantara la cabeza y saliera del cuadro.

Era una imagen inquietante y potente.

—Dios —dijo Ethan—. Cómo se queda ahí, durante todo ese tiempo. Es tan... Dios mío.

—Sí que lo es —respondió Christina. Ese día obtendría su confesión. Podía sentirlo. Le pondría esa grabación a Stan Delaney y no diría una palabra ni haría ningún sonido durante toda la reproducción. Observaría cómo él se veía a sí mismo con la cabeza agachada sobre el cadáver de su mujer. Christina sabía que no era un hombre practicante, pero sí que había tenido una educación católica, como ella, y sabía reconocer la postura de un hombre que está rezando, un hombre que está deseando confesar sus pecados.

Esa noche, Nico y ella iban a reunirse con su párroco para hablar del santo sacramento del matrimonio e intentaría no pensar en el hecho de que Joy y Stan Delaney habían hecho los mismos votos que Nico y ella pronunciarían la próxima primavera. No pensaría en una joven Joy Delaney ni en Polly Perkins prometiendo a sus maridos mantenerse juntos, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe, hasta que saques mi cuerpo hasta el coche en mitad de la noche para dejarlo en algún lugar donde jamás lo puedan encontrar, hasta que yo hable demasiado alto, hasta que gaste demasiado dinero en una plancha, hasta que frene tu carrera por el bien de nuestra familia, hasta que bese a otro hombre en una fiesta, hasta que te desagrade de alguna forma que todavía no puedo ni imaginar.

—¿Christina? —dijo Ethan.

—Lo siento —respondió—. ¿Qué decías?

—Nada. Solo que no lo entiendo. Aquel primer día que le interrogamos yo sabía que nos ocultaba algo, pero, cuando miró esa foto de su mujer, pensé que era imposible que lo hubiese hecho él. La quiere.

—Yo nunca he pensado que no la quiera. —Christina se ajustó el anillo de compromiso para que el diamante quedara de nuevo centrado en su dedo.

Pero siempre había sabido que él la había matado.

Ese era el cruel convencimiento que llevaría por el pasillo de la iglesia el día de su boda, junto a su ramo de novia de rosas blancas y gardenias rosas. Cabía la posibilidad de que las dos cosas fueran verdad.

55

El día de San Valentín

Stan Delaney siempre había sabido que las mujeres tenían el poder de hacer sangre con sus palabras. Era el pasatiempo preferido de su madre: apuñalar los estúpidos e indefensos egos de su marido y su hijo.

«No le digas al niño que algún día jugará en Wimbledon, es tan tonto que se lo va a creer. Los dos sois unos tontos de mierda».

No todos los días, pero sí la mayoría. No cuando estaba borracha, cuando estaba sobria. Era entonces cuando se volvía desagradable.

Se hincaba un dedo en la sien, miraba a su marido con su preciosa sonrisa y decía: «Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa, ¿verdad, amor mío?».

El padre de Stan no contaba con ningún arsenal de palabras ingeniosas con las que defenderse. Se estremecía y reculaba. Sonreía con expresión estúpida, como si su mujer hubiese hecho un chiste demasiado ingenioso para él. Se encerraba en sí mismo y se quedaba en silencio. Aguantaba y aguantaba.

Aguantó y aguantó hasta que, un día, no aguantó más.

Un Stan de catorce años corrió hasta su madre, que estaba desplomada e inmóvil en el suelo. Hizo bien. Siempre podría decirse a sí mismo que su primera reacción instintiva había sido correr hasta su madre, colocar su cuerpo entre el de ella y su padre, pero tampoco podría olvidar jamás el primer pensamiento diminuto, terrible y traicionero que había aparecido en su mente:

«Se lo merecía».

Tan débil, tan diminuto que a veces fingía que se lo había imaginado. Ocurrió muy rápido, pero también muy despacio, y había sido hacía tanto tiempo que ¿quién sabía lo que de verdad habría pensado en ese momento? No podía uno fiarse de los recuerdos. Eran una fuente poco fiable.

Stan era igual que su padre. Siempre lo había sabido. Ni ingenioso ni rápido como su madre. Ni ingenioso ni rápido como su mujer. No era bueno en los estudios. Tenía pocas luces. No era ninguna lumbrera.

A los setenta años, sentía la carne de su mujer bajo sus manos mientras la descomunal rabia y humillación de su padre, su dolor y sufrimiento, se inflaban dentro de su pecho y explotaban en su cabeza.

56

Ahora

Creo que van a arrestar a mi padre cualquier día de estos —dijo el exmarido de Claire Geer con la mirada puesta en el azul reluciente de la primera hora de la mañana sobre el puerto de Sídney. Tenía una miga de cruasán en el labio inferior y algo infantil y angustiado en su forma de decir «mi padre».

Estaban sentados juntos, con unos cafés para llevar y unos cruasanes de almendra en bolsas de papel blanco, en un banco del parque que daba a la dársena del ferri donde Troy la había besado por primera vez. Se preguntó si Troy lo recordaba, incluso si él habría propuesto deliberadamente ese lugar por ese motivo. Seguro que no. En esos momentos, Troy tenía en la cabeza otras cosas más importantes y espantosas.

Claire acercó la mano para quitarle la miga del labio con la punta del dedo.

—¿Por qué piensas eso?

—Nos hemos enterado de que la policía tiene imágenes de una cámara de seguridad de los vecinos de enfrente. —Hizo una pausa—. Al parecer, se ve algo... muy malo. Ni siquiera puedo imaginarme qué es.

La voz le temblaba.

—Dios mío —dijo Claire. El café sabía amargo en su boca. Apoyó el vaso en el banco a su lado y miró las piernas desnudas de los dos, extendidas juntas por delante de ellos. Ambos llevaban pantalones cortos. Sus piernas parecían las de una pareja a la que esperaba un fin de semana soleado por delante, no las de una pareja de divorciados con una sórdida infidelidad tras ellos y una posible tragedia por delante, por no mencionar un incómodo acuerdo de procreación.

Claire Geer tenía treinta y cuatro años. Tenía una larga y rizada melena pelirroja que todo el mundo admiraba, una licenciatura en Historia Universal que no interesaba a posibles jefes ni a nadie que no fuera su padre (que era profesor de Historia) y una carrera sorprendentemente satisfactoria en Estados Unidos en el ámbito de la administración sanitaria. O puede que no tan sorprendente, porque

era del tipo de chicas que sabían aprovechar las oportunidades, cuyas calificaciones escolares y referencias laborales siempre mencionaban su «actitud positiva». «Apuesto a que fuiste animadora», le había dicho su marido cuando se conocieron, y eso no era habitual en Australia y Claire no sabía hacer siquiera una voltereta lateral, pero había dejado que él la incluyera en la categoría de chica australiana alegre y dulce. Casi era la chica que él creía que era. Era complaciente, alegre y dulce como el verano australiano. No hacía falta mencionar la humedad, los mosquitos, los incendios forestales ni las tormentas de granizo. Quería a Geoff, pero no con la inútil desesperación con la que había querido a Troy. Lo más importante de la historia era aprender de ella, no repetirla.

Habría estado encantada de no volver a ver nunca más a Troy Delaney ni de regresar siquiera a Australia. Las heridas se habían curado perfectamente, no quedaban cicatrices a la vista y había encontrado una nueva vida, un nuevo amor, así que podía volver a ver de nuevo comedias románticas sin mofarse.

Pero ahí estaba, en Sídney, sentada al lado de su exmarido.

Sabía que Troy había aceptado que ella intentara quedarse embarazada con los embriones de los dos como una muestra de penitencia. Había visto en su rostro el horror instantáneo y espontáneo cuando se lo propuso en Nueva York el año anterior.

También sabía que su marido, Geoff, no quería que ella se quedara embarazada con un hijo de su exmarido. No deseaba tanto una familia. Claire había visto exactamente la misma reacción espontánea de espanto en el rostro de Geoff cuando se lo dijo.

Los dos hombres estaban haciendo esto por ella: uno por culpa, el otro por amor. Era la primera vez en su vida que le pedía a alguien más de lo que deseaba dar, más de lo que quizá ella merecía, pero lo cierto era que no se lo pensó dos veces cuando tuvo claro que era su única opción. No podía estar deseando tener un hijo biológico y abandonar eternamente cinco posibilidades congeladas.

Llevaba en Australia desde el noviembre anterior, tratando de quedarse embarazada, mientras Geoff se había quedado en Texas, a excepción del viaje de dos semanas en Navidad. Habían sido unos días extraños y surrealistas: el periodo más largo de su vida desde que se había licenciado que estaba sin un trabajo de jornada completa. Estaba leyendo y paseando mucho. Se había visto con su exmarido unas cuantas veces: siempre para tomar un café en encuentros formales, y parecían haber hallado un ritmo aceptable y amistoso. Incluso le había presentado a Geoff cuando estuvo de visita en diciembre, pues le había parecido un acto de lo más cortés y adulto

teniendo en cuenta su acuerdo, pero había resultado incómodo y burdo, desagradable en realidad, y tuvo claro que esos dos hombres se odiaban. Los dos habían mostrado su peor versión: engreídos e inseguros.

Pero, ahora, la madre de Troy había desaparecido. Nada de eso importaba.

—Es que no me lo creo —dijo ella—. Sé que llevo años sin ver a tus padres, pero no me parece posible.

Recordó el brindis que Stan había hecho en su boda: «En mi profesión, *love* quiere decir "cero" —había dicho Stan, con su copa de champán en la mano, y había esperado un momento para asegurarse de que todos comprendían la broma, asintiendo alegremente a medida que los invitados gemían. A continuación, añadió—: Pero, en la vida, el amor significa todo. El amor gana el partido. Yo no soy ninguna lumbrera, pero tomé la decisión más inteligente de mi vida cuando me casé con la madre de Troy, y creo que Troy acaba de tomar la decisión más inteligente de su vida al casarse con esta preciosa chica que está aquí. No la dejes escapar nunca, chaval. Y bienvenida a la familia, cariño».

Después, levantó su copa hacia Claire, se sentó y besó a Joy, con la mano en su nuca, atrayéndola hacia él como si fuesen los jóvenes contrayentes.

Era imposible imaginarse a ese hombre haciendo daño a su mujer. Ese hombre habría dado la vida por su mujer. Pero, claro, también había sido imposible imaginarse a su hijo, del que tan enamorada había estado, engañando a Claire sin ningún motivo.

Eso había sido lo más doloroso. No estaban pasando por ningún bache. No tenían «problemas». Él no se había enamorado de otra. Ni siquiera estaba borracho ni colocado. Simplemente, de una forma aleatoria, arbitraria y estúpida, le había roto el corazón.

Cada día ocurrían cosas inimaginables y no siempre había un motivo.

—Brooke le ha buscado a mi padre un abogado penalista. Sabemos exactamente qué hay que hacer cuando recibamos la llamada —dijo Troy—. Brooke apoya a mi padre. Ha dicho que, aunque lo haya hecho, estará de su lado. Brooke dice que un momento de locura no invalida toda una vida de amor, pero yo creo que sí. Yo creo que sí la anula, ¿tú no?

Claire levantó las manos.

—Estás en una situación imposible, Troy.

—Brooke y yo no nos hablamos —comentó Troy con pena.

—Lo solucionaréis —respondió Claire—. Ahora mismo todo está

demasiado reciente.

—Mi padre nunca me hizo la menor concesión. —Emitió un sonido fuerte y discordante que apenas se parecía a una carcajada—. No puede esperar que yo le perdone por haber matado a mi madre.

—Yo no creo que él espere tu perdón. Si ha pasado, si de verdad hubo un momento de locura, él nunca se lo va a perdonar.

Troy la miró de reojo.

—Estaba muy enfadado conmigo. Por lo que hice. Por lo que te hice.

—Eso ya es prehistoria —repuso Claire. No lo era. En teoría, era «historia contemporánea», un apartado de la historia moderna. Arrugó la bolsa de su cruasán formando una pelota.

Se oyó la sonora bocina de un ferri mientras avanzaba pesadamente por el agua en dirección a ellos.

—Ahí es donde te besé la primera vez —dijo Troy, con la mirada fija en la dársena.

—No hagas eso —respondió Claire con brusquedad.

—Perdona —se disculpó Troy—. Es que no quiero que pienses que lo he olvidado.

Vieron cómo el ferri se detenía torpemente. Los pasajeros salieron por la pasarela. Una gaviota de ojos salvajes se acercaba a ellos con la esperanza de conseguir algo mejor que unas migas de cruasán.

—Esta vez sí ha funcionado —anunció Claire.

Él no respondió nada. Ella pensó que no lo había entendido.

—Lo sé —dijo Troy por fin, sin mirarla—. Felicidades. Me alegro mucho por ti.

—¿Que lo sabes? —Ella se puso de lado para mirarle—. ¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo he sabido. En cuanto te he visto. Había algo en tu cara. Y no te estás bebiendo el café.

—No es por eso. Es que hoy sabe muy raro.

—Hoy sabe muy raro porque estás embarazada —observó Troy—. El café es estupendo.

Ella miró con asombro el vaso de café.

—No me puedo creer que lo hayas deducido antes que yo.

—Te conozco —dijo Troy en voz baja. Levantó rápidamente una mano, como si aceptara una falta justa que pitara el árbitro—. Lo siento. Quiero decir, te conocía. Te conocía antes.

Se quedaron sentados en silencio mientras veían cómo el ferri volvía a dirigirse hacia el horizonte, y la pena por lo que podría haber sido y lo que ahora jamás podría ser hizo que agacharan la cabeza.

—Ojalá pudiese contárselo a mi madre —dijo Troy.

—Ojalá yo también pudiese contárselo a tu madre —contestó Claire.

Deseaba que muchas cosas fuesen diferentes en ese momento, salvo lo del bebé, que era deseado, que había sido creado gracias a la medicina moderna y al amor. Un amor reticente, culpable y complicado. Pero amor.

Al final, todo saldría bien. Ella se aseguraría de que así fuera.

57

*T*roy cree que van a arrestar hoy a papá —dijo Logan.

—¿Qué sabe Troy? —preguntó Indira Mallick, y se dio cuenta de que automáticamente se había puesto en el papel de apoyar a Logan en la competición que estaba desarrollándose en ese momento entre él y su hermano menor, aunque solo Troy mostraba abiertamente su deseo de ganar.

Indira y Logan estaban sentados en la mesa de cristal donde solían cenar cada noche.

Le había dicho a Logan que estaba en Sídney para asistir a la fiesta de canastilla de una amiga, y era verdad, pero jamás habría hecho todo ese viaje para asistir a una espantosa fiesta de canastilla. Había venido por Logan. «Sigues enamorada de él», le había reprochado una amiga a la vez que lanzaban gritos de «¡Qué bonito!» cada vez que la anfitriona abría otro regalo y lo levantaba por encima de la orgullosa curva de su vientre de embarazada. Indira le había contado con gesto serio que la madre de su exnovio había desaparecido. Había venido como amiga.

—¿Qué tal lo lleva Amy? —le preguntó a Logan.

—Está bien. Lo cierto es que creo que ahora mismo está en una sesión con su terapeuta o consejero, o como sea que tengamos que llamarle —contestó Logan.

—Eso está bien. Quizá debería...

Se detuvo. Ya no formaba parte de la familia Delaney y, por tanto, ya no tenía derecho a dar su opinión sobre cómo debería gestionar Amy su salud mental.

Amy le había dicho una vez a Indira que la habían encasillado porque se ofendía fácilmente de niña y que ahora todos daban por sentado que seguía ofendiéndose con facilidad, lo cual resultaba ofensivo. Indira se había mostrado comprensiva porque su familia también la había encasillado como la «torpe», a pesar de que ya no era especialmente torpe.

Cogió uno de los carteles de «persona desaparecida» que estaban en la mesa de Logan. Había demasiadas cosas en él, con demasiados tipos de letras distintos. Le dolía no haber sido ella la que lo diseñara. La foto mostraba a Joy vestida con una camiseta que le había regalado

Indira. Estaba serigrafiada con tres gerberas grandes. Joy y ella habían compartido el amor por esa flor. Se hacían pequeños regalos la una a la otra relacionados con las gerberas.

—¿Quieres que te ayude a colgar estos carteles? —le preguntó a Logan.

—No te preocupes —respondió él—. Están por todas partes. Tengo la sensación de que hemos hecho todo lo posible por que se extendiera la noticia. Ella simplemente... se ha esfumado.

Indira miró la cara sonriente de Joy. La madre de Logan jamás estaría tanto tiempo y de forma deliberada sin ponerse en contacto con nadie. Era del tipo de personas que siempre se relacionaba con todo el mundo sin ningún esfuerzo. Incluso después de que Indira rompiera con Logan, Joy había seguido enviándole algún que otro mensaje o correo electrónico nada intrusivo, lleno de signos de exclamación y emoticonos.

Logan no se parecía en nada a su madre, pero en esto sí: a él también se le daba bien mantener el contacto con los demás. Era el amigo que iba a casa de la gente para ayudar a construir la cubierta de atrás o para arreglar algún problema de los desagües. Era ese amigo al que todos llamaban cuando se dejaban las llaves dentro de casa o cuando les explotaba algún aparato. Nunca debió llamarle pasivo. Las personas pasivas no se pasaban fines de semana enteros ayudando a sus amigos a construir las cubiertas del patio trasero.

Era una buena persona.

Ella sentía esa verdad como si fuese una herida física. Una torcedura literal del corazón.

—¿Estás bien? —preguntó Logan.

—No te preocupes por mí —respondió Indira—. Quien me preocupa eres tú.

Colocó la mano sobre la de él. Tenía muy mal aspecto. Siempre iba sin afeitar. La barba de dos días era su seña de identidad, era su forma de diferenciarse de su hermano (esa era su teoría, que él no aprobaba), pero este era otro nivel de desaliño. Tenía los ojos rojos, la piel llena de manchas, los vaqueros por debajo de la cintura, como los de un viejo. Debía de haber perdido peso.

Siete meses antes había roto con Logan porque se sentía atrapada, gratamente atrapada, pero aun así atrapada, en esa vida absolutamente agradable, viviendo en esa casa adosada absolutamente aceptable, yendo al mismo restaurante mexicano absolutamente aceptable cada viernes por la noche. No se trataba de que le encantaran los cambios. Lo que menos le gustaba de Logan era lo que menos le gustaba de sí misma. A ella también le encantaba lo atractivo

de una rutina diaria.

Logan no fue tras ella al aeropuerto como en las películas. Por supuesto que no.

Pero, luego, no pasó nada. Su vida no cambió por arte de magia. Seguía siendo Indira. Salvo que triste y sola. Le echaba de menos a él. Echaba de menos el sexo. Había dado por sentado que el sexo era como el chocolate: si no había en casa, no pensaría en ello.

Había empezado a pensar que no estaba atrapada por Logan; había estado atrapada dentro de la propia Indira, igual que todo el mundo estaba atrapado dentro de sí mismo.

—¿Y Troy y Brooke? ¿Cómo están? —Podía notar en su boca el sabor desagradable y amargo de la pregunta que seguramente todos se hacían: «¿Crees que tu padre lo hizo?».

—Troy y Brooke no se hablan —respondió Logan—. Es como si Troy creyera que así demuestra su lealtad a mi madre y Brooke cree que así demuestra su lealtad a mi padre.

—¿Y tú? —preguntó Indira—. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás bien?

—Estaré bien. —De repente, giró la mano y agarró la de ella. Indira se fijó en su cara. Un músculo de la mandíbula le temblaba. Él le apretó la mano una vez, con fuerza, y después se la soltó, con cuidado, desplazándola suavemente por la mesa.

Ella se sujetó la mano liberada y rechazada con la otra, como para consolarla.

Logan se tiró con fuerza del lóbulo de la oreja.

—¿Eres feliz?

—Estoy bien —contestó ella—. No tienes por qué hablar de mí ahora, cuando estás pasando por esta situación tan terrible.

—¿Estás pintando?

—¿Que si estoy pintando? —Soltó una débil carcajada—. Yo soy de mucho hablar y poco hacer en lo que se refiere a la pintura, ya lo sabes.

—Eso es porque necesitas un estudio —se apresuró a decir Logan.

—Claro, Logan —dijo ella—. Eso es lo que necesito.

—Necesitas un lugar como este. Por poner un ejemplo.

Abrió su portátil y buscó la página web de una inmobiliaria.

—¿Qué es esto? —Indira se acercó el portátil y dio con el codo a la taza de té que había estado bebiendo. Logan la cogió antes de que se derramara, con facilidad de experto, como si hubiese sabido que iba a pasar.

—Es una casa de tres dormitorios —respondió Logan—. Tiene una casita adosada detrás. La luz es preciosa.

Indira se quedó mirando a la pantalla sin comprender.

—Perdona, Logan, pero no entiendo...

—La vi justo antes de que mi madre desapareciera. —Logan señaló con el dedo en la pantalla—. Está más retirada de la ciudad, pero merecería la pena por tener más espacio.

¿Es que la angustia le había hecho perder la cabeza?

—También te he comprado un anillo —dijo—. Está en mi cajón de los calcetines.

Ella le miraba fijamente.

—Por supuesto, no te estoy proponiendo matrimonio. Ahora no. No cuando están a punto de arrestar a mi padre por haber asesinado a mi madre. Es solo que como estás aquí, tan...

Señaló su cuerpo de arriba abajo, como si fuese obvio lo que quería decir. Ella bajó los ojos para mirarse, desconcertada. Llevaba un cómodo vestido suelto que él debía de haber visto ya cientos de veces. Tenía la nariz enrojecida alrededor de las fosas nasales por un resfriado de la semana anterior.

—Tan increíblemente guapa —continuó él, y la voz se le quebró con la palabra «guapa». Indira estaba estupefacta. Nunca le había visto llorar. Ni a punto de hacerlo.

Cuando empezaron a salir, él la llamaba guapa todo el tiempo y ella protestaba porque le daba vergüenza, hacía que se sintiera como si necesitara gritar urgentemente a un público burlón: «¡No os riais, sé que no es verdad!». Así que, al final, él dejó de decirlo.

Indira había conseguido domar a su guapo novio para que no la llamara guapa a ella.

Logan apoyó la cabeza en las manos. Habló con la voz amortiguada.

—Lo siento. No sé por qué he dicho eso. Me ha salido sin más. Estoy muy cansado.

—No pasa nada. —Le colocó la mano en la nuca y se inclinó acercándose a su oído—. Todo saldrá bien.

Ella no lo sabía, claro. Lo único que sabía era que en ese mismo instante le iba a obligar a comer y, después, a dormir, y luego iba a quedarse a su lado a esperar las cosas horribles o maravillosas que tuvieran que pasar.

58

*U*n día precioso —comentó Ethan a Christina mientras iban en el coche hacia la casa de Stan Delaney para arrestarle por el asesinato de su mujer.

—Sí que lo es. —Christina miró por la ventanilla del coche al cielo azul y sin nubes.

—¿Cómo crees que va a reaccionar? —preguntó Ethan. Su camisa ese día era de un bonito verde azulado. El color de un vestido de dama de honor. Christina bajó la mirada y vio una pequeña mancha como de sangre vieja en su camisa. Eso era lo que pasaba cuando te vestías a oscuras para no despertar a tu pareja. Probablemente fuera salsa de tomate.

—Apuesto a que estará calmado —respondió Christina—. Su abogado le habrá aconsejado que no diga nada.

Su teléfono empezó a sonar con un número desconocido.

—Inspectora Khoury —dijo al responder, con un preventivo tono brusco. Nico le decía que al teléfono parecía muy enfadada. Que no todo el mundo era un delincuente en potencia. Se equivocaba. Todo el mundo es un delincuente en potencia. O una víctima en potencia.

—Hola, inspectora Khoury. ¿Cómo está? —Era el tono pijo y aterciopelado de un hombre que estaba seguro de que su estatus social era superior al de la amplia mayoría de la población.

Christina contestó con exasperación.

—¿Quién es?

—Soy el doctor Henry Edgeworth. Tengo entendido que ha estado usted tratando de ponerse en contacto conmigo. Acabo de volver del extranjero. —La mayoría de la gente parecía nerviosa cuando devolvía una llamada de la policía, pero no ese gilipollas.

—Si, así es —respondió Christina. Sí que has tardado, amigo—. Es con relación a la desaparición de una mujer. Joy Delaney.

—Delaney —repitió él. Su voz suave como la seda se atoró.

—Le hizo una llamada de teléfono desde su apartamento el día 14 de febrero de este año.

Christina notaba que Ethan prestaba atención a su parte de la conversación. Debía de haber adivinado que se trataba del cirujano plástico que por fin le estaba devolviendo la llamada.

—Me temo que no puedo ayudarla —contestó él—. No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Me puede explicar por qué aparece en nuestros registros telefónicos una llamada desde el teléfono fijo de su apartamento que duró cuarenta minutos?

—Quizá se haya equivocado de doctor Edgeworth.

—De acuerdo —dijo Christina—. ¿Y es posible que otra persona haya hecho una llamada desde su apartamento? ¿Algún miembro de su familia? ¿Su esposa?

Respondió con cautela.

—Mi mujer y mis hijos nunca se quedan en el apartamento. Tenemos una casa en un barrio del este, a las afueras. El apartamento es de un solo dormitorio y está cerca del hospital para cuando tengo que trabajar hasta tarde. Es más cómodo.

Sí, apuesto a que es más cómodo, pensó Christina.

—No tenemos ninguna duda de que la llamada era desde su apartamento. También creemos que es probable que Joy Delaney haya sido víctima de un crimen —le explicó Christina—. Así que necesito que piense bien en todo esto.

Otra pausa.

—¿Es esa señora mayor? Vi al marido en las noticias.

—Así es —respondió Christina.

—Bueno. —Se aclaró la garganta—. Bueno, en fin, sí puedo decirle que hubo alguien en mi apartamento hace unas semanas. Una... amiga de la familia.

Amante. Claramente, una amante.

—Y, ahora que lo pienso, supongo que fue ella quien llamó a esa señora —dijo el doctor Edgeworth. Su voz se volvió más segura—. De hecho, yo diría que fue ella, sin duda. Supongo que son familia.

—¿Y por qué supone eso?

—Bueno, es que da la casualidad de que esta chica se llamaba Savannah Delaney.

—Savannah Delaney —repitió Christina mirando a Ethan. La expresión de él era de sorpresa.

Desde el principio había sabido que Savannah estaba en el centro de la investigación, pero no habían conseguido localizar todavía a esa maldita mujer.

—Quizá sea su sobrina o algo así. Dijo que su madre había muerto.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con ella?

—Hace ya un tiempo —contestó el doctor Edgeworth—. De hecho, la última vez que hablamos fue probablemente..., deje que piense..., el día de San Valentín.

59

La respiración de Simon Barrington se aceleró mientras miraba las palabras que aparecían en la pantalla de su portátil. ¿Era una coincidencia? ¿Recordaba mal lo que decía el mensaje de la madre de Amy? ¿Significaba algo aquello? ¿O nada? ¿Acababa de resolver por casualidad el caso de la desaparición de Joy Delaney?

Estaba sentado en la mesa del comedor. Sabía que Amy se encontraba en casa. Acababa de entrar por la puerta y le había saludado con un gesto frío y silencioso de la mano antes de echar a correr escaleras arriba hasta su habitación.

En esos instantes estaba muy frágil, como una versión de delicado cristal de sí misma.

—Sabías que esto nunca iba a llegar a nada, ¿verdad? —le había dicho ella cuando «rompieron» unos días antes, aunque Simon no estaba seguro de que hubiese nada que romper. Amy hizo que pareciera como si hubiese ciertas razones éticas y claramente evidentes que impedían que pudieran estar juntos, como si fuesen políticos casados de partidos opuestos y no compañeros de casa con una diferencia de edad mayor de lo convencional. Podrían haberlo intentado.

—Claro que lo sabía —le había contestado él, porque no quería que en esos instantes nada le resultara complicado a ella, y Amy le miró con expresión de súplica desesperada.

—Yo soy difícil —le dijo—. Soy difícil incluso aunque mi madre no hubiese desaparecido.

Él podría haber citado la canción preferida de su padre de Kris Kristofferson y haberle dicho que quererla era más fácil que cualquier otra cosa que él pudiera hacer jamás. Podría haberle dicho: «Deja que te ayude a superar esto». Podría haberle dicho muchas cosas, pero se limitó a contestar con tono amable:

—A mí me gustan las dificultades. Sé enfrentarme a las dificultades. —Después, se sintió mal porque parecía que ella estaba a punto de echarse a llorar, así que le dijo—: No pasa nada, Amy. No te preocupes por mí. Concéntrate en tu madre.

Oyó de nuevo pasos en la escalera. ¿Iba a volver a salir?

—¿Amy? —le gritó.

Ella entró en el comedor.

—Hola —dijo. Parecía pálida y cansada, pero serena—. Voy a salir. Mi hermano me va a recoger. Cree que es posible que arresten hoy a mi padre. —Sonrió con la boca pero no con los ojos—. Por suerte, he tenido una rápida sesión con mi psiquiatra. Estoy preparada.

—Aquel mensaje que envió tu madre —dijo Simon—. ¿Mencionaba el número veintiuno?

Amy le miró sorprendida.

—Creo que sí. Pero eran palabras aleatorias y sin sentido. Le pasaba cuando enviaba mensajes sin las gafas.

Tocó su teléfono y le enseñó el mensaje de texto. Era exactamente como él lo recordaba.

—Bueno, quizá no sea nada —dijo Simon—. Pero he estado pensando en Savannah, en que luego resultó que era la hermana de Harry Haddad, así que he buscado a Harry en Google y estaba viendo sus obras benéficas y me he fijado en esto.

Dio la vuelta al portátil para que ella pudiera ver las palabras.

Amy miró la pantalla y, a continuación, el mensaje de su madre y, de nuevo, la pantalla.

Simon vio cómo se quedaba sin respiración.

60

Cambia esto algo? —Ethan fruncía el ceño—. ¿Que Joy hablara con Savannah el día que desapareció? ¿Y que fuese también la última vez que el doctor Edgeworth tuvo contacto con Savannah?

Se habían detenido en un cruce y miraba a Christina con las manos al volante, con confianza y respeto en sus ojos, como si se tratara de una pregunta cuya respuesta fuera verdadero o falso y Christina, con tantos años de experiencia, supiera la respuesta y lo único que él tuviese que hacer fuera formularla. Pensaba que ella tenía una inteligencia especial y que algún día él tendría esa inteligencia y, durante un momento vertiginoso, Christina se sintió como una niña que fingía ser una policía experimentada. «Solo soy la pequeña Chrissie Khoury, Ethan, ¿qué narices voy a saber yo?».

—¿Qué crees tú? —preguntó. Buena forma de enseñarle.

—Bueno. Es posible que Joy y Savannah estén juntas en algún lugar.

—Es posible —dijo Christina—. Cualquier cosa es posible sin un cadáver.

«Llámanos cuando tengas un cadáver», habían dicho los de Homicidios.

No Asumir nada. No Barruntar nada. Comprobarlo todo. ¿Deberían darse la vuelta?

—Eso no cambia las pruebas —dijo ella—. Los arañazos, la camiseta llena de sangre, las imágenes de la cámara de seguridad, el móvil. Tenemos bastantes.

Su interrogatorio con el famoso hermano de Savannah no les había dado ninguna información en absoluto. Harry Haddad habló con cariño y respeto de sus antiguos entrenadores, Joy y Stan Delaney, pero dijo que llevaba muchos años sin hablar con su hermana. Creía que su padre podría tener una dirección de correo de ella, pero no estaba seguro. Harry no tenía relación con su madre ni tampoco forma de contactar con ella. «Mi madre se volvió a casar varias veces —dijo —. Ni siquiera estoy seguro de qué apellido habrá decidido usar en la actualidad». Su tono, al principio cálido y colaborador, había empezado enervarse a medida que contaba su complicado historial familiar.

Savannah era una ilusión óptica. Una distracción. Su única relevancia era que había proporcionado a Stan un motivo para asesinar a su esposa.

—Entonces, vamos a seguir adelante con el arresto —dijo Ethan.

—Vamos a seguir adelante con el arresto —respondió Christina—. Y luego vamos a localizar a esa Savannah, quienquiera que sea, y la vamos a arrestar también.

—¿Por qué motivo?

—Por haberme cabreado —contestó Christina.

Ethan sonrió.

—Me parece justo.

61

Caro Azinovic estaba sentada en la habitación delantera de la casa, bebiendo una taza de té mientras disfrutaba de una esperada conversación telefónica con su hija que estaba en Dinamarca.

Vio que un coche blanco aparcaba delante de la casa de los Delaney y que de él salían un hombre y una mujer. Los dos vestían con traje. Había algo decidido y premonitorio en su forma de caminar hacia la puerta de la casa.

Pensó en la grabación de la cámara de seguridad que ella y su hijo le habían dado a la policía.

—Ay, Dios mío —había dicho su hijo mientras la veían juntos.

—No se puede ver bien lo que lleva —había contestado Caro.

—¿A esas horas de la noche? —preguntó Jacob—. No pinta bien, mamá.

Caro y su hija solo habían intercambiado unos breves correos electrónicos desde que ella había estado en Sídney el mes anterior y llevaban tiempo sin ponerse al día. Petra estaba levantada a pesar de ser muy tarde en el otro lado del mundo porque estaba preocupada por un problema complicado en el colegio de su hijo y Caro la escuchaba con empatía. Había creído que los daneses estaban tan avanzados en lo social que allí no tendrían cosas como líos de patio de colegio pero, al parecer, era un problema universal.

—Creo que la policía acaba de llegar a casa de Joy —le dijo a Petra cuando por fin terminó de contar su historia.

—¿Y qué hace ahí la policía?

Caro le contó todos los desagradables detalles.

Su hija pareció entrar en pánico.

—Pero, mamá, ¿por qué no me lo has contado antes?

—Bueno, es la primera vez que hablamos de verdad desde que te volviste a ir, así que ni siquiera se me había ocurrido. Si te soy sincera, he estado tan intranquila con todo esto que...

—Mamá, tienes que decirme el nombre de la persona que está encargándose de la investigación. Ahora mismo.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo vi a Joy Delaney el día de San Valentín.

62

Había en la calle un silencio sepulcral cuando aparcaron en el camino de entrada. Ni siquiera se oía el sonido de un soplador de hojas a lo lejos.

Mientras se dirigían hacia la casa, el teléfono de Christina empezó a sonar, estridente en medio del silencio. Dejó que saltara el buzón de voz.

—Buenos días —dijo Stan Delaney con un suspiro cuando les abrió la puerta, como si se tratara de una visita desagradable pero esperada, cosa que Christina suponía que eran en realidad. Él estaba sin afeitar, descalzo, con bermudas y una camiseta negra—. Pasen.

Los llevó por el pasillo y pasaron junto a los marcos de fotos. Había un hueco donde había estado colgada la foto que ellos se habían llevado. La casa olía a tostadas.

Entraron en la sala de estar donde habían mantenido todas sus conversaciones anteriores. Stan les señaló el sofá.

—No la han encontrado, ¿verdad? —preguntó de repente.

Más tarde, Christina recordaría ese momento y se preguntaría si había sido entonces cuando ella debería haberse dado cuenta de que algo no cuadraba, porque aunque en el rostro de él había un claro temor, cosa que ella se había esperado, también se veía esperanza, ¿y por qué iba a tener ninguna esperanza?

Pero aunque se hubiese detenido a cuestionarlo todo, se habría reafirmado en vista de las sólidas pruebas que la habían llevado hasta ese momento. Su instinto se había visto respaldado con cada prueba convincente.

Ahora no era momento de cuestionar nada.

Habló con claridad.

—Stan Delaney, queda usted arrestado por el asesinato de Joy Margaret Delaney.

No se estremeció. Su expresión se endureció y se alisó, como si poco a poco, pero de forma apreciable, se estuviese volviendo de piedra.

—No tiene por qué decir ni hacer nada, a menos que lo desee. Cualquier cosa que diga o haga será...

—Christina —dijo Ethan. Tenía la cabeza inclinada, como si

estuviese escuchando algo—. Creo que puede que haya...

Ella no le hizo caso y siguió hablando con Stan.

—Cualquier cosa que diga o haga quedará registrada y podrá ser usada después como prueba. ¿Entendido?

—Sí —respondió Stan—. Entendido.

—Inspectora Khoury —dijo Ethan con tono formal y un poco más alto.

—¿Qué? —Sintió un espasmo de irritación.

Ethan levantó el mentón para señalarle algo en el pasillo, por detrás de ella.

Christina se giró a la vez que una mujer pequeña y con melena blanca hasta el hombro entraba en la habitación, quitándose una mochila de los hombros. Un juego de llaves colgaba de su dedo.

Christina había pensado tanto en esa mujer, en su vida y en sus decisiones, que resultaba tan desconcertante como encontrarse con una glamurosa estrella de cine en carne y hueso.

Stan Delaney se acercó a su mujer como si estuviese soñando y la levantó del suelo. Las llaves cayeron al suelo.

Stan lloraba, con la palma de la mano apoyada en la nuca de su mujer. Lloraba como llora un hombre que tiene poca experiencia o ninguna en el llanto: con sollozos secos que le sacudían el cuerpo.

Era la primera vez que Christina había visto a Stan Delaney, el hombre al que quería condenar por el asesinato de su mujer, mostrar un mínimo de emoción.

—¿Qué narices está pasando? —preguntó Joy Delaney.

63

El día de San Valentín

Stan Delaney sintió cómo su descomunal rabia y humillación, su dolor y sufrimiento, se inflaban dentro de su pecho y explotaban en su cabeza. Pero él no era su padre. Igual que su padre tampoco había sido él mismo aquel día, el día en que su cuerpo por fin reaccionó a las diarias embestidas de crueldad.

Aquel único acto había definido el resto de la vida de su padre y la vida de Stan.

Quizá fuera tan estúpido como su padre, quizá tuviera las mismas pocas luces, pero jamás cometería el mismo error que su padre. Nunca haría daño a una mujer, a ninguna, y menos aún a esta, a la chica diminuta de pelo rubio con andar ligero que había aparecido como por un milagro en aquella fiesta hacía tantos años y que le había sonreído con unos ojos resplandecientes y combativos. Él supo, antes de que aquella canción terminara su último y absurdo redoble sintético, que para él era la única chica.

Más de cincuenta años después, dejó caer sus manos temblorosas. Se fue.

No cerró la puerta con un golpe. Lo hizo con un suave chasquido al salir.

64

Ahora

Su familia estaba preocupada por usted, señora Delaney.

Christina se las arregló para mantener un tono de voz tranquilo mientras pensaba en el tiempo y los recursos que había dedicado a tratar de demostrar el asesinato de esa mujer. Pensó en la cara de su jefe.

No Asumir nada. No Barruntar nada. Comprobarlo todo.

No había seguido sus propias reglas. Deberían haberse dado la vuelta en cuanto recibieron la información del cirujano plástico sobre que Savannah había hablado con Joy el mismo día que desapareció.

—Pero no entiendo nada —dijo Joy Delaney. Estaba de pie al lado de su marido, agarrada de su mano, acariciándola distraída. Parecía estar descansada y bronceada—. ¿Por qué llamaste a la policía, Stan? Sabías perfectamente dónde estaba, te dejé una nota.

—Yo no vi ninguna nota —respondió Stan, tembloroso. Era una planta que volvía a la vida ante los ojos de Christina: enderezando la espalda, dejando caer los hombros—. No había ninguna nota, Joy. —Suspiró con fuerza—. Al principio, pensé que solo estabas tratando de demostrar algo, pero esta última semana..., en fin, empecé a pensar que algo terrible te había sucedido.

—¡Sí que había una nota! —insistió Joy—. La dejé en la puerta del frigorífico para asegurarme de que la veías.

—No había ninguna nota en el frigorífico —dijo Stan—. ¿Dónde has estado?

—¡Pero si la dejé ahí mismo! ¡Era una nota muy bonita! Me la pensé muy bien antes de escribirla.

—¿Usaste ese imán del London Eye del frigorífico, Joy?

—Oh. —Hizo una mueca—. Qué estupidez. Ay, Dios mío.

—Ese imán del frigorífico pesa mucho —le explicó Stan a Christina. Ahora casi le hablaba con tono amistoso—. Mal diseñado. Siempre se cae.

—Es una pena porque es un imán precioso —dijo Joy—. Tiene una foto de los dos en el London Eye.

—¿No vio la nota en el suelo? —preguntó Christina a Stan,

tratándole todavía como un hombre que ocultara algo.

—No.

—¡Pero llamarías a los chicos! ¡Les envié un mensaje! —exclamó Joy.

—El mensaje no tenía sentido, Joy —contestó Stan—. Era un galimatías.

Joy miró a Christina y a Ethan.

—¿Les ha ofrecido al menos una taza de té?

—No esperábamos ninguna taza de té —respondió Christina—. Estábamos a punto de arrestarlo.

La perra entró corriendo en la sala y empezó a lamer alegremente los zapatos de Joy. Christina se apartó arrastrando los pies. Ya había visto a Steffi varias veces, la pobrecita parecía inofensiva y bastante bonita, pero a ella no le gustaban las mascotas y tenía la extraña sensación de que no le caía nada bien a esta.

Joy acarició las orejas de la perra.

—Hola, Steffi. ¿Me has echado de menos?

—¿Sabes? Se me ocurre qué pudo pasar con esa nota —dijo Stan.

—Ay, Steffi —respondió Joy.

—La perra come papel —explicó Stan a Christina mientras Joy se agachaba para coger las llaves que se le habían caído; de repente, se quedó perpleja al ver algo en el suelo.

—Stan —dijo.

Apoyó las manos en las tablas de la tarima y levantó los ojos hacia él.

—¿Te gusta? —preguntó él sonriendo.

—Es precioso —contestó ella, entusiasmada—. Cielo santo, es precioso.

Joy volvió a erguirse, con la mirada todavía en el suelo.

—Teníamos aquí una espantosa moqueta morada. —Rectificó rápidamente—. Bueno, no era espantosa, solo que... no era de mi estilo.

—No pasa nada. Era espantosa —dijo Stan.

—¡En fin, que mientras he estado fuera, Stan ha arrancado toda la moqueta y ha pulido la tarima! ¿No ha quedado preciosa?

—He lijado la madera yo mismo —señaló Stan.

Christina miró a Ethan y supo que él también estaba repasando mentalmente las imágenes de la cámara de seguridad que habían visto. No era un hombre que estuviera transportando el cuerpo de su mujer, sino un hombre que arrastraba con esfuerzo una vieja moqueta enrollada, un hombre que por fin estaba haciendo una tarea en particular que probablemente su mujer llevaba varios años pidiéndole.

Pensó en el testigo que le había visto con los ojos enrojecidos y cubierto de polvo, no porque hubiese enterrado a su mujer, sino porque había estado lijando el suelo de madera.

La sonrisa de Joy desapareció.

—Lo siento, ¿ha dicho que estaba a punto de arrestar a Stan? ¿Arrestarle por qué?

Hubo un silencio. En ese momento, Stan Delaney no podía parecer más encantador e inocente aunque lo intentara. No podía apartar sus ojos resplandecientes de su mujer.

Christina se recordó que cada uno de sus compañeros habría llevado a cabo el arresto teniendo en cuenta los datos de los que disponía.

—¿Por exceso de velocidad? —preguntó Joy—. Conduce demasiado rápido.

—No, no por exceso de velocidad —respondió Christina sin alterarse. Cerró los ojos y se golpeteó la frente con un dedo. A su madre le había dado recientemente por ese «golpeteo» para liberar el estrés—. Le íbamos a arrestar por su asesinato.

—¿Mi asesinato? —preguntó Joy. Abrió los ojos de par en par—. ¿Creían que me había asesinado?

—Las pruebas eran convincentes —dijo Christina, casi para sí misma.

—Pero ¿cómo podían ser convincentes? —Joy extendió los brazos —. ¡Estoy viva!

—Sí —contestó Christina—. Desde luego, eso parece.

—Habrá hablado con nuestros hijos —dijo Joy a Christina—. Ellos le habrían sacado de dudas. ¿No les ha dado Stan sus números de teléfono?

—Tenían la camiseta. —Stan le hablaba a Joy como si estuviesen solos—. La que usaste para envolverte el pie cuando te cortaste con la ostra aquel día en la playa. ¿Te acuerdas? La encontraron «enterrada» ahí atrás. Creían que la había enterrado yo.

—Claro que me acuerdo. Creía que la había tirado al cubo de la basura. Apuesto a que ese maldito gato de Caro se la llevó. Otis roba la ropa de todo el vecindario. —La voz se le fue apagando—. No entiendo. ¿Está diciendo que creía que era...? —Miró a Christina con expresión de desagrado—. ¿Creía que era mi sangre?

—Bueno, sí que era tu sangre —razonó Stan.

—Pero, por el amor de Dios, Stan. ¡Se lo habrás explicado! ¡Era muy fácil de explicar!

—Claro que se lo iba a explicar, pero cuando encontraron la camiseta quedó claro que yo tenía un problema. Decidí no decir nada

hasta que estuviese mi abogado —respondió Stan.

—¿Tu abogado? —se mofó Joy—. ¿Qué abogado? ¡Tú no tienes abogado!

—Brooke me ha buscado un abogado penalista. Un joven agradable. Resulta que su padre era Ross Marshall, aquel que jugaba en el club en los ochenta, ¿te acuerdas de él?

Mientras veía a Stan hablar, Christina se acordó en cierto modo de sí misma. No era muy habladora. Nico era el que solía hablar. Pero cuando volvían a verse después de haber pasado un tiempo separados, ella se convertía de repente en la más parlanchina, desesperada por contarle todo lo que se había estado guardando.

—¿El que hacía el servicio sin levantar el brazo? —preguntó Joy intentando recordar.

—¡Ese! —exclamó Stan—. Ahora juega a la petanca. Quizá eso le vaya más.

—No pueden haber creído de verdad que él me había asesinado —dijo Joy a Christina.

—Yo tenía esos arañazos en la cara —le explicó Stan—. Parecía como si me los hubieras hecho tú.

—¡Porque sí te arañé! —exclamó Joy. Abrió la mano derecha para enseñar sus uñas—. Me sentí fatal por habértelo hecho.

—Entonces, no se lo hizo con un seto —dijo Christina a Stan. Al menos, su instinto no se había equivocado en eso.

Stan miró a Christina a los ojos.

—Sabía lo que podía usted pensar.

Había mentido en una investigación criminal. Podía acusarle de haber entorpecido el trabajo de la justicia. En vista de los actos de su mujer, podía acusarla por desorden público. Maldita sea, ese día tenía que acusar a alguien de algo.

De repente, Joy se dejó caer en el sofá.

—Esto es terrible.

—Ha sido terrible, sí —contestó Stan fríamente. Se sentó al lado de ella, tan cerca que sus piernas se tocaban. La perra se sentó en el suelo, entre los dos, moviendo la cola adelante y atrás.

Joy sacó un cojín de detrás de la espalda y se lo colocó en el regazo.

—Espero que no se haya enterado nadie de esto. —La perra se tumbó boca arriba y enseñó su panza y Joy empezó a acariciársela con el pie.

—Sí que se han enterado, cariño. Hubo una rueda de prensa —dijo Stan—. Eres una persona desaparecida. Ha salido en las noticias. Había helicópteros. Gente recorriendo la reserva, buscándote.

—¿Buscándome? ¿Como si me hubiese escondido debajo de un arbusto? Ay, Dios santo.

—Entonces, a ver si lo entiendo bien. Está diciendo que su perra se comió la carta que usted dejó —dijo Christina—. Y el gato de su vecina se llevó la camiseta manchada de sangre.

—Hay muchas mascotas implicadas en este caso, inspectora Khoury —comentó Ethan con tono serio.

—Eso parece, agente Lim. —Christina le fulminó con la mirada. Él miró hacia otro lado. Ella bajó la cabeza y se colocó los dedos sobre el puente de la nariz mientras pensaba en lo absurdo de todo aquel caso.

Quizá de camino a casa, Ethan y ella podrían rescatar a algún gatito que se hubiese subido a un árbol mientras la gente los vitoreaba.

—¿Por qué lavó su coche, señor Delaney? —preguntó Christina—. Dos días después de que su mujer desapareciera.

«¿Por qué se empeñó en hacer todo lo posible por parecer culpable?».

—Joy llevaba meses diciendo que el coche olía a leche agria —respondió Stan.

—Se me derramó un batido de plátano —explicó Joy.

—Así que se me ocurrió darle una sorpresa. —Miró a Joy con una sonrisa—. Ahora huele como un coche nuevo.

—Ay, Stan. —Joy se llevó las manos a la boca con el gesto clásico de una chica cuyo novio se hubiese apoyado sobre una rodilla—. ¿Has pagado para que limpien el coche? Te costaría una fortuna.

—Fue un robo a mano armada —contestó Stan—. También me he comprado un teléfono móvil. Otro robo.

—No te creo —dijo Joy. Dejó de mover el pie. La perra levantó los ojos hacia ella, esperanzada.

—Te daré mi número —repuso Stan.

Se estaban mirando directamente a los ojos.

—Así podrás estar siempre en contacto conmigo —añadió Stan—. Siempre. No voy a apagarlo nunca. Voy a responder siempre.

Joy le agarró la mano entre las suyas.

—De acuerdo —dijo—. Muy bien.

No había nada llamativo en sus palabras, pero era como si, de algún modo, estuviesen presenciando una conversación llamativamente íntima y Christina se descubrió apartando la mirada de la pareja para mirar la tarima. Nico decía que había una buena tarima esperando bajo la nauseabunda moqueta de la casa que acababan de comprar. Sorprende pensar que haya algo bonito bajo algo tan feo y que lo único que hay que hacer es destaparlo.

Sintió cómo su sensación de fastidio se disolvía bajo una oleada de euforia que avanzaba lenta pero inexorable. Joy Delaney ya no estaba desaparecida ni supuestamente muerta: estaba viva y en perfecto estado. Christina ya no tenía que pasar las noches en el despacho preparando el expediente con las pruebas, preguntándose qué declaraciones de los testigos les iba a pedir el fiscal general que repitieran porque su deber era dudar de cada prueba.

Como debería haber hecho ella.

Nico y ella podrían compartir una botella de vino esa noche y levantarse tarde al día siguiente. Tendrían sexo esa noche y por la mañana y, probablemente, por la tarde.

Aquel no iba a ser un caso fundamental en su carrera por el que su rostro aparecería en la primera página del periódico. Era una simpática anécdota que contaría en una cena con Nico apoyando su brazo por detrás de su silla. O más bien sería Nico quien la contara y ella aportaría pequeñas correcciones.

Miró a Ethan, que sonreía emocionado a Joy y Stan, como si fuese el padre de la maldita novia. Notó que ella le miraba y rápidamente cambió de expresión.

—Quizá podríamos hablar en privado, señora Delaney —le dijo a Joy—. Podrá contarnos qué ha estado haciendo y dónde ha estado todo este tiempo.

65

El día de San Valentín

Se había ido. En el aire vibraban las terribles palabras que se habían gritado. Joy atravesó el pasillo aturdida, volvió a la cocina y miró a su alrededor. Su vaso de agua vacío estaba en el fregadero. Lo metió en el lavavajillas. Cerró el lavavajillas.

Limpió una gota que había en el fregadero.

Justo entonces.

Antes, cuando Stan se iba, la corriente veloz de la vida de Joy la levantaba y se la llevaba hasta que él volvía, pero ahora no había niños que la distrajeran ni consolaran, ni clases que volver a organizar, ni un negocio que dirigir. No tenía ni idea de qué hacer ahora. No sabía a qué dedicar su día. No sabía a qué dedicar su vida.

La botella de whisky llena de polvo seguía sobre la mesa de la cocina. Se sirvió un chupito con manos temblorosas y se lo bebió de un trago con un gesto exagerado, como hacían en las películas. Se estremeció. El whisky era asqueroso, pero le gustaba la lenta calidez que proporcionaba, como una manta eléctrica que calienta unas sábanas frías.

Vio unas tijerillas colocadas inocentemente encima del resto de cosas que había dentro del cuenco del aparador, como si siempre hubiesen estado ahí, así que se sentó en la mesa y se arregló las dos uñas rotas con las que había arañado la cara de Stan mientras se preguntaba si podría haber una vuelta atrás después de aquello o si por fin habían llegado al final de su capacidad para perdonarse, de su amor, de su paciencia.

Se le ocurrió que le gustaría no estar en casa cuando Stan volviera.

Por una vez, quería que él estuviese en casa esperándola. Pero ¿adónde podía ir?

Estaba en plena búsqueda ociosa en Google de las respuestas a todos sus problemas cuando su teléfono sonó como un regalo. Eso la animó. Respondió sin mirar la pantalla. Sería alguno de sus hijos, que por fin se acordaban de que tenían una madre. Apostaba a que sería Brooke.

—¿Sí?

—¿Joy?

Reconoció la voz al instante.

—Savannah. —Sus ojos se posaron en las memorias de Harry Haddad que estaban en la mesa, delante de ella.

¿Debía colgar?

Una noche había respondido a una llamada de un joven que Joy sabía que estaba tratando de estafarla, porque estaba diciéndole que había ganado un premio increíble y que solo tenía que pagar una «cuota simbólica» para el «envío» y Joy dejó que hablara sin parar durante una eternidad, solo por sentirse acompañada. Habían terminado manteniendo una interesante conversación sobre el cambio climático, antes de que ella le dijera que debía pensar en buscarse otro trabajo más decente, momento en el que él colgó.

Sintió lo mismo con Savannah. Sabía que debía ser cautelosa, y lo estaba siendo, pero también se sentía sola.

—¿Cómo estás, Savannah? —preguntó. Con tono tranquilo pero sin frialdad—. ¿Dónde estás?

—¡Estoy genial, Joy! —exclamó Savannah—. ¡Estupendamente! ¡De maravilla! ¿Qué tal llevas el día?

Dios mío. Parecía estar sintonizando con la energía charlatana de un vendedor a domicilio que sabe que solo tiene unos segundos antes de que le cierren la puerta en las narices.

Joy sintió un repentino ataque de furia.

—Pues ¿sabes? Yo no estoy estupendamente, Savannah. La verdad es que da la casualidad de que no es mi mejor día. Estoy bebiendo whisky por la mañana, así que, si me estás llamando con la intención de hacer otro soborno...

—No —dijo Savannah.

—Porque espero que sepas que lo que nos has hecho es intolerable —añadió Joy—. Y si haces públicas esas acusaciones sobre Stan podrías destrozar nuestras vidas para siempre...

—He devuelto el dinero —le informó Savannah—. Y jamás debí hacer eso.

—Bueno, yo no puedo saber qué habrías sido capaz de hacer, ¿no?

No hubo respuesta. Se quedaron un rato en silencio y Joy recordó el día que volvió del hospital y Savannah le llevó una bandeja a la cama con una taza de té y diminutos triángulos de tostada de canela. Cielo santo, qué ricos estaban.

—En fin —continuó con el tono calmado de «pasemos a otra cosa» que solía emplear con sus hijos cuando se habían portado mal, pero no había nada más que decir—. Bueno, ¿qué has estado haciendo?

—He empezado una especie de relación —respondió Savannah—.

Es un médico. Un cirujano plástico. Mucho dinero. Estoy llamando desde su apartamento. Se puede decir que ahora vivo aquí.

—¡Es una noticia maravillosa! —dijo Joy con tono amable. ¡Se estaba rehabilitando! ¡Estaba dándole un giro a su vida!—. Me alegra mucho que...

—Está casado —la interrumpió Savannah—. Es más una aventura que una relación.

—Ah —respondió Joy con tristeza.

—Joy.

Era ella. Ahora no actuaba. Hablaba como los hijos de Joy cuando la llamaban y, solo con oírles, ella ya sabía que había alguna crisis: habían perdido el partido o había algún corazón roto.

Se preparó como solía hacer para recibir en el estómago el impacto de las malas noticias de sus hijos.

—¿Qué pasa? Cuéntame.

—Mi hermano ha escrito unas memorias —dijo Savannah—. Mi padre me ha enviado un correo electrónico. La editorial se lo va a enviar a todos los que aparecen en el libro para verificar los datos.

—Lo sé. Nosotros también tenemos un ejemplar. —Se acercó el manuscrito y pasó las páginas con el pulgar—. Stan lo ha leído. Yo todavía no.

—Yo no lo iba a leer —comentó Savannah—. He pensado que qué más da. No quería leer nada sobre vuestra maravillosa vida llena de éxitos. Pero luego... he sentido curiosidad.

—Claro que sí —contestó Joy.

—Mi padre le dijo a mi hermano que yo estaba enferma. —Hablaba ahora de forma mecánica—. Así es como lo motivaba. Pensaba que estaba jugando para salvarme la vida.

—Sí, eso me ha dicho Stan. Se ha enfadado al saberlo. —Y añadió con cautela—: Supongo que tú no lo sabías.

—¡Claro que no lo sabía! Yo pensaba que su vida era maravillosa. Que comía filetes mientras yo me moría de hambre. Le odiaba.

—Ay, Savannah —repuso Joy—. Espero que sepas que tú no eres responsable de lo que hizo tu padre.

—¿Sabes cómo empezó? Yo estuve de verdad en el hospital. Me comí un pastelito en el colegio y mi madre me obligó a beber agua salada hasta que vomité. Me deshidraté y me desmayé después de una actuación.

Hablaba como si lo de obligarla a beber agua salada fuese algo que cualquier madre haría. Joy se llevó dos dedos a la frente. Dios santo.

—Y, luego, mi madre le envió a mi padre una foto mía en el hospital con el suero en el brazo. Para que se sintiera mal y enviara

más dinero. Mi padre le enseñó la foto a Harry para hacerle sentir mal y ahí es donde empezó toda esa... farsa.

—Entiendo —dijo Joy—. ¿Y cuándo supo por fin que no estabas enferma?

—Parece que no hubo ninguna gran revelación. Simplemente, empezó a ser consciente poco a poco de que le había engañado, pero para entonces su carrera en el tenis ya estaba despegando de verdad y luego, lo que es la vida, terminó con una hija que sí está enferma de verdad. Mi sobrina.

Joy oyó cómo Savannah se sorbía la nariz.

—Me enteré de que su hija estaba enferma y no hice nada. No sentí nada. Literalmente nada. No soy distinta a todas esas personas que no me hicieron caso. Soy una persona terrible, Joy.

—No lo eres.

—Sí que lo soy —insistió Savannah—. De verdad que lo soy.

Joy se levantó de la mesa. Cogió una de las fotos enmarcadas de sus hijos. Era el treinta cumpleaños de Amy. Estaban todos en fila, agarrados de los brazos, sonriendo.

—Tienes que llamar a tu hermano —dijo Joy.

Hubo una larga pausa. Savannah volvió a sorber por la nariz.

—He hablado con mi padre. Dice que Harry no estaría donde está si él no le hubiese dado tan buen incentivo para ganar en sus inicios. Mi padre cree que es gracioso. ¿No te parece enfermizo? Mi familia está enferma.

—Sí —respondió Joy—. Es horrible. Los padres de los tenistas pueden ser... terribles.

—En fin, solo quería decirte que me voy —dijo Savannah.

Había vuelto a cambiar de tono. Brusco.

—Me he inscrito en una de esas cosas benéficas de Harry contra el cáncer. Es una estupidez, lo sé, no es que yo vaya a cambiar nada. Pero quería hacer algo. Por él. Para compensar. Cuando me siento mal me gusta... pasar a la acción.

—Claro —dijo Joy—. Lo entiendo. —Sí que lo entendía. No era de las que se regodean.

—Empieza esta noche. Se llama Desafío de 21 Días Desconectados para Acabar con el Cáncer Infantil. Te alojas en unas diminutas cabañas iluminadas con energía solar en mitad de la nada sin teléfono ni wi-fi. Ni siquiera te dan la dirección de dónde vas a estar hasta el día en que te vas. Y he pensado..., en fin, que no es solo por apoyar la obra benéfica de Harry, sino que podría aclararme las ideas. Como un... cortocircuito.

—No lo entiendo. ¿Y eso cómo consigue acabar con el cáncer

infantil?

—Ah, bueno, es evidente que no lo consigue. Pero pagas una fortuna y un porcentaje se dedica a la investigación del cáncer —le explicó Savannah—. Hay gente que te patrocina. Es para gente rica. Hacen publicaciones en Instagram. —Puso acento pijo—. «Soy muy humilde y pongo mi granito de arena por esta causa tan importante». Ya sabes cómo son. Evidentemente, yo no soy rica, pero ahora mismo tengo bastante dinero. —Hizo una pausa—. No me preguntes.

—No lo voy a hacer —dijo Joy—. Espero que no vayas a ir cerca de los incendios.

—En la dirección opuesta —contestó Savannah—. Es un viaje de cinco horas en coche. Un sitio que se llama Barranco de Orroroo. Orroroo quiere decir «viento entre los árboles». Suena bien, ¿verdad? Tiene cataratas, lagos, fauna o lo que sea.

—Ah, suena de maravilla —dijo Joy.

—Sí. Aunque..., no sé. Me lo estoy pensando. Quizá me sienta sola. Me puedo volver loca. Me puedo volver loca de verdad.

Joy dejó la foto. Miró las paredes que la atrapaban y pensó en cataratas, lagos y fauna.

—¿Y si voy contigo?

—Sí —respondió Savannah—. Sí, por favor, Joy.

Después de tomar la decisión, Joy era un remolino de energía y nervios. Quería irse antes de que Stan regresara. Quería que volviera y se encontrara la casa vacía. Nunca había tomado una decisión tan importante sin consultarla antes con Stan. Resultaba emocionante. Era aterrador. Se iban a llevar todos una gran sorpresa. Sus amigas también se sorprenderían. Iba a ser agradable hacer algo sorprendente por una vez.

Iba a ser un «cortocircuito». Se había enamorado de la expresión de Savannah y no dejaba de murmurarla mientras se preparaba. Era exactamente lo que necesitaba ahora mismo. Cortar un circuito.

Stan la echaría de menos. O no. Si no se echaban de menos el uno al otro, habría que tomar una decisión.

No encontraba el teléfono, aunque acababa de estar hablando por él. No podía encontrar las gafas, aunque las llevaba puestas hacía unos minutos. No encontraba su cartera.

Encontró el teléfono. Envió un mensaje a sus hijos sin las gafas, con las palabras borrosas en la pantalla. Nadie contestó ni la llamó de inmediato, como si el hecho de que su madre fuera a estar desconectada durante tres semanas no les interesara mucho.

Encontró la cartera. Encontró las gafas. Sacó una vieja mochila de publicidad del fondo del armario y metió ropa cómoda. Algo abrigado para la noche. Pantalones cortos y camisetas, bañador y zapatillas, ropa interior y pijama, un cepillo de dientes nuevo que todavía estaba dentro de su embalaje. Savannah había dicho que irían a nadar y a caminar por el campo todos los días, a descansar y a leer. No necesitaba llevar ropa elegante. No necesitaba gran cosa. Al parecer, se trataba de ser minimalista. Se trataba de volver a conectar con tu verdadero yo. Posiblemente fuese una tontería, pero siempre podría volver a casa si se aburría.

Se sentó y le escribió una carta a Stan.

Querido Stan:

Siento mucho haberte dicho esas cosas tan horribles.

La Escuela Delaney no habría sido nada sin ti. ¡Yo dirigía el negocio, pero tú eras el negocio, Stan! Tú eras «el talento». Nadie sabía entrenar como tú. Nadie sabía sacar como tú lo mejor de cada jugador. Incluso de los más inútiles. ¡Sobre todo de los más inútiles! Nunca diste una clase con desgana. (¡Yo sí! ¡Lo confieso!). Me encantaba verte entrenar, más todavía que verte jugar. Era como ver a un artista en acción. Quizá no te lo haya dicho antes. Debería haberlo hecho.

Siento lo que hice. Siento haber alejado a Harry. Quería que nuestros hijos tuvieran al mejor entrenador de Australia y ese eras tú. Era malo para ti, pero bueno para nuestros hijos y los elegí a ellos. Tenías razón al decir que, si de verdad yo hubiese querido seguir con mi carrera en el tenis, lo habría hecho. Pero era bastante buena, Stan. Lo era. Lo sé. Tú también lo sabes. Nunca me arrepentí de aquella decisión, creo que solo deseaba que se me reconociera, pero, en fin, ya no importa.

Hay una cosa importante que necesito decirte. Fue complicado vivir así, todos esos años, Stan, sabiendo que podías salir por la puerta en cualquier momento.

Cada vez que ocurría, mi corazón se congelaba un poco más hasta que llegué a creer que se congelaría del todo.

Así que ahora me toca a mí irme.

Me voy con Savannah. Sé que sigues enfadado con ella, y con razón, pero no es más que una niña confundida y yo siento que tenemos cierta responsabilidad.

Vamos a hacer el Desafío de 21 Días Desconectados para Acabar con el Cáncer Infantil, una cosa de Harry. No nos va a costar nada. Ella ya lo ha pagado. Es por una causa benéfica, lo cual es bonito. Me voy a alojar con ella en una «casa diminuta y sostenible que funciona con energía solar». Hay un número de teléfono al que puedes llamar si hay una emergencia pero, aparte de eso, estaré completamente «desconectada».

Cuando vuelva a casa quizá podríamos pensar en un nuevo plan para ver cómo ser felices en esta etapa de nuestra vida. Los planes se nos dan muy bien. Creo que podremos hacerlo.

Supongo que ahora la pelota está en tu parte de la pista, cariño. Esta es buena, ¿eh? Te quiero, Joy

P.D.: Mi bicicleta se ha pinchado y la he dejado bajo un árbol delante de la vieja casa de los O'Brien. ¿Me haces el favor de recogerla?
P.D.2: Siento mucho haberte arañado. Las uñas siempre se me están rompiendo. Creo que necesito más calcio.

Dejó con cuidado la nota en la puerta de la nevera sujetándola con el imán del London Eye, bien alto, donde él la viera con seguridad. No iba a hacerle lo que él le había hecho tantas otras veces. No habría ningún misterio sobre su paradero.

Ahora su teléfono, que acababa de tener en las manos hacía cinco minutos, se le había vuelto a perder. Pasó varios minutos muy valiosos buscándolo antes de rendirse. No necesitaba teléfono. En eso consistía ese «desafío». Iba a «desenchufarse». Iba a estar «desconectada».

Llenó los cuencos de comida y agua de la perra y le dijo adónde iba a ir y le pidió que, por favor, cuidara de Stan. Steffi lanzó un leve gruñido de desaprobación.

—No, Steffi. Yo sí creo que es una buena idea —contestó Joy mientras se colgaba la mochila del hombro y se sentía joven y aventurera, como si se fuera a recorrer Europa con su mochila.

En el momento en que cerró la puerta de la casa, su teléfono, que había tirado al suelo al levantar la mochila y al que, después, había lanzado de una patada bajo la cama al salir de la habitación, empezó a sonar y a vibrar con mensajes de confusión de sus hijos: «¿Qué? ¡Mamá, este mensaje no tiene sentido!».

Su plan era ir andando hasta la parada de autobús y subir al 401 que llevaba a la ciudad, donde Savannah la recogería en un lujoso coche que su novio casado le iba a prestar.

La hija de Caro estaba saliendo de su casa con su coche a la vez que Joy salía de la suya. Petra abrió la ventanilla para saludarla y, cuando vio que Joy iba a tomar un autobús para ir a la ciudad, se ofreció a llevarla porque casualmente iba a ir a una conferencia literaria en la Biblioteca Estatal, lo cual era una verdadera suerte. No hacía muy buen día para andar por la calle. De camino a la ciudad, tuvieron una agradable charla sobre Copenhague, donde Petra vivía entonces, y adonde volvería a la mañana siguiente con sus dos hijos pequeños. Los niños habían ido con Caro al cine, una última excursión con su querida abuela. Hablaron de que en Dinamarca todo el mundo

iba en bicicleta y llevaba calzado plano y cómodo y Joy le preguntó a Petra si había conocido a la princesa Mary (no la había conocido) y le había contado que esa mañana había probado a ser una de esas encantadoras y relajadas señoras europeas que van en bicicleta, pero que no había resultado tan bien.

Mientras tanto, en la casa, el imán del London Eye del frigorífico se fue deslizando despacio e inevitablemente hasta el suelo de la cocina, llevándose la carta de Joy con él.

Steffi levantó la cabeza de sus patitas, correteó por el suelo y devoró tranquilamente toda aquella hoja de papel tan deliciosa.

Cinco minutos después de que la hija de Caro dejara a Joy, recibió una llamada frenética de su madre diciéndole que su hijo se había caído de camino al cine y que lo llevaba al hospital porque le preocupaba que se hubiera roto el brazo.

Petra se perdió su conferencia y fue directa al hospital. El brazo de su hijo no estaba roto, solo magullado, así que iban a poder tomar su vuelo al día siguiente sin problemas, pero, con tanto drama, no era de sorprender que se olvidara por completo de mencionarle a su madre que había llevado a su vecina a la ciudad. Al menos, no hasta tres semanas después, cuando Petra estaba de vuelta en Dinamarca y su madre le contó que Joy Delaney llevaba tres semanas desaparecida.

66

Ahora

Amy no tenía aptitudes para los idiomas, pero había estudiado francés en el instituto y podía recordar la satisfacción de ver cómo un párrafo de palabras sin sentido se convertía en frases llenas de lógica, y eso fue exactamente lo que estaba pasándole ahora mientras estudiaba el mensaje sin sentido de su madre.

«¡Voy a estar desconectada un tiempo! ¡Me voy narcisos 21 dados para acabar Checoslovaquia danzante! ¡Pradecillo! Besos, mamá».

Las palabras se convirtieron en:

«Voy a estar desconectada un tiempo. Me voy al Desafío de 21 Días para Acabar con el Cáncer Infantil de Harry. Patrocinadme. Besos, mamá».

Leyó el mensaje en voz alta. Una vez. Dos.

—¿Crees que es ahí donde puede estar? —preguntó Simon, vestido con otra de sus impolutas camisetas blancas y mirándola con expectación—. ¿Es posible?

Amy asintió.

—Es posible. —Tenía sentido. Tenía mucho sentido.

En ese momento, todo tenía mucho y verdadero sentido.

—También es posible que yo te quiera —añadió con un susurro, sin mirarle a los ojos ni mover los labios, como si hiciese hablar a la muñeca de un ventrílocuo, como si no contara si no lo pronunciaba bien. En un minuto esa preciosa claridad habría desaparecido.

Otro hombre habría preguntado: «¿Qué es lo que acabas de decir?», y ella no lo habría repetido. Otro hombre habría tratado de abrazarla o besarla y ella habría permanecido tan rígida como una tabla entre sus brazos, porque ahora mismo no la podían tocar.

Pero Simon Barrington no era otro hombre.

Él no se movió ni sonrió ni trató de mirarla a los ojos. Mantuvo la mirada al frente, hacia la pantalla de su portátil, y dijo con tono formal, claro y bastante alto, como si estuviese haciendo una declaración legal y vinculante ante un funcionario del gobierno:

—Yo también te quiero, Amy.

No era la primera vez que escuchaba esas palabras de boca de un

hombre, pero sí era la primera vez que las creía.

Minutos después, los teléfonos de los cuatro hermanos Delaney sonaron a la vez en distintos lugares de Sídney y cada teléfono fue agarrado con dedos torpes y asustados mientras leían un mensaje de seis palabras que habían recibido de un teléfono desconocido.

Decía:

Vuestra madre está en casa.
Papá.

El primer mensaje escrito jamás por Stan desde su recién estrenado teléfono resultó ser el más memorable.

67

Cuando los hijos de Joy la vieron de nuevo la abrazaron como no la habían abrazado desde su infancia. Eran los abrazos intensos y desesperados posteriores a las pesadillas, cuando ella podía sentir el martilleo de sus frágiles corazones dentro de sus pechos diminutos cuando se aferraban a ella.

Sus dos hijos la levantaron del suelo, igual que había hecho su padre.

Sus dos hijos lloraron, igual que había hecho su padre.

Ninguna de las dos hijas derramó una lágrima. La reprendieron, como las madres asustadas reprenden a sus hijos perdidos tras su regreso. «¡Prométeme que nunca más vas a hacer una cosa así, mamá! ¡Tienes que ponerte las gafas cuando envíes un mensaje! ¡Nunca debes salir de casa sin tu teléfono!».

Le gustó que la regañaran. Podía oír la entonación de su propia voz, de la voz de su madre, de la voz de su abuela, de cada mujer enfadada desde el principio de los tiempos.

Resultaba agradable poder asirse a los recuerdos de esos abrazos intensos y desesperados cuando los abrazos cesaron.

68

Joy podía recordar cómo a finales de enero la gente hablaba de una especie de virus espantoso que se estaba extendiendo por el mundo, pero estaba demasiado distraída por el desmoronamiento de su matrimonio como para prestarle mucha atención y, además, ella nunca se resfriaba. Tenía un sistema inmune estupendo.

Cuando estuvo «conectada de nuevo» el mundo se había salido de su eje y resultaba difícil no sentirse personalmente responsable, como si, en el momento en que había dejado de vigilar, hubiese surgido el caos. Era igual que cuando apartaba la vista de Troy cuando era pequeño: ¡el alboroto y la destrucción que le seguían!

De repente, todo el mundo guardaba «distancia social», sobre todo alrededor de Stan y Joy, que supuestamente eran «ancianos» y «de riesgo». Cuando salían a dar un paseo, los más jóvenes se apartaban cuidadosamente de su camino, se salían de la acera y se metían en las cunetas.

—Si ha llegado mi hora, que llegue —les decía Stan a sus hijos y estos se quejaban y contestaban que los padres de todos sus amigos estaban haciendo los mismos comentarios insensatos, y Joy y Stan intercambiaban sonrisas y prometían solemnemente comportarse.

Esas primeras semanas después de que Joy volviera a casa fueron como estar en una luna de miel en medio de un apocalipsis.

No podían dejar de tocarse el uno al otro ni de ver las noticias, que por primera vez en la vida de Joy eran globales y tremendas, pero también personales y específicas. Imposible no prestarles atención. Imposible decir que era una pena pero que la vida continuaba, porque la vida no continuaba.

No podían parar de decir que no podían creerlo.

¡El príncipe Carlos ha cogido el virus! Nadie estaba a salvo. Ni siquiera la realeza.

El «confinamiento» quitó presión a la jubilación. Ahora, su única responsabilidad era la de quedarse en casa y mantenerse sanos, no participar en un repertorio diario de actividades saludables y tonificantes. Ahora no eran solamente sus vidas las que se habían detenido, sino las de todos. Ahora no era solo su hogar que antes tenía tanto ajetreo el que se había quedado en silencio, sino las ciudades de

todo el mundo que antes tenían tanto ajetreo. La gente podía oír el canto de los pájaros en lugares donde antes solo se oía el tráfico. Los cielos se limpiaron. Ojalá esa preciosa pausa global hubiese ocurrido sin tanto sufrimiento implacable.

Joy no dejaba de pensar en el primer marido de su abuela, que había muerto de la gripe española cien años atrás después de tomar la «estúpida decisión de ir a ver a un amigo a los muelles». A Joy siempre le había parecido como un cuento de hadas, y una parte necesaria de su historia. Por supuesto que aquel primer marido tuvo que tomar la estúpida decisión de ir a ver a su amigo en los muelles. Así la abuela de Joy se pudo casar con el atractivo abuelo de Joy y, luego, Joy llegó a ser Joy.

Por primera vez en su vida, se le ocurrió que probablemente el primer marido de su abuela habría preferido no morirse por la gripe española, claro que sí, igual que Joy preferiría no morirse de esta. Quería ver qué iba a pasar después. Sus abuelos y su madre tendrían que esperar en esa puerta de llegadas un poquito más.

Joy tardó un poco en entender del todo lo que su familia había sufrido mientras ella había estado fuera.

Stan le contó que, al principio, sus cuatro hijos le ocultaron información a la policía que sabían que podría hacer que Stan pareciera culpable. Había visto cómo la duda y el miedo aumentaba exponencialmente en todos ellos a medida que pasaban los días sin que su madre regresara. Sus preguntas se volvieron cada vez más directas.

—Empecé a sentirme culpable —dijo Stan—. Empecé a sentir como si te hubiese hecho daño. Soñaba con que... —Hizo una pausa—. Los sueños eran malos.

Sus hijos hacían referencias a sus lealtades tanto de forma indirecta como manifiesta.

En medio de una apasionada charla sobre higiene de manos y mascarillas, Brooke dijo de repente y sin venir a cuento: «Le busqué a ese abogado penalista a papá porque sabía que era inocente, mamá. No porque pensara que era culpable. Espero que los dos lo sepáis».

«Ay, cariño —pensó Joy—. Nunca has sabido mentir».

En una ocasión, después de que Troy les dejara un generoso paquete de veinticuatro rollos de papel higiénico que lógicamente había conseguido comprar durante el estrambótico frenesí de las compras en medio del pánico, y cuando él y Joy se quedaron solos, sentados en el porche de atrás guardando una segura distancia social,

dijo: «Pensé que papá podría haberlo hecho, mamá. Lo pensé de verdad. Y me enfadé con Brooke porque ella le apoyaba».

Hablaba igual que cuando era niño y confesaba algo horrible y Joy le decía: «No importa, cariño, sácate eso de la cabeza». Sacarse las cosas de la cabeza no era lo que se hacía ahora, pero ¿dónde las iba a dejar?

Troy y Brooke arreglaron sus diferencias, gracias a Dios, del modo en que los hermanos y los matrimonios solían arreglarlas, con actos más que con palabras.

Brooke le compró a Troy una caja de bombones.

Troy le compró a Brooke un coche.

Joy y Stan no hablaron nada sobre Harry Haddad, hasta el día en que estaban viendo las noticias y anunciaron que Wimbledon se cancelaba debido a la pandemia, la primera vez que esto ocurría desde la Segunda Guerra Mundial.

—Entiendo por qué lo hiciste —dijo Stan en voz baja.

No dijo que la perdonaba, pero ella lo tomó como si así fuera.

Una pareja más joven podría haber dedicado meses de terapia para hablar de ello, pero Joy sabía que lo habían dejado atrás. Que pasaban página. Una vez que golpeas una pelota no tiene sentido quedarse mirando adónde va. No se puede cambiar ya su dirección. Hay que pensar en el siguiente paso. No en lo que deberías haber hecho. En lo que hay que hacer ahora.

Ella le había traicionado. Él decidió seguir queriéndola.

No había más que decir.

Había desagradables posibilidades que la mantenían despierta de noche.

Por ejemplo, ¿y si Savannah y ella hubiesen tenido un accidente y su coche hubiese desaparecido para siempre bajo las turbias profundidades de algún lago y hubiesen arrestado a Stan y le hubiesen acusado de haberla asesinado? ¿Y si él se hubiese podrido en la cárcel el resto de su vida y solo Brooke hubiese ido a visitarle?

Durante los primeros días hizo un montón de llamadas telefónicas a esa preciosa, impaciente y seria inspectora Christina Khoury.

Joy tenía una especie de obsesión con ella. «Deja en paz a esa mujer», le decía Stan. Él parecía traumatizado cada vez que mencionaban su nombre, motivo por el que Joy sentía el extraño deseo de seguir convenciendo a Christina de la inocencia de Stan, a

pesar de que su inocencia era indiscutible.

Necesitaba que esa inspectora supiera que su marido era cien por cien inocente. Que para nada la había asesinado.

—Teníamos contundentes pruebas circunstanciales, señora Delaney —dijo Christina con seriedad.

Pero, luego, Christina suavizó el tono y le recordó todos los motivos por los que sus distintos temores no se habían hecho realidad. Por un lado, dijo con ironía, Joy y Savannah no habían atravesado ningún lago durante el viaje, por lo que era poco probable que hubiesen terminado en el fondo de alguno. Además, el amante casado o novio o aventura o como quisiera llamarlo (¿su punto?), el doctor Henry Edgeworth, les habría llevado finalmente hasta Savannah y esta les habría llevado al Desafío de Desconexión de Harry. Y, lo que era más importante, también habrían recibido una tardía aunque útil declaración de la hija de Caro desde Copenhague. El caso no se sostenía sobre ninguna realidad, por lo que inevitablemente se habría desmoronado como una torre de naipes.

—Su marido jamás habría sido condenado —le dijo Christina.

Luego, Joy le preguntó si la pandemia estaba afectando a sus planes de boda y Christina le contó que su boda seguía adelante, pero que iba a ser una celebración mucho más pequeña que la que habían planeado al principio.

—¡Qué pena! —exclamó Joy, compasiva.

—Sí que es una pena —respondió Christina, pero su voz sonó como si, en realidad, estuviese sonriendo.

¿Qué hicisteis Savannah y tú durante el tiempo que estuvisteis fuera? —le preguntó Amy a Joy—. Es mucho tiempo que compartir. ¿Os aburristeis?

—¿Jugabais a algo? —preguntó Brooke, porque eso era lo que habrían hecho los Delaney. Siempre había alguna competición. Siempre había alguien que ganaba y alguien que perdía—. ¿Llegasteis a... discutir?

Joy entendía que sus hijas tuviesen sentimientos encontrados con respecto al tiempo que había pasado con Savannah, porque Joy nunca había pasado tanto tiempo a solas con ninguna de ellas y las tres sabían que, si lo hubiesen hecho, se habrían vuelto locas las unas a las otras.

—Ah, sí, a veces fue muy aburrido —les dijo Joy a sus hijas—. Y otras, nos enfadamos.

No era verdad. Savannah y ella se habían llevado muy bien.

Probablemente porque Savannah no era su hija, aunque sí tuviese un sentimiento maternal hacia ella, y tampoco era una amiga de verdad, aunque se parecía. Sentía cariño por Savannah, pero no la adoraba con la misma fuerza y complejidad como quería a sus hijas, lo cual significaba, paradójicamente, que podía pasar tres semanas con ella sin ningún problema en absoluto. Dos mujeres diminutas en una casa diminuta.

Ahora, cuando recordaba esos veintiún días, tenía antes que abrirse camino entre los sentimientos de vergüenza por el espantoso revuelo que había provocado, pero, una vez superados, recordaba esos días como si fuese un sueño moteado por el sol, unas vacaciones de su propia vida y de sí misma, o de la persona en la que se había convertido.

La casa de madera donde se habían alojado estaba rodeada de un bosque pluvial de cuatrocientos años de antigüedad, cataratas y senderos. Solían pasar con regularidad canguros y ualabíes por delante de la enorme ventana, como coches que pasaran por una tranquila calle de las afueras.

Joy dormía profunda y plácidamente en una cama individual. No había espejos en la casa y, sin la evidencia de su propio rostro, y sin un marido ni hijos, tenía la sensación extraña de que volvía a ser Joy Becker, con casi toda la vida por delante, y no por detrás.

Cada dos noches, alguien les dejaba una cesta de comida en la puerta. Era comida fresca y sencilla: fruta, huevos, pan y verduras. No mucha carne. Todo preparado para proporcionar a sus saludables huéspedes su experiencia rústica de «regreso a lo básico», pero saber que estaba preparado no parecía importarles.

Savannah y ella daban largos paseos a solas y, a veces, juntas. Pasaban varias horas leyendo. La casa tenía una estantería llena de libros muy viejos, ninguno de ellos publicado después de 1970. El tiempo se detuvo y se atenuó como un largo y caluroso verano de la infancia.

Notó que Savannah parecía haberse instalado en una personalidad y que se aferraba a ella. Parecía la personalidad de una chica joven, reflexiva y callada. Todas aquellas rarezas en su forma de hablar desaparecieron. A veces, se contaban anécdotas de su infancia. Solo anécdotas felices. Savannah le habló de cuando Harry y ella eran hermanos, antes del tenis, antes del ballet, antes del divorcio de sus padres, cuando una tarde en un fuerte hecho con sábanas podía durar tanto como unas vacaciones. Joy le habló de sus abuelos. Un día le contó a Savannah que su abuela siempre se refería a su ropa interior como sus «innombrables» y Savannah contestó con una risa de lo más

encantadora.

Luego, hubo días en los que Savannah y ella no intercambiaron más que un puñado de palabras.

A Joy le encantaba el silencio. Sabía que no tenía personalidad para hacer aquello por sí sola, pues no habría durado mucho, pero con Savannah allí, medio desconocida, medio amiga, era la situación perfecta.

Por primera vez en décadas, se había detenido.

Había creído que lo haría cuando Stan y ella se jubilaran, pero no se había detenido en absoluto. Había seguido corriendo sin parar en dirección a algún objetivo indefinido e inalcanzable.

Descubrió que, cuanto menos pensaba, más fácil era encontrar verdades sencillas que aparecían ante sus ojos.

Por ejemplo, había abandonado su sueño de ser tenista profesional absolutamente segura de lo que hacía. Nadie podría haberla convencido de que hiciera lo contrario, aunque ella misma hubiese encontrado un modo de viajar en el tiempo, darse un toque en el hombro y decir: «Es solo un chico más».

Nunca fue un chico más. Era Stan. Le quería a él y quería a sus hijos. Creía que Stan no habría sido capaz de soportar el éxito de su mujer. Probablemente se equivocaba, porque eso fue antes de que Stan empezase a entrenar. Ella no era consciente del hombre en que se convertiría y el placer que le daría ver cómo otros tenistas triunfaban. Ella era una chica de su tiempo, una chica cuyo padre se había marchado para no volver nunca. Creía que los egos de los hombres eran tan frágiles como un huevo. Creía que había que hacer todo lo posible para asegurarse de que tu hombre volvía a casa.

Tomó la decisión correcta para la chica que era entonces.

Algún día, Joy podría tener una nieta que jugara al tenis. Todos sus nietos jugarían, era imposible imaginarse lo contrario. Y a esa preciosa chica no se le ocurriría en el futuro abandonar sus sueños del tenis de competición ni de ninguna otra cosa por un chico.

Además, Joy no se lo permitiría.

Una mañana, mientras Savannah seguía durmiendo y Joy estaba sentada en el porche bebiendo una taza de té a la vez que veía salir el sol (era el mismo sol, pero parecía moverse mucho más lenta y elegantemente que en casa), pensó: no hice que Harry se fuera solamente por mis hijos. Lo hice porque estaba enfadada con Stan por todas las veces que se había ido y estaba enfadada porque estaba cansada y porque me sentía responsable de todo: desde el tráfico de

drogas de Troy hasta los dolores de cabeza de Brooke, la cena de esta noche o la colada de mañana. Era un mezquino y secreto tanto en el marcador de su matrimonio y jamás se lo confesaría a Stan, porque, si la iba a perdonar, no tenía por qué creer que sus motivos habían sido otros que los propios de la maternidad, pero sí que sintió alivio al confesárselo a sí misma.

Seguro que la inteligente nieta de Joy sabría cómo tenerlo todo sin tener que encargarse de todo.

—¿Por qué te fuiste precisamente con ella? —le preguntaba su familia —. ¿Después de lo que te hizo? ¿Cómo pudiste perdonarla?

—Simplemente, me llamó en el momento oportuno —respondió Joy.

Era verdad, pero también que Joy no solo disfrutaba de sus comidas, sino de su compañía, y que quizá las intenciones de Savannah no habían sido honestas cuando llamó aquella noche a su puerta, pero la mayor parte de sus actos habían sido bondadosos, exceptuando su malvado soborno al pobre Troy, claro, pero cuando Joy comparaba eso con la infancia de Savannah y los actos de su propia familia aquel día tan lejano en el que todos habían sido tan inconscientemente crueles con una niña necesitada, veía que sí podía perdonar aunque no olvidar.

El perdón resulta más fácil con la edad, les explicó Joy, presumiendo de sabiduría y elegancia, pero sus hijos se rieron al oír aquello y le enumeraron amablemente las muchas personas a las que Joy no había perdonado todavía, décadas después del suceso, como aquel concejal tan grosero y el profesor que solo dio a Joy una puntuación de siete sobre diez por el trabajo sobre la Gran Muralla China que le había hecho a Troy.

La diferencia estaba en que ninguna de esas personas le había preparado a Joy una minestrone ni una tostada de canela.

Solo hubo una vez en veintiún días que Joy, de repente, se preguntó por qué estaba compartiendo su tiempo con esa persona y fue cuando Savannah confesó otros pequeños y peculiares actos de venganza contra la familia de Joy.

Por ejemplo, que había llamado a la facultad de Logan para presentar una queja sobre él.

—No le acusé exactamente de abuso sexual —dijo. Y también dijo que estaba segura de que no le habían prestado mucha atención. Había hecho también varias reservas por internet para la clínica de fisioterapia de Brooke para que luego no se presentara nadie.

Joy se puso furiosa en nombre de sus dos hijos.

—¡Estabas poniendo en peligro su sustento! —exclamó.

—Podría haber hecho algo mucho peor —contestó Savannah—. He hecho cosas peores.

—Pues muy bien por ti, Savannah —espetó Joy—. ¿Debería darte las gracias por no haber sido peor?

Savannah agachó la cabeza mientras Joy continuaba:

—Es evidente que chantajeaste a Troy. ¿Y Amy? ¿Qué le hiciste a ella?

—Poca cosa. Solo preparé los brownies de chocolate el día del Padre —respondió Savannah, como si fuese obvio.

—Pero ¿cómo narices supiste que eso la iba a enfadar?

—Tú me dijiste que era su especialidad —contestó.

Joy no lo recordaba. Había sido una vieja gallina que lo cacareaba todo mientras Savannah tomaba buena nota. Vio que era incapaz de mirar a Savannah porque, por un momento tan solo, sintió ganas de darle una bofetada.

—¿Y yo? —De repente, Joy se acordó de sí misma, pues ¿no había sido ella la peor de todos aquel día? Ella era la única adulta.

—Traté de seducir a tu marido —respondió Savannah—. Mientras estabas enferma en el hospital.

—Ah. Eso. Pero no habrías sido capaz de verdad...

—Sí, lo habría hecho —repuso Savannah—. Como te he dicho, he hecho cosas peores, Joy. He hecho cosas mucho peores. No soy una buena persona. —Estaba anocheciendo y las dos estaban sentadas en el balcón, viendo cómo cientos de murciélagos negros bajaban en picado a través de un enorme cielo naranja.

Joy tomó aire y sintió que su rabia se elevaba y decaía, y, cuando volvió a estar calmada, dijo:

—Yo creo que eres una buena persona. Eres una buena persona que ha hecho cosas no tan buenas. Como todos.

—Podría haber roto tu matrimonio —dijo Savannah.

—Bueno, sí —contestó Joy—. Eso fue terrible. Debes prometer que nunca más volverás a hacer algo así, porque algunos matrimonios no podrían sobrevivir a una acusación como esa. Pero ¿sabes? Yo no creí ni por un momento que Stan te acosara.

—No lo pretendía —dijo Savannah—. Mi intención era hablarle de ti y de que fuiste tú quien echaste a Harry.

Era verdad que Savannah podría haber acabado con su matrimonio por esa revelación.

—Bueno, sí, pero nadie te pidió que guardaras ese secreto —dijo Joy—. Eso fue culpa mía por completo. Si te soy sincera, jamás esperé

que pudiera guardar el secreto durante tanto tiempo.

Savannah suspiró como si Joy no terminara de entenderlo.

—Vale, pero no soy una buena persona.

Era como si estuviese tratando de contarle a Joy algo más de lo que estaba diciendo, como si hubiese un mensaje oculto en sus palabras, y si Joy se concentraba lo suficiente sería capaz de descifrarlo, pero lo único que veía era a una chica joven que había sufrido mucho, a la que le habían tocado unas cartas muy malas en la vida, que había llegado a su casa y que había cocinado y limpiado para ella.

Joy esperó a que Savannah le contara lo que fuera que quería contarle. Podía notar su deseo de hacerlo, igual que antiguamente sentía el deseo de sus hijos por confesar algún acto terrible o algún pensamiento atroz y, la mayoría de las veces, si era paciente y les daba suficiente espacio, terminaban diciendo lo que querían decir.

Pero Savannah se quedó sentada, con una mano agarrando con fuerza la llave de la cadena que colgaba de su cuello mientras miraba cómo el cielo se oscurecía hasta que los murciélagos se difuminaron en la negritud, y, cuando por fin abrió la boca, lo único que dijo fue:

—Creo que voy a preparar una frittata de tomates y albahaca para cenar.

Una parte de Joy se sintió aliviada. Savannah no era su hija. No quería conocer sus secretos. No necesitaba conocerlos.

Cuando concluyeron los veintiún días y se despidieron de su diminuta casa en medio de la naturaleza, Savannah condujo el coche de vuelta a Sídney.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Joy.

—Quizá llame a mi hermano —respondió Savannah—. Para decirle que he hecho este «desafío», por si sirve de algo. Y, luego, no sé qué haré. Construirme una vida nueva en algún sitio, quizá. ¿Y tú?

—Ah, supongo que simplemente volveré a casa.

Por primera vez, entendía el privilegio que era poder decir eso.

—¿Quién te hizo la comida en mi ausencia? —le preguntó Joy a Stan una vez, mientras estaban cenando.

—Caro me envió un guiso de cordero correoso. Brooke me trajo varias comidas —contestó Stan—. Pero le dije que yo podía cocinar. No sé de dónde viene eso de que «Stan no sabe ni cocer un huevo». Yo te enseñé a cocer huevos.

—No es verdad —dijo Joy.

—Sí lo es.

El recuerdo flotaba por la superficie de su mente, perfectamente

conservado, como un artefacto antiguo.

Sí que era cierto que él le había enseñado a hacer unos huevos pasados por agua perfectos y que fue entonces cuando le contó que de niño había tenido que prepararse la comida con bastante frecuencia después de que su padre se fuera y su madre empezara a «dormir la mona» y Joy se había visto invadida por un deseo femenino y sensual de «dar de comer a su hombre», de alimentarle como haría una mujer de verdad, de ser para él la madre que no había tenido, y le mantuvo alejado de la cocina, echándole de allí hasta que ya dejó de entrar, y, a medida que pasaron los años, la cocina dejó de parecerle algo sensual, femenino y cariñoso para convertirse en un trabajo penoso.

—Quizá podríamos turnarnos con la cocina —propuso ella—. Durante el confinamiento.

—Claro —respondió Stan.

—Cuidado con lo que deseas —le advirtió Debbie Christos, que todavía conservaba malos recuerdos del año que Dennis decidió convertirse en un chef Cordon Bleu y pasó horas preparando platos franceses desesperantes y complicados en los que siempre había algún inocente patito.

Stan no tenía interés en los patitos, gracias a Dios, pero resultó que sabía preparar una carne al horno perfectamente aceptable.

Cuando colocó el plato delante de ella, puso en su nuevo teléfono la canción de *You Ain't Seen Nothing Yet* de 1974, cuando eran personas completamente distintas y, a la vez, exactamente iguales que ahora.

—¿Que todavía no he visto nada? —preguntó Joy, aludiendo a la canción.

—No —respondió Stan.

A veces, a las dos de la madrugada, por alguna razón siempre eran las dos de la madrugada, Joy estaba sentada completamente erguida en la cama por alguna especie de horror que se había filtrado en sus sueños y se sorprendía pensando en Stan con las manos esposadas, y las filas de ataúdes en las noticias de la televisión, y Polly Perkins, que no se había ido a Nueva Zelanda a vivir feliz por siempre jamás como Joy siempre había creído, sino que habían encontrado su cuerpo mientras Joy estaba fuera y la gente había creído por un momento que podría ser el cuerpo de Joy, y se sorprendía pensando en todas las mujeres que habían supuesto que sus vidas eran iguales que la de ella, demasiado normal como para terminar siendo víctimas de una violencia que despertaría el interés y, sin embargo, así había sido, y en

todas las personas normales y corrientes, como Stan y ella, que habían planeado una «jubilación activa» y cuyas vidas estaban teniendo ahora un final cruel, repentino y demasiado prematuro.

Probó con las «técnicas» que le había propuesto Amy, que estaba llevando el confinamiento mucho mejor que sus amigos porque ellos nunca habían experimentado la ligera sensación permanente de temor existencial que Amy había sufrido desde que tenía ocho años.

¡Ocho! Joy no estaba del todo segura de qué era el temor existencial pero, sin duda, no sonaba muy bien.

Primero, probó con los ejercicios de respiración de Amy, pero siempre le recordaban a cuando estaba de parto, y como todos sus partos habían sido muy agresivos y rápidos, con esos cuatro hijos suyos abriéndose camino hacia el mundo a toda velocidad, no le resultaba precisamente relajante.

Amy le propuso también «practicar la gratitud», que era una técnica en la que hacía una lista con todas las cosas por las que se sentía agradecida, y a Joy eso se le daba bien.

Había muchas cosas por las que estar agradecida. Por ejemplo, Indira y Logan no solo volvían a estar juntos, sino que también se habían comprometido. ¡El anillo era espantoso! Pero parecía que a Indira le gustaba y las chicas decían que Joy no debía decir ni una sola palabra sobre lo feo que era el anillo, así que mantenía los labios cerrados. Solo que esperaba que algún día, dentro de unos años, cuando su matrimonio pasara por un bache, Indira no gritara de repente: «¡Siempre odié ese anillo!». Joy no podía soportar pensar en lo mal que se sentiría Logan si eso pasaba. «Sí, creo que sobrevivirá, mamá», dijo Troy.

La clínica de Brooke seguía a flote, menos mal, porque la fisioterapia estaba considerada un servicio esencial y Brooke decía que la gente estaba provocándose lesiones espantosas al tratar de hacer sus rutinas de ejercicio en casa y dedicarse a empezar proyectos de bricolaje demasiado ambiciosos, así que eso era una estupenda noticia.

La exmujer de Troy, Claire, estaba embarazada del bebé de Troy y, debido a la pandemia, había decidido que quería vivir en Australia y su Pobre Marido había aceptado a regañadientes mudarse aquí. Troy había decidido que quería compartir la custodia del niño y Claire había accedido. El Pobre Marido no estaba muy contento con la idea.

—Deja de llamarle Pobre Marido, mamá —decían sus hijos con alegre y parcial crueldad—. Es el hijo biológico de Troy.

(El primer nieto de Joy llegaría para Nochebuena. Ese hijo suyo siempre le hacía los mejores regalos).

Joy no había conocido todavía al Pobre Marido, pero iba a ser

especialmente simpática con él cuando lo hiciera, porque albergaba en secreto una terrible sospecha.

Se acordó de un partido en particular en el que Troy jugaba contra su némesis, Harry Haddad, y Harry lanzó un golpe cruzado tan increíblemente desviado que cualquier otro jugador lo habría dejado pasar, pero Troy fue a por él. Tuvo que correr casi hasta la siguiente pista, pero no solo lo alcanzó, sino que también ganó aquel punto imposible y la pequeña congregación de espectadores lanzó gritos como si estuviesen bajando por una montaña rusa. Incluso Harry aplaudió a regañadientes con una mano contra la raqueta.

Troy siempre se lanzaba a por los golpes imposibles.

Bueno, Claire no era una pelota de tenis.

Era una chica sensata e inteligente que tomaba sus propias decisiones y, si Troy conseguía cautivarla para que rompiera su matrimonio, no sería culpa de Joy, ¿no?

No había nada que Joy pudiera hacer para cambiar el resultado de las vidas de sus hijos, más de lo que había podido cambiar el resultado de sus partidos, por mucho que se mordiera el labio, cosa que solía hacer, y, a veces, hasta hacerse sangre, ni por mucho que Stan murmurara órdenes que ellos no podían oír.

A veces, sus hijos lo hacían todo exactamente como ellos les habían enseñado y, otras, hacían todo lo que ellos les habían dicho que no hicieran, y verlos sufrir con las más insignificantes decepciones resultaba más doloroso que sus propios fracasos más importantes, pero había ocasiones en las que hacían algo tan extraordinario, inesperado y hermoso, por su propia voluntad y de su propia cosecha, que era como un chorro de agua helada en medio de un día caluroso.

Esos eran los momentos más espectaculares.

Así fue como Joy pudo por fin volver a dormirse: recordando todos esos momentos espectaculares, uno tras otro y otro más, con los rostros eufóricos de sus hijos buscando a sus padres en las gradas, buscando su aprobación, buscando su cariño, sabiendo que estaba ahí, sabiendo (y esperaba que fueran conscientes de ello) que siempre lo tendrían, incluso mucho después de que Stan y ella ya no estuvieran, porque un amor así era infinito.

69

Al principio, Brooke pensó que se había imaginado la dulce fragancia que le llegó como un recuerdo que entraba en su conciencia mientras limpiaba su equipo de ejercicios con espray antibacterias.

Estaba limpiándolo con una energía aún más intensa de lo habitual porque su último paciente había mencionado, al final casi de la sesión, que se había levantado esa mañana con dolor de garganta, «pero que estaba bastante seguro de que no era COVID». Después, había empezado a toser. Directamente en la cara de ella.

La gente era idiota. Había héroes, tenía amigos que estaban trabajando en las Unidades de Cuidados Intensivos en ese momento, enfrentándose a mucho más que una tos ocasional en la cara, pero había gente idiota. Cuando su madre había estado desaparecida, había aprendido que era posible mantener creencias opuestas de manera simultánea. Ella había estado en el centro de un diagrama de Venn. Quería a su padre. Quería a su madre. Si su padre hubiese sido el responsable de la muerte de su madre, ella se habría mantenido a su lado. Sabía que era la única de sus hermanos que había mirado directamente al eclipse solar de esta posibilidad. Troy pensaba que lo había hecho, pero fingiendo que no quería a su padre.

No era que Brooke quisiera más a su padre ni que quisiera menos a su madre. El cuerpo podía encontrar un equilibrio entre fuerzas opuestas. La mente también.

Podía considerar la década que había pasado con Grant como un fracaso o como un éxito. Había sido un matrimonio relativamente corto que ahora terminaba con un divorcio ligeramente agrio. También se trataba de una relación larga con muchos recuerdos felices que terminaba justo cuando debía terminar.

Empezó a olfatear. ¿Qué era ese olor? Le resultaba muy familiar. Muy evidente. Y, sin embargo, no debía de ser tan evidente, pues no sabía identificarlo. Miró la etiqueta del bote. Era la misma marca que usaba siempre, pero por encima de su olor antiséptico y agradable había algo más: como de repostería.

¿Era de la cafetería de al lado? Ahora solo hacían café para llevar. No tenían servicio en mesa. Resultaba triste ver las mesas y las sillas amontonadas unas sobre otras, cogiendo polvo en el rincón, y las

cintas de carrocero rojas en el suelo para que la gente guardara la distancia.

—Oye, ¿al final encontrasteis a vuestra madre? —había preguntado a Brooke una de las jóvenes camareras justo esa mañana cuando le daba su café.

—Sí —contestó Brooke—. No le pasó nada. Está bien. Estupendamente, de hecho.

Solo había aparecido un pequeño párrafo en el periódico sobre el regreso de Joy. Había cierta desazón en el tono de la noticia. La gente no quería que esa señora estuviera muerta, pero resultaba casi decepcionante que estuviese viva.

—¡Ah, cuánto me alegro! —Los ojos de la camarera brillaron por encima de su mascarilla, refutando por completo la teoría de Brooke —. Es estupendo oír una buena noticia, para variar. ¡Cuídate mucho!

—Gracias —respondió Brooke. La gente era terrible. La gente era maravillosa—. Cuídate tú también.

Brooke era una mujer soltera y autónoma que estaba viviendo una pandemia. No podía salir con nadie. No podía jugar al baloncesto. No podía salir a cenar con amigos. Ahora había copas por Zoom y repentinos, intensos y preciosos momentos de conexión humana como este, aunque también incómodos: ¿iban a tener que decirse todos los días lo de «¡Cuídate mucho!»?

No, no se estaba imaginando el olor. Era de su infancia. Como a hierba cortada. Normalmente iba acompañado de humo de tabaco y Chanel n.º 5.

Dejó el bote de espray y salió a la recepción como si estuviese en medio de un sueño, y ahí estaba, sobre su mesa.

Un crujiente de manzana. Todavía caliente del horno. Como si hubiese salido de otra dimensión. Del cielo, del infierno o del pasado. Estaba bien envuelto en papel de aluminio. Había una hoja de papel escrita a mano pegada al envoltorio. La letra era clara e infantil. No tenía encabezado. Empezaba: «Cuatro manzanas medianas, peladas, deshuesadas y cortadas en dados».

Abrió la puerta de la consulta para mirar en la calle, pero no vio a nadie más que a una anciana con mascarilla que empujaba un carro de la compra y miraba con expresión feroz en dirección a Brooke, como si la estuviese retando a que se acercara.

Brooke volvió a entrar. Apartó el aluminio y aspiró con fuerza. No necesitó probar un solo bocado para saber que Savannah había encontrado la receta.

70

Era una mañana de agosto fría y luminosa. Costaba imaginar que hubiese un virus mortal en ese aire tan limpio.

Stan Delaney estaba realizando diligentemente su rutina de estiramientos que le había recetado su hija para proteger sus escacharradas rodillas antes de salir a la pista. Su mujer y él iban a pelotear. Solo unos cuantos toques suaves.

—Vosotros no habéis dado un toque suave en vuestra vida —dijo Brooke.

Joy estaba a su lado, realizando su rutina que también le había recetado Brooke, cuando sonó el teléfono móvil de Stan.

—Por el amor de Dios. —Joy puso los ojos en blanco. Se quejaba de que estuviese tan enganchado a su teléfono. Lo llevaba en el bolsillo en todo momento, lo colocaba junto al plato cuando comían. Ella le decía que era de mala educación. A él le parecía que esa era la razón de tener esa maldita cosa.

Stan miró la pantalla.

—Es Logan.

—¡Entonces, contesta! ¡Rápido, rápido! —Joy jamás iba a dejar sin responder una llamada de alguno de sus hijos, especialmente ahora, después de todo lo que había ocurrido. Algún día quizá se rieran de ello, pero sus risas estarían siempre teñidas de horror.

—Papá —dijo Logan. Stan apretó el teléfono con fuerza. Logan no hablaba como siempre.

—Dime, chaval. —Se preparó para la muerte o el desastre.

—¿Te acuerdas de mi amigo Hien?

—Claro que me acuerdo. —¿Un accidente de tráfico? ¿Se ha contagiado con el virus?

—Tiene un hijo. De seis años. Hien lleva meses pidiéndome que vaya a verlo jugar y lo he ido postergando, pero esta mañana he pensado que, qué narices, que ese niño había estado encerrado en su casa dando clases por internet. Así que al final he ido y, papá...

Hizo una pausa, y en esa pausa, la esperanza se disparó como el mercurio por las venas de Stan.

—Nunca he visto nada igual —dijo Logan.

Stan vio cómo el vello de los brazos se le erizaba.

—Entonces, es bastante bueno, ¿no?

—Sí, papá, es increíblemente bueno.

La primera vez que Stan vio jugar a Harry Haddad, un niño que jamás había pisado una pista, fue como ver una de las maravillas naturales del mundo. Solo un entrenador hablaba del modo en que ahora lo hacía Logan, y Stan sabía que Logan era un entrenador nato, aunque el muy tonto no parecía ser consciente de ello.

—Y, bueno, sé que ha pasado mucho tiempo —dijo Logan, vacilante.

«No me lo pidas».

«Por favor, no me lo pidas».

«Hazlo tú, hijo, hazlo tú. Por favor, di que quieres hacerlo tú».

Logan bajó la voz, como si fuese a contarle un secreto vergonzoso.

—Creo que quiero entrenarle.

Stan levantó el puño en el aire en silencio.

—¿Qué? —preguntó Joy—. ¿Qué pasa?

Stan le hizo una señal para que se callara. Mantuvo la voz controlada.

—Va a ser muy afortunado de contar contigo —dijo.

Hubo un silencio y, cuando Logan volvió a hablar, su tono era firme.

—¿Crees que puedo hacerlo?

—Sé que puedes hacerlo.

—Sabe escuchar —dijo Logan.

—Sí —contestó Stan—. Es muy gratificante cuando escuchan.

Los verdaderos talentos estaban sedientos de cualquier cosa que pudieras darles. Escuchaban y lo ponían en práctica. Florecían delante de tus ojos.

—Creo que va a llegar lejos, papá.

—Puede que sí —respondió Stan—. Nunca se sabe. Puede que sí.

Quería decirle que no importaba si ese niño llegaba lejos o no, que lo que de verdad importaba era que Logan iba de nuevo a formar parte de su vida. Quería decirle que ser entrenador no era un segundo plato ni un último recurso ni una forma de transigir y que Logan podía seguir formando parte del maravilloso mundo del tenis, que todos eran importantes, no solo las estrellas, sino también los entrenadores y los jueces, los guerreros de los fines de semana y los que jugaban por diversión, los padres de ojos desorbitados y los ruidosos espectadores cuyos vítores elevaban a las estrellas hasta niveles que jamás habrían alcanzado de otro modo.

Pero para eso hacían falta más palabras de las que podía pronunciar, así que colgó y se lo contó a Joy, que sí tenía muchas

palabras que pronunciar sobre Hien y sobre la madre de Hien, que jamás había jugado al tenis, por lo que Joy sabía, pero que sí tenía un aire atlético, así que Joy apostaba a que era de ella de donde su nieto había heredado su talento, y esperaba que ese niño no fuese travieso, porque Hien había sido muy travieso de pequeño.

Al final, Joy se quedó sin palabras y salieron a la pista y empezaron a calentar, y la rodilla mala de Stan no daba problemas. Pasaron a las líneas de fondo, adoptaron un ritmo con la misma facilidad y familiaridad que si estuviesen teniendo sexo, y Stan se descubrió pensando en su propio padre, en sus partidos secretos de los viernes por la tarde que habían jugado durante años, como las misiones secretas de un agente doble.

Por supuesto, no podían jugar en la pista del patio de atrás que su padre había construido con sus propias manos. Después de que se fuera, su padre no había vuelto a cruzar nunca más el umbral de su propia casa.

Pero se veían en una pista municipal cutre rodeada de maleza junto a un sórdido centro de exploradores. El suelo estaba agrietado, la red hundida, pero jugar era bonito.

El padre de Stan decía que algún día vería a su hijo jugar en Wimbledon. Lo decía como si tuviese información confidencial.

Cuando Stan tenía dieciséis años, su padre murió en el andén de una estación esperando el tren de las seis cuarenta y cinco para el centro de la ciudad. Muerte fulminante. Exactamente igual que el viejo Dennis Christos. «No es una gran pérdida», había dicho su madre, que creía que Stan llevaba años sin ver a su padre y que no habría consolado a su hijo por su muerte aunque hubiese sabido la verdad. No era una madre compasiva. Cuando sus hijos eran pequeños y tenían fiebre y Joy los atendía, acariciándoles el pelo, Stan sentía a veces una lamentable punzada de envidia. Sus hijos aceptaban el amor de su madre con tanta despreocupación, como si fuese un derecho natural, y quizá él fue a veces más duro con ellos, sobre todo con Troy, por culpa de esa envidia.

Durante muchas décadas, pocas veces había pensado en su padre y nunca hablaba de él, hasta el día en que Joy y él fueron a Wimbledon y Stan oyó la voz de su padre, hablándole al oído, con voz clara y profunda, como si estuviese sentado justo a su lado: «Bueno, no está nada mal para ser un chico de campo».

Esa fue la primera vez en la vida de Stan que podía recordar que su cuerpo reaccionara exageradamente a una sensación, a un simple pensamiento dentro de su maldita cabeza. Nunca le contó a Joy lo que había sentido ese día. Los dos fingieron que había sido alguna especie

de enfermedad rara e indeterminada que le había postrado en la cama. ¿Cómo iba a contarle que estar en Wimbledon no solo le provocaba pena por la carrera que había perdido, por las que habían perdido sus hijos, sino por la pérdida tanto tiempo atrás de aquel hombre bueno y cariñoso que había agredido a su madre de una forma tan notoria?

Fue su padre el que le enseñó a estar en guardia ante la espantosa aparición de la irascibilidad de un hombre.

—Esto es lo que tienes que hacer —le dijo más de una vez, mientras estaban sentados y sudando bajo la sombra después de cada partido de los viernes por la tarde—. Si alguna vez pierdes los estribos con una mujer o un niño, debes irte. Sal por la puerta. No te lo pienses. Ni digas una sola palabra. No regreses hasta que vuelvas a estar tranquilo. Vete sin más. Como debería haber hecho yo.

Stan se tomó aquel consejo al pie de la letra, literalmente, con toda la seriedad. Creía que la irascibilidad de un hombre era su defecto más repugnante. Cuando Troy saltó la red y atacó a Harry Haddad hacía muchos años, Stan supo que había fallado, y cuando Troy tomó una estúpida decisión tras otra, Stan se lavó las manos. Había hecho lo que le decía a sus hijos y alumnos que no debían hacer: había renunciado. Nunca hay que renunciar. Hay que pelear hasta la última pelota. El partido no acaba hasta que se juega el último punto. Pero él renunció con su hijo.

Últimamente, había empezado a escuchar uno de los pódcast de Joy sobre compraventa de activos financieros. Joy decía que era aburrido y tenía razón, pero Stan había perseverado y el día anterior había llamado a Troy.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó.

—El trabajo va bien, papá —respondió Troy con frialdad.

Stan respiró hondo, tomó fuerza y continuó:

—Supongo que el mercado es como tu oponente. ¿Es así? ¿Estás compitiendo contra el mercado? ¿Tratando de predecir cómo va a actuar a continuación?

Hubo un silencio tan largo que Stan sintió que el rubor le inundaba la cara. ¿Había dicho algo tan increíblemente estúpido que Troy estaba riéndose a carcajadas porque su viejo tenía muy pocas luces?

Pero, entonces, Troy respondió, despacio:

—Sí, papá, es exactamente así.

—Ya. Entonces...

Troy le interrumpió.

—¿Sabes cuándo esto se me empezó a dar bien de verdad, papá? —No esperó a que Stan respondiera. Lo dijo de carrerilla—. Cuando dejé de aparentar. Cuando alejé mi ego de esto. Cuando empecé a ser

constante y a actuar con una estrategia.

Continuó hablando y resultaba difícil entenderle porque, por un momento, la voz se le descompuso.

—Cada cosa que me enseñaste en la pista, papá, la uso cada uno de los días de mi vida.

Él nunca había enseñado a ese muchacho a hacerse la maldita pedicura pero, aun así, le gustó escucharlo.

Joder, cómo le había gustado escucharlo.

Un avión pasó volando por arriba y Stan inclinó la cabeza hacia atrás para ver cómo atravesaba el cielo. Posiblemente, nunca más volvería a subir a bordo de un avión, lo cual tampoco le parecía mal, pues estaba contento ahí abajo.

Joy se acercó a la red. Cuando jugaba, se recogía el pelo en una coleta como una chica joven. Seguía teniendo las mejores piernas que había visto nunca. Aún tenía que mejorar su volea, pero Joy nunca le hacía caso. Tenía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y por el aire frío. Joy amaba ese deporte tanto como él, tanto como Stan la amaba a ella, que era más de lo que nunca sabría. A Stan nunca le había interesado jugar dobles hasta que la conoció. Eran mejores tenistas juntos que por separado.

Cada vez que ella se desenamoraba de él, Stan lo veía y esperaba con paciencia. Nunca había dejado de quererla, ni siquiera en esos momentos en que se sintió profundamente herido y traicionado por ella, ni siquiera aquel año tan malo en el que hablaron de separarse y él había seguido adelante, esperando a que ella volviera con él, dando gracias a Dios y a su padre, que estaba ahí arriba, cada vez que ella volvía.

Joy se protegió los ojos para ver cómo el avión desaparecía por el horizonte. Dejó caer la mano y miró de nuevo a Stan.

—Vamos a jugar —dijo.

71

Si oyen que la tripulación de cabina dice: «Evacúen, evacúen, evacúen», comprueben primero que el exterior de la nave es seguro —dijo la auxiliar de vuelo.

Dijo lo de «evacúen, evacúen, evacúen» con voz tan monótona, burocrática y aburrida que resultaba gracioso. Era imposible notar el miedo en sus palabras.

La chica del 12F dejó de escuchar las obligaciones que conllevaba su asiento al lado de la salida de emergencia. Ningún avión iba a estrellarse durante una pandemia. Serían demasiados desastres para las noticias de la noche. De todos modos, en el improbable caso de que hubiese una emergencia, el chico musculoso que estaba a su lado la apartaría a un lado y abriría la puerta de salida.

Se tiró de la mascarilla. Le picaba.

Todo el mundo se toqueteaba constantemente la mascarilla, tratando de ajustarla a ese nuevo y extraño mundo, solo dejando visibles sus ojos exhaustos. Las gafas se empañaban. Algunos no dejaban de bajarse la mascarilla por debajo de la nariz para aspirar el refrescante aire cargado de gérmenes. Dos mujeres del otro lado del pasillo limpiaban sus bandejas plegables y sus reposabrazos con pañuelos desinfectantes como si estuviesen limpiando el escenario de un crimen.

La chica parecía un miembro de un grupo de música grunge de los noventa. Tenía el pelo teñido de negro azabache y afeitado por un lado. Llevaba unos vaqueros negros rotos, robustas botas de motero con hebillas y un montón de joyas ruidosas que habían disparado los detectores de metales del aeropuerto: una pulsera de serpientes enroscadas y un colgante de una calavera.

La chica iba a Adelaida a visitar a su madre.

Su vuelo se había retrasado varias veces para asegurarse de que todos se ponían de mal humor. Cuando recogió el coche de alquiler y salió en dirección a la casa de su infancia eran más de las nueve. Suponía que su madre estaría metida en la cama, con las mantas bien remetidas, abrigada y cómoda, para que las chinches no le mordieran, igual que la había dejado bajo la luz del amanecer teñida de dorado muchos meses antes.

—¡Adiós, mamá! —había gritado—. ¡Te quiero! —No hubo respuesta.

La noche anterior a esa mañana, ella le había preparado la cena a su madre, como siempre hacía cuando iba a verla. Una comida diminuta y exquisita, hipocalórica, sobre un gran plato blanco. Dos chuletas de cordero con finas hierbas (toda la grasa extirpada con la precisión de un cirujano). Ocho judías verdes. Una cucharada pequeña y perfecta de puré de patata. Su madre seguía vigilando lo que comía. ¡No hay que dejar de hacerlo nunca! Las traicioneras calorías pueden subirse a tu plato y meterse en tu cuerpo. A veces, las calorías pueden asaltarte mientras duermes.

Su madre, vestida como si fuese a ir a la iglesia, aunque nunca iba, ventiló todo lo que había en ese plato grande y blanco. Después, se sacó los trozos de carne que le quedaban entre los dientes con un mondadientes mientras proclamaba que la comida había estado «bastante buena».

A continuación, su madre se duchó durante un largo rato, se lavó los dientes y se puso su camisón y su bata, después de lo cual se sentó en el sofá a ver la televisión con un pequeño vaso de vodka (el alcohol con menos calorías, sin carbohidratos, grasa ni azúcar) y dos pastillas amarillas para dormir. El médico había dicho que debía tomarse solo una pastilla media hora antes de acostarse, pero ¿qué sabía él? La madre de la chica decía: «Tienes que tomar tus propias decisiones en lo concerniente a tu salud». Tomaba dos pastillas cada noche y dormía como un muerto.

La chica se quedó en la cocina durante un largo rato, mirando el plato de su madre antes de tirar los huesos mordidos a la basura.

Después, salió a la sala de estar y habló a la nuca de su madre:

—¿No me habías enseñado que nunca hay que comerse todo el plato?

—¡Lo has entendido al revés! —respondió su madre—. A los niños hay que enseñarles a que se coman todo lo que tienen en el plato.

—Tu norma era la contraria. Jamás terminarse lo que hay en el plato.

Miró los estantes donde estaban expuestas todas sus condecoraciones, medallas y trofeos. Cogió un trofeo. Era uno de los menos prestigiosos, apenas un segundo puesto de una competición regional de «pequeñas bailarinas», pero era uno de los más grandes y de apariencia más impresionante. Una bailarina chapada en oro haciendo una pirueta sobre una base gruesa de mármol blanco.

La chica recordó bailar para conseguir ese trofeo, porque lo recordaba todo. Recordaba la pequeña sonrisa de su madre por su

pequeña bailarina. Esa pequeña sonrisa era la pequeña recompensa de la chica a cambio de los dedos de los pies llenos de ampollas y las uñas amoratadas, el dolor de espinillas, el dolor de tobillos, el dolor de espalda, pero, sobre todo, el dolor del hambre constante.

—¿No te acuerdas? —le dijo a su madre—. Si me olvidaba de dejar algo en el plato me dejabas encerrada en mi habitación. Las buenas bailarinas debían aprender a controlar sus calorías.

Su madre continuó viendo la parpadeante televisión.

—No sé por qué estamos hablando de eso ahora.

La chica tampoco sabía por qué estaba hablando de eso ahora. No había sido ese su plan. Había ido para despedirse. Se iba a mudar a otro estado con su nuevo novio. Era irlandés, pintor. Él pensaba que ella era normal. Le parecía encantador que ella hubiese sido bailarina. Su hermana también había sido bailarina. La chica sabía que la experiencia de su hermana en el ballet había sido completamente distinta a la suya.

—A veces, me encerrabas en mi habitación solo con agua —dijo la chica—. Tenía que racionar el agua. Es terrible hacerle algo así a una niña. Yo creía que me iba a quedar ahí eternamente. Creía que me iba a morir. Creí estar a punto de morirme. Unas cuantas veces.

Nada.

—Tengo un trastorno alimenticio —continuó la chica—. Tengo problemas con mi tiroides, con mis niveles de hierro, mis dientes, mi digestión, mi cerebro, mi personalidad. No estoy... bien. —Hizo una pausa—. Tú me destrozaste la vida.

En la televisión se oyeron unas risas enlatadas que luego desaparecieron.

Por fin, habló su madre. Parecía entre un poco impaciente y un poco divertida.

—Siempre fuiste muy mentirosa, Savannah. Tenías una televisión en tu habitación. ¡Como una princesita en su castillo! ¡Mira todos esos trofeos! ¿No crees que yo tenía mejores cosas que hacer que llevarte por todo el país a competiciones de ballet? Yo también tenía mi propia vida, ¿sabes?

Así que esa era la manera como lo sobrellevaba. Lo hacía igual que tanta otra gente sobrellevaba sus remordimientos y sus errores. Simplemente reescribían su pasado. Su madre se había recreado como una madre entregada: como si el ballet hubiese sido la actividad extraescolar preferida de su hija, no su propia obsesión.

—Tenías un talento moderado —dijo su madre tras una larga pausa. Sus palabras empezaban a aflojarse a medida que las dos pastillas hacían su efecto—. No eras una protegida como tu hermano.

Yo lo supe desde el principio.

«Tu padre se ha quedado con el protegido».

La chica dobló su cuerpo. Limpiamente. Geométricamente. Como si fuese origami.

Volvió a la cocina y se puso a limpiar con movimientos enérgicos, rápidos, pequeños y elegantes. Frotó la grasa solidificada de los fogones con un trapo, enrollado con fuerza alrededor del dedo, hasta que desapareció. Barrió el suelo. Limpió el fregadero hasta dejarlo brillante.

Volvió a salir con su querida madre y la encontró dormida en el sofá, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta con una forma ovalada perfecta, como una de esas atracciones de feria.

Su madre había dicho ese mismo día que, a veces, las pastillas para dormir le hacían efecto demasiado rápido y que se quedaba dormida en el sofá y despertaba con dolor de espalda. Dijo eso como si, de algún modo, fuese culpa de la chica.

Así que la chica tomó el control. Cogió el mando a distancia y apagó la televisión.

—¡Vamos a llevarte a la cama, dormilona! ¡Así no te dolerá la espalda!

Tuvo que arrastrarla cogida de las axilas, pero su madre era ligera como el aire, como una pequeña bailarina. La arrastró hasta el dormitorio más cercano, que resultó ser el que antes había pertenecido a la chica, el que tenía el antiguo pestillo en la puerta.

En la actualidad era ilegal que las puertas de los dormitorios pudieran cerrarse por fuera. Una cuestión de seguridad.

Al parecer, no había problemas con la seguridad cuando la chica era niña.

La chica levantó a su madre sobre su antigua cama. Le subió la sábanas bien por encima y las alisó sobre el pecho y bajo el mentón de su madre.

En cuanto acabó vio que tenía la respiración acelerada pero con una excitación controlada, como si acabara de realizar algo extraordinario pero común, notable pero necesario, como treinta y dos giros *fouettés* de punta.

—Duerme bien tapada, que no te coman las chinches. —Besó a su madre en la frente. Sintió su respiración calmada sobre la mejilla. En la puerta, añadió—: Y, ahora, sabes que tengo que cerrar esta puerta. Es la norma. ¡Has masticado esos huesos como una cerdita asquerosa!

La chica encontró la llave de la puerta del dormitorio donde su madre siempre la guardaba, en el pequeño plato de recuerdo que uno de sus exmaridos le había regalado. Tenía un dibujo de un hombre y

una mujer abrazándose. Con corazones flotando sobre sus cabezas. Decía: «El amor consiste en... ser correspondido».

Ese había sido uno de sus maridos más agradables, había enseñado a la chica a cocinar y, después, se fue, llevándose su apellido con sus utensilios de cocina. Si se hubiese quedado, no habría permitido que pasara lo que le pasó.

Había muchas personas que lo habrían evitado de haberlo sabido, de haber prestado algo más de atención o de haberse molestado en preguntar o escuchar.

Hubo profesores, otros padres de las clases de ballet y médicos que podrían haberse dado cuenta. Como el cirujano plástico que la vio cuando era niña. El doctor Henry Edgeworth. Su madre la llevó a su consulta para ver cuánto costaría pegarle sus «desafortunadas orejas». (Costaba demasiado). «Tengo hambre», le susurró la chica al médico mientras él estudiaba sus desafortunados lóbulos, y él se rio como si le resultara gracioso estar examinando a una niña desnutrida.

Recientemente, él había pagado un alto precio por aquella amable risa, aunque creyó que lo que había pagado era una ganga por una aventura con una joven vulgar a la que había conocido en una discoteca. Cualquiera de las dos opciones era justa.

Mientras su madre dormitaba aquella noche, la chica fue al supermercado. Compró seis cajas de barritas de proteínas Optimum Nutrition. ¡Tenían un aspecto delicioso! Compró un palé de botellas de agua envueltas en plástico duro. Llevó las provisiones al interior del dormitorio y las dejó en el suelo, junto a la cama. Su madre respiraba tranquilamente por la boca.

Le escribió a su madre una cariñosa nota. «Esto parece mucho, pero tendrás que racionarlo con cuidado. Recuerda: ¡Autodisciplina!».

Volvió a cerrar la puerta con llave.

La chica salió esa noche hacia Sídney. Fue cuando todavía no había confinamientos, cuando podías moverte por el país con tu nuevo novio irlandés sin pensar en lo que era eso.

No esperaba estar fuera tanto tiempo como al final fue. ¡Estuvo ocupada! ¡Cosas de la vida! Su relación no funcionó, pero conoció a otras personas y fue a visitar a antiguos amigos y conocidos. Dejó atados algunos cabos sueltos. Tuvo algunos ingresos inesperados. Incluso hizo alguna obra benéfica. Contactó con su famoso y exitoso hermano y él se mostró simpático y acordaron que se verían cuando este loco mundo volviera a la normalidad. Le dijo que no quería ver nunca más a ninguno de sus psicóticos y jodidos padres y ella le entendió. En realidad, ella tampoco quería, pero era una hija abnegada, igual que su madre había sido una madre abnegada.

Había conservado la llave en una cadena que colgó de su cuello. Le parecía importante, esencial incluso, mantenerla cerca. Una prueba de su amor.

—¿De vuelta a casa? —preguntó su musculado compañero de asiento cuando el avión empezó a avanzar hacia la pista. Era una época en la que la gente de todo el mundo volvía a casa. El hombre tenía unos tiernos ojos de perro por encima de su mascarilla.

La auxiliar de vuelo mostró qué hacer si del techo caía una mascarilla de oxígeno. Primero, quitarse su mascarilla. ¡El virus ya no será su primera preocupación!

—Voy a visitar a mi madre —contestó la chica.

Había muchas formas en que una mujer adulta habilidosa podría, debería, y probablemente habría conseguido salir de una habitación cerrada con llave. Tirar la puerta de una patada. Romper la ventana. Pedir ayuda a un vecino. Gritar a un vecino. El dormitorio estaba en la planta de arriba y daba a una pared de ladrillos, pero, aun así, era posible. Una niña podía estudiar una ventana de grueso cristal y cerrada por varias capas de pintura antigua e impenetrable entre el travesaño y el marco y no encontrar ninguna forma de romperla o abrirla, pero una persona adulta podría encontrar una ingeniosa solución. «Si yo fuera adulta podría salir de aquí». Eso era lo que había pensado en una ocasión la niña. Había deseado ser adulta, con dinero, comida y capacidad de acción, pero era una niña, una simple niña que soñaba con un tallo gigante de alubias al que poder subir para salir de aquella habitación y elevarse hacia el cielo. No quería el oro del gigante. Quería la cena del gigante.

Seguía sintiéndose indefensa y atrapada, por mucho que hiciera en sus intentos cada vez más desesperados por acabar con su sufrimiento. Sabía que sus recuerdos no se difuminaban como parecía ocurrir con los de las otras personas y lo asumía, pero no entendía por qué el sufrimiento se intensificaba a medida que se hacía mayor y se alejaba más de aquella época.

—Yo también —dijo el hombre que estaba a su lado—. ¿Tu madre está sola?

—Sí —respondió la chica. Sabía a qué se refería él, pero pensó que todos estamos solos. Incluso cuando estás rodeada de otras personas o compartes la cama con un amante cariñoso, estás sola.

Algún vecino simpático podría haberse acercado para ver cómo estaba su madre después de que hubiesen pasado una, dos o tres semanas, aunque si lo que buscas es la preocupación de un simpático vecino, viene muy bien haber sido tú misma una vecina simpática.

Así que quizá no.

O quizá su madre estuviese ahora mismo en la cama, desenvolviendo tranquilamente su última y nutritiva barrita de proteínas, dando sorbos a su última botella de agua, flotando en un mar infinito y agitado de televisión, igual que su consentida hija había hecho cuando se liberó del cruel sufrimiento del hambre para adentrarse en otras realidades y otras vidas.

Quizá su madre hubiese creado una serie cómica de sí misma.

La chica se imaginó una versión rechoncha y sonriente de su madre acercándose afanosamente a recibirla, secándose las manos en el delantal y tirando de ella para abrazarla.

—¡Me desperté aquella mañana y me eché a reír a carcajadas! ¡Me dejaste encerrada, picaruela!

Quizá la casa olería a azúcar, mantequilla y amor.

Quizá no.

—Mi madre y yo vamos a confinarnos juntos —dijo el hombre—. Sufre problemas autoinmunes, así que debe tener cuidado. Da miedo.

—Sí —respondió la chica—. Mucho miedo. —Se acarició la llave que llevaba colgada al cuello—. Ahora mismo debemos mantener encerrados a nuestros padres.

Una carcajada histérica se elevó dentro de su pecho y quedó atrapada en el aire entre la boca y la mascarilla. Inspiró y expulsó la tela y pensó en una bolsa de plástico apretada alrededor de su cabeza. Su compañero de asiento no notó nada. No sabía la verdad sobre la chica que estaba sentada a su lado, compartiendo sus obligaciones de la fila de la salida de emergencia. Las mascarillas eran estupendas. Tan útiles y protectoras. Nadie sabía lo que había tras ellas. Ella podía ser cualquier tipo de persona que eligiera, cualquier tipo de persona que él necesitara que fuera.

La voz del piloto crepitó por el intercomunicador.

—Tripulación, preparados para el despegue, por favor.

Ella se apretó más el cinturón de seguridad, como hacen los pasajeros nerviosos, y notó que él se daba cuenta y que se preocupaba, como hacen los chicos buenos y bien educados con las chicas frágiles y asustadas. Él necesitaba fragilidad. Ella podía darle fragilidad. No llevaba la ropa adecuada. Un atuendo de chica corriente habría sido mejor. Pero todo dependía de la forma de hablar.

Los motores rugieron. Ese momento antes del despegue siempre parecía imposible. Contra las leyes de la naturaleza. Pero siempre estaban sucediendo cosas que aparentemente incumplían las leyes de la naturaleza.

El avión se elevó hacia el cielo.

La chica bajó la mirada a la manta de retales de los barrios

periféricos de abajo: casas en miniatura con diminutos patios y piscinas, coches como cajas de cerillas que se movían por calles sinuosas y pasaban junto a campos de deportes y pistas de tenis.

Desde lo alto de las nubes, la vida parecía placentera y fácil: «¡Móntate en tu caja de cerillas y vete a esa bonita ciudad a ganarte la vida! ¡Ve a esas preciosas tiendecitas a comprarte la cena! ¡Quiere y alimenta a tus hijos! ¡Sigue tus sueños y paga tus impuestos!». ¿Por qué para algunas personas resultaba tan increíblemente difícil hacer esas cosas pero era tan fácil para otras?

Su compañero de asiento estaba describiendo a su madre.

—Es muy hogareña. No precisamente una persona activa.

—Mi madre es justo lo contrario —respondió la chica.

Vio a una mujer que se parecía a ella misma, preparando la bañera, comprobando la temperatura con la mano, salpicando agua a un lado y otro para que estuviese perfecta. La vio de pie en la puerta de su dormitorio bien entrada la noche, con una manta más porque «de repente, ha refrescado». La vio sacando un vestido de una percha que era «justo del color que te favorece» y, después, dando una palmada de placer cuando salió del probador. Vio a una mujer que la regañaba con vehemencia por su comportamiento pero que, a continuación, pasaba página, como si fuese posible perdonar incluso los actos más espantosos.

—Mi madre juega al tenis —dijo la chica.

Agradecimientos

Gracias como siempre a mis increíbles editoras desde hace muchos años: Cate Paterson en Australia, Amy Einhorn en Estados Unidos y Maxine Hitchcock en el Reino Unido. Gracias también a Danielle Walker, Brianne Collins, Kathleen Cook, Conor Mintzer, Joel Richardson y Alex Lloyd por vuestros inestimables comentarios y propuestas para la edición.

Gracias a mis hermanas y también escritoras Jaclyn Moriarty y Nicola Moriarty por leer el primer borrador de este libro y a mis hermanas Katrina Harrington y Fiona Ostric por leer el último. Gracias especialmente a Jaci por enviarme la idea que dio origen a esta novela.

Mientras escribía *Apples Never Fall* he necesitado información sobre tenis de competición, entrenamientos de tenis, investigaciones policiales, activos financieros, fisioterapia, la vida en los años setenta, contabilidad y ballet. Estoy enormemente agradecida a las siguientes personas que tan generosamente y con tanta paciencia me han regalado su tiempo y sus conocimientos: Matthew Futterman, Mike Lowers, James Harb, Paul Francis (por favor, contribuid con su maravillosa organización benéfica, The Humpty Dumpty Foundation), Rob (él sabe quién es), Mark Davidson, Kim Ivey, Rob Collins, Elina Reddy y Yan Levinski, Elina DeCinque (por medio de Marisa Colonna), la doctora Teresa Lee, Cameron Duncan, Scott Harrington y Julie y George Gates. Gracias a Beau Loughhead, que no ha colaborado en nada en este libro, pero yo me siento culpable cada vez que lo veo porque me olvidé de darle las gracias por una anécdota real que utilicé como ficción en una novela anterior.

Hay cierto tipo de personas detallistas y bien relacionadas que, al saber que estás investigando sobre un tema en particular, te envían mensajes al día siguiente para presentarte a alguien que tiene exactamente las cualificaciones que necesitas. Gracias a Lisa Cuddy, Jackie Aloisio y Charles Anderson por ser ese tipo de personas.

Gracias a Molly (la perra de Cherie Penney) y Daisy (la labradora color chocolate de nuestra familia) por inspirarme para el personaje de Steffi.

A pesar de toda esta generosidad y conocimientos, sé que habrá

errores y todos son míos. Antes de que los señales, por favor, ten en cuenta que me he tomado algunas licencias artísticas con el mundo real, especialmente con respecto a los tiempos. (Por ejemplo, la canción *Palomitas de maíz* se lanzó cuando Joy tenía diecinueve años, no diecisiete). Sin embargo, no hay nada de ficción en los catastróficos incendios de principios del año 2020. La campaña *Authors for Fireys* recaudó dinero para ayudar durante los incendios forestales y tanto Sulin Ho como Nicole Jourdan-Lenoir hicieron donativos a esta maravillosa iniciativa para que sus nombres aparecieran como personajes de este libro. Simon Barrington fue también el mayor postor en una subasta de la organización Rural Aid Charity y consiguió que un personaje de este libro llevara su nombre. Gracias a Sulin, Nicole y Simon por vuestras donaciones y vuestros nombres.

Gracias a Caroline Lee por la magnífica narración de mis audiolibros.

Gracias a mis extraordinarios traductores de todo el mundo.

Gracias a mis compañeras escritoras Ber Carroll y Dianne Blacklock por ser mis «compañeras de oficina» desde hace más de una década. Gracias a mis maravillosas publicistas Tracey Cheetham en Australia, Gaby Young en el Reino Unido y Pat Eisemann en Estados Unidos. Gracias a mis fantásticos agentes literarios y cinematográficos: Fiona Inglis y Benjamin Paz en Australia, Faye Bender en Estados Unidos, Jonathan Lloyd y Kate Cooper en el Reino Unido y Jerry Kalajian en Los Ángeles.

Gracias de todo corazón a mis lectores, sin duda, los más encantadores del mundo. Cada día me siento más agradecida por vuestro apoyo. La pandemia de 2020 ha provocado que, por desgracia, no vaya a poder reunirme con muchos de vosotros como normalmente habría hecho con el lanzamiento de un nuevo libro. Nunca más volveré a quejarme por tener que viajar y espero poder veros en la vida real con el siguiente.

Gracias a mi familia por todo. Gracias, Adam, por el café que me traías cada día antes de que abriera los ojos, gracias a mi preciosa hija Anna, ALIAS LA MEJOR HIJA DEL MUNDO MUNDIAL Y LA HIJA FAVORITA QUE LO SEPAS GEORGE (esto es lo que sucede cuando dejas un documento abierto en tu ordenador y pasa por delante una niña de once años. He decidido preservar sus palabras para la posteridad porque me parece adecuado en un libro que trata sobre la rivalidad entre hermanos) y a mi precioso hijo George (devuélvesela la próxima vez, George).

Gracias a una tímida pero parlanchina niña llamada Diane, la única que en la foto de su clase lleva en sus brazos a una muñeca, y que creció y se convirtió en un precioso bombón rubio, madre de seis

hijos, abuela de doce nietos, madre de acogida de muchos más. Esto es para ti, con todo el amor y gratitud por tenerte como madre. Por último, gracias a mi padre. Este es mi primer libro sin que estés aquí, pero siempre estarás en mis agradecimientos, Superpapá.

Las siguientes referencias me han servido de ayuda para escribir este libro: *Late to the Ball* de Gerald Marzorati, *Rafa, mi historia* de Rafael Nadal con John Carlin, *Unbreakable* de Jelena Dokic con Jessica Halloran, *The Golden Era* de Rod Laver con Larry Writer, *Margaret Court The Autobiography* de Margaret Court, *Home The Evonne Goolagong Story* de Evonne Goolagong Cawley y Phil Jarratt, *A Spanish Love Affair* de Susan Joy Alexander (he dado a Joy una experiencia parecida a la que en la vida real tuvo Susan en un partido con un juez de silla parcial en White City), «Counselling: Recognising Our Profession in its Own Right» (2019), un artículo escrito por Fiona Griffith. Gracias a Melissa Shadworth por pasármelo.

The Migraine Guy (aquí traducido como *El tío de las migrañas*) es el nombre de un pódcast real, pero todo lo que Joy escucha es ficción. *This Dementia Life* (*La vida con la demencia*) y *Chat with Traders* (*Charlas con operadores de activos financieros*) son también los nombres de pódcast reales.

Los miembros de la familia Delaney se quieren con locura…
Es solo que a veces se asesinarían.

Los miembros de la familia Delaney se quieren con locura... es solo que a veces se asesinarían. Para todos los que los conocen, los Delaney son una familia envidiable. Incluso después de todos estos años, los padres, Stan y Joy, siguen teniendo una química evidente y continúan arrasando en las pistas de tenis. Y ahora que han vendido su exitosa academia tienen todo el tiempo del mundo para relajarse y disfrutar de la vida. Sus cuatro hijos nunca llegaron a triunfar en el deporte, aunque han acabado teniendo éxito a su manera y la posibilidad de que empiecen a aparecer nietos en el horizonte llena a todos de felicidad.

Pero ahora Joy Delaney ha desaparecido y la policía está interrogando a Stan. Para tratarse de alguien que afirma ser inocente, parece tener mucho que ocultar. Y sus hijos han comenzado a contemplar el matrimonio de sus padres y su historia familiar con nuevos, y aterrorizados, ojos. Dos de ellos creen que Stan es inocente, los otros dos… no están tan seguros. Y cuando los dos bandos se enfrenten en el más importante partido de sus vidas, todos los secretos de los Delaney van a salir a la luz.

«Su mejor libro hasta la fecha».
Mail on Sunday

«Deslumbrante».
Sunday Times

«Completa y absolutamente maravilloso. Me encantan todos los libros de Liane pero la escritura de *Un revés inesperado* está a otro nivel: es un inteligente retrato forense de una familia».
Marian Keyes

«La quintaesencia de Moriarty: lleno de suspense, divertido, repleto de giros y tan enganchante como la mejor serie».
Mail on Sunday

«Magnífico, pirotécnico, deliciosamente teatral».
Guardian

«Una proeza; con una trama brillante y fantásticamente escrita... No hay detalle sobre la vida en familia y el matrimonio que escape al ojo implacable de Moriarty, y cada frase está llena de ingenio y sabiduría. La tensión crece hasta un final lleno de geniales giros. Inteligente, aguda y totalmente fascinante».
Daily Mail

«Moriarty cuenta una gran historia, entiende a sus personajes y también se preocupa por ellos. Los lectores que han seguido sus libros adorarán esta novela, y los lectores que la acaben de descubrir se lanzarán a buscar sus títulos anteriores después de saborear este refrescante y jugoso relato».
The Washington Post

«Moriarty es una maestra en hacer que todos sus personajes sobresalgan de las páginas plenamente caracterizados. Una ingeniosa historia de suspense doméstico y un drama familiar complejo».

The New York Times

«Liane Moriarty se apunta un saque directo con esta novela».
The Associated Press

«Todos lo que toca Liane Moriarty se convierte en oro… Esta novela es un regreso a su más conocido, y más amado, tema: los secretos familiares».
Entertainment Weekly

«Hazte un favor y lee este libro ya mismo porque es muy probable que se convierta en la próxima serie con la que se obsesione todo el mundo. La autora de Big Little Lies y *Nueve perfectos desconocidos* vuelve con otra historia adictiva sobre lo que en realidad significa ser una familia».
E! Online

Liane Moriarty es autora de nueve novelas de gran éxito internacional, entre ellas El secreto de mi marido, *Pequeñas mentiras* (*Big Little Lies*) y *Un domingo como otro cualquiera*, que alcanzaron el número 1 en la lista de best sellers de *The New York Times*. Ha vendido más de veinte millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo.

El secreto de mi marido es un superventas internacional del que se han vendido más de tres millones de ejemplares y ha sido traducido a más de cuarenta idiomas. *Big Little Lies* ha sido adaptada con enorme éxito por HBO en una serie protagonizada por Nicole Kidman y Reese Witherspoon que ha recibido varios Globos de Oro y Premios Emmy. La novela *Nueve perfectos desconocidos* también ha sido adaptada en una exitosa miniserie con Nicole Kidman y Melissa McCarthy. Liane es además autora de la serie infantil *Space Brigade*. Vive en Sídney con su marido y sus dos hijos.

Título original: *Apples Never Fall*

Primera edición: abril de 2023

© 2021, Liane Moriarty
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Jesús de la Torre, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Michael Joseph / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-729-1

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras_ed
Instagram: @sumadeletras
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

[1] En inglés, *Joy* significa «júbilo». *[N. del T.]*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un revés inesperado

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Liane Moriarty

Créditos

Nota